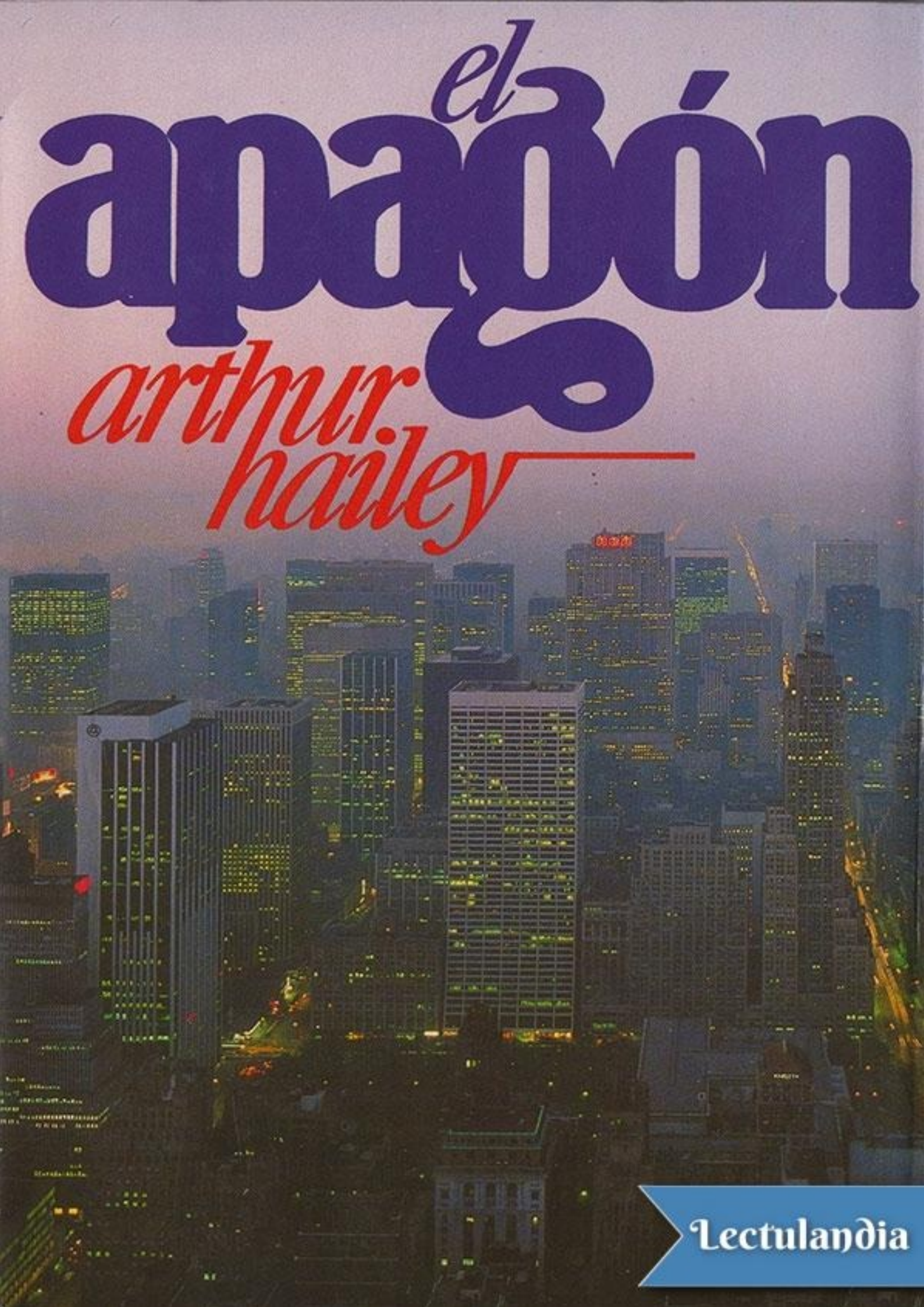
el apagón

arthur hailey



Lectulandia

Situado en un plano de acontecimientos de tan candente actualidad como los que aparecen diariamente en las páginas de los periódicos de todo el mundo —crisis energética, contaminación ambiental, terrorismo—, la trama de esta novela de Arthur Hailey, el sensacional autor de *Aeropuerto*, nos muestra cuán frágil es la frontera que separa la ficción de la realidad. Dos versiones distintas y contrapuestas de esta realidad —la crisis de la energía y sus consecuencias— quedan enfrentadas a lo largo de estas páginas, en una sucesión de acontecimientos que van del temor al pánico, del amor al odio, de las discusiones políticas a la colocación de bombas. Nin Goldman, vicepresidente y portavoz de la gigantesca compañía Golden State, dedicada al suministro de gas y electricidad en la costa californiana, ve cómo son desoídas sus advertencias y previsiones acerca de un caos que considera inminente. ¿Cuáles serían las consecuencias de un apagón brusco y total en un área de varios centenares de kilómetros cuadrados poblada por millones de personas totalmente desprevenidas?

Algunos tienen respuestas a esta pregunta, otros ni siquiera se la plantean; pero desde Davey Birdsong, líder ecologista comprometido en la lucha por el medio ambiente y en una guerra santa contra la Golden State, hasta Karen Sloan, hermosa joven paralítica que depende de la electricidad incluso para respirar, ninguno de los personajes tiene exacta conciencia del caos que se podría desencadenar si… Si se produjera un embargo de petróleo por parte de la OPEP, si se denegaran sistemáticamente todos los permisos para construir nuevas plantas productoras de energía, si un hábil terrorista dejara fuera de servicio las ya existentes.

La gente, la prensa, el gobierno, los ecologistas, creen que la combinación de todas estas circunstancias es poco menos que imposible, muy al contrario que Nin Goldman, cuyas constantes aventuras amorosas parecen una carrera contra reloj para aprovechar cada minuto antes de que el mundo se hunda en las tinieblas y desaparezca todo aquello que depende de la electricidad, desde las diversiones nocturnas hasta las tostadas calientes del desayuno.

El apagón es la historia de todos esos «sí» convertidos en un hecho, un hecho que sin ninguna dificultad podría escapar en cualquier momento de las páginas de libros y periódicos para instalarse entre nosotros.

Lectulandia

Arthur Hailey

El apagón

ePub r1.0
Titivillus 09.04.15

Título original: *Overload*
Arthur Hailey, 1979
Traducción: María Clotilde Rezano de Martini

Editor digital: Titivillus
Diseño de cubierta: Yzquierdo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas.

SAN LUCAS, 12; 35

Oh sombras, sombras, sombras en el esplendor del mediodía…

JOHN MILTON

Desde… 1974, la capacidad de generar electricidad ha caído a menos de la mitad del nivel a que había llegado entre 1970-74. Es así que la amenaza de una falta de energía económicamente ruinosa hacia la década de los noventa es muy real; y también se temen apagones parciales y totales en la de los ochenta…

REVISTA *FORTUNE*

Primera Parte

1

¡Calor!

Calor sofocante en capas como mantas. Calor que cubría a toda California desde la árida frontera con México, en el sur, hasta los majestuosos bosques Klamath, entrando ya hacia el norte, en Oregón. Calor opresivo y enervante. Cuatro días atrás, una faja de máxima depresión termal seca de mil quinientos kilómetros de longitud y quinientos de ancho, pesaba sobre el Estado como una gallina clueca. Esa mañana, un miércoles de julio, se esperaba que un frente del Pacífico empujara la depresión hacia el este y dejara entrar un aire más fresco, con chaparrones en la costa norte y en las montañas. Pero a la una del mediodía, en California todavía se sofocaban bajo temperaturas que iban de los treinta hasta bien pasados los treinta y ocho grados centígrados, sin que se avistara ningún alivio.

En ciudades y suburbios, en fábricas, oficinas, tiendas y casas, zumbaban seis millones de acondicionadores de aire. En miles de granjas, en el fértil Valle Central —el complejo agrícola más rico del mundo—, ejércitos de bombas eléctricas chupaban el agua de profundos pozos y la enviaban a la hacienda sedienta y a las plantaciones resecas, cereales, vides, cítricos, alfalfa, melones, y cientos más. Un sinnúmero de refrigeradores y congeladores de alimentos funcionaban sin cesar. Y, en otras partes, la demanda regular de electricidad de una población mimada, consentida, dependiente de las comodidades mecánicas, devoradora de energía, no cejaba.

California había sufrido otras olas y había superado sus consecuencias. Pero en ninguna se había hecho un consumo tan grande de energía.

—Que sea, entonces —dijo el jefe de suministro, innecesariamente—. Ahí va todo lo que queda de nuestra reserva rotante.

Todos los que le escuchaban ya lo sabían. Y en ese día «todos» incluía el personal fijo y los ejecutivos de la compañía, reunidos en el Centro de Control de Energía de la Compañía de Luz y Fuerza «Golden State».

La Compañía «Golden State», más conocida como «CGS», era un gigante, una «General Motors» de los servicios públicos. Era la fuente de producción y distribución de dos terceras partes de la energía eléctrica y del gas natural de California. Su presencia era tan familiar en el Estado como la luz del sol, las naranjas y el vino; e igualmente nadie pensaba que pudiera faltar. «CGS» también era rica, poderosa y, por autocalificación, eficiente. Su presencia en todas partes hizo que a veces se la llamara «Luz y Fuerza de Dios».

El Centro de Control «CGS» era un puesto de dirección subterráneo, un recinto reservado, que un visitante describió en una ocasión como un quirófano de hospital combinado con el puente de mando de un transatlántico. El mueble principal era un

tablero de comunicaciones ubicado en una tarima, dos escalones sobre el nivel del suelo. Allí operaban el jefe de suministro eléctrico y seis auxiliares. Tenían a su lado los tableros de dos terminales de computadoras. Las paredes que los rodeaban alojaban sistemas de llaves, diagramas de circuitos de líneas de transmisión y de subestaciones con luces de color e instrumentos que indicaban la situación actual de las doscientos cinco unidades generadoras de la compañía en noventa y cuatro centrales en el Estado. El ambiente era de nerviosa actividad, mientras media docena de auxiliares controlaba una masa de información que cambiaba constantemente, aunque el nivel de sonido se mantenía bajo, gracias a la estudiada acústica del recinto.

—¿Está completamente seguro de que no podemos comprar más energía? —la pregunta la hizo un individuo en mangas de camisa, más bien alto, fornido, que estaba de pie en la cabina de emisión. Nim Goldman, vicepresidente, programador y auxiliar del presidente de la «CGS», se había aflojado la corbata a causa del calor, y la camisa desabrochada dejaba ver parte de un pecho velludo. El vello del pecho era como su pelo, negro y rizado, con unas pocas hebras grises. La cara, fuerte, de huesos grandes y rubicunda, con ojos que miraban directamente y con autoridad, y la mayoría de las veces, aunque no ahora, con una pizca de humor. Bien entrado en los cuarenta, Nim Goldman parecía más joven; no así hoy, a causa de la tensión y la fatiga. Hacía días que se quedaba trabajando hasta la medianoche y se levantaba a las cuatro; el madrugón le exigía afeitarse entonces, y ahora ya le asomaba la barba. Como otros en el centro de control, Nim sudaba, en parte por la tensión, en parte porque varias horas atrás habían reducido el aire acondicionado para seguirla recomendación urgente hecha desde allí y transmitida por televisión y radio al público, de usar menos energía eléctrica debido a una seria crisis de producción. Pero la curva ascendente del monitor, como podían ver todos en el recinto, revelaba que el ruego no había sido tomado muy en cuenta.

El jefe de suministro, un veterano de cabellos blancos, pareció ofendido al contestar la pregunta de Nim. Durante los últimos días, dos auxiliares habían permanecido pegados al teléfono sin descanso, como amas de casa desesperadas, a la pesca de energía sobrante en otros estados y en Canadá. Nim Goldman lo sabía.

—Estamos trayendo todo lo que podemos de Oregón y Nevada, señor Goldman. La Interconexión Pacífico está recargada. Arizona ayuda algo, pero también ellos tienen problemas. Mañana quieren comprarnos a nosotros.

—Les he dicho que no había la menor posibilidad —agregó una auxiliar.

—¿Lograremos pasar la tarde? —Esta vez fue J. Eric Humphrey, presidente del consejo de dirección, después de leer un informe sobre la situación elaborado por computadora. Como de costumbre, el acento refinado del presidente se oyó en el tono grave muy apropiado a su aplomo de exbostoniano, que hoy exhibía, como siempre, como una armadura. Pocos lograban penetrarla. Durante treinta años había vivido y prosperado en California, pero en Eric Humphrey las costumbres informales del oeste

no habían empañado la pátina de Nueva Inglaterra. Era un hombre pequeño, de rasgos nítidos, con lentillas de contacto e impecablemente vestido. A pesar del calor, llevaba un traje de calle oscuro, con chaleco, y si sudaba, el sudor quedaba discretamente oculto.

—La cosa no se presenta bien, señor —dijo el jefe de suministro. Se metió en la boca otro «Gelusil» para la acidez; había perdido la cuenta de los que había tomado ese día. Los jefes auxiliares de suministro necesitaban las pastillas por las tensiones que les creaba su tarea, y la «CGS», en un gesto de buenas relaciones con los empleados, había instalado un distribuidor que les proporcionaba gratis la medicina.

—Si nos salvamos será por un pelo, y con mucha suerte —añadió Nim Goldman para beneficio del presidente.

Tal como el jefe había anunciado momentos antes, la reserva rotante de la «CGS» estaba trabajando a carga completa. Lo que no había explicado, porque allí nadie necesitaba que lo dijera, era que un servicio público como la «CGS» tenía dos tipos de reserva eléctrica: «la rotante» y «la disponible». La reserva rotante provenía de generadores que estaban funcionando, pero no a capacidad plena, aunque su producción podía ser aumentada de inmediato si era necesario. La reserva disponible incluía todas las plantas generadoras que no estaban operando, pero sí listas para comenzar a producir la carga completa en diez o quince minutos.

Hacía una hora que la última reserva disponible, dos turbinas a gas gemelas en una planta de producción cerca de Fresno, de 65 000 kilovatios cada una, habían pasado a la condición de «rotantes». Ahora las turbinas de gas, que habían estado preparadas desde entonces, pasaban a «producción máxima», con lo que ya no quedaba ningún tipo de reserva.

Un hombre corpulento, de aspecto malhumorado, un tanto agobiado, con cara de jarra de cerveza, cejijunto, que había escuchado el diálogo entre el presidente y el jefe de suministro, habló en voz alta y con dureza.

—¡Maldita sea! Si hubiéramos tenido un parte meteorológico decente para hoy, ahora no estaríamos en este aprieto —Ray Paulsen, vicepresidente ejecutivo de suministro de energía, dio un paso impaciente hacia la mesa donde él y los otros habían estado estudiando las curvas de consumo de energía, comparando las de ese día con las de otros días de calor del año anterior.

—Todos los otros meteorólogos cometieron el mismo error que el nuestro —objetó Nim Goldman—. Los periódicos anoche y la radio esta mañana dijeron que hoy tendríamos aire más fresco.

—Probablemente ella lo sacó exactamente de allí. Lo recortó de algún periódico y lo pegó en una tarjeta —Paulsen miró a Nim indignado, y éste se encogió de hombros. No era ningún secreto que ambos se detestaban mutuamente. Nim, en su doble función de planificador y auxiliar del presidente, tenía, en la «CGS», una misión ambulante que ignoraba las fronteras entre departamentos. En el pasado había invadido el territorio de Paulsen con frecuencia, y aunque Ray Paulsen estaba dos

escalones más arriba en la jerarquía de la compañía, no había podido hacer casi nada para evitarlo.

—Si por «ella» aludes a mí, Ray, por lo menos podrías tener la educación de utilizar mi nombre —las cabezas se volvieron. Nadie había visto entrar a Millicent Knight, meteoróloga jefe del servicio, pequeña, trigueña y segura de sí misma. Sin embargo, su llegada no podía sorprender. El departamento de meteorología, incluyendo la oficina de la señora Knight, formaba parte del Centro de Control, separado del recinto tan solo por una pared de vidrio.

Otros hombres se hubieran sentido molestos. No así Ray Paulsen. Había ascendido en la «Golden State» por el camino difícil; comenzó treinta y cinco años atrás como peón de cuadrilla, pasó luego a guardalíneas, y a capataz, hasta llegar a cargos ejecutivos. En una ocasión se cayó desde un poste de electricidad durante una tormenta de nieve en las montañas, y el resultado fue una desviación de columna. En las clases de un colegio nocturno, pagadas por la empresa, el joven Paulsen obtuvo el título de ingeniero; a lo largo de los años pasados desde entonces, su conocimiento del sistema de la «CGS» se había vuelto enciclopédico. Por desgracia, a ninguna altura del camino adquirió tacto o buenas maneras.

—¡Mierda, Milly! —replicó Paulsen—. Dije lo que pensaba, exactamente como siempre, y de un hombre lo diría. Si trabaja como un hombre tiene que esperar que la trate como si lo fuera.

Indignada, la señora Knight dijo:

—Que sea hombre o mujer no tiene nada que ver con esto. Mi departamento tiene un excelente historial de exactitud de pronóstico, un ochenta por ciento, como muy bien sabe. No encontrará nada mejor en ninguna parte.

—¡Pero hoy tú y tu gente la habéis pifiado todos!

—Por Dios, Ray —protestó Goldman—, esto no nos lleva a nada.

J. Eric Humphrey escuchó la discusión con aparente indiferencia. El presidente nunca lo decía específicamente, pero a veces daba la impresión de que no se oponía a las escaramuzas entre su personal superior siempre que no descuidaran sus tareas. En el mundo de los negocios hay gentes —presumiblemente Humphrey era uno de ellos — que creen que una organización, para ser armoniosa, tiene que ser a la vez tolerante. Pero cuando lo consideraba necesario, el presidente era capaz de terminar las disputas con el afilado cuchillo de la autoridad.

En realidad, los ejecutivos que estaban ahora en el Centro de Control, Humphrey, Nim Goldman, Paulsen y varios más, no tenían nada que hacer allí en aquel momento. El Centro tenía personal competente. Las medidas a tomar en una emergencia eran bien conocidas y habían sido programadas con mucha anterioridad: la mayoría se adoptaban por computadora, complementadas por manuales de instrucciones que estaban siempre a mano. Sin embargo, en una crisis como la que afrontaba ahora la «CGS», el recinto, con su información al segundo, se convertía en un imán para quienes tenían autoridad para entrar.

El gran problema aún sin resolver: ¿La demanda de energía eléctrica aumentaría tanto que llegaría a exceder la provisión disponible? Si la respuesta resultaba ser afirmativa, conjuntos enteros de interruptores quedarían necesariamente desconectados en las plantas de producción, dejando a California sin energía, aislando comunidades enteras, creando el caos.

Ya se había llegado a un «corte parcial» de emergencia. A partir de las diez se había comenzado a reducir fraccionadamente el voltaje que se suministraba a los usuarios de la «CGS», y se funcionaba a un ocho por ciento por debajo de lo normal. La reducción permitía cierto ahorro de energía, pero si los artefactos pequeños, como secadores de pelo, máquinas de escribir eléctricas, neveras, estaban recibiendo diez voltios menos que de costumbre, los equipos que requieren un voltaje mayor recibían de diecinueve a veinte voltios menos de lo necesario. Los bajos voltajes disminuían la eficiencia, y los motores eléctricos se sobrecalentaban y hacían más ruido que de costumbre. Algunas computadoras tenían problemas; las que no estaban equipadas con reguladores de voltaje se habían detenido automáticamente y permanecerían así hasta que se restableciera el voltaje normal. Un efecto secundario era el empequeñecimiento de la imagen televisiva en los receptores domésticos, de modo que no ocupaba del todo las pantallas. Pero durante un período breve no causaría daño. También la iluminación de bombillas incandescentes comunes había disminuido algo.

De todos modos, el límite era un apagón parcial del ocho por ciento. Más allá, los motores eléctricos se recalentarían, quizá se fundirían, creando peligro de incendios. De modo que si un apagón parcial no bastaba, el último recurso sería el de cortes automáticos: someter a zonas extensas a un apagón total.

Las dos horas siguientes serían reveladoras. Si la «CGS» podía mantenerse de alguna manera hasta media tarde, el momento de mayor demanda en días de calor, la carga se aliviaría hasta el día siguiente. En este caso, suponiendo que ese día fuera un día más fresco, no habría problema.

Pero si la carga actual, que había aumentado regularmente todo el día, seguía creciendo… podía ocurrir lo peor…

Ray Paulsen no se daba por vencido fácilmente.

—Bien, Milly —insistió—, el pronóstico meteorológico para hoy ha fallado ridículamente. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto. Si quiere decirlo de esa manera injusta y desagradable —los oscuros ojos de Millicent relampaguearon—. Pero también es cierto que hay una masa de aire a unos mil quinientos kilómetros de la costa que se llama anticiclón del Pacífico. La meteorología no sabe mucho sobre este fenómeno, que a veces desorganiza todos los pronósticos de California durante uno o dos días —agregó desdeñosamente—: ¿O será que a usted los diagramas de los circuitos eléctricos le absorben tanto que no conoce ese hecho elemental de la naturaleza?

—¡Un momento! —dijo Paulsen sonrojándose.

—Otra cosa —prosiguió Milly Knight sin hacerle caso—. Mi gente y yo hemos confeccionado un pronóstico honesto. Pero un pronóstico, por si lo ha olvidado, es justamente eso, la duda es posible. Yo no le dije que parara a «Magalia Dos» para mantenimiento. Esa decisión la tomó *usted,* y me está culpando por ella.

El grupo que rodeaba la mesa se rio. Alguien murmuró: *Touché*.

Como sabían, parte del problema era la usina «Magalia».

«Magalia Dos», parte de una planta de producción de la «CGS» al norte de Sacramento, era un gran generador a vapor capaz de producir 600 000 kilovatios, pero desde que lo construyeron, unos diez años atrás, «Magalia Dos» había constituido una fuente de problemas. Repetidas rupturas de los tubos de la caldera y otros defectos más serios la dejaban fuera de servicio con frecuencia; la última vez, durante nueve meses mientras reentubaban el sobrecalentador. Aun después de eso los problemas habían continuado. Como lo describió un ingeniero, hacer funcionar a «Magalia Dos» era como mantener a flote un acorazado que hace agua.

A lo largo de la semana pasada, el director de planta de «Magalia» le había suplicado a Paulsen que le permitiera dejar fuera de servicio la número dos para reparar pérdidas del tubo de caldera. Tal como dijo: «Antes de que esta vieja tetera estalle.» Hasta ayer Paulsen se había mantenido adamantino. Aun antes de que comenzara la ola de calor actual, y debido a paros imprevistos para reparaciones en otras partes, se había necesitado la energía de «Magalia Dos» para el sistema. Como siempre, fue una cuestión de considerar prioridades, a veces corriendo un riesgo. Anoche, después de leer el pronóstico de una temperatura más baja para hoy, y sopesándolo todo, Paulsen dio su aprobación y de inmediato se paró la unidad y se comenzó el trabajo varias horas más tarde, cuando la caldera se hubo enfriado. Ya esa mañana «Magalia Dos» estaba callada y en varios tubos de la caldera habían cortado las secciones de cañerías con pérdidas. Aunque se la necesitaba desesperadamente, «Magalia Dos» no podría entrar en funcionamiento hasta dentro de dos días.

—Si el pronóstico hubiera sido exacto —gruñó Paulsen—, «Magalia» no estaría parada.

El presidente sacudió la cabeza. Había oído bastante. Más adelante habría tiempo para investigaciones. Este no era el momento.

Nim Goldman había estado haciendo consultas junto al tablero de suministros. Ahora, superando con su fuerte voz la de los demás, anunció:

—Dentro de media hora habría que comenzar con los cortes. Ya no queda duda. Tenemos que hacerlo —lanzó una mirada al presidente—. Creo que deberíamos alertar a los medios de comunicación. La televisión y la radio todavía pueden emitir anuncios.

—Hágalo —dijo Humphrey—. Y que alguien me ponga al gobernador al otro lado del teléfono.

—Sí, señor —un ayudante comenzó a marcar el número.

Las caras estaban serias en el recinto. Lo que estaba a punto de ocurrir, la

interrupción intencionada del servicio, no había ocurrido jamás en el siglo y cuarto de historia del servicio.

Nim Goldman ya telefoneaba a Relaciones Públicas, en otro edificio. La salida de los anuncios no sufriría retrasos. El departamento de Relaciones Públicas del servicio estaba preparado para ocuparse de eso. Aunque normalmente la secuencia de los cortes de energía era conocida solo por unas pocas personas dentro de la compañía, ahora serían anunciados públicamente. Como otros puntos de su política, se había decidido meses antes que a los cortes, siempre y cuando ocurrieran, se los denominaría «cortes rotativos», una táctica de relaciones públicas para subrayar su carácter temporal y el hecho de que todas las áreas serían tratadas imparcialmente. La frase «cortes rotativos» se le ocurrió a una joven secretaria cuando sus superiores, más viejos y mejor pagados, no supieron crear ninguna aceptable. Una de las rechazadas: «Restricciones secuenciales.»

—Tengo al aparato la oficina del gobernador en Sacramento, señor —informó el ayudante a Eric Humphrey—. Dicen que el gobernador está en su finca, cerca de Stockton, y están tratando de comunicarse con él. Les gustaría que usted se pusiera al teléfono.

El presidente asintió y aceptó el teléfono. Cubriendo el receptor con la mano preguntó:

—¿Alguien sabe dónde está el jefe? —Era innecesario explicar que «jefe» quería decir «ingeniero jefe», y que se trataba de Walter Talbot, un escocés tranquilo, inconmovible, próximo a la jubilación, cuya sabiduría en situaciones de urgencia era legendaria.

—Sí —dijo Nim Goldman—. Ha ido a echar una mirada a «Gran Lil».

El presidente frunció el entrecejo.

—Espero que nada ande mal allí.

Las miradas se dirigieron instintivamente a un panel de instrumentos que tenía encima la leyenda: LA MISSION N.° 5. Esa era «Gran Lil», el generador más grande y más nuevo de la planta La Mission, a setenta kilómetros de la ciudad.

«Gran Lil» —«Industrias Lilien» de Pensylvania construyó la enorme máquina y un periodista creó el descriptivo nombre, que se le quedó— era un monstruo que suministraba un millón y cuarto de kilovatios de energía eléctrica. Era alimentado por enormes cantidades de petróleo que creaba vapor sobrecalentado para hacer funcionar la turbina gigante. En el pasado, «Gran Lil» había merecido ciertas críticas. Durante el período de planteamiento, los expertos adujeron que construir un generador tan grande era una locura total, porque se confiaría demasiado en una única fuente de energía; utilizaron un símil no científico sobre los huevos y un único cesto. Otros expertos estuvieron en desacuerdo. Estos señalaron «economías de escala», con lo que querían decir: la electricidad producida en gran escala es más barata. Prevaleció el segundo grupo y hasta ahora había que darles la razón. En los dos años pasados desde que empezó a funcionar, «Gran Lil» había resultado económica en

comparación con los generadores más pequeños, magníficamente segura, y sin problemas. Hoy en el Centro de Control de Energía, un registro de diagramas proporcionaba la alentadora noticia de que «Gran Lil» estaba haciendo todo lo posible, funcionando al máximo, soportando un pesado seis por ciento de la carga total del servicio.

—Esta mañana temprano han informado sobre una vibración en la turbina de «Gran Lil» —le dijo Ray Paulsen al presidente—. Lo hemos discutido con el ingeniero jefe. Si bien es probable que no sea nada crítico, los dos pensamos que debería verlo.

Humphrey asintió. De todos modos, el ingeniero jefe no podía hacer nada allí. Solo que era más tranquilizador tenerle cerca.

—Aquí está el gobernador —anunció una operadora por el teléfono de Humphrey. Y un momento después una voz familiar—: Buenas tardes, Eric.

—Buenas tardes, señor —dijo el presidente—. Temo que le llamo por una noticia…

En ese momento ocurrió.

Entre el conjunto de instrumentos con la leyenda LA MISSION N.° 5, un zumbido dejó oír una serie de notas cortas y agudas con urgente insistencia. Simultáneamente comenzaron a encenderse unas luces rojas intermitentes de advertencia. La aguja del registro del diagrama para el N.° 5 titubeó y luego descendió profundamente.

—¡Dios mío! —se oyó la voz sorprendida de alguien—. «Gran Lil» ha quedado fuera de servicio.

Cuando el registro y otras informaciones bajaron a cero, no quedó duda alguna.

Las reacciones fueron inmediatas. En el Centro de Control de Energía cobró vida una máquina de escribir registradora de alta velocidad, traqueteando, vomitando informes sobre la situación, mientras en los centros de distribución y subplantas, cientos de interruptores de circuitos de alto voltaje se abrieron obedeciendo a la orden de la computadora. La apertura de los interruptores automáticos salvaría el sistema y evitaría que se dañaran los otros generadores. Pero la medida ya había sumido enormes áreas del Estado en un apagón eléctrico total. Al cabo de dos o tres segundos, millones de personas en ubicaciones muy diferentes: trabajadores en fábricas y oficinas, granjeros, amas de casa, compradores, vendedores, personal de restaurantes, impresores, empleados en las estaciones de servicio, corredores de bolsa, hoteleros, peluqueros, proyectores de películas y público, conductores de tranvías, personal de los canales de televisión y televidentes, camareros, clasificadores de correspondencia, productores de vino, médicos, dentistas, veterinarios, jugadores de billar… una lista *ad infinitum.*.. se vieron privados de energía y luz, imposibilitados de seguir con lo que estaban haciendo un momento antes.

En los edificios, los ascensores se detuvieron entre dos pisos. Los aeropuertos,

que rebosaban de actividad, virtualmente dejaron de funcionar. En calles y carreteras las farolas y señales de tráfico luminosas se apagaron, provocando un caos descomunal.

Más de un octavo de California, una extensión mucho más grande que Suiza, con una población de unos tres millones de personas, se detuvo abruptamente. Lo que hasta poco antes había sido tan solo una posibilidad, era ahora una desastrosa realidad, y muy de lejos peor de lo que se temía.

En el tablero de comunicaciones del Centro de Control, protegido de la pérdida de energía por circuitos especiales, tres auxiliares trabajaban rápidamente, diseminando instrucciones de emergencia, telefoneando órdenes a las plantas generadoras y controles de energía de las divisiones, examinando planos del sistema, escrutando las pantallas de rayos catódicos que mostraban los circuitos involucrados. Iban a estar ocupados durante mucho tiempo, pero por ahora las medidas puestas en marcha por las computadoras se les habían adelantado muchísimo.

—¡Eh! —dijo el gobernador por el teléfono de Humphrey—, se acaban de apagar todas las luces.

—Lo sé —aceptó el presidente—. Por eso le llamaba.

Por otro teléfono, una línea directa al cuarto de control de La Mission, Ray Paulsen gritaba:

—¿Qué demonios le ha pasado a «Gran Lil»?

2

La explosión en la planta de La Mission de la Compañía de Luz y Fuerza «Golden State» fue sorprendente.

Media hora antes había llegado el ingeniero jefe, Walter Talbot, para inspeccionar La Mission N.° 5, «Gran Lil», a raíz de los informes sobre una leve vibración en la turbina durante la noche. El jefe era un hombre delgado, larguirucho, exteriormente agrio, pero con un sentido del humor juguetón, que aún hablaba con un marcado acento de Glasgow, aunque hacía cuarenta años que lo más cerca de Escocia que había estado era en alguna cena en homenaje a Burns en San Francisco. Le gustaba tomarse su tiempo para lo que tenía que hacer, y hoy inspeccionó a «Gran Lil» despacio y cuidadosamente, acompañado por Danieli, un apacible y entendido ingeniero, superintendente de la planta. Mientras tanto, el enorme generador producía energía suficiente para encender más de veinte millones de bombillas de luz comunes.

Ocasionalmente, el oído experto del jefe o del superintendente escuchaba una débil vibración en la profundidad de la turbina, diferente del constante quejido normal. Pero finalmente, después de los test que incluyeron la aplicación de una sonda con punta de nylon al cojinete principal, el jefe decidió:

—No hay por qué preocuparse. La gordita no dará que hacer, y lo que necesita puede esperar a que pase este pánico.

Mientras hablaba, los dos estaban de pie al lado de «Gran Lil», sobre las planchas metálicas reticuladas que formaban el suelo de la especie de catedral que era la sala de la turbina. El monstruoso turbogenerador de una manzana de largo, descansaba sobre pedestales de hormigón y cada una de las carcasas de la unidad parecía una ballena echada en la playa. Justo debajo tenía un gran cuerpo de entrada de vapor con líneas de alta presión que corrían desde la caldera a la turbina y también alimentaban otros servicios. Los dos hombres llevaban cascos de acero y auriculares de protección para los oídos. Sin embargo, ninguna de estas defensas sirvió de nada ante la ensordecedora explosión que se produjo un instante después. El jefe y el superintendente sufrieron los efectos de la onda expansiva de una terrible explosión originada bajo el piso principal, que comenzó por abrir una brecha en una cañería de vapor de un metro de diámetro, una de las que corrían de la caldera a la cámara de vapor. También resultó horadada una cañería de lubricación. La explosión, combinada con el escape de vapor, produjo un ruido abrumador, profundo y atronador. Luego, el vapor a treinta y ocho grados centígrados y a una presión de seis mil atmósferas se liberó a través del reticulado sobre el que estaban de pie los dos hombres.

Ambos murieron al instante. Quedaron literalmente hervidos, como verduras en una olla a presión. Unos segundos después todo el lugar quedó oscurecido por un humo negro denso que salía de la rota cañería del aceite, que ahora ardía encendida

por una chispa del metal desgarrado.

Dos obreros de la planta, que pintaban desde un andamio alto en la sala de la turbina, trataron desesperadamente de subirse a una pasarela unos cinco metros más arriba, para que no les sofocara el humo negro que subía. No lo lograron y cayeron para encontrar la muerte abajo.

Solamente en la oficina de control de la planta, a setenta metros de distancia y protegida por puertas dobles, se pudo evitar el desastre total. La rápida reacción de un técnico en el panel de control del N.° 5 y los dispositivos automáticos, aseguraron el cierre de «Gran Lil» sin daño para las partes vitales del generador de la turbina.

En la planta de La Mission se necesitarían varios días de investigaciones, el rastreo cuidadoso de los escombros por expertos, e interrogatorios a cargo de los delegados del comisario y los agentes del FBI, para descubrir la causa y las circunstancias de la explosión. Pero pronto habría de surgir la sospecha de sabotaje que más adelante sería confirmada.

Al final, la evidencia acumulada proporcionó un panorama bastante claro de la explosión y los hechos que la precedieron.

Esa mañana, a las once cuarenta, un hombre blanco, de talla mediana, afeitado, cetrino, con gafas de montura de acero y el uniforme de oficial del «Ejército de Salvación», se acercó a pie a la entrada principal de La Mission. Llevaba una cartera de tipo portafolio.

Cuando el empleado que vigilaba la entrada le interrogó, el visitante presentó una carta, aparentemente en papel de la «Golden State», que le autorizaba a visitar las instalaciones de la «CGS» con el propósito de solicitar la contribución de los empleados del servicio para una obra de caridad del «Ejército de Salvación»: un proyecto de almuerzos gratuitos para niños necesitados.

El guardián informó al hombre que debía ir a la oficina del superintendente y presentar su carta allí; le indicó cómo llegar a la oficina, que estaba en el segundo piso de la central, y a la que se accedía por una entrada que no se veía desde el puesto de guardia. El visitante se dirigió a la dirección indicada. El guardián notó que seguía llevando el portafolio.

La explosión ocurrió una hora después.

Si las medidas de seguridad hubieran sido más estrictas, como señaló el sumario posterior, ese visitante no hubiera entrado en la planta solo. Pero la «CGS», como otros servicios públicos, tenía problemas especiales, un dilema, en asuntos de seguridad. Con noventa y cuatro plantas generadoras, numerosos talleres y depósitos, cientos de subestaciones que funcionaban sin personal, una serie de oficinas de distrito dispersas y una central compuesta por dos edificios de varios pisos, conseguir una seguridad total, aun de ser posible, costaría una fortuna. Esto, en un momento de alza de los combustibles, sueldos y otros costos operativos, y cuando los usuarios se quejaban de que las cuentas de electricidad y gas ya eran demasiado altas, por lo que cualquier propuesta de aumentar las tarifas sería mal acogida. Por todas estas razones

había relativamente poco personal de seguridad, de modo que buena parte del programa era ilusorio, basado en un cálculo de riesgos.

En La Mission, el riesgo, al costo de cuatro vidas, resultó ser demasiado alto.

La investigación policial estableció varios puntos. El supuesto oficial del «Ejército de Salvación» era un impostor que casi seguro llevaba un uniforme robado. La carta que presentó, si bien pudo estar escrita en papel oficial de la «CGS», nada difícil de conseguir, era falsa. De todos modos, el servicio no permitía que a sus empleados se les solicitaran contribuciones mientras cumplían sus tareas, ni pudo localizarse a nadie en la «CGS» que hubiera escrito la carta. El guardián de seguridad de La Mission no recordaba el nombre del firmante de la carta, aunque sí que la firma era un garabato.

También quedó establecido que, una vez dentro de la central eléctrica, el visitante no fue a la oficina del superintendente. Nadie le vio allí. Si alguien le hubiera visto, sería difícil que lo hubiera olvidado.

Luego venían las conjeturas.

Lo más probable era que el falso oficial del «Ejército de Salvación» hubiera descendido por una corta escalera metálica hasta el piso de servicio, que quedaba inmediatamente debajo de la sala de la turbina principal. Este piso, como el de arriba, no tenía paredes divisorias, de modo que aun entre una red de cañerías a vapor con aislantes y otras tuberías de servicio, las partes más bajas de varios generadores de La Mission se veían claramente desde arriba a través del enrejado metálico del piso de la sala de la turbina. La N.° 5, «Gran Lil» era inconfundible por su tamaño y el de los aparatos que la rodeaban.

Quizás el intruso tuviera información sobre la distribución de la planta, aunque esto no era esencial. El edificio principal del generador era una estructura nada complicada, poco más que una caja gigantesca. También pudo haber sabido que la Mission, como todas las plantas generadoras modernas estaba altamente automatizada, con solo un pequeño equipo de trabajadores, por lo tanto, tenía probabilidades de andar por ahí sin que le vieran.

Casi con toda seguridad, el intruso se dirigió entonces directamente hasta debajo de «Gran Lil», donde abrió el portafolios que contenía una bomba de dinamita. Debió buscar un lugar oculto para la bomba, y vio una brida metálica adecuada cerca de la unión de dos cañerías de vapor. Una vez puesto en funcionamiento un mecanismo de tiempo, no cabe duda que ubicó la bomba allí. La elección del lugar puso en evidencia su ignorancia técnica. Si hubiera estado mejor informado, hubiera colocado la bomba más cerca del eje principal del enorme generador, donde hubiera causado el máximo daño, llegando quizás a dejar a «Gran Lil» fuera de circulación por un año.

Expertos en explosivos confirmaron que, en efecto, esto hubiera podido ocurrir. Decidieron que el saboteador había utilizado una «carga moldeada», un cono de dinamita que al detonar tenía una velocidad de avance similar a la de una bala, haciendo que la explosión destruyera todo lo que encontrara a su paso. En este caso

dio contra una cañería de vapor que salía de la caldera.

Inmediatamente después de colocar la bomba, siempre según la hipótesis policial, el saboteador se movió, sin que le molestaran, desde el edificio principal de la planta hasta la entrada, y salió tan tranquilamente y hasta pasando más desapercibido que al llegar. A partir de ese momento se ignoraban sus movimientos. Tampoco, pese a la intensa investigación, surgió ninguna clave importante en cuanto a su identidad. Cierto que un mensaje telefónico a una emisora de radio, supuestamente de un grupo revolucionario clandestino, «Amigos de la Libertad», se adjudicó la autoría del hecho. Pero la policía no tenía información sobre la existencia del grupo, ni conocimiento alguno acerca de sus componentes.

Pero todo esto se supo después. En La Mission el caos reinó durante unos noventa minutos después de la explosión.

Los bomberos, alertados por una alarma automática, encontraron dificultad para apagar el aceite encendido y ventilar la sala de la turbina principal y los pisos inferiores, para eliminar el humo espeso y negro. Cuando por fin se logró aclarar bastante el ambiente, se retiraron los cuatro cadáveres. Un horrorizado empleado de la planta describió los del ingeniero jefe y el superintendente, apenas reconocibles, como «cangrejos hervidos»: resultado de la exposición al vapor supercalentado.

Una rápida evaluación de los daños en la N.° 5 reveló que eran leves. Un cojinete atascado, donde el suministro de aceite lubricante había sido cortado por la explosión, debía ser reemplazado. Eso era todo. El trabajo de reparación, incluyendo la sustitución de las cañerías de vapor rotas, requeriría una semana; el generador gigante volvería a funcionar. Irónicamente, la pequeña vibración que el ingeniero jefe había ido a inspeccionar quedaría reparada en el mismo tiempo.

3

—Un sistema de distribución de luz y fuerza que cae en un apagón extenso e imprevisto —explicó pacientemente Nim Goldman— es como el juego de niños en que uno tiene delante un mazo entero y de pronto, sin aviso, el suelo está cubierto de cartas. Hay que levantarlas una por una, y hacerlo requiere tiempo.

Estaba en una galería de observación, un poco más arriba que el Centro de Control de Energía y separada de éste por una división de cristal, en la que se había hecho entrar a los periodistas de los periódicos, de la televisión y la radio. Las diversas agencias de noticias habían enviado urgentemente a sus hombres a la «CCS», y la presidente de Relaciones Públicas de la empresa, Teresa van Buren, le había pedido a Nim que hablara en representación de la compañía. El resultado fue una rueda de prensa improvisada.

Algunos periodistas empezaban a mostrarse hostiles ante lo que consideraban contestaciones inadecuadas a sus preguntas.

—¡Por amor de Dios! —protestó una reportera del *California Examiner*, Nancy Molineaux—. Ahórrenos los símiles domésticos y díganos lo que he venido a averiguar. ¿Qué ha fallado? ¿Quién es responsable? ¿Qué van a hacer, si es que van a hacer algo? ¿Cuándo habrá energía nuevamente?

La señorita Molineaux era vehemente, atractiva en un estilo severo. Los pómulos altos le daban expresión orgullosa, y lo era a veces. Su expresión usual era una mezcla de curiosidad y escepticismo que rayaba en el desdén. También era elegante, vestía su cuerpo esbelto con buena ropa, y era negra. Profesionalmente había logrado una reputación al investigar y denunciar la venalidad en la administración pública. Nim la consideraba como un carámbano, un iceberg erizado de agudas puntas. Informes anteriores habían puesto en evidencia que la señorita Molineaux no veía en la «CGS» a una institución admirable.

Varios periodistas asintieron con la cabeza.

—Lo que ha ocurrido es una explosión en La Mission —Nim controló un impulso de responder bruscamente, enfadado—. Creemos que han muerto por lo menos dos de los nuestros, pero está ardiendo el aceite de lubrificación con un humo denso, y por ahora no tenemos más detalles.

—¿Conocen los nombres de los dos muertos? —preguntó alguien.

—Sí, pero todavía no podemos darlos. Primero hay que informar a las familias.

—¿Conocen las causas de la explosión?

—No.

La señorita Molineaux intervino.

—¿Y en cuanto a la energía?

—Ya hay algo de energía —dijo Nim—. La mayor parte de lo que falta volverá en cuatro horas, seis como máximo. Todo lo demás debería estar normalizado por la noche.

«Normalizado —pensó Nim—, excepto para Walter Talbot.» La noticia de que el jefe había sido víctima de la explosión, y la de su presunta muerte, había llegado al Centro de Control de Energía hacía solo unos minutos, produciendo una sorpresa aniquilante. Nim, su amigo de muchos años, todavía no había tenido tiempo de sentir toda la realidad de la noticia, ni de lamentarla como sabía que la sufriría luego. Nim apenas conocía a Danieli, el superintendente de la planta, de modo que su desaparición, si bien trágica, le parecía más remota. A través del tabique de vidrio a prueba de ruidos que separaba la galería de observación del área de trabajo, en el Centro de Control, Nim veía que en la consola y a su alrededor continuaba una actividad febril. Quería volver allí lo antes posible.

—¿Habrá mañana otro apagón? —quería saber un corresponsal de una agencia.

—No si cesa la ola de calor, como creemos que ocurrirá.

Mientras continuaban las preguntas, Nim se embarcó en una descripción de los problemas que acarrea la sobrecarga con un tiempo imprevisiblemente caluroso.

—De modo que, en realidad, lo que está diciendo —sugirió Nancy Molineaux agriamente—, es que ustedes no habían planeado, no habían previsto, no habían tenido en cuenta algo que pudiera alterar las condiciones normales.

—Solo se puede planear en la medida… —dijo Nim sonrojándose.

La frase quedó sin terminar.

Teresa van Buren, directora de Relaciones Públicas, entró en la galería, de la que se había ausentado durante unos minutos. Era una mujer baja, regordeta, vivaracha, de unos cuarenta y cinco años, que invariablemente llevaba trajes de hilo arrugados y cómodos zapatos marrones sin tacón. A menudo se la veía descuidada y despeinada, y parecía más un ama de casa atareada que la experimentada ejecutiva de una empresa.

—Tengo algo que anunciar —dijo la señora Van Buren. Su voz sonó emocionada, y el papel que tenía en la mano temblaba. El recinto quedó en silencio—. Acabamos de saber que hubo cuatro muertos, no dos. Todos los muertos son empleados de la compañía que estaban realizando sus tareas en el momento de la explosión. Se está informando a sus parientes más cercanos y en unos minutos les entregaremos a ustedes una lista de los nombres con una breve biografía. También puedo decirles que se sospecha que hubo sabotaje, aunque por ahora no hay pruebas.

En medio de la andanada de preguntas que siguió, Nim se deslizó fuera de la galería.

Paso a paso, dirigido por el Centro de Control de Energía, el descalabrado sistema de distribución iba normalizándose.

En la consola de comunicaciones, el jefe, haciendo malabarismos con dos teléfonos y manipulando a la vez una batería de botones, enviaba rápidas instrucciones a media voz a los conmutadores, tratando de restablecer las conexiones con otras empresas; éstos se habían desconectado automáticamente cuando «Gran

Lil» saltó. Cuando logró retomar la Interconexión Pacífico, el jefe se arrellanó en su silla giratoria metálica y dejó escapar un sonoro suspiro; luego se dedicó a apretar botones para comenzar a proporcionar energía. Cuando volvió Nim, le echó una rápida mirada de soslayo.

—Ya estamos a mitad de camino, señor Goldman.

Nim comprendió que eso significaba que casi la mitad de toda la zona afectada por el repentino apagón tenía ya energía, y que el proceso avanzaba. La computadora podía —y lo había hecho— detener el sistema mucho más rápido que la mano del hombre. Pero restablecerlo requería decisiones directas de los técnicos, supervisadas desde el Centro de Control de Energía.

Las ciudades y poblaciones urbanas tenían prioridad y, distrito tras distrito, volvían a la vida eléctrica una vez más. Seguían luego los suburbios, particularmente aquellos con concentraciones de plantas industriales. Las poblaciones rurales seguirían después. Las zonas rurales alejadas, en la base del tótem de la energía, serían las últimas.

Con algunas excepciones, hospitales, plantas de depuración de agua y de líquidos residuales, e instalaciones de compañías de teléfonos, gozaban de prioridad por el carácter de sus servicios. Es cierto que esas entidades normalmente tienen generadores de emergencia propios, pero éstos aceptan solo una potencia parcial, y la energía exterior es esencial para su buen funcionamiento. También había, aquí y allá, casos individuales especiales.

El jefe había centrado su atención en un curioso plano de circuitos que había estado comentando por uno de los teléfonos: tenía una serie de círculos de colores desparramados en la superficie del plano.

—¿Qué es eso? —preguntó Nim, aprovechando una pausa entre llamadas.

—¿No lo sabe? —el jefe pareció sorprenderse.

Nim sacudió la cabeza. Ni un vicepresidente de programación podía recordar o haber visto siquiera los miles de planos minuciosamente detallados de un sistema operacional tan grande como el de la «CGS».

—Equipos salvavidas en casas particulares —el jefe hizo señas a uno de sus asistentes y dejó la silla, que el otro ocupó—. Necesito un descanso —se pasó la mano entre el pelo blanco en un gesto de cansancio; luego, descuidadamente, se echó otra tableta de «Gelusil» a la boca.

Liberado de las presiones del momento, el jefe colocó el plano de circuitos entre él y Nim.

—Los círculos rojos son pulmones de acero, equipos respiratorios, como los llaman hoy. El verde corresponde a máquinas para diálisis renal. El círculo naranja es una unidad generadora de oxígeno para un bebé. Tenemos uno de estos planos en cada central, y los mantenemos al día. Los hospitales, que saben dónde están ubicados los equipos domésticos, nos ayudan.

—Acaba de llenar una laguna en mis conocimientos —aceptó Nim. Continuó

estudiando el plano, que le fascinaba.

—La mayoría de la gente que depende de esos equipos tiene un dispositivo de conexión a una batería para las emergencias —continuó el jefe—. De todas maneras, cualquier fallo de la energía exterior les resulta traumático. De modo que si hay una interrupción local de corriente, hacemos verificaciones inmediatas. Si queda alguna duda o problema, les llevamos rápidamente un generador portátil.

—Pero no tenemos tantos generadores portátiles, por lo menos no los necesarios para cubrir un corte de energía tan extendido como el de hoy.

—No, ni tampoco tantas cuadrillas disponibles. Pero hoy hemos tenido suerte. Las centrales han estado haciendo verificaciones. Nadie que utilice un equipo en su casa ha tenido problemas —el jefe señaló el plano—. Todos esos lugares ya tienen energía.

Era emocionante y tranquilizador saber que un grupo humano tan reducido en número era vigilado y cuidado en medio de preocupaciones tan vastas. Nim estudió el plano recorriéndolo todo con la mirada. Encontró una esquina que conocía bien. Lakewood y Balboa. Uno de los círculos rojos señalaba la ubicación de una casa de apartamentos delante de la que había pasado muchas veces. Al lado se leía un nombre, «Sloan», presumiblemente alguien que necesitaba un pulmón de acero. ¿Quién era Sloan?, se preguntó. ¿Cómo era? Alguien interrumpió sus cavilaciones.

—Señor Goldman, el presidente quiere hablar con usted. Llama desde La Mission —Nim cogió el teléfono que le alargaba un asistente del Centro de Control.

—Nim —dijo Eric Humphrey—, usted conocía bastante bien a Walter Talbot, ¿verdad? —a pesar de la crisis, la voz del presidente era tan serena como siempre. En cuanto se recibieron las primeras noticias de la explosión había pedido su limusina y había partido hacia La Mission junto con Ray Paulsen.

—Sí —dijo Nim—, Walter y yo éramos buenos amigos —sintió que se le quebraba la voz y que las lágrimas no estaban muy lejos. Casi desde que la «CGS» había incorporado a Nim, once años atrás, él y el ingeniero jefe habían simpatizado y confiaban habitualmente el uno en el otro. Le parecía imposible admitir que no volvería a haber ya más intercambio de confidencias entre ellos.

—¿Y la mujer de Walter? ¿La conoce bien?

—Ardythe. Mucho —Nim sintió la vacilación del presidente y le preguntó—: ¿Cómo andan las cosas por ahí?

—Sombrías. Jamás había visto cuerpos quemados por vapor supercalentado. Espero no volverlos a ver nunca. No queda virtualmente piel, solo una masa de ampollas que dejan ver todo lo que hay debajo. Las caras son irreconocibles —durante un momento el aplomo de Eric Humphrey pareció flaquear; luego lo recobró —. Por eso me gustaría que fuera a ver a la señora Talbot lo antes posible. Tengo entendido que ha encajado muy mal la noticia, lo que no me sorprende. Como amigo quizás usted pueda ayudarla. También me gustaría que la disuadiera, si puede, de ver el cuerpo de su marido.

—Por Dios, Eric —dijo Nim—. ¿Por qué yo?

—Por una razón obvia. Alguien tiene que hacerlo, y usted les conocía a los dos, por lo que veo mejor que ninguno de nosotros. También le pido a un amigo de Danieli que vaya a ver a su esposa con el mismo propósito.

Nim quería replicar: «¿Por qué no va usted, a ver a las mujeres de los cuatro muertos? Usted es nuestro jefe y cobra un salario principesco que debería compensar por una ocasional tarea desgraciada. Además, morir en servicio, ¿no merece una actitud personal de la cabeza de la compañía?» Pero no lo dijo, porque sabía que J. Eric Humphrey, si bien era un administrador dedicado, prefería no mostrarse siempre que podía evitarlo; y ésta era evidentemente una de esas ocasiones en las que Nim o algún otro infortunado debía actuar en su lugar.

—Está bien —concedió Nim—. Lo haré.

—Gracias. Y, por favor, exprese a la señora Talbot mi sincera condolencia.

Nim devolvió el teléfono, preocupado. Lo que le habían pedido que hiciera no era una de las cosas que sabía hacer bien. Sabía que eventualmente vería a Ardythe Talbot, y tendría que encontrar, emocionado, las palabras para hablarle. Pero no había esperado que fuera tan pronto.

Al salir del Centro de Control, Nim encontró a Teresa van Buren. Parecía exprimida. Presumiblemente, su último encuentro con los periodistas había contribuido a dejarla en ese estado, y además, Teresa también había sido amiga de los Talbot.

—Un día nada bueno para ninguno de nosotros —dijo.

—No —asintió Nim; y le dijo adónde iba y cuáles habían sido las instrucciones de Eric Humphrey.

La vicepresidente de Relaciones Públicas hizo una mueca.

—No le envidio. Es una misión dura. Antes de que me olvide, me dijeron que había tenido un encontronazo con Nancy Molineaux.

—¡Esa perra! —dijo con rabia.

—Cierto que es una perra, Nim. También es una periodista valiente, muy superior a la mayoría de esos payasos incompetentes que hemos encontrado esta ronda.

—Me sorprende oírle decir esto. Había decidido censurar, ser hostil, antes de saber siquiera de qué se trataba.

Teresa van Buren se encogió de hombros.

—El paquidermo para el que trabajamos bien puede soportar unos cuantos hondazos y flechazos. Además, puede ser que la hostilidad sea la manera que tiene Nancy de conseguir que usted, y otros, digan más de lo que se proponían. Le falta aprender unas cuantas cosas sobre las mujeres, Nim, aparte de la gimnasia de cama a la que, según dicen, se dedica con entusiasmo —le miró con agudeza—. Es un cazador de mujeres, ¿no? —luego sus ojos maternales se ablandaron—. Quizá no he debido decir eso justamente ahora. Vaya y haga lo que pueda por la mujer de Walter.

4

Con su robusto cuerpo apretujado en el «Fiat» X 19 de dos plazas, Nim Goldman avanzó a través de las calles del centro, dirigiéndose al noreste, hacia San Roque, el suburbio donde vivían Walter y Ardythe Talbot. Conocía bien el camino, pues lo había recorrido muchas veces.

Anochecía ya; más o menos una hora después de la hora punta del tráfico de los que volvían a casa, el camino todavía resultaba pesado. El calor del día había disminuido algo, pero no mucho.

Nim cambió de posición en el pequeño automóvil, esforzándose por ponerse cómodo, y eso le recordó que últimamente había aumentado de peso y que debía bajar algo antes de que sus dificultades con el «Fiat» se agravaran. No tenía intención de cambiar de coche. Estaba convencido de que los que conducían coches más grandes desperdiciaban combustible ciegamente y vivían una felicidad ilusoria que se acabaría pronto, en medio de una serie de desastres, uno de ellos un déficit paralizante de energía eléctrica.

Tal como lo veía Nim, el breve apagón de hoy era tan solo un anuncio, un *hors d'oeuvre* desagradable, de futuros cortes más serios, trastornadores, quizás en uno o dos años. Lo malo era que a nadie parecía preocuparle. Aun dentro de la «CGS», en mucha gente que tenía acceso a los mismos hechos y poseía la misma perspectiva general que Nim, se notaba una complacencia, algo así como: «No os preocupéis. Todo saldrá bien. Nos arreglaremos. Mientras tanto, hagamos tambalear el barco alarmando al público.»

En los últimos meses solo tres personas, dentro de la jerarquía de la «Golden State», Walter Talbot, Teresa van Buren y Nim, habían insistido en un cambio de actitud. Pedían menos timidez, más sinceridad. Pedían advertencias contundente s, inmediatas, al público, la prensa y los políticos, de que se avecinaba una hambruna eléctrica calamitosa, que nada podría evitarla enteramente, y solo un plan intensivo de construía ion de centrales, unido a medidas de prevención generales y dolorosas, podría aminorar sus efectos. Pero hasta ahora habían prevalecido la cautela convencional y el temor de ofender a las autoridades del Estado. No se había iniciado ningún cambio. Ahora, Walter, uno del trío de cruzados, había muerto.

Un resurgimiento de su pena invadió a Nim. Antes había contenido las lágrimas. Ahora, en la intimidad del coche en movimiento, las dejó brotar, y se deslizaron por las mejillas. Angustiado, deseó poder hacer algo por Walter, aunque fuera algo tan intangible como rezar. Intentó recordar el *kaddish* de los deudos, la oración judía que había escuchado ocasionalmente en los servicios de difuntos, dicha por tradición por el pariente varón más próximo, en presencia de diez hombres judíos. Los labios de Nim se movieron en silencio, tropezando con las antiguas palabras arameas. *Yisgadal veyiskadash sh'may rabbo be'olmo deevro chiroosey ve'yamlich malchoosey…* Se detuvo, olvidado del resto de la oración, y comprendiendo a un tiempo que en

realidad el mismo hecho de rezar era ilógico en él.

En su vida había habido momentos —éste era uno de ellos— en los que Nim sentía en lo profundo de su ser algo que anhelaba la fe religiosa, la identificación personal con su ascendencia. Pero la religión, su práctica al menos, era una puerta cerrada. La había cerrado de un golpe su padre, Isaac Goldman, cuando llegó a América desde la Europa Oriental; un joven inmigrante sin un centavo y socialista ferviente. Hijo de un rabino, Isaac encontró incompatible el socialismo y el judaísmo. Rechazó la religión de sus antepasados, destrozando el corazón de sus padres. Aún hoy, el viejo Isaac, con sus ochenta y dos años, se seguía mofando de los principios básicos de la fe judía, a los que describía como «una charla banal entre Dios y Abraham, y el necio cuento de hadas de un pueblo elegido».

Nim se había criado de acuerdo con la elección hecha por su padre. La festividad de la pascua de los hebreos y los Días Más Sagrados, *Rosh Hashanah, Yom Kippur*, no eran observados en la familia Goldman, y ahora, siempre como resultado de la rebelión personal de Isaac, una tercera generación, los propios hijos de Nim, Leah y Benjy, estaba alejada de la tradición y la identidad judías. No habían planeado el *bar mitzvah* para Benjy, omisión que a veces preocupaba a Nim y le hacía preguntarse si la decisión que había tomado para sí le daba derecho a separar a sus hijos de cinco mil años de historia judía. Sabía que no era demasiado tarde; pero, por ahora, Nim no había resuelto el problema.

Al pensar en su familia, Nim se dio cuenta de que no había llamado a Ruth para decirle que llegaría tarde. Cogió el teléfono que tenía a su derecha debajo del panel de instrumentos, comodidad que le proporcionaba y le costeaba la «CGS». Le contestó una telefonista a la que dio el número de su casa. Momentos después escuchó el sonido del timbre y luego una voz pequeña: «La residencia Goldman, habla Benjy Goldman.» Nim sonrió. Así era Benjy, ya a los diez años, preciso y disciplinado, en contraste con su hermana Leah, cuatro años mayor, eternamente desorganizada, que contestaba el teléfono con un indiferente «¡Hola!».

—Soy papá —dijo Nim—. Hablo por el móvil —le había enseñado a su familia a esperar cuando decía eso, porque por radioteléfono las conversaciones no se pueden precipitar. Agregó—: ¿Todo va bien por casa?

—Sí, papá, ahora sí. Pero la electricidad se cortó —Benjy se rio brevemente—. Supongo que lo sabías. Y papá, puse en hora todos los relojes.

—Está muy bien; sí, lo sabía. Me gustaría hablar con tu madre.

—Leah quiere…

Nim oyó unos pies que se arrastraban y luego la voz de su hija.

—¡Hola! Hemos oído las noticias por la tele. Tú no estabas —Leah parecía reprochárselo. Los niños se habían acostumbrado a ver a Nim por televisión como portavoz de la «CGS». Quizá la ausencia de Nim en la pantalla ese día rebajaría a Leah ante sus amigas.

—Lo siento, Leah. Estaban pasando muchas otras cosas. ¿Puedo hablar con tu

madre?

Otra pausa. Luego:

—¿Nim? —la dulce voz de Ruth. Oprimió el botón para hablar.

—El mismo. Y lograr hablar contigo es como abrirse paso entre una multitud.

Mientras hablaba cambió de carril en la autopista, conduciendo el «Fiat» con una mano. Un cartel indicaba que la salida para San Roque estaba a dos kilómetros.

—¿Lo dices porque los niños también quieren hablar? Quizá sea porque no te ven mucho en casa —Ruth nunca levantaba la voz, siempre era suave, incluso cuando hacía un reproche. Era un reproche justo, admitió en silencio, lamentando haber tocado el tema—. Nim, hemos oído lo de Walter. Y los otros. Lo han dicho en las noticias; es terrible. Lo siento en el alma.

Sabía que era sincera, y que conocía la amistad que les unía.

Esa manera de comprender era característica de Ruth, aunque en otros sentidos ella y Nim parecían tener menos afinidad ahora en comparación con otros tiempos. No es que existiera una hostilidad declarada. No la había. Ruth, con su serena imperturbabilidad, nunca permitiría que llegaran a eso, pensó Nim. La visualizó en ese momento, tranquila y competente, sus suaves ojos grises llenos de simpatía. A menudo había pensado que tenía un algo de *madonna*. Aun sin belleza, que poseía en abundancia, su sola personalidad la hubiera hecho hermosa. También sabía que estaría compartiendo este momento con Leah y Benjy, explicándoles, tratándoles como iguales, de esa manera sencilla que era habitual en ella. Nim nunca dejaba de respetar a Ruth, especialmente como madre. Sucedía simplemente que su matrimonio había perdido interés, se había vuelto casi aburrido; personalmente lo veía como «un camino sin tropiezos que no lleva a ninguna parte». Había otra cosa, quizá consecuencia de su mutua desazón. Recientemente Ruth parecía haber encontrado intereses propios, intereses de los que no quería hablar. Nim había llamado a casa varias veces, y no estaba allí, cuando normalmente hubiera debido estar; en cambio, parecía haber salido todo el día y luego evitaba dar explicaciones, lo que no era típico de ella. ¿Tendría un amante? Suponía que era posible. De todos modos, Nim se preguntaba durante cuánto tiempo y hasta dónde seguirían a la deriva antes de que ocurriera algo terminante, una confrontación.

—Todos estamos conmovidos —admitió él—, Eric me pidió que fuera a ver a Ardythe y ya estoy en camino. Supongo que volveré tarde. Probablemente muy tarde. No me esperes levantada.

Eso no era ninguna novedad, por cierto. Nim trabajaba hasta tarde más de una noche. Resultado: se retrasaba la cena o él la omitía. También significaba que veía poco a Leah y Benjy, quienes a menudo estaban en cama, durmiendo, cuando llegaba Nim. A veces se sentía culpable por el poco tiempo que pasaba con los niños, y sabía que a Ruth la preocupaba, aunque era muy raro que lo dijera. A veces deseaba que ella se quejara más.

Pero la ausencia de esta noche era diferente. No necesitaba más explicaciones ni

excusas, ni siquiera para él mismo.

—Pobre Ardythe —dijo Ruth—. Justo cuando Walter estaba a punto de jubilarse. Y ese anuncio complica las cosas.

—¿Qué anuncio?

—¡Oh!, supuse que lo conocías. Estaba en las noticias. La gente que puso la bomba mandó un… comunicado, creo que lo llaman, a una emisora de radio. Se jactaban de lo que habían hecho. ¿Te imaginas? ¿Qué clase de gente puede ser?

—¿A qué emisora de radio? —mientras hablaba colgó el teléfono con un gesto rápido, conectó la radio del coche, y luego volvió a coger el teléfono a tiempo para oír a Ruth que decía: «No lo sé.»

—Oye —le dijo él—, es importante que lo oiga. Así que ahora corto y, si puedo, te llamo desde casa de Ardythe.

Nim colocó el auricular en su sitio. Ya tenía la radio conectada con una emisora que estaba dando noticias, y una mirada al reloj le dijo que faltaba un minuto para la media hora, momento en que harían un resumen informativo.

La salida a San Roque ya estaba a la vista, y maniobró el «Fiat» para cogerla. La casa de los Talbot quedaba aproximadamente a un kilómetro y medio de allí.

Por la radio, el toque de una trompeta, subrayado por el código Morse, anunció el boletín de noticias. La que esperaba Nim fue la primera.

> Un grupo que se autodenomina «Amigos de la Libertad» reclama la responsabilidad por la explosión de hoy en la central de la «Golden State». La explosión cobró cuatro vidas y provocó un extenso corte de energía.
>
> La revelación la grabaron en una cinta que llegó a una emisora de radio a últimas horas de la tarde. La policía dice que la información de la cinta prueba su autenticidad. Están examinando la grabación en busca de posibles pistas.

Era obvio, pensó Nim, que la emisora que escuchaba no era la que había recibido la cinta. A la gente de la radio no le gusta admitir la existencia de competidores y, aunque las noticias como ésta son demasiado importantes para silenciarlas, no daban el nombre de la otra emisora.

> Según se informa, en la cinta grabada, la voz de un hombre, no identificado hasta ahora, afirmó, citamos: *Los «Amigos de la Libertad» están consagrados a la revolución del pueblo y rechazan el codicioso monopolio capitalista de poder que pertenece por derecho al pueblo*. Fin de la cita.
>
> Al comentar las muertes que ocurrieron, la grabación dice, citamos: *No se había pensado en muertes, pero en la revolución del pueblo que ahora empieza, los capitalistas y sus esbirros serán las víctimas que sufrirán por sus crímenes contra la humanidad*. Fin de la cita.
>
> Un funcionario de la compañía «Golden State» confirmó que la explosión de hoy fue un sabotaje, pero no quiso decir más.
>
> Posiblemente pronto suban los precios de la carne. En Washington, el secretario de Agricultura dijo hoy al público consumidor…

Nim apagó la radio. La noticia le deprimió con su inútil futilidad. Se preguntó cuál habría sido el efecto en Ardythe Talbot, a quien vería en pocos minutos.

En la oscuridad creciente vio varios coches aparcados delante de la modesta casa

de dos pisos de los Talbot, con sus muchos canteros de flores, el pasatiempo de toda la vida de Walter. En la planta baja las luces estaban encendidas.

Nim encontró un sitio para el «Fiat», lo cerró, y tomó el camino de entrada a la casa.

5

La puerta de entrada estaba abierta y se oía un murmullo de voces. Nim llamó y esperó. Como nadie contestó, entró.

En el vestíbulo las voces se hicieron más claras. Se dio cuenta que venían del salón, a la derecha. Nim oyó a Ardythe. Parecía histérica y sollozaba. Distinguió palabras sueltas: «¡… esos asesinos, oh Dios mío…! era bueno y dulce, no le haría mal a nadie… decir esas cosas de él…» Oyó otras voces entremezcladas que trataban de traer calma, pero no lo lograban.

Nim vaciló. La puerta del salón estaba entreabierta, aunque no alcanzaba a ver adentro ni podían verle a él. Tuvo la tentación de salir de puntillas, para irse tan inadvertidamente como había entrado. Pero, de pronto, la puerta se abrió del todo y salió un hombre. Cerró la puerta rápidamente y se apoyó en ella, la cara barbuda, sensitiva, pálida y tensa, los ojos cerrados fuertemente como para un alivio momentáneo. La puerta cerrada eliminó casi todo el ruido de adentro.

—Wally —dijo Nim suavemente—. Wally.

El otro abrió los ojos, y necesitó unos segundos para serenarse.

—Ah, eres tú, Nim. Gracias por venir.

Nim conocía al joven Walter Talbot, hijo único, desde casi el mismo momento en que había comenzado su amistad con el padre muerto. Wally también trabajaba para la «CGS», como ingeniero de mantenimiento de líneas de transmisión. Estaba casado, con hijos, y vivía al otro lado de la ciudad.

—No hay mucho que pueda decirte —le dijo Nim—. Excepto que lo siento.

—Lo sé —Wally Talbot asintió. Hizo un gesto de disculpa señalando la habitación que acababa de dejar—. He tenido que salir un minuto. Un maldito idiota puso la televisión y oímos el anuncio que han hecho esos degenerados de mierda. Antes habíamos calmado un poco a mamá. Con eso empezó de nuevo. Probablemente la hayas oído.

—Sí, la he oído. ¿Quiénes están dentro?

—Mary, naturalmente. Dejamos a los niños con alguien y nos vinimos. Y han estado llegando muchos vecinos; la mayoría están aún ahí. Supongo que la intención es buena, pero no ayuda. Si papá estuviera aquí hubiera… —Wally se calló, forzando una débil sonrisa—. Es difícil hacerse a la idea de que ya no va a estar aquí.

—Yo también estaba pensando lo mismo —Nim comprendió que Wally no estaba en condiciones de hacerse cargo de lo que ocurría en la casa.

—Oye —dijo Nim—, esto no puede seguir así. Entremos. Hablaré con tu madre y haré lo que pueda. Tú y Mary comenzad a hacer salir a la gente.

—*Okay,* es lo sensato. Gracias, Nim —era obvio que Wally necesitaba que alguien tomara la iniciativa.

Cuando Nim y Wally entraron en el salón, habría allí unas diez personas. La habitación era luminosa y confortable, normalmente resultaba amplia, pero ahora

parecía llena de gente. También hacía calor, a pesar del acondicionador de aire. Se oían varias conversaciones al mismo tiempo y habían dejado encendida la televisión, que contribuía al ruido general. Ardythe Talbot estaba en un sofá, rodeada por varias mujeres, una de las cuales era Mary, la mujer de Wally. Nim no reconoció a las otras; debían ser las vecinas que había mencionado Wally.

Aunque Ardythe había cumplido los sesenta (Nim y Ruth habían estado en la fiesta con la que se había celebrado su último cumpleaños), seguía siendo una mujer llamativamente atractiva, de buena figura y cara expresiva, apenas marcada por un comienzo de arrugas. Su bien peinado pelo, corto y castaño rojizo, tenía algunas hebras grises. Ardythe jugaba al tenis regularmente y por eso su salud era radiante. Hoy su aplomo se había derrumbado. La cara cubierta de lágrimas parecía demacrada y vieja.

Ardythe seguía hablando, la voz ahogada, las palabras inconexas. Pero cuando vio a Nim se calló.

—¡Oh, Nim! —tendió los brazos y las otras hicieron lugar cuando él se acercó, se sentó en el sofá y la abrazó—. ¡Oh, Nim! —repitió ella—. ¿Ya sabes la cosa horrible que le ha pasado a Walter?

—Sí, querida —dijo él suavemente—. Lo sé.

Nim vio que en el otro extremo de la habitación Wally apagaba la televisión, llevaba a su mujer a un lado y le hablaba en voz baja. Mary asintió con la cabeza. Inmediatamente ambos se acercaron a los otros, dándoles las gracias y acompañándolos a la puerta uno por uno. Nim siguió abrazado a Ardythe sin hablar, tratando de calmarla y consolarla. Pronto la sala quedó tranquila.

Nim oyó que la puerta se cerraba tras la partida del último vecino. Wally y Mary, que habían ido al vestíbulo, volvieron. Wally se pasó una mano por el pelo y la barba.

—Me vendría muy bien un *whisky* muy cargado —anunció—. ¿Alguien más?

Ardythe aceptó. Nim también.

—Yo los traigo —dijo Mary.

Se ocupó de los vasos y de servirles, luego, de los ceniceros, ordenando la habitación, eliminando los rastros de su reciente ocupación. Mary era delgada, graciosa y eficiente. Antes de casarse con Wally trabajaba en el departamento de creaciones de una agencia de publicidad, y ahora lo hacía por su cuenta a la vez que se ocupaba de la familia.

Ardythe estaba sentada, ya sin ayuda, bebiendo su *whisky*, dando alguna señal de que iba recuperando su aplomo. Repentinamente dijo:

—Supongo que estoy hecha un desastre.

—No más que cualquiera en un caso así —le aseguró Nim.

Pero Ardythe se miró en el espejo.

—¡Dios mío! —les dijo a los otros—. Tomad vuestras bebidas. Vuelvo en seguida. —Dejó la sala con su *whisky*, y la oyeron subir las escaleras. Nim pensó con cierta ironía: «Pocos hombres pueden ser tan adaptables a las circunstancias como lo

son las mujeres.»

De todos modos, decidió que primero le comunicaría a Wally la advertencia de Eric Humphrey acerca de que la familia no viera los restos de Walter. Con un estremecimiento recordó las palabras del presidente: «… *no queda virtualmente piel… las caras son irreconocibles*». Mary había ido a la cocina. Mientras los dos hombres estaban solos, Nim explicó la situación, tan suavemente como pudo y omitiendo detalles.

La reacción fue inmediata. Wally tomó de un trago lo que quedaba de su *whisky*. Con lágrimas en los ojos, protestó:

—¡Dios mío!, ya es horrible oírlo. No podría decírselo a mamá. Tendrás que decírselo tú.

Nim se quedó callado, temiendo lo que se acercaba.

Ardythe volvió quince minutos después. Se había maquillado, arreglado el pelo y cambiado el vestido que llevaba por un falda y una blusa elegantes. Si bien sus ojos y su actitud revelaban dolor, superficialmente se acercaba a su atractiva personalidad normal.

También Mary había vuelto a la sala de estar. Esta vez fue Wally quien llenó los vasos, y los cuatro se quedaron sentados, incómodos al principio, sin saber qué decir.

Ardythe quebró el silencio y dijo con firmeza:

—Quiero ver a Walter —luego, volviéndose hacia Wally—: ¿Sabes adónde han llevado a tu padre, qué… arreglos han hecho?

—Bueno… hay un… —Wally se calló, se levantó, besó a su madre y luego, de pie donde no necesitaba mirarla a los ojos, continuó—: Hay un problema, mamá. Nim te va a hablar de eso. ¿Verdad, Nim?

Nim deseó estar a mil kilómetros, en cualquier parte.

—Mamá querida —dijo Wally, siempre de pie—, Mary y yo tenemos que ir a casa un momento a ver a los niños. Luego volvemos. Y uno de los dos se quedará contigo esta noche.

Como si no le hubiera oído, Ardythe salmodió:

—¿Qué problemas…? ¿Por qué no puedo ver a Walter…? Que alguien me lo diga.

Wally salió silenciosamente, con Mary detrás. Ardythe no pareció darse cuenta de que se habían ido.

—Por favor… ¿Por qué no puedo…?

Nim le cogió las manos y las sostuvo entre las suyas.

—Ardythe, escúchame. Walter murió repentinamente. Todo terminó en menos de un segundo. No alcanzó a darse cuenta de lo que ocurría y no pudo sentir ningún dolor —Nim deseó que fuera cierto. Continuó—: Pero dado lo que ocurrió quedó desfigurado.

Ardythe gimió.

—Walter era mi amigo —insistió Nim—. Sé lo que pensaba. No hubiera querido

que lo vieras tal como está ahora. Hubiera querido que le recordaras… —se calló, ahogado por su propia emoción, dudando que Ardythe hubiera oído o que comprendiera. Una vez más quedaron sentados en silencio.

Había pasado más de una hora desde la llegada de Nim.

—Nim —dijo Ardythe por fin—. ¿Has cenado?

—No he tenido tiempo —dijo, moviendo la cabeza—. No tengo hambre —le costaba adaptarse a los repentinos cambios de actitud de Ardythe.

—Voy a prepararte algo —dijo ella levantándose.

Él la siguió a la cocina compacta y ordenada que Walter Talbot había diseñado. Típicamente, Walter había hecho primero un estudio de tiempos y movimientos de las funciones a cumplir, luego había ubicado todo para lograr la mayor comodidad y reducir la movilidad al mínimo. Nim se sentó en una mesa aislada y observó a Ardythe, dejándola hacer, pensando que era mejor que tuviera algo en que ocuparse.

Calentó sopa, que sirvió en cuencos de barro; tomó la suya mientras preparaba una tortilla de cebollas y setas. Cuando repartió la tortilla entre los dos, Nim descubrió que después de todo tenía hambre, y comió con gusto. Ardythe hizo un esfuerzo inicial y luego dejó casi toda su porción. Terminaron la comida con un café fuerte, que tomaron en la sala de estar.

Tranquila y razonable, Ardythe dijo:

—Quizás insista en ver a Walter.

—Si lo haces, nadie puede negártelo —le dijo Nim—. Pero espero que no lo hagas.

—¿Crees que lograrán detener a la gente que puso la bomba que mató a Walter y a los otros?

—En algún momento. Pero nunca es fácil cuando se trata de fanáticos. Como no son racionales, es más difícil agarrarlos. Pero si intentan algo similar, lo que probablemente harán, lo más probable es que los detengan y les hagan pagar su delito.

—Supongo que debería importarme que los castigaran. Pero no me importa. ¿Está mal?

—No —dijo Nim—. Por otra parte, hay gente que se ocupará de eso.

—Pase lo que pase, nada cambiará. Walter no volverá… ni los otros. —Ardythe reflexionó—. ¿Sabías que hemos estado casados treinta y seis años? Debería estar agradecida por eso. Es más de lo que mucha gente tiene, y la mayor parte del tiempo fue bonito… Treinta y seis años… —empezó a llorar suavemente—. Abrázame, Nim.

Él le pasó los brazos alrededor de los hombros y le apoyó la cabeza sobre el suyo. Sentía que lloraba, aunque ya no con histeria. Eran lágrimas de despedida y resignación, de recuerdo y amor; lágrimas suaves y purificadoras a la par que el espíritu comenzaba su proceso de curación, algo tan viejo, tan inexplicable y maravilloso como la vida misma.

Abrazado a Ardythe, Nim sintió un perfume fragante, agradable. No lo había

notado cuando estaban juntos y se preguntó cuándo se lo habría puesto. Probablemente cuando subió. Interrumpió ese curso de sus pensamientos.

Nim comprendió que se hacía tarde. Afuera estaba totalmente oscuro; las únicas luces exteriores eran las de los vehículos que pasaban ocasionalmente. Pero la calle era retirada y tranquila, de escaso tránsito. Adentro, la casa se había aquietado, como lo hacen las casas por la noche, y estaba en silencio.

Ardythe se movió en los brazos de Nim. Había dejado de llorar y se le acercó aún más. Él aspiró de nuevo el embriagador perfume. Entonces, para su consternación, descubrió que se sentía excitado y veía a Ardythe cada vez más como mujer. Trató de apartar ese pensamiento con otros, de controlar y negar lo que estaba ocurriendo, pero sin éxito.

—Bésame, Nim —ella se había acercado de modo que las caras estaban pegadas. Los labios se tocaron, suavemente al principio, luego muy fuerte; la boca de Ardythe era seductora, cálida, exigente. Cuando sintió que la excitación sexual les invadía a ambos, se preguntó: *«¿Es posible que nos esté ocurriendo esto?»*

—Nim —dijo ella suavemente—, apaga las luces.

Él obedeció mientras algo le instaba: «¡No lo hagas! ¡Vete! ¡Vete ya!» Pero aun despreciándose, sabía que no se iría, y que la voz interior era tan solo una protesta simbólica.

En el sofá había mucho sitio. Mientras él apagaba las luces, Ardythe se había quitado parte de la ropa; él le ayudó con el resto y luego se desvistió rápidamente. Cuando se buscaron y abrazaron, la sintió ansiosa, excitada y experimentada. Sus dedos lo recorrían con ligereza, hábiles, tratando de causarle placer, y lo lograron. Él respondió de la misma manera. Pronto Ardythe gimió y gritó con fuerza:

—¡Dios mío, Nim! No esperes más, por favor… ¡por favor!

Él tuvo un último, vago remordimiento, y la repentina y desagradable noción de que Wally, hijo, y Mary, podían volver, como habían dicho que lo harían, y entrar. Luego, eso y todo lo demás se desvaneció al invadirle el placer y la pasión.

—Estás preocupado, ¿verdad?

—Sí —confesó Nim—. Preocupado como el demonio.

Era una hora más tarde. Se habían vestido y las luces estaban encendidas. Hacía unos minutos había llamado Wally, avisando que él y Mary ya volvían y que los dos pasarían la noche allí.

—No te preocupes —Ardythe le tocó el brazo levemente y le dirigió una sonrisa suave y tímida—. Me has ayudado más de lo que imaginas.

El instinto de Nim le dijo que ella omitía algo: que la actuación que acababan de compartir era una experiencia rara para dos personas y que, muy probablemente, esa experiencia se repetiría. De ser así existía ahora una preocupación doble: no solo se había comportado vergonzosamente el día de la muerte de su gran amigo, sino que en

su vida se presentaba una complicación adicional, algo que no necesitaba.

—Me gustaría explicarte algo —dijo Ardythe—. Quise mucho a Walter. Era un hombre dulce, bondadoso, tierno. Nos divertíamos juntos; siempre fue interesante estar con él. La vida sin él… bueno, todavía no puedo empezar a pensar en eso. Pero el sexo no existía para nosotros desde hacía tiempo, unos seis o siete años. Sencillamente, Walter ya no podía. Ocurre a menudo con los hombres, ¿sabes?, mucho más que con las mujeres.

—No quiero saber… —protestó Nim.

—Lo quieras o no, vas a saberlo. Porque no quiero que te vayas de aquí sintiéndote confuso y desgraciado. Te diré otra cosa, Nim. Hace un rato no me sedujiste, yo te seduje a ti. Y sabía lo que iba a ocurrir, lo que quería que ocurriera, mucho antes que tú.

Él pensó: el perfume. Había obrado en él como un afrodisíaco. ¿Es posible que ésa hubiera sido la intención de Ardythe?

—Cuando una mujer se ve privada de sexo en el hogar —continuó Ardythe, firme —, o se conforma, o lo busca en otra parte. Bien, yo me conformé con lo que tenía, un hombre bueno al que seguía amando, y no fui a otra parte. Pero eso no calmó mi deseo.

—Ardythe —dijo Nim—, por favor…

—No, ya casi he terminado. Hoy… esta noche… cuando comprendí que lo había perdido todo, necesité el sexo más que nunca. De pronto ésos siete años de privación me asaltaron. Y tú estabas aquí, Nim. Siempre me has gustado, quizás algo más que «gustado», y estabas aquí cuando más te necesitaba —sonrió—. Si has venido a consolarme, lo has conseguido. Eso es todo. No lo compliques, ni sientas culpa donde no la debe haber.

—Si lo dices, no la sentiré —suspiró. Parecía una manera fácil de tranquilizar la conciencia. Quizá demasiado fácil.

—Lo digo. Ahora dame otro beso y vete a casa con Ruth.

Hizo lo que ella le decía y se sintió aliviado al irse antes de que llegaran Wally y Mary.

En el coche, volviendo a casa, Nim reflexionó sobre las complejidades de su vida personal. En comparación, los intrincados asuntos de la «CGS» parecían simples y preferibles. En su lista inmediata de problemas estaba Ruth, su matrimonio que daba vueltas en círculo, y ahora Ardythe. Luego estaban otras mujeres con las que había tenido amores de vez en cuando, incluso un par recientes que se estaba alternando. Esos problemas parecían presentársele a Nim sin que él los buscara. ¿O se engañaba a ese respecto? ¿No sería que en realidad buscaba enredos, y después pensaba que simplemente se habían presentado? Fuera como fuese, desde que se acordaba nunca le habían faltado oportunidades para las relaciones sexuales.

A partir de su matrimonio con Ruth, quince años atrás, se mantuvo decididamente como hombre de una sola mujer durante cuatro años. Entonces tuvo una oportunidad

sexual extramatrimonial, y no se opuso a ello. Luego hubo aún más oportunidades, algunas las comunes de una noche, otras que duraron cierto tiempo, con entusiasmo, y luego se apagaron como estrellas fugaces que disminuyen su intensidad antes de extinguirse. Al principio, Nim supuso que podría mantener sus devaneos sexuales secretos para Ruth, pues le ayudaba la naturaleza de su cargo, con sus pesadas exigencias de tiempo, además de los horarios irregulares. Quizá fue así durante un tiempo. Luego, el sentido común le dijo que Ruth no solo era sensitiva, sino perspicaz, que tenía que darse cuenta de lo que ocurría. Lo extraordinario fue que nunca protestó, sencillamente pareció aceptarlo. Ilógicamente, la reacción de Ruth, o más bien su ausencia de reacción, le irritaba. Debió haberle importado, debió protestar, quizás hasta verter lágrimas de furia. Es cierto que nada de eso hubiera cambiado en nada las cosas, pero Nim se había preguntado: ¿Acaso sus infidelidades no merecían por lo menos eso?

Otra cosa en la que Nim pensaba de vez en cuando era que su afición a las faldas parecía haberse difundido, a pesar de lo discreto que había intentado ser. Tenía varios ejemplos de filtraciones, y el último había tenido lugar esa tarde. ¿Qué había dicho Teresa van Buren? «Necesita aprender unas cuantas cosas sobre las mujeres, Nim, aparte de la gimnasia de la cama que, según rumores, practica bastante.» Era obvio que Teresa se apoyaba en algo más que rumores para decirlo, pues de lo contrario no hubiera sido tan directa. Y si lo sabía Teresa, también lo sabrían otros en la «CGS».

¿Estaría poniendo en peligro su carrera? De ser así, ¿valía la pena? Además, ¿por qué lo hacía? ¿Y era inevitable, o se trataba solo de un juego?

—Maldito si lo sé —dijo Nim en voz alta, en el pequeño coche cerrado, y la afirmación pareció aplicable a lo que acababa de pensar y a muchas otras cosas más.

Su casa, cerca de las afueras de la ciudad, estaba en silencio cuando llegó. Solo una luz de noche en el corredor de abajo. Debido a la insistencia de Nim, la familia Goldman era de las que ahorraban energía.

Arriba, entró de puntillas en los dormitorios de Leah y Benjy. Ambos chicos dormían profundamente.

Ruth se movió cuando él entró en el dormitorio y preguntó adormilada:

—¿Qué hora es?

—Un poco pasada la medianoche —le contestó suavemente.

—¿Cómo está Ardythe?

—Te lo cuento por la mañana.

La respuesta pareció satisfactoria, y Ruth volvió a dormirse.

Nim se dio una ducha rápida, recordando que debía hacer desaparecer todo rastro del perfume de Ardythe, y se metió en la cama. Al cabo de un rato, exhausto por las tensiones del día, también él dormía.

6

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo J. Eric Humphrey. Su mirada interrogadora se paseó por los nueve hombres y las dos mujeres sentados con él alrededor de la mesa de la sala de reuniones—. Estamos de acuerdo en que debemos aceptar el proyecto de Nim *in toto* y urgir, en el nivel más alto, la aprobación inmediata, urgente, de los tres proyectos: la central a carbón de Tunipah, el depósito a bomba en Devil's Gate y la apertura de la planta geotérmica de Fincastle.

Mientras la gente recibía el resumen del jefe con movimientos de cabeza y murmullos de asentimiento, Nim Goldman se relajó en su asiento, momentáneamente tranquilizado. La presentación de sus planes, resultado del intenso trabajo propio y de muchos otros, había sido agotadora.

El grupo —el comité ejecutivo de la «CGS»— incluía a todos los funcionarios que dependían directamente del presidente.

Oficialmente, su autoridad era considerada solo inferior a la del consejo de dirección. De hecho, eran la verdadera fuente de órdenes y de poder.

Era la tarde del lunes y la reunión, que se prolongaba desde la mañana, había recorrido una extensa agenda. Algunos daban muestras de cansancio.

Habían pasado cinco días desde la desastrosa explosión en La Mission y el consecuente corte de energía. En ese lapso se había hecho un estudio intensivo de las entrañas del hecho, la causa y el efecto de lo que había ocurrido, junto con un pronóstico de futuro. Las investigaciones habían seguido hasta bastante tarde por las noches y durante el fin de semana. Además, desde el miércoles, debido al tiempo más fresco o a un poco de suerte, no había habido más apagones. Pero se llegó a una conclusión ineludible. Habría otros apagones mucho más serios, a menos que la «CGS» comenzara a prepararse para tener una mayor capacidad productora, y pronto.

«Pronto» quería decir el año próximo. Aun así podrían producirse carencias serias, dado que una central convencional abastecida a carbón requería cinco años para ser planificada y construida; una central nuclear requería seis, sin contar en cada caso los cuatro a seis años que se necesitan para obtener los permisos.

—Al mismo tiempo que esos tres proyectos de los que hemos estado hablando —dijo O'Brien, asesor legal de la empresa—, supongo que de todos modos seguiremos insistiendo en nuestras solicitudes de plantas nucleares. —O'Brien era un exabogado del Estado de Washington, un hombre corpulento con la forma de un contrabajo, que fumaba un cigarro tras otro.

Frente a él, a través de la mesa, Ray Paulsen, vicepresidente de suministro de energía, gruñó:

—Por supuesto.

Al lado de Paulsen, Nim Goldman hacía dibujitos pensativamente en una libreta. Pensó que a pesar de su mutua antipatía y sus disputas en muchos campos, él y Paulsen estaban de acuerdo en algo: la necesidad de generar más energía.

—Naturalmente —dijo Eric Humphrey—, seguiremos con nuestro programa nuclear. Pero si consideramos la psicología de los funcionarios públicos, pienso que nos irá mejor si mantenemos el proyecto nuclear separado, y no lo mezclamos con los otros proyectos. El camino hacia el nuclear está sembrado de peligros —agregó rápidamente—: Quiero decir peligros de oposición. —El presidente continuó—: Anticipándome a nuestra decisión en ese punto, ya he preparado una entrevista con el gobernador, pasado mañana, en Sacramento. Tengo intención de instarle a que apremie a todas las oficinas para que actúen con rapidez. También sugeriré para cada uno de los tres proyectos reuniones combinadas con la gente de todas esas oficinas cuya aprobación necesitamos, a partir, quizá, del mes que viene.

—Nunca se ha hecho así, Eric —objetó Stewart Ino, un vicepresidente de bastante edad, a cargo de tarifas y evaluaciones. Ino llevaba años en la «CGS». Con su cara regordeta de pequeño terrateniente, y con el añadido de gorguera y terciopelo, podría haber sido un soldado de la guardia británica. Experto en trámites de licencias, le gustaba seguirlos muy de cerca—. Las reuniones separadas siempre han sido la regla —agregó—, y combinarlas crearía complicaciones.

—Que los asquerosos burócratas se aguanten —le dijo Ray Paulsen—. Apruebo la idea de Eric, que les metería un cable conectado en el culo.

—Tres cables —dijo alguien.

—Mejor aún —dijo Paulsen, sonriente.

Ino pareció ofendido. Sin tomar en cuenta este último diálogo, Eric Humphrey observó:

—Recordemos que hay buenos argumentos a favor de un procedimiento de excepción. Además, nunca tendremos mejor ocasión para darles prisa. El apagón de la semana pasada demostró claramente que estas crisis pueden ocurrir; por lo tanto, se requieren métodos de crisis para afrontar la situación. Creo que hasta en Sacramento se darán cuenta de eso.

—En Sacramento —dijo Oscar O’Brien— no piensan más que en política, lo mismo que en Washington. Y reconozcámoslo, quienes se oponen a nuestros proyectos usarán la política tanto como puedan, con Tunipah en primer lugar en la lista de sus odios.

Hubo renuentes murmullos de asentimiento. Tunipah, como sabían todos los que estaban sentados alrededor de la mesa, podía llegar a ser el más controvertido de los tres proyectos en discusión. También, por muchas razones, era el más esencial.

Tunipah era una región desértica cerca del límite entre California y Nevada. No tenía habitantes —la ciudad más cercana quedaba a sesenta kilómetros de distancia— ni la visitaban deportistas ni naturalistas, ya que tenía poco que les pudiera interesar. La región era de difícil acceso y no tenía caminos, apenas algunos senderos. Tunipah había sido cuidadosamente elegida por todas estas razones.

Lo que la «Golden State» se proponía construir en Tunipah era una enorme planta capaz de producir más de cinco millones de kilovatios, suficientes para abastecer a

seis ciudades como San Francisco. El combustible sería carbón. Se transportaría por ferrocarril desde Utah, a mil kilómetros de allí, donde el carbón abundaba y era relativamente barato. Construirían un empalme con el ferrocarril, la línea principal del «Western Pacific», al mismo tiempo que la planta.

El carbón podría ser la respuesta de Norteamérica al petróleo de Arabia. Los yacimientos carboníferos de Estados Unidos representan un tercio de toda la reserva mundial conocida, y son más que suficientes para satisfacer las necesidades de energía de los Estados Unidos durante tres siglos. Se cree que Alaska tiene provisión para otros dos mil años. Por cierto, que el carbón ofrece problemas. La extracción es uno; la contaminación ambiental, otro; de todos modos, la tecnología moderna está tratando de solucionarlos. En los servicios eléctricos de otros estados, chimeneas de trescientos metros de altura, provistas de filtros purificadores que limpian de sulfuro los gases de la chimenea, estaban reduciendo la contaminación a niveles aceptables. Y en Tunipah la polución ambiental que se produjera estaría muy alejada de zonas habitadas o de recreo.

Otro punto resultante del proyecto Tunipah sería permitir que se cerraran algunas viejas plantas de la «CGS» que quemaban petróleo. Se reduciría aún más la dependencia del petróleo importado y se lograría un gran ahorro en costos, presentes y futuros.

La lógica favorecía el proyecto de Tunipah. Pero, como todos los servicios públicos sabían por experiencia, la lógica no gobierna, ni tampoco el mejor interés público, si un puñado de opositores decididos, por aviesas e incompetentes que sean sus opiniones, deciden decir «no». Merced al uso de procedimientos tácticos aplicados con despiadada habilidad, un proyecto como el de Tunipah podía ser retrasado tanto, que en realidad resultaría frustrado. Aquellos que se oponían sin cesar a toda expansión de un servicio público ponían en práctica la tercera ley de Parkinson: «Retrasar es la forma más mortal de negar.»

—¿Hay algo más que decir? —preguntó Eric Humphrey. Algunos de los que rodeaban la mesa ya habían comenzado a meter sus papeles en portafolios, dando por sentado que la reunión había terminado.

—Sí —dijo Teresa van Buren—. Me gustaría que me concedieran un minuto.

Las cabezas se volvieron hacia la vicepresidente de Relaciones Públicas, que inclinaba su figura baja y regordeta hacia adelante para obtener atención. El pelo normalmente rebelde estaba hoy más o menos peinado, probablemente en honor a la ocasión, pero llevaba como siempre uno de sus infaltables trajes de hilo.

—Eric, retorcerle el brazo al gobernador tal como planeas, y acariciar el ego de otros en el Capitolio está muy bien —dictaminó—. Estoy a favor de que se haga. Pero no es suficiente, realmente no es suficiente para lograr lo que queremos, y ésta es la razón.

Van Buren hizo una pausa. Metió la mano debajo del asiento y extrajo dos periódicos, que extendió sobre la mesa de conferencias.

—Aquí está el *California Examiner* de esta tarde, una edición temprana que pedí que me mandaran, y aquí el *Chronicle-West* de esta mañana, que seguramente todos han visto. He recorrido los dos periódicos cuidadosamente y en ninguno hay una palabra sobre el apagón de la semana pasada. Durante un día, como sabemos, el tema fue la gran noticia, al día siguiente una noticia menor; luego nada. Y lo que digo de la prensa vale para los otros medios de comunicación.

—¿Y qué hay con eso? —dijo Ray Paulsen—. Ha habido otras noticias. La gente pierde interés.

—Pierden interés porque nadie les mantiene interesados. Allí afuera —Van Buren hizo un ademán con el brazo en dirección al exterior de la sala de conferencias—, allí afuera, la prensa y el público piensan en un apagón como algo que ocurre hoy y se olvida mañana, un problema a corto plazo. Casi nadie está considerando los efectos a largo plazo de la insuficiencia de energía, efectos que nosotros sabemos que se acercan; nivel de vida drásticamente reducido, el desastre de la industria, un paro laboral catastrófico. Y nada hará cambiar esa forma de pensar de un público mal informado, a menos que *nosotros* la hagamos cambiar.

Sharlett Underhill, vicepresidente ejecutivo de finanzas y la otra mujer en la reunión, preguntó:

—¿Cómo se consigue que alguien piense algo?

—Se lo diré yo —dijo Nim Goldman. Rompió su lápiz de un golpe—. Lina manera es ponerse a gritar la verdad, la realidad de las cosas sin ocultar nada, y seguir gritando fuerte y claro a menudo.

Ray Paulsen dijo sardónicamente:

—En otras palabras, ¿le gustaría aparecer en televisión cuatro veces por semana en vez de dos?

Nim no hizo caso de la interrupción y continuó:

—Como política de la compañía, deberíamos insistir en proclamar lo que todos los que estamos alrededor de esta mesa sabemos: que la semana pasada nuestra emisión de energía máxima fue de veinte millones de kilovatios, y que la demanda crece un millón de kilovatios por año. Que suponiendo que siga aumentando en esa proporción, en tres años nos escasearán las reservas, y en cuatro no nos quedará ninguna. ¿Cómo nos arreglaremos entonces? La contestación es: simplemente no nos arreglaremos. Cualquier tonto puede ver lo que viene, dentro de tres años apagones siempre que haga calor; dentro de seis años, apagones todos los días en verano. Tenemos que construir nuevos generadores y tenemos que decirle al público cuáles serán las consecuencias de no hacerlo ya.

Se hizo un silencio que rompió Van Buren.

—Todos sabemos que lo que dice es cierto, ¿por qué no decirlo entonces? Hasta se da la oportunidad la semana que viene. A Nim le han invitado al *The Good Evening Show*, que tiene una gran audiencia.

—Lástima que esa noche no estaré en casa —gruñó Paulsen.

—No estoy tan segura de que debamos ser tan claros —dijo Sharlett Underhill—. No creo necesario recordar a nadie que tenemos en trámite una solicitud para aumentar las tarifas, y que necesitamos esa entrada extra desesperadamente. No querría hacer peligrar nuestras posibilidades de que nos la concedan.

—Es posible que la sinceridad aumente nuestras posibilidades en vez de disminuirlas —dijo Van Buren.

—No estoy tan segura —dijo la vicepresidente de finanzas sacudiendo la cabeza —. Y otra cosa que creo es que de hacerse esos anuncios en los que estamos pensando, deberían ser hechos por el presidente.

—Dejo constancia —intervino suavemente Eric Humphrey—, de que me invitaron a aparecer en *The Good Evening Show* y delegué la invitación en Nim. Parece hacer esas cosas muy bien.

—Lo haría mucho mejor —dijo la vicepresidente de Relaciones Públicas— si le diéramos carta blanca para emitir alguna advertencia simple y desagradable, en vez de insistir en la «línea moderada» de siempre.

—Por ahora sigo en favor de la línea moderada —esta vez habló Fraser Fenton, cuya responsabilidad principal, no obstante su título de presidente, era el servicio de gas. Delgado, con un principio de calvicie, y ascético. Fenton era otro veterano.

—No todos nosotros —continuó— aceptamos su tétrico panorama de lo que nos espera, Tess. Hace treinta y cuatro años que estoy en este servicio y he visto surgir y desaparecer muchos problemas. Creo que superaremos la carencia de energía de alguna manera…

—¿Cómo? —preguntó Nim.

—Déjeme terminar —dijo Fenton—. Otro tema que quiero tocar es el de la oposición. Es cierto que en estos momentos tenemos una oposición organizada a todo lo que intentamos hacer, ya sea construir nuevas plantas, aumentar tarifas o dar a los accionistas un dividendo decente. Pero creo que buena parte, si no todo, la oposición y la defensa del consumidor, pasará. Es una moda y un capricho. Los que están en eso terminarán por cansarse, y entonces volveremos al estado de cosas anterior, cuando en buena medida esta y otras empresas de servicios públicos hacían lo que querían, por eso digo que deberíamos seguir una línea de moderación, y no crear problemas y antagonismos alarmando a la gente innecesariamente.

—Estoy de acuerdo en todo —dijo Stewart Ino.

—Yo también —añadió Ray Paulsen.

La mirada de Nim se cruzó con la de Teresa van Buren y comprendió que los dos pensaban lo mismo. Dentro del negocio de los servicios públicos, Fraser Fenton, Ino, Paulsen y otros como ellos representaban un cuadro de ejecutivos atrincherados que se habían formado en sus funciones en épocas más fáciles, y se negaban a aceptar que esas épocas habían pasado para no volver. Esa gente, en su mayoría, había alcanzado su posición actual gracias a su antigüedad, sin haber estado jamás sometidos a la dura y a veces despiadada competencia interna para lograr promociones en la empresa,

como era norma en otras industrias. La seguridad personal de los Fraser Fenton y demás les había envuelto como un capullo. El *statu quo* era su Santo Grial. Como era de esperar, se oponían a todo lo que suponían que podía hacer zozobrar el barco.

Había razones para ello, debatidas a menudo por Nim y otros ejecutivos más jóvenes. Una era la naturaleza del servicio público, monopolista, liberado de competir a diario en el mercado; por eso empresas como la «Golden State» recordaban a veces a la burocracia gubernamental. En segundo lugar, los servicios públicos, a lo largo de buena parte de su historial, habían estado en un mercado en alza, capaz de absorber todo lo que las empresas concesionarias producían, proceso apoyado por abundantes fuentes de energía barata. Solo en los últimos años, cuando las fuentes de energía se hicieron menos abundantes y más costosas, los ejecutivos de esas empresas tuvieron que afrontar problemas comerciales serios y tomar decisiones duras e impopulares. Tampoco, en épocas anteriores, se habían visto envueltos en luchas con grupos opositores empecinados y hábilmente dirigidos, que incluían usuarios y ecologistas.

La gente al estilo de Nim Goldman alegaba que una mayoría de ejecutivos de alto nivel no había sabido aceptar o encarar con realismo estos cambios profundos. (Walter Talbot, recordó Nim con tristeza, había sido una destacada excepción.) La gente madura, por su parte, consideraba a Nim y los de su estilo como advenedizos impacientes y agitadores, y como eran mayoría, generalmente hacían prevalecer su punto de vista.

—Confieso no estar decidido —dijo Eric Humphrey a los presentes— en este tema de si debemos o no ser más duros con nuestras advertencias. Por naturaleza estoy en contra de serlo; pero a veces comprendo el otro punto de vista. —El presidente miró a Nim con una ligera sonrisa—. Hace un momento estaba usted encrespado. ¿Algo que agregar?

Nim vaciló. Luego dijo:

—Solo esto. Cuando empiecen los apagones en serio, quiero decir los largos y repetidos, dentro de unos años, nos culparán a nosotros, los servicios públicos, sin que importe lo que haya pasado o dejado de pasar mientras tanto. La prensa nos crucificará. Lo mismo harán los políticos en su acostumbrada actitud de Poncio Pilato. Luego el público también nos echará la culpa, y todos dirán: «¿Por qué no nos advirtieron cuando todavía se podía hacer algo?» Estoy de acuerdo con Teresa. El momento es éste.

—Lo someteremos a votación —anunció Eric Humphrey—. Levanten las manos, por favor, los que están por la actitud más dura que acaba de proponerse.

Se levantaron tres manos, la de Teresa van Buren, Nim y Oscar O’Brien, el asesor general.

—En contra —dijo el presidente.

Esta vez las manos levantadas fueron ocho. Eric Humphrey asintió:

—Acompañaré a la mayoría; es decir, que continuamos con la que alguien llamó nuestra «línea moderada».

—Y asegúrese bien —Ray Paulsen previno a Nim—, de que la mantiene moderada en esos espectáculos que da por televisión.

Nim miró a Paulsen con rabia, pero contuvo su furia y no dijo nada.

Cuando la reunión se deshizo, los participantes se dividieron en grupos de dos o tres, y salieron conversando sobre diversos temas de la especialidad de cada uno.

—A todos nos viene bien alguna derrota —le dijo Eric Humphrey alegremente a Nim mientras salían—. Una pequeña lección de vez en cuando viene bien.

Nim evitó todo comentario. Antes de la reunión se había preguntado si la actitud pasiva de la vieja guardia en la cuestión de relaciones públicas podría mantenerse después de los hechos de la semana pasada. Ahora conocía la respuesta. Además, Nim hubiera deseado que el presidente le apoyara. Sabía que si Humphrey hubiera tenido una opinión formada sobre la cuestión, la habría hecho prevalecer sin tomar en cuenta la votación.

—Entre —dijo el presidente cuando se acercaban por el pasillo a sus oficinas, adyacentes a la sala de conferencias—. Hay algo que quiero encargarle.

Las oficinas del presidente, si bien más espaciosas que otras del piso del cuerpo directivo, armonizaban con el estilo relativamente espartano de la «CGS». Tenía por finalidad convencer a los visitantes de que el dinero de los accionistas y de los usuarios se gastaba en lo esencial, no en frivolidades. Nim, siguiendo la costumbre, se dirigió a un rincón con varios sillones confortables. Eric Humphrey fue hasta su escritorio para coger una ficha, y luego se reunió con él.

Aunque afuera el día era luminoso y desde las ventanas de la oficina se veía toda la ciudad, las cortinas estaban corridas y la luz encendida. El presidente siempre eludía explicar por qué trabajaba así, aunque según una teoría era porque después de treinta años, añoraba la vista de su Boston nativo y no quería aceptar sustituto alguno.

—Supongo que habrá visto el último informe sobre esto —Humphrey señaló la ficha caratulada:

DEPARTAMENTO DE PROTECCION PATRIMONIAL

Asunto: Robo de energía.

—Sí, lo he visto.

—Es obvio que la situación se pone peor. Sé que de algún modo es solo un pellizco, pero me pone furioso.

El informe del que hablaban, de un jefe de departamento llamado Harry London, describía las maneras en que el robo de energía eléctrica y gas se había vuelto epidémico. La técnica del robo era la manipulación de los contadores, generalmente a cargo de particulares, aunque había signos de que también estaban involucradas algunas empresas de servicios profesionales. Eric Humphrey reflexionó:

—La cifra de doce millones es estimativa. Podría ser menos o quizá mucho más.

—El cálculo es conservador —le aseguró Nim—. Walter Talbot también pensaba así. Si recuerda, el jefe señaló que el año pasado hubo una brecha del dos por ciento entre la energía que producimos y la cantidad de la que pudimos rendir cuentas,

facturas de usuarios, uso por la compañía, pérdidas de las líneas, etcétera.

El ingeniero jefe había sido el primero en dar la voz de alarma en la «CGS» sobre el robo de energía. También él preparó un informe, uno anterior y muy completo que urgía la creación de un departamento de protección patrimonial. Siguieron el consejo. Un área más, pensó Nim, en la que se echaría de menos la contribución del jefe.

—Sí, lo recuerdo —dijo Humphrey—. Es una cantidad enorme de electricidad de la que no se puede rendir cuenta.

—Y el porcentaje es cuatro veces mayor que el de hace dos años.

El presidente tamborileó con los dedos en el brazo del sillón:

—Aparentemente, ocurre lo mismo con el gas. Y no podemos quedarnos sentados sin hacer nada.

—Hemos tenido suerte durante mucho tiempo —señaló Nim—. El robo de energía es una preocupación en el Este y Medio Oeste desde hace más tiempo que aquí. El año pasado, en Nueva York, «Con Edison» perdió diecisiete millones de dólares en eso. Chicago —«Commonwealth Edison»—, que vende menos electricidad que nosotros y no vende gas, manifiesta una pérdida de cinco a seis millones. Lo mismo ocurre en Nueva Orleans, Florida, Nueva Jersey… —Humphrey interrumpió impaciente:

—Ya lo sé —pensó y luego decidió—: Muy bien, reforzaremos nuestras medidas; si es necesario se aumentará el presupuesto para realizar investigaciones. Considere esto como tarea propia y exclusiva suya, en representación mía. Dígaselo a Harry London. E insista en que me intereso personalmente por su departamento y que quiero resultados.

7

—Alguna gente de por acá tiene la idea errónea de que el robo de energía es algo nuevo —afirmó Harry London—. Pues bien, no lo es. ¿Le sorprendería si le dijera que en California se dio un caso hace más de un siglo? —habló como un maestro de escuela que se dirige a su clase, aunque toda su audiencia era una persona: Nim Goldman.

—La mayoría de las cosas no me sorprenden en absoluto; ésa sí —dijo Nim.

—Entonces, oiga esto —asintió London.

Era un hombre bajo, rudo, de hablar conciso, que se ponía pedante cuando, como ahora, se disponía a explicar algún asunto. Exsargento mayor de la Infantería de Marina, con una Estrella de Plata por valor en acción de combate, había sido detective de la policía de Los Ángeles y después se había incorporado a la «Golden State» como subjefe de seguridad. Durante los últimos seis meses, Harry London había dirigido un nuevo departamento, Protección Patrimonial, creado específicamente para ocuparse de los robos de energía, y en ese tiempo él y Nim se habían hecho buenos amigos. Los dos hombres estaban en las oficinas provisionales, en la de London, una serie de apretados cubículos de cristal.

—Ocurrió en 1867, en Vallejo —dijo London—. La compañía de gas de San Francisco estableció una planta allí, y el hombre a cargo era un tal M. P. Young. Uno de los hoteles de Vallejo era propiedad de un tipo llamado John Lee. Y bien, a este Lee le pescaron haciendo trampa con las cuentas de gas. Había hecho un puente en su contador.

—¡Nunca lo hubiera pensado! ¿Ya entonces?

—¡Espere! Eso no es todo. El encargado de la compañía de gas trató de que John Lee pagara el gas que había robado. Eso enfureció tanto a Lee que le pegó un tiro a Young y lo procesaron por agresión e intento de asesinato.

—¿Todo eso es cierto? —dijo Nim, escéptico.

—Está en la historia de California —insistió London—. Puede buscarlo ahí, como hice yo.

—No importa. Sigamos con lo de aquí y ahora.

—¿Ha leído mi informe?

—Sí. También lo leyó el presidente —Nim repitió la decisión de J. Eric Humphrey en cuanto a reforzar las medidas, y a que exigía resultados.

—Ya tendrán resultados —asintió London—. Quizás esta semana.

—¿Se refiere a Brookside?

—Exactamente.

Brookside, una comunidad residencial a unos veinticinco kilómetros del centro de la ciudad, figuraba en el informe del departamento de Protección Patrimonial. Habían descubierto allí una serie de robos de energía, y ahora se planeaba una investigación más a fondo.

—El día-D para Brookside —agregó Harry London— es mañana.

—El jueves. No esperaba que pudiera organizar las cosas tan rápido.

El informe indicaba, sin especificar cuándo, que se planeaba una inspección sorpresa en Brookside. Sería encabezada por el personal de Protección Patrimonial, integrado por London, su delegado inmediato, Art Romeo, y tres auxiliares. Serían apoyados por un contingente de otros empleados de la «CGS», treinta lectores de contadores especialmente entrenados, que les prestaba el departamento de ventas, más una media docena de ingenieros del servicio y dos fotógrafos que registrarían las evidencias que se lograran.

La expedición entera se reuniría en el centro de la ciudad y partiría para Brookside en un autobús alquilado. Les acompañaría una camioneta de transmisiones, que utilizarían como centro de comunicaciones. La gente clave estaría provista de transmisores-receptores portátiles. Lina flotilla de vehículos pequeños proporcionaría el servicio de enlace local.

Durante el día precedente —día-D menos uno— los revisores de contadores y los ingenieros recibirían instrucciones sobre lo que deberían hacer, aunque se mantendría el secreto sobre el destino de la expedición.

Al llegar a Brookside el día-D, los revisores comenzarían una verificación casa por casa y comercio por comercio, en busca de indicios de manipulación en los contadores de electricidad y gas. También irían a edificios determinados, seleccionados en función de ciertos procedimientos empleados para robos. Por ejemplo, los supermercados eran siempre sospechosos, porque la electricidad ocupaba el segundo lugar entre sus costos operativos (el personal constituía el primero), y muchos de esos negocios habían cometido fraudes con anterioridad. De modo que verificarían todos los supermercados de la zona. En cuanto se localizara algo sospechoso, los ingenieros, apoyados por hombres del departamento de Harry London, se harían presentes.

—Cuanto más rápido se organizan estas cosas, menos peligro hay de filtraciones —sonrió London—. En la Infantería de Marina hicimos trabajos más importantes mucho más rápido.

—De acuerdo, sargento —dijo Nim—, yo no fui más que soldado. Pero me gustaría estar presente en esa operación.

Aunque el servicio militar de Nim había sido breve, le proporcionaba algo así como un vínculo común con Harry London. En cuanto terminó sus estudios, Nim fue llamado a filas, y le mandaron a Corea. Allí, al mes de llegar, mientras su pelotón vigilaba al enemigo desde una posición avanzada, fueron castigados y bombardeados por aviones norteamericanos. (El desgraciado error fue descrito luego en el ambiguo lenguaje militar como «fuego de amigos».) Murieron cuatro marines, otros sufrieron heridas, incluyendo a Nim con un tímpano perforado, que se infectó y le dejó sordo del lado izquierdo. Muy pronto después de eso le mandaron a casa y le licenciaron por motivos de salud, sin mayor ruido, y no se habló más del episodio en Corea. Hoy

día, la mayoría de los colegas y amigos de Nim sabían que para conversar debían sentarse a su derecha, el lado de su oído bueno. Pero muy pocos sabían exactamente por qué. Harry London era uno de esos pocos.

—Venga como invitado mío el jueves —dijo London.

Prepararon el encuentro y luego hablaron del sabotaje en La Mission que había matado a Walter Talbot y los otros. Aunque Harry London no estaba directamente vinculado con la investigación, él y el jefe de seguridad de la empresa solían reunirse para tomar unas copas después del trabajo e intercambiar confidencias; además, la experiencia de London como detective de la policía le había proporcionado contactos con la justicia, que mantenía vivos.

—El comisario del condado está trabajando con el FBI y la policía de la ciudad —informó a Nim—. Hasta ahora, todas las pistas se han estrellado contra la pared. El FBI, que tiene a su cargo la instrucción del sumario en estos casos, piensa que están detrás de un nuevo grupo de locos, sin antecedentes policiales, lo que lo vuelve todo más difícil.

—¿Y qué se sabe del hombre con uniforme del «Ejército de Salvación»?

—Están trabajando en eso, pero hay cien maneras de conseguir ese uniforme y la mayoría no dejarían rastros. Claro que si repiten el truco, sería otra cosa. Habrá mucha gente alerta y a la espera.

—¿Cree que podría ocurrir?

—Se trata de fanáticos —dijo London encogiéndose de hombros—. Y eso les da una astucia de locos, por momentos brillante, en otros estúpida. No se puede saber. A menudo es solo cuestión de tiempo. Si sé algo se lo haré saber.

—Gracias.

Nim pensó que lo que acababa de oír era, en esencia, lo que le había dicho a Ardythe la noche del miércoles pasado. Eso le recordó que debería llamarla, y quizás ir a verla. Nim la había visto una vez desde el miércoles, brevemente, el sábado por la mañana, en el entierro de Walter, al que había ido mucha gente de la «CGS». Para Nim había sido una ceremonia depresivamente ritual, orquestada por un empresario de pompas fúnebres untuoso que Walter Talbot hubiera detestado. Nim y Ardythe habían intercambiado tan solo unas pocas palabras de compromiso.

Ahora se preguntaba: ¿Debería dejar pasar un lapso «decente» antes de llamar a Ardythe? ¿O a estas alturas era hipócrita de su parte siquiera pensar en decencia?

—Nos veremos el día-D —le dijo a Harry London.

8

Sería otro día abrasador en ese largo y cálido verano. Lo prometía ya a las nueve, cuando Nim llegó a Brookside.

La expedición del día-D había llegado una hora antes. El centro de comunicaciones quedó establecido en un aparcamiento convenientemente central, donde se ubicaron apiñados una docena de vehículos de la empresa, identificables por su color anaranjado y blanco, y el familiar logotipo «CGS». Ya habían llevado a los treinta inspectores a los puntos desde donde se dispersarían. En su mayoría eran jóvenes, entre ellos había algunos estudiantes universitarios que trabajaban durante el verano; cada uno tenía un fajo de fichas con los domicilios donde debían inspeccionar los contadores y equipos anexos. Las fichas habían sido preparadas especialmente por la computadora la noche anterior. Normalmente, el trabajo de los inspectores consistía solo en leer los contadores e informar; hoy no se ocuparían de los números y buscarían solamente indicios de robo de energía.

Harry London salió de la camioneta de comunicaciones para recibir a Nim. London parecía animado y alegre. Llevaba una camisa militar de manga corta, pantalones color canela bien planchados y zapatos relucientes. Nim se quitó la chaqueta y la tiró dentro del «Fiat». El sol comenzaba a calcinar el aparcamiento, levantando oleadas de calor.

—Ya tenemos resultados —dijo London—. Cinco casos de fraude evidente en la primera hora de trabajo. Los muchachos están verificando tres más.

—Los primeros cinco, ¿son comerciales o residenciales? —preguntó Nim.

—Cuatro residenciales; uno comercial que es una joyita. El tipo nos robaba a cuatro manos, gas y electricidad a la vez. ¿Quiere verlo?

—Claro.

London les gritó a los de la camioneta de comunicaciones:

—Estaré en mi coche con el señor Goldman. Vamos al número cuatro. —Mientras se movían le dijo a Nim—: Ya tengo dos conclusiones. Una, que lo que veremos hoy es solo la punta del iceberg. Dos, que en algunos casos estamos frente a profesionales. Quizás una banda organizada.

—¿Por qué piensa eso?

—Le contestaré cuando haya visto lo que le voy a enseñar.

—De acuerdo —Nim se arrellanó en el asiento y se dedicó a observar Brookside mientras lo recorrían.

Era un barrio de ricos, un ejemplo de los muchos que se habían formado a fines de la década de los cincuenta y a principios de los sesenta. Antes era zona de granjas; ahora éstas habían desaparecido, reemplazadas por complejos residenciales y los comercios que los aprovisionaban. En Brookside no había pobreza, por lo menos aparente. Incluso las casitas baratas construidas en hileras, de arquitectura uniforme, parecían bien cuidadas: los cuadrados de césped cortado, la pintura nueva. Más allá

de las viviendas modestas había varios kilómetros cuadrados de casas más grandes, incluso mansiones suntuosas con garajes para tres coches y entrada de servicio separadas. Las tiendas del barrio, algunas situadas en atractivos paseos arbolados, exhibían mercancías de calidad que reflejaban la prosperidad del lugar. A Nim le pareció improbable que hubiese allí robos de energía. Como si le hubiera leído el pensamiento, Harry London se adelantó:

—Las cosas no siempre son lo que parecen —salió de la zona de comercios y se dirigió a una estación de servicio con aparcamiento que también tenía un túnel de lavado. London se detuvo delante de la oficina y bajó del coche. Nim le siguió. Había un camión de la «CGS».

—Hemos llamado a uno de los fotógrafos —dijo London—. Mientras tanto, el muchacho vigila la prueba.

Un hombre con mono gris se acercó a ellos, secándose las manos con un trapo. Con una figura larguirucha de zorro, parecía preocupado.

—Oiga, ya le he dicho que no sé nada de…

—Sí, señor; ya me lo ha dicho —London se volvió hacia Nim—. Es el señor Jackson. Nos dio permiso para entrar en su local para inspeccionar los contadores.

—Ahora no estoy tan seguro de haber hecho bien —gruñó Jackson—. De todos modos soy solo el inquilino. El edificio es propiedad de otra empresa.

—Pero el negocio es suyo —dijo London—. Y el gas y la electricidad están a su nombre, ¿no?

—Tal como están las cosas, el banco es ahora dueño de todo.

—Pero el banco no metió mano en sus contadores de gas y electricidad.

—Les estoy diciendo la verdad —las manos del hombre retorcían el trapo—. No sé quién lo hizo.

—¡Ajá! ¿Le importa si entramos?

El empleado les miró con mala cara, pero no les impidió entrar.

London entró el primero en la oficina de la estación de servicio y pasó a una pequeña habitación, utilizada sin duda como depósito. En la pared del fondo había un tablero de interruptores eléctricos y los contadores de gas y electricidad. Un joven con uniforme de la «CGS» les miró cuando entraron y les saludó con un «¡Hola!».

Harry London presentó a Nim, luego indicó:

—Dígale al señor Goldman qué ha encontrado.

—Bien, el contador de electricidad tenía el sello roto y estaba como está ahora, cabeza abajo.

—Lo que hace que retroceda o se detenga —agregó London.

Nim asintió, conocedor de ese recurso simple pero efectivo de conseguir energía gratis. Primero, se abría cuidadosamente el sello. Con eso se podía invertir y reponerlo en su lugar con toda facilidad, porque solo estaba encajado en unas ranuras. De esta manera, cuando se consumía electricidad, el contador marchaba hacia atrás o se detenía por completo; en el primer caso el registro de consumo disminuía en vez

de aumentar. En su momento, probablemente unos días antes de que pasara el inspector de la compañía, se volvía el contador a su posición y funcionamiento normal, disimulando cuidadosamente la violación del sello.

Varias compañías que habían sufrido robos de ese tipo lo evitaban con un nuevo modelo de contador, que trabajaba correctamente aunque estuviera cabeza abajo. Otra defensa era el empleo de cerraduras de seguridad que hacían imposible sacar el contador sin una llave propia. Pero se habían descubierto otras maneras ingeniosas de robar energía; por otra parte, todavía había millones de contadores instalados a los que no se podían colocar esas cerraduras de seguridad, y reemplazarlos hubiera costado millones. Así, por razón del número, más la imposibilidad de inspeccionar todos los medidores regularmente, los infractores llevaban las de ganar.

—El trabajito con el gas fue más complicado —dijo el empleado. Se acercó al contador de gas y se arrodilló al lado—. Mire esto. —Nim observó una tubería que el empleado le señalaba con una mano. Emergía de la pared y luego se conectaba con el contador varios palmos más allá—. Esta es la tubería de gas que viene de afuera.

—De la calle —agregó Harry London—. De la general de la compañía.

Nim asintió.

—Aquí —el empleado llevó la mano al otro extremo del contador—, hay una tubería que va hasta las tomas del cliente. En este local usan el gas para un gran calentador de agua, secadores de coches por aire caliente, y para la cocina y la estufa de un apartamento situado arriba. Mensualmente, eso significa mucho gas. Ahora, mire esto de cerca —usando esta vez las dos manos, tocó lo que parecía ser la unión de tuberías por la que las dos que había señalado desaparecían en la pared. El cemento estaba suelto alrededor de las dos y había un montoncito en el suelo.

—Eso lo he hecho yo —adelantó el empleado— para ver mejor, y lo que se ve ahora es que no se trata de conexiones comunes. Son conexiones en T, unidas entre sí por una tubería empotrada.

—Un antiguo sistema de puente empleado por los tramposos —dijo London—, aunque éste es el más bien hecho que he visto. Así, la mayor parte del gas que se usa no pasa por el contador, como es normal, sino que va directamente desde la calle a los aparatos.

—Siempre pasa por el contador lo suficiente como para mantenerlo en funcionamiento —explicó el joven empleado—. Pero el gas fluye por donde encuentra menos resistencia; y como el paso por el contador ofrece alguna, la mayor parte se va por la tubería añadida, la autopista sin peaje.

—Nunca más —dictaminó London.

Una jovencita vivaz, con cámaras y equipo, entró desde la calle. Preguntó animadamente:

—¿Alguien quiere fotografías aquí?

—Por supuesto que sí —London señaló el contador de gas—. Primero esa estructura —le dijo a Nim—: Cuando tengamos una foto de como está ahora, le

sacaremos el resto de la mampostería para que se vea la tubería ladrona.

El hombre con cara de zorro se había quedado rondando atrás. Protestó:

—¡Eh!, ustedes no pueden romper ninguna pared. Esto es mío.

—Le recuerdo, señor Jackson, que usted nos dio permiso para entrar y verificar el equipo de nuestra compañía. Pero si desea asegurarse de sus derechos, y de los nuestros, le sugiero que llame a su abogado. Creo que necesitará uno, de todos modos.

—Yo no necesito ningún abogado.

—Eso es decisión suya, señor.

—Señor Jackson —dijo Nim—, ¿no comprende la gravedad de todo esto? Manipular un contador es un delito, y las fotos que estamos tomando pueden ser una prueba.

—Por descontado que habrá un proceso penal —dijo London, como respondiendo a una señal—. Aunque diré que si el señor Jackson coopera de dos maneras, eso podría obrar a su favor.

El hombre de la estación de servicio les miró con desconfianza:

—¿De qué manera?

Mientras hablaban, la fotógrafo siguió sacando fotos con *flash* del contador de gas y luego del de electricidad. El empleado comenzó a hacer caer más mampostería, poniendo al descubierto la cañería escondida dentro de la pared.

—Lo primero que debe hacer —le dijo London a Jackson—, es pagar lo que debe, porque lo robó. Después de estar aquí me comuniqué con nuestro departamento de facturación. Al comparar sus últimas facturas con lo que solía ser su consumo de gas y electricidad, deducen que debe unos cinco mil dólares. Eso incluye el cargo por lo que estamos haciendo ahora.

El hombre de la estación de servicio palideció; movió la boca nerviosamente.

—¡Dios mío! No puede ser tanto. Si solo hace… —se calló.

—Sí —urgió Nim—. ¿Cuánto hace que comenzó a toquetear los contadores?

—Si el señor Jackson nos lo dice —intervino London—, quizá nos diga quién hizo el trabajo con el contador de gas. Esa es la segunda cosa que consideramos colaboración.

El empleado les dijo, desde donde estaba trabajando:

—Les diré algo que es seguro. Esto no lo ha hecho ningún aficionado.

London le echó una mirada a Nim.

—¿Recuerda lo que le dije? Mucho de lo que estamos viendo es obra de profesionales —se volvió a Jackson—. ¿Qué le parece, señor? ¿Tiene ganas de decirme quién lo ha hecho?

El hombre le miró con enojo, pero no contestó. London le dijo:

—Cuando hayamos terminado aquí, señor Jackson, le desconectaremos el gas y la electricidad. Permanecerán desconectados hasta que pague su deuda.

—¿Y cómo demonios hago funcionar mi negocio? —farfulló Jackson.

—Si es por eso —replicó London—, ¿cómo haríamos funcionar el nuestro si todos los clientes fueran unos tramposos como usted? —Le preguntó a Nim—: ¿Ha visto bastante?

—Demasiado —dijo Nim—. Vámonos ya.

Cuando estuvieron fuera, London dijo:

—De diez pescaremos uno; y éste está demasiado empeñado para pagar lo que debe. También dudo que nos diga quién lo hizo.

Cuando entraron en el coche, Nim preguntó:

—¿Podemos hacer un juicio y sacar algo?

El expolicía sacudió la cabeza.

—Me gustaría intentarlo; quizás hasta consiguiéramos que le condenaran. Pero lo más probable es que el tribunal exija que probemos acabadamente que Jackson fue quien modificó los contadores, o al menos que él sabía que se había hecho. No tenemos manera de probarlo.

—De modo que en cierto modo es una causa perdida.

—De alguna manera, sí; pero no del todo. Correrá la voz; ya ha corrido probablemente, y eso asustará a muchos otros Jacksons en potencia. Recuerde también que hoy estamos cubriendo una zona extensa. Antes de que se ponga el sol habremos encontrado muchos otros ladrones.

—Pero solo de Brookside —Nim pensó melancólicamente en la enorme zona que servía la «CGS»; dentro de ella Brookside no era más que un pequeño cacahuete en una plantación enorme.

Minutos después estaban de nuevo en el centro de comunicaciones instalado en el aparcamiento del centro comercial.

Tal como lo había predicho Harry London, el día-D pescaron en Brookside a muchos que cometían fraude con los contadores. A mediodía había más de cuarenta casos entre probados y sospechosos; parecía probable que caerían por lo menos igual número durante la tarde. Algunos supermercados cayeron en la redada; investigaron todas las sucursales de una cadena local y comprobaron infracciones en cinco de las ocho que tenía la organización.

Nim permaneció junto a Harry London, observando, visitando la escena de las trampas más interesantes, más ingeniosas.

Por la mañana habían ido juntos a una de las cuidadas casitas que Nim había visto antes. Dos vehículos de la «CGS» estaban aparcados afuera. Un empleado del personal de protección patrimonial, un mecánico y la misma fotógrafo de antes rodeaban un contador de electricidad exterior cerca de la puerta lateral.

—No hay nadie en casa —explicó London—, pero en el centro de comunicaciones obtuvimos datos sobre el tipo que vive aquí, y parece que es fabricante de herramientas y matrices. Mire esto —cuando los otros se hicieron a un lado, London señaló un agujerito en la tapa de cristal del contador. El alambre estaba unido a un disco de metal central que normalmente gira cuando se consume

electricidad.

—Ese alambre, que no debería estar ahí, impide que el disco gire —dijo London.

—De modo que el contador no mide ni cuando la corriente sigue fluyendo —dijo Nim, indicando que comprendía la maniobra.

—Correcto. Pero detener el disco no produce ningún daño, así que cuando sacan el alambre todo vuelve a la normalidad.

—Salvo el agujerito.

—Ni se nota —dijo el muchacho detrás de ellos—, a menos que se mire muy cuidadosamente. Yo creo que utilizaron un taladro de joyero para hacer el agujero, y por eso no se rompió el vidrio. Astuto como el demonio.

—No se sentirá tan astuto cuando reciba la próxima cuenta —dijo London—. Además, esta noche vigilaremos la casa. Lo más probable es que los vecinos le digan que hemos estado aquí; se pondrá nervioso y querrá quitar el alambre. Cuando lo haga, si le pescamos con las manos en la masa, podremos hacerle un juicio y ganarlo.

Se fueron mientras la fotógrafo sacaba primeros planos del agujero y del alambre incriminatorio.

Al centro de comunicaciones seguían llegando informes de otros hallazgos. Un ladrón de energía, aún más ingenioso, había llegado al corazón del contador, al parecer limando varios dientes de un eje dentado que hacía girar el disco registrador. Había logrado así atrasar la marcha del disco y reducir el registro de consumo aproximadamente a la mitad. Investigando en sus archivos, el departamento de contabilidad del centro estimó que el fraude había durado tres años sin ser detectado.

En otro caso, un cliente había cambiado los contadores con toda habilidad. De alguna manera había conseguido otro contador de electricidad (Harry London sospechaba que lo había robado), con el que había reemplazado el de la compañía, de modo que tenía electricidad gratis durante un tiempo.

Aunque se considera más difícil manipular los contadores de gas, esto no había disuadido a quienes gustan de vivir a costa ajena. Como dijo London:

—Conectar o desconectar un contador de gas requiere ciertos conocimientos de fontanería, pero no demasiados. Un aficionado puede aprender rápido.

Un inspector de contadores descubrió que uno de esos «aficionados» había sacado el contador y llenado el hueco con un trozo de tubería de goma. Era un método de robo peligroso, pero efectivo. Presumiblemente dejaba desconectado el contador durante parte de cada mes, y luego lo colocaba cuando esperaba que pasara el inspector.

Otro infractor, dueño de varios comercios vecinos, que alquilaba los locales, había actuado de manera similar, excepto que había invertido el contador poniéndolo de cara a la pared, de modo que funcionara hacia atrás. Allí fue donde tuvo lugar el único incidente violento del día. El comerciante, enfurecido al verse descubierto, atacó al mecánico de la compañía con una llave Stillson, haciéndole bastante daño. Tuvieron que internarle con un brazo y la nariz rotos, y el comerciante fue a parar a la

cárcel acusado de agresión con lesiones y otros cargos.

Un aspecto de los muchos casos que se descubrían extrañaba a Nim, y se lo dijo a Harry London:

—Creí que las computadoras del departamento de contabilidad estaban programadas para revelar los cambios abruptos en el consumo de los clientes.

—Lo están y lo hacen —aseguró London—. El problema es que la gente está cayendo en la cuenta de lo que hacen las computadoras y aprende a ganarlas. No es difícil. Si uno se propone robar energía y tiene el sentido común de reducir el gasto gradualmente, un poco el primer mes, luego un poco más cada mes siguiente, en vez de registrar una gran reducción de una vez, la compañía no lo advierte.

—De cualquier modo que se mire salimos perdiendo.

—Por ahora quizá. Pero ya cambiará.

Nim no estaba tan seguro.

Quizás el episodio más extraño tuvo lugar a media tarde, cuando London recibió un mensaje en el centro de comunicaciones, llamándole a un domicilio situado a un kilómetro de allí más o menos.

Al llegar vieron que la casa era grande y moderna; tenía un jardín muy cuidado y un camino de entrada largo y curvo, en el que estaba aparcado un brillante «Mercedes». Los vehículos anaranjados y blancos de la «CGS» estaban agrupados afuera, en la calle.

El mismo joven mecánico que estaba en la estación de servicio por la mañana se acercó al coche de London.

—Problemas —anunció—. Necesito ayuda.

—¿Qué problemas?

Un muchacho de Protección Patrimonial que se les había acercado, dijo:

—La mujer que está dentro amenaza con echarnos el perro encima. Es un pastor alemán enorme. Dice que el marido es médico, un hombre importante en la comunidad, y que denunciarán a la compañía si les molestamos.

—¿Por qué han venido aquí?

—Uno de los lectores de contadores, un estudiante muy despierto, informó sobre un alambre sospechoso —contestó el mecánico—. Tenía razón; miré detrás del contador de electricidad y vi la correa suelta y dos alambres que pasaban por encima. Seguí los alambres hasta el garaje, no había nadie, y la puerta estaba abierta. Entonces apareció la mujer con el perro.

Nim pareció intrigado. London ordenó:

—Explíqueselo al señor Goldman.

—En la parte posterior de algunos contadores hay una correa que hace funcionar el mecanismo —dijo el mecánico—. Si se desconecta, si se suelta, se interrumpe el circuito y el contador no registra. Ahora bien, si se pone un interruptor en lugar de la correa, se puede hacer funcionar o detener el contador cuando se quiera.

—¿Y eso es lo que han hecho aquí?

—Es evidente.

—¿Está absolutamente seguro? —le preguntó Nim.

—Podría jurarlo.

El empleado de Protección Patrimonial agregó:

—Yo también lo he visto. No hay duda alguna —consultó una libreta—. El nombre del cliente es Edgecombe.

—Muy bien —dijo London—. ¡Al diablo con el perro! Pidan un fotógrafo y tratemos de conseguir la prueba.

Esperaron mientras el mecánico utilizaba el transmisor de radio que tenía en la camioneta, y luego Harry London encabezó la pequeña procesión por el camino de entrada. Al acercarse a la casa salió por la puerta del frente una mujer alta, atractiva, probablemente de más de cuarenta años. Llevaba pantalones azules de hilo y una camisa de seda haciendo juego; el pelo largo, castaño oscuro, estaba atado atrás con un pañuelo. Al lado tenía un pastor alemán que gruñía y tiraba de la correa que la mujer sostenía. Anunció fríamente:

—Les advertí que si insisten en invadir mi casa, suelto este perro y se tendrán que atener a las consecuencias. ¡Y ahora salgan de aquí!

—Señora —dijo London con firmeza—, le aconsejo retener a ese perro o atarlo. Soy oficial de seguridad de la compañía «Golden State» —mostró una insignia—, y aquí está el señor Goldman, vicepresidente de la compañía.

—Los vicepresidentes no me impresionan —dijo la mujer con brusquedad—. Mi marido conoce muy bien al gerente general de su compañía, y también al presidente.

—En ese caso —le dijo Nim—, estoy seguro de que comprenderá que todos los que estamos aquí hoy no hacemos sino cumplir con nuestro deber. ¿Usted es la señora Edgecombe?

—Sí —contestó ella altanera.

—Nuestro departamento de mantenimiento informa que su contador eléctrico está en infracción.

—Si lo está, nosotros no sabemos nada. Mi marido es un importante cirujano ortopédico y hoy está operando; si no, le llamaría para que les pusiera en su lugar.

A pesar de toda su jactancia, pensó Nim, en los ojos y la voz de la mujer se percibía cierto nerviosismo. London también lo advirtió.

—Señora Edgecombe, queremos sacar fotografías del contador eléctrico y de unos alambres que pasan por detrás; llevan a un interruptor que está en su garaje. Le agradeceríamos que nos diera permiso para hacerlo.

—¿Y si no lo doy?

—Pediremos una orden judicial de allanamiento. Pero debo advertirle que, en ese caso, todo se hará público.

La mujer vaciló, y Nim se preguntó si se daba cuenta de que en buena medida Harry London estaba tratando de intimidarla. Para cuando consiguieran la orden, la evidencia podía haber desaparecido. Pero el diálogo la había confundido.

—No será necesario —aceptó ella—. Muy bien, hagan lo que tienen que hacer, pero rápido.

—Otra cosa más, señora —dijo London—. Cuando terminemos aquí, la electricidad quedará cortada hasta que pague su deuda, que calculará el departamento de facturación.

—¡Eso es ridículo! Mi marido va a tener mucho que decir sobre eso —la señora Edgecombe les volvió la espalda y ató la correa del perro a un aro de acero que había en la pared. Nim observó que le temblaban las manos.

—¿Por qué lo hacen? ¿Gente como ésta? —Nim hizo la pregunta en voz baja, para sí y también para Harry London.

Iban en el coche de London, de nuevo en dirección al centro comercial donde Nim recogería su coche para volver. Decidió que había visto más que suficiente de Brookside y de robo de energía para comprender realmente, por primera vez, la magnitud y la naturaleza de la cabeza de hidra de la bestia.

—Hay muchas razones —contestó London—. Para lo que hemos visto ahora y también en otros lugares. Por supuesto, la gente habla. Le gusta jactarse de su viveza, de que le ganan a una empresa grande como la «Golden State». Y mientras unos hablan, otros escuchan y luego hacen lo mismo.

—¿Le parece que eso explica epidemias como la que hemos visto hoy?

—Es una de las piezas en el rompecabezas.

—¿Y las otras?

—Otra es la gente del oficio deshonesta, que es la que me interesa especialmente atrapar. Hacen correr la voz de que saben arreglar los contadores a cierto precio. Parece fácil y la gente pica.

—Pero eso sigue sin explicar la última casa —dijo Nim, dudoso—. El médico adinerado, cirujano ortopédico, una de las especialidades mejor pagadas. Usted vio la mujer, la casa. ¿Por qué?

—Le diré algo que aprendí en la policía —dijo London—. No hay que dejarse llevar por las apariencias. Mucha gente con grandes ingresos y casas deslumbrantes están hundidos en deudas, luchando por mantenerse a flote, por salvar un dólar como puedan, sin reparar en los medios. Apostaría a que eso es lo que ocurre con todo Brookside. Y piense en esto: hasta no hace mucho las facturas de servicios públicos no eran muy altas; pero ahora son importantes, y cada vez más. De modo que muchos que antes no hubieran hecho trampa porque no valía la pena correr el riesgo, han cambiado de opinión. El premio es mayor, compensa el riesgo.

—Y la mayoría de los servicios públicos son tan enormes, tan despersonalizados, que la gente no considera que robar energía sea un verdadero robo. No lo censuran como harían con asaltos o raterías.

—He pensado mucho sobre eso que dice. Creo que se trata de algo aún más amplio —London detuvo el coche mientras esperaba que cambiara el semáforo. Cuando estuvieron de nuevo en marcha, continuó—: Tal como yo lo veo, la mayor

parte de la gente ha llegado a la conclusión de que el sistema es una porquería porque los políticos están todos corrompidos, de una manera u otra, así que piensan: ¿Por qué ha de pasarlo mal el hombre común por ser honesto? Está bien, dicen, Watergate echó a una pandilla, pero la gente nueva, tan recta antes de que la eligieran, está haciendo las mismas cosas deshonestas, sobornos políticos y cosas peores, ahora que tiene el poder.

—Es un punto de vista harto pesimista.

—Por supuesto que sí —dijo London—. Pero explica mucho de lo que está ocurriendo, y no solamente lo que hemos visto hoy. Quiero decir la ola de crímenes, desde los delitos más graves hasta los pequeños hurtos. Y le diré más: Hay días, y hoy es uno de ellos, en los que me gustaría estar de nuevo en la Infantería de Marina, donde todo parecía más simple y más limpio.

—Ahora no se lo parecería.

—Quizá —suspiró London.

—Usted y su gente han hecho hoy un gran trabajo —dijo Nim.

—Es una guerra —Harry London dejó de lado su seriedad y sonrió—. Dígale a su patrón, el comandante en jefe, que hemos ganado una escaramuza, y que ganaremos otras.

9

—A riesgo de hinchar tu ego —dijo Ruth Goldman, sentada frente a él mientras desayunaban—, te diré que anoche estuviste muy bien por televisión. ¿Más café?

—Sí, por favor —Nim le pasó la taza—. Y gracias.

Ruth levantó el colador y sirvió; como siempre, sus gestos fueron desenvueltos, naturales, elegantes y eficientes. Llevaba una bata verde esmeralda que contrastaba intensamente con su pelo negro cuidadosamente peinado, y sus pequeños y firmes pechos se dejaron ver, atractivos, cuando se inclinó; cuando Nim y Ruth eran novios, él los había calificado como «mi manjar preferido». Llevaba apenas un toque de maquillaje, la medida justa que armonizaba con su tez de leche y rosas. Por temprano que fuera, Ruth siempre estaba naturalmente impecable. Nim, que había visto a muchas otras mujeres en bata por la mañana temprano, pensó que debía estar agradecido.

Era miércoles. Había pasado casi una semana desde el día-D en Brookside. Como estaba inusualmente cansado —resultado de largas horas de trabajo y tensión durante varias semanas, que habían culminado con la sesión de la noche pasada, en un caluroso estudio de televisión bajo las luces—. Nim había dormido hasta tarde esa mañana (tarde para él): hasta las ocho y media. Leah y Benjy habían salido, antes de que se levantara, para un programa de diversión de todo el día, y ahora estaba desayunando apaciblemente con Ruth, algo que ocurría raramente. Nim ya había telefoneado a su oficina para decir que no iría hasta media mañana.

—Leah se quedó levantada para ver *The Good Evening Show* —dijo Ruth—. Benjy también, pero se quedó dormido. Los niños no lo dicen, pero los dos están muy orgullosos de ti, ¿sabes? Es más, te adoran. Todo lo que dices es como si fuera palabra de Dios.

—Este café me gusta —dijo Nim—. ¿Es una marca nueva?

Ruth sacudió la cabeza.

—Es porque no lo estás tomando con un pie en el estribo. ¿Has oído lo que he dicho de Leah y Benjy?

—Sí, y estaba pensando en eso. Yo también estoy orgulloso de los chicos —se rio —. ¿Este es mi día de felicitaciones?

—Si piensas que quiero pedirte algo, no es así. Salvo que me gustaría que tomáramos el desayuno como hoy más a menudo.

—Trataré de que ocurra —dijo él. Se preguntó si Ruth estaría particularmente agradable porque sentía, como él, la brecha que se iba abriendo entre los dos últimamente; brecha creada por su propia indiferencia y, más recientemente, por el misterioso interés que Ruth dedicaba a algún asunto privado suyo, fuera el que fuera. Trató de recordar, sin lograrlo, cuándo habían hecho el amor por última vez. ¿Por qué, caviló, en un hombre puede declinar su interés sexual por su atractiva mujer, y desear a otras mujeres? Suponía que la explicación estaba en la costumbre por un

lado, y también en el ansia de territorios nuevos, de conquistas nuevas. De todos modos, pensó sintiéndose culpable, debería reanudar su relación sexual con Ruth. Quizás esa noche.

—Un par de veces pareciste enfadado en el programa de televisión, con ganas de estallar —dijo ella.

—Pero me contuve. Recordé esas estúpidas reglas del consejo de dirección —no era necesario explicarle a Ruth la decisión acerca de una «línea moderada». Se lo había contado el mismo día que ocurrió, y ella comprendió lo que él sentía.

—Birdsong te estaba presionando, ¿no?

—El hijo de perra lo intentó —Nim frunció el entrecejo recordando—. No le sirvió de nada.

Davey Birdsong, que encabezaba un grupo activista de defensa del consumidor, llamado «Luz y fuerza para el pueblo», también había participado en el programa. Birdsong había hecho comentarios cáusticos sobre la «Golden State», atribuyendo los motivos más viles a todo lo que hacía la empresa. Había sugerido que los objetivos personales de Nim no eran mejores. También atacó la última solicitud de la «CGS» sobre el aumento de tarifas, sobre la que debía haber decisión próximamente. A pesar de las provocaciones, Nim había mantenido la calma, obedeciendo las indicaciones que se le habían hecho.

—El *Chronicle* de esta mañana dice que el grupo de Birdsong, lo mismo que el «Club Sequoia», se opondrán al proyecto Tunipah.

—A ver.

—Está en la página siete —dijo ella, pasándole el periódico.

Esta era otra de las virtudes de Ruth. De alguna manera se arreglaba para estar siempre mejor informada que la mayoría. No solo había preparado el desayuno, sino que también había leído el *Chronicle-West*.

Nim pasó las hojas y encontró el artículo. Era breve y no le dijo nada que no le hubiera dicho ya Ruth. Pero le dio una idea para la adopción de una medida que le hizo sentir impaciente por volver a su despacho. Tragó el resto del café y se levantó.

—¿Vendrás a cenar esta noche?

—Lo intentaré —cuando Ruth sonrió suavemente, recordó cuántas veces había dicho la misma cosa, para luego no venir por alguna razón. Sin motivo, como en el coche la noche que fue a ver a Ardythe, deseó que de vez en cuando Ruth fuera menos paciente. Le preguntó—: ¿Por qué no te enfadas alguna vez? ¿No te enfureces?

—¿Cambiaría las cosas?

Se encogió de hombros, sin saber cómo interpretar su respuesta, ni cómo contestar.

—¡Ah!, hay algo. Mamá llamó ayer. Ella y papá querrían que fuéramos a cenar el viernes de la semana que viene, y que lleváramos a Leah y Benjy.

Nim gimió interiormente. Ir a la casa de los Neuberger, los padres de Ruth, era

como entrar en una sinagoga; proclamaban su condición de judíos de mil maneras. Siempre anunciaban, sin dejar lugar a dudas, que la comida era *kosher*; y no dejaban de poner en evidencia que tenían dos juegos distintos de cubiertos y vajilla, uno para carne y otro para productos de granja. Decían una oración sobre el pan y el vino antes de la cena, y cumplían con la ceremonia del lavado de manos. Después de la cena se hacían rezos solemnes a los que los Neuberger, en la tradición europea oriental, se referían como *fenching*. Si había carne en la mesa, Leah y Benjy no podrían beber leche, como les gustaba hacer en su casa. Además, surgirían las no muy sutiles presiones, al preguntarse en voz alta por qué Nim y Ruth no observaban el sábado y los días sagrados; y las maravillosas descripciones de los *bar mitzvah* a los que habían concurrido los Neuberger, unido a la sugerencia de que naturalmente Benjy asistiría a una escuela hebrea para que pudiera tener su *bar mitzvah* al llegar a los trece años. Y luego, en casa, dada la edad que tenían los niños, y su curiosidad, harían preguntas que Nim tendría que contestar, preguntas para las que él no estaba preparado por su propia incertidumbre.

Ruth se quedaba invariablemente callada en esos casos, aunque él a veces se preguntaba si su silencio no sería una alianza con sus padres contra él. Quince años atrás, cuando Ruth y Nim se casaron, Ruth aclaró que le era indiferente observar o no las prácticas judías; fue una reacción comprensible a la estricta ortodoxia de su hogar. ¿Habría cambiado? ¿Sería Ruth, en el fondo, una madre judía tradicional? ¿Desearía para Leah y Benjy todo lo que exige la fe judía? Recordó lo que acababa de decirle sobre él y los niños: «Todo lo que dices es como si fuera palabra de Dios.» ¿No serían esas palabras una advertencia astuta sobre su propia responsabilidad judía, un suave empujoncito hacia la religión? Nim jamás había cometido el error de creer en la suavidad de Ruth; comprendía que en el fondo tenía tanta fuerza como la que más.

Pero aparte de todo eso, Nim sabía que no tenía ningún argumento válido para no ir a la casa de los padres de Ruth, como ella le pedía. No ocurría a menudo. Y Ruth pedía muy pocas veces, casi nunca.

—Bueno —dijo—. El programa de la semana que viene es bastante tranquilo. Cuando llegue a la oficina me aseguraré sobre el viernes y te llamaré.

Ruth vaciló, y luego dijo:

—No te preocupes. Basta con que me lo digas esta noche.

—¿Por qué?

De nuevo una leve vacilación.

—Salgo en seguida después de ti. Estaré fuera todo el día.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde vas?

—¡Oh!, a varias partes —se rio—. ¿Acaso tú me dices todos los lugares adonde vas?

Así que de nuevo el misterio. Nim sintió una punzada de celos de lo desconocido; luego razonó: Ruth tenía razón. Tal como le había recordado, había muchas cosas que él no le contaba.

—Que pases un buen día —dijo él—. Nos veremos esta noche.

En el vestíbulo la abrazó y se besaron. Los labios de ella eran suaves; el cuerpo, bajo la bata, era atrayente. «Qué idiota soy», pensó él. Sí, decididamente, esta noche amor.

10

A pesar de la prisa con que salió de su casa, Nim condujo hacia la ciudad a velocidad moderada, evitando la autopista y eligiendo calles tranquilas. Dedicó ese tiempo a pensar en el «Club Sequoia» que mencionaba esa mañana el artículo del *Chronicle-West*.

Aunque se trataba de una organización que se oponía frecuentemente a los proyectos de la «CGS», y a veces los frustraba, Nim admiraba al «Club Sequoia». Su manera de razonar era simple. La historia muestra que cuando a empresas industriales enormes como «Luz y Fuerza Golden State» se les daba libertad de acción, prestan poca o ninguna atención a la protección ambiental. Por lo tanto, se necesitaba una fuerza de contención responsable. El «Club Sequoia» cumplía ese papel.

El club, con base en California, había logrado fama nacional por su habilidad y dedicación en la lucha para presentar lo que quedaba de la belleza natural impoluta de América. Casi siempre sus métodos eran éticos, sus argumentos sensatos y sólidos. Es cierto que el club tenía sus críticos, pero casi todo el mundo lo respetaba. Una de las razones era la dirección del «Club Sequoia», que en sus ochenta años de existencia, había sido del más alto nivel, tradición que continuaba en la presidente actual, una excientífica nuclear, Laura Bo Carmichael. La señora Carmichael era capaz, respetada internacionalmente y, por casualidad, amiga de Nim.

Pensó en ella mientras conducía.

Decidió ver personalmente a Laura Bo Carmichael por el asunto Tunipah y las otras dos plantas que la «Golden State» se proponía construir. Si la convencía de la necesidad urgente de esas obras, el «Club Sequoia» quizá no se opondría a los proyectos, o por lo menos su oposición sería moderada. Debería concertar una entrevista lo antes posible. Preferiblemente hoy.

Nim había estado conduciendo distraídamente sin reparar en los nombres de las calles. Ahora, en un embotellamiento, se dio cuenta de que estaba en el once de Lakewood y Balboa. Le recordaba algo. ¿Qué?

Lo recordó repentinamente. El día de la explosión y el apagón de luz dos semanas atrás, el jefe de suministro le había mostrado un plano en el que estaban marcadas las casas particulares en las que había instalados equipos salvavidas. Círculos de color indicaban aparatos para diálisis renal, unidades generadoras de oxígeno, pulmones de acero y otros grupos similares. En Lakewood y Balboa, un círculo rojo advertía que una persona dependía de un pulmón de acero u otra clase de equipo de respiración eléctrico. El equipo estaba en una casa de apartamentos. Por alguna razón, Nim no lo había olvidado; ni tampoco el nombre de quien lo usaba: Sloan. Recordó que en ese momento había mirado el círculo rojo preguntándose cómo sería Sloan.

En la intersección había un solo edificio de apartamentos: un edificio de revoque blanco de ocho pisos, de aspecto modesto, pero exteriormente, bien conservado. El coche de Nim pasaba por delante en ese momento. Un pequeño espacio abierto tenía

varios lugares para aparcar, y había dos vacíos. Siguiendo un impulso, Nim entró y llevó el «Fiat» hasta uno de esos espacios vacíos. Salió y se acercó a la entrada del edificio de apartamentos.

Sobre una serie de buzones había una veintena de nombres, entre ellos «K. Sloan». Nim apretó el botón que vio al lado del nombre.

Instantes después se abrió la puerta de entrada. Apareció un viejo flaco con pantalones anchos y camisa. Mirando a Nim a través de los gruesos cristales de sus gafas, parecía una vieja ardilla.

—¿Ha llamado usted a Sloan?

—Sí, fui yo.

—Soy el encargado. También suena en mi casa.

—¿Podría ver al señor Sloan?

—No hay ningún señor Sloan.

—Oh —Nim señaló el buzón—. ¿Se trata de la señora Sloan, entonces? ¿O de la señorita? —inexplicablemente había supuesto que Sloan era un hombre.

—Señorita Sloan. Karen. ¿Quién es usted?

—Goldman —Nim mostró una tarjeta de identificación de la «CGS»—. ¿Estoy en lo cierto al pensar que la señorita Sloan es inválida?

—Podría serlo. Salvo que a ella no le gusta que la llamen así.

—¿Cómo debería describirla entonces?

—Incapacitada. Es cuadripléjica. ¿Conoce la diferencia entre eso y parapléjica?

—Creo que sí. El parapléjico está paralizado de la cintura para abajo, el cuadripléjico en todo el cuerpo.

—Esa es nuestra Karen —dijo el viejo—. Está así desde que tenía quince años. ¿Quiere verla?

—¿Será conveniente?

—Lo sabremos en seguida —el encargado abrió la puerta del todo—. Pase. Por aquí.

El pequeño vestíbulo armonizaba con el exterior del edificio, era sencillo y limpio. El viejo le condujo hasta un ascensor, le indicó a Nim que entrara y le siguió. Mientras subían, adelantó:

—Esto no es el «Ritz». Pero tratamos de mantenerlo bien.

—Se nota —dijo Nim. Los bronces en el interior del ascensor relucían y el aparato zumbaba suavemente.

Salieron en el sexto piso. El encargado le guio y se detuvo ante una puerta mientras elegía una llave en un gran manojo. Abrió la puerta, llamó y luego gritó:

—Es Jiminy. Traigo una visita para Karen.

—Pasen —dijo una voz nueva, y Nim se encontró frente a una mujer baja, robusta, de piel oscura y rasgos hispánicos. Llevaba un delantal rosa similar a un uniforme de enfermera.

—¿Vende algo? —hizo la pregunta con vivacidad, sin hostilidad.

—No, pasaba solamente y…

—No importa. A la señorita Sloan le gustan las visitas.

Estaban en un pequeño vestíbulo luminoso que daba a una cocina por un lado y a lo que parecía ser una sala de estar por el otro. En la cocina predominaban los amarillos y blancos alegres; en la sala de estar la decoración era amarillo y verde. Parte de la habitación quedaba oculta, y desde allí una voz dijo:

—Pase… sea quien sea.

—Ahora le dejo —dijo el encargado por detrás de Nim—. Tengo algo que hacer.

Cuando la puerta exterior se cerró, Nim entró en la sala de estar.

—Hola —dijo la misma voz—. ¿Qué hay de nuevo y emocionante?

Mucho después y a lo largo de los meses siguientes, mientras se sucedían los hechos fatídicos como escenas de un drama, Nim recordaría este momento, el de la primera vez que vio a Karen, vívidamente en todos los detalles.

Era una mujer madura, pero parecía joven y era extraordinariamente hermosa. Nim calculó que tendría unos treinta y seis años; luego llegaría a saber que tenía tres años más. De cara alargada, sus rasgos eran perfectamente proporcionados; los labios gruesos, sensuales, se abrieron en una sonrisa mientras los grandes ojos azules observaban abiertamente a Nim. Una nariz graciosa sugería picardía. Tenía un cutis impecable, que parecía opalescente. La cara de Karen Sloan estaba enmarcada por largos cabellos rubios que, partidos en el medio, le caían hasta los hombros con toques dorados que relucían en un rayo de sol. Tenía las manos apoyadas sobre una tabla situada sobre sus piernas, los dedos largos, las uñas cuidadas y brillantes. Llevaba un atractivo vestido celeste.

Estaba en una silla de ruedas. Una protuberancia del vestido mostraba que debajo había un respirador que respiraba por ella. Un tubo, que salía por debajo del dobladillo del vestido, estaba conectado a un aparato que parecía una maleta, asegurada al respaldo de la silla. El mecanismo del respirador emitía un zumbido regular, junto con el silbido del aire que entraba y salía al ritmo normal de la respiración. Las partes eléctricas de la silla estaban conectadas por un cable a una toma en la pared.

—Hola, señorita Sloan —dijo Nim—. Soy el hombre de la electricidad.

La sonrisa se hizo más amplia.

—¿Trabaja con baterías, o también está enchufado?

Nim sonrió en respuesta, un tanto tímidamente y, extrañamente en él, tuvo un instante de nerviosismo. No sabía bien qué había esperado encontrar, pero fuera lo que fuese, la exquisita mujer que tenía delante era enteramente diferente. Dijo:

—Se lo explicaré.

—Por favor, ¿no se sienta?

—Gracias —eligió un cómodo sillón. Karen Sloan movió levemente la cabeza, aplicando la boca a un tubo de plástico en forma de ese. Sopló suavemente por el tubo e, inmediatamente, la silla giró, de modo que quedó frente a él.

—¡Vaya! —dijo él—. ¡Qué bonito truco!

—Sé muchos otros. Si absorbo en vez de soplar, la silla retrocede —le hizo una demostración mientras él la miraba fascinado.

—Nunca lo había visto —le dijo—. Es sorprendente.

—La cabeza es lo único que puedo mover —dijo Karen con naturalidad, como si hablara de una molestia sin importancia—. Entonces se aprende a hacer algunas cosas necesarias de maneras desacostumbradas. Pero nos desviamos; usted me iba a contar algo. Siga, por favor.

—Comenzaré a explicarle por qué vine —dijo Nim—. Todo empezó hace dos semanas, cuando tuvimos el apagón. La vi como un pequeño círculo rojo en un plano.

—¿Yo… en un plano?

Le contó lo del Centro de Control de Energía y la preocupación de la «CGS» por los usuarios especiales, como hospitales y casas particulares con equipos salvavidas.

—Para ser sincero —dijo él—, tuve curiosidad. Por eso la vine a visitar hoy.

—Es muy bonito —dijo Karen—. Que piensen en uno, quiero decir. Recuerdo ese día… bien.

—Cuando ocurrió el apagón, ¿cómo se sintió?

—Supongo que un poco asustada. Mi luz de lectura se apagó repentinamente, y las otras cosas eléctricas se detuvieron. Pero no el respirador. Pasa automáticamente a una batería.

La batería, observó Nim, era de las de doce voltios, como las que se usan en los automóviles. Estaba apoyada en una bandeja, también asegurada al respaldo de la silla, debajo del mecanismo del respirador.

—Lo que uno siempre se pregunta —dijo Karen—, es cuánto durará el corte de energía y cuánto aguantará la batería.

—Debería durar varias horas.

—Seis y media, cuando está cargada, siempre que use solo el respirador sin mover la silla. Pero cuando salgo de compras o de visitas, como ocurre casi todos los días, uso mucho la batería y se descarga.

—De modo que si hubiera un apagón…

Ella terminó la frase:

—Josie, la persona que usted vio al entrar, tendría que hacer algo rápidamente —Karen agregó con conocimiento—. El respirador consume quince amperios; la silla, cuando se mueve, otros veinte.

—Sabe mucho sobre el equipo.

—Si su vida dependiera de eso, también usted lo sabría.

—Sí, supongo que sí —le preguntó—: ¿Alguna vez se queda sola?

—Nunca. Josie está conmigo la mayor parte del tiempo; luego, hay dos personas que la relevan. Jiminy, el encargado, también es muy bueno. Ayuda con las visitas, como con usted hoy —Karen sonrió—. No deja entrar a la gente a menos de estar seguro de que están bien. Usted ha aprobado el examen.

Siguieron charlando con naturalidad, como si se conocieran desde mucho tiempo atrás.

Karen, según se enteró Nim, había tenido poliomielitis justamente un año antes de que en Norteamérica se impusiera la vacuna Salk, que, junto con la Sabin unos años más tarde, erradicó la polio del panorama.

—Mi bichito me picó demasiado pronto —dijo Karen—. No llegué a tiempo.

A Nim le conmovió esa afirmación tan sencilla. Le preguntó:

—¿Piensa mucho en ese año?

—Solía hacerlo… bastante. Durante un tiempo lloré por esa diferencia de un año. Me preguntaba: ¿Por qué tuve que ser una de los últimos? Y pensaba: si tan solo la vacuna hubiera llegado un poco antes, todo hubiera sido diferente. Podría caminar, bailar, escribir, usar mis manos.

Se calló, y en el silencio Nim oyó el tic tac de un reloj y el suave ronroneo del respirador de Karen. Al cabo de un momento ella siguió:

—Luego comencé a decirme: lamentarse no cambia nada. Lo pasado, pasado está. No puede deshacerse jamás. Entonces empecé a disfrutar lo que tenía, a vivir al día, y cuando se hace eso, si ocurre algo inesperado uno lo agradece. Hoy ha llegado usted —ofreció su sonrisa radiante—. Ni siquiera sé su nombre.

Cuando se lo dijo, ella preguntó:

—¿Nim es por Nimrod?

—Sí.

—¿No hay algo en la Biblia…?

—En el Génesis —Nim citó—. Cush también engendró a Nimrod, que fue el primer hombre fuerte en la tierra. Por la gracia del Señor fue un gran cazador — recordó haberle oído las palabras a su abuelo, el rabino Goldman. El viejo había elegido el nombre para su nieto, una de las pocas concesiones al pasado hechas por Isaac, el padre de Nim.

—¿Es cazador, Nim?

A punto de contestar negativamente, recordó lo que Teresa van Buren le había dicho no mucho tiempo atrás: «Es un cazador de mujeres, ¿no?» Quizá, pensó, en otras circunstancias hubiera ido detrás de aquella hermosa mujer, de Karen. Egoísta, se entristeció por esa vacuna que había llegado un año tarde.

—No soy un cazador —dijo, sacudiendo la cabeza.

Más adelante, Karen le contó que durante doce años la habían atendido en hospitales, buena parte del tiempo con un pulmón de acero antiguo. Luego, se construyeron equipos más modernos, portátiles, que permitían al paciente vivir fuera de los establecimientos sanitarios. Al principio había vuelto a vivir con sus padres, pero no había resultado. «Era un esfuerzo demasiado grande para todos.» Luego, se trasladó a aquel apartamento, donde estaba desde hacía casi once años.

—Los gastos se pagan con algunos subsidios del gobierno. A veces paso ciertas dificultades económicas; pero, en general, me arreglo —le explicó que su padre tenía

un pequeño negocio de fontanería, y que su madre era vendedora en una tienda. Estaban tratando de ahorrar dinero para comprarle a Karen una camioneta que facilitara la movilidad. La camioneta, que conduciría Josie o alguna otra persona de la familia de Karen, estaría adaptada para recibir la silla de ruedas.

Aunque Karen casi no podía valerse por sí misma y debía ser aseada, alimentada y acostada por alguien, le dijo a Nim que había aprendido a pintar sosteniendo el pincel con la boca.

—Y puedo escribir a máquina —le dijo a Nim—. Es eléctrica y la hago funcionar con un palito en la boca. A veces escribo poemas. ¿Le gustaría que le mandara algunos?

—Sí, por favor, me gustaría mucho —se levantó para irse, y se sorprendió al ver que había pasado una hora con Karen.

—¿Vendrá otra vez? —preguntó ella.

—Si usted quiere.

—Claro que quiero… Nimrod —una vez más la sonrisa cálida, atractiva—. Me gustaría que fuera mi amigo.

Josie le acompañó a la puerta.

La imagen de Karen, su hermosura deslumbrante, la sonrisa cálida y la voz suave, acompañaron a Nim durante el resto del viaje al centro. Pensó que nunca había encontrado a alguien así. Seguía pensando en ella cuando dejó el coche en el aparcamiento de las oficinas de la «Golden State», tres pisos bajo el nivel de la calle.

Un ascensor directo, al que se entraba solamente con llave, iba del garaje a las oficinas de los ejecutivos principales, en el piso veintidós. Nim usó su llave, símbolo de estatus en la «CGS», y subió solo. Mientras ascendía, recordó su determinación de hablar personalmente con la presidente del «Club Sequoia».

Su secretaria, Victoria Davis, una competente joven negra, levantó la mirada cuando entró en la oficina de dos habitaciones.

—Hola, Vicki —dijo—, ¿hay mucha correspondencia?

—Nada urgente. Pero hay algunos mensajes, incluso varios que dicen que anoche estuvo muy bien por la televisión. A mí también me lo pareció.

—Gracias —sonrió—, bienvenida a mi club de admiradoras.

—Ah, hay uno marcado «privado y confidencial» sobre su escritorio: ha llegado hace poco. Y tengo algunas cosas para que las firme —le siguió a la oficina interna. En ese momento se oyó un ruido sordo y fuerte a cierta distancia. Una jarra de agua y los vasos sonaron; también la ventana que daba sobre un patio interior.

Nim se detuvo, escuchando:

—¿Qué ruido ha sido ese?

—No tengo ni idea. Hace unos minutos se oyó un ruido igual. Justo antes de que usted entrara.

Nim se encogió de hombros. Podía ser cualquier cosa desde un temblor de tierra hasta algo relacionado con una gran construcción próxima. Hojeó rápidamente los

mensajes que tenía sobre el escritorio y echó una mirada al sobre al que se había referido Vicki, marcado «privado y confidencial». Era un sobre de papel duro, marrón, con una pizca de lacre atrás. Comenzó a abrirlo distraídamente.

—Vicki, antes de hacer otra cosa, trate de conseguir a la señora Carmichael por teléfono.

—¿En el «Club Sequoia»?

—Correcto.

Ella dejó los papeles que llevaba en una bandeja marcada «firma» y se volvió para irse. En ese momento la puerta exterior de la oficina se abrió de golpe y Harry London entró corriendo. Tenía el cabello en desorden, la cara roja por el esfuerzo.

London vio a Nim.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Mientras la sorpresa inmovilizaba a Nim, London voló por la habitación y se tiró sobre el escritorio. Le quitó el sobre de las manos y lo dejó sobre la mesa.

—¡Fuera de aquí! ¡Pronto! ¡Todos!

London agarró el brazo de Nim y tiró de él al tiempo que empujaba a Victoria Davis bruscamente. Pasaron por la oficina externa y salieron al pasillo; London se detuvo solo lo necesario para cerrar de un golpe las dos puertas que dejaban atrás.

Nim comenzó a protestar, enfadado:

—Qué demonios…

No terminó. Desde la oficina interna llegó el ruido de una explosión. Las paredes del pasillo se sacudieron. Una lámina de madera cayó al suelo y el cristal se rompió.

Un segundo después, otro golpe, como el que Nim había oído antes, pero esta vez más fuerte, y evidentemente una explosión, llegó desde un punto debajo de ellos. Dentro del edificio, sin lugar a dudas. Gente que salía por otras puertas corría por el pasillo.

—¡Dios mío! —dijo Harry London. En su voz había desesperación.

Nim exclamó ansioso:

—¡Demonios! ¿Qué pasa?

Ahora se oyeron gritos excitados, teléfonos que sonaban estridentes, el ruido de sirenas que se acercaban por la calle, abajo.

—Sobres explosivos —dijo London—. No son grandes, pero bastan para matar a quien esté cerca. La última fue la cuarta. Fraser Fenton murió; los otros están heridos. Se está advirtiendo a todos en el edificio, y si tienes ganas de rezar, ruega porque no haya más.

11

Georgos Winslow Archambault (Yale, curso del 72) escribió en un diario con un resto de lápiz:

Ayer, una incursión con éxito contra las fuerzas de opresión fascista-capitalistas.

Un líder enemigo, Fenton, director de Pis y Saliva «Golden State», ha muerto. ¡En buena hora!

En el honroso nombre de los «Amigos de la Libertad», el bastión central de los despiadados explotadores de los recursos energéticos del pueblo fue atacado con éxito. De diez armas de los «Amigos de la Libertad» dirigidas contra el objetivo, cinco dieron en el blanco. ¡Bastante bien!

Quizás el número real de blancos haya sido mayor, ya que la prensa amordazada por la clase gobernante minimizó, como de costumbre, esta importante victoria del pueblo.

Georgos colocó de nuevo el lápiz entre los dedos. Aunque era incómodo, invariablemente escribía con un pedacito de lápiz, porque una vez había leído que Mohandas K. Gandhi lo hacía, porque consideraba que descartar un lápiz usado denigraba la humilde labor que lo había creado.

Gandhi era uno de los héroes de Georgos Archambault, como lo eran Lenin, Marx, Engels, Mao Tse-tung, Renato Curzio, el Ché Guevara, Fidel Castro, César Chávez y varios más. (La anomalía de que Mohandas Gandhi fuera un apóstol de la no violencia no parecía preocuparle.)

Continuó escribiendo:

Además, la servil prensa capitalista ha lamentado hoy bastante la muerte y heridas de los que llamó «víctimas inocentes». ¡Qué ingenuamente ridículo!

En cualquier guerra, los así llamados «inocentes» inevitablemente mueren o son heridos, y cuanto más grande sea la guerra, mayor será el número de víctimas «inocentes». Cuando los beligerantes son las mal llamadas «grandes potencias», como en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y en la despreciable agresión de América contra Vietnam, esos «inocentes» son asesinados a millares, como ganado, y nadie se opone. ¡Nadie! Por supuesto que no lo hacen los dirigentes de la prensa, adoradores del dólar, ni sus colaboradores escribas ignorantes y serviles.

Una guerra social justa, como la que ahora han entablado los «Amigos de la Libertad», no es diferente, salvo que hay menos víctimas.

Ya en Yale, Georgos había tenido fama entre sus profesores de abultar sus disertaciones sembrando adjetivos como perdigonadas. Pero su especialidad nunca había sido el idioma, sino la física y, más tarde, a fuerza de charla logró el doctorado en química. Luego, sus conocimientos sobre productos químicos le resultaron útiles cuando estudió explosivos (entre otras cosas), en Cuba. Y, mientras tanto, el campo de sus intereses se fue reduciendo, tanto como sus opiniones sobre la vida y la política.

Las anotaciones en el diario continuaban:

Incluso la prensa enemiga, que exagera obedientemente esos asuntos en vez de minimizarlos, confiesa que hubo dos muertos y tres heridos graves. Uno de los muertos fue Fenton, el gerente criminal; el otro, un cerdo de la guardia de seguridad. ¡Casi nada!

El resto fueron lacayos menores: mecanógrafas, empleados, etc., que debieran estar agradecidos por ser mártires de una causa noble.

¡Y punto final en cuanto a la estúpida propaganda sobre «víctimas inocentes»!

Georgos se detuvo; la cara delgada, ascética, reflejaba una intensa concentración. Como de costumbre, se afanaba mucho con su diario porque creía que algún día sería un documento histórico importante, a la altura de obras como *El Capital y Citas del presidente Mao Tse-tung*.

Comenzó con una nueva línea de pensamiento.

Las exigencias de los «Amigos de la Libertad» serán publicadas, hoy, en un comunicado de guerra:

- *Suministro gratuito de gas y electricidad durante un año a los parados, a los que reciben asistencia social y a los ancianos. Al finalizar el año, los «Amigos de la Libertad» reconsiderarían el asunto.*
- *Una reducción inmediata del veinticinco por ciento en las tarifas eléctricas y de gas para casas y apartamentos modestos.*
- *Abandono de los proyectos de construcción de plantas nucleares. Las existentes deben ser cerradas de inmediato.*
- *La falta de aceptación y obediencia a estas exigencias, significará una intensificación del programa de violencia.*

Suficiente para empezar. Y la amenaza de intensificar la acción era muy real. Georgos miró alrededor del sótano taller en el que escribía, atestado y embarullado de cosas. Había abundante provisión de pólvora, mechas, detonadores, envolturas de caños, glicerina, ácidos y otros productos químicos. Y tanto él como los otros tres defensores de la libertad que reconocían su liderazgo, sabían usarlas. Sonrió, recordando el ingenioso aparatito que iba en los sobres explosivos del día anterior. Un pequeño cilindro de plástico que contenía tetril altamente explosivo, con un pequeño detonador. Apoyado sobre el detonador había un percutor de resorte; al abrir el sobre se liberaba el percutor, que golpeaba el detonador. Simple, pero mortal. La carga de tetril bastaba para arrancarle la cabeza o partirle el cuerpo a quien abriera la carta.

Es obvio que esperan nuestras exigencias, porque ya la prensa y su dócil aliada, la televisión, han comenzado a repetir la frase de Pis y Saliva «Golden State» de que nada cambiará «como consecuencia del terrorismo».

¡Basura! ¡Crasa estupidez! Está claro que el terrorismo traerá cambios. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará. La historia nos proporciona abundantes ejemplos.

Georgos pensó en algunos ejemplos que le habían metido en la cabeza durante su entrenamiento revolucionario en Cuba. Fue un par de años después de su doctorado, y en esos años le consumió el odio por lo que consideraba el país decadente y tiránico en que había nacido. Con todo desprecio, lo deletreaba Amerika.

Su desencanto general no había disminuido ante la noticia de que su padre, un acaudalado hombre de mundo de Nueva York, había conseguido su octavo divorcio y se había vuelto a casar, y que su madre, una actriz de cine griega, aclamada internacionalmente, estaba entre maridos, después de abandonar al sexto. Georgos odiaba a sus padres, y todo lo que representaban, aunque no había visto a ninguno de los dos en esos veinte años. Su mantenimiento y educación, incluyendo las matrículas

de Yale, eran pagados impersonalmente a través de un bufete de abogados de Atenas.

De modo que el terrorismo no cambiaría nada, ¿eh?

El terrorismo es un instrumento de la guerra social. Permite a unos pocos individuos lúcidos (tales como los «Amigos de la Libertad») debilitar el puño y la voluntad de hierro de las fuerzas reaccionarias que detentan el poder y abusan de él.

El terrorismo inició la triunfante revolución rusa. Las repúblicas irlandesa e israelí deben su existencia al terrorismo. El terrorismo del IRA durante la Primera Guerra Mundial logró un Eire independiente. El terrorismo irgun *en Palestina forzó a los británicos a entregar su mandato para que los judíos pudieran establecerse en Israel. Argelia conquistó su independencia de Francia con el terrorismo.*

La OLP, con representantes ahora en las conferencias internacionales y en la ONU, utilizó el terrorismo para lograr la atención mundial.

El terrorismo de las Brigadas Rojas italianas ha logrado atraer aún más atención mundial.

Georgos Winslow Archambault se detuvo. Escribir le cansaba. Además, comprendió que se estaba apartando de la jerga revolucionaria, que (también lo había aprendido en Cuba) era importante como arma psicológica y como descarga emocional. Pero a veces era difícil mantenerse dentro de ella.

Se puso en pie, se desperezó y bostezó. Tenía buen tipo, era ágil, y se mantenía en forma gracias a un rígido programa de gimnasia diaria. Se miró en un pequeño espejo de pared roto y se tocó el bigote, espeso pero cuidado. Se lo había dejado inmediatamente después del ataque a la planta de La Mission, donde se había hecho pasar por miembro del «Ejército de Salvación». Según los periódicos del día siguiente, un guardián de seguridad de la planta le había descrito como lampiño, de modo que el bigote podría como mínimo dificultar la identificación, si es que llegaba el caso. Ni que hablar de que hacía tiempo que había destruido el uniforme del «Ejército de Salvación».

El recuerdo del éxito de La Mission le llenó de satisfacción, y se rio.

Una cosa que no había hecho nunca, ni antes ni después de La Mission, era dejarse la barba. Eso sería como poner una firma. La gente esperaba que los revolucionarios llevaran barba y fueran descuidados con su apariencia; Georgos se preocupaba de ser exactamente lo contrario. Cada vez que salía de la modesta casa que había alquilado en el lado este, podía pasar por un agente de bolsa o un banquero. No es que le resultara difícil, porque era cuidadoso por naturaleza y se vestía bien. El dinero que el abogado de Atenas seguía depositando regularmente en una cuenta de un banco de Chicago ayudaba, aunque la cantidad era menor ahora, y Georgos necesitaba bastante dinero para financiar los proyectos futuros de los «Amigos de la Libertad».

Afortunadamente, ya estaba recibiendo ayuda del exterior; ahora debería aumentar la cantidad que venía de esa fuente.

Solo un factor chocaba con la imagen de burgués que Georgos cultivaba: sus manos. En los primeros tiempos de su dedicación a la química, y luego a los explosivos, se descuidó y trabajó sin guantes protectores. El resultado fue que tenía

las manos marcadas y descoloridas. Ahora tenía más cuidado, pero el daño ya estaba hecho. Pensó en injertos de piel, pero el riesgo le pareció demasiado grande. Lo mejor que podía hacer cuando salía era mantener las manos tan escondidas como le resultara posible.

El agradable aroma del almuerzo —¿pimientos dulces rellenos?— le llegó desde el piso superior. Su mujer, Yvette, era una excelente cocinera, que sabía lo que le gustaba a Georgos e intentaba complacerle. Además, admiraba sus conocimientos, porque ella apenas tenía instrucción.

Compartía a Yvette con los otros tres jóvenes defensores de la libertad que vivían en la casa: Wayde, un estudioso como Georgos y discípulo de Marx y Engels; Ute, un indio americano que albergaba un odio ardiente por las instituciones que habían acabado con la independencia de su gente, y Félix, producto del *ghetto* de Detroit, cuya filosofía era quemar, matar o destruir de cualquier manera todo lo que no estuviese en su propia amarga experiencia de la vida.

Pero pese a compartirla con otros, Georgos experimentaba por Yvette un sentimiento de propiedad que rayaba en el afecto. Al mismo tiempo, se despreciaba a sí mismo por su fracaso en un aspecto del *Catecismo revolucionario* (atribuido a los rusos del siglo XIX Bakunin y Netchaiev), en el que se leía:

> *El revolucionario es un hombre perdido: no tiene intereses propios, sentimientos, costumbres, pertenencias… Todo en él es absorbido por un interés único, exclusivo, un pensamiento, una pasión: la revolución… Ha roto el lazo con el orden civil, con el mundo educado y las leyes, convenciones y… con la ética de este mundo.*
>
> *Todos los sentimientos tiernos de la vida familiar, de la amistad, amor, gratitud y hasta honor, deben ser acallados en él… Día y noche debe tener un solo pensamiento, un solo propósito: la destrucción despiadada… El carácter del verdadero revolucionario no permite ningún romanticismo, sentimentalismo, entusiasmo o seducción… Siempre y en todas partes debe ser no lo que su propia inclinación lo llevaría a ser, sino lo que el interés general de la revolución exige.*

Georgos cerró el diario recordando que el comunicado de guerra, con sus justas exigencias, debía llegar a una de las emisoras de radio de la ciudad al caer la tarde.

Como siempre, lo dejarían en un lugar seguro, y luego se avisaría a la radio por teléfono. Los idiotas de la emisora correrían, atropellándose unos a otros para recogerlo.

Georgos pensó, satisfecho, que el comunicado constituiría un titular interesante en las noticias de la noche.

12

—En primer lugar —dijo Laura Bo Carmichael cuando hubieron pedido un «Martini» para ella y un «Bloody Mary» para Nim Goldman— quiero decirte cuánto siento lo de tu gerente, el señor Fenton. No le conocía; pero lo que ocurrió es una vergüenza y una tragedia. Espero que encuentren a los responsables y que tengan su castigo.

La presidente del «Club Sequoia» era una mujer delgada y esbelta, entrada en los sesenta, con un carácter normalmente vivaz y alerta, y de mirada penetrante. Se vestía con severidad, llevaba zapatos de tacón bajo y llevaba el pelo muy corto, como para exorcizar su femineidad. Nim lo atribuía a que, quizá por ser una de las primeras científicas nucleares, Laura Bo Carmichael había competido en un campo en el que, en ese tiempo, dominaban los hombres.

Estaban en el elegante Salón Squire del «Fairhill Hotel», donde se habían citado para almorzar a sugerencia de Nim. Era una semana y media después de lo que él había planeado, pero el alboroto que siguió al episodio de los sobres explosivos en la «CGS» le había tenido ocupado. Medidas de seguridad complejas, en cuyo planeamiento Nim había participado, ya estaban en vigor en el gigantesco edificio principal de la empresa. También le había llegado más trabajo, el estudio de la urgente necesidad del aumento de tarifas que ahora estaba sometido a la consideración de la Comisión de Servicios Públicos.

Siguiendo las palabras de Laura Bo Carmichael sobre Fraser Fenton, Nim admitió:

—Nos conmovió a todos, sobre todo después de los muertos en La Mission. Supongo que ahora todos andamos con miedo.

Y era cierto, pensó. Los ejecutivos más importantes de la compañía, de gerente para abajo, insistían en exhibirse poco. No querían figurar en las noticias, para no exponerse a la atención de los terroristas. J. Eric Humphrey había dado orden que ya no utilizaran su nombre en los anuncios de la compañía o en las informaciones a los periódicos; y tampoco atendía a los requerimientos de los periodistas; salvo, a veces, para reuniones extraoficiales. Habían suprimido su domicilio particular de todos los registros de la compañía y ahora era un secreto reservado, dentro de lo posible. La mayoría de los altos ejecutivos ya tenían números de teléfono que no figuraban en la guía. El presidente y los directores tendrían guardaespaldas en toda ocasión que pudieran ofrecer blanco, incluso jugando al golf el fin de semana.

Nim sería la excepción.

Su auxiliar, como aclaró el presidente, seguiría siendo el portavoz de la «CGS»; y, de ser posible, las apariciones en público de Nim serían más frecuentes. Eso, pensó Nim sombríamente, le colocaba en primera posición en la línea de fuego. O, más precisamente, en la línea de las bombas.

Silenciosamente, el presidente había aumentado el sueldo de Nim. Plus de

peligrosidad en el trabajo, pensó Nim, aunque el aumento venía con retraso.

—Aunque Fraser era nuestro gerente —le explicó a Laura Bo—, no era el funcionario ejecutivo principal, y en cierto modo no estaba en el centro de decisión. Solo le faltaban cinco meses para retirarse.

—Eso es lo más triste. ¿Y los otros?

—Uno de los heridos ha muerto esta mañana. Una secretaria —Nim la había conocido poco. Pertenecía a la tesorería y estaba autorizada para abrir toda la correspondencia, incluso la marcada como «privada y confidencial». El privilegio le había costado la vida y salvado la de su jefe, Sharlett Underhill, a quien iba dirigido el sobre. Dos de las cinco bombas que explotaron hirieron a varias personas que estaban cerca; un empleado de la tesorería, de dieciocho años, perdió las dos manos.

Un camarero trajo las bebidas y Laura Bo le explicó:

—Cuentas separadas. Lo mismo para el almuerzo.

—No te preocupes —dijo Nim con humor—, no voy a sobornarte a costa de mi compañía.

—No podrías aunque lo intensaras. De todos modos, por principio no acepto nada de nadie que pudiera ejercer influencia sobre el «Club Sequoia».

—Cualquier influencia que intente ejercer será a la vista de todos. Simplemente he pensado que almorzando conversaríamos mejor.

—Estoy a tu disposición en cualquier momento, Nim, y es un placer almorzar contigo. Pero insisto en pagar mi parte.

Se habían conocido años atrás, cuando Nim estaba en el último año en Stanford y Laura Bo era profesora visitante. Ella había quedado impresionada por la sutileza de sus preguntas, y él, por su franqueza cuando se dirigía a ellos. Se habían mantenido en contacto, y aunque a veces se encontraban en campos opuestos, se respetaban mutuamente y seguían siendo amigos.

Nim tomó un trago de su «Bloody Mary».

—En general, el tema es Tunipah. Pero también nuestros proyectos para Delvil’s Gate y Fincastle.

—Me imaginaba algo así. Ahorraremos tiempo si te digo que el «Club Sequoia» se propone oponerse a todos.

Nim asintió. La afirmación no le había sorprendido. Pensó un momento y luego eligió las palabras cuidadosamente.

—Laura, me gustaría que no tuvieras en cuenta solamente a la «Golden State», al «Club Sequoia» e incluso el factor ecológico, sino un espectro mucho más amplio. Lo podrías llamar «valores civilizados básicos» o «la vida que llevamos», o quizá, más exactamente, «expectativas mínimas».

—En realidad pienso bastante en esas cosas.

—La mayoría de nosotros lo hace, pero en los últimos tiempos no lo bastante… ni de manera realista. Porque todo lo que queda bajo esas etiquetas está en peligro. No solo en parte, no unos pocos pedazos y trozos de la vida tal como la entendemos, sino

toda ella. Todo nuestro sistema de vida corre peligro de desmoronarse, de destruirse.

—Ese argumento no es nuevo, Nim. Generalmente lo oigo en frases como ésta: «Si la presente solicitud de permiso… para construir esto o aquello, que puede contaminar, exactamente donde y como lo queremos…, no es aprobada mañana a más tardar, el desastre sobrevendrá rápida e inevitablemente.»

Nim sacudió la cabeza.

—Estás jugando a la dialéctica conmigo, Laura. Es cierto que algunas veces se afirma o se sugiere lo que acabas de decir. Nosotros mismos, en la «Golden State» hemos incurrido en ese error. Pero lo que digo ahora es más general… y no es mera pose, sino la realidad misma.

El camarero reapareció y presentó dos menús afiligranados, con un gesto ceremonioso. Laura Bo no prestó atención al suyo.

—Un aguacate y una ensalada de toronja con un vaso de leche descremada.

—Lo mismo para mí —dijo Nim devolviendo el suyo.

El camarero se alejó, evidentemente desilusionado.

—Lo que muy pocos parecen poder comprender —continuó Nim— es el efecto integral cuando, como ha ocurrido, se suman a las alteraciones de los recursos naturales las calamidades —las naturales y las políticas— virtualmente casi al mismo tiempo.

—Yo también leo las noticias —sonrió Laura Bo—. ¿Será que he pasado algo por alto?

—Probablemente no. Pero, ¿has hecho la suma?

—Creo que sí. Pero dame tu versión.

—Muy bien. Primero, Norteamérica se está quedando casi sin gas natural. Todo lo que queda es una reserva para siete u ocho años; y, aún si se encuentran nuevos yacimientos, lo mejor que podremos hacer es seguir proveyendo a los usuarios actuales. No hay lugar para nuevos clientes, ni ahora ni más adelante. De modo que en lo que respecta a una utilización en gran escala, ilimitada, estamos llegando al final, salvo que se recurra a la gasificación de nuestras reservas de carbón, y la estupidez de Washington hace progresar ese proyecto a paso de tortuga. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego. Y la razón por la que nos estamos quedando sin gas natural es que las grandes empresas de servicios públicos, la tuya y otras, antepusieron los intereses propios a los de la conservación de un recurso natural, y desperdiciaron así una fuente que hubiera durado medio siglo más.

—No hicimos más que satisfacer las exigencias del público —dijo Nim, con una mueca—, pero no importa. Hablo de hechos actuales, y el uso que se hizo del gas natural pertenece ya a la historia. No se puede dar marcha atrás —con los dedos marcó un segundo punto—. En cuanto al petróleo: todavía hay fuentes importantes sin explotar; pero, por la manera que se está tragando petróleo, puede ser que a finales del siglo —que no está tan lejos— el mundo esté rascando el fondo de los

pozos. Por otra parte, todas las naciones industrializadas del mundo libre dependen cada vez más del petróleo importado, lo que nos deja expuestos a que cualquier día de éstos los árabes nos quieran dar otro puntapié, con el chantaje político y económico consiguiente.

Se detuvo, y luego agregó:

—Es cierto que deberíamos estar licuando carbón, como hicieron los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en Washington, los políticos obtienen más votos con los programas de televisión en los que denigran a las compañías petrolíferas.

—Tus palabras tienen cierto poder de persuasión, Nim. ¿Has pensado alguna vez en presentar tu candidatura para un cargo político?

—¿Debería intentarlo en el «Club Sequoia»?

—Quizá no.

—Muy bien —dijo él—. Con eso liquidamos el gas natural y el petróleo. Ahora consideremos la energía nuclear.

—¿Es necesario?

Se detuvo, mirándola con curiosidad. Ante la mención de la palabra «nuclear», la expresión de Laura Bo se había endurecido. Siempre ocurría así. En California y en todas partes se mostraba enemiga a muerte de las plantas de energía nuclear, y sus opiniones eran escuchadas con respeto por su participación en el Proyecto Manhattan de la Segunda Guerra Mundial, que produjo las primeras bombas atómicas.

—Esa palabra es todavía como un puñal que tuvieras clavado en el corazón, ¿no? —dijo Nim, sin mirarla.

Había llegado el almuerzo, y ella esperó a que el camarero se retirase para contestar.

—Supongo que a estas alturas ya sabes que todavía veo el hongo en el cielo.

—Sí —dijo él cariñosamente—. Lo sé, y creo comprenderlo.

—Lo dudo. Eras tan joven que no puedes recordarlo. No estuviste involucrado en el proyecto como yo.

Aunque controlaba sus palabras, por debajo de ellas bullía una agonía de años. Laura Bo había sido una joven científica que se incorporó al proyecto de la bomba atómica, en los seis meses anteriores a Hiroshima. Entonces deseaba desesperadamente entrar en la historia; pero, después de la primera bomba —su nombre de código: «El Chiquito»— quedó horrorizada y desequilibrada. Lo que la hacía salir más culpable, sin embargo, era no haberse opuesto, después de Hiroshima, a la segunda bomba. Nombre de código: «El Gordo», que se arrojó sobre Nagasaki. Es cierto que solo transcurrieron tres días entre las dos. También es cierto que cualquier protesta suya no hubiera logrado detener la bomba de Nagasaki ni salvar a las ochenta mil personas que murieron o que quedaron mutiladas allí, simplemente, como creían muchos, para satisfacer una curiosidad militar y científica.

Pero *no* había protestado ante nadie, de modo que su sentimiento de culpa no

disminuía.

Estaba pensando en voz alta cuando dijo:

—La segunda bomba no era necesaria, ¿sabes? Era totalmente innecesaria. Los japoneses iban a rendirse después de Hiroshima. Pero «El Gordo» respondía a un plan diferente al de «El Chiquito»; los creadores querían probarla para saber si funcionaba. Funcionó.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo —dijo Nim—. Y yo pregunto: ¿Debemos tener en cuenta lo que pasó entonces para decidir sobre la construcción de plantas nucleares hoy?

—Para mí las dos cosas son inseparables —dijo Laura Bo en tono terminante.

Nim se encogió de hombros. Sospechaba que la presidente del «Club Sequoia» no era la única propagandista antinuclear que expiaba una culpa personal o colectiva. Pero que fuera así o no, ahora significaba poco.

—En cierta manera, tú y tu gente habéis ganado la batalla nuclear —declaró él—. Habéis ganado porque habéis impuesto un punto muerto, y no por lógica ni porque os apoyara la mayoría, sino utilizando artimañas legales y retrasos. En todo caso, algunas de las restricciones que impusisteis resultaron buenas, las necesitábamos. Otras son absurdas. Pero, mientras tanto, con todo eso hicisteis tan alto el precio de las plantas nucleares y tan incierta la posibilidad de cualquier proyecto nuclear, que la mayoría de las empresas sencillamente ya no pueden comprometerse a emprenderlos. No pueden correr el riesgo de esperar de cinco a seis años y gastar decenas de millones en preliminares, para terminar en una negativa.

Nim hizo una pausa; luego añadió:

—Por eso en cada tramo de nuestros proyectos necesitamos una escotilla de escape, una alternativa clara para seguir. Esta vez es el carbón.

Laura Bo Carmichael picoteó la ensalada.

—El carbón y la contaminación ambiental van de la mano —dijo—. Cualquier planta que queme carbón debe ser ubicada con gran cuidado.

—Razón por la que elegimos Tunipah.

—Por razones ecológicas es una mala elección.

—¿Puedes decirme por qué razones?

—Ciertas especies de plantas y de vida natural no se encuentran casi en ninguna otra zona, aparte de Tunipah. El proyecto las pondría en peligro.

—¿Una de las especies vegetales en peligro es la hierba piojera «Furbish»? —preguntó Nim.

—Sí.

Él suspiró. A la «CGS» ya le habían llegado rumores acerca de la hierba piojera «Furbish», una hierba becerra silvestre. La flor era rara, y en un tiempo se la creyó desaparecida, pero últimamente se habían descubierto nuevos ejemplares; uno hallado en Maine había servido para que los ecólogos paralizaran un proyecto hidroeléctrico de seiscientos millones de dólares ya en plena construcción.

—Tú sabes, claro —dijo Nim—, que los botánicos admiten que la hierba piojera «Furbish» no tiene ningún valor ecológico, y ni siquiera es bonita.

Laura Bo sonrió:

—Quizás encontremos un botánico que sostenga la opinión contraria en las audiencias públicas. Además está el otro habitante de Tunipah que hay que considerar: el microdipodopo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Nim.

—A veces se le conoce como ratón canguro.

—¡Dios mío! —antes del encuentro Nim se había propuesto mantenerse tranquilo, pero su decisión se debilitaba—. ¿Permitirías que un ratón, o muchos ratones, detuvieran un proyecto que beneficiará a millones de personas?

—Supongo —dijo Laura Bo con calma— que esos beneficios relativos del proyecto los discutiremos durante los próximos meses.

—¡Vaya si tienes razón! Y supongo que tendrás las mismas objeciones para la planta geotérmica de Fincastle y el depósito de Devil's Gate, aunque los dos tipos de operación están entre las más limpias que conozcan el hombre o la naturaleza.

—Realmente, Nim, no puedes esperar que te revele todas las razones por las que nos oponemos. Pero te aseguro que tendremos argumentos persuasivos para ambas.

Impetuosamente, Nim le pidió a un camarero que pasaba:

—¡Otro «Bloody Mary»!

Señaló la copa vacía de Laura Bo, pero ella movió la cabeza.

—Permíteme preguntar algo —Nim mantuvo la voz bajo control, fastidiado por haber mostrado su enfado un momento antes—. ¿Dónde ubicarías tú esas plantas?

—Realmente no es problema mío. Es cosa tuya.

—Pero ¿no es cierto que te opondrías, o más bien el «Club Sequoia», a *cualquier* ubicación que propusiéramos, fuera cual fuese?

Laura Bo no contestó, aunque apretó los labios.

—Hay otro factor que he omitido mencionar —dijo Nim—. El tiempo. Los esquemas climáticos están cambiando en todo el mundo, empeorando las perspectivas energéticas, especialmente la eléctrica. Los meteorólogos dicen que nos esperan veinte años de temperaturas más frías y de sequías regionales. Ya hemos visto los efectos a mediados de la década del setenta.

Entre los dos se hizo el silencio, acentuado por los ruidos del restaurante y el murmullo de voces que llegaba de otras mesas. Luego, Laura Bo Carmichael dijo:

—Que esto quede claro. ¿Exactamente, por qué me invitaste aquí hoy?

—Para pediros a ti y al «Club Sequoia» que considerarais el panorama general y, en consecuencia, moderarais la oposición.

—¿Has pensado que tus ojos y los míos ven dos panoramas generales diferentes?

—Si es así, no debería serlo —dijo Nim—; vivimos en el mismo mundo —e insistió—: Volvamos al principio. Si nosotros, la «Golden State», nos vemos detenidos en todo, el resultado en diez años o menos no podrá sino ser catastrófico.

Apagones diarios y largos serán normales. Eso significa una industria destartalada y paro masivo, de hasta un cincuenta por ciento quizá. Las ciudades serán un caos. Poca gente se da cuenta de cómo dependemos de la electricidad; pero lo sabrán cuando la energía eléctrica les falte en serio. En el campo se perderán las cosechas por falta de riego, y eso tendrá como consecuencia la escasez de alimentos y una escalada en los precios. Te digo que la gente no sabrá cómo vivir; tendrán hambre; el impacto sobre América será mayor que el de la Guerra Civil. La depresión de los años treinta parecerá una juerga. *No se trata de imaginación, Laura*. Nada de todo esto. Son hechos concretos, reales. ¿Es que a ninguno de vosotros les importa?

Nim empezó a beber el «Bloody Mary» que le habían traído mientras hablaba.

—Está bien —dijo Laura Bo; su voz era más dura, menos amistosa, que cuando empezaron—. He escuchado todo lo que tenías que decir. Ahora me toca a mí; y escúchame con atención —apartó el plato, en el que quedaba la mitad de la ensalada —. Todo lo que tú piensas, Nim, y lo que piensan otros como tú, es a corto plazo. Los ecólogos, incluyendo el «Club Sequoia», razonan a largo plazo. Y lo que nos hemos propuesto detener, *por cualquier medio*, son tres siglos de destrucción de esta tierra.

—De alguna manera ya lo han logrado —protestó él.

—¡Tonterías! Apenas hemos comenzado, e incluso lo poco que hemos logrado se perderá si nos dejamos seducir por las voces de las necesidades inmediatas. Voces como la tuya.

—Todo lo que pido es moderación.

—Lo que tú llamas moderación, yo lo veo como un paso atrás. Y darlo no nos conservará un mundo habitable.

Sin preocuparse ya de ocultar sus sentimientos, Nim dijo despectivamente:

—¿Y hasta qué punto te parece habitable un mundo tal como te lo acabo de describir, con cada vez menos energía eléctrica?

—Quizá nos sorprendiera a todos que resulte mejor de lo que piensas —contestó Laura Bo con calma—. Y lo que es más importante aún; estaríamos haciendo avanzar la civilización, como es nuestro deber, hacia menos derroche, menos opulencia, mucha menos avidez, y un nivel de vida menos materialista, lo que sería muy bueno para todos nosotros.

Hizo una pausa como si quisiera sopesar sus palabras, y luego continuó:

—Hemos vivido tanto tiempo con la idea de que la expansión es algo bueno, que lo más grande es lo mejor, que la gente ha llegado a creer que es cierto. Y ahora adoran al «producto nacional bruto» y al «empleo total», sin ver que ambos nos sofocan y envenenan. En lo que en un tiempo fue la «hermosa América» hemos creado un erial de cemento feo y sucio, que echa cenizas y ácidos a lo que solía ser aire puro, destruyendo al mismo tiempo la vida natural: humana, animal y vegetal. Hemos convertido ríos radiantes en cloacas inmundas, lagos gloriosos en vertederos de basura; ahora, junto con el resto del mundo, estamos arruinando los mares con productos químicos y petróleo. Todo ocurre poco a poco. Luego, cuando se señala el

desastre, la gente como vosotros exige «moderación», porque tal como decís: «Esta vez no vamos a matar tantos peces», «No envenenaremos demasiadas plantas» o «Solo destruiremos un poquito más de belleza.» Y bien, muchos de nosotros lo hemos visto ocurrir durante demasiado tiempo con demasiada frecuencia como para tragarnos esa patraña una vez más. De modo que nos hemos decidido a salvar algo de lo que queda. Porque creemos que en este mundo hay cosas más importantes que el producto nacional bruto y el empleo total, y una de ellas es la preservación de algo de limpieza y belleza; y otra, la conservación de una parte de los recursos naturales para las generaciones que aún no han nacido, en vez de despilfarrarlo todo aquí y ahora. Y por eso el «Club Sequoia» se opondrá a Tunipah y al depósito en Devil's Gate, y a la planta general de Fincastle. Y te diré algo más: creo que ganaremos.

—Estoy de acuerdo con parte de lo que dices —aceptó Nim—. Sabes que es así porque ya hemos hablado de eso antes. Pero tu error es pisotear toda opinión que difiera de la tuya. Laura… formas parte de un grupito que sabe lo que les conviene a los demás, o cree que lo sabe, y que está dispuesto a pasar por alto todo lo que es útil y a condenarnos a todos los demás mientras se salga con la suya, como un grupo de niños malcriados. Al final, quizá nos destruyáis a todos.

Laura Bo Carmichael dijo fríamente:

—No creo que tengamos nada más que decirnos —llamó al camarero—. Por favor, traiga nuestras cuentas separadas.

13

Ardythe Talbot le condujo a la sala de estar.

—Pensé que no vendrías más —dijo—. Si no venías hoy te iba a llamar dentro de uno o dos días.

—Hemos tenido más problemas, y he estado muy ocupado —le dijo Nim—. Supongo que estás al tanto.

Estaba anocheciendo. Nim había ido a casa de Ardythe, como se dijo a sí mismo «pasando de regreso a casa». Esa tarde, deprimido por su conversación con Laura Bo Carmichael y culpándose por el antagonismo en que acabó, había llamado a Ardythe obedeciendo a un impulso. Como era de prever, se mostró cálida y amistosa.

—Me he sentido muy sola —le confió—. Y me encantaría verte. Por favor, ven a tomar una copa al salir de la oficina.

Pero al llegar, hacía unos minutos, se hizo evidente que Ardythe pensaba en algo más que una copa. Le había recibido con un abrazo y un beso que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. Nim no era contrario a lo que parecía probable que siguiera, pero durante un rato, mientras bebían, se dedicaron a conversar.

—Sí, he oído algo —dijo Ardythe—. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

—Supongo que siempre ha sido así. Cuando toca de cerca, uno se da cuenta mejor.

Hoy, pensó Nim, Ardythe parecía estar mucho mejor que aquel día sombrío, hacía casi un mes, cuando se enteró de la muerte de Walter. Entonces, y en el entierro, que fue la última vez que ella y Nim se habían visto, estaba demacrada y avejentada. Desde entonces era evidente que había recuperado su vitalidad y atractivo. Tenía la cara, los brazos y las piernas bronceadas, y la armoniosa silueta de su cuerpo, bajo un ceñido vestido estampado, le recordó la pasión en que se habían sumergido la última vez que él había estado allí. Nim recordaba que muchos años atrás había tropezado con un libro llamado *Elogio de la mujer madura*. Aunque aparte del título recordaba muy poco, tenía ahora una idea de lo que el autor debió tener en la cabeza al escribirlo.

—Walter siempre pensó —dijo Ardythe— que todo lo que ocurre en el mundo: guerras, contaminación y todo el resto, es parte necesaria del equilibrio de la naturaleza. ¿Alguna vez te habló de eso?

Nim movió la cabeza. Aunque él y el ingeniero jefe habían sido amigos, hablaban generalmente de cosas prácticas, casi nunca de temas filosóficos.

—Generalmente Walter se guardaba esas cosas para sí —dijo Ardythe—. Sin embargo, las discutía conmigo. Solía decir: «La gente cree que los humanos controlan el presente y el futuro, pero no es así.» Y: «La aparente libertad del hombre es un engaño», y también: «La perversidad humana es tan solo un instrumento más en el equilibrio de la naturaleza.» Walter creía que incluso la guerra y los desastres cumplen una finalidad de la naturaleza: reducir el número de individuos en una

población que la Tierra no puede mantener. «Los seres humanos —me dijo una vez— son como los *lemmings* de Noruega, que se multiplican enormemente y luego se lanzan por un precipicio para morir, salvo que los humanos lo hacen de manera más sofisticada.»

Nim quedó sorprendido. Aunque las palabras de Ardythe no estaban dichas con el fuerte acento escocés de Walter, Nim distinguía en ellas un extraño eco de Walter, quien solía expresarse justamente en ese tono pensativo medio irónico.

Qué raro, además, que Walter hubiera desnudado su mente ante Ardythe, a quien Nim nunca había considerado una pensadora profunda. ¿O no lo era en absoluto? Quizá, pensó Nim, se estaba enterando de una intimidad de mentes en el matrimonio que él jamás había conocido en el suyo.

Se preguntó cómo reaccionaría Laura Bo Carmichael ante la opinión de Walter de que la contaminación ambiental era parte necesaria del equilibrio de la naturaleza, una faceta de un plan maestro apenas percibido. Luego, recordando su propia angustia espiritual de los últimos tiempos, le preguntó a Ardythe:

—¿Walter identificaba el equilibrio de la naturaleza con Dios?

—No. Siempre sostuvo que eso era demasiado fácil, demasiado elemental. Decía que Dios era «una creación del hombre, una brizna de hierba de la que se agarraban las mentes pequeñas asustadas por la oscuridad…» —la voz de Ardythe fue bajando. De pronto, vio que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ella se las secó y dijo:

—Este es el momento del día en que más echo de menos a Walter. Era cuando hablábamos.

Durante un momento se sintieron incómodos, pero luego, Ardythe, dijo con firmeza:

—No, no voy a seguir deprimida —había estado sentada al lado de Nim, y ahora se acercó aún más. Él sintió su perfume, el mismo perfume que le había excitado la última vez. Ella dijo suavemente, con una sonrisa—: ¡Quiéreme, Nim! Te necesito más que nunca.

Los brazos de él la apretaron con más fuerza mientras se besaban con fiereza. Los labios de Ardythe eran húmedos y suaves, y ella suspiró con placer cuando sus manos se exploraron mutuamente, ambos recordando la vez anterior. El deseo de Nim, nunca muy alejado, surgió con urgencia, tanto que advirtió en un susurro:

—¡Más despacio! ¡Espera!

—Podemos ir a mi dormitorio —dijo ella—. Será mejor —la sintió moverse; se puso en pie. Él la siguió.

Siempre juntos, subieron la escalera. Salvo por el ruido de sus movimientos, la casa estaba en silencio. El dormitorio de Ardythe quedaba en el extremo de un rellano corto y la puerta estaba abierta. Ya adentro, Nim vio la colcha y la sábana dobladas. Era evidente que Ardythe había planeado todo antes de que él llegara. Recordó, de una conversación muy anterior, que Ardythe y Walter tenían dormitorios separados.

Aunque ya no le molestaban las inhibiciones del mes pasado, a Nim le agradó no tener que acostarse en la cama de Walter.

Ayudó a Ardythe a quitarse el ceñido vestido que había admirado, y se desnudó rápidamente. Se hundieron juntos en la cama muelle y fresca.

—Tenías razón —murmuró él feliz—, es mejor aquí. —Luego la impaciencia los conquistó. Cuando la penetró, sintió cómo adelantaba el cuerpo y gritaba de alegría.

Minutos después, agotada la pasión, reposaban satisfechos y abrazados. Nim pensó en algo que había oído una vez: que el acto sexual dejaba a algunos hombres exhaustos y deprimidos, preguntándose por qué se habían tomado tanto trabajo para llegar a eso. Pero a Nim nunca le ocurría. Una vez más, como siempre, se sintió animado y renovado. Ardythe dijo suavemente:

—Eres un hombre cariñoso y tierno. ¿No hay forma de que puedas quedarte a pasar la noche?

—Esta vez no —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Supongo que no debería haberlo preguntado —le recorrió la cara con un dedo, siguiendo las líneas que le rodeaban la boca—. Prometo no ser codiciosa, Nim, y no molestarte. Tan solo ven cuando quieras, cuando puedas.

Él prometió hacerlo, aunque se preguntaba cómo se arreglaría entre las urgencias y complicaciones, que aumentaban diariamente. Mientras se vestían, Ardythe dijo:

—He estado revisando los papeles de Walter y me gustaría pasarte algunos. Cosas que traía a casa de la oficina. Deberían devolverse.

—Claro que los llevaré —aceptó Nim.

Ardythe le enseñó dónde estaban los papeles: en tres grandes cajas de cartón, en lo que había sido el escritorio de Walter. Nim abrió dos cajas y vio que contenían informes y cartas de los archivos. Hojeó algunos, mientras Ardythe hacía café en la cocina; él había rechazado otra copa.

Los papeles parecían referirse a asuntos en los que Walter Talbot se interesaba personalmente. Muchos tenían ya varios años y carecían de actualidad. Una serie de hojas contenían copias del informe original de Walter sobre robo de energía, y de la correspondencia que siguió. En su momento, recordó Nim, el informe atrajo amplia atención en la industria y circuló fuera de la «CGS». Gracias a él, Walter había sido considerado un experto. Incluso se había planteado un caso judicial en el Este, al que Walter fue citado como perito, y parte de su informe apareció reproducido en las conclusiones del fallo del jurado. Más adelante, el caso pasó a tribunales superiores y el informe de Walter junto con él. Nim no recordaba el resultado final; por otra parte, ahora importaba poco, pensó.

Echó una mirada a la correspondencia y, por fin, lo volvió a colocar todo en las cajas y las cerró. Luego las llevó al vestíbulo, para acordarse de ponerlas en el coche.

14>

La tierra tembló bajo los pies. Un gran rugido, como el de una bandada de reactores que levantaran vuelo al mismo tiempo, rompió el silencio circundante, y un chorro de vapor se alzó violentamente hacia el cielo. Instintivamente, los que formaban parte del grupo sobre la colina se taparon los oídos con las manos, para protegerse del ruido. Algunos parecieron asustarse.

Teresa van Buren descubrió sus oídos por un momento, agitó los brazos y les gritó instando a un rápido regreso al autobús alquilado. Nadie oyó sus gritos, pero el mensaje llegó claramente. La veintena de hombres y mujeres avanzó apresuradamente hacia el autobús aparcado a unos veinte metros.

Dentro del vehículo, con el aire acondicionado y las puertas herméticamente cerradas, el ruido era menos intenso.

—¡Jesucristo! —protestó uno de los hombres—. Esa ha sido una jugarreta de mal gusto, y si me he quedado sordo, le haré un juicio a la maldita empresa.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Teresa van Buren.

—Que si me he quedado sordo por esos…

—Ya sé —interrumpió ella—, ya lo había oído. Solo quería asegurarme de que no se había quedado sordo.

Algunos rieron.

—Les juro —dijo la directora de Relaciones Públicas de la «CGS» al grupo de periodistas invitados—, que no tenía idea de que fuera a ocurrir eso. Y realmente hemos tenido suerte. Porque, amigos, lo que ustedes acaban de tener el privilegio de ver es la puesta en funcionamiento de un nuevo pozo geotérmico.

Lo dijo con el entusiasmo de un buscador de petróleo que acaba de hacer brotar un pozo en Texas.

A través de las ventanillas del autobús todavía detenido, contemplaron el equipo de perforación que habían estado observando cuando ocurrió la inesperada erupción. En apariencia, era igual a la instalación coronada con una torre que se utiliza en los yacimientos petrolíferos; en realidad, podía ser trasladado y convertido en cualquier momento en una torre petrolífera. Al igual que Teresa van Buren, la gente de la cuadrilla, con sus cascos protectores, apiñada alrededor del perforador, mostraba gran entusiasmo.

No muy lejos había otros pozos geotérmicos, cuyo vapor, que surge a gran presión, era desviado hacia enormes cañerías aislantes. Una red de tuberías sobre tierra, que cubría varios kilómetros cuadrados, como una pesadilla de fontanero, llevaba el vapor a generadores de turbina en una docena de construcciones separadas, severas y cuadradas, situadas sobre colinas y hondonadas. La producción combinada de los generadores superaba ahora a los setecientos mil kilovatios, electricidad más que suficiente para aprovisionar a una ciudad importante. El nuevo pozo complementaría esa energía.

Dentro del autobús, Teresa van Buren observó a un cámara de televisión ocupado en cambiar los carretes de la película.

—¿Ha filmado lo ocurrido?

—¡Ya lo creo! —a diferencia del periodista que se había quejado, un corresponsal para una cadena menor de periódicos de pequeñas ciudades, el hombre de la televisión estaba contento. Terminó de cambiar la película—. Pídale al conductor que abra la puerta, Tess. Quiero una toma desde otro ángulo.

Cuando salió, se metió dentro el olor de ácido sulfhídrico, como de huevos podridos.

—¡Dios, qué hedor! —Nancy Molineaux, del *California Examiner*, frunció su delicada nariz.

—En los balnearios europeos de aguas termales —le dijo un escritor maduro del *Los Ángeles Times*—, tendría que pagar para respirarlo.

—Y si decide publicar eso —le aseguró Van Buren al hombre del *Los Ángeles Times*—, esculpiremos las palabras en piedra y le haremos una reverencia dos veces al día.

La gente de prensa había venido desde la ciudad, saliendo temprano por la mañana, y estaban ahora en las agrestes montañas de Sevilla Country, en California, donde estaban ubicadas las actuales plantas geotérmicas de la «Golden State». Más tarde seguirían hasta el vecino Fincastle Valley, donde la empresa esperaba crear otro complejo de energía geotérmica. Mañana, el mismo grupo visitaría una planta hidroeléctrica y el emplazamiento para otra proyectada.

Ambos proyectos iban a ser discutidos en debates públicos. La excursión de dos días tenía el carácter de una presentación a los medios de comunicación.

—Les diré algo sobre ese olor —les dijo la directora de Relaciones Públicas—. El ácido sulfhídrico está presente en el vapor en tan pequeña cantidad que no alcanza a ser tóxico. Pero nos llegan quejas, en su mayor parte de las inmobiliarias que quieren vender tierras en estas montañas para futuros emplazamientos turísticos. Pues bien, el olor existió siempre porque el vapor se filtraba a través del suelo aun antes de que lo utilizáramos para generar electricidad. Es más, la gente mayor de por aquí dice que el olor no es más fuerte ahora que antes.

—¿Puede probarlo? —preguntó un periodista del *San José Mercury*.

—Desafortunadamente nadie tuvo la previsión de tomar muestras del aire antes de iniciar las perforaciones —dijo Van Buren sacudiendo la cabeza—. De modo que nunca podremos comparar el «antes» con el «después», y tenemos que tragarnos la crítica.

—Que probablemente tenga razón —dijo irónicamente el del *San José Mercury* —. Todos sabemos que una empresa grande como la «Golden State» puede inclinar la balanza a su favor, de vez en cuando.

—Lo tomo como una broma —respondió la directora de Relaciones Públicas—. Pero una cosa es bien cierta. En lo posible, siempre trataremos de preocuparnos de las

objeciones a mitad de camino.

Una voz nueva dijo con escepticismo:

—Denos un ejemplo.

—Aquí mismo tenemos uno. Tiene que ver con el olor. Debido a las objeciones que acabo de mencionarles, ubicamos las dos plantas de energía recién construidas sobre colinas donde hay corrientes de aire fuertes que disipan los olores rápidamente.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Nancy Molineaux.

—Más quejas aún que antes: de los ecologistas, que dicen que hemos arruinado la línea del horizonte.

Se escuchó una risa suave, y una o dos personas anotaron algo.

—Tuvimos otro encuentro sin ganadores —dijo Van Buren—. La «CGS» hizo una filmación de nuestro sistema generador geotérmico. El guion tenía una escena que mostraba cómo un cazador llamado William Elliott descubrió este lugar en 1847. Mató un oso gris, y cuando levantó la vista de la mira del rifle, vio que del suelo salía vapor. Bien, la gente que se preocupa por los animales salvajes dijo que no debíamos mostrar la muerte de un oso gris porque ahora aquí se protege a los osos. De modo que… se modificó el guion. En la película el cazador falla el tiro y el oso se salva.

Un periodista de la radio, con su magnetófono funcionando, preguntó:

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Los descendientes de William Elliott amenazaron con demandarnos. Decían que su antepasado fue un cazador famoso y un tirador de primera. No hubiera fallado el tiro al oso gris; lo habría matado. En consecuencia, el filme les difamaba a él y a la familia.

—Lo recuerdo —dijo el hombre del *Los Ángeles Times*.

—Lo que quiero decir es esto —agregó Van Buren—: siempre que queremos hacer algo como empresa de servicio público, estamos seguros de recibir golpes de un lado o de otro, a veces de los dos.

—¿Deberíamos llorar ahora? —dijo Nancy Molineaux—. ¿O más adelante?

El cámara de televisión golpeó la puerta del autobús y le hicieron entrar.

—Si todos están listos, iremos a almorzar —dijo Van Buren. Le hizo un gesto al conductor—. Vamos.

Un cronista de la revista *New West* le preguntó:

—¿Licor, Tess?

—Quizá. Si todos están de acuerdo en que sea reservado —cuando miró alrededor interrogadoramente, hubo varios «de acuerdo», «reservado» y «trato hecho».

—En ese caso… sí; copas antes del almuerzo.

En el autobús, dos o tres gritaron un discordante «hurra».

Detrás de esa consulta había un trozo de historia reciente. Dos años antes, la «CGS» había servido comida y bebidas, generosamente, durante una visita de prensa similar. Los representantes de la prensa habían comido y bebido con entusiasmo; y luego, en las noticias publicadas, algunos habían atacado a la «CGS» por invitar a la

gente de un modo tan extravagante, en una época en que solicitaba aumentos de tarifas. Como consecuencia, la comida que se ofrecía a la prensa era ahora deliberadamente modesta y, a menos que se hiciera la promesa de no publicarlo, no se servían bebidas.

La estratagema funcionaba. Por mucho que la prensa criticara, ahora nadie decía una sola palabra sobre las atenciones y comida que se ofrecían.

El autobús avanzó alrededor de un kilómetro y medio por el terreno irregular del área geotérmica, por caminos estrechos, desiguales en algunos lugares, serpenteando entre los pozos, las construcciones para los generadores y el siempre presente laberinto de cañerías por las que silbaba el vapor. Había pocos vehículos más. Debido al peligro de quemaduras por vapor ardiente, se prohibía el acceso del público al área, y todos los visitantes eran acompañados.

En un punto, el autobús pasó delante de una enorme zona de conmutadores y transformadores. Desde allí, las líneas de transmisión de alto voltaje llevaban energía por aire a través de las montañas a un par de subplantas a sesenta kilómetros de distancia, desde donde se la conectaba con el espinazo del sistema eléctrico de la «Golden State».

En una pequeña meseta asfaltada había varias roulottes que servían como oficinas y alojamiento de las cuadrillas de trabajadores. El autobús se detuvo al lado de ellas. Teresa van Buren condujo a los periodistas a una roulotte en la que se habían instalado mesas sobre caballetes. Una vez dentro, le dijo a un ayudante de cocina de chaqueta blanca:

—Bueno, abra la jaula del tigre —el hombre sacó una llave y abrió un armario de pared donde había licores, vinos y otras bebidas alcohólicas. En unos momentos trajo un balde con hielo, y la directora de Relaciones Públicas les dijo a todos—: Que cada uno se sirva lo que quiera.

La mayoría andaba por la segunda copa cuando se oyó encima de sus cabezas el ruido del motor de un avión que fue aumentando de volumen. Mirando a través de las ventanas de la roulotte pudieron ver cómo bajaba un pequeño helicóptero. Estaba pintado de naranja y blanco, los colores de la «CGS», y llevaba la insignia de la compañía. Aterrizó muy cerca y los motores disminuyeron la velocidad hasta detenerse. Se abrió una portezuela en el fuselaje. Nim Goldman salió por ella.

Momentos después, Nim Goldman se unió al grupo dentro de la roulotte. Teresa van Buren anunció:

—Creo que la mayoría de ustedes conoce al señor Goldman. Ha venido a contestar preguntas.

—Haré la primera —dijo alegremente un corresponsal de televisión—. ¿Sabe preparar un coctel?

—Gracias. Vodka con tónica —dijo Nim, sonriendo.

—¡Vaya, vaya! —observó Nancy Molineaux—. ¡Mire si será importante que llega en helicóptero mientras a nosotros nos toca tan solo el autobús!

Nim miró a la atractiva joven negra con cautela. Recordaba el encuentro y choque anteriores con ella; también la valoración que había hecho Teresa van Buren de la señorita Molineaux como una periodista destacada. Él seguía pensando que era una perra.

—Por si interesa —dijo—, les diré que tenía otro trabajo que hacer esta mañana, y por eso he salido después de ustedes y he venido como he venido.

Nancy Molineaux no se dio por vencida.

—¿Todos los ejecutivos de la empresa utilizan helicópteros cuando se les antoja?

—Nancy —dijo bruscamente Van Buren—, sabe muy bien que no es así.

—Nuestra compañía —adelantó Nim—, tiene y utiliza una media docena de transportes pequeños, entre ellos dos helicópteros. Se utilizan principalmente para vigilar las líneas de transmisión, para verificar la altura de la nieve en las montañas, transportar provisiones de urgencia y en otras emergencias. Ocasionalmente, muy ocasionalmente, llevan a un ejecutivo de la compañía si hay una razón de importancia. Me dijeron que esta rueda de prensa lo era.

—¿Quiere decir que ahora no está tan seguro?

—Ya que lo pregunta, señorita Molineaux —dijo Nim fríamente—, confieso tener mis dudas.

—¡Vamos, termina de una vez, Nancy! —gritó alguien desde atrás—. Al resto de la gente no le interesa.

La señorita Molineaux se volvió para enfrentarse a sus colegas:

—Pues bien, a mí sí. Me preocupa la manera en que se despilfarra el dinero del público, y si a vosotros no os interesa, deberíais empezar a preocuparos.

—La finalidad de nuestra excursión —les recordó Van Buren a todos— es visitar nuestras plantas geotérmicas y hablar de…

—¡No! —interrumpió la señorita Molineaux—. Esa es su finalidad. La prensa determina su propia finalidad, que quizás en parte incluya la suya; pero también cualquier otra cosa que veamos, oigamos y sobre la que decidamos informar.

—Tiene razón, claro —el comentario correspondió a un amable hombre de gafas sin montura del *Sacramento Bee*.

—Tess —le dijo Nim a Van Buren mientras tomaba su vodka con tónica—, decididamente prefiero mi trabajo al suyo.

Varios rieron mientras la directora de Relaciones Públicas se encogía de hombros.

—Si han terminado de decir tonterías —dijo Nancy Molineaux—, me gustaría conocer el precio de venta de ese batidor de huevos de lujo que está ahí fuera, y cuánto cuesta la hora de vuelo.

—Lo averiguaré —dijo Van Buren—, y si las cifras están a mano y decidimos darlas a conocer, le informaré mañana. Pero si decidimos que es asunto privado de la compañía y que a ustedes no les importa, eso es lo que les diré.

—En cuyo caso —dijo la señorita Molineaux, imperturbable—, lo averiguaré de algún otro modo.

Mientras hablaban, habían traído comida, una gran fuente de pasteles de carne calientes; grandes platos de barro con puré de patatas y canapés, y caldo caliente con dos jarras de porcelana.

—¡Vamos allá! —dijo Teresa van Buren—. Es comida de cuartel pero especial para golosos.

A medida que el grupo, con el apetito abierto por el aire de montaña, comenzó a servirse, las tensiones del momento anterior cedieron. Terminado el primer plato, apareció media docena de tartas de manzana recién horneadas, acompañadas con helado y varias cafeteras de café fuerte.

—Estoy satisfecho —anunció por fin el del *Los Ángeles Times*. Se separó de la mesa, se palmeó el vientre, y suspiró—. Será mejor hablar de nuestros asuntos, Tess, mientras todavía estamos despiertos.

El hombre de la televisión que le había servido la bebida a Nim le preguntó ahora:

—¿Cuántos años durarán esos géiseres?

Nim, que había comido poco, bebió un último sorbo de café negro sin azúcar y apartó la taza.

—Se lo diré, pero antes aclaremos algo. Estamos sentados encima de fumarolas, no de géiseres. Los géiseres lanzan agua hirviente con vapor; las fumarolas, vapor solamente, mucho mejor para hacer funcionar las turbinas. En cuanto a la duración del vapor, la verdad es que nadie sabe nada. Solo podemos hacer conjeturas.

—Hágalas, entonces —dijo Nancy Molineaux.

—Treinta años como mínimo. Quizás el doble. Quizás aún más.

—Díganos qué demonios pasa dentro de esa tetera enloquecida —intervino el representante del *New West*.

—La Tierra fue en un tiempo una masa fundida, gaseosa y líquida —dijo Nim—. Cuando se enfrió, se formó una corteza gracias a la cual ahora vivimos en vez de freímos. Abajo, sin embargo, treinta kilómetros hacia abajo, está tan caliente como antes, y ese calor residual lanza vapor que atraviesa partes delgadas de la corteza. Como aquí.

El del *Sacramento Bee* preguntó:

—¿Delgadas en qué medida?

—Probablemente ahora estemos unos seis kilómetros por encima de la masa caliente. En esos kilómetros hay resquebrajaduras de la superficie donde se ha juntado la masa de vapor. Cuando perforamos un pozo tratamos de encontrar una de esas fracturas.

—¿Cuántos otros lugares como éste producen electricidad?

—Solo unos pocos. La planta generadora geotérmica más antigua está en Italia, cerca de Florencia. Hay otra en Nueva Zelanda, en Wairakei, y otras en Japón, Islandia y Rusia. Ninguna es tan grande como la de California.

—Sin embargo, hay mucho más sin explotar —interrumpió Van Buren—. Especialmente en este país.

—¿Exactamente dónde? —preguntó el representante del *Oakland Tribune*.

—Por todo el oeste del país —contestó Nim—. Desde las Montañas Rocosas al Pacífico.

—Además, es una de las formas de energía más limpias, no contaminantes y seguras —agregó Van Buren—. Y, dado como andan los costos hoy, barata.

—Ustedes dos deberían formar un dúo —dijo Nancy Molineaux—. Muy bien; dos preguntas. Número uno: Tess ha usado la palabra «segura». Pero aquí ha habido accidentes. ¿Correcto?

Todos los corresponsales prestaban atención ahora, la mayoría escribía en sus libretas o tenían sus magnetófonos funcionando.

—Correcto —concedió Nim—. Hubo dos accidentes serios, con tres años de diferencia; los dos al explotar un pozo. Es decir, no se pudo controlar el vapor. Conseguimos tapar uno de los pozos. El otro, fue conocido como el «Viejo Bandido», nunca pudimos taparlo. Ahí está, por allá.

Se acercó hasta una ventana de la roulotte y señaló una zona cercada a medio kilómetro de distancia. Dentro de la cerca, en una docena de puntos, el vapor brotaba esporádicamente a través del barro en ebullición. Afuera, grandes letreros rojos advertían: GRAN PELIGRO - NO ACERCARSE. Los otros estiraron el cuello para ver y luego volvieron a sus asientos.

—Cuando el «Viejo Bandido» explotó —dijo Nim—, en dos kilómetros a la redonda llovió barro caliente y las piedras cayeron como granizo. Los daños fueron enormes. El barro cubrió los cables y los transformadores, provocando un cortocircuito general, y nos tuvo parados durante una semana. Afortunadamente, ocurrió de noche, cuando había poca gente trabajando, y hubo solo dos heridos, ningún muerto. La segunda explosión, de otro pozo, no fue tan seria. No hubo víctimas.

—¿El «Viejo Bandido» podría volver a explotar? —inquirió el corresponsal de un grupo de periódicos de pequeñas ciudades.

—Creemos que no. Pero como en todo lo que tiene que ver con la naturaleza, no hay garantía.

—El punto es —insistió Nancy Molineaux— que *hay* accidentes.

—Los accidentes ocurren en todas partes —dijo Nim, cortante—. Lo que quiere decir Tess con toda razón es que las consecuencias no fueron graves. ¿Cuál es la segunda pregunta?

—Esta: suponiendo que lo que ustedes dos han dicho es cierto, ¿por qué no se ha difundido más la geotérmica?

—Fácil —ofreció el del New *West*—, Por culpa de los ecólogos.

—¡Equivocado! —replicó Nim bruscamente—. Es cierto que la «Golden State» ha tenido sus diferencias con los ecólogos, y probablemente seguirá teniéndolas. Pero la razón por la que los recursos geotérmicos no se han desarrollado más son… los políticos. Específicamente, el Congreso de los Estados Unidos.

Van Buren le lanzó a Nim una mirada de advertencia que éste no tomó en cuenta.

—¡Un momento! —dijo uno de los corresponsales de la televisión—. Me gustaría tener algo de esto filmado. Si ahora tomo notas, ¿lo harán de nuevo afuera para mi cámara?

—Sí —aceptó Nim—, lo haré.

—¡Por Dios! —protestó el del *Oakland Tribune*—. A nosotros, los verdaderos periodistas, nos basta con una sola vez. ¡Terminemos con la mierda y adelante!

Nim asintió.

—La mayor parte de las tierras que hace mucho debieron ser exploradas en busca de potencial geotérmico son propiedad del gobierno federal.

—¿En qué estados? —preguntó alguien.

—Oregón, Idaho, Montana, Nevada, Utah, Colorado, Arizona, Nuevo México, y muchos otros lugares en California.

—¡Adelante! —surgió otra voz. Las cabezas estaban inclinadas sobre el papel, las plumas corrían.

—Bien —dijo Nim—. Se necesitaron diez años enteros de inacción, ambigüedades y politiquería para que se aprobara una legislación autorizando el arriendo geotérmico en tierras públicas. Luego hubo que esperar tres años más para que se dictaran las normas reglamentarias. Y hasta ahora se han concedido tan solo unos pocos arriendos, mientras un noventa por ciento de las solicitudes se habrá perdido en el limbo burocrático.

—¿Diría usted —insinuó el periodista del *San José Mercury*— que durante todo este tiempo nuestros políticos patriotas instaban al pueblo a ahorrar energía, pagar costos de combustible e impuestos más altos, y a depender menos del petróleo importado?

—Dejad que lo diga él —protestó el del *Los Ángeles Times*—, Quiero una declaración personal.

—La tiene —aceptó Nim—. Hago mías las palabras que se acaban de pronunciar.

Teresa van Buren interrumpió con firmeza:

—¡Ya basta! Hablemos ahora de Fincastle Valley. Saldremos para allá en cuanto terminemos con esto.

—Tess trata de que no me meta en problemas —sonrió Nim—, pero no siempre lo logra. De paso, el helicóptero vuelve dentro de poco; me quedaré con ustedes hasta mañana. De acuerdo: Fincastle —sacó un plano de un portafolios y lo pinchó en una cartelera—. Fincastle, pueden verlo en el plano, queda dos valles más al este. Se trata de tierras deshabitadas y sabemos que es una zona geotérmica. Los geólogos nos dicen que las posibilidades son espectaculares: quizá se doble la energía eléctrica que producimos aquí. Por cierto que los debates públicos sobre nuestro proyecto Fincastle comenzarán pronto.

—¿Podría…? —preguntó Teresa van Buren.

Nim dio un paso atrás y esperó.

—Que algo quede bien claro —dijo la directora de Relaciones Públicas a los presentes—. No estamos tratando de convertirles a nuestra causa antes de los debates, ni de hacerle una jugada a la oposición. Simplemente, queremos que sepan qué se está haciendo y dónde. Gracias, Nim.

—Una información básica —continuó Nim— sobre Fincastle, y también Devil's Gate, que visitaremos mañana, es ésta: representan una Niágara de petróleo árabe que América no tendrá que importar. En este momento nuestra estructura geotérmica ahorra diez millones de barriles de petróleo al año. Podemos triplicarlo si…

La rueda de prensa continuó con informaciones y preguntas salpicadas con humor.

15

La dirección en el sobre azul celeste comenzaba:

SEÑOR NIMROD GOLDMAN
PERSONAL

Adherida había una nota de la secretaria de Nim, Vicki Davis. Decía:

> «El señor London pasó esto personalmente por el detector de metales de la sala de correspondencia. Dice que puede abrirlo con tranquilidad.»

La nota de Vicki era doblemente satisfactoria. Porque quería decir que la correspondencia que llegaba a la «CGS» marcada «personal» (o «privada y confidencial», como los sobres explosivos) se manejaba con cautela; y también que estaban utilizando el aparato detector instalado recientemente.

Nim se había dado cuenta de algo más: desde el día traumático en que Harry London les había salvado la vida a Nim y a Vicki Davis, London parecía haber asumido la función de protector permanente de Nim. Vicki, que ahora miraba al departamento de Protección Patrimonial de un modo cercano a la veneración, cooperaba enviándole por adelantado el programa diario de las entrevistas y actividades de su jefe. Nim se había enterado casualmente del acuerdo, y no sabía si estar agradecido, irritado o tomarlo con humor.

De todos modos, pensó, ahora estaba fuera de alcance de la vigilancia de London.

Nim, Teresa van Buren y el grupo de gente de prensa habían pasado la noche en un puesto avanzado de la «Golden State», el campamento Devil's Gate, adonde habían llegado en autobús desde Fincastle Valley. Había sido un viaje de cuatro horas, en parte a través de la belleza maravillosa del Bosque Nacional Plumas.

El campamento quedaba a cincuenta kilómetros de la ciudad más próxima, protegido por un repliegue agreste de las montañas. Estaba formado por una media docena de casas de la compañía, el albergue para ingenieros residentes, capataces y sus familias, una pequeña escuela, cerrada ahora por las vacaciones de verano, y dos barracones tipo motel, uno para empleados de la «CGS» y otro para visitantes. Por encima pasaban los cables de transmisión de alto voltaje por torres de rejillas, como para recordar el objeto de la instalación de la pequeña comunidad.

Habían dividido a la gente de la prensa por sexos, alojando a cuatro por habitación en el albergue para visitantes, una construcción sencilla pero adecuada. Se oyeron suaves protestas por lo de cuatro en cada habitación, con alguna sugerencia de que más intimidad hubiera permitido algún cambio de cama.

Nim tenía una habitación para él solo en la casa para empleados. La noche anterior se había quedado después de la cena a beber unas copas con algunos de los periodistas, y había participado en una partida de póquer durante un par de horas;

luego se excusó y se retiró poco antes de medianoche. Por la mañana se había despertado descansado, y estaba preparado para el desayuno, que tomarían dentro de pocos minutos, a las siete y media.

En la galería de la casa de los empleados, en el aire claro de la mañana, examinó el sobre azul celeste, haciéndolo girar entre los dedos.

Lo había traído un correo de la compañía que viajaba de noche, como un moderno Paul Revere, y que llevaba correspondencia de la compañía para Devil's Gate y otros puestos fronterizos como aquél. Todo formaba parte de un sistema interno de comunicaciones, de modo que la carta para Nim no significaba una carga extra. De todos modos, pensó con acritud, si Nancy Molineaux se enteraba de que una carta personal le llegaba por ese medio, su malevolencia encontraría otra ocasión para expresarse. Afortunadamente, no se enteraría.

El desagradable recuerdo de la Molineaux se lo había evocado Teresa van Buren. Al traerle la carta, Tess le informó que ella también había recibido una con la información que había pedido el día anterior sobre los costos operativos de los helicópteros. Nim se fastidió.

—¿Se ha propuesto ayudar a esa mujer a crucificarnos?

—Insultarla no cambiará nada —dijo Van Buren con paciencia; luego agregó—: A veces ustedes, los ejecutivos importantes, no entienden qué se persigue con las relaciones públicas.

—¡Si eso es un ejemplo, le juro que no lo entiendo!

—Mire; no se puede ganar siempre. Confieso que ayer Nancy me irritó, pero cuando lo pensé mejor, razoné que ella se había propuesto escribir sobre ese helicóptero, lo quisiéramos o no. En consecuencia, es mejor que tenga las cifras correctas, porque si se informa en otra parte, o alguien hace conjeturas, es seguro que van a exagerar. Otra cosa, estoy siendo sincera con Nancy, y ella lo sabe. En el futuro, cuando surja alguna otra cosa, confiará en mí, y esa vez quizá sea algo mucho más importante.

—Es imposible que esa aguafiestas agriada escriba algo favorable —dijo Nim irónicamente.

—Nos veremos durante el desayuno —dijo la directora de Relaciones Públicas—. Y hágame un favor: tranquilícese.

Pero él no se calmó. Todavía hirviendo por dentro, desgarró el sobre azul celeste.

Contenía una única hoja de papel del color del sobre. En la parte superior estaba escrito en cursiva: *De Karen Sloan.*

Súbitamente recordó. Karen había dicho: «A veces escribo poemas. ¿Le gustaría que le mandara algunos?» Y él le había contestado que sí.

Las palabras estaban cuidadosamente mecanografiadas.

Hoy he encontrado un amigo,
O quizá me ha encontrado él,
¿O fueron el destino, el azar, las circunstancias,

La predestinación o como se llame?
Seremos como estrellas enanas cuyas órbitas,
Creadas al nacer el tiempo,
En su debido momento
Se encuentran
Aunque jamás lo sabremos.
¡No importa! Porque el instinto me dice
Que nuestra amistad continuada Crecerá sana.

Es tanto en él lo que me gusta:
Su tranquilidad, la calidez,
El talento gentil, y su mente,
Su cara honesta, los ojos bondadosos, la sonrisa espontánea.
«Amigo» no es fácil de definir. Y, sin embargo,
Estas cosas significan eso para mí
Referidas a alguien a quien, ya ahora,
Deseo ver otra vez.
Y cuento días y horas
Hasta el segundo encuentro.

¿Qué otra cosa había dicho Karen ese día en su apartamento? «Puedo escribir a máquina. Es eléctrica y la hago funcionar con un palito entre los dientes.»

Con una oleada de emoción, Nim la imaginó trabajando despacio, pacientemente, para formar las palabras que acababa de leer, los dientes aferrando el palito con fuerza, la cabeza rubia, *la única parte que podía mover*, volviéndose a mover después de cada trabajoso esfuerzo para tocar una letra del teclado. Se preguntó cuántos borradores habría hecho Karen antes de lograr la versión final perfecta que le había enviado.

Inesperadamente, se dio cuenta de que su humor había cambiado. La acritud del momento anterior había desaparecido, reemplazada por la calidez y la gratitud.

Camino al lugar de desayuno con el grupo de periodistas, Nim se sorprendió al ver a Walter Talbot, hijo. Nim no había visto a Wally desde el día del entierro de su padre. Se sintió momentáneamente incómodo, recordando su última visita a Ardythe; luego recordó que Wally y su madre llevaban vidas separadas, independientes. Walter le saludó alegremente:

—¡Hola, Nim! ¿Qué te trae por aquí?

Nim le habló de la visita de dos días de los periodistas, y después le preguntó:

—¿Y a ti?

Wally miró los cables de alta tensión que pasaban por encima.

—Nuestra patrulla de helicópteros encontró aisladores rotos en una de las torres: probablemente un cazador los utilizó para practicar. Mi equipo reemplazará toda la cadena, trabajando con el cable caliente. Esperamos terminar por la tarde.

Mientras hablaban, se les acercó un tercer hombre. Wally lo presentó como Fred Wilkins, técnico de la compañía.

—Encantado de conocerle, señor Goldman. He oído hablar de usted. Le he visto a menudo en la televisión. —El recién llegado andaba cerca de los treinta, tenía una masa de pelo rojo brillante y la piel saludablemente bronceada.

—Como puedes ver por su aspecto, Fred vive aquí.

—¿Le gusta el campamento? —preguntó Nim—. ¿No le resulta demasiado solitario?

Wilkins movió la cabeza enfáticamente.

—Ni a mí, señor, ni a mi mujer. A nuestros hijos también les gusta —inspiró profundamente—. ¡Respire este aire, hombre! Mucho mejor que el de una ciudad. Y hay abundancia de sol y toda la pesca que uno pueda desear.

—Podría probarlo para unas vacaciones —dijo Nim riendo.

—¡Papá! —dijo la voz aguda de un niño—. Papá, ¿ha llegado el cartero?

Cuando el trío volvió la cabeza, vieron a un crío que corría hacia ellos. Tenía una cara alegre, pecosa y un pelo rojo brillante que denunciaba su filiación sin lugar a dudas.

—Solo el cartero de la compañía, hijo —dijo Fred Wilkins—. El camión del correo llegará dentro de una hora. Danny está excitado porque es su cumpleaños. Espera algunos paquetes.

—Tengo ocho años —adelantó el niño—. Ya me han dado algunos regalos. Pero podría haber más.

—¡Feliz cumpleaños! —dijeron Nim y Wally al mismo tiempo.

Momentos después se separaron. Nim siguió hacia el alojamiento para visitantes.

16

En la semioscuridad del túnel del canal de escape, sobre el atronador ruido del agua que corría confinada, el periodista del *Oakland Tribune* gritó:

—Cuando terminen estos dos días, voy a pedir una semana tranquila en la columna de defunciones.

Varios de los que estaban cerca sonrieron, pero sacudieron la cabeza ante la imposibilidad de oír sus palabras por el ruido ensordecedor del agua y los tapones de algodón en los oídos. Antes de entrar, cuando el grupo acabó de bajar dificultosamente una empinada escalera de piedra hasta donde el canal de escape de la planta generadora de Devil's Gate se precipitaba ruidosamente en el río Pineridge, diez metros más abajo, Teresa van Buren había distribuido el algodón para los tapones, que atenuaban un poco el ruido.

Mientras se colocaban los tapones, preparándose para entrar en el túnel, alguien gritó:

—¡Eh, Tess! ¿Por qué nos hace entrar por la puerta de atrás?

—Es la entrada de servicio —contestó ella—. ¿Desde cuándo merecen algo mejor? Además, siempre están hablando de la necesidad de colorido para sus artículos. Aquí lo tienen.

—¿Colorido? ¿Ahí dentro? —dijo el representante del *Los Ángeles Times* con escepticismo, tratando de ver en la oscuridad interrumpida solamente por algunas pálidas lucecitas. El túnel era casi cilíndrico, cavado en la roca sólida, con las paredes rugosas y sin terminar, tal como quedaron después de la excavación. Las bombillas estaban cerca del techo. A media distancia entre las luces y el agua turbulenta había un pasadizo estrecho y colgante con sogas a ambos lados para agarrarse, por el que los visitantes podían caminar.

Después del desayuno, Nim Goldman les había explicado qué iban a ver: «Una planta hidroeléctrica que está enteramente bajo tierra, en el corazón de una montaña. Más adelante hablaremos del proyecto de depósito de Devil's Gate, que también se hará bajo tierra, enteramente oculto. El canal de escape que vamos a ver en realidad marca el final del proceso de producción; pero les dará una idea de las fuerzas que debemos controlar. El agua que verán ha pasado por los álabes de las turbinas después de hacerlas girar, y sale en masas enormes.»

La caudalosa corriente se veía ya desde fuera del túnel con solo inclinarse sobre la baranda de metal de encima del río, donde el tremendo torrente se volcaba en un enfurecido remolino.

—¡Por Dios! No quisiera caerme ahí —observó el representante de Radio KFSO. Le preguntó a Van Buren—: ¿Se ha caído alguien alguna vez?

—Que sepamos, una sola vez. Un obrero resbaló desde aquí. Era un gran nadador, y después descubrimos que había ganado incluso algunas medallas, pero la corriente del canal de escape lo absorbió. El cuerpo apareció a las tres semanas.

Los que estaban más cerca del pasamanos dieron un paso atrás instintivamente. Otra cosa que Nim les había adelantado era que aquel canal de escape era único.

—Tiene una longitud de cuatrocientos metros, y fue cortado horizontalmente en la ladera de una montaña; mientras construían el túnel, y antes de que dejaran entrar el agua, había lugares por los que dos camiones pesados podían pasar al mismo tiempo.

Nancy Molineaux había ahogado un bostezo, significativamente.

—¡Mierda! Así que tienen una caverna larga, gorda y húmeda. ¿Y eso es noticia?

—No tiene por qué ser algo nuevo. Estos dos días son para que obtengan una información completa del sistema —señaló Van Buren—. Eso se les explicó a todos, incluso a sus editores.

—¿Dijo usted información o deformación? —preguntó la señorita Molineaux.

Los otros rieron.

—Bien —dijo Nim—, de todos modos había terminado.

Al cabo de unos veinte minutos de viaje en autobús, Nim les condujo hasta el túnel.

La fresca humedad contrastaba con el día cálido y soleado. A medida que el grupo avanzaba en fila india, a solo pocos palmos sobre el agua moteada de espuma que corría abajo, el círculo de luz que dejaban atrás se fue empequeñeciendo hasta convertirse en un punto. Al frente, las espaciadas lamparitas de luz, pálidas, parecían extenderse en una línea sin fin. De vez en cuando alguien se detenía para mirar abajo, agarrándose con fuerza a las sogas.

Por fin se vio el final del túnel y una escalera vertical de acero. Al mismo tiempo se hizo presente un ruido nuevo; un zumbar de generadores, que se convirtió en un rugido poderoso al llegar a la escalera. Nim señaló que subieran, y él lo hizo primero, con los otros detrás.

Entraron en una cámara generadora baja, por una escotilla; luego, por una escalera de caracol, ascendieron a una cámara de control brillantemente iluminada, dos pisos más arriba. Allí, para alivio de todos, disminuyó la intensidad del ruido; solo un débil zumbido traspasaba las paredes con aislamiento acústico.

Una gran ventana de vidrio cilindrado dejaba ver justo abajo dos enormes generadores en funcionamiento.

En la cámara de control, un técnico solitario escribía en un cuaderno mientras observaba una colección de cuadrantes, luces de color y registros gráficos que ocupaban toda una pared. Al oír entrar al grupo, se volvió. Ya antes Nim lo había reconocido por la mata de pelo rojo.

—Hola, Fred Wilkins.

—¡Hola, señor Goldman! —el técnico saludó a los visitantes con un breve «buenos días» y siguió escribiendo.

—Estamos —anunció Nim— a ciento sesenta metros bajo tierra. Esta planta se construyó hundiendo un eje desde arriba, como se haría para una mina. Un ascensor

va desde aquí a la superficie, y por otro túnel vertical van las líneas de transmisión de alta tensión.

—No hay mucha gente trabajando aquí —comentó el del *Sacramento Bee*. Miraba por una ventana la planta del generador, donde no se veía a nadie.

El técnico cerró el cuaderno y sonrió:

—Dentro de un par de minutos no verá a nadie.

—Es una planta generadora automatizada —explicó Nim—. El señor Wilkins viene para hacer una verificación de rutina —le preguntó al técnico—: ¿Cada cuánto?

—Solo una vez por día, señor.

—El resto del tiempo —continuó Nim— esto queda enteramente cerrado y solo, salvo para ocasionales trabajos de mantenimiento o si algo anda mal.

El del *Los Ángeles Times* preguntó:

—¿Y cómo empieza a funcionar o se detiene?

—Se hace desde el centro de control, a unos doscientos kilómetros. La mayoría de las plantas hidroeléctricas modernas están planeadas así. Son eficientes y se ahorra mucho en gasto de personal.

—Si algo anda mal y hay una avería —inquirió el del *New West*—, ¿qué ocurre?

—El generador afectado, y los dos si es el caso, envía un aviso al centro de control y se detiene automáticamente, hasta que llegue el grupo de reparaciones.

—Esa es la clase de planta generadora —interrumpió Van Buren— que será Devil's Gate Dos, el depósito en proyecto; invisible desde la superficie para no alterar el paisaje, y además no contaminante y económica.

Nancy Molineaux habló por primera vez desde que habían entrado:

—Hay un punto insignificante que ha omitido en eso del paisaje, Tess. El maldito enorme embalse que tendrán que construir y el área de superficie que se inundará.

—En estas montañas, un lago, y eso es lo que será, es tan natural como un desierto seco —replicó la directora de Relaciones Públicas—. Y además proporcionará pesca…

—Permítame, Tess —dijo Nim suavemente. Ese día estaba decidido a no dejar que Nancy Molineaux ni nadie lo irritara—. La señorita Molineaux tiene razón —dijo al grupo—, en cuanto a la necesidad de un embalse. Estará a un kilómetro y medio de aquí, mucho más arriba, y será visible solamente desde los aviones o para los amantes de la naturaleza que estén dispuestos a un ascenso largo y difícil. Al construirlo tomaremos todas las medidas necesarias para preservar el ambiente…

—El «Club Sequoia» no lo cree así —interrumpió un corresponsal de la televisión—. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Nim encogiéndose de hombros—. Supongo que nos lo dirán en el debate público.

—Está bien —dijo el hombre de la televisión—. Siga con su charla propagandística.

Recordando su decisión, Nim refrenó una réplica dura. Con la gente de los

medios de comunicación, pensó, a menudo todo se convertía en una lucha, una lucha contra la incredulidad, por muy sincero que intentara ser cualquiera vinculado a la industria y los negocios. Solo a los grupos radicalizados, por mal informados que estuvieran, se los citaba textualmente, sin objeciones.

Pacientemente explicó en qué consistía el depósito.

—Único método conocido para acumular grandes cantidades de electricidad para ser utilizada en las horas punta. En cierto modo, se podría pensar en Devil's Gate Dos como una enorme batería de reserva. Habría dos niveles de agua —continuó Nim—: el embalse nuevo y el río Pineridge, mucho más abajo. Gruesas tuberías subterráneas, o compuertas y túneles con canales de escape, conectarán los dos niveles.

La planta generadora estaría entre el embalse y el río; las compuertas terminarían en la planta, donde comenzarían los túneles.

—Cuando la planta produzca electricidad —dijo Nim—, el agua del embalse correrá hacia abajo, accionará las turbinas y luego se descargará en el río por debajo de la superficie.

Pero, en otros momentos, el sistema operaría exactamente al revés. Cuando la demanda de energía eléctrica fuera escasa en todas partes —ocurre generalmente durante la noche—, Devil's Gate no produciría electricidad. El agua sería bombeada hacia arriba desde el río, unos seiscientos millones de litros por hora, para volver a llenar el embalse y dejarlo a punto para el día siguiente.

—Por la noche tenemos grandes cantidades de energía eléctrica sobrante en otras partes del sistema de la «CGS». La usaríamos para hacer funcionar las bombas.

—La «Con Edison», de Nueva York —dijo el reportero del *New West*—, ha estado tratando de construir una planta así desde hace veinte años. La llaman Storm King, «Rey de la Tormenta». Pero los ecólogos, y mucha otra gente, están en contra.

—También hay mucha gente responsable que está a favor —dijo Nim—. Desgraciadamente, nadie nos escucha.

Se refirió a una exigencia de la Comisión Federal de Energía: se debía probar que Storm King no molestaría a los peces del río Hudson. Después de varios años de estudios, la contestación fue: «Habrá una reducción de solo cuatro al seis por ciento de peces adultos.»

—Sin embargo —terminó Nim—, el proyecto de «Con Edison» todavía no está aprobado; y llegará el día en que la gente de Nueva York lo lamentará.

—Esa es su opinión —dijo Nancy Molineaux.

—Naturalmente, es una opinión. ¿Es que usted no tiene opiniones propias, señorita Molineaux?

—Claro que no —dijo el representante del *Los Ángeles Times*—, Ya sabe que nosotros, los servidores de la verdad, carecemos enteramente de prejuicios.

—Ya lo he notado —sonrió Nim.

Los rasgos de la mujer negra se pusieron tensos, pero no hizo ningún comentario.

Un momento antes, cuando hablaba de los peces del río Hudson, Nim había

sentido la tentación de citar a Charles Luce, el presidente de «Con Edison», que una vez declaró en público, en un momento de exasperación: «Llega un momento en que el ambiente humano debe prevalecer sobre el de los peces. Creo que en Nueva York ya ha llegado.» Pero la prudencia se impuso. La observación le había creado problemas a Chuck Luce, y produjo una tempestad de insultos de ecólogos y otra gente. «Mejor no correr el riesgo», pensó Nim.

Además, reflexionó, él ya tenía problemas de imagen, con el asunto del maldito helicóptero que llegaría esa tarde para llevarle de regreso a la ciudad, donde le esperaba un montón de trabajo urgente en el despacho. Por eso se había asegurado de que el aparato no llegara antes de que se fuera el grupo de prensa en el autobús.

Mientras tanto, fastidiado con el trabajo y aliviado al mismo tiempo porque faltaba poco para terminarlo, siguió contestando preguntas.

A las dos, en el campamento Devil's Gate, los últimos rezagados subían al autobús de la prensa, que estaba preparado para partir, con el motor en marcha. Ya habían almorzado, y el viaje de regreso a la ciudad les llevaría cuatro horas. A cincuenta metros del lugar, Teresa van Buren, que también volvía en autobús, le dijo a Nim:

—Gracias por todo, aunque buena parte de la tarea no le ha gustado nada.

—Me pagan para que de vez en cuando haga algunas cosas que preferiría no hacer —dijo él, sonriendo—. ¿Se habrá logrado algo? ¿Cree que…?

Nim se calló, sin saber por qué, salvo que tuvo la sensación paralizante, instintiva, de que algo no andaba bien a su alrededor, de algo que desentonaba. Estaban de pie más o menos donde habían estado esa mañana, cuando se dirigía a desayunar; el tiempo seguía radiante, un sol luminoso que destacaba una profusión de árboles y flores silvestres, y la brisa removía el fragante aire de la montaña. Se veían los dos albergues, el autobús detenido delante de uno, un par de empleados, en su tiempo de descanso, tomando el sol en un balcón. En la dirección opuesta, donde estaban las casas del personal, jugaba un grupo de chicos. Unos minutos antes, Nim había visto entre ellos a Danny, el niño pelirrojo con quien había hablado por la mañana. El niño hacía volar una cometa, quizás un regalo de cumpleaños, aunque en ese momento ambos, niño y cometa, no estaban a la vista. La mirada de Nim se dirigió a un camión del servicio de mecánica mayor de la «CGS» y un grupo de hombres vestidos con ropa de trabajo; entre ellos descubrió la figura del hijo de Walter Talbot, con su barbita; ésa era seguramente la cuadrilla de cables de transmisión que había mencionado Wally. Por el camino que llevaba al campamento apareció una pequeña camioneta azul de transporte.

—¡Vamos, Tess! —llamó impaciente alguien desde el autobús.

—¿Qué pasa, Nim? —preguntó Van Buren, curiosa.

—No estoy seguro. Me…

Un grito urgente, desesperado, cruzó el campamento por encima de todos los

demás ruidos.

—¡Danny! ¡Danny! ¡No te muevas! ¡Quédate donde estás!

Las cabezas giraron, las de Nim y Van Buren al mismo tiempo, buscando el origen de la voz.

Otro grito, esta vez próximo a un alarido:

—¡Danny! ¿Me oyes?

—Allá —Van Buren señaló un sendero empinado, escondido parcialmente por los árboles, en el otro extremo del campamento. Un hombre pelirrojo, Fred Wilkins, el técnico, bajaba gritando mientras corría.

—¡Danny! ¡Haz lo que te digo! ¡Quieto! ¡No te muevas!

Los niños habían dejado de jugar. Sorprendidos, se volvieron al mismo tiempo en la dirección a la que se dirigían los gritos. Nim hizo lo mismo.

—¡Por Dios! —suspiró Nim.

Muy arriba, el pequeño Danny Wilkins iba trepando por una de las torres que llevaban las líneas de alta tensión por encima del campamento. Aferrado a un sostén de acero a más de media distancia de la base de la torre, trepaba despacio, sin pausa. Su objetivo era visible en lo alto: la cometa que había estado haciendo volar, enredada ahora en una línea de transmisión en la cima de la torre. Un rayo de sol reveló ahora a Nim algo que momentos antes había visto breve y confusamente; el reflejo de una varilla de aluminio que el chico tenía agarrada, una varilla con un gancho en el extremo. Era evidente que Danny pretendía utilizarla para recuperar la cometa. Su carita demostraba decisión mientras el cuerpecito seguía subiendo. No oía los gritos de su padre, o quizá no les hacía caso.

Nim y otros comenzaron a correr hacia la torre, pero con una sensación de impotencia, mientras el niño seguía trepando firmemente hacia las líneas de alto voltaje. *Quinientos mil voltios*.

Fred Wilkins, todavía a cierta distancia, se esforzaba por llegar, con la desesperación pintada en el rostro. Nim se unió a los gritos:

—¡Danny! ¡Los cables son peligrosos! ¡No te muevas! ¡Quédate ahí!

Esta vez el niño se detuvo y miró hacia abajo. Luego miró hacia arriba, a la cometa, y siguió trepando, aunque más despacio, con el palo de aluminio tendido adelante. Ahora estaba a solo pocos metros de la línea más próxima.

Entonces Nim vio que otra silueta, más cerca de la torre que las demás, había entrado en acción. Wally Talbot. Lanzado hacia delante, el paso largo, los pies tocando apenas el suelo, Wally volaba como un corredor olímpico.

Los periodistas abandonaron el autobús precipitadamente.

La torre, como las otras en la zona del campamento, estaba rodeada por un cerco de cadenas. Luego se supo que Danny lo había superado subiéndose a un árbol y saltando desde una rama baja. Wally llegó al cerco y saltó. Con un esfuerzo que pareció sobrehumano se aferró a la parte superior y pasó al otro lado. Cuando aterrizó adentro, se vio que tenía una mano herida y cubierta de sangre. Ya en la torre, trepó

con rapidez.

Sin aliento, tensos, los espectadores apresuradamente reunidos, periodistas y otros, observaban desde abajo. Mientras lo hacían llegó un trío de trabajadores de la cuadrilla de líneas de transmisión de Wally y, después de intentar varias llaves, abrieron una entrada en el cerco de cadenas. Una vez dentro, ellos también comenzaron a trepar a la torre. Pero Wally se les había adelantado mucho, acortando rápidamente la distancia que le separaba del niño pelirrojo.

Fred Wilkins había llegado a la base de la torre; respiraba pesadamente y temblaba. Quiso empezar a subir también, pero alguien le detuvo.

Todas las miradas estaban fijas en las dos figuras cerca de la cima; Danny Wilkins, a solo unos palmos de las líneas de transmisión, y Wally Talbot, ya muy cerca.

Algo ocurrió entonces, tan velozmente, que los que miraban no pudieron luego ponerse de acuerdo sobre la sucesión de los hechos, ni sobre qué pasó realmente.

En lo que pareció un único momento, Danny, como posado a centímetros de un aislador que separaba la torre del conductor de una línea de transmisión, levantó la varilla en un intento de atrapar la cometa. Simultáneamente, justo desde abajo y un poco a un lado, Wally Talbot aferró al niño, tiró de él y lo sostuvo. Menos de un segundo después, pareció que los dos caían, el chico como si se deslizase hacia abajo agarrado de una viga, y Wally como si hubiera perdido pie. En ese momento, Wally, quizás instintivamente para mantener un equilibrio precario, agarró la varilla metálica que Danny soltaba. La varilla se curvó en un arco; inmediatamente estalló una gran bola de luz anaranjada, chispeante, la varilla desapareció y Wally Talbot quedó envuelto en un halo de llamas transparente. Luego, con la misma rapidez, la llamarada se apagó y el cuerpo de Wally cayó flojamente, quedando inmóvil sobre una viga de la torre.

Milagrosamente, ninguno de los dos cayó. Segundos después, dos de la cuadrilla de Wally Talbot lo alcanzaron y comenzaron a bajarlo. El tercero aseguró a Danny a una viga y lo mantuvo allí mientras los otros bajaban. El niño estaba aparentemente ileso; sollozaba, y sus sollozos se oían desde abajo.

Entonces, en alguna parte del campamento, comenzó a oírse el sonido breve y agudo de una sirena.

17

El pianista del bar pasó con expresión nostálgica de *Hello, Young Lovers* a *Whatever Will Be, Will Be*.

—Si ése sigue con los vejestorios —dijo Harry London—, me voy a poner a llorar sobre mi cerveza. ¿Otro vodka, compañero?

—¿Por qué demonios no? Que sea doble —Nim, que también había estado escuchando la música, se escuchó a sí mismo con objetividad. Estaba empezando a farfullar, lo que era comprensible. Ya había bebido demasiado, y lo sabía, pero descubrió que no le importaba. Buscando en un bolsillo sacó las llaves del coche y las empujó por encima de la mesita negra.

—Guárdalas. Ocúpate de que coja un taxi para volver.

London se metió las llaves en el bolsillo.

—Lo haré. Si quieres puedes quedarte en mi casa.

—No, Harry, gracias.

Pronto, cuando el alcohol le hubiera embotado aún más, Nim se proponía volver a casa; en realidad quería hacerlo. No le preocupaba presentarse borracho, por lo menos no esa noche. Leah y Benjy estarían durmiendo y no le verían. Y Ruth, con su compasión y simpatía, le perdonaría.

—Probando, probando —dijo Nim. Había querido oír su voz de nuevo antes de hablar. Ahora, satisfecho de su coherencia, le dijo a Harry—: ¿Sabes qué pienso? Pienso que para Wally sería mejor estar muerto.

London tomó un sorbo de cerveza antes de contestar.

—Quizá Wally no opine lo mismo. Está bien, se ha quemado mucho y ha perdido el pito. Pero hay otras cosas…

—¡Por Dios, Harry! ¿Sabes lo que dices? —dijo Nim, levantando la voz.

—Calma —advirtió London. La gente les miraba. Añadió despacio—: Claro que lo sé.

—Con el tiempo… —Nim se inclinó sobre la mesa equilibrando las palabras como un malabarista que se pone de pie sobre un plato de canto—. Con el tiempo las quemaduras se curarán. Le harán injertos de piel. Pero no se puede conseguir un pene nuevo ni en «Sears».

—Es cierto. No lo niego —London movió la cabeza tristemente—. ¡Qué desgracia maldita!

El pianista del bar se dedicaba ahora al tema de *Lara*, y Harry London se enjugó una lágrima.

—¡Veintiocho años! —dijo Nim—. Esa es su edad. ¡Veintiocho, por Dios! Pero si a esa edad cualquier hombre normal tiene por delante toda una vida…

—No necesito que me lo expliques —dijo London secamente. Terminó la cerveza y le hizo un gesto al camarero para que le trajera otra—. Hay algo que tienes que recordar, Nim. No todos los tipos son machos campeones como tú. Si a ti te pasara lo

que a Wally, comprendo que sería el fin de todo, o que tú lo verías así —le preguntó con curiosidad—: ¿Alguna vez has llevado la cuenta? Quizá tendrías que figurar en *The Guinness Book of World Records*.

—Hay un escritor belga —dijo Nim desviado por un momento de su obsesión—, Georges Simenon, que dice que lo hizo con diez mil mujeres. No llego a tanto, ni siquiera me acerco.

—Deja de hacer cálculos. Quizá Wally no le haya dado nunca tanta importancia al suyo como le das tú al tuyo.

—Lo dudo —dijo Nim, sacudiendo la cabeza. Recordó las veces que había visto juntos a Wally y a Mary, su mujer. Los bien afilados instintos de Nim le decían que a los dos les iba muy bien sexualmente. Se preguntó tristemente qué pasaría con la pareja.

Llegaron la cerveza y el vodka doble.

—Cuando vuelva —le dijo Nim al camarero—, traiga otro.

Era el comienzo de la noche. El bar en que estaban, «The Ezy Duzzit», pequeño y oscuro, con un pianista sentimental que en ese momento modulaba *Moon River*, no quedaba lejos de la «CGS». Nim y Harry London habían ido a pie desde la oficina, al final del día. Este era el tercer día.

Los tres últimos días constituían el peor período breve de su vida que Nim pudiera recordar.

El primer día, en Devil’s Gate, la sensación de estupor que siguió a la electrocución de Wally Talbot había durado solo segundos. Luego, mientras bajaban a Wally de la torre, los procedimientos de emergencia previstos se pusieron en marcha aceleradamente.

En cualquier empresa de servicios públicos las electrocuciones son poco frecuentes; pero ocurren inevitablemente, hasta varias veces por año. La causa es, a veces, un descuido momentáneo que anula precauciones costosas y severas, o el «accidente imposible», como el que ocurrió tan rápidamente ante los ojos de Nim y los demás.

Resultaba irónico, porque la «CGS» tenía un programa de publicidad dirigido a padres e hijos, advirtiendo sobre el peligro de hacer volar cometas cerca de las líneas eléctricas. La empresa había gastado miles de dólares en carteles e impresos con dibujos dedicados al tema, y los había distribuido en escuelas y otras instituciones.

Como el angustiado Fred Wilkins revelaría más adelante, él conocía el programa de prevención; pero la mujer de Wilkins, la madre de Danny, no. Admitió llorosa que tenía la vaga impresión de haber oído algo de eso, pero no recordaba cuándo ni dónde, ni siquiera se lo había evocado la llegada de la cometa, regalo de cumpleaños de los abuelos. Llegó con el correo de la mañana y ella ayudó a Danny a montarla. En cuanto a que Danny trepara a la torre, los que le conocían le describieron como «un

niño decidido y sin miedo». La varilla de aluminio con gancho era un garfio que el padre utilizaba ocasionalmente para la pesca; lo guardaba en un almacén de herramientas, donde el niño la había visto a menudo.

Todo esto no se sabía, claro, cuando el equipo profesional de primeros auxilios, alertado por la sirena del campamento, corrió a proporcionar ayuda a Wally Talbot. Estaba inconsciente, con quemaduras graves en varias partes del cuerpo, y no respiraba.

El equipo de auxilio, encabezado por la enfermera diplomada que lo dirigía, comenzó por la respiración boca a boca y la compresión cardíaca externa. Mientras continuaba el proceso de revivirlo, acostaron a Wally en la única cama de la sala de primeros auxilios. Allí, la enfermera, que recibía instrucciones por radio de un médico de la ciudad, usó un reactivador a pecho cerrado intentando restablecer la actividad normal del corazón.

El intento tuvo éxito. Esa y otras medidas salvaron la vida de Wally.

Un helicóptero de la compañía estaba ya volando a Devil's Gate: la misma máquina que hubiera debido recoger a Nim. Wally, acompañado por la enfermera, fue llevado directamente al hospital para un tratamiento más profundo.

Solo al día siguiente hubo seguridad de su recuperación, y se dio a conocer un detalle de sus lesiones.

Ese día, los periódicos dieron gran importancia a la noticia, reforzándola con testimonios de los periodistas presentes. El matutino *Chronicle-West* lo publicó en primera plana con el titular:

HÉROE ELECTROCUTADO

Por la tarde, aunque la novedad había disminuido, el *California Examiner* dedicó la mitad de la tercera página al artículo firmado por Nancy Molineaux, y que se titulaba:

SE SACRIFICA AL SALVAR A UN NIÑO

El *Examiner* también presentaba un retrato a dos columnas de Wally Talbot y otro del joven Danny Wilkins con un lado de la cara vendado: resultado de las raspaduras cuando el chico resbaló cerca de la torre, única lesión que sufrió.

La televisión y la radio habían dado boletines la noche > anterior, pero siguieron cubriendo el hecho al día siguiente.

Por su interés humano, el hecho atrajo la atención del Estado y, en parte, de la nación.

En el hospital Mount Edén de la ciudad, poco después del mediodía de ese segundo día, un cirujano auxiliar dio una conferencia de prensa improvisada, en un

pasillo. Nim, que había estado en el hospital más temprano, acababa de volver y escuchó desde atrás.

—El señor Talbot está en condición crítica pero estable, y fuera de peligro inmediato —anunció el joven cirujano, que parecía un Robert Kennedy reencarnado —. Tiene quemaduras graves en el veinticinco por ciento del cuerpo y ciertas otras lesiones.

—¿Podría ser más específico, doctor? —preguntó uno entre la docena de periodistas—. ¿Cuáles son las otras lesiones?

El cirujano miró a un hombre que tenía al lado y que, como Nim sabía, era el administrador del hospital.

—Señoras y señores de la prensa —dijo el administrador—, normalmente, por respeto a la intimidad, no se hubiera dado otra información. En este caso, sin embargo, después de discutirlo con la familia, se ha decidido hablar amplia y francamente a la prensa, para poner fin a las conjeturas. De modo que contestaremos la última pregunta. Pero antes de hacerlo les ruego, en consideración al paciente y a su familia, guarden discreción en lo que escriben y dicen.

—Gracias. Continúe, doctor, por favor.

—Los efectos de la electrocución sobre el cuerpo humano son siempre impredecibles —dijo el cirujano—. A menudo, la muerte; cuando pasan grandes cargas de electricidad por órganos internos antes de ir a tierra. En el caso del señor Talbot, esto no ocurrió, de modo que en ese sentido tuvo suerte. En cambio, la electricidad pasó sobre la superficie del cuerpo y salió a tierra, a través de la torre de metal, por el pene.

Se oyeron suspiros, y durante el silencio que provocó la sorpresa nadie pareció ansioso por hacer la próxima pregunta. Por fin un periodista mayor lo hizo:

—Y, doctor, ¿cómo…?

—Destruido. Quemado. Enteramente. Ahora, si me permiten…

El grupo de periodistas, extrañamente alicaído, se alejó.

Nim se quedó. Se presentó al administrador y preguntó por la familia de Wally: Ardythe y Mary. Nim no las había visto desde el accidente, pero sabía que tendría que encontrarse con ellas pronto.

Nim se enteró de que Ardythe estaba en el hospital bajo sedantes.

—Ha sufrido un profundo *shock* —le dijo el administrador—. Supongo que está enterado de la muerte de su marido, ocurrida hace poco.

Nim asintió.

—La joven señora Talbot está con su esposo, pero por ahora no se permiten otras visitas.

Mientras el administrador esperaba, Nim garabateó una nota para Mary diciéndole que estaba a su disposición si le necesitaba; y que de todas maneras volvería al hospital al día siguiente.

Esa noche, como la anterior, Nim durmió solo a ratos: lo ocurrido en el

campamento Devil’s Gate volvía a su mente, una y otra vez, como una pesadilla recurrente.

La mañana del tercer día vio a Mary y luego a Ardythe.

Mary le recibió fuera de la habitación donde Wally seguía bajo cuidados intensivos.

—Wally está consciente —le dijo—, pero no quiere ver a nadie, todavía no —la mujer de Wally estaba pálida y cansada, pero dejaba traslucir algo de su modo de ser práctico—. Pero Ardythe quiere verte. Sabía que vendrías.

—Supongo que las palabras son inútiles, Mary. De todos modos, lo siento —dijo Nim cariñosamente.

—Todos lo sentimos —Mary le acompañó hasta una puerta, a unos metros de allí, y la abrió—. Aquí está Nim, mamá —a él le dijo—: Vuelvo con Wally. Os dejo.

—Entra, Nim —dijo Ardythe. Estaba vestida, descansando sobre la cama, apoyada en las almohadas—. ¿No es ridículo que yo también esté en el hospital?

Le pareció que su voz reflejaba histeria; las mejillas estaban demasiado sonrosadas, los ojos tenían un brillo artificial. Nim recordó lo que había dicho el administrador sobre *shock* y sedantes, aunque Ardythe no parecía estar sedada en ese momento.

—Desearía saber qué decirte… —comenzó vacilante. Se detuvo y se inclinó para besarla.

Ante su sorpresa, Ardythe se endureció y volvió la cabeza. Acabó tocándole la mejilla torpemente con los labios; la sintió caliente.

—¡No! —protestó Ardythe—. Por favor… no me beses.

Preguntándose si la habría ofendido en algo, y sin saber qué pensar, acercó la silla y se sentó al lado de la cama. Se hizo un silencio, y luego ella dijo, como meditándolo:

—Dicen que Wally vivirá. Ayer no lo sabíamos; de modo que hoy estamos mejor en cuanto a eso. Pero supongo que sabrás *cómo* va a vivir; quiero decir, lo que le ha ocurrido.

—Sí —dijo él—, lo sé.

—¿Has estado pensando como yo, Nim? ¿Sobre la razón de lo que pasó?

—Ardythe, yo estaba allá. Vi…

—No quiero decir eso. Quiero saber por qué.

Sorprendido, él movió la cabeza.

—He pensado mucho desde ayer, Nim. Y he decidido que lo que pareció un accidente pudo ser por lo nuestro: tú y yo.

Siempre sin comprender, él protestó:

—Por favor, estás agotada. Es un *shock* terrible, especialmente tan pronto después de lo de Walter.

—Eso es precisamente —la cara y la voz de Ardythe estaban tensas—. Tú y yo pecamos tan pronto después de la muerte de Walter. Siento que es un castigo: que

Wally, Mary, los niños, todos sufren por mi culpa.

—¡Por Dios, Ardythe! ¡No sigas! ¡Es ridículo!

—¿Lo es? Piénsalo cuando estés solo, como he hecho yo. Y acabas de decir «Por Dios». Eres judío, Nim. ¿Es que tu religión no te enseña a creer en la ira de Dios, y en el castigo?

—Aunque lo haga, no acepto todo eso.

—Yo tampoco lo aceptaba —dijo Ardythe abatida—. Pero ahora dudo.

—Mira —dijo él, buscando desesperado las palabras que la hicieran cambiar de actitud—, a veces la vida hace sufrir a una familia, parecería que disparándole con los dos cañones, mientras deja tranquilas a otras. No es lógico; no es justo. Pero ocurre. Puedo recordar casos, y tú también.

—¿Cómo sabemos que esos casos no fueron también castigos?

—Porque no hay razón para que lo fueran. Porque todo en la vida es azar. Las ocasiones que nosotros creamos, por error o mala suerte, incluso la mala suerte de estar donde no debemos, y cuando no debemos. Eso es todo, Ardythe, y es una locura que te eches la culpa de lo que le ocurrió a Wally.

—Querría creerte —contestó ella, abatida—. Pero no puedo. Ahora, déjame, Nim. Esta tarde me mandan a casa.

—Te iré a ver pronto —le dijo él, ya de pie.

—No me parece que debas hacerlo —sacudió la cabeza—. Pero llámame.

Se inclinó para besarla en la mejilla, pero recordando sus palabras, desistió y salió en silencio.

Se sintió confuso. Era evidente que Ardythe necesitaba atención psiquiátrica; pero si Nim mismo se lo sugería a Mary o a cualquier otra persona, tendría que explicar por qué sin ocultamientos. No se veía haciéndolo ni aun bajo secreto profesional. Por lo menos por ahora.

Su pena por Wally y por Ardythe, y su propio dilema, no lo abandonaron en todo el día, sin que pudiera hacer nada por distraer su mente.

Como si eso no fuera bastante, esa tarde el *California Examiner* lo puso en la picota.

Se había preguntado si, en vista de la utilidad del helicóptero en la emergencia para trasladar a Wally desde el campamento de Devil’s Gate, Nancy Molineaux no abandonaría su intención de escribir sobre las otras utilizaciones del helicóptero.

No fue así.

Su artículo estaba en un recuadro, frente a la página de editoriales.

> Capitanes y reyes …y el señor Goldman de la «CGS»
>
> ¿Alguna vez se han preguntado cómo sería tener un helicóptero particular para trasladarse con rapidez mientras se descansa cómodamente?
>
> La mayoría de nosotros jamás gozará placer tan exótico. Los que lo hacen pertenecen a dos categorías: el presidente de los Estados Unidos, el Shah del Irán, el fallecido Howard Hughes, ocasionalmente el Papa y, ah, ciertos ejecutivos privilegiados de nuestra buena amiga la empresa «Golden State». Por ejemplo, el señor Nimrod Goldman. ¿Por qué Goldman?, se preguntarán.

> Bien, parece que el señor Goldman, vicepresidente de la «CGS», es demasiado importante para viajar en autobús, aunque uno, alquilado por la «CGS», hiciera el viaje el otro día con bastantes asientos vacíos. En cambio, eligió un helicóptero que…

Había más junto con una fotografía de un helicóptero de la «CGS» y un retrato de Nim poco favorecedor que, sospechó, la señorita Molineaux debió elegir en los archivos del periódico.

El párrafo más hiriente decía:

Los consumidores de gas y electricidad, que agobiados ya por los fuertes recibos, saben que las tarifas subirán muy pronto, quizá se pregunten cómo gasta su dinero la «CGS», una empresa casi pública. Quizá si los ejecutivos como Nimrod Goldman se decidieran a viajar menos elegantemente, como el resto de nosotros, los ahorros resultantes, junto con otras economías, podrían ayudar a detener los constantes aumentos de tarifas.

A media tarde, Nim dobló el periódico y marcó el artículo; luego se lo dio a la secretaria de Eric Humphrey:

—Dígale al presidente que, como supuse que de todas maneras lo vería, me pareció mejor que le llegara a través de mí.

A los pocos minutos, Humphrey entró en la oficina de Nim y tiró el periódico sobre la mesa. Estaba más enfadado de lo que jamás Nim lo había visto y, extrañamente, levantó la voz:

—En nombre de Dios, ¿en qué pensaba cuando nos metió en este lío? ¿No sabe que la comisión de servicios públicos tiene a estudio nuestra solicitud para aumentar las tarifas, y que llegará a una decisión en los próximos días? Esto es justo lo que puede agitar la opinión pública y llevarla a cortarnos el pescuezo.

Nim también liberó parte de su irritación.

—Claro que lo sé —señaló el periódico—. Estoy tan molesto como usted. Pero esa maldita periodista tenía el cuchillo a punto. Si no hubiese sido el helicóptero, hubiera sido cualquier otra cosa.

—No necesariamente; no, si no hubiera encontrado nada. Al utilizar el helicóptero sin discreción, como lo hizo, le sirvió la oportunidad en bandeja de plata.

Nim estuvo a punto de replicarle bruscamente, pero decidió callarse. Ser acusado sin culpa, suponía, podría formar parte de la tarea de un vicepresidente. Solo dos semanas atrás, el presidente había dicho a sus ayudantes principales en una reunión informal: «Si con un helicóptero de la compañía pueden ahorrar un día de viaje, y realizar el trabajo más rápido y mejor, utilícenlo, porque a la larga resulta más barato. Comprendo que tenemos esos aparatos para las cuadrillas de las líneas de transmisión y emergencias, pero cuando no se necesitan para eso, cuesta muy poco más tenerlos en el aire que en tierra.»

Otra cosa que Eric Humphrey presumiblemente había olvidado era que le había pedido a Nim que se ocupara de la gira de dos días, y de la gente de prensa, y que también le representara en una importante reunión de la Cámara de Comercio la

mañana del primer día de la gira. Nim no tenía manera de hacer ambas cosas sin utilizar el helicóptero. Sin embargo, Humphrey era un hombre justo, y probablemente lo reconocería más adelante. Aun si no lo hacía, pensó Nim, no importaba demasiado.

Pero esa conjunción de hechos en tres días le había dejado exhausto y melancólico. Así, cuando Harry London, que conocía algunas, aunque no todas las razones de la depresión de Nim, le visitó sugiriéndole tomar unas copas después del trabajo, Nim aceptó rápidamente.

Ahora sentía que el alcohol estaba haciendo su efecto y, aunque no se sentía más feliz, el creciente aturdimiento, de alguna manera, lo reconfortaba un tanto. En un rincón de su mente que aún funcionaba con claridad, Nim se despreciaba por lo que estaba haciendo y la debilidad que implicaba. Luego se dijo que no ocurría a menudo —ya no recordaba la última vez que había bebido demasiado— y que quizá resultara terapéutico dejarse ir de cuando en cuando; mandarlo todo al demonio.

—Permite que te pregunte algo, Harry —dijo Nim confusamente—. ¿Eres religioso? ¿Crees en Dios?

London bebió a fondo una vez más, luego se secó la espuma de cerveza de los labios con un pañuelo.

—No, a lo primero. En cuanto a lo segundo, pongámoslo así: nunca le di demasiada importancia a no creer.

—¿Y en cuanto a culpabilidad? ¿Estás muy cargado? —Nim recordó a Ardythe, que le había preguntado: «¿Es que tu religión no te enseña a creer en la ira de Dios y en el castigo?» Esa tarde no había tomado la pregunta en serio. Desde entonces, le había vuelto a la mente varias veces, molestándole.

—Supongo que todos tienen alguna culpa —London parecía inclinado a terminar su afirmación con eso; luego cambió de opinión y agregó—: A veces recuerdo a dos tipos en Corea, grandes compañeros míos. Estábamos en una patrulla de reconocimiento, cerca del río Yalú. Los dos se nos adelantaron y en ese momento empezó el fuego del enemigo. Los tipos necesitaban ayuda para volver. Yo era sargento mayor, al mando del grupo, y debí haber empujado a los demás inmediatamente, para tratar de alcanzarles. Mientras me demoraba, tratando de decidirme, los norcoreanos los descubrieron; una granada los hizo pedazos. Es una culpa que llevo conmigo; ésa y alguna más. —Bebió otra vez y dijo—: ¿Sabes qué estás haciendo, compañero? Nos estás poniendo… ¿cómo se dice?

—Sentimentales —dijo Nim, articulando trabajosamente.

—¡Eso es…!, sentimentales —Harry London asintió solemnemente mientras el pianista del bar empezaba a tocar *As Time Goes By.*

Segunda Parte

1

Davey Birdsong, que había estado inspeccionando la grandiosa sede del «Club Sequoia», preguntó descaradamente:

—¿Dónde está la sauna privada de la presidente? Y después querría ver el asiento de oro macizo de su water.

—No tenemos nada de eso —dijo Laura Bo Carmichael, algo estirada.

No se sentía del todo cómoda con el barbudo, corpulento y jocoso Birdsong, quien, si bien naturalizado americano desde hacía muchos años, todavía exhibía ciertas costumbres rudas del interior de su Australia nativa, Laura Bo, que se había encontrado con Birdsong algunas veces antes en reuniones al aire libre, lo veía como el «vagabundo alegre» de *Waltzing Matilda*. Lo que no era así y, por supuesto, ella lo sabía. Si bien Davey Birdsong parecía tener interés en parecer inculto, y se vestía en consonancia (ese día llevaba unos vaqueros viejos y remendados, y zapatillas de atleta atadas con cuerdas en vez de cordones), la presidente del «Club Sequoia» sabía muy bien que era un erudito de envergadura, graduado en sociología, y catedrático *part-time* de la Universidad de California en Berkeley. También había formado una coalición de consumidores, Iglesia y grupos políticos de izquierda que se autodenominaba *lfpp*, iniciales de «luz y fuerza para el pueblo». (Las minúsculas servían, según Birdsong, «para destacar que no somos capitalistas».)

El objetivo declarado de la *lfpp* era «luchar contra la "CGS", el monstruo hinchado de lucro, en todos los frentes». Hasta el momento, en varios enfrentamientos, la *lfpp* se había opuesto a aumentos de tarifas de electricidad y gas, había luchado contra el otorgamiento de la licencia para una planta energética nuclear, había objetado las actividades de relaciones públicas de la «CGS», «propaganda despiadada que pagaban involuntariamente los consumidores», como las describía la *lfpp*, y había instado a la expropiación de la compañía por las municipalidades. Ahora, el movimiento de Birdsong se proponía sumar esfuerzos con el prestigioso «Club Sequoia» para oponerse a los últimos proyectos de expansión de la «CGS». La propuesta iba a ser considerada en una reunión con los directivos del club, que debía empezar en seguida.

—Vaya, queridísima Laura —observó Birdsong, sin dejar de pasear la mirada por el imponente salón revestido de fina madera—, supongo que es estimulante trabajar en un ambiente tan lujoso. Debería ver mi pocilga. En comparación con lo que tiene aquí es la pesadilla de un imbécil.

—Recibimos estas oficinas hace muchos años —contestó ella— como parte de un legado, con la condición de que las ocupáramos; de otra manera no recibiríamos la fuerte renta que se agregaba al legado —en ciertos momentos, y éste era uno de ellos, a Laura Bo Carmichael le resultaba un tanto embarazosa la majestuosa mansión que ocupaba el «Club Sequoia» en Gable Hill. Había sido en un tiempo la casa de un millonario, y todavía ostentaba su riqueza; personalmente hubiera preferido una sede

más sencilla. Mudarse, sin embargo, hubiera sido una locura financiera. Añadió—: Preferiría que no me llamara «queridísima Laura».

—Lo tendré en cuenta —sonriendo, Birdsong sacó una libreta, preparó un bolígrafo y escribió algo.

Guardando luego la libreta, contempló la silueta pequeña y delgada de la señora Carmichael; luego dijo pensativo:

—Legado, ¿eh? Supongo que eso y los grandes donantes mantienen al «Club Sequoia» en la riqueza.

—Riqueza es una palabra relativa —Laura Bo Carmichael deseó que llegaran los tres colegas que debían acompañarla en esa reunión—. Es cierto que nuestra organización tiene la suerte de gozar de apoyo nacional, pero tenemos grandes gastos.

El corpulento hombre barbudo rio.

—No tantos, sin embargo, como para no poder repartir un poco de pan a otros grupos, que cumplen tareas similares y lo necesitan.

—Veremos —dijo la señora Carmichael con firmeza—, pero, por favor, no piense que somos tan inocentes como para que pueda venir aquí a pasar por pariente pobre, porque estamos bien enterados. —Consultó algunas notas que no había pensado utilizar sino más adelante—. Sabemos, por ejemplo, que la *lfpp* tiene unos veinticinco mil miembros que pagan, cada uno, tres dólares por año, cobrados a domicilio por cobradores a sueldo, lo que suman setenta y cinco mil dólares. De esa cantidad usted se paga un salario de veinte mil dólares anuales, más gastos libres.

—Hay que vivir.

—Notablemente bien, diría yo —Laura Bo siguió leyendo—. Además, están su remuneración como profesor universitario, otro sueldo fijo de una organización que forma activistas, y lo que recibe por los artículos que escribe, con todo lo cual se cree que sus entradas anuales como agitador social profesional llegan a sesenta mil dólares.

Davey Birdsong, cuya sonrisa se había hecho más amplia mientras escuchaba, no pareció desconcertado en absoluto. Comentó:

—Un trabajo de investigación realmente excelente.

Le tocó el turno de sonreír a la presidente del «Club Sequoia».

—En verdad, tenemos un departamento de investigación excelente —dobló las notas y las guardó—. Nada de lo que he mencionado será utilizado fuera de aquí, claro. Es solo para que se dé cuenta de que sabemos que a los agitadores profesionales como a usted no les va mal. Ese conocimiento mutuo nos ahorrará tiempo cuando nos pongamos a trabajar.

Una puerta se abrió sin ruido, y un hombre mayor, cuidado, de pelo oscuro, entró en la sala del consejo de dirección. Laura dijo:

—Señor Birdsong, creo que conoce a nuestro secretario-gerente, el señor Pritchett.

Davey Birdsong tendió una mano grande, carnosa.

—Nos hemos encontrado en el campo de batalla una o dos veces. ¡Qué tal, Pritchy!

Cuando terminó de sacudirle la mano vigorosamente, el recién llegado dijo secamente:

—No considero los debates ecológicos como campos de batalla, aunque supongo que alguien los podría considerar así.

—¡Exactamente, Pritchy! Y cuando yo entro en batalla, particularmente contra el enemigo del pueblo, la «Golden State», disparo todas las armas y no dejo de disparar. Duro y más duro, es la receta. No es que crea que la oposición que ustedes representan no tenga valor. ¡Lo tiene! Ustedes añaden un toque de distinción. Pero el que sale en los titulares y noticias de la televisión soy yo. De paso, ¿me vieron, muchachos, en la tele con ese tonto de la «CGS», Goldman?

—*The Good Evening Show* —aceptó el secretario-gerente—. Sí le vi. Su actuación me pareció brillante; aunque, para ser objetivo, Goldman eludió inteligentemente sus anzuelos —Pritchett se quitó las gafas para limpiar los cristales —. Quizá, como usted dice, el tipo de oposición que ustedes le plantean a la «CGS» tenga valor. Hasta es posible que nos necesitemos mutuamente.

—¡Bravo, Pritchy!

—La pronunciación correcta es Pritchett. Si lo prefiere, puede llamarme Roderick.

—Lo tendré en cuenta, viejo Roddy —con una amplia sonrisa para Laura Bo, Birdsong repitió el gesto de la libreta.

Mientras hablaba entraron dos personas más. Laura Bo Carmichael las presentó como Irwing Saunders y la señora Priscilla Quinn, los miembros de la comisión directiva del club que faltaban. Saunders era un abogado medio calvo, de voz áspera, que intervenía en casos de divorcio de nombres sonantes, y del que se oía hablar con frecuencia. La señora Quinn, elegantemente vestida, bien entrada en los cuarenta, era la esposa de un rico banquero y se destacaba por su fervor cívico; también porque restringía el círculo de sus amistades a gente rica o importante como ella. Aceptó con poco entusiasmo la mano que le tendía Davey Birdsong, mientras le miraba con una mezcla de curiosidad y disgusto. La presidente sugirió:

—Creo que podríamos sentarnos y ponernos a trabajar.

Los cinco se agruparon alrededor de un extremo de la larga mesa de caoba, con Laura Bo en la cabecera.

—Todos estamos preocupados —dijo ella— por los recientes proyectos de la «Golden State», que el «Club Sequoia» ha decidido ya que serían nocivos para el ambiente. Nos opondremos a ellos activamente en los próximos debates.

Birdsong golpeó la mesa con fuerza.

—Y yo digo: ¡tres hurras para la gente del «Sequoia»!

A Irwing Saunders pareció divertirle; la señora Quinn levantó las cejas.

—Lo que el señor Birdsong sugiere respecto a esa oposición —continuó la

presidente— son ciertos contactos entre nuestra organización y la suya. Le pediré que los explique.

La atención se centró en Davey Birdsong. Por un instante miró amablemente a los otros cuatro, uno por uno; luego se sumergió en su exposición.

—El enfrentamiento del que estamos hablando es en realidad una guerra; hay que atacar desde varios frentes —Birdsong había abandonado ostensiblemente su estilo de bromista y el lenguaje jovial. Prosiguió—: Para llevar el símil de la guerra un paso más allá: a la vez que se combate contra problemas específicos, no se debe desperdiciar ninguna oportunidad de disparar contra la «CGS» siempre que sea posible.

—Realmente —intervino la señora Quinn—, comprendo que usted nos advirtiera que se trataba de un símil, pero me desagrada esta conversación en términos bélicos. Después de todo…

Saunders, el abogado, le tocó el brazo.

—Priscilla, ¿por qué no le dejas terminar?

—Muy bien —dijo ella encogiéndose de hombros.

—A menudo se pierden las causas, señora Quinn —declaró Birdsong—, por excesiva blandura, por negarse a afrontar el duro problema de la realidad.

—El punto es válido —asintió Saunders.

—Especifiquemos —urgió Pritchett—. Señor Birdsong, usted se ha referido a «varios frentes». ¿Cuáles, concretamente?

—¡Buena pregunta! —Birdsong se volvió práctico de nuevo—. Frentes uno, dos y tres: los debates públicos sobre los proyectos de Tunipah, Fincastle Valley y Devil's Gate. Ustedes van a oponerse a todos. También mi valiente *lfpp*.

—Como cuestión que interesa —dijo Laura Bo—, ¿con qué argumentos se van a oponer?

—Todavía no estamos seguros, pero no se preocupe. De ahora a entonces pensaremos en algo.

La señora Quinn pareció perturbada. Irwing Saunders sonrió.

—Luego están los debates sobre las tarifas; ése es el frente número cuatro. En cada ocasión en que se proponga un aumento en las tarifas de servicios, la *lfpp* se opondrá ferozmente, como hicimos la última vez. Con éxito, agregaría yo.

—¿Qué éxito? —preguntó Roderick Pritchett—. Por lo que yo sé no se ha anunciado ninguna decisión.

—Tiene razón; no se ha anunciado —Birdsong sonrió como alguien que sabe de qué está hablando—. Pero tengo amigos en la Comisión de Servicios Públicos y sé lo que va a salir de allí dentro de dos o tres días; un anuncio que será un puntapié en cierta parte para la «CGS».

—¿Lo sabe ya la empresa? —preguntó Pritchett, curioso.

—Lo dudo.

—Sigamos —dijo Laura Bo Carmichael.

—El quinto frente —dijo Birdsong—, y muy importante, es la asamblea anual de la «Golden State», que tendrá lugar dentro de dos semanas y media. Tengo algunos planes para eso, aunque preferiría que no me hicieran demasiadas preguntas sobre el tema.

—¿Quiere sugerir —dijo Saunders— que sería mejor para nosotros no saber nada?

—Exactamente, consejero.

—Entonces —preguntó Laura Bo Carmichael—, ¿a qué viene todo eso de los contactos entre nuestras organizaciones?

Birdsong sonrió mientras frotaba sugestivamente un pulgar sobre dos dedos.

—Esta clase de contacto. Dinero.

—Sabía que llegaríamos a eso —dijo Pritchett.

—Esta es otra cosa sobre nuestra colaboración —dijo Birdsong al grupo del «Sequoia»— que sería mejor no hacer pública. Debería ser confidencial, *entre nous*.

—En ese caso —preguntó la señora Quinn—, ¿qué beneficio se derivará para el club?

—Eso lo puedo contestar yo —dijo Irwing Saunders—. Es posible, Priscilla, que todo lo que deteriore la imagen de la «CGS», en cualquier área, disminuya sus fuerzas y posibilidades de éxito en otras —sonrió—. Es una técnica que los abogados suelen usar.

—¿Por qué necesitan dinero? —le preguntó Pritchett a Birdsong—. ¿Y de qué suma se trata?

—Lo necesitamos porque la *lfpp* no puede pagar por sí sola todos los preparativos y a la gente que se necesita si queremos que nuestra oposición combinada, por encima y por debajo de la mesa, tenga éxito —Birdsong se dirigió directamente a la presidente—. Como usted señaló, tenemos recursos propios, pero no son suficientes para un proyecto de esta envergadura —su mirada retornó a los otros—. La cantidad que sugiero como contribución del «Club Sequoia» es de cincuenta mil dólares en dos cuotas.

El secretario-gerente se quitó las gafas y observó la limpieza de los cristales.

—Es evidente que no piensa en números pequeños.

—No, y tampoco deben hacerlo ustedes, considerando lo que está en juego para el club; una gran polución ambiental.

—Lo que me preocupa en todo esto —observó la señora Quinn— son ciertas connotaciones de pelea callejera que no me gustan nada.

Laura Bo Carmichael asintió.

—Tengo exactamente la misma impresión.

Nuevamente fue el abogado Saunders quien intercedió.

—Hay ciertos hechos de la vida —dijo a sus colegas— que deben ser afrontados de este modo. Al oponernos a estos últimos proyectos de la «Golden State», es decir, Tunipah, Fincastle y Devil’s Gate, el «Club Sequoia» presentará argumentos sólidos.

Sin embargo, teniendo en cuenta el clima actual y la irrazonada demanda de más y más energía, la razón y los motivos bien pensados seguramente van a fallar. ¿Qué podemos hacer entonces? Digo que necesitamos otro elemento, un aliado más agresivo, más llamativo, que excite más a la opinión pública, alguien que en su momento influirá sobre los funcionarios, que no dejan de ser políticos en potencia. Desde mi punto de vista, el señor Birdsong y su grupo, del que no recuerdo el nombre…

—Luz y Fuerza Para el Pueblo —interrumpió Birdsong.

Saunders agitó una mano como si se tratara de un detalle sin importancia.

—Tanto antes de los debates como durante los mismos, agregará el elemento que nos falta.

—La televisión y la prensa me aman —dijo Birdsong—. Les proporciono un espectáculo, algo que anima y da vida a sus reportajes. Por eso cualquier cosa que digo se imprime o sale al aire.

—Es cierto —afirmó el secretario-gerente—. Los medios de comunicación han utilizado incluso algunas descabelladas afirmaciones suyas mientras omitían nuestros comentarios y los de la «CGS».

—¿Debo entender que está a favor de lo que se ha propuesto? —le preguntó la presidente.

—Sí, lo estoy —dijo Pritchett—. Sin embargo, desearía que el señor Birdsong hiciera una promesa: que haga lo que haga, su grupo no utilizará la violencia o la intimidación.

La mesa del consejo de dirección se estremeció cuando la mano de Birdsong cayó sobre ella.

—¡Prometido! Mi grupo desprecia todo tipo de violencia. Hemos hecho declaraciones a este respecto.

—Me alegra oírlo —admitió Pritchett— y, naturalmente, el «Club Sequoia» comparte esa actitud. De paso, supongo que todos han visto la información sobre más bombas en la «CGS», en el *Chronicle-West* de hoy.

Los demás asintieron. El artículo describía la destrucción producida durante la noche en el depósito de camiones de la «CGS», donde resultaron dañados o destruidos más de seis vehículos, a consecuencia de un incendio iniciado por una bomba. Unos días antes les habían atacado una subplanta, aunque los daños fueron leves. En ambos casos la agrupación clandestina «Amigos de la Libertad» se había adjudicado la responsabilidad de los hechos.

—¿Más preguntas para el señor Birdsong? —preguntó Laura Bo Carmichael.

Había varias. Se referían a tácticas a emplear contra la «CGS» («hostigamiento constante a través de un amplio frente de información pública», lo definió Birdsong), y el destino que se daría al dinero del «Club Sequoia».

En cierto momento, Roderick Pritchett pensó en voz alta:

—No estoy seguro de que nos beneficie insistir en una rendición de cuentas

detallada, pero, naturalmente, necesitaríamos pruebas de que nuestro dinero es empleado eficientemente.

—Los resultados serán la mejor prueba —contestó Birdsong.

Estuvieron de acuerdo en que ciertas cuestiones había que aceptarlas confiando en las personas. Finalmente, Laura Bo Carmichael anunció:

—Señor Birdsong, ahora le voy a pedir que nos deje para que podamos debatir su propuesta en privado. Nos pondremos en contacto con usted muy pronto.

Davey Birdsong se puso de pie, encantado, dominando a todos con su robusto cuerpo.

—Bien, camaradas, ha sido un privilegio y un placer. Por ahora, ¡hasta pronto! —cuando salía pareció que había asumido, como quien se pone un traje, su rol público de fanfarrón.

Cuando la puerta de la sala del consejo de dirección se cerró tras Birdsong, la señora Quinn habló la primera, con firmeza y claramente:

—No me gusta nada todo esto. Ese hombre no me gusta y todo en mí está en contra de confiar en él. Me opongo totalmente a cualquier contacto con su grupo.

—Lamento oírlo —dijo Irwing Saunders—, porque creo que sus tácticas diversificantes son exactamente lo que necesitamos para derrotar esos nuevos proyectos de la «CGS», y eso es lo importante.

—Debo decir, señora Quinn —observó Pritchett—, que estoy de acuerdo con el punto de vista de Irwing.

Priscilla Quinn sacudió la cabeza con gesto decidido.

—Nada de lo que me digan me hará cambiar de opinión.

—Priscilla, te estás comportando con excesiva escrupulosidad y decoro —suspiró el abogado.

—Posiblemente sea así —la señora Quinn se ruborizó—; pero también tengo principios, algo que ese hombre desagradable parece no conocer.

—¡Que no haya discusiones entre nosotros, por favor! —dijo bruscamente Laura Bo.

—Permitan que les recuerde —intervino Pritchett suavemente— que esta comisión tiene autoridad para tomar decisiones finales y, si así lo decide, para gastar la suma de dinero en cuestión.

—Señora presidente —dijo Saunders—, si no me equivoco los votos hasta ahora son dos a favor y uno en contra, lo que hace que la decisión dependa de usted.

—Sí —admitió Laura Bo—, lo sé y confieso cierta ambivalencia.

—En ese caso —dijo Saunders—, permítame manifestar las razones por las que pienso que debería apoyar nuestra opinión, mía y de Roderick.

—Y cuando termine —le dijo Priscilla Quinn—, presentaré las razones en contra.

Durante veinte minutos el debate fue de un lado al otro.

Laura Bo Carmichael escuchó, aportando algo de vez en cuando, mientras sopesaba mentalmente cómo votar. Si se oponía a la cooperación con Birdsong,

habría un empate que equivaldría a un rechazo terminante. Si votaba «a favor», el tres a uno sería decisivo.

Sus preferencias la inclinaban hacia un «no». Si bien veía las ventajas del pragmatismo de Saunders y Pritchett, su reacción instintiva frente a Davey Birdsong la llevaba a apoyar a Priscilla Quinn, innegable *snob*, dama de beneficencia de las columnas de sociedad, unida por su matrimonio con la vieja riqueza californiana, representante así de cosas que Laura Bo repudiaba.

También se daba cuenta de otra cosa: si se ponía de parte de Priscilla contra los otros dos sería un caso evidente de mujeres contra hombres. No importaba que Laura Bo no lo quisiera así, y que fuera muy capaz de emitir opinión sin tener en cuenta el sexo; sin embargo, eso es lo que parecía. Imaginaba a Irwing Saunders, defensor del género masculino, pensando: «Las malditas mujeres se han unido», aunque no lo dijera en voz alta. Saunders no había apoyado a Laura Bo en su designación como presidente del «Club Sequoia»; su candidato había sido un hombre. Ahora, Laura Bo, como primera mujer a la cabeza de la más alta función en el club, quería demostrar que podía desempeñarla tan bien y de modo tan imparcial como cualquier hombre; quizá bastante mejor.

Sin embargo… su instinto le decía que la relación con Birdsong podía ser un error.

—Estamos dando vueltas en círculo —dijo Saunders—. Sugiero un voto final.

—Mi voto sigue siendo «no» —afirmó Priscilla Quinn.

—Terminantemente «sí» —gruñó Saunders.

—Perdón, señora Quinn —dijo Pritchett—. Voto «sí».

Los ojos de los tres enfocaron a Laura Bo. Vaciló, reviviendo una vez más las implicaciones y sus dudas. Luego, dijo decidida:

—Votaré «sí».

—¡Ya está! —dijo Irwing Saunders. Se frotó las manos—. Priscilla, ¿por qué no ser buena perdedora? Únase al resto y que sea por unanimidad.

Con los labios apretados, la señora Quinn negó con la cabeza:

—Creo que todos ustedes lamentarán ese voto. Deseo que mi disconformidad figure en el acta.

2

Mientras la comisión del «Club Sequoia» seguía deliberando en su ausencia, Davey Birdsong dejó la sede del club silbando un aire alegre. No le cabía la menor duda acerca del resultado. Sabía que tendría a la Quinn en contra; estaba igualmente seguro de que los otros tres, por razones personales, estarían de su lado. Tenía los cincuenta mil en el bolsillo.

Sacó su coche —un «Chevrolet» desvencijado— de un aparcamiento cercano, y cruzó el centro de la ciudad dirigiéndose luego unos cuantos kilómetros al sudeste. Se detuvo en una calle cualquiera, donde jamás había estado, pero que era un lugar apropiado para dejar el coche unas cuantas horas sin llamar la atención. Birdsong cerró el automóvil, memorizó el nombre de la calle, caminó varias manzanas hasta llegar a una más concurrida por la que (lo había observado al pasar) pasaban varias líneas de autobuses. Cogió el primero que pasó hacia el oeste.

Viniendo del coche se había puesto un sombrero, que normalmente no usaba, y también gafas con montura de carey, que no necesitaba. Los dos añadidos cambiaron su aspecto sorprendentemente, de modo que quien estuviera acostumbrado a verle en la televisión o en otra parte no podría reconocerle.

Después de viajar diez minutos en el autobús, Birdsong bajó y llamó un taxi que pasaba; dijo al taxista que le llevara hacia el norte. Miró varias veces por el cristal trasero para observar el tráfico. Las observaciones parecieron satisfacerle; ordenó al conductor que se detuviera y le pagó. Pocos minutos después subía a otro autobús, esta vez hacia el este. A estas alturas, su desplazamiento, desde que aparcara el coche, había tomado la forma aproximada de un cuadrado.

Cuando dejó el segundo autobús, Birdsong observó a los pasajeros que bajaban y luego comenzó a caminar a paso vivo, doblando varias esquinas y mirando hacia atrás en cada ocasión. Después de unos cinco minutos de caminata se detuvo delante de varias casitas iguales y subió una media docena de escalones hasta una puerta. Pulsó el timbre y se detuvo donde pudieran verle desde dentro a través de la mirilla. Casi en seguida, la puerta se abrió y él entró.

En el pequeño y oscuro vestíbulo del escondite de los «Amigos de la Libertad», Georgos Archambault preguntó:

—¿Ha tomado precauciones para venir?

—Claro que he tenido cuidado —gruñó Birdsong—. Siempre lo hago —y dijo, acusador—: Ha estropeado el trabajo de la subplanta.

—Hubo razones —dijo Georgos—. Bajemos —le guio por una escalera de cemento hasta el taller del sótano, con el amontonamiento usual de explosivos y demás accesorios.

En un diván improvisado, contra la pared, estaba tendida una muchacha. Parecía tener algo más de veinte años. Su cara pequeña y redonda, que en otras circunstancias podría haber sido bonita, era del mismo color de la cera. El pelo rubio y largo, que

necesitaba peine, se desparramaba sobre una almohada mugrienta. Tenía la mano derecha vendada y la venda estaba manchada de marrón allí donde la sangre se había filtrado y secado.

—¿Por qué está aquí? —explotó Birdsong.

—Es lo que le iba a explicar —dijo Georgos—. Me estaba ayudando en la subplanta y estalló una cápsula de detonante. Le arrancó dos dedos y sangraba como un cerdo. No había luz; no estaba seguro de que no nos hubieran oído. Terminé el trabajo a toda prisa.

—Y el lugar donde puso la bomba fue una estupidez y además inútil —dijo Birdsong—. Un petardo hubiera hecho lo mismo.

Georgos se mostró avergonzado. Antes de que pudiera contestar, la chica dijo:

—Tendría que ir a un hospital.

—No puede ir y no irá —Birdsong no dio ninguna muestra de la amabilidad que le caracterizaba. Le dijo a Georgos, enfadado—: Ya conoce nuestro pacto. ¡Sáquela de aquí!

Georgos hizo un gesto con la cabeza y la chica, abatida, se levantó del diván y se fue hacia arriba. Georgos sabía que había cometido otro error al permitir que se quedara. El pacto que Birdsong había mencionado, una precaución sensata, era que debían estar solos cuando él y Georgos se encontraran. La conexión entre ellos no era conocida por los otros miembros del grupo clandestino, Wayde, Ute y Félix, que, o dejaban la casa, o se mantenían fuera de la vista cuando se esperaba una visita del contacto externo de los «Amigos de la Libertad»: Birdsong. El verdadero problema, se daba cuenta Georgos, era que sentía ternura por aquella mujer, Yvette, y eso no era bueno. Fue lo que ocurrió cuando estalló la cápsula detonante; en ese momento Georgos se preocupó más por las heridas de Yvette que por el trabajo que tenía entre manos; fue éste el verdadero motivo por el que se había dado prisa, haciendo una verdadera chapuza: quería llevarla a lugar seguro. Cuando la chica se fue, Birdsong dijo en voz baja:

—Asegúrese bien; ni hospital ni médico. Le harían preguntas y sabe demasiado. Si es necesario se deshace de ella. Hay maneras fáciles.

—Todo irá bien. Además es útil —Georgos se encontraba incómodo bajo la mirada de Birdsong, y cambió de tema—. Lo del depósito de camiones salió bien anoche. ¿Ha visto las noticias?

El corpulento sujeto asintió a regañadientes:

—Todo debería salir así. No tenemos tiempo ni dinero para desperdiciar.

Georgos aceptó el reproche en silencio, aunque no tenía por qué hacerlo. Era el líder de «Amigos de la Libertad». El papel de Davey Birdsong era secundario, como contacto con el exterior, sobre todo con los defensores de la revolución, «marxistas de salón» que favorecían la anarquía activa pero no querían compartir sus riesgos. Sin embargo, por naturaleza, a Birdsong le gustaba dominar, y a veces Georgos le dejaba que se saliera con la suya porque le convenía, especialmente por el dinero que traía.

El dinero era ahora la razón para eludir una discusión: Georgos necesitaba más desde que sus fuentes anteriores se secaron abruptamente. La perra de su madre, la actriz de cine griega que le había pasado una renta segura durante veinte años, al parecer también pasaba una mala racha; ya no le daban papeles en películas porque ni siquiera el maquillaje podía disimular sus cincuenta años, ni que su aspecto de joven diosa había desaparecido para siempre. Esto alegraba a Georgos y esperaba que a ella las cosas le fueran progresivamente peor. Si estuviera muriéndose de hambre, se dijo, no le daría ni una galleta podrida. De todos modos, la comunicación de los abogados de Atenas —sin dar nombres, como siempre— de que no se harían más depósitos en su cuenta del banco de Chicago, había caído en un mal momento.

La necesidad del dinero de Georgos estaba motivada por los gastos actuales y los planes futuros. Un proyecto era construir una pequeña bomba nuclear y hacerla estallar en la sede de la «Golden State», o muy cerca. Con esa bomba, pensaba Georgos, destruiría el edificio, y a los explotadores y esbirros que estaban dentro de él, además de muchas otras cosas en los alrededores. Una buena lección para los capitalistas opresores del pueblo. Al mismo tiempo, los «Amigos de la Libertad» se convertirían en una fuerza mucho más formidable que ahora, y deberían ser tratados con temor y respeto.

El plan de hacer una bomba atómica era ambicioso y quizá poco realista, aunque no del todo. Un estudiante de Princeton de veintiún años, llamado John Phillips, había demostrado ya en un trabajo muy difundido, que los detalles de «cómo hacerlo» podían conseguirse en obras de consulta en las bibliotecas, siempre que alguien tuviera la paciencia de reunirlos. Georgos Winslow Archambault, inmerso en la física y la química, había obtenido toda la información posible sobre la investigación de Phillips y había preparado su archivo propio, utilizando también información de bibliotecas. Un elemento en su archivo que no era de biblioteca era un manual de diez páginas publicado por la Oficina de Servicios de Emergencia de California para los departamentos de policía. Describía lo que debía hacerse en caso de amenaza de bomba atómica, y eso también le había proporcionado informaciones útiles. Georgos creía estar ahora cerca de poder elaborar un plan concreto y detallado. Sin embargo, la construcción de la bomba requeriría material fisionable, que tendría que robar, y para eso necesitaría dinero, mucho; además de organización y suerte. Pero no era imposible; cosas más raras se han logrado.

—Ya que menciona tiempo y dinero —le dijo a Birdsong—, necesitamos algunos billetes.

—Los tendrá —Birdsong se permitió una amplia sonrisa, la primera desde que entrara—. Y muchos. He encontrado otra fuente de dinero.

3

Nim se estaba afeitando, poco después de las siete de un jueves de finales de agosto.

Hacía diez minutos que Ruth había bajado a preparar el desayuno. Leah y Benjy todavía dormían. Ruth volvió y apareció en la puerta del baño con un ejemplar del *Chronicle-West*.

—Tengo que dar un mal comienzo a tu día —dijo—, pero sé que querrás saberlo.

—Gracias —dejó la navaja y cogió el periódico con las manos mojadas, recorriendo la primera página. Por debajo del doblez había un artículo a una sola columna:

«CGS» ESCALADA DE TARIFAS PROHIBIDA
LA ELECTRICIDAD Y EL GAS NO AUMENTAN.

Lo reveló ayer por la tarde la Comisión de Servicios Públicos al anunciar el rechazo de la solicitud de la compañía «Golden State» de un aumento del 13% en las tarifas del gas y la electricidad, que significarían a la poderosa empresa una renta anual de 580 millones de dólares.

«No consideramos necesario un aumento en este momento», declaró la Comisión en una decisión a la que se había llegado tras una votación de tres a dos.

En un debate público, la «CGS» había argumentado que necesita más dinero para compensar los aumentos en los costos debidos a la inflación, y para formar capital para su plan de inversiones.

Los directivos de la «CGS» no hicieron comentarios, aunque un portavoz expresó su pesar y preocupación por la situación futura de la energía en California. Sin embargo, Davey Birdsong, líder de un grupo de consumidores, Luz y Fuerza Para el Pueblo, aclamó la decisión como…

Nim dejó el periódico sobre el depósito del water mientras terminaba de afeitarse; ya conocía la decisión la tarde anterior, de modo que el artículo era solo una confirmación. Cuando bajó, Ruth, que tenía preparado el desayuno —riñones de cordero con huevos revueltos—, se sentó frente a él con una taza de café mientras comía.

—¿Qué significa realmente la decisión de la Comisión? —preguntó.

—Quiere decir —respondió, haciendo una mueca— que tres personas, que tienen sus puestos gracias a la política, tienen el derecho de decirles a grandes empresas, como la «CGS» y la compañía telefónica, cómo deben ser manejadas, y que ejercen ese derecho.

—¿A ti te afectará?

—¡Ya lo creo, demonios! Tendré que rehacer el programa de construcciones; cancelaremos algunos proyectos o iremos más despacio con otros, y eso traerá despidos. Aun así se pasarán aprietos económicos. Tendremos caras largas esta mañana, especialmente la de Eric —Nim pinchó un riñón con el tenedor—. Están muy buenos. Los haces mejor que nadie.

—¿Te parece que podrías prepararte tu desayuno durante un tiempo? —dijo Ruth, después de una corta vacilación.

—Seguro; pero ¿por qué? —se sorprendió Nim.

—Quizá tenga que irme —con su voz suave, Ruth se corrigió—: *Tengo* que irme. Una semana. Quizá más.

Él dejó los cubiertos, mirándola a través de la mesa.

—¿Por qué? ¿Adónde?

—Mamá se llevará a Leah y a Benjy mientras yo no esté, y la señora Blair vendrá como de costumbre para limpiar. De modo que solo significa que tendrás que cenar fuera, y estoy segura de que eso no te resultará difícil.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Adónde vas, y por qué? —insistió Nim, levantando la voz sin hacer caso del comentario.

—No hay ninguna necesidad de gritar —detrás de la compostura de Ruth notó una dureza poco usual en ella—. He oído tu pregunta; pero, dado como están las cosas entre nosotros, no creo que sea necesario contestarla. ¿No te parece?

Nim se quedó callado, comprendiendo exactamente lo que Ruth quería decir: ¿Por qué dos criterios? Si Nim elegía no respetar las reglas del matrimonio, tener una serie de amoríos, y salir noche tras noche a divertirse, ¿por qué no había Ruth de ejercer igual libertad, también sin dar explicaciones?

Considerándolo todo, su declaración de igualdad —ya que evidentemente era eso — parecía razonable. De todos modos, Nim sintió un pinchazo de celos, pues ahora estaba seguro de que había otro hombre. Al principio no lo había pensado; ahora estaba convencido, y aunque sabía que las concesiones mutuas no eran raras en algunos matrimonios, le resultaba difícil aceptarlas en el propio.

—Los dos sabemos —dijo Ruth, interrumpiendo sus pensamientos— que hace mucho tiempo que tú y yo solo mantenemos la apariencia de un matrimonio. No lo hemos hablado. Pero creo que deberíamos hacerlo —esta vez, a pesar de un intento de firmeza, hubo un temblor en su voz.

—¿Quieres hablar ahora? —preguntó él.

—Quizá cuando vuelva —agregó Ruth, moviendo la cabeza—. En cuanto arregle algunas cosas te avisaré cuándo me voy.

—Está bien —dijo Nim, abatido.

—No has terminado el desayuno.

—No tengo ganas de comer —dijo él, apartando el plato.

Aunque la conversación con Ruth, desconcertante por lo imprevista, preocupó a Nim mientras se dirigía al centro, el trabajo en la «CGS» eclipsó rápidamente sus pensamientos personales.

La decisión de la Comisión de Servicios Públicos no le dejó pensar en otra cosa.

Durante toda la mañana, una procesión de ejecutivos de los departamentos legal y financiero de la empresa entraron y salieron de la oficina del presidente con expresiones serias. Sus idas y venidas revelaban una sucesión de conferencias, todas relativas a la cuestión esencial, teniendo en cuenta que no habría aumento alguno en

las tarifas, ¿cómo podría la «CGS» desarrollar los proyectos de inversiones imprescindibles y mantener su solvencia? El consenso: sencillamente imposible sin una reducción drástica e inmediata en los gastos.

En cierto momento, J. Eric Humphrey preguntó retóricamente, mientras recorría con la mirada la alfombra de detrás de su escritorio:

—¿Por qué cuando el precio del pan sube por la inflación, o el precio de la carne se va a las nubes, o cuesta más la entrada a un partido o a un cine, nadie se sorprende y todos lo aceptan? ¿Y por qué nadie nos cree cuando nosotros señalamos, con toda verdad, que no podemos producir electricidad con las tarifas de siempre, porque nuestros costos también han subido?

Oscar O'Brien, el asesor general, contestó mientras encendía uno de sus inevitables cigarros:

—No nos creen porque han sido condicionados para no creernos, en su mayor parte por políticos que tratan de quedar bien con sus electores y buscan un blanco fácil. Los servicios públicos siempre lo han sido.

—¡Políticos! —resopló el presidente—. ¡Políticos! ¡Me dan asco! Inventaron la inflación, la iniciaron, la empeoraron, la mantuvieron mientras aumentaban la deuda pública, todo para comprar votos y aferrarse a sus puestos. Sin embargo, esos charlatanes, esos ocultadores de la verdad, echan la culpa de la inflación a los demás, a los sindicatos, al comercio, a cualquiera, salvo a ellos mismos. Si no fuera por los políticos no estaríamos pidiendo un aumento de tarifas, porque no lo necesitaríamos.

Sharlett Underhill, vicepresidente ejecutiva de finanzas y la cuarta persona en jerarquía en la oficina del presidente, murmuró: «¡Amén!» La señora Underhill, una morena alta, cuarentona, eficiente, generalmente serena, ese día parecía acosada. Era comprensible, pensó Nim. Cualquier decisión financiera que se tomara después del rechazo por parte de la Comisión de Servicios Públicos, inevitablemente tendría que ser dura, y a Sharlett Underhill le correspondía llevarla a efecto.

Eric Humphrey, que había dejado de caminar, preguntó:

—¿Alguien tiene alguna teoría acerca de por qué se rechazó *todo* lo que pedimos? ¿Interpretamos mal los perfiles? ¿Dónde equivocamos la estrategia?

—No estoy seguro de que nuestra estrategia fuera equivocada —dijo O'Brien—. Y no hay la menor duda de que estudiamos los perfiles a fondo y actuamos de acuerdo.

Detrás de la pregunta y la respuesta estaba una práctica común en las empresas de servicios públicos; pero también un secreto celosamente guardado.

Siempre que se nombraba a un miembro de la Comisión de Servicios Públicos, las compañías que se veían afectadas por las decisiones del nuevo comisionado emprendían un detallado estudio clandestino del individuo, que incluía su perfil psiquiátrico. El material resultante era estudiado por expertos en psicología que indagaban acerca de los prejuicios frente a los que deberían prevenirse o debilidades que podrían explotar.

Más adelante, un ejecutivo de la compañía intentaba entablar amistad con el comisionado a quien invitaría a su casa, a jugar al golf, a compartir entradas difíciles de conseguir para acontecimientos deportivos, o lo llevaría a pescar truchas en un refugio en las sierras. Las atenciones siempre eran agradables, privadas y discretas; nunca ostentosas. A lo largo de conversaciones informales quizá se hablara de asuntos de la empresa, pero no se pedían favores directos; la influencia era más sutil. A menudo la táctica operaba a favor de la empresa. Ocasionalmente, no.

—Sabíamos que, de cualquier modo, dos de los comisionados votarían en contra —dijo el abogado—; y sabíamos que dos de los tres restantes estaban con nosotros. De modo que el voto decisivo era el de Cy Reid. Lo habíamos trabajado y creíamos que vería las cosas como nosotros, pero nos equivocamos.

Nim tenía datos sobre el comisionado Cy Reid. Era doctor en economía y exprofesor universitario, casi sin experiencia en la práctica. Pero Reid había colaborado muy de cerca con el gobernador de California a lo largo de dos campañas electorales, y la gente informada creía que cuando el gobernador pasara de Sacramento a la Casa Blanca, como esperaba, Cy Reid lo acompañaría como director de personal.

Según un informe confidencial que Nim había leído, el comisionado Reid había sido ardiente devoto de la economía de Keynes, pero había renegado de ella y aceptaba ahora que las doctrinas de John Maynard Keynes sobre el déficit presupuestario y el gasto público habían llevado al desastre económico en todo el mundo. Un informe reciente de un vicepresidente de la «CGS», Stewart Ino, que se había relacionado con Reid, indicaba que el comisionado «se había ocupado de las realidades de las declaraciones de ganancias y balances, incluyendo las empresas de servicios públicos». Pero quizá, pensó Nim, Cy Reid el político se había reído de todos ellos y seguía riéndose ahora.

—Mientras el asunto estaba pendiente —insistió el presidente—, debe haber habido conversaciones privadas con los asesores de la comisión. ¿No se llegó a ningún acuerdo?

—La respuesta a ambas preguntas es sí —contestó Sharlett Underhill.

—Entonces, si se llegó a acuerdos, ¿qué ocurrió con ellos?

—Nada que se haga entre bambalinas obliga —dijo la señora Underhill encogiéndose de hombros—. Tres de los comisionados, incluyendo a Reid, hicieron caso omiso de las recomendaciones de los asesores.

Otra cosa que la mayoría de la gente nunca llega a conocer, pensó Nim, son las negociaciones que tienen lugar durante y después de las sesiones de la comisión.

Las empresas como la «CGS», cuando buscaban un mayor ingreso mediante un aumento de tarifas, a menudo pedían más de lo que necesitaban. Lo que seguía era una danza ritual en la que participaban los comisionados. Reducían lo que se pedía y así parecía que cumplían su deber celosamente. La empresa, aunque aparentemente desairada, en realidad lograba lo que quería, o casi.

Los asesores de la Comisión hacían cálculos con los de la empresa durante las conversaciones privadas. Una vez, Nim asistió a una de esas reuniones en un saloncito reservado, y oyó a un funcionario de la Comisión preguntar: «¿Qué aumento necesitan realmente? Olvídense de la mierda de las sesiones públicas. Dígannoslo a nosotros y les diremos hasta dónde podemos llegar.» Las dos partes fueron francas y el resultado se logró en privado en mucho menos tiempo del que requieren las sesiones.

El procedimiento era razonable. En general, daba resultado. Pero era obvio que esta vez había fallado. Comprendiendo que el presidente todavía estaba en ascuas, Nim dijo cautamente:

—No parece que nuestras investigaciones puedan servir de mucho en estos momentos.

—Tiene razón —Humphrey suspiró. Se dirigió a la vicepresidente de finanzas—. Sharlett, en términos financieros, ¿cómo nos arreglamos el año que viene?

—Las opciones son limitadas —dijo la señora Underhill—; pero las expondré todas —dispuso varias cuartillas de complejos cálculos sobre la mesa.

Los debates continuaron la mayor parte del día, con aún más miembros del personal llamados a la oficina del presidente para proporcionar datos. Pero al final se vio claramente que había solo dos salidas. Una era reducir los planes de inversiones, el mantenimiento y el servicio a los usuarios. La otra consistía en suspender el pago de dividendos a los accionistas. Se afirmó que no era posible pensar siquiera en la primera; la segunda podía ser desastrosa porque mandaría las acciones de la «CGS» al cubo de la basura y haría peligrar el futuro de la compañía. Sin embargo, terminaron por admitir que no había otra solución posible.

Al atardecer J. Eric Humphrey visiblemente cansado y abatido, pronunció el veredicto que el reducido grupo de alto nivel había previsto desde el principio: «La gerencia recomendará al consejo la suspensión inmediata y por tiempo indefinido del pago de dividendos para las acciones ordinarias de la compañía.»

Fue una decisión histórica.

Desde su formación, hacía tres cuartos de siglo, cuando su antecesora se fusionó con varias otras para convertirse en una única entidad, la «Golden State» había sido una compañía modelo por su rectitud financiera. Jamás, en los años que siguieron, había dejado de cumplir sus obligaciones o de pagar dividendos sobre las acciones. Por eso la «GGS» era conocida entre inversores, grandes y pequeños, como la «vieja leal» y la «amiga de viudas y huérfanos». Los jubilados de California y otras partes invertían los ahorros de toda una vida en acciones de la «CGS», confiando en la regularidad de sus dividendos como medio de vida. Inversores cautelosos del dinero de otros hacían lo mismo. Así, la suspensión de los dividendos tendría un efecto muy amplio, no solo por la entrada perdida, sino por la reducción de capital cuando cayera el valor de las acciones, como inevitablemente ocurriría.

El cuarteto original de la mañana se había vuelto a reunir poco antes del

angustioso anuncio del presidente. Eric Humphrey, Oscar O’Brien, Sharlett Underhill y Nim, y además, Teresa van Buren. La jefa de relaciones públicas había sido llamada pensando en el gran impacto público que pronto tendría la decisión.

Ya se había anunciado una reunión regular de consejo para las diez del lunes próximo, y el comité de finanzas del mismo se reuniría una hora antes. Presumiblemente, en ambas sesiones se confirmaría la decisión de la presidencia; después de eso se haría un anuncio público.

Mientras tanto, era necesario tomar precauciones para que no se filtrara la noticia, y no se desatara la especulación con la venta de acciones de la compañía.

—Fuera de esta oficina —recordó Sharlett Underhill a los otros— no debe ni susurrarse lo que se va a hacer hasta que salga el anuncio oficial. Además, como director de finanzas debo advertirles que, debido a la información interna que poseemos los cinco, cualquier negociación con acciones de la compañía previa al anuncio del lunes, sería un delito conforme a las leyes de la Comisión de Valores y la Bolsa.

Tratando de romper la tensión, Nim dijo:

—De acuerdo, Sharlett, no venderemos en baja para enriquecernos.

Nadie rio.

—Supongo —observó Teresa van Buren— que todos recuerdan que la asamblea anual se reúne dentro de dos semanas. Tendremos que enfrentarnos a muchos accionistas furiosos.

—¡Furiosos! —gruñó O’Brien; estaba encendiendo de nuevo el cigarro que se le había apagado—. Echarán espuma por la boca y la asamblea necesitará una patrulla antidisturbios para poder celebrar la sesión.

—Controlar la reunión es tarea mía —dijo J. Eric Flumphrey. Por primera vez en varias horas, el presidente sonrió—. Sin embargo, estaba pensando si no sería conveniente que me pusiera un chaleco antibalas.

4

Después de recibir la carta de Karen Sloan en el Campamento Devil's Gate, Nim habló con ella dos veces por teléfono. Le prometió visitarla en cuanto le fuera posible.

Pero la carta había llegado el día marcado por el trágico accidente de Wally Talbot y desde entonces se habían acumulado otros hechos, de modo que la visita todavía estaba pendiente. Karen se lo había recordado, sin embargo, con otra carta.

La estaba leyendo ahora en su oficina, en un momento de tranquilidad.

En la parte superior de su elegante papel azul, Karen había escrito con mayúsculas:

ME ENTRISTECÍ CUANDO ME CONTASTE
EL ACCIDENTE DE TU AMIGO Y CUANDO
ME ENTERE DE SUS HERIDAS.

Debajo seguía su inmaculada escritura, hecha con el palito en la boca.

Dile de parte de quien lo sabe:
Una vela que chisporrotea
Aunque arda débilmente
Es mucho más luminosa
Que la oscuridad tenebrosa.
Porque la vida,
Cualesquiera que sean sus condiciones,
Supera al olvido.
¡Sí! —los «si solo» persisten por siempre
Como deseos agotados que rondan fantasmales,
Gastados sus sustitutos:
¡«Si solo» esto o aquello
Tal y tal día
Hubiera variado una hora o una pulgada:
O si algo omitido se hubiera hecho
O si algo se hubiera omitido!
Entonces lo otro «quizás» habría ocurrido,
Y otros otros… hasta el infinito.
Porque «quizás» y «si solo» son primos hermanos
Proclives a sobrevivir en nuestra mente.
Acéptalos,
Y todo lo demás.

Durante lo que le pareció un largo rato, Nim se quedó sentado, quieto y callado, leyendo y releyendo las palabras de Karen. Por fin se dio cuenta de que el teléfono sonaba y que ya lo había hecho dos veces antes.

Cuando levantó el auricular, la voz de su secretaria sonó vivaz.

—¿Le he despertado?

—Sí, en cierto modo.

—El señor London querría verle —dijo Vicki—. Puede venir ahora si usted está libre.

—Dígale que venga.

Nim puso la hoja de papel azul en un cajón del escritorio donde guardaba documentos privados. Cuando fuera oportuno se lo enseñaría a Wally Talbot. Esto le hizo pensar que no había hablado con Ardythe desde el poco satisfactorio encuentro en el hospital, pero decidió apartar de su mente ese problema, al menos por el momento.

La puerta de la oficina de Nim se abrió.

—Aquí está el señor London —anunció Vicki.

—Entra, Harry —Nim se daba cuenta de que el jefe de protección patrimonial le visitaba con más frecuencia últimamente, a veces con una finalidad relacionada con el trabajo, mas a menudo sin ninguna. Pero a Nim no le molestaba. Disfrutaba con su creciente amistad y con el intercambio de opiniones.

—Acabo de leer lo de la suspensión de dividendos —dijo London, instalándose en una silla—. He pensado que de vez en cuando te vendría bien una buena noticia.

El anuncio de la cancelación de dividendos, aceptado de mala gana por el consejo de dirección, había sido noticia importante la tarde anterior y esa mañana. El mundo financiero había reaccionado con incredulidad y las protestas de los tenedores de acciones ya llegaban a torrentes. En las bolsas de Nueva York y del Pacífico, la venta de acciones, en medio del pánico después de una suspensión de cuatro horas, las había hecho caer unos devastadores nueve dólares por acción, o sea a dos tercios de su valor anterior.

—¿Qué buena noticia? —preguntó Nim.

—¿Recuerdas el día-D en Brookside?

—Por supuesto.

—Acabamos de obtener cuatro condenas.

Nim revisó mentalmente los episodios de manipulación de contadores que habían visto personalmente ese día.

—¿Cuáles?

—La del tipo de la estación de servicio es una. Se hubiera podido salvar, pero su abogado cometió el error de hacerle declarar. Cuando le interrogaron, se equivocó una media docena de veces. Otra es la del constructor de herramientas y matrices.

¿Le recuerdas?

—Sí —Nim recordaba la casa donde no había nadie y que London hizo vigilar.

Tal como esperaban los investigadores, los vecinos le avisaron de lo que estaba haciendo la «CGS» y pescaron al hombre cuando trataba de recomponer su contador.

—En los dos casos —dijo London—, y en otros dos que no viste, el tribunal impuso multas de quinientos dólares.

—¿Y el doctor, el de los alambres en puente y la llave detrás del medidor?

—¿Y su mujer altanera con el perro?

—Exacto.

—No hicimos juicio. La mujer dijo que tenía amigos importantes, y así era. Usaron todas sus influencias, incluso algunas con personas de la compañía. Aun así hubiéramos ido a juicio, pero nuestro departamento legal no estaba seguro de poder probar que el doctor estaba al tanto de lo del interruptor y el contador. Por lo menos eso me dijeron.

—Suena como el viejo cuento —dijo Nim, con escepticismo—: hay dos justicias distintas según quien seas y a quien conozcas.

—Esas cosas ocurren —aceptó London—. Vi mucho de eso cuando era policía. De todos modos, el médico pagó todo el dinero que debía; y les estamos cobrando a muchos otros, incluso a los que les hacemos juicio, porque hay buenas pruebas. Además tengo otras noticias.

—¿Qué otras?

—Siempre dije que en muchos de estos casos tenemos que habérnoslas con profesionales: gente que sabe hacer un buen trabajo, que luego disimula bien para que a los nuestros les cueste descubrirlo. También pensé que esos profesionales quizá trabajaran en grupos, hasta podía ser que fuera un gran grupo único. ¿Recuerdas?

Nim asintió, tratando de no impacientarse, para permitir que Harry London llegara al centro de la cuestión siguiendo su manera didáctica de informar.

—Bueno, tuvimos un golpe de suerte. Mi delegado, Art Romeo, recibió un informe confidencial de que en un gran edificio de oficinas del centro, donde habían alterado los transformadores de corriente instalados y el sistema de gas que calienta todo el edificio, pasaba algo muy grave. Hizo algunas comprobaciones y descubrió que era cierto. Después fui yo mismo; Art se ha atraído a uno de los encargados, que ahora trabaja para nosotros: le pagamos para que vigile. Te digo, Nim, esto es algo grande, y el trabajo que han hecho es de lo mejor que he visto. Sin el aviso que le llegó a Art podríamos no haberlo descubierto nunca.

—¿Quién le avisó? —Nim conocía a Art Romeo. Era un tipo evasivo que parecía un ladrón.

—Permite que te diga algo —dijo Harry London—. Nunca le hagas esa pregunta a un policía; ni a un tipo de protección patrimonial tampoco. El que delata, a veces delata por rencor, generalmente porque necesita dinero, pero sea por lo que sea hay que protegerlo. No se puede dar su nombre a tanta gente. Yo no se lo pregunté a Art.

—De acuerdo —concedió Nim—. Pero si sabes que han hecho la trampa, ¿por qué no toman medidas ya?

—Porque así cerraríamos una ratonera y el acceso a muchas otras. Te contaré algunas de las cosas que hemos descubierto.

—Estaba deseando que lo hicieras —dijo Nim secamente.

—La empresa dueña de esa oficina es «Propiedades Zaco» —dijo London—. «Zaco» tiene otros edificios: apartamentos, oficinas, algunos locales que alquilan a supermercados. Y suponemos que lo que han hecho en un lugar intentarán hacerlo en otros; quizá ya lo han hecho. Art Romeo está inspeccionando esos lugares sin que se sepa. Le he relevado de cualquier otra tarea.

—Dijiste que le pagaban al encargado del primer edificio para vigilar. ¿Por qué?

—En un trabajo tan importante, aun tratándose de un robo, hay que hacer una labor de mantenimiento de cuando en cuando, y ajustes.

—En otras palabras —dijo Nim—: que quien alteró esos contadores posiblemente vuelva.

—Exacto. Y cuando vuelva, el encargado nos lo dirá. Es un veterano que está al tanto de todo lo que ocurre. Ya ha hablado mucho; no le gustan sus patrones; parece que le han hecho alguna mala jugada. Dice que el trabajo original lo hicieron cuatro hombres, que fueron tres veces con mucho instrumental y dos camiones bien equipados. Lo que quiero es el número de matrícula de uno de esos camiones, o de los dos, y una descripción más detallada de los hombres.

Era obvio, pensó Nim, que el encargado había sido el primer informante, pero se reservó su opinión.

—Suponiendo que consigues toda la evidencia que necesitas o buena parte, ¿qué pasa entonces?

—Le damos intervención a la fiscalía del distrito y a la policía. Sé con quienes conviene estar conectado en las dos, y quién es de fiar a la hora de actuar rápidamente. Pero no todavía. Cuanta menos gente sepa lo que hemos descubierto, mejor.

—Está bien —aceptó Nim—. Suena prometedor, pero recuerda dos cosas. Primero advierte a tu hombre, ese Romeo, de que tenga cuidado. Si la operación es tan importante como dices, también puede ser peligrosa. La otra es que me tengas al corriente de todo lo que ocurra.

El jefe de protección patrimonial le dedicó una sonrisa amplia y jovial:

—¡Sí, señor!

A Nim le pareció que Harry London contenía a duras penas un elegante saludo militar.

5

La asamblea anual de accionistas de la compañía «Golden State» era tradicionalmente una reunión tranquila y hasta aburrida. Solo concurrían unos doscientos accionistas de los 540 000 que tenía la compañía; la mayoría parecía ni enterarse. Todo lo que interesaba a los ausentes, al parecer, eran los consabidos dividendos trimestrales, hasta entonces tan previsibles y confiables como las cuatro estaciones del año. Solo hasta entonces.

A las doce, dos horas antes de comenzar la asamblea anual, comenzaron a aparecer gota a gota los accionistas, que presentaban sus credenciales y entraban al salón de baile del «Hotel St. Charles», donde se habían instalado sillas para unas dos mil personas, para no quedarse cortos. A las doce y cuarto entraban ríos de gente. A las doce y media era un torrente.

Más de la mitad de los que llegaron era gente mayor; algunos caminaban con bastón, otros con muletas, una media docena llegó en sillas de ruedas. Muchos no iban bien vestidos. Muchos habían traído termos con café y bocadillos y almorzaban mientras esperaban.

El estado de ánimo de la gente que llegaba era evidente: iba del resentimiento al malhumor. La mayoría apenas si eran atentos con el personal de la «CGS» que debía comprobar las credenciales antes de permitir la entrada al salón. Algunos accionistas, demorados por ese trámite, se pusieron agresivos.

A la una, cuando todavía faltaba una hora, las dos mil sillas estaban ocupadas; había lugar solamente de pie y el flujo de gente se volvía más denso cada vez. El salón de baile era ahora una babel de ruido, con innumerables conversaciones y comentarios en grupo, y en algunos corrillos la gente levantaba la voz. Solo de vez en cuando se escuchaban palabras no ahogadas por el ruido.

—… dijo que eran acciones seguras, así que invertimos nuestros ahorros y…

—… una administración asquerosa e incompetente…

—… está muy bien para usted, le dijo al tipo que vino a leer el contador, pero de qué supondrán que voy a vivir, ¿del aire?

—… las cuentas son bastante altas, entonces, ¿por qué no pagan un dividendo a los que…

—… montón de gatos gordos en el consejo de dirección; ¿a ellos qué les importa?

—… después de todo, si nos sentamos aquí y nos negamos a irnos hasta que…

—… que metan en la cárcel a esos degenerados, digo yo; cambiarían bien pronto de…

Aunque las variantes y combinaciones eran infinitas, persistía un único tema: la administración de la «CGS» era el enemigo.

Una mesa para la prensa cerca de la entrada del salón ya estaba ocupada parcialmente, y dos periodistas andaban dando vueltas en busca de algún cuadro de interés humano. Estaban entrevistando a una mujer de pelo gris con traje de pantalón

verde claro. Había viajado cuatro días en autobús desde Tampa, Florida, «porque el autobús es más barato y no me queda mucho dinero, sobre todo ahora». Explicaba que había dejado de trabajar como vendedora cinco años atrás, y se había ido a vivir a una casa para jubilados. Con los modestos ahorros de toda una vida compró acciones en la «CGS». «Me dijeron que era tan seguro como un banco. Ahora me he quedado sin renta, así que tengo que dejar la casa y no sé adónde ir.» De su viaje a California: «No tenía dinero para venir, pero tampoco podía quedarme. Tenía que saber por qué esta gente me hace esto a mí.» Mientras las palabras brotaban emotivamente, el fotógrafo de una agencia cablegráfica tomó primeros planos de su angustia, que al día siguiente mostrarían los periódicos de todo el país.

Dentro del salón solo se permitían fotógrafos. Dos equipos de televisión acampados en el vestíbulo del hotel habían protestado ante Teresa van Buren por su exclusión. Ella les dijo:

—Se decidió que si permitíamos la entrada a las cámaras de televisión, la asamblea anual se convertiría en un circo.

—Por lo que veo ya es un circo —protestó un técnico.

Van Buren fue la primera en dar la voz de alarma cuando, poco después de las doce y media, se hizo evidente que el espacio y los asientos reservados resultarían totalmente insuficientes. Entre gente de la «CGS» y del hotel tuvo lugar una conferencia convocada a toda prisa. Se acordó abrir otro salón, de la mitad del tamaño del de baile, donde se podría hacer entrar hasta unas mil quinientas personas de la muchedumbre que desbordaba. Lo que ocurriera en el salón grande se transmitiría por un sistema de altavoces. Al momento, un equipo de empleados del hotel se dedicó a instalar sillas en el segundo salón. Pero, de inmediato, los recién llegados se opusieron:

—¡Déjense de tonterías! No me voy a sentar en un lugar de segundo orden —insistió en voz alta una mujer pesada, de cara roja—. Soy accionista, con derecho a estar en la asamblea anual, y ahí voy a estar.

Con una de sus gruesas manos empujó a un guardián de edad; con la otra quitó el cordón que impedía la entrada y entró en el salón de baile ya repleto. Algunos otros empujaron al guardián para adelantarse y la siguieron. El hombre, impotente, se encogió de hombros, volvió a colocar el cordón, y trató de desviar más gente a la otra sala.

Un hombre de expresión seria, apeló a Teresa van Buren:

—Esto es ridículo. He volado desde Nueva York y tengo que hacer preguntas en la asamblea.

—En el segundo salón habrá micrófonos —le aseguró ella—, y se escucharán las preguntas que hagan desde allí, y las contestaciones en los dos salones.

—La mayoría de esa gente son pequeños accionistas. Yo represento a diez mil acciones —dijo el hombre, mirando con disgusto a la gente que se arremolinaba.

—Yo tengo veinte, amigo, pero mi derecho vale tanto como el suyo —dijo una

voz detrás de él.

Finalmente pudieron persuadir a ambos de que fueran al otro salón.

—Tenía razón sobre los pequeños accionistas —le dijo Van Buren a Sharlett Underhill, que se le acercó un momento en el vestíbulo del hotel.

La vicepresidente de finanzas asintió:

—Mucha de la gente que está aquí tiene diez acciones o menos. Muy pocas tienen más de cien.

Nancy Molineaux, del *California Examiner*, también había estado observando la afluencia de gente. Estaba de pie cerca de las dos mujeres.

—¿Oye eso? —le preguntó Van Buren—. Es una réplica a la acusación de que somos una compañía enorme, monolítica. Esa gente que ve ahí es dueña de la compañía.

—También hay muchos grandes accionistas, gente rica —dijo la señorita Molineaux con escepticismo.

—No tanto como podría pensarse —insertó Sharlett Underhill—. Más del cincuenta por ciento de nuestros accionistas son pequeños inversores con cien o menos acciones. Y nuestro mayor accionista es un trust que representa las acciones de los empleados de la compañía; tiene el ocho por ciento de las acciones. Con las otras empresas de servicios públicos ocurre lo mismo.

La periodista no pareció impresionarse.

—Nancy, no te he visto —dijo Teresa van Buren— desde que escribiste ese artículo malo e injusto sobre Nim Goldman. ¿Era necesario hacerlo? Nim es un tipo agradable y trabajador.

Nancy Molineaux sonrió levemente; preguntó como sorprendida:

—¿No te gustó? A mi jefe le pareció buenísimo —imperturbable, continuó inspeccionando el vestíbulo del hotel; luego observó—: «Golden State» parece incapaz de hacer nada bien. Mucha de esta gente está tan disgustada con las facturas de la empresa como con sus dividendos.

Van Buren siguió la mirada de la periodista hacia donde una pequeña multitud rodeaba un escritorio en el que se atendía a los clientes. Sabiendo que muchos de sus accionistas eran a la vez clientes, en las asambleas anuales la «CGS» instalaba una oficina para solucionar en el acto cualquier consulta sobre recibos de gas y electricidad. Detrás del escritorio un trío de empleados aclaraba las quejas mientras la fila de los que esperaban se alargaba. Una voz de mujer protestó:

—No me interesa lo que me diga, ese recibo no puede estar bien. Vivo sola, no uso más electricidad que la que usaba hace dos años, pero la cuenta es el doble —consultando una pantalla de video conectada con las computadoras de cuentas, un joven empleado continuó explicándole los detalles del recibo. La mujer se mantuvo firme.

—A veces —le dijo Van Buren a Nancy Molineaux—, la misma gente quiere tarifas más bajas y dividendos más altos. Es difícil explicarles por qué no se puede

tener las dos cosas a un tiempo.

La periodista se alejó sin decir nada.

A las dos menos veinte, cuando faltaban veinte minutos para que empezara la asamblea, en el segundo salón solo había lugar de pie, y seguía llegando gente.

—Estoy preocupado, muy preocupado —le confió Harry London a Nim Goldman. Los dos estaban entre el salón de baile y el segundo salón, y el ruido que les llegaba de los dos les hacía difícil oírse.

London y algunos miembros de su personal habían sido «requeridos» en la ocasión para reforzar el personal de seguridad de la «CGS». Pocos minutos antes, J. Eric Humphrey había mandado a Nim para que le trajera una impresión personal de la escena.

El presidente, que generalmente se mezclaba con los accionistas antes de la asamblea, esta vez había sido aconsejado por el jefe de seguridad en el sentido de que no lo hiciera, a causa de la hostilidad de la gente. En ese momento, Humphrey estaba entre bambalinas, encerrado con los funcionarios y directores que lo acompañarían en la plataforma del salón de baile, a las dos.

—Estoy preocupado —repitió London—, porque me parece que va a haber violencia antes de terminar. ¿Has estado afuera?

Nim negó con la cabeza y luego, cuando el otro le hizo señas, le siguió hasta el vestíbulo de entrada del hotel y la calle. Salieron por una puerta lateral y caminaron alrededor del edificio hasta el frente.

El «Hotel St. Charles» tenía un patio donde normalmente se aparcaban los vehículos del hotel, taxis, coches particulares y autobuses. Pero ahora todo movimiento en el lugar era impedido por una muchedumbre de varios cientos de manifestantes que gritaban y agitaban canelones. Agentes de la policía municipal mantenían abierto un pasaje para peatones, además de impedir que los manifestantes avanzaran más.

Los equipos de televisión a los que no se había permitido entrar a la asamblea de accionistas, habían salido para filmar lo que ocurría.

En algunos carteles que se mantenían en alto se leía:

Apoyad luz y fuerza
para el pueblo

El pueblo exige
Tarifas de Electricidad y Gas
más bajas

Matad al Monstruo
Capitalista de la «CGS»
lfpp
exige

Propiedad pública de la «CGS»
Primero Pueblo Después las ganancias

Grupos de accionistas de la «CGS», que seguían llegando y avanzaban entre el cordón policial, leían los carteles indignados. Un hombre medio calvo, pequeño, informalmente vestido, con un audífono, se detuvo a gritar enfadado a los manifestantes:

—Soy tan «pueblo» como vosotros, y trabajé duro toda mi vida para comprar unas acciones…

Un joven pálido, con gafas, con camisa de entrenamiento de la Universidad de Stanford, se burló:

—¡Anda a que te embalsamen, capitalista codicioso!

Otro de los recién llegados, una mujer joven y atractiva, replicó:

—Quizá si alguno de ustedes trabajara más y ahorrara algo…

La ahogó un coro de: «¡Abajo los acaparadores!», y «¡El poder para el pueblo!»

La mujer se lanzó contra los que gritaban, con un puño en alto.

—¡Escuchad, vagabundos! No soy acaparadora. Soy trabajadora, estoy en un sindicato y…

«¡Acaparadora!» «¡Capitalista chupasangre!» Uno de los carteles bamboleantes descendió cerca de la cabeza de la mujer. Un sargento de policía se adelantó, dio un empujón al cartel y se llevó a la mujer, junto con el hombre del audífono, dentro del hotel. Los gritos y las burlas los siguieron. Una vez más los manifestantes trataron de avanzar; la policía se mantuvo firme.

A los equipos de televisión se habían añadido ahora periodistas de otros medios de comunicación. Nim vio entre ellos a Nancy Molineaux. Pero no tenía deseos de encontrarse con ella.

Harry London preguntó en voz baja:

—¿Alcanza a ver a su amigo Birdsong, por allá, dirigiendo todo esto?

—Nada de amigo mío —dijo Nim—. Pero sí, le veo.

La silueta voluminosa y barbuda de Davey Birdsong, con su habitual y amplia sonrisa, se veía detrás de los manifestantes. Mientras los dos observaban, Birdsong acercó un *walkie-talkie* a los labios.

—Probablemente habla con alguien que está dentro —dijo London—. Ya ha entrado y salido dos veces; tiene una acción a su nombre. Lo he comprobado.

—Una acción es suficiente —señaló Nim—. Le da a cualquiera el derecho de asistir a la asamblea anual.

—Lo sé. Y probablemente algunos otros de los suyos tienen lo mismo. Han planeado algo. Estoy seguro.

Nim y London volvieron a entrar en el hotel, sin que los vieran. Afuera, los manifestantes parecían más ruidosos que nunca.

En un pequeño salón de conferencias privado, que daba a un corredor detrás del escenario del salón de baile, J. Eric Humphrey caminaba incansable, revisando todavía el discurso que iba a pronunciar en breve. En los últimos tres días se habían escrito y vuelto a escribir una docena de borradores, el último hacía una hora. Aún ahora, mientras caminaba pronunciando las palabras en silencio y pasando las hojas, hacía una pausa de vez en cuando para cambiar algo con lápiz.

Por respeto a la concentración del presidente, los otros presentes, Sharlett Underhill, Oscar O'Brien, Stewart Ino, Ray Paulsen y una media docena de directores, se habían callado, y uno o dos de ellos preparaban copas en el bar portátil.

Las cabezas se volvieron al abrirse una puerta. Se vio a un guardián y, detrás de él, a Nim, que entró y cerró la puerta.

—¿Y bien? —dijo Humphrey dejando las hojas del discurso.

—Parece un motín —Nim describió escuetamente lo que había visto en el salón de baile, el segundo salón y la calle.

—¿Hay alguna manera de posponer la asamblea? —preguntó nerviosamente el director.

Oscar O'Brien movió la cabeza terminante.

—Ni pensarlo. Se convocó legalmente. Debe llevarse a cabo.

—Además —dijo Nim—, si lo hicieran se produciría un gran desorden.

—Puede que se produzca de todos modos —dijo el mismo director.

El presidente fue hasta el bar y se sirvió un vaso de soda, con ganas de que fuera *whisky*, pero obedeciendo su propia regla de que los funcionarios no debían beber en horas de trabajo. Dijo, irritado:

—Sabíamos de antemano que esto iba a pasar, de modo que no tiene sentido hablar de postergaciones. Sencillamente, hay que sacarle el mejor partido posible —después de beber, añadió—: Esa gente tiene derecho a estar enfadada con nosotros por los dividendos. Yo sentiría lo mismo que ellos. ¿Qué se le puede decir a gente que ha invertido todo su dinero en lo que creyó seguro, y repentinamente descubre que en realidad no lo es?

—Se podría intentar decirles la verdad —dijo Sharlett Underhill, la cara roja de rabia—. La verdad es que en todo el país no hay ni un lugar donde los trabajadores y la gente que ahorra puedan invertir su dinero con la seguridad de conservar su valor. Por supuesto, no en compañías como la nuestra; y tampoco en bancos o en títulos cuyo interés no crece a la par de la inflación provocada por el gobierno. No ya desde que los charlatanes y bandidos de Washington devaluaron el dólar y lo siguen haciendo, sonriendo como idiotas mientras nos llevan a la ruina. Nos han dado papel sin respaldo, salvo el de las promesas sin valor de los políticos. Nuestras instituciones financieras se desmoronan. Los seguros bancarios —el FDIC— son una fachada. La Seguridad Social es un fraude en bancarrota; si fuera una empresa privada, los que la dirigen estarían en la cárcel. Y a las compañías sanas, decentes, eficientes como la

nuestra, las ponen contra la pared y las obligan a hacer lo que hemos hecho nosotros y a asumir injustamente la responsabilidad.

Hubo murmullos de aprobación, alguien aplaudió y el presidente dijo secamente:

—Sharlett, quizá sería mejor que usted pronunciara el discurso en mi lugar —y añadió pensativo—: Claro que todo lo que dice es cierto. Desgraciadamente, la mayoría de los ciudadanos no está preparada para escuchar y aceptar la verdad; no todavía.

—Como dato interesante, Sharlett —preguntó Ray Paulsen—, ¿dónde guardas tus ahorros?

—En Suiza, uno de los pocos países con cordura financiera —respondió bruscamente la vicepresidente de finanzas—, y las Bahamas, en monedas de oro y francos suizos, el único dinero seguro que queda. Si todavía no lo han hecho, les aconsejo hacerlo ya.

Nim miró el reloj. Fue a la puerta y la abrió:

—Falta un minuto para la hora. Hay que ir.

—Ahora sé —dijo Eric Humphrey— cómo se sentían los cristianos cuando tenían que enfrentarse a los leones.

Los gerentes y los directores subieron a la plataforma rápidamente, en fila de uno a uno; el presidente se dirigió directamente al podio con atril, los otros a las sillas a su derecha. Mientras lo hacían, en el salón se calmó un poco el bullicio. Luego, cerca del frente, voces aisladas abuchearon. Inmediatamente siguieron muchos otros hasta que una cacofonía de abucheos e insultos atronó el salón. En el podio, J. Eric Humphrey se mantuvo impasible, a la espera de que se calmara ese coro. Cuando amainó algo, se inclinó hacia el micrófono que tenía delante.

—Señoras y señores, mis palabras de apertura sobre el estado de nuestra compañía serán breves. Sé que muchos de ustedes están ansiosos de hacer preguntas.

Las palabras que siguieron quedaron ahogadas en otro tumulto. Se distinguían gritos de «¡Al diablo si tiene razón…! ¡Empiecen con las preguntas ya…! ¡Basta de tonterías…! ¡Hablen de los dividendos!»

Cuando pudo hacerse oír nuevamente, Humphrey replicó:

—Por supuesto que hablaré de dividendos, pero primero hay algunas sugerencias que…

—¡Señor presidente, señor presidente, una cuestión de orden!

Una voz nueva, desconocida, retumbaba por el sistema de altavoces. Simultáneamente se encendió una luz roja sobre el atril del presidente, indicando que se estaba utilizando un micrófono del segundo salón.

Humphrey habló en voz bien alta por su propio micrófono:

—¿Cuál es su cuestión de orden?

—Objeto, señor presidente, la manera en que…

—Dé su nombre, por favor —interrumpió Humphrey.

—Me llamo Homer F. Ingersoll. Soy abogado y represento trescientas acciones

mías y doscientas de un cliente.

—¿Cuál es su cuestión de orden, señor Ingersoll?

—Empecé a decírselo, señor presidente. Objeto la manera inadecuada e ineficiente con que se ha organizado esta asamblea; el resultado es que yo y muchos otros nos hemos visto relegados, como ciudadanos de segunda clase, a otro salón donde no podemos participar adecuadamente…

—Pero usted está participando, señor Ingersoll. Lamento que hoy la inesperada afluencia de accionistas…

—Estoy planteando una cuestión de orden, señor presidente, y no he terminado.

Cuando la voz tonante volvió a retumbar, Humphrey dijo con resignación:

—Termine con su cuestión de orden; pero rápido, por favor.

—Quizá no lo sepa, señor presidente, pero ahora hasta este segundo salón está atestado y muchos accionistas han quedado fuera y no pueden entrar a ninguno de los dos locales. Hablo por ellos, porque se les está privando de sus derechos.

—No —admitió Humphrey—, no lo sabía. Lo lamento de veras y acepto que nuestros preparativos han sido inadecuados.

En el salón de baile una mujer se levantó y gritó:

—¡Tendrían que dimitir todos! No pueden ni siquiera organizar una asamblea anual.

—¡Sí, que dimitan! ¡Dimisión! —se hicieron eco otras voces.

Eric Humphrey apretó los labios por un momento y, cosa inusual en él, pareció nervioso. Luego, con un esfuerzo evidente, se controló e intentó proseguir.

—La concurrencia de hoy, como muchos de ustedes saben, no tiene precedentes.

—¿Tampoco la tiene la supresión del pago de dividendos? —dijo una voz estridente.

—Solo puedo decirles, había pensado decirlo más adelante, pero lo diré ahora, que la suspensión del pago es una medida que yo y los otros directores tomamos de muy mala gana…

—¿Intentó rebajar su pingüe salario? —dijo la misma voz.

—… y comprendiendo en toda su extensión la desdicha, quizá la penuria, que…

En ese momento ocurrieron varias cosas a un tiempo.

Un tomate grande, blando, certeramente dirigido, dio en la cara del presidente. Estalló, dejando una mezcolanza de jugo y pulpa que le resbaló por la cara, el traje y la pechera de la camisa.

Como a una señal, lo siguió una andanada de tomates y huevos, salpicando el escenario y el podio del presidente. Mucha gente se puso de pie; muchos reían, pero otros que miraban a su alrededor para descubrir quiénes tiraban, parecían impresionados y desaprobadores. Al mismo tiempo se oía un barullo nuevo; otras voces crecían muy cerca, fuera.

Nim, también de pie, casi en el centro del salón donde se había ubicado cuando el grupo de directores ocupó el escenario, buscaba el origen de la descarga, listo para

intervenir si lo descubría. Casi en seguida vio a Davey Birdsong. Tal como había estado haciendo antes, el líder de la *lfpp* hablaba por su *walkie-talkie*; Nim comprendió que daba órdenes. Trató de abrirse paso hasta Birdsong, pero le fue imposible. A esas alturas en el salón reinaba una confusión total.

Repentinamente, Nim se encontró frente a Nancy Molineaux. Durante un momento, se mostró insegura.

—Supongo que estará encantada con todo esto —dijo él, encolerizado—; podrá describirlo con su inquina de siempre.

—Solo trato de ser objetiva, Goldman —nuevamente segura de sí misma, la señorita Molineaux sonrió—. Hago investigaciones periodísticas siempre que lo juzgo necesario.

—¡Sí, investigaciones parciales, prejuiciosas! —impulsivamente señaló a Davey Birdsong y a su *walkie-talkie*—. ¿Por qué no investiga a ése?

—Deme una buena razón para que lo haga.

—Creo que está provocando este alboroto.

—¿Está seguro de que es así?

—No —confesó Nim.

—Entonces, permita que le diga algo. Tanto si él ha ayudado como si no, el disturbio tiene lugar porque mucha gente cree que la «Golden State» no está bien administrada. ¿O es que usted nunca se enfrenta con la realidad?

Nancy Molineaux se alejó con una mirada despectiva para Nim.

El ruido aumentó aún más, y a la confusión del salón de baile se sumó una falange de recién llegados. Detrás de ellos había todavía más gente, algunos portadores de letreros y carteles contra la «CGS».

Lo que había ocurrido, según se supo luego, fue que algunos de los accionistas que no habían podido entrar a ninguno de los dos salones habían instado a otros a que se les unieran para forzar la entrada del salón principal. Juntos habían hecho a un lado las barreras improvisadas y habían superado a los guardianes y otro personal de la «CGS».

Casi al mismo tiempo la muchedumbre de manifestantes delante del hotel había arremetido contra los cordones de policía y los había roto. Los manifestantes entraron como un torrente, dirigiéndose al salón de baile, donde se unieron a los accionistas invasores.

Como Nim sospechaba, aunque sin poder probarlo, Davey Birdsong dirigía todos los movimientos, empezando con la andanada de tomates, dando órdenes por su *walkie-talkie*. El *lfpp* no solo había preparado la manifestación en la calle, sino que se había infiltrado en la asamblea de accionistas mediante el recurso simple y legítimo, de hacer que una docena de sus miembros, incluyendo a Birdsong, compraran una acción de la «CGS» varios meses atrás.

En el tumulto que siguió, solo unos pocos oyeron a J. Eric Humphrey anunciar por el sistema de altavoces:

—La asamblea es aplazada. Se reunirá de nuevo dentro de, aproximadamente, media hora.

6

Karen dirigió a Nim la misma sonrisa radiante que él recordaba tan bien del primer encuentro. Luego dijo, comprensiva:

—Sé que ésta ha sido una semana difícil para usted. He leído la asamblea anual de su compañía y he visto algo en la televisión.

Instintivamente, Nim hizo una mueca. El reportaje de la televisión se había centrado en los aspectos tumultuosos, sin tomar en cuenta las complejas cuestiones ventiladas durante cinco horas de trabajo —preguntas, debates, votación de resoluciones— que habían seguido al forzado aplazamiento. (Para ser justos, pensó Nim, las cámaras de televisión solo podían hacer tomas exteriores, y hubiera sido mejor dejarlas entrar.) Durante la media hora de descanso, se restableció el orden y luego se pudo realizar una sesión maratoniana de trabajo. Al final nada cambió, salvo que todos los participantes estaban cansados y que mucho de lo que debía decirse salió a la superficie. Para sorpresa de Nim, al día siguiente el comentario más comprensivo y equilibrado de los hechos apareció en el *California Examiner*, bajo la firma de Nancy Molineaux.

—Si no le importa —le dijo a Karen—, querría olvidarme de nuestro circo anual durante un rato.

—Considérelo borrado, Nimrod. ¿Qué es una asamblea anual? Jamás he oído hablar de una asamblea.

Él rio y luego dijo:

—Su poesía me gustó. ¿Ha publicado algo?

Ella sacudió la cabeza, y eso le recordó nuevamente que, sentada en la silla de ruedas frente a él, era la única parte de su cuerpo que podía mover.

Había ido a verla en parte porque sentía necesidad de salir, aunque fuera brevemente, de la barahúnda de la «CGS». También necesitaba mucho ver a Karen Sloan, un deseo aumentado ahora por su encanto y notable belleza. Era tal como la recordaba: el pelo rubio resplandeciente, largo hasta los hombros, la cara de proporciones perfectas, los labios gruesos e impecables, el cutis opalescente.

Por un instante, Nim se preguntó si se estaría enamorando. Si fuera así, significaría un cambio, pensó. En muchos casos había gozado la relación sexual sin amor. Pero con Karen sería amor sin sexo.

—Escribo poesía por placer —dijo Karen—. Cuando entró estaba trabajando en un discurso.

Él ya había notado la máquina de escribir eléctrica detrás de ella. Contenía una hoja parcialmente escrita. Al lado, sobre la mesa, había otros papeles diseminados.

—¿Discurso para quién? ¿Y sobre qué?

—Para una convención de abogados. Un grupo de abogados del Estado está trabajando en un informe sobre las leyes para lisiados de casi todos los estados y de otros países. Algunas leyes funcionan bien; otras no. Yo las he estudiado.

—¿Usted les habla a los abogados sobre leyes?

—¿Por qué no? Los abogados se dejan envolver por la teoría. Necesitan una persona práctica que les diga lo que ocurre realmente bajo las leyes y reglamentaciones. Por eso me llamaron; además, ya lo he hecho antes. En general, voy a hablar de para y cuadripléjicos, y también aclararé algunos conceptos erróneos.

—¿Qué errores?

Mientras hablaban se oían ruidos en la habitación contigua. Cuando Nim la llamó por teléfono esa mañana, Karen le había invitado a almorzar. Ahora, Josie, la ayudanta y ama de llaves que Nim conoció en su primera visita, estaba preparando la comida.

—Antes de contestar —dijo Karen—, me empieza a molestar la pierna derecha. ¿Me hace el favor de moverla?

Él se levantó y se acercó inseguro a la silla de ruedas. Karen tenía la pierna derecha cruzada sobre la izquierda.

—Póngalas al revés. La izquierda sobre la derecha, por favor —lo dijo objetivamente, y Nim extendió la mano, notando que las piernas, cubiertas por medias de nylon, eran esbeltas y atractivas. Y eran cálidas, momentáneamente excitantes al tacto.

—Gracias —reconoció Karen—. Tiene manos suaves —cuando él pareció sorprenderse, ella añadió—: Ese es uno de los errores.

—¿Cuál?

—Que los paralíticos están privados de sensaciones normales. Es cierto que algunos no sienten ya nada, pero los casos de polio, como el mío, pueden conservar su sensibilidad intacta. De modo que, aunque no puedo mover mis miembros, tengo tantas sensaciones como cualquiera. Por eso, una pierna o un brazo pueden molestarme o «dormirse», y necesitar que los cambie de posición, como acaba de hacer usted.

—Tiene razón —confesó él—. Supongo que yo también pensaba como usted dice, inconscientemente.

—Ya sé —sonrió con picardía—. Pero sentí sus manos sobre mis piernas y, por si le interesa, más bien me gustó.

Un pensamiento súbito y sorprendente le asaltó; lo desechó y dijo:

—Dígame algún otro error.

—Que a los cuadripléjicos no debe pedírseles que hablen de lo que les pasa. Le sorprendería saber cuántas personas son contrarias a tener contacto con nosotros, o se sienten molestos y hasta asustados.

—¿Ocurre a menudo?

—Siempre. La semana pasada mi hermana Cynthia me llevó a un restaurante a almorzar. El camarero anotó el pedido de Cynthia y luego, sin mirarme, preguntó: «¿Y *ella,* qué va a comer?» Cynthia, Dios la bendiga, dijo: «¿Por qué no se lo pregunta a ella?» Pero aun así, cuando le hice el pedido, no me miró a la cara.

Nim se quedó en silencio, luego le cogió la mano y la retuvo entre las suyas.

—Me da vergüenza por todos.

—No lo haga. Me compensa por muchos otros, Nimrod.

—La última vez que estuve aquí me habló un poco de su familia —dijo él, dejando su mano.

—Hoy no necesito hacerlo, porque les va a conocer; por lo menos a mis padres. Espero que no le moleste, pero van a venir después del almuerzo. Es el día libre de mi madre y mi padre está haciendo un trabajo de fontanería no muy lejos de aquí.

Sus padres, explicó Karen, pertenecían a familias austríacas, y a mediados de los años treinta, aún adolescentes, llegaron a los Estados Unidos como inmigrantes, mientras sobre Europa se cernían nubes de tormenta. Se conocieron en California, se casaron y tuvieron dos hijas: Cynthia y Karen. El nombre de la familia del padre era Slonhausen, y fue adaptado al inglés como Sloan cuando se naturalizó. Karen y Cynthia sabían poco de su país de origen, y crecieron como chicas americanas nativas.

—¿Entonces Cynthia es mayor?

—Tres años mayor, y muy hermosa. La hermana mayor. Quiero que algún otro día la conozca.

Los ruidos de la cocina cesaron y apareció Josie, trayendo un carrito cargado. Colocó una mesita plegable delante de Nim y una bandeja en la silla de ruedas de Karen. Sirvió el almuerzo del carrito. Salmón frío con una ensalada y pan francés caliente. Josie sirvió vino en dos copas: un «Louis Martini Pinot Chardonnay» frío.

—No puedo tomar vino todos los días —dijo Karen—; pero hoy es un día especial, porque ha vuelto.

—¿Le doy la comida o lo hará el señor Goldman? —preguntó Josie.

—Nimrod —preguntó Karen—, ¿le gustaría hacerlo?

—Sí —dijo él—, aunque si me equivoco tendrá que enseñarme.

—En realidad no es difícil. Cuando abro la boca, mete la comida. Lo único es que tendrá que trabajar el doble que para comer usted solo.

Con una mirada a Karen y una sonrisa de inteligencia, Josie volvió a la cocina.

—Ya ve —dijo Karen mientras almorzaban, y después de un sorbo de vino—, lo hace muy bien. ¿Me seca los labios, por favor? —lo hizo con una servilleta cuando ella levantó la cabeza hacia él.

Mientras alimentaba a Karen pensó que existía una extraña sensación de intimidad en lo que estaban haciendo juntos, un compartir y una proximidad nuevos en su experiencia; incluso un poco de sensualidad.

Cerca del final de la comida, la sensación de intimidad se había acentuado con el vino, y ella dijo:

—Le he contado muchas cosas de mí. Ahora cuénteme algo de usted.

Él comenzó un poco distraídamente, hablando de su ambiente: niñez, familia, trabajo, matrimonio con Ruth, los hijos, Leah y Benjy. Luego, llevado por las

preguntas de Karen, reveló sus dudas actuales: sobre sus sentimientos religiosos y si se prolongarían en sus hijos; el curso de su propia vida; el futuro, si es que lo había, de su matrimonio.

—Ya basta —dijo por fin—, no he venido para aburrirla.

—No creo que jamás pudiera aburrirme, Nimrod —dijo Karen, sonriendo y moviendo la cabeza—. Usted es una personalidad compleja, y la gente compleja es la más interesante. Aparte de eso, usted me gusta más que cualquier otra persona que haya conocido en mucho tiempo.

—Lo mismo que siento por usted —dijo él.

La sangre afluyó a las mejillas de Karen:

—Nimrod, ¿te gustaría besarme?

Mientras él se levantaba y cruzaba el breve espacio que los separaba, le contestó tiernamente:

—Tengo muchas ganas.

Los labios de ella eran cálidos y amantes; fue un largo beso. Ninguno quería separarse. Nim movió los brazos con la intención de abrazar a Karen. Entonces oyó el agudo sonido del timbre, al que siguió el de una puerta que se abría, y voces; la de Josie y otros. Nim dejó caer los brazos, y se alejó.

—¡Bendito sea Dios! —susurró Karen, bajito—, ¡Qué mal momento! —luego llamó—: ¡Pasad! —y un momento después los presentaba—: Nimrod, mis padres.

Un hombre mayor, de aspecto digno, de pelo espeso, gris y ensortijado, y rostro curtido, le tendió la mano. Cuando habló, su voz sonó profunda y gutural, aún evidente el origen austríaco:

—Soy Luther Sloan, señor Goldman. Mi esposa, Henrietta. Karen nos ha hablado de usted y le hemos visto en la televisión.

La mano que Nim estrechó era la de un obrero, ruda y callosa, pero daba la impresión de haber sido bien cuidada; las uñas estaban limpias. Aunque Luther Sloan llevaba un mono en el que había señales del trabajo que acababa de dejar, también mostraba que lo cuidaba, y había sido cuidadosamente remendado en varios lugares.

La madre de Karen le estrechó las dos manos y dijo:

—Es usted muy amable al visitar a nuestra hija. Sé que ella sabe apreciarlo. Nosotros también. —Era una mujer pequeña y cuidada, modestamente vestida, que se peinaba con un anticuado moño; parecía ser mayor que el marido. Alguna vez, pensó Nim, debió ser hermosa, lo que explicaba la belleza de Karen, pero el rostro estaba envejecido y los ojos delataban tensión y cansancio. Nim supuso que esos rastros estaban allí desde hacía tiempo.

—Vengo por una razón muy simple —le aseguró—. Gozo con la compañía de Karen.

Cuando Nim volvió a su silla y los Sloan se sentaron, Josie trajo una cafetera y cuatro tazas. La señora Sloan sirvió y ayudó a Karen con la suya.

—Papá —dijo Karen—, ¿cómo anda el trabajo?

—No tan bien como quisiera —suspiró Luther Sloan—. Los materiales cuestan mucho, cada día más; usted sabrá algo de eso, señor Goldman. De modo que cuando cobro lo que me cuestan a mí y agrego mi trabajo, la gente cree que los estafo.

—Lo sé —dijo Nim—. En la «Golden State» nos acusan de lo mismo por las mismas razones.

—Pero su compañía es fuerte y puede aguantarlo. Mi negocio es muy pequeño. Tengo tres empleados, señor Goldman, y yo también trabajo, y hay días que le aseguro que casi no vale la pena. Particularmente con los formularios del gobierno, que cada vez son más, y me pregunto para qué quieren saber la mitad de esas cosas. Paso las noches y los fines de semana llenando formularios y nadie me paga por eso.

—Luther, no es necesario informar a todo el mundo de nuestros problemas —le reprochó Henrietta Sloan a su marido.

—Me pregunta cómo anda el negocio. Digo la verdad —dijo él, encogiéndose de hombros.

—De todos modos, Karen —dijo Henrietta—, nada de eso te debe preocupar, ni impedirá que tengas tu camioneta. Ya casi tenemos bastante dinero para un primer pago, y luego pediremos prestado el resto.

—Madre —protestó Karen—, ya os he dicho que no hay ninguna prisa. Me arreglo para salir. Josie me acompaña.

—Pero no tan a menudo como podrías, ni tan lejos como quisieras —la madre apretó los labios con firmeza—. Tendrás tu camioneta. Te lo prometo, querida. Pronto.

—Yo también he estado pensando en eso —dijo Nim—. La última vez que vine, Karen mencionó que quería una camioneta en la que pudiera llevar la silla de ruedas y que Josie pudiera conducir.

—¿Van a dejar de preocuparse de una vez? ¡Por favor! —dijo con firmeza Karen.

—No es una preocupación. Pero sí recordé que nuestra compañía, la «CGS», a menudo tiene pequeñas camionetas que vende cuando las ha usado un año o dos, y las reemplaza por nuevas. Muchas están en buenas condiciones. Si usted quiere, puedo pedirle a alguien de nuestro personal que esté atento por si hay algo que pueda resultar una buena ocasión.

—Eso sería una gran ayuda —el rostro de Luther Sloan se iluminó—. Claro que por buena que sea la camioneta, habrá que adaptarla para que pueda transportar la silla fácilmente.

—Quizá también podamos ayudar en eso —dijo Nim—. No lo sé, pero lo averiguaré.

—Le daremos nuestro número de teléfono —le dijo Henrietta—. Si hay novedades, puede llamarnos.

—Nimrod —dijo Karen—, es usted maravillosamente bueno.

Siguieron conversando tranquilamente hasta que, mirando el reloj, Nim se sorprendió del tiempo que había pasado allí y anunció que tenía que irse.

—Nosotros también —dijo Luther Sloan—. Estoy cambiando algunas tuberías de gas en un edificio viejo por aquí cerca, para su gas, señor Goldman, y hay que terminar el trabajo hoy.

—Y si pensáis que yo no tengo nada que hacer —terció Karen—, tengo que terminar un discurso.

Sus padres se despidieron cariñosamente. Nim les siguió. Antes de salir, él y Karen quedaron solos brevemente y él la besó por segunda vez, con intención de hacerlo en la mejilla, pero ella volvió la cabeza para que sus labios se encontraran. Con una sonrisa deslumbrante, le murmuró:

—Ven otra vez, pronto.

Los Sloan y Nim bajaron solos en el ascensor; los tres se quedaron callados un momento, todos dominados por sus pensamientos privados. Luego Henrietta dijo serenamente:

—Tratamos de hacer lo mejor que podemos por Karen. A veces querríamos que fuera más —la tensión y el cansancio que Nim había observado antes, quizá más bien una sensación de derrota, aparecieron en sus ojos nuevamente.

—No creo que Karen lo sienta así —dijo Nim suavemente—. Por lo que ella me ha dicho, aprecia el apoyo que le dan y todo lo que hacen por ella.

Henrietta sacudió la cabeza enfáticamente, acentuando el movimiento con el del moño que le caía sobre la nuca.

—Todo lo que hagamos es lo mínimo que podemos hacer. Aun así, es muy poco para compensarla por lo que le ocurrió, por lo que nosotros hicimos, hace mucho tiempo.

Luther apoyó una mano cariñosa sobre el brazo de su mujer.

—*Liebchen*, lo hemos hablado tantas veces. No te tortures. No se gana nada, solo sirve para hacerte daño.

—Tú piensas lo mismo. Sabes que es así —dijo ella, volviéndose hacia él bruscamente.

Luther suspiró; luego, abruptamente, le preguntó a Nim:

—¿Karen le dijo que tuvo polio?

—Sí —asintió él.

—¿Le dijo cómo? ¿Y por qué?

—No. Bueno, no exactamente.

—Generalmente no lo dice —añadió Henrietta.

Habían llegado a la planta baja y salieron del ascensor deteniéndose en el pequeño vestíbulo solitario, mientras Henrietta Sloan continuaba:

—Karen tenía quince años; todavía estaba en la escuela secundaria. Era una alumna sobresaliente; tomaba parte en las competiciones deportivas de la escuela. Su futuro prometía ser muy bueno.

—Lo que mi esposa está tratando de aclarar es que ese verano —dijo Luther— los dos habíamos decidido ir a Europa. Íbamos con otras personas de la iglesia

luterana en un peregrinaje religioso a lugares santos. Habíamos decidido que mientras estuviéramos afuera Karen iría a un campamento de verano. Nos dijimos que le haría bien pasar un tiempo en el campo; además, nuestra hija Cynthia había ido al mismo campamento dos años antes.

—La verdad es —dijo Henrietta— que pensamos más en nosotros que en Karen.

Su marido continuó como si no le hubiera interrumpido:

—Pero Karen no quería ir al campamento. Estaba saliendo con un chico; él se quedaba en la ciudad. Karen quería pasar el verano en casa y estar cerca de él. Pero Cynthia ya se había ido; Karen se hubiera quedado sola.

—Karen insistió e insistió —dijo Henrietta—. Dijo que no le importaba quedarse sola, y que, en cuanto al muchacho, podíamos confiar en ella. Hasta dijo que tenía una premonición: que si iba donde nosotros queríamos algo saldría mal. Nunca lo he olvidado. Jamás lo olvidaré.

Su propia experiencia le dio una idea a Nim de la escena que le describían: los Sloan como padres jóvenes; Karen apenas salida de la infancia, y las voluntades fuertes en pugna, los tres tan distintos de lo que eran ahora.

Una vez más Luther reanudó la narración, hablando rápido, como si deseara terminar:

—El resultado fue que tuvimos una pelea de familia, nosotros dos por un lado, Karen por el otro. Nosotros insistimos en que fuera al campamento, y al final fue. Mientras estaba allá y nosotros en Europa, hubo una epidemia de polio. Karen fue una de las víctimas.

—Si se hubiera quedado en casa —empezó Henrietta—, como ella quería…

—¡Basta ya! —interrumpió su marido—. Estoy seguro de que el señor Goldman ya se hace una idea.

—Sí —dijo Nim suavemente—. Creo que sí —estaba recordando los versos que Karen le había escrito después de la electrocución de Wally Talbot.

Ahora lo comprendía mejor. Luego, suponiendo que debía decir algo, aunque no sabía qué, añadió:

—No veo por qué seguir culpándose por circunstancias…

Una mirada de Luther y un «por favor, señor Goldman», le hicieron callar. Nim comprendió lo que debió haber sabido instintivamente: no había nada más que decir; ya habían considerado esos argumentos y los habían rechazado enfáticamente. No había manera, y nunca la hubo, de aliviar ni por un instante la carga de culpa que llevaban sobre su espíritu.

—Henrietta tiene razón —dijo Luther—. En realidad pienso como ella. Los dos nos llevaremos nuestra culpa a la tumba.

—Comprenderá entonces lo que quiero decir con eso de que todo lo que hagamos, incluso trabajar para comprarle una camioneta a Karen, en realidad no es nada —añadió la mujer.

—No es que no sea nada —dijo Nim—. Aunque todo lo otro sea cierto, es mucho

más que eso.

Del vestíbulo de la casa de apartamentos pasaron fuera, a la calle. El coche de Nim estaba aparcado a pocos metros de allí.

—Gracias por contarme todo esto —les dijo—. Trataré de hacer algo por la camioneta, lo más pronto que pueda.

Tal como Nim se había acostumbrado a esperar, dos días después llegaron algunos poemas de Karen.

¿Cuando joven
Corriste alguna vez por las aceras
Jugando
A esquivar las grietas?
¿O mucho después,
Nadaste entre dos aguas
O anduviste en la cuerda floja,
Temiendo y a la vez buscando,
El desastre de la caída?

¿«Desastre», he dicho?
¡Palabra aberrante!
Porque hay otras caídas y castigos
No enteramente catastróficos,
Amortiguados por alegrías y
Gloria generosas.
Enamorarse es una de ellas.

Pero la sabiduría advierte:
Una caída es una caída
Con secuelas de daño y dolor
Tan solo demoradas, no evitadas.
¡Bah, bah!
¡Abajo la sabiduría!
Hurra por las baldosas rotas,
La cuerda floja y el agua.
¿Quién es ahora sabio, o quiere serlo?
Yo no.
¿Y tú?

7

El tema era Tunipah.

—Hablarle de algo al gobernador de este estado —declaró J. Eric Humphrey con su duro acento bostoniano— tiene aproximadamente el mismo efecto que meter la mano en un cubo de agua. En cuanto uno saca la mano, el agua vuelve a quedar como antes, como si la mano nunca hubiera estado dentro.

—Salvo que la mano queda mojada —señaló Ray Paulsen.

—Húmeda —corrigió el presidente.

—Se lo advertí —dijo Teresa van Buren—. Se lo advertí justo después del apagón, hace dos meses. Le advertí que la gente olvida pronto, que la gente, incluso los políticos, olvidarían la falta de energía y sus causas.

—Lo que le sucede al gobernador no es cuestión de falta de memoria —le aseguró Oscar O'Brien. El consejero general había estado con Eric Humphrey en las últimas sesiones de la legislatura, en las que se discutieron las propuestas de nuevas plantas de energía, incluyendo Tunipah. Continuó—: Nuestro gobernador tiene un solo defecto: quiere ser presidente de los Estados Unidos. Lo desea tanto, que ya le ha cogido el gusto.

—¿Quién sabe? Quizá fuera un buen presidente —dijo Nim Goldman.

—Quizá, después de todo —admitió O'Brien—. Pero, mientras tanto, California no tiene timonel, está encallada con un jefe de estado que no toma posición ni llega a decisiones. No quiere ofender ni a un solo votante en la nación.

—Descontando una pequeña exageración —dijo Eric Humphrey—, ahí está la esencia de nuestro problema.

—Además —agregó O'Brien, exhalando el humo del cigarro—, lo mismo se aplica, por razones similares aunque diferentes, a todas las otras figuras públicas de Sacramento.

Los cinco estaban en la sede de la «Golden State», en las oficinas del presidente, reunidos en la salita de recepción.

Menos de dos semanas más tarde comenzarían los debates públicos sobre la planta generadora de Tunipah, a carbón y de gran poder. Y si bien el proyecto era vital para California, punto de vista en el que coincidían el gobernador, sus asesores y legisladores, por razones políticas nadie apoyaría el proyecto Tunipah. La empresa, a pesar de la fuerte oposición, debería «arreglárselas por sí misma».

Otra cosa que el gobernador había rechazado era la solicitud de la «CGS» de que, en vista de la urgencia, varios departamentos administrativos que tendrían que ver con la licencia para Tunipah, celebraran reuniones comunes. Por el contrario, se seguirían los trámites normales. Eso significaba una larga serie de presentaciones y discusiones agotadoras ante cuatro departamentos distintos, cada uno ocupado de aspectos diferentes que a menudo se superponían.

—¿Es posible que el gobernador, o algún otro, cambie de opinión? —preguntó

Teresa van Buren.

—Solo si esos degenerados creen que van a sacar alguna ventaja —gruñó Ray Paulsen—. Y no la van a cambiar —últimamente Paulsen se había amargado más y más ante el frustrante retraso a la hora de conseguir la aprobación de los proyectos. Como director ejecutivo a cargo del suministro de energía, le correspondería en el futuro la impopular tarea de decretar los cortes cuando fueran necesarios.

—Ray tiene razón —admitió O'Brien—. Todos sabemos que la pandilla de Sacramento nos dejó colgados con la planta nuclear; extraoficialmente admitían la necesidad de instalar plantas nucleares, pero no tenían el valor de decirlo en voz alta.

—Bien —dijo Eric Humphrey, cortante—, tanto si nos gusta como si la despreciamos, la actitud se repite de nuevo. Ahora ocupémonos de los debates sobre Tunipah. Tengo que intercambiar algunas ideas con ustedes. Quiero que nuestra participación en esos debates sea de la más alta categoría. Nuestra presentación debe ser objetiva, razonada, tranquila y digna. En los turnos de preguntas las respuestas de nuestros representantes también lo serán, acentuando la cortesía y la paciencia. Como parte de su táctica, la oposición tratará de provocarnos. Debemos resistirnos a aceptar esa provocación, y toda nuestra gente debe ser instruida al respecto.

—Así se hará —dijo Oscar O'Brien.

—Recuerde que eso se refiere también para usted —dijo Ray Paulsen, mirando a Nim sombríamente.

—Ya estoy practicando la moderación, Ray —dijo Nim, sonriendo—; en este preciso momento.

Ninguno de los dos había olvidado su enfrentamiento en la reunión de la administración, en la que Nim y Van Buren habían favorecido una línea dura en cuanto a informar a la gente de los problemas de la empresa, y Paulsen y la mayoría a lo contrario. A juzgar por las instrucciones del presidente, la «línea moderada» se mantenía.

—¿Todavía crees, Oscar —preguntó Eric Humphrey—, que es necesario que yo aparezca personalmente en esos debates?

—Sí, sin duda alguna —asintió O'Brien.

Era obvio que detrás de la pregunta estaba el deseo de Humphrey de evitar ser objeto de la atención pública. Durante los últimos diez días habían estallado dos bombas más en instalaciones de la «CGS»; ninguna había causado daños mayores, pero habían servido para recordarles que la empresa y su personal seguían en peligro. El día anterior, sin ir más lejos, una llamada telefónica a una emisora de radio declaraba que más miembros de la administración de Pis y Saliva «Golden State» recibirían en breve el castigo de sus delitos.

—Prometo que será una aparición breve, Eric —añadió O'Brien—, pero necesitamos que hagas unas declaraciones públicas.

Nim pensó, con un humor agrio, que, como de costumbre, la estrategia de no mostrarse mucho no se le aplicaría a él. En los próximos debates Nim aparecería

como testigo principal; y, mientras otros de la empresa testificarían sobre cuestiones técnicas, Nim expondría el alcance general del proyecto Tunipah. Oscar O'Brien actuaría como moderador.

Nim y O'Brien ya habían hecho varios ensayos con la intervención de Ray Paulsen.

Mientras trabajaban con O'Brien, Paulsen y Nim suprimieron su antagonismo habitual, y por momentos habían estado casi amables.

Nim aprovechó la circunstancia para hablar con Paulsen del tema de la camioneta para Karen, porque transporte era un departamento subordinado a suministro de energía.

A Nim le sorprendió que Paulsen se mostrara interesado y servicial. Antes de las cuarenta y ocho horas había localizado una camioneta adecuada, que se pondría a la venta próximamente. Como si eso fuera poco, Ray Paulsen personalmente iba a diseñar algunas modificaciones. Facilitarían la carga de la silla de ruedas de Karen en la camioneta y, una vez dentro, la fijarían en su lugar.

Karen llamó por teléfono a Nim para decirle que un mecánico de la «CGS» la había visitado para tomar las medidas de su silla y verificar las conexiones eléctricas.

—Una de las mejores cosas que me ha ocurrido en la vida —le dijo Karen a Nim durante la conversación telefónica—, fue que aquel día vieras el círculo rojo en el plano y que luego vinieras aquí. Hablando de eso, ¿cuándo vas a volver, querido Nim? Espero que pronto.

Él le prometió que iría. Luego, telefoneó a los padres de Karen, Luther y Henrietta, que estaban encantados con la noticia de la camioneta y ahora trataban de conseguir un préstamo del banco para cubrir la mayor parte de los gastos. La voz de Oscar O'Brien le devolvió a la realidad.

—Supongo que todos comprenden que este proceso relativo a Tunipah va a llevar mucho tiempo.

—¡Demasiado tiempo! —dijo Paulsen sombríamente.

—¿Cuánto, en el mejor de los casos, Oscar? —preguntó Van Buren.

—Suponiendo que tengamos éxito en los diversos debates, y descontando el retraso que suponen los recursos judiciales subsiguientes, que seguramente interpondrán nuestros opositores, diría que de seis a siete años —el jefe de la asesoría legal movió algunos papeles—. Quizá también les interese conocer algunos costos. Mi departamento estima que nuestros propios costos, solo por la petición de permisos para construir, ganemos o perdamos, será de cinco millones y medio de dólares. Los estudios de medio ambiente costarán algunos millones más, y no habremos movido una pala hasta que todos los permisos para la construcción estén en orden.

—Hay que asegurarse, Tess —le dijo Eric Humphrey a la directora de relaciones públicas— de que esta información tenga la más amplia publicidad.

—Lo intentaré —dijo Van Buren—. Aunque no puedo garantizar que les interese a muchos, aparte de los que estamos aquí.

—Les interesará cuando no tengan luz —estalló Humphrey—. Muy bien, quiero conocer los progresos, si es que los hay, de nuestras solicitudes: el depósito de Devil's Gate y la geotérmica de Fincastle.

—«Si es que los hay», está bien —observó O'Brien. Informó que hasta la fecha solo se habían realizado las primeras incursiones en la jungla burocrática, y que tenían por delante una infinidad más. Mientras tanto, crecía una oposición masiva a Devil's Gate y Fincastle…

Mientras escuchaba, a Nim le asaltó una oleada de furia contra el sistema engorroso, ineficiente, y por la debilidad de la empresa al no atacarlo con vigor. Nim sabía que iba a tener dificultades en los debates sobre Tunipah. Dificultad para reprimirse. Dificultad para conservar la paciencia, renuencia a contener las palabras duras que expresaran la verdad sin ambages.

8

J. Eric Humphrey, con la cara roja e incómodo, estaba sentado en la silla de los testigos, alta y de respaldo recto. Había pasado allí medio día, superando en varias horas la «breve aparición» que Oscar O'Brien le había anunciado.

A un metro de distancia, en ese escenario parecido al de un tribunal, Davey Birdsong se enfrentaba al testigo desde su altura. Birdsong se balanceaba levemente sobre sus pies, transfiriendo su peso formidable de los talones a las plantas; luego hacia atrás; adelante y atrás de nuevo.

—Ya que parece sordo le repetiré la pregunta. ¿Cuánto le pagan por año?

Humphrey, que había dudado la primera vez que oyó la pregunta, miró a O'Brien, sentado a la mesa de los letrados. El abogado se encogió de hombros levísimamente.

Con los labios apretados, el presidente de la «CGS» contestó:

—Doscientos cuarenta y cinco mil dólares.

—No, bromas no, no me comprende —dijo Birdsong, agitando ligeramente una mano en el aire—. No le he preguntado por los ingresos de la «Golden State». Le pregunté por el pan que *usted* gana.

Humphrey, nada divertido, contestó:

—Es la cantidad que acabo de darle.

—¡Casi no puedo creerlo! —Birdsong se llevó la mano a la cabeza en un ademán teatral—. Nunca imaginé que una persona pudiera ganar tanto dinero —emitió un silbido largo y sordo—, ¡Vaya!

De la sala cálida y hacinada donde se celebraba la audiencia llegaron ecos del silbido y otros «¡Vaya!». Alguien gritó:

—¡Lo pagamos nosotros, los usuarios! ¡Es demasiado! —el provocador fue contestado con aplausos y pataleos.

En su sitial, desde el que dominaba al testigo, interrogador y público, el comisionado que presidía adelantó la mano para tomar el mazo. Golpeó suavemente y exclamó: «¡Orden!» El comisionado era un individuo de unos treinta y pico de años, de cara rosada y aniñada; había sido elegido un año atrás después de haber ocupado cargos en el partido actualmente en el poder. Era contable y se decía que tenía cierto parentesco con el gobernador.

Cuando el comisionado habló, O'Brien se levantó pesadamente.

—Señor presidente, ¿es necesario acosar de ese modo a mi testigo?

El comisionado observó a Birdsong, con su uniforme de tejanos raídos, camisa multicolor desabrochada y zapatillas de tenis. En contraste, Humphrey, que encargaba sus trajes a «De Lisi» en Nueva York y se los iba a probar allá, aparecía impecablemente vestido.

—Ha hecho su pregunta y ha sido contestada, señor Birdsong —dijo el comisionado—. Podemos pasarnos sin el espectáculo. Continúe, por favor.

—Por cierto, señor presidente —Birdsong se volvió nuevamente hacia Eric

Humphrey—. ¿Dijo, efectivamente, doscientos cuarenta y cinco mil dólares?

—Así es.

—¿Hay otras compensaciones por ser el queso más importante… (risas de los espectadores) perdón, el presidente de una gran empresa de servicios públicos? ¿Quizás una limusina de uso exclusivo?

—Sí.

—¿Con chófer?

—Sí.

—¿Además de un cheque gordo para gastos?

—Yo no lo llamaría gordo —dijo Humphrey, irritado.

—¿De qué tamaño?

Más risas.

El intenso desagrado de J. Eric Humphrey comenzaba a surgir. Fundamentalmente ejecutivo de alto nivel, y de ninguna manera luchador violento, estaba mal preparado para vérselas con la teatralidad ostentosa de Birdsong. Respondió fríamente:

—Mis deberes implican ciertos gastos que se me permite cargar a cuenta de la compañía.

—¡Por supuesto!

O'Brien estaba ya casi de pie. El comisionado le hizo señas para que se sentara e indicó:

—Limítese a las preguntas, señor Birdsong.

—¡Sí, señor! —dijo el enorme hombre barbudo, sonriendo ampliamente.

Sentado entre el público, Nim escupía fuego. ¿Por qué Humphrey no contestaba secamente, agresivamente, como sabía y debería hacerlo? Mi salario, señor Birdsong, es un asunto público, ya que se comunica a las oficinas correspondientes y se trata de una información fácil de conseguir. Estoy seguro de que usted lo conocía antes de hacer la pregunta; por lo tanto, su demostración de sorpresa ha sido falsa y engañosa. Además, ese salario es el que corresponde al presidente y ejecutivo principal de una de las empresas más grandes del país; en realidad es más bajo de lo que suele ser en compañías de la misma importancia. Una razón para el nivel de mi salario es que las organizaciones industriales como la «CGS» saben que deben ser competitivas para obtener y retener ejecutivos valiosos. Para ser concreto: mi experiencia e idoneidad me significarían, sin duda, un salario igual o más alto en otra parte. Quizás a usted no le guste mucho nuestro sistema, señor Birdsong, pero mientras sigamos viviendo en una sociedad de libre empresa, será así. En cuanto al coche con chófer, cuando entré en la empresa me lo ofrecieron como parte de mi remuneración, siempre con esa finalidad competitiva, y también por considerar que el tiempo y las energías de un ejecutivo de primera línea valen más que el costo de un automóvil y un chófer. Otra cosa en cuanto al coche: al igual que otros ejecutivos atareados, acostumbro a trabajar cuando me traslado de un lugar a otro y muy

raramente descanso en él. Finalmente, si los directivos y accionistas de la compañía no están satisfechos con lo que hago por lo que me pagan, pueden reemplazarme…

¡Pero no!, pensó Nim fastidiado. El enfoque suave. Excesiva preocupación por ofrecer una imagen pública de discreción, excesiva cautela, no enfrentarse a los Birdsong de este modo, oponiéndoles sus mismas tácticas rudas, ésta era la orden del día. De este día y de los días próximos.

Era el segundo día de debates sobre el permiso para el proyecto Tunipah, la primera etapa. El del día anterior había sido dedicado a formalismos, incluyendo la presentación por el consejero legal de la «CGS», de un gigantesco *Proyecto preliminar* —9500 páginas en una tirada de 350 ejemplares—; el primero de muchos documentos similares que seguirían. Como dijo O'Brien irónicamente: «Para cuando terminemos habremos hecho talar un bosque para hacer el papel que usaremos aquí, que si lo juntáramos, podría llenar una biblioteca o hundir un barco.»

Más temprano, hoy, J. Eric Humphrey había sido llamado como primer testigo de la empresa solicitante de la licencia.

O'Brien condujo rápidamente al presidente a través de una exposición sobre la necesidad del proyecto Tunipah y las ventajas de la ubicación elegida: la prometida «aparición breve». Siguió un turno de preguntas más largo del asesor de la comisión, y después otro de Roderick Pritchett, secretario gerente del «Club Sequoia». Ambos turnos, si bien requirieron más de una hora cada uno, fueron constructivos y moderados. Pero Davey Birdsong, que los siguió en representación de la *lfpp,* ya había animado la sesión para evidente deleite de sus seguidores, mezclados entre el público.

—Ahora bien, señor Humphrey —continuó—, supongo que usted se despierta por las mañanas pensando que tiene que hacer algo para justificar ese enorme salario que le pagan. ¿O no?

—¡Me niego a la pregunta! —saltó O'Brien en seguida.

—Concedido —declaró el comisionado.

—Lo preguntaré de otra manera —dijo Birdsong sin inmutarse—, ¿Cree usted, querido Eric, que parte de su tarea es dedicarse a proyectar planes continuamente, como este asunto de Tunipah, que le dejen grandes beneficios a su compañía?

—¡Me opongo a la pregunta!

Birdsong se volvió hacia el consejero de la «CGS».

—¿Por qué no lo graba? No tendría más que apretar un botón sin tener que abrir la boca.

Hubo risas y algún aplauso desperdigado. El joven comisionado se volvió para consultar con quien estaba sentado a su lado, un juez administrativo de edad madura y funcionario de larga experiencia en debates como aquél. Mientras le hablaba en voz baja, se vio que el hombre de más edad movía la cabeza.

—Objeción denegada —anunció el comisionado, y luego agregó—: En estos debates somos muy tolerantes, señor Birdsong, pero le ruego que se dirija a todos los

testigos con respeto y usando sus nombres correctamente, y no —intentó, sin éxito, suprimir una sonrisa— bromeando o diciendo «Eric querido».

Otra cosa: nos gustaría tener alguna seguridad de que sus preguntas son pertinentes.

—¡Claro que son pertinentes! ¡Realmente pertinentes! —la respuesta de Birdsong fue expansiva. Luego, en repentina mutación, asumió una actitud suplicante—. Pero, por favor, señor presidente, recuerde que soy solo una persona sencilla, que representa a gente humilde, no un abogado de lujo, importante como el viejo y querido Oscar, aquí presente —señaló a O'Brien—, de modo que si soy torpe, o demasiado amistoso, o cometo errores…

—Limítese a proseguir, ¡por favor! —suspiró el comisionado.

—¡Sí, sí! ¡Por supuesto, señor! —Birdsong se volvió hacia Humphrey—. ¡Ya lo ha oído! Está haciéndole perder tiempo al comisionado. Déjese de rodeos y conteste a la pregunta.

—¿Qué pregunta? —intervino O'Brien—. Que me maten si la recuerdo. Estoy seguro de que el testigo tampoco la recuerda.

—El relator leerá la pregunta —indicó el comisionado.

El procedimiento se detuvo, y la gente sentada en sillas duras y bancos se movió tratando de acomodarse, mientras un dactilógrafo, que llevaba el acta oficial de la comisión, hojeaba sus notas. En el fondo de la sala aparecieron varios recién llegados, y otros salieron. Como ya sabían los participantes, estas escenas se repetirían innumerables veces en los meses y años venideros.

La sala de debates, revestida de roble, estaba en un edificio de doce pisos cerca del centro de la ciudad, sede de la Comisión de Energía de California, que más adelante llevaría a cabo sus propios debates sobre Tunipah, en buena medida repetitivos. La rivalidad y los celos entre las dos comisiones eran intensos, y a veces parecían cosas de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Otros dos departamentos estatales intervendrían próximamente y tendrían sus propios debates; el Consejo de Recursos Hidroeléctricos de California y el Consejo de Recursos Ambientales. Cada uno de los cuatro cuerpos estatales recibirían todos los informes y otros documentos que se generaran en los otros tres, y, posiblemente, ni los tomarían en cuenta en su mayor parte.

Además, en un nivel inferior, habría que satisfacer al Control de Contaminación de la Atmósfera del distrito, que podría imponer restricciones aún más severas que las de los departamentos estatales.

Como dijo O'Brien en privado: «Nadie que no esté metido directamente en esto puede llegar a creer en su increíble duplicación y futilidad. Los que participamos y los que organizamos este sistema de locos deberíamos ser declarados enfermos mentales. Sería menos oneroso para el erario público, y más eficiente, que nos encerraran en manicomios.»

El dactilógrafo la había encontrado: «¿… planes, como este asunto de Tunipah,

que le dejen grandes beneficios a su compañía?»

—El objetivo de Tunipah —respondió Humphrey—, es proporcionar un servicio a nuestros clientes y a la comunidad en general, como siempre hemos hecho, al anticiparnos a la demanda de electricidad. El beneficio es cuestión secundaria.

—Pero habrá ganancias —persistió Birdsong.

—Naturalmente. Somos una empresa pública con obligaciones hacia nuestros inversores…

—¿Ganancias importantes? ¿Beneficios de millones?

—Dada la gran importancia de la empresa y la enorme inversión, se emitirán acciones y bonos, que se podrían ofrecer a los inversores a menos que…

—Conteste «sí» o «no». ¿Habrá beneficios de millones? —interrumpió Birdsong secamente.

El presidente de la «CGS» enrojeció.

—Probablemente… sí.

Una vez más, su torturador se balanceó atrás y adelante sobre los talones.

—De modo que solo tenemos su palabra, señor Humphrey, sobre lo que le interesa más a la «CGS», si las ganancias o el servicio, y es la palabra de una persona que, si le encajan este monstruoso fraude de Tunipah al público, se beneficiará por todos lados.

—Me opongo —dijo O’Brien cansado—. Eso no es una pregunta. Es una afirmación infundada, puro prejuicio, y hecha para inflamar la opinión pública.

—¡Cuántas palabras difíciles! Está bien, retiro lo dicho —ofreció Birdsong, antes de que el comisionado pudiera intervenir. Sonrió—: Supongo que no he podido dominar mis sentimientos de hombre honesto.

Pareció que O’Brien iba a objetar una vez más, pero decidió no hacerlo.

Como Birdsong y otros sabían, el último diálogo quedaría registrado en actas, pese a haber retirado las palabras. Además, los periodistas escribían sin parar en la mesa de prensa, sin levantar la cabeza del papel; algo que no habían hecho antes.

Siempre observando desde su lugar en el auditorio, Nim pensó: «No cabe duda que las frases de Birdsong aparecerán en los periódicos de mañana, porque, como de costumbre, el líder de la *lfpp* proporcionaba material colorista para los artículos.»

Entre la gente de prensa Nim vio a la periodista negra, Nancy Molineaux. Había estado observando a Birdsong intensamente, sin escribir, sentada erguida e inmóvil; la posición destacaba sus pómulos altos, su cara a la vez hermosa e intimidante, el cuerpo delgado y sinuoso. Estaba pensativa. Nim supuso que ella también admiraba la actuación de Birdsong.

Antes, la señorita Molineaux y Nim se habían cruzado fuera de la sala de debates. Cuando él saludó fríamente, ella levantó una ceja y le sonrió burlona.

Birdsong reasumió el interrogatorio:

—Dígame, viejo amigo Eric…, ¡perdón!, señor Humphrey, ¿alguna vez ha oído hablar del ahorro?

—Claro que sí.

—¿Está enterado de que, en general, se piensa que proyectos como el de Tunipah no serían necesarios si ustedes consideraran al ahorro en serio? Quiero decir, ¿que no solo jugaran al ahorro, simbólicamente, sino que lo *predicaran*, con el mismo empeño que ponen hoy para conseguir un permiso para construir más plantas y lograr beneficios cada vez más altos?

O'Brien estaba ya a punto de levantarse cuando Humphrey dijo:

—Le voy a contestar —el abogado se sentó.

—En primer lugar, en la compañía «Golden State» no tratamos de vender más electricidad; antes lo hacíamos, pero hace mucho que abandonamos esa actitud. En cambio, instamos a los usuarios a conservar, a ahorrar energía, y muy seriamente. Pero si bien el ahorro ayuda, jamás eliminará el constante crecimiento de la demanda de electricidad, y ésta es la razón por la que necesitamos Tunipah.

—¿Esa es su opinión? —preguntó Birdsong.

—Naturalmente, es mi opinión.

—¿La misma opinión prejuiciosa que quiere hacernos creer que no le importa si Tunipah produce beneficio o no?

—Es una tergiversación —objetó O'Brien—. El testigo no ha dicho que no le importara si había o no beneficios.

—Lo reconozco —abruptamente, Birdsong giró para encarar a O'Brien; el cuerpo pareció crecer al levantar la voz—. Ya sabemos que en la «Golden State» a todos les interesan las ganancias, ganancias grandes, gordas, abultadas, extorsionantes, a expensas del pequeño usuario, de la gente decente, trabajadora de este estado, que paga sus cuentas y a la que se les encajará el costo de Tunipah si…

Los bravos, aplausos y golpes en el suelo ahogaron el resto de sus palabras. En medio de esa barahúnda, el comisionado dejó caer el mazo, gritando: «¡Orden! ¡Orden!»

Un hombre que se había unido al aplauso y que estaba sentado al lado de Nim, observó su silencio. Le preguntó belicoso:

—¿Ya usted esto no le importa, amiguito?

—Sí —dijo Nim—. Me importa.

Nim comprendía que de haber sido éste un proceso normal, en un tribunal, era muy posible que Birdsong ya hubiera sido acusado de desacato. Pero eso no ocurriría aquí, ni ahora ni más adelante, porque el marco de tribunal era solo una fachada. Aquel tipo de debates se desarrollaba deliberadamente sin rigor, y se toleraban algunos desórdenes. Oscar O'Brien les había explicado las razones en una de las reuniones preparatorias.

—Hoy día, las comisiones públicas se mueren de miedo porque si no les da a todos la oportunidad de decir lo que piensan, más adelante, en los tribunales, se les imputaría la supresión de pruebas importantes. De ocurrir eso, se podría llegar a revocar la decisión, mandando al cubo de la basura años de trabajo, y todo porque se

le ordenó a algún loco que se callara o se desestimó un argumento menor. Nadie quiere que eso ocurra; y nosotros tampoco. De modo que, por acuerdo general, los demagogos y los locos pueden hablar todo lo que quieran. Eso alarga los debates, pero, con todo, probablemente sea más breve así.

Nim sabía que ésa era la razón por la que el experimentado juez administrativo había sacudido la cabeza momentos antes, aconsejando al joven comisionado que hiciera lugar a la pregunta objetada de Birdsong.

Otra cosa que O'Brien les había explicado era que los abogados que como él patrocinaban a los solicitantes, hacían menos objeciones en estas audiencias que en los tribunales. «Las reservamos para algo que esté terriblemente fuera de lugar y deba ser incluido en el acta.» Nim sospechaba que las objeciones de O'Brien a las preguntas de Birdsong a Eric Humphrey habían tenido por objeto, en su mayor parte, calmar a Humphrey, el patrón de O'Brien, que de todos modos había asistido de mala gana.

Nim estaba seguro de que cuando le tocara el turno de testificar a él, O'Brien dejaría que se las arreglara solo.

—Volvamos —oyó decir a Davey Birdsong— a los grandes beneficios de que hablábamos. Veamos ahora el efecto sobre el recibo mensual del consumidor…

Durante otra media hora, el líder de la *lfpp* siguió con las preguntas. Utilizó frases sugerentes, mal intencionadas e infundadas, interrumpidas por payasadas, pero que machacaban que los beneficios de Tunipah serían excesivos y el motivo principal del proyecto. Nim tuvo que admitir mentalmente que, si bien la imputación era falsa, la insistencia estilo Goebbels era efectiva. Sin duda, los medios de difusión le dedicarían mucho espacio, y probablemente le darían fe, lo que estaba claramente entre los objetivos de Birdsong.

—Gracias, señor Humphrey —dijo el comisionado cuando el presidente de la «CGS» bajó del estrado de los testigos. Eric Humphrey saludó con la cabeza y se retiró con evidente alivio.

Le siguieron otros dos testigos de la «CGS». Ambos eran ingenieros especializados. Su testimonio y las repreguntas no ofrecieron novedad; pero llevaron dos días enteros, después de los cuales el debate se aplazó hasta el lunes de la semana siguiente. Nim, a quien correspondía presentar la esencia del proyecto de la «CGS», sería el próximo en el estrado de los testigos al reanudarse el debate.

9

Tres semanas atrás, cuando Ruth Goldman sorprendió a Nim al anunciarle su intención de irse de casa por un tiempo, él pensó que era posible que cambiara de idea. Sin embargo, no fue así. Ahora, en la noche del viernes, durante el descanso de fin de semana de los debates sobre Tunipah, Nim se encontraba solo en la casa. Antes de irse, Ruth había llevado a Leah y Benjy a casa de los abuelos, en el otro extremo de la ciudad. El acuerdo era que los dos niños se quedarían con los Neuberger hasta el regreso de Ruth, cualquiera que fuese la fecha.

Ruth se había mostrado reticente sobre esto, y también se había negado a decir adónde iba y con quién.

—Probablemente sean dos semanas, aunque puede ser menos o más —le había dicho a Nim dos días antes.

Pero no había nada impreciso en su actitud hacia él; fue fría y terminante. Era, sintió Nim, como si ella hubiera llegado a decisiones en su interior, y solo le faltara llevarlas a cabo.

Cuáles eran las decisiones y cómo le afectarían, Nim lo ignoraba. Al principio se dijo que debería importarle, y le entristeció comprobar que no era así… Por lo menos, no mucho. Por eso no protestó cuando Ruth le dijo que había completado sus preparativos y se iría a fines de esa semana.

Nim se dio cuenta de que no era muy propio de él aceptar y dejar que las cosas siguieran su curso. Por naturaleza estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas y a planear de antemano; aplicada a su trabajo, esa capacidad le había ganado méritos y promociones. Pero, en cuanto a su matrimonio, tenía una extraña inhibición para actuar, y quizás enfrentarse a la realidad. Se lo dejaba todo Ruth… Si ella decidía irse definitivamente y luego pedir el divorcio, lo que parecía la consecuencia natural, él no se sentía inclinado a oponerse, ni siquiera a intentar disuadirla. Sin embargo, él no tomaría la iniciativa. Todavía no.

Ayer mismo le había preguntado a Ruth si estaba dispuesta a conversar sobre la situación, y recordó sus palabras: «Tú y yo solo mantenemos la apariencia de un matrimonio. No hemos hablado. Pero creo que deberíamos hacerlo… Quizá cuando vuelva.»

—¿Por qué esperar? —preguntó Nim.

Pero ella había contestado con aire práctico:

—No, ya te lo diré cuando esté dispuesta.

Y eso había sido todo.

Nim pensaba con frecuencia en Leah y Benjy, siempre que lo hacía sobre la posibilidad de un divorcio. Sabía que los dos niños quedarían desolados al saberlo, y le entristecía que sufrieran. Pero la realidad es que las criaturas sobreviven a los divorcios, y Nim había observado que muchos aceptan un divorcio en la familia como un simple aspecto de la vida. Tampoco resultaría difícil lograr que Nim, Leah y

Benjy pasaran algún tiempo juntos. Quizás hasta terminaría viendo a los niños más que ahora. Eso ocurría con otros padres separados.

Pero todo eso debía esperar al regreso de Ruth, reflexionó, mientras recorría la casa vacía la noche del viernes.

Media hora antes había hablado por teléfono con Leah y Benjy, superando las objeciones de Aaron Neuberger, que no quería que el sábado se utilizara su teléfono salvo para emergencias. Nim había llamado insistentemente hasta que su suegro cedió y contestó.

—Quiero hablar con mis hijos —insistió Nim secamente—, y no me importa si hoy es el martes de Mickey Mouse.

Cuando Leah se puso al teléfono unos minutos después, se lo reprochó suavemente:

—Papito, has molestado al abuelo.

Nim tuvo ganas de decir: «¡Qué suerte!», pero, prudentemente, no lo hizo. Hablaron de la escuela, de un campeonato de natación próximo y de la clase de *ballet*. No mencionaron a Ruth. Sentía que Leah sabía que algo andaba mal, sin atreverse a preguntar o saber.

La conversación siguiente, con Benjy, reavivó la irritación que a Nim le causaban frecuentemente sus suegros.

—Papá —había dicho Benjy—, ¿voy a tener un *mitzvah*? Abuelo dice que debo tenerlo. Y abuela dice que si no lo tengo nunca seré un verdadero judío.

¡Al diablo con esos entrometidos de Neuberger! ¿No podían contentarse con ser abuelos cariñosos y ocuparse de Leah y Benjy durante un par de semanas, sin aprovechar la oportunidad para inyectarles doctrina? Era casi indecente empezar a trabajarlos con tanta prisa, y también una violación de los derechos de Nim y Ruth como padres. Nim hubiera querido hablar de esos temas con Benjy personalmente, tranquilamente, inteligentemente, de hombre a hombre, y no que se los presentaran de modo brusco, de esa manera. «Bien —inquirió una voz interior—, ¿por qué no lo hiciste? Tuviste bastante tiempo. Si lo hubieras hecho, sabrías ahora qué contestarle a Benjy.»

—Nadie está obligado a tener un *mitzvah* —dijo Nim con dureza—. Yo no lo tuve. Y lo que dice tu abuelo es una tontería.

—Abuelo dice que tengo mucho que aprender —Benjy todavía parecía indeciso —. Dice que debí haber empezado hace mucho tiempo.

¿Había una acusación en la clara vocecita de Benjy? Era muy posible, probable quizá, pensó Nim, que a los diez años, Benjy entendiera bastante más de lo que suponían sus mayores. Y por eso, ¿no revelarían las preguntas de Benjy la misma instintiva búsqueda de identidad con sus ancestros que Nim había descubierto en sí mismo, y había sofocado, aunque no del todo? No estaba seguro. Pero nada calmaba la furia de Nim por la manera en que todo aquello había salido a la superficie; sin embargo, contuvo otras palabras duras, pues sabía que harían más mal que bien.

—Mira, hijo, lo que acabas de decir, sencillamente no es cierto. Si decidimos que tengas tu *bar mitzvah*, tenemos todo el tiempo necesario para eso. Comprende que tus abuelos tienen algunas opiniones con las que tu madre y yo no estamos de acuerdo —Nim no estaba muy seguro de hasta qué punto eso era cierto respecto de Ruth, pero ella no estaba allí para contradecirle. Continuó—: En cuanto tu madre vuelva, y tú estés en casa, hablaremos de eso. ¿De acuerdo?

Benjy dijo «de acuerdo» un poco de mala gana, y Nim comprendió que tendría que cumplir su promesa o perdería la confianza de su hijo. Contempló la posibilidad de hacer que su padre tomara el avión en Nueva York y se viniera a quedar un tiempo con ellos, para neutralizar la influencia de los Neuberger sobre Benjy. El viejo Isaac Goldman, de salud frágil y con sus ochenta y pico, se mantenía agrio, cínico y cortante respecto al judaísmo, y disfrutaba envolviendo a los oportunistas en discusiones de judaísmo ortodoxo. Pero Nim decidió que no. Sería tan injusto como lo que hacían los Neuberger ahora.

Después de la conversación telefónica y mientras se preparaba un *whisky* con agua, Nim miró un retrato de Ruth; era un óleo, pintado varios años atrás. El artista había captado con notable fidelidad la graciosa y serena belleza de Ruth. Se acercó al cuadro y lo estudió. El rostro, especialmente los dulces ojos grises, estaban excepcionalmente bien logrados, y también el cabello: negro, brillante, cuidadosa e impecablemente arreglado como siempre. Para posar, Ruth se había puesto un traje de noche; el tono de la piel de los hombros elegantes era misteriosamente real. En un hombro se veía incluso el pequeño lunar oscuro que se había hecho operar poco después de terminado el retrato.

Los pensamientos de Nim volvieron a la serenidad de Ruth; lo que el cuadro mostraba mejor. «Ahora me vendría muy bien un poco de esa serenidad —pensó, y deseó hablar con Ruth de Benjy y su *bar mitzvah*—. ¡Maldición! ¿Adónde demonios se ha ido durante dos semanas y quién es el hombre?» Nim estaba seguro de que los Neuberger sabían algo, por lo menos cómo ponerse en contacto con Ruth. Nim conocía bien a su mujer como para saber que no se desentendería por completo de los niños. Igualmente seguro: sus padres no abrirían la boca. La idea reavivó su furia contra sus suegros.

Después de un segundo *whisky* y más idas y venidas, volvió al teléfono y marcó el número de la casa de Harry London. Hacía una semana que no hablaban, lo que era inusual.

Cuando oyó la voz de London, le preguntó:

—¿Quieres venirte a tomar una copa?

—Lo siento, Nim; me gustaría, pero no puedo. Tengo una cita para cenar. Salgo dentro de un momento. ¿Sabes lo de las últimas bombas?

—No. ¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Algún herido?

—Esta vez no; pero es lo único bueno.

Habían colocado dos poderosas bombas en una subplanta de la «CGS» y más de seis mil casas de la zona estaban ahora sin energía eléctrica. Estaban llevando transformadores móviles, montados sobre remolques, pero era poco probable que se pudiera volver a un suministro normal antes del día siguiente.

—Esos locos se están avivando —dijo London—. Están descubriendo dónde somos vulnerables, y dónde deben dejar sus petardos para hacer más daño.

—¿Se sabe ya si es el mismo grupo?

—Sí. «Amigos de la Libertad». Llamaron al canal cinco de la televisión justo antes de que ocurriera, diciendo dónde iba a pasar. Pero era demasiado tarde para hacer nada. Con ésta, son once bombas en dos meses. Acabo de hacer la cuenta.

Puesto que sabía que London, aunque no estuviera directamente a cargo de la investigación, conservaba buenas fuentes de información, Nim preguntó:

—¿Han adelantado algo la policía o el FBI?

—Nada. Te dije que la gente que lo hace se está avivando, y es así. Podría apostar a que estudian los blancos antes de actuar, averiguan por dónde pueden entrar y salir rápido, sin que los vean, y cómo causar el mayor daño posible. Esta pandilla de los «Amigos de la Libertad» sabe, como nosotros, que necesitaríamos un ejército para protegerlo todo.

—¿Y no hay pistas?

—Nada, como siempre. ¿Recuerdas lo que ya he dicho? Si la policía resuelve esto, será por un golpe de suerte o porque alguien se descuide. Nim, no es como en los crímenes de la televisión o en las novelas, donde siempre se descubre a los autores. En el mundo de la policía real a menudo no es así.

—Ya lo sé —dijo Nim, levemente irritado al notar que London comenzaba a adoptar su tonillo profesoral.

—Algo hay, sin embargo —dijo pensativo el jefe de protección patrimonial.

~¿Qué?

—Durante un tiempo las bombas disminuyeron, casi no hubo. Ahora, de pronto, reviven; parecería como si la gente que lo hace tuviera una nueva fuente de explosivos o de dinero, o de ambas cosas.

Nim reflexionó un momento, y luego cambió de tema:

—¿Qué hay de nuevo sobre los robos de energía?

—No mucho. Y te puedo asegurar que trabajamos duro en eso, y algunas cosas menudas pescamos. Hay un par de docenas de casos nuevos de alteraciones de contadores, que llevaremos a juicio. Pero es como tapar cien agujeros cuando uno sabe que hay diez mil más; nos falta gente y tiempo para encontrarlos.

—¿Y aquel gran edificio de oficinas? ¿El que están vigilando?

—«Propiedades Zaco». Seguimos vigilando. Todavía no ha ocurrido nada. Supongo que estamos pasando una mala racha —extrañamente, Harry London parecía deprimido. Quizá fuera contagioso. Quizá le había transmitido su propia

depresión, pensó Nim mientras le daba las buenas noches.

Seguía inquieto, solo en la casa silenciosa. ¿A quién podía llamar?

Pensó en Ardythe y desechó la idea. Nim todavía no estaba preparado para enfrentarse con el acceso de pasión religiosa de Ardythe. Pensando en Ardythe recordó a Wally, a quien Nim había visitado dos veces en el hospital, recientemente. Wally ya estaba fuera de peligro y había salido de terapia intensiva; aunque tenía por delante meses, quizás años, de tediosa y dolorosa cirugía plástica. No podía comprender que Wally estuviera desanimado. No habían hablado de su incapacidad sexual.

Con cierto sentimiento de reproche, lo de Wally le hizo recordar a Nim que su propia sexualidad seguía incólume. ¿Llamaría a una de sus amigas? Había varias a las que no veía desde hacía meses, y con las que probablemente podría ir a tomar una copa, a cenar más tarde en algún lado y a lo que siguiera. Si se decidía, no necesitaría pasar la noche solo.

Por alguna razón no tenía ganas.

¿Karen Sloan? No. Por mucho que disfrutara con su compañía, no estaba de humor.

¿Trabajo, entonces? Había pilas de papeles en el escritorio de su oficina, en el edificio de la «CGS». Si iba allí ahora, no sería la primera vez que trabajaba de noche aprovechando la tranquilidad para hacer más que durante el día. Quizá fuera una buena idea. Los debates de Tunipah ya le estaban quitando mucho tiempo, y eso continuaría; de alguna manera tenía que cumplir con sus funciones regulares.

Pero no, eso tampoco; no estaba para trabajo de oficina. ¿Qué otra cosa podía hacer para distraerse?

¿Qué podría hacer ahora, se preguntó, para prepararse para su estreno el lunes en el estrado de los testigos? Ya estaba bien instruido. Pero siempre había que estar preparado para algo más: lo inesperado.

Una idea le asaltó la mente, salida de la nada, como pan que salta del tostador.

—¡Carbón!

Tunipah significaba carbón. Sin carbón, que había que transportar desde Utah hasta California, no era posible la planta eléctrica de Tunipah. Y, sin embargo, si bien los conocimientos técnicos de Nim sobre carbón eran considerables, su experiencia práctica era limitada. Por una razón sencilla. Hasta entonces, en California no había ninguna planta que quemara carbón. Tunipah haría historia.

Ciertamente… de alguna manera, pensó… entre ahora y la mañana del lunes debería ir, como en un peregrinaje, a una planta alimentada a carbón. Y de allí volvería a los debates de Tunipah con la visión, el sonido, el gusto y el olor del carbón frescos en sus sentidos. Las intuiciones de Nim, que a menudo eran correctas, le decían que sería un testigo mejor, más vigoroso, si lo hacía.

Además, resolvería el problema de su inquietud en este fin de semana.

—Pero ¿dónde había una planta a carbón?

Cuando la respuesta fácil se le ocurrió, mezcló otro *whisky* con agua y, con el vaso a su lado, se sentó junto al teléfono una vez más y marcó el número de información en Denver, Colorado.

10

El vuelo 460 de «United Airlines» salió puntualmente de West Coast a las siete y cuarto. Cuando el «Boeing» 727 estaba en el aire ascendiendo, el sol, que minutos antes había aclarado el horizonte en el este, tiñó el paisaje que dejaban abajo de un suave color dorado rojizo. Nim pensó que el mundo parecía limpio y puro, como siempre al amanecer; diaria ilusión que dura menos de media hora.

Mientras el reactor enfilaba el rumbo este, Nim se arrellanó en su confortable asiento de primera clase. No vaciló en viajar así, a expensas de la compañía, porque sus pensamientos, mientras se dirigía al aeropuerto en la oscuridad, le habían confirmado en la sensatez del impulso de la noche anterior. Sería un vuelo de dos horas y veinte minutos, sin escalas, hasta Denver. Allá lo esperaría Thurston Jones, un viejo amigo.

Una joven azafata, alegre y rebosante de felicidad, de las que «United» parecía tener el arte de conseguir, le sirvió una tortilla de desayuno y persuadió a Nim de acompañarla con vino de California, aun a esa hora temprana.

—¡Vamos! —insistió cuando vio que él vacilaba—, se ha «liberado de las ásperas cadenas de la tierra», así que ¡deje volar el espíritu! ¡Disfrute! —en realidad disfrutó de un «Riesling Mirassou», bueno aunque no demasiado, y llegó a Denver más descansado de lo que se sentía la noche pasada.

En el aeropuerto internacional Stapleton de Denver, Thurston Jones le dio un cálido apretón de manos y luego le condujo directamente a su coche, ya que el equipaje de Nim consistía solo en una pequeña maleta que él mismo llevaba.

Thurston y Nim habían sido compañeros de estudios y de habitación, y además amigos íntimos, en la Universidad de Stanford. En esos días compartían casi todo, incluyendo las mujeres que conocían, y era muy poco lo que cada uno ignoraba del otro. La amistad se mantenía desde entonces, aunque se encontraran solo de vez en cuando y su correspondencia fuera infrecuente.

Pero sus hábitos habían sido distintos y lo seguían siendo. Thurston era tranquilo, estudioso, brillante y atractivo, con un estilo juvenil. Era retraído, aunque capaz de ejercer autoridad cuando era necesario. Tenía un sentido del humor jovial. En el trabajo, la carrera de Thurston había coincidido con la de Nim, y ahora ocupaban el mismo cargo: Thurston era vicepresidente de planeamiento de la empresa de Servicios Públicos de Colorado, una de las productoras y distribuidoras de electricidad y gas natural más prestigiosas del país. Además, Thurston tenía lo que le faltaba a Nim: amplia experiencia práctica en la generación de energía con carbón.

—¿Cómo andan las cosas por casa? —preguntó Nim camino del aparcamiento del aeropuerto. Su viejo amigo estaba casado desde hacía unos ocho años con una efervescente inglesita, llamada Úrsula, a la que Nim conocía y apreciaba.

—Muy bien. Lo mismo que vosotros, supongo.

—En realidad, no.

Nim esperó haber comunicado, sin crudeza, su renuencia a comentar sus problemas y los de Ruth. Al parecer fue así, porque Thurston no hizo comentarios y prosiguió:

—Úrsula está ansiosa por verte. Te quedarás con nosotros, naturalmente.

Nim murmuró su agradecimiento mientras subían al coche de Thurston, un «Ford Pinto». Nim sabía que, como él, su amigo nunca tenía coches que gastaran demasiado combustible.

El día era luminoso, seco, soleado. Mientras se dirigían a Denver, vieron la primera cadena de montañas nevadas de las Rocosas, nítida y hermosa, hacia el oeste.

—Después de tanto tiempo, es un verdadero placer tenerte aquí, Nim —observó Thurston, un poco tímidamente; y añadió con una sonrisa—: Aunque hayas venido solo para hablar de carbón.

—¿Suena a locura, Thurs?

La noche anterior Nim le había explicado por teléfono su repentino interés por visitar una planta alimentada a carbón, y las razones para ello.

—¿Quién puede decidir qué es una locura y qué no lo es? Estos interminables debates de ahora son una locura; no la idea de realizarlos, pero sí la manera en que los dirigen. En Colorado estamos en el mismo lío que vosotros en California. Nadie quiere permitirnos la construcción de nuevas plantas generadoras; pero dentro de cinco o seis años, cuando comiencen los cortes de energía, nos acusarán de no haber sido previsores, de no haber tomado medidas para evitar la crisis.

—Las plantas que queréis construir vosotros, ¿serían a carbón?

—¡Claro que sí! Cuando Dios repartió los recursos naturales fue generoso con Colorado. Llenó este estado de carbón, de la misma manera que entregó petróleo a los árabes. Y no cualquier carbón, sino del bueno, con poco azufre, que quema limpio, y en su mayor parte está a poca profundidad y es fácil de extraer. Pero eso ya lo sabes.

Nim asintió, porque en realidad lo sabía, y luego dijo pensativo:

—Hay bastante carbón al oeste del Mississippi como para proveer las necesidades de energía del país, durante tres siglos y medio. *Si* nos permiten usarlo.

Thurston siguió conduciendo el pequeño automóvil en medio del tráfico ligero del sábado por la mañana.

—Iremos directamente a nuestra planta de Cherokee, al norte de la ciudad —anunció—. Es la mayor que tenemos. Traga carbón como un brontosaurio hambriento.

—Quemamos siete mil quinientas toneladas diariamente, más o menos —le gritó a Nim el superintendente de la planta de Cherokee, esforzándose por hacerse oír por encima del rugido de los pulverizadores, ventiladores y bombas. Era un joven despierto, de cabello color arena, cuyo apellido, Folger, se leía en el casco protector rojo que llevaba. Nim llevaba un casco blanco que decía «visitante». Thurston Jones había traído el suyo.

Estaban de pie sobre un suelo de planchas de acero cerca de un costado de la caldera gigantesca en la que inyectaban carbón en enormes cantidades, recién convertido en un polvo finísimo. Dentro de la caldera, el carbón se encendía al instante y se calentaba al blanco. Se podía ver en parte a través de una lumbrera de observación cerrada con vidrio, como un anticipo del infierno. El calor se transmitía a un enrejado de tubos de caldera llenos de agua que inmediatamente se convertía en vapor a alta presión y era inyectado en una sección separada, de sobrecalentamiento, de la que salía a cuatrocientos cincuenta grados. El vapor, a su vez, accionaba una turbina que, junto con otras calderas y turbinas en Cherokee, suministraba casi tres cuartos de millón de kilovatios a Denver y sus alrededores, ávidos de energía.

Desde el lugar cerrado donde estaban de pie se veía solo una parte del exterior de la caldera. Su altura total era la de un edificio común de quince pisos.

Pero alrededor de ellos todo lo que se veía y se oía, y se olía y se gustaba, era carbón. Bajo los pies tenían una fina capa de polvo de carbón. Nim la sentía como una arenilla entre los dientes y en la nariz.

—Limpiamos tan a menudo como podemos —adelantó el superintendente Folger —. Pero el carbón es sucio.

Thurston añadió en voz alta, con una sonrisa:

—Más sucio que el petróleo o la hidroeléctrica. ¿Estás seguro de que en California queréis esta suciedad?

Nim afirmó con la cabeza, ante el rugido de los inyectores y transportadores. Luego se decidió a hablar y contestó a gritos:

—Sí, nos uniremos a la pandilla negra. No tenemos otra salida.

Ya estaba contento de haber venido. Era importante formarse una idea de lo que era el carbón, del carbón de Tunipah, para su testimonio de la semana próxima.

¡El Rey Carbón! Nim había leído en alguna parte que «el viejo Rey Carbón vuelve a su trono». Tenía que ser así, pensó; no había otra alternativa. En las últimas décadas, América le había vuelto la espalda al carbón, que en un tiempo le procuraba energía barata, además de desarrollo y prosperidad, cuando los Estados Unidos eran un país joven. Otras formas de energía, especialmente el petróleo y el gas, habían reemplazado al carbón porque eran más limpias, más fáciles de manejar, de conseguir y, en un tiempo, más baratas. Pero ya no era así.

A pesar de las desventajas del carbón —y nada lograría hacerlas desaparecer— los enormes depósitos subterráneos aún podían constituir la salvación para América, su última riqueza natural y la más importante, su as escondido en la manga.

Se dio cuenta de que Thurston hacía gestos para que siguieran avanzando.

Durante otra hora exploraron las complejidades ruidosas y sucias de carbón de Cherokee. Se detuvieron largamente ante los enormes recolectores de polvo electrostáticos, exigidos por las leyes de protección ambiental, cuyo objetivo era eliminar las cenizas quemadas que de otro modo saldrían por las chimeneas convirtiéndose en un agente contaminador.

Las salas de los generadores, grandes como catedrales, recordaban con su ensordecedor gemido que cualquiera que fuese el combustible, el lugar producía electricidad en cantidades monstruosas.

El trío formado por Nim, Thurston y Folger emergió por fin del interior de la planta al exterior, a una pasarela alta, cerca de la cima del edificio, a setenta metros del suelo. La pasarela, que conectaba con un laberinto de otras pasarelas más bajas por empinadas escaleras de acero, era en realidad un enrejado de metal que permitía ver todo lo que había abajo. Los trabajadores de la planta que caminaban por las pasarelas inferiores parecían moscas. Al principio Nim miraba inquieto hacia abajo a través del enrejado; al cabo de unos minutos se acostumbró. El objeto del suelo enrejado, explicó Folger, era permitir que en invierno el hielo y la nieve no se acumularan.

Aún allí seguía rodeándoles un ruido que todo lo penetraba. Alrededor y a través de la pasarela volaban nubes de vapor de agua que despedían las torres de enfriamiento y que cambiaban de dirección con el viento. Por momentos, Nim se encontraba como en una nube, aislado, con visibilidad limitada a uno o dos palmos. Luego el vapor de agua se desplazaba, dejando ver los suburbios de Denver desparramados abajo, con los rascacielos del centro a lo lejos. Aunque había sol, el viento a esa altura era gélido y cortante, y Nim sintió un escalofrío. Experimentó una sensación de soledad, de aislamiento y peligro.

—Allí está la tierra prometida. Si te sales con la tuya, eso es lo que verás en Tunipah —dijo Thurston señalando un área de unos quince acres directamente al frente. Una montaña de carbón, gigantesca, la cubría por completo.

—Ahí tiene la provisión para cuatro meses, no muy por debajo de un millón de toneladas —aseguró Folger.

—Y debajo de eso está lo que fue una hermosa pradera —agregó Thurston—. Ahora ofende la vista, nadie lo va a negar. Pero lo necesitamos. ¡Ahí está el quid de la cuestión!

Mientras observaban, una locomotora diésel sobre rieles de cremallera maniobró un largo tren de vagones de carga que traían aún más carbón. Sin desengancharse, cada vagón ocupaba un volcador giratorio que lo invertía, dejando caer el carbón sobre pesadas parrillas. Debajo había transportadores que llevaban el carbón a la planta.

—Nunca se detienen —dijo Thurston—. Nunca.

Como Nim ya sabía, se trataría de impedir que la naturaleza intocada de Tunipah se convirtiera en aquello. En principio, compartía el punto de vista de los opositores. Pero se dijo: la energía eléctrica que Tunipah debe producir es esencial; en consecuencia, debe tolerarse el cambio.

Dejaron el alto mirador; descendieron por una de las escaleras exteriores de metal, a un nivel algo inferior, y volvieron a detenerse. Ahora estaban más protegidos y la fuerza del viento había disminuido. Pero el ruido que les envolvía era mayor.

—Descubrirán otra cosa cuando trabajen con carbón —decía el superintendente de la planta—: que tendrán más accidentes entre el personal que con petróleo o gas, o con energía nuclear. Aquí tenemos un buen programa de prevención de accidentes. De todos modos…

Nim no escuchaba.

Increíblemente, con esa coincidencia que solo la vida real, no la ficción, puede ofrecer, estaba ocurriendo un accidente mientras miraban.

Unos quince metros delante de Nim y a espaldas de los otros que estaban frente a él, operaba una cinta transportadora de carbón. La transportadora, una combinación de goma flexible y acero, se movía sobre rodillos y así llevaba el carbón a los moledores, que lo reducían a trozos más pequeños. Más adelante era reducido a un polvo fino, listo para quemar al instante. En ese momento, debido a unos trozos grandes de carbón, la cinta transportadora se había bloqueado y desbordaba. La cinta siguió moviéndose, y el carbón que llegaba se desparramaba por el costado. Por encima de la cinta en movimiento, un obrero aislado, precariamente ubicado sobre una parrilla, removía la sobrecarga con una varilla de acero, tratando de despejar el camino.

Más tarde, Nim se enteraría de que ese procedimiento estaba prohibido. Las normas de seguridad requerían que la cinta se detuviera para despejar el estorbo. Pero los obreros, conscientes de la necesidad de mantener el flujo de carbón, no observaban esa precaución.

En segundos, mientras Nim miraba, el obrero resbaló, se sostuvo agarrándose del borde de la parrilla, resbaló otra vez, y cayó sobre la cinta transportadora. Nim vio que el hombre abría la boca para gritar, pero con el ruido no se le oyó. Había caído pesadamente; era evidente que estaba herido. La cinta ya lo llevaba hacia arriba, cerca del punto donde la maquinaria que molía el carbón, ubicada en una estructura que parecía una caja, le cortaría en pedazos.

No había nadie más a la vista. Nadie, salvo Nim, había visto cómo se producía el accidente.

Solo tuvo tiempo para saltar hacia delante gritando:

—¡Que alguien pare la cinta!

Cuando Nim se abalanzó entre los dos, Thurston y Folger, que no sabían qué ocurría, se dieron la vuelta. Captaron la escena en seguida, reaccionaron con rapidez y corrieron tras Nim. Pero para cuando empezaron a correr, él ya se había adelantado mucho.

En el punto más próximo a la pasarela, la cinta transportadora se movía a varios palmos por encima y en curso ascendente. Era difícil subirse a ella. Nim confió en su suerte y saltó. Cuando cayó torpemente sobre la cinta en movimiento, apoyado en manos y pies, se lastimó la mano izquierda con el borde afilado de una piedra de carbón. No hizo caso de la herida y trepó hacia adelante y arriba, sobre carbones sueltos, en movimiento, acercándose al obrero que esta tendido, atontado, y se movía

apenas, en un punto más alto de la cinta. El hombre estaba tan solo a un metro de la maquinaria mortal que le esperaba, y cada vez se acercaba más.

Lo que siguió fue una secuencia de hechos tan rápidos que no sería posible separarlos entre sí.

Nim llegó hasta el obrero y lo agarró, tratando de arrastrarlo hacia él. Por un momento lo logró, luego oyó que una tela se rasgaba y sintió una resistencia. En alguna parte, de alguna manera, la ropa del hombre se había enganchado en la cinta. Nim tiró de nuevo, pero sin éxito. La ruidosa maquinaria estaba apenas a dos palmos de distancia. Nim luchó con desesperación, sabiendo que era la última oportunidad. En vano. El brazo derecho del obrero, que tenía extendido hacia delante, entró en la maquinaria y se oyó un horrible crujir de huesos. La sangre saltó, mientras la cinta continuaba moviéndose. Luego, sin poder creerlo, horrorizado, Nim comprendió que su propia ropa se había enganchado. Era demasiado tarde para salvarse.

En ese momento la cinta se detuvo.

Después de una pausa ínfima, la cinta revirtió la marcha, llevó a Nim de regreso al lugar donde había saltado, y se detuvo de nuevo.

Por debajo del transportador, Folger había corrido directamente a una caja de control, donde golpeó con fuerza un botón rojo que decía «parada», y luego hizo que la cinta retrocediera.

Se alzaron manos que ayudaron a Nim a volver a la pasarela. Se oyeron gritos, y el ruido de pasos que corrían, al llegar más ayuda. Los recién llegados levantaron al obrero semiinconsciente, que se quejaba y sangraba abundantemente. Abajo, en alguna parte, se oyó un timbre de alarma. El superintendente Folger, arrodillado al lado del obrero herido, se arrancó el cinturón de cuero y lo utilizó como torniquete. Thurston Jones había abierto una caja de metal y daba órdenes por teléfono. Nim le oyó decir:

—Consigan un médico y una ambulancia, ¡rápido!

11

—No seré un maldito héroe como tú —le dijo alegremente Thurston—, pero en esta ciudad tengo cierta influencia —había estado en otra habitación de la casa, hablando por teléfono, y acababa de volver a la sala de estar donde descansaba Nim, con una bata prestada, la mano izquierda vendada y la derecha acariciando un *whisky* fuerte con agua.

—Están limpiando tu traje con urgencia —continuó Thurston—; y eso no es fácil, permíteme que te lo diga, un sábado por la tarde. Lo traerán más tarde.

—Gracias.

Úrsula, la esposa de Thurston, había entrado detrás de él, acompañada por su hermana menor, Daphne, que había venido a visitarles desde Inglaterra con su pequeño hijito. Las dos mujeres eran notablemente parecidas, había observado ya Nim. Ninguna de las dos era bonita de una manera convencional: altas, de huesos grandes, con frente despejada y boca amplia y generosa, quizás una pizca demasiado grande para ser hermosa. Pero su personalidad jovial y expansiva era fuerte y atractiva. Nim había conocido a Daphne hacía media hora y le había gustado en seguida.

—Hay otras novedades —informó Thurston a Nim—. El tipo al que le salvaste la vida no perderá el brazo. Los cirujanos dicen que pueden arreglarlo, y aunque no quedará lo bastante fuerte como para usarlo en una planta de carbón, por lo menos podrá abrazar a su mujer y a sus tres hijitos. ¡Ah, sí!, la mujer ha dicho algo. Ella y los niños irán a la iglesia luego, para darles las gracias a todos los santos, con los que tiene algo que ver Nim Goldman, y encenderán velas por ti. Te lo digo por si crees en algo de eso.

—Por favor, detente un minuto, Thurs —dijo Úrsula—, ya estoy llorando.

—Si quieres saberlo —confesó su marido—, yo mismo estoy bastante emocionado.

Nim protestó como había hecho ya antes:

—No hice mucho, si es que hice algo. Fue tu hombre, Folger, el que detuvo la correa…

—Oye —dijo Thurston—. Viste lo que ocurría antes que nadie; actuaste rápido, y esos palmos que le arrastraste le salvaron la vida. Además, el mundo necesita héroes. ¿Por qué oponerse?

A partir de esos minutos dramáticos, llenos de emoción, esa mañana en la pasarela, los hechos se habían sucedido rápidamente. El obrero lesionado, cuyo nombre Nim aún no conocía, había recibido primeros auxilios eficientes; luego, lo habían cargado cuidadosamente en una camilla que dos empleados de la planta llevaron a toda prisa hasta la pasarela. En lo que parecieron solo instantes desde la petición de una ambulancia hecha por Thurston, se oyó débilmente una sirena desde la dirección del centro de Denver, y una luz roja centelleante fue visible desde esa

altura, aunque el vehículo estaba a varios kilómetros de distancia.

Cuando la ambulancia llegó a la planta de Cherokee, ya habían bajado la camilla en un montacargas y se llevó al herido al hospital. Debido a la gran pérdida de sangre y el severo *shock*, al principio se temió por su vida.

Solo después de atender el caso más serio y de partir la ambulancia, examinaron la mano lastimada de Nim. Se comprobó que tenía un corte profundo en la palma, en la base del pulgar. Thurston llevó entonces a Nim al servicio de urgencias de un hospital cercano, donde le dieron varios puntos.

Nim tenía la cara, manos y ropa negras de carbón; después de ir al hospital le llevaron a la casa de Thurston, donde Nim se quitó el traje, el único que había traído, y se metió en una bañera llena de agua caliente. Luego, enfundado en la bata de Thurston, le habían presentado a Daphne, que le curó y vendó la mano con gran habilidad. Daphne, según se enteró Nim, era enfermera graduada; y también supo de su reciente divorcio, y que ésta era la razón de su visita a la hermana, para alejarse de todo.

Úrsula se secó los ojos con un pañuelo minúsculo, y luego dijo con buen sentido:

—Bien, ahora que sabemos que el final es feliz, podemos sentirnos mejor —cruzó la habitación para acercarse a Nim y le abrazó y besó impulsivamente—: ¡Toma! Esto es mejor que las velitas.

—¡Eh! —dijo Daphne—. ¿Podemos hacerlo todos?

—¡Por supuesto! —sonrió Nim.

Ella lo besó prestamente. Tenía los labios llenos y cálidos; a él le gustó sentirlos, lo mismo que la fragancia momentánea que le llegó y se esfumó.

—Te lo tienes merecido por ser un maldito héroe, te guste o no —anunció Daphne.

—Esta parte me gusta —dijo Nim.

—Lo que todos necesitamos ahora —dijo Úrsula—, es una buena dosis de diversión —se dirigió a su marido—. Thurs, ¿qué planes tienes para esta noche?

—Es una suerte que lo preguntes —dijo él, sonriente—. Vamos a cenar y a bailar. Con mi acostumbrada e inteligente previsión he reservado una mesa para cuatro en el salón San Marco del «Brown Palace».

—Maravilloso —dijo Daphne—, ¿Podemos conseguir un canguro para Keith?

—No os preocupéis —le aseguró Úrsula—. Yo me encargo de eso.

—Y yo voy a bailar —afirmó Nim—, con traje o sin traje.

La música de un pequeño grupo animado y lleno de talento, más el vino y una excelente cena, los dulcificó a todos. Antes habían traído el traje de Nim, que no mostraba rastros de su paso por la cinta transportadora de carbón. Simultáneamente con el hombre de la tintorería habían llegado un corresponsal y un fotógrafo del *Denver Post*, buscando una entrevista y una fotografía de Nim. Un tanto de mala

gana, éste accedió.

Poco después, con Nim y Daphne apretujados atrás en el «Pinto» de Thurston, ésta le apretó el brazo.

—Creo que eres bastante notable —le susurró—. Por la manera como haces las cosas y te comportas; y es bonito que además seas modesto.

Sin saber qué decir, él le cogió la mano y la retuvo, preguntándose qué le traería la última parte de la noche.

Ahora la cena había terminado. Nim y Daphne habían bailado juntos varias veces, cada vez más cerca, a lo que Daphne demostró claramente no oponerse en absoluto.

En un momento, estando solos en la mesa, mientras Thurston y Úrsula bailaban, él le preguntó qué había funcionado mal en su matrimonio.

Con la franqueza que parecía caracterizar a las dos hermanas, ella le contestó:

—Mi marido es mayor que yo. No le atraía mucho la relación sexual, y la mayoría de las veces no podía excitarle. Otras cosas no marcharon bien, pero ésa fue la principal.

—Doy por sentado que ése no era tu problema.

—¿Cómo lo adivinaste? —dijo ella, echando atrás la cabeza y riéndose.

—Pero habéis tenido un hijo.

—Sí. Fue una de las veces que lo logramos. Casi la única. De todos modos, estoy contenta de tener a Keith. Tiene casi dos años y le quiero mucho. A propósito, Keith y yo compartimos el dormitorio, pero tiene el sueño pesado.

—Aun así —dijo Nim—, no quiero entrar en su dormitorio.

—Es razonable. Deja la puerta entreabierta. Está después de la mía.

Cuando, para variar, Nim bailó con Úrsula, ella le confió:

—Me gusta tener a Daphne aquí; siempre hemos estado muy unidas. Lo único que le envidio es Keith.

—¿Tú y Thurston no habéis querido tener hijos? —le preguntó Nim.

—Los dos queríamos. Todavía lo queremos. Pero no podemos tenerlos —la voz de Úrsula fue cortante, como si deseara no haber tocado el tema, y él no insistió.

Pero más tarde, cuando las hermanas se excusaron y dejaron la mesa por un momento, Thurston dijo:

—Creo que Úrsula te ha dicho que no podemos tener hijos.

—Sí.

—¿Te ha dicho por qué?

Nim negó con la cabeza.

—La culpa es mía, no de Úrsula. Los dos nos hicimos revisiones médicas, muchísimas. Parece que mi pistola puede tirar, pero yo no tengo balas y jamás tendré balas vivas, según me dicen los médicos.

—Lo siento.

—Supongo que no se puede tener todo —dijo Thurston, encogiéndose de hombros—; y Úrsula y yo tenemos muchas otras cosas. Pensamos en adoptar uno,

pero ninguno de los dos está aún muy decidido.

Cuando las mujeres volvieron, todos bebieron más vino y bailaron de nuevo. Mientras bailaban, Daphne le susurró a Nim al oído:

—¿Te he dicho que me gustas bastante?

En respuesta, él hizo más presión con el brazo con que la rodeaba. Esperaba que no tardaran mucho en volver a casa.

Habían vuelto hacía una hora y media. Thurston había llevado a la canguro a su casa; luego, todos se sentaron en la cocina y charlaron mientras Úrsula preparaba té con la ayuda de Daphne. Poco después se dieron las buenas noches y se fueron a acostar. Ahora Nim estaba casi dormido.

Lo despertó un ruido, un crujido, sin lugar a dudas al abrirse del todo la puerta del dormitorio, aunque la había dejado entreabierta, como le dijera Daphne. Lo siguió otro crujido, luego el ruidito del picaporte al cerrar la puerta. Nim levantó la cabeza y se esforzó por ver en la oscuridad, pero no pudo lograrlo.

Oyó el ruido suave de pisadas y el crujir de una tela; supuso que se quitaba la ropa. Luego se levantó la sábana y un cuerpo cálido, suave, desnudo, se deslizó a su lado. Los brazos se extendieron. En la oscuridad, los labios de ella, excitantes, acogedores, encontraron los suyos. El beso fue largo, y rápidamente se volvió apasionado. Cuando las piernas se apretaron, Nim sintió una oleada de sangre, la erección y la urgencia. Comenzó a mover las manos suavemente y suspiró, con una mezcla de placer sensual y satisfacción.

—Daphne, querida, he estado esperando, esto todo el día —susurró.

Sintió el gorjeo de una risa suave. Un dedo se adelantó buscando sus labios para cubrirlos, exigiendo silencio. Una voz baja advirtió:

—¡Cállate, idiota! No es Daphne. Soy Úrsula.

Sorprendido, Nim se soltó y se sentó. Tuvo ganas de saltar de la cama. Una mano le detuvo.

—Escúchame —dijo Úrsula urgente y suave—. Quiero un hijo. Y después de Thurs, que no puede dármelo, y ya sé que te lo dijo, preferiría que fuera tuyo antes que de cualquier otro hombre de los que conozco.

—No puedo hacerlo, Úrsula. No a Thurs —protestó él.

—Sí, puedes, porque Thurs sabe que estoy aquí y por qué.

—¿Y a Thurs no le importa? —la voz de Nim sonó incrédula.

—Te juro que no. Los dos queremos un hijo. Los dos hemos decidido que ésta era la mejor manera —nuevamente la risa suave—. A Daphne le importa, sin embargo. Está furiosa conmigo. Te quería para ella.

Emociones encontradas se arremolinaron en Nim. Luego captó el toque de humor de la situación y se rio.

—Así es mejor —dijo Úrsula—. Le atrajo hacia ella, y él dejó de resistirse

cuando se abrazaron de nuevo.

—Es el buen momento del mes —murmuró ella—. Sé que puede hacerse. ¡Oh, Nim querido, ayúdame a tener un hijo! Lo deseo tanto.

¿Qué había hecho él, se preguntó, para merecer todas las cosas extrañas que le ocurrían?

—De acuerdo; lo haré lo mejor que pueda —le respondió en un susurro. Mientras se besaban y él tenía otra erección, preguntó con picardía—: ¿Te parece que estará bien que sienta placer?

En vez de contestar, ella le abrazó con más fuerza; respiraron agitados y ella gritó suavemente de placer cuando él la acarició y la penetró.

Hicieron el amor repetida y espléndidamente, y Nim descubrió que la mano vendada no era ningún impedimento. Por fin se quedó dormido. Cuando se despertó, comenzaba a clarear y Úrsula se había ido.

Decidió seguir durmiendo. Pero la puerta de su dormitorio se abrió una vez más y entró una silueta con un camisón rosa pálido.

—No voy a permitir —dijo Daphne mientras se quitaba el camisón— que me dejen fuera de todo. Hazme lugar, Nim, y espero que te quede un poco de energía.

Felizmente, descubrieron que le quedaba bastante.

El vuelo de regreso de Nim a West Coast, otra vez con «United», fue al atardecer. Thurston le llevó al aeropuerto: Úrsula y Daphne le acompañaron; Daphne con su hijito Keith. Aunque la conversación durante el viaje fue amigable y tranquila, no se dijo nada de lo ocurrido durante la noche. Nim se despidió de las dos mujeres con un beso, en el coche. Mientras ellas esperaban, Thurston acompañó a Nim a la terminal.

En el control de seguridad de pasajeros, se detuvieron para darse un apretón de manos.

—Te estoy muy agradecido, Thurs.

—Yo también. Y buena suerte mañana y todos los otros días de debate.

—Gracias. La necesitaremos.

Todavía apretando la mano de Nim, Thurston pareció vacilar y luego dijo:

—Por si tienes dudas sobre algo, me gustaría decirte que hay cosas que un hombre hace porque debe hacerlas, y porque es lo mejor dentro de sus posibilidades limitadas. Otra cosa: hay amigos y amigos excepcionales. Tú estás entre los últimos, Nim. Siempre lo estarás, así que no perdamos contacto.

Al volverse hacia la rampa de acceso al avión, Nim descubrió que tenía los ojos húmedos.

Minutos después, al instalarse en su asiento de primera clase para el viaje de regreso, una cordial azafata le preguntó:

—Señor, ¿qué desea beber cuando despegue?

—Champaña —le dijo sonriente. Era evidente que nada podía igualar a aquel maravilloso fin de semana.

12

El joven comisionado que presidía el debate golpeó suavemente la mesa con el mazo.

—Antes de comenzar el turno de preguntas de este testigo, creo que corresponde felicitarle por su comportamiento hace dos días, cuando su rápida actuación y su coraje salvaron la vida de un empleado de un servicio público en otro estado.

En la sala de debates se oyeron algunos aplausos dispersos.

—Gracias, señor —dijo Nim, algo molesto por la mención.

Hasta esa mañana había supuesto que las noticias sobre el drama de la cinta transportadora no cruzarían las fronteras de Denver, por lo que le sorprendió descubrirse en el *Chronicle West* como protagonista de una noticia cablegrafiada por «Associated Press». La información era desdichada, porque llamaba la atención sobre su visita a la planta generadora de carbón, y Nim se preguntaba cómo la utilizarían las fuerzas de la oposición, si es que se decidían a hacerlo.

Al igual que en las sesiones anteriores, en la sala revestida de roble, estaban, además del personal de la comisión, los asesores de las varias partes, los testigos que esperaban su turno, funcionarios de las entidades interesadas, corresponsales de la prensa, y una buena cantidad de público, este último compuesto principalmente por gente de la oposición.

En su sitial, el comisionado que presidía estaba flanqueado por el mismo juez administrativo de edad madura.

Entre los que Nim reconoció en la sala de audiencias, estaban Laura Bo Carmichael y Roderick Pritchett, que representaban al «Club Sequoia»; Davey Birdsong, de la *lfpp*, con su cuerpo enorme vestido como de costumbre con tejanos raídos y camisa de cuello abierto; y en la mesa de prensa, a cierta distancia de los otros, Nancy Molineaux, elegantemente vestida.

Nim ya había jurado, aceptando «decir la verdad, toda la verdad y solo la verdad». Ahora el corpulento asesor general de la empresa, Oscar O’Brien, de pie y frente al banquillo, le guiaría en su testimonio.

—Señor Goldman —comenzó O’Brien, tal como habían ensayado—, haga el favor de describir las circunstancias y estudios que le condujeron a creer que el proyecto sometido a la comisión es necesario y útil para la comunidad.

Nim se acomodó en el estrado de los testigos, consciente de que su exposición sería larga y ardua.

—Los estudios realizados por la «Golden State» —comenzó—, complementados por los de los departamentos estatales, señalan que a mediados de la próxima década el crecimiento de la población y de la industria en California excederán en mucho el promedio nacional. Daré los detalles más adelante. Paralelamente con ese crecimiento se producirá una escalada en la demanda de energía eléctrica, mucho mayor de lo que puede satisfacer la capacidad generadora actual. Para responder a esa demanda…

Nim se esforzó por mantener un tono de conversación ligero para mantener el interés de los que escuchaban. Todos los hechos y opiniones que iba a presentar figuraban en informes que había entregado a la comisión hacía semanas, pero las pruebas orales se consideraban importantes. Quizá porque reconocían que muy pocos llegarían a leer la montaña de papel, que crecía día a día.

O'Brien hacía las funciones de apuntador con la soltura de un actor en una obra que se representa desde hace mucho tiempo.

—En cuanto a efectos sobre el medio ambiente, ¿quiere hacer el favor de explicar…?

—¿Podría dar detalles acerca de esas entregas de carbón que…?

—Antes afirmó que las alteraciones en la flora y fauna no irían más allá de cierto límite. Creo que a la comisión le gustaría tener la seguridad de que…

—Por favor, amplíe…

—¿Usted diría que…?

—Veamos ahora…

Esto llevó más de un día y medio; un total de siete horas durante las cuales, Nim, en el estrado de los testigos, fue el centro de la atención general. Al final, estaba seguro de haber presentado la posición de la «CGS» minuciosamente y con toda objetividad. Sin embargo, sabía que su verdadera ordalía, una serie de interrogatorios, no había ni comenzado.

A media tarde del segundo día, Oscar O'Brien se dirigió al presidente:

—Gracias, señor presidente. Con esto concluye mi interrogatorio del testigo.

—Creo que el señor Goldman merece un descanso y a todos los demás nos vendrá bien —asintió el presidente. Dio un golpe con el mazo—. Este debate se suspende hasta las diez horas de mañana.

Al día siguiente, los interrogatorios comenzaron lenta y tranquilamente, como un coche que se deslizara en primera por un tramo de camino sin desniveles. El asesor de la comisión, un aburrido abogado de mediana edad, llamado Holyoak, fue el primero.

—Señor Goldman, hay cierto número de puntos sobre los cuales los comisionados necesitan aclaraciones… —el interrogatorio de Holyoak no fue ni amistoso ni hostil. Nim respondió de la misma manera y adecuadamente.

Holyoak necesitó una hora. Le siguió Roderick Pritchett, gerente-secretario del «Club Sequoia», y el interrogatorio adquirió mayor velocidad.

Pritchett, delgado, de aspecto cuidado, y con actitudes que hacían juego, vestía un traje con chaleco de corte clásico. Su pelo gris oscuro tenía la raya bien trazada y no había un cabello fuera de lugar. De vez en cuando se pasaba una mano por el pelo para asegurarse de que no se despeinaba. Al levantarse y acercarse al estrado de los testigos, los ojos de Pritchett parecieron brillar detrás de sus gafas. Poco antes del

turno de preguntas había estado consultando con Laura Bo Carmichael, a quien tenía sentada a su lado en una de las tres mesas para asesores de testigos.

—Señor Goldman —comenzó Pritchett—, aquí tengo una fotografía. —Se inclinó hacia la mesa de asesores y cogió una foto brillante de ocho por diez—. Me gustaría que la observara y me dijera si algo le resulta familiar.

Nim cogió la foto. Mientras la observaba, un empleado del «Club Sequoia» entregó otras copias al comisionado, al juez administrativo, y a los asesores, incluyendo a Oscar O'Brien, a Davey Birdsong y a la prensa. Otras copias fueron a los espectadores, que comenzaron a pasarlas.

Nim estaba intrigado. En su mayor parte la foto era negra, pero había algo familiar…

El gerente-secretario del «Club Sequoia» sonreía.

—Tómese su tiempo, señor Goldman, por favor.

—No estoy seguro —dijo Nim, sacudiendo la cabeza.

—Quizá pueda ayudarle —la voz de Pritchett sugería el juego del gato y el ratón —. A tenor de lo que he leído en los periódicos, la escena que está viendo ahora la observó personalmente el fin de semana pasado.

Nim se dio cuenta al instante. Era una fotografía de la pila de carbón en la planta de Cherokee, en Denver. Eso explicaba la oscuridad. Mentalmente, maldijo la publicidad que había revelado su viaje de fin de semana.

—Bien —dijo—, supongo que es una fotografía de carbón.

—Por favor, denos algún otro detalle, señor Goldman. ¿Qué carbón y dónde?

—Es carbón de la planta de una compañía de servicios públicos, cerca de Denver —dijo Nim, de mala gana.

—Precisamente —Pritchett se quitó las gafas, limpió los cristales y se las volvió a poner—. Para su información, la fotografía se tomó ayer y la trajeron en avión esta mañana. No es un paisaje muy bonito, ¿verdad?

—No.

—¿Feo, diría usted?

—Supongo que se podría describir así, pero el punto es…

—El punto es —interrumpió Pritchett— que ya ha contestado mi pregunta. Ha dicho: «Supongo que se podría describir así», y eso significa que acepta que es feo. Es todo lo que he preguntado. Gracias.

—Pero también habría que decir… —protestó Nim.

—¡Basta ya, señor Goldman! —dijo Pritchett, blandiendo un dedo conminatorio —. Por favor, recuerde que soy yo el que pregunta. Continuemos ahora. Tengo otra fotografía para que usted y los comisionados la vean.

Mientras Nim echaba humo por dentro, Pritchett volvió a la mesa de los asesores y esta vez cogió una fotografía en color. Se la alargó a Nim. Como antes, el empleado repartió copias.

Aunque Nim no alcanzó a reconocer el lugar exacto, no tuvo duda sobre dónde

habían tomado la foto. Tenía que ser Tunipah, en el lugar donde se proyectaba construir la planta, o muy cerca de allí. Era igualmente obvio que el fotógrafo era un profesional experto.

Había captado la deslumbrante belleza áspera de la naturaleza virgen de California bajo un cielo azul y limpio. Un desolado promontorio rocoso dominaba un bosque de majestuosos pinos. Cerca de la base de los árboles había un follaje denso y en primer plano un torrente moteado de espuma. En la orilla más cercana, una profusión de flores silvestres deleitaba la vista. Más lejos, en las sombras, un joven ciervo había levantado la cabeza, quizás alarmado por la presencia del fotógrafo.

—Una escena realmente hermosa, ¿no es cierto, señor Goldman? —sugirió Pritchett.

—Sí, así es.

—¿Tiene alguna idea de dónde se tomó esta fotografía?

—Supongo que fue en Tunipah —no tenía sentido andar con juegos, decidió Nim, o postergar el punto que Pritchett señalaría tarde o temprano.

—Su suposición es correcta, señor. Ahora le haré otra pregunta —el tono de Pritchett se hizo más duro; la voz más fuerte—: ¿No le preocupa que lo que usted y su compañía se proponen hacer en Tunipah es reemplazar esto por esta espantosa fealdad —blandió la fotografía de la pila de carbón en el aire—, esta belleza serena y gloriosa —ahora levantó la segunda fotografía—, uno de los pocos santuarios de la naturaleza que quedan incólumes en nuestro estado y en nuestro país?

La pregunta, hecha con dramática retórica, provocó un murmullo de aprobación por parte de los espectadores. Uno o dos aplaudieron.

—Sí, claro que me preocupa —contestó Nim rápidamente—. Pero lo veo como necesario, un compromiso, un trueque. Además, en proporción al área total alrededor de Tunipah…

—Es suficiente, señor Goldman. No se le pide un discurso. El acta dirá que su respuesta ha sido «sí».

Pritchett hizo una pausa breve, y luego volvió al ataque.

—¿Será posible que emprendiera ese viaje al Estado de Colorado el fin de semana pasado porque tiene la conciencia inquieta, porque tenía que ver con sus propios ojos la fealdad de grandes cantidades de carbón, cantidades como las que habrá en Tunipah, sobre lo que antes era un paisaje hermoso?

Oscar O’Brien estaba de pie y dijo:

—¡Me opongo!

—¿Con qué fundamento? —dijo Pritchett, volviéndose hacia él.

Sin hacerle caso, O’Brien se dirigió al presidente:

—La pregunta ha alterado el sentido de las palabras del testigo. Además, supone un estado de ánimo que el testigo no ha admitido tener.

—Objeción denegada —anunció imperturbable el comisionado. O’Brien se sentó furioso.

—No —dijo Nim, dirigiéndose a Pritchett—, tal como usted ha dicho, no era ése el objeto de mi viaje. Fui porque hay ciertos aspectos técnicos de una planta alimentada a carbón que deseaba repasar antes del debate —la contestación sonó poco convincente hasta a Nim.

—Estoy seguro que aquí hay quienes le creerán —señaló Pritchett. Su tono indicaba: «Yo, no.»

Pritchett siguió con otras preguntas, que en comparación resultaron descoloridas. El «Club Sequoia», gracias a su inteligente utilización de las fotografías, se había anotado buenos puntos, éxito del que Nim se consideraba culpable.

Por fin, el director-secretario del club volvió a su asiento. El presidente consultó una hoja que tenía delante:

—¿La organización «Luz y Fuerza Para el Pueblo» desea interrogar a este testigo?

—¡Claro que sí! —contestó Davey Birdsong.

El presidente hizo una seña con la cabeza. Birdsong se irguió pesadamente y no perdió el tiempo en preliminares. Preguntó:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Nim pareció intrigado.

—Si me pregunta a quién represento…

—Todos sabemos a quién representa: a una empresa rica y codiciosa que explota al pueblo —estalló Birdsong. El líder de la *lfpp* golpeó con su mano gruesa sobre una repisa al lado de la silla del testigo y levantó la voz—: Quiero decir, exactamente, lo que he dicho. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Bueno… he venido en taxi.

—¿En taxi? ¿Una persona importante como usted? ¿Quiere decir que no utilizó su helicóptero personal?

Nim sonrió levemente; ya veía en qué iba a consistir el interrogatorio. Contestó:

—No tengo un helicóptero personal. Y le aseguro que no he utilizado ninguno hoy.

—Pero a veces lo hace, ¿no?

—En algunas ocasiones especiales…

—¡Eso no importa! A veces lo usa, ¿sí o no? —interrumpió Birdsong.

—Sí.

—¿Un helicóptero que los usuarios de gas y electricidad pagan mensualmente con dinero duramente ganado?

—No, no se paga con los recibos de los usuarios. Por lo menos no directamente.

—Pero los usuarios pagan indirectamente, ¿no?

—Eso se puede decir de todos los elementos que forman parte del equipo de la empresa…

—No hablamos del equipo —dijo Birdsong, dejando caer la mano nuevamente—. Le pregunto sobre un helicóptero.

—Nuestra compañía tiene varios helicópteros que…

—¡Varios! ¿Quiere decir que puede elegir… como entre un «Lincoln» y un «Cadillac»?

—Se utilizan básicamente para el trabajo —se impacientó Nim.

—Lo que no impide que usted utilice uno si lo necesita para algo personal, o juzga que lo necesita, ¿no? —sin esperar respuesta Birdsong metió la mano en un bolsillo y sacó una hoja de periódico que desplegó—. ¿Recuerda esto?

Era el artículo de Nancy Molineaux en el *California Examiner*, publicado poco después de la visita de la gente de prensa al campamento de Devil's Gate.

—Lo recuerdo —dijo Nim, resignado.

Birdsong leyó los datos y la fecha del periódico, que el mecanógrafo anotó, y luego se volvió nuevamente hacia Nim.

—Aquí dice: «El señor Goldman… es demasiado importante para viajar en autobús, aunque uno, alquilado por la "CGS", hiciera el viaje… con bastantes asientos vacíos. En cambio, eligió un helicóptero…» —Birdsong levantó la vista iracundo—. ¿Todo esto es cierto?

—Se dieron circunstancias especiales.

—No me interesan. Le he preguntado: «¿Todo esto es cierto?»

Nim veía a Nancy Molineaux que observaba desde la mesa de prensa; una sonrisa leve le jugueteaba en la cara. Él dijo:

—Fue un informe prejuicioso, pero más o menos cierto.

Birdsong se dirigió al estrado:

—¿Querría el presidente indicar al testigo que responda simplemente «sí» o «no»? —dijo Birdsong, dirigiéndose al estrado.

—Ahorraría tiempo, señor Goldman, si lo hiciera —dijo el presidente.

—De acuerdo —contestó Nim con expresión severa.

—Ha habido que sacárselo —dijo Birdsong— con sacacorchos —de nuevo miraba al estrado y, como un camaleón, había pasado de la dureza a la amabilidad—. Pero al fin tenemos la admisión del testigo de que el contenido de este valiente informe periodístico es cierto. Señor presidente, querría que el artículo figurara como prueba de la vida lujosa que se permiten funcionarios como ese Goldman y ese… como se llame, el presidente, a expensas de los ingenuos usuarios. También de que le encajan al público cosas inútiles y caras como Tunipah, destinadas a mantener ese modo de vida y a proporcionar a la compañía ganancias que más parecen producto de la extorsión.

De pie, O'Brien protestó, cansado:

—Me opongo a la inclusión de este artículo periodístico que no tiene nada que ver con este debate; también a las últimas observaciones, que no se fundamentan en pruebas ni testimonios.

El comisionado consultó brevemente con el juez administrativo, y luego, anunció:

—Su objeción quedará registrada, señor O'Brien. El documento, el artículo

periodístico, será aceptado como prueba.

—Gracias, señor —dijo Birdsong, y volvió a dedicar su atención a Nim.

—¿Posee usted acciones de la «Golden State?»

—Sí —dijo Nim. Se preguntaba qué vendría después. Tenía ciento veinte acciones, que había adquirido, unas pocas cada vez, a través de un plan de la empresa de ahorro sobre los sueldos. Su valor de mercado actual era de un poco más de dos mil dólares, muy inferior al costo original, ya que el valor de las acciones de la «CGS» había caído un mes atrás, cuando pagaron dividendos. Pero decidió no adelantar más información de la exigida. Resultó un error.

—Si este asunto de Tunipah se hace —continuó Birdsong—, ¿es posible que suba el valor de todas las acciones de la «Golden State?»

—No necesariamente. También podrían bajar —mientras hablaba, Nim se preguntó si debería agregar detalles, decir que con un plan de grandes inversiones a financiar con la venta de títulos, incluso nuevas acciones comunes por debajo del valor nominal, las actuales acciones de la «CGS» podrían diluirse y caer. A esa contestación debería agregar explicaciones muy complejas, que en el contexto del debate caerían como vaguedades. Además, Nim no sabía si al tesorero de la compañía le gustaría que se hiciera esa manifestación en público. Decidió no empeorar las cosas.

—No necesariamente —repitió Birdsong—. Pero el precio de mercado de las acciones podría subir. Tiene que admitirlo.

—En el mercado de valores puede ocurrir cualquier cosa —dijo Nim brevemente.

Birdsong miró a la sala y suspiró teatralmente:

—Supongo que ésta es la mejor contestación que puedo esperar de este testigo nada cooperativo, de modo que lo diré yo: las acciones posiblemente suban —se volvió hacia Nim—. Si eso ocurriera, ¿no es cierto que usted tendría un interés creado en Tunipah, que usted también sería un acaparador?

La idea era tan absurda que a Nim le dieron ganas de reír. Lo mejor que podía esperar, y eso a largo plazo, era que el reducido valor de sus acciones volviera al nivel de cuando las compró.

—Ya que no parece inclinado a contestar —dijo Birdsong repentinamente—, se lo preguntaré de otra manera: si el valor de las acciones de la «Golden State» sube con Tunipah, ¿sus acciones también valdrán más?

—Mire —dijo Nim—, yo solo…

Desde el estrado, el comisionado interrumpió irritado:

—Es una pregunta muy simple, señor Goldman. Conteste simplemente «sí» o «no».

A punto de estallar ante la injusticia, Nim vio que Oscar O’Brien le hacía una seña con la cabeza. Le recordaba sus instrucciones de ser paciente y aguantar las provocaciones. Contestó con un breve «sí».

—Ahora que también tenemos esa admisión, señor presidente —declaró Birdsong

—, quiero que el acta muestre que este testigo tiene un interés creado en el resultado del debate, y que por tanto su testimonio debe ser apreciado en consecuencia.

—Bueno, usted ya se lo ha dictado al mecanógrafo —dijo el comisionado, evidentemente irritado todavía—, ¿Por qué no sigue?

—¡Sí, señor! —el líder de la *lfpp* se metió una mano entre la barba como si pensara, y luego se volvió hacia Nim—. Ahora tengo algunas preguntas sobre el efecto que causaría Tunipah en las facturas de los servicios que deberán pagar los pobres trabajadores, aquellos que…

Así siguió sin parar. Birdsong se dedicó, como lo había hecho cuando interrogaba a J. Eric Humphrey, a sugerir que las ganancias, y solo las ganancias, eran lo que perseguía el proyecto Tunipah; y también que los usuarios pagarían los recibos y recibirían poco o nada en cambio. Lo que fastidiaba a Nim, bajo la aparente calma que luchaba por mantener, era que ni una vez se tocaron los grandes problemas; las necesidades futuras de energía, calculadas sobre el crecimiento de la demanda y la economía de la industria, la preservación del nivel de vida. Desfilaron banalidades populistas; nada más. Pero atraerían la atención. La actividad en la mesa de prensa lo probaba.

Nim también debió admitir para sí que el ataque sobre dos frentes resultaba efectivo: el «Club Sequoia» poniendo el acento en los problemas ambientales, y la *lfpp* atacando por el lado de las tarifas y finanzas, si bien superficialmente. Se preguntó si habría habido contactos entre los dos grupos, aunque le pareció dudoso. Laura Bo Carmichael y Davey Birdsong pertenecían a planos intelectuales distintos. Nim seguía respetando a Laura Bo, a pesar de sus diferencias, pero a Birdsong lo despreciaba por ser un charlatán.

Durante una breve interrupción posterior al turno de preguntas de Birdsong, Oscar O’Brien previno a Nim:

—Usted todavía no ha terminado. Después de los otros testigos quiero que vuelva para un segundo turno, y cuando yo termine los otros podrán agarrarlo de nuevo.

Nim hizo una mueca; deseaba acabar con todo aquello.

Laura Bo Carmichael fue la testigo siguiente.

A pesar de su figura menuda y frágil, la presidente del «Club Sequoia» en el estrado de los testigos impresionaba como una *grande dame*. Llevaba un traje sastre severo de gabardina beige y, como de costumbre, el pelo gris era muy corto. No llevaba adornos ni joyas. Su aspecto era serio. Al responder a las preguntas que le hizo Roderick Pritchett, el tono fue tajante, la voz segura.

—En un testimonio anterior hemos oído afirmar, señora Carmichael —comenzó Pritchett—, que la necesidad general de más energía eléctrica justifica la construcción de una planta de carbón en la zona de Tunipah. ¿Opina usted lo mismo?

—No, no opino así.

—¿Querría explicar a los comisionados sus razones, y las del «Club Sequoia», para oponerse a la construcción?

—Tunipah es una de las pocas, de las muy pocas, zonas naturales que quedan en California. Abunda en tesoros naturales: árboles, plantas, flores, ríos, formaciones geológicas únicas, vida animal, pájaros, insectos; algunos constituyen especies extinguidas en otros lugares. Y, por encima de todo, la región es de una belleza magnífica. Destruirla con una planta industrial enorme, fea, de gran poder contaminante y destructor, sería un sacrilegio, un paso ecológico hacia atrás, hacia el siglo pasado, una blasfemia contra Dios y la naturaleza.

Laura Bo había hablado con calma, sin levantar la voz, lo que hizo más efectiva su afirmación. Pritchett hizo otra pausa antes de formular otra pregunta, para permitir que el impacto de esas palabras fuera profundo.

—El portavoz de la compañía «Golden State», el señor Goldman —dijo Pritchett —, le ha asegurado a la comisión que la alteración del estado natural sería mínima en Tunipah. ¿Querría comentar esa afirmación?

—Conozco al señor Goldman desde hace varios años —respondió Laura Bo—. Sus intenciones son buenas. Quizás hasta crea en lo que dice. Pero la verdad es que nadie puede construir una planta así en Tunipah, sin producir un daño ecológico tremendo e irreparable.

El secretario-tesorero del «Club Sequoia» sonrió.

—¿Estoy en lo cierto, señora Carmichael, si digo que en realidad usted no confía en la «CGS» en cuanto a la promesa de «daño mínimo»?

—Sí, lo está; aun si esa promesa pudiera cumplirse, lo que no es posible —Laura Bo volvió la cabeza, dirigiéndose directamente a los ocupantes del estrado, que la habían escuchado atentamente—. En el pasado, la compañía «Golden State» y la mayoría de las otras compañías industriales, se han mostrado indignas de confianza en lo que se refiere a protección del medio ambiente. Cuando se las dejó hacer, nos envenenaron el aire y el agua, destruyeron nuestros bosques, despilfarraron los recursos minerales y arruinaron el paisaje. Ahora, que vivimos en otra era, en la que se advierten esos errores, nos dicen: «Confíen en nosotros. El pasado no se repite.» Pues bien, yo y muchos otros no confiamos en ellos; ni en Tunipah ni en ninguna parte.

Escuchándola, Nim pensó que en lo que Laura Bo decía había una lógica que la hacía convincente. Él podía, y lo había hecho, discutirle su visión del futuro; Nim creía que la «CGS» y otras organizaciones similares habían aprendido mucho de sus viejos errores a ser buenos ciudadanos ecológicos, aunque fuese solo porque era lo que más le convenía. Sin embargo, ninguna persona de buen sentido podría discutir la valoración que hacía Laura Bo del pasado. Otra cosa que ella ya había logrado, se dijo Nim, desde que ocupó la silla de los testigos, era elevar el nivel del debate muy por encima de las trivialidades con que Davey Birdsong había divertido a la galería.

—Hace unos minutos —le dijo Pritchett a Laura Bo— ha afirmado que ciertas especies de vida natural en Tunipah se han extinguido en otros lugares. ¿Nos diría cuáles son?

La presidente del «Club Sequoia» asintió. Dijo con seguridad:

—Conozco dos: una flor silvestre, la gallarito «Furbish», y el microdipodopo, conocido también como ratón canguro.

«Aquí nos separamos —pensó Nim. Recordó su discusión con Laura Bo durante el almuerzo de dos meses atrás, cuando él le había objetado—: ¿Permitirías que un ratón, o muchos ratones, detuvieran un proyecto que beneficiará a millones de personas?»

Evidentemente, a Roderick Pritchett se le había ocurrido la misma posibilidad, porque su pregunta siguiente fue:

—¿Teme críticas sobre esos dos problemas: la gallarito «Furbish» y el microdipodopo? ¿Teme que la gente diga que los seres humanos y sus deseos son más importantes?

—Espero mucha crítica de ese tipo y hasta insultos —dijo Laura Bo—. Pero nada modificará la falta de visión y la locura que significa reducir o eliminar cualquier especie en peligro.

—¿Querría ampliar ese concepto?

—Sí. Hay un principio involucrado, un principio de vida y muerte que es violado repetida e irreflexivamente. Tal como se ha desarrollado la vida moderna: las ciudades, el desborde urbano, la industria, los caminos y todo lo demás, hemos alterado el equilibrio natural, destruido la vida vegetal, el clima y la fertilidad del suelo, hemos expulsado la vida salvaje de su hábitat o la hemos destruido masivamente, desorganizado ciclos de crecimientos normales, olvidando siempre que cada parte de la intrincada naturaleza depende de todas las otras para sobrevivir.

Desde el estrado, el comisionado dijo:

—Pero seguramente, señora Carmichael, hasta en la naturaleza hay flexibilidad.

—Algo de flexibilidad. Pero casi siempre se la ha forzado más allá de lo debido.

El comisionado asintió cortésmente.

—Siga, por favor.

Sin que se hubiera alterado su digna compostura, Laura Bo continuó:

—Lo que quiero señalar es que en el pasado las decisiones se tomaron según lo conveniente a corto plazo, casi nunca con una visión más amplia. Al mismo tiempo, la ciencia moderna (y hablo como científica que soy), operó en compartimentos estancos, ignorando la verdad de que el «progreso» en un área puede dañar la vida y la naturaleza en general. Los escapes de los automóviles, producto de la ciencia, constituyen un enorme ejemplo: es por conveniencia que se les permite subsistir pese a ser letales. Otro ejemplo es el uso excesivo de pesticidas, que al preservar ciertas formas de vida han hecho desaparecer otras. Lo mismo puede decirse del daño atmosférico que producen los aerosoles. La lista es larga. Todos hemos marchado, y seguimos haciéndolo, hacia el suicidio ecológico.

Mientras hablaba la presidente del «Club Sequoia», la sala de debates se mantuvo en un respetuoso silencio. Ahora nadie se movió, esperando sus próximas palabras.

—Todo es conveniente —repitió ella, levantando la voz por primera vez—. Si permiten que se ponga en marcha este monstruoso proyecto de Tunipah, la conveniencia condenará a la gallarito «Lurbish» y al microdipodopo, y a muchas otras especies más. Luego, si el proceso continúa, preveo el día en que algún proyecto industrial, exactamente como Tunipah, será declarado más importante que el último macizo de narcisos.

Las palabras finales provocaron un estallido de aplausos del público. Mientras duró el aplauso, Nim pensó enojado: «Laura Bo se está valiendo de su ascendiente como científica para hacer una propuesta no científica, emocional.»

Siguió hirviendo de rabia durante otra hora, mientras continuaron las preguntas y respuestas del mismo tipo.

Las preguntas que O'Brien hizo a Laura Bo no trajeron ninguna retractación; y, en ciertas áreas, fortalecieron sus anteriores declaraciones. Cuando el asesor de la «CGS» preguntó, con una amplia sonrisa, si ella creía realmente «que unas pocas ratoneras habitadas y una flor silvestre nada atractiva, casi una hierba, eran más importante que la necesidad de electricidad de varios millones de seres humanos», ella respondió agriamente:

—Ridiculizar es fácil y barato, señor O'Brien, a la par de ser la táctica más vieja que se conozca entre los abogados. Ya he explicado el motivo por el que el «Club Sequoia» cree que Tunipah debe seguir siendo una zona natural, y los puntos que le divierten a usted son solo dos entre muchos. En cuanto a la «necesidad de electricidad» de que usted habla, en la opinión de muchos, es mucho mayor la necesidad de preservación, de hacer un uso mejor de lo que tenemos.

O'Brien se sonrojó y contestó ásperamente:

—Ya que usted sabe tanto más que los expertos que han estudiado Tunipah y consideran que es la ubicación ideal para lo que se proyecta, ¿dónde construiría usted?

—Ese es problema suyo, no mío —dijo Laura Bo, tranquila.

Davey Birdsong no quiso interrogar a Laura Bo, declarando ampulosamente:

—«Luz y Fuerza Para el Pueblo» apoya el punto de vista del «Club Sequoia», tan bien expresado por la señorita Carmichael.

El día siguiente, mientras el último de otros varios testigos de la oposición terminaba, O'Brien le susurró a Nim, que estaba a su lado:

—Prepárese. Su turno otra vez.

13

De todos modos, Nim se sentía hastiado. La perspectiva de otro testimonio, más las inevitables repreguntas, le enojaba aún más.

La noche anterior había dormido solo a ratos, y cuando consiguió dormirse soñó que estaba en algo parecido a una celda, sin puertas ni ventanas, con las cuatro paredes cubiertas de paneles de interruptores; Nim trataba de mantener los interruptores abiertos para que fluyera la corriente mientras a su alrededor Davey Birdsong, Laura Bo Carmichael y Roderick Pritchett intentaban cerrarlos.

Nim quería gritarles, discutir y rogar, pero había perdido la voz. En su desesperación trató de moverse más aprisa. Para desasirse de las seis manos con las dos suyas, trató de golpear los interruptores con los pies. Pero las piernas se resistían; parecían embutidas en cola y se movían con una lentitud exasperante. Impotente, Nim comprendió que estaba perdiendo, que no podía mantenerse a la par de los otros, y pronto los interruptores estarían todos cerrados. Entonces se despertó y no pudo volver a dormirse. Ahora estaba nuevamente en el banquillo de los testigos y el presidente le decía:

—Recuerdo al testigo que ya ha jurado…

Cuando se cumplieron los preliminares, Oscar O’Brien comenzó:

—Señor Goldman, ¿cuántas acciones de la «Golden State» posee?

—Ciento veinte.

—¿Su valor en plaza?

—A partir de esta mañana, dos mil ciento sesenta dólares.

—De modo que cualquier sugerencia de que usted personalmente va a ganar una enorme suma de dinero con Tunipah es…

—Ridícula y ofensiva —Nim explotó antes de que la pregunta terminara. Le había pedido personalmente a O’Brien que hiciera que eso constara en actas y esperaba que la prensa lo recogiera, tal como había informado sobre la acusación de aprovechamiento hecha por Birdsong. Pero Nim dudaba que lo hicieran.

—Exactamente —O’Brien pareció desconcertado ante la furia de Nim—. Ahora volvamos a la impactante afirmación ecológica sobre Tunipah. En su testimonio la señora Carmichael argumentó que…

La idea era contrarrestar el testimonio erróneo, excesivamente prejuicioso o incompleto de los testigos de la oposición. Nim se preguntó, mientras respondía a las preguntas de O’Brien, qué resultado podría obtener con eso. Llegó a la conclusión de que probablemente ninguno.

O’Brien terminó en menos de media hora. Le siguieron Holyoak, el asesor de la comisión, y Roderick Pritchett, ninguno de los cuales molestó a Nim, pues fueron misericordiosamente breves.

Faltaba solo Davey Birdsong.

El líder de la *lfpp* se permitió un gesto característico de pasarse una mano entre la

tupida barba moteada de gris, con los ojos puestos en Nim.

—Estas acciones suyas, Goldman, ha dicho que valían… —Birdsong consultó un papelito— dos mil ciento sesenta dólares. ¿No?

—Sí —admitió Nim cautelosamente.

—Tal como lo dijo, y yo estaba aquí, escuchando, como otros, sonó como si esa cantidad de dinero no significara nada para usted. «Simplemente» dos mil, pareció que quería decir. Bien, supongo que para alguien como usted, acostumbrado a pensar en millones y a pasear en helicóptero…

—¿Se trata de una pregunta, señor Birdsong? Si es así, concrétela —interrumpió el comisionado.

—¡Sí, señor! —el hombre corpulento sonrió al estrado—. Solo que supongo que este Goldman me exaspera, porque es un queso tan grande, o actúa como si lo fuera, y no entiende lo que esa cantidad de dinero significa para la gente pobre…

El comisionado golpeó fuerte con el mazo.

—¡Prosiga de una vez!

Birdsong sonrió de nuevo, seguro de que por mucho que le reprendieran, las posibilidades de que le hicieran callar eran extremadamente remotas. Se volvió otra vez hacia Nim.

—Muy bien, ahí va la pregunta: ¿Se le ha ocurrido alguna vez que ese dinero, «solo unos miles» como usted dice, significa una fortuna para mucha gente que tendrá que pagar la factura de Tunipah?

—En primer lugar, no he dicho «solo unos miles», ni lo he sugerido —dijo Nim —. Lo ha dicho usted. En segundo lugar, sí se me ha ocurrido, porque esa suma también significa mucho para mí.

—Sí, significa tanto —dijo prontamente Birdsong— que quizá quisiera doblarla.

—Quizá. ¿Qué tiene de malo eso?

—Yo hago las preguntas —Birdsong sonrió con malicia—. ¿Así que admite que le gustaría doblar su dinero, y que quizá lo haga si el proyecto Tunipah es aprobado? —agitó una mano ligeramente—. No, no se moleste en contestar. Sacaremos nuestras propias conclusiones.

La irritación de Nim era visible. Vio que O’Brien le miraba fijamente tratando de transmitirle un mensaje: «¡Cuidado: Muéstrese cauteloso y tranquilo!»

—Usted dijo algo sobre ahorro —siguió Birdsong—. También tengo algunas preguntas sobre eso.

Durante el segundo interrogatorio de O’Brien, éste se había referido brevemente al ahorro. Eso le dio a la *lfpp* derecho a tratar el tema.

—¿Sabe, Goldman, que si las empresas grandes y ricas como la «Golden State» gastaran más en fomentar el ahorro en vez de hacer robos multimillonarios como Tunipah, en este país el consumo de electricidad se reduciría en un cuarenta por ciento?

—No, no lo sé —replicó Nim—, porque calcular un ahorro del cuarenta por

ciento por esa vía no es realista, y se trata de una cifra que usted probablemente ha inventado, como la mayoría de sus otras acusaciones. Lo más que puede resultar del ahorro, y ya se está obteniendo, es paliar en parte el crecimiento de la demanda y darnos un poco de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Tiempo para que la mayoría de la gente comprenda que se enfrenta con una crisis energética que cambiará su vida, para peor, de una manera que jamás soñaron.

—¿Eso es realmente cierto? —se mofó Birdsong—. ¿O será que en realidad la «Energía Dorada» no quiere fomentar el ahorro porque eso limita las ganancias?

—No, eso no es verdad, ni remotamente, y se necesita una mente torcida como la suya para sugerirlo o creerlo —Nim sabía que le estaban tirando el anzuelo y que él se lo estaba tragando, tal como quería Birdsong. Oscar O'Brien frunció el entrecejo; Nim desvió la mirada.

—No haré caso de esa observación desagradable —dijo Birdsong—, y preguntaré otra cosa. ¿No será que el verdadero motivo por el que ustedes no se empeñan en desarrollar la energía solar y la del viento, que ya son operativas, es que ésas son fuentes de energía baratas, y no obtendrían los grandes beneficios que esperan en Tunipah?

—La respuesta es «no», aunque su pregunta sea una media verdad distorsionada. La energía solar no se puede obtener en cantidades considerables, y no estará a punto hasta fines del siglo, como muy pronto. El costo de producción de la energía solar es extremadamente alto, mucho más que la electricidad con carbón de Tunipah; además, quizá la solar sea la más contaminante de todas las fuentes de energía conocidas. En cuanto al viento, hay que olvidarse de eso, salvo para usos secundarios y menores.

El comisionado se inclinó hacia delante por encima de Nim.

—¿Estoy equivocado, o ha dicho, señor Goldman, que la energía solar puede contaminar?

—Sí, señor presidente —la información sorprendía a menudo a quienes no habían estudiado la energía solar en todos sus aspectos—. Con la tecnología actual, una planta de energía solar, con la misma producción que proponemos para Tunipah, necesitaría ciento cincuenta kilómetros cuadrados de terreno solamente para instalar los colectores. Serían, aproximadamente, setenta y cinco mil acres, un tamaño equivalente al del lago Tahoe, contra los tres mil acres que necesita una planta convencional, tal como la que proponemos nosotros. Y hay que recordar esto: la tierra que se utilice para los colectores solares no podrá dedicarse a ningún otro uso. Si eso no es polución…

Dejó la frase inconclusa mientras el comisionado asentía.

—Un punto interesante, señor Goldman. No creo que muchos de nosotros hayamos pensado en eso.

Birdsong, que había esperado impaciente a que terminara el diálogo, volvió al ataque.

—Usted nos dice, señor Goldman, que la energía solar no será aprovechable hasta el siglo que viene. ¿Por qué hemos de creerle?

—No está obligado a hacerlo —Nim volvió a su tono anterior, poniendo bien en evidencia el desprecio que sentía por Birdsong—. Puede creer o no creer lo que quiera. Pero el consenso de las mejores opiniones técnicas, emitidas por expertos, afirma que el uso de la energía solar en gran escala está a veinte años de distancia; y aun entonces quizá no responda a lo que se espera. Por eso, mientras tanto, debe haber plantas de carbón como Tunipah, *y en muchos otros lugares además de Tunipah*, para salvar la crisis que se avecina.

—Así que hemos vuelto a esa falsa crisis, a esa crisis de mentirijillas —dijo Birdsong, burlón.

—Cuando ocurra —le dijo Nim acalorado—, podrá releer sus palabras y comérselas.

El comisionado hizo ademán de tomar el mazo para imponer orden, y luego vaciló; quizá curioso por saber qué ocurría, dejó caer la mano. Birdsong enrojeció y apretó la boca, enfadado.

—No seré yo quien coma palabras. ¡Será usted! —le escupió a Nim—. Se ahogarán con palabras, usted y su pandilla capitalista de la «Golden State». ¡Palabras, palabras, palabras! Palabras de estos debates, que los que nos oponemos a ustedes haremos durar todo lo que podamos, y de otros debates como éstos. Después de eso, más palabras aún, porque arrastraremos esta tontería de Tunipah por los tribunales, y los ataremos de pies y manos con apelaciones, incidentes y cualquier otra obstrucción posible. Luego, si eso no bastara, presentaremos nuevas objeciones, y el ciclo comenzará de nuevo; y, si es necesario, seguiremos durante veinte años. El pueblo terminará con los planes de enriquecimiento, ¡y el pueblo ganará! —el líder de la *lfpp* se calló, respirando agitadamente, y luego agregó—: De modo que puede ser que la energía solar llegue primero después de todo, señor Goldman. Porque deje que le diga que no tendrá sus plantas de carbón. Ni Tunipah ni ninguna otra. Ni ahora ni nunca.

Cuando el comisionado vaciló otra vez, aparentemente fascinado con el duelo verbal, estalló el aplauso en un sector de la sala. En ese mismo momento, Nim explotó. Pegó con el puño con fuerza en el brazo del sillón de los testigos y se puso de pie de un salto. Con los ojos encendidos, se enfrentó a Davey Birdsong.

—Puede ser que usted consiga evitar que se construyan esas plantas, Tunipah y las otras, por los medios que menciona. Ocurrió con la nuclear; puede ocurrir de nuevo con el carbón. Y si lo hace será porque este sistema de locos y de autodestrucción le da poderes ilimitados a los egomaníacos y a los locos y charlatanes como usted.

La sala de audiencias se quedó en silencio repentinamente. Nim fue levantando la voz al continuar:

—Pero ahórrenos todas las estupideces mojigatas, Birdsong, acerca de que usted representa al pueblo. No lo representa. *Nosotros* representamos al pueblo: a la gente

común, decente, que vive normalmente, que confía en las compañías de energía como la nuestra para dar luz y calor a sus hogares, y para mantener funcionando las fábricas, y hacer el millón de cosas de las que usted privará al pueblo, si usted y los de su especie, egoístas e imprevisores, se salen con la suya.

Nim se volvió hacia el estrado, dirigiéndose directamente al comisionado y al juez administrativo.

—Lo que se necesita ahora en este estado, y en la mayoría de los otros, es un compromiso inteligente. Compromiso entre los que quieren detener el progreso a cualquier precio, como el «Club Sequoia» y Birdsong, y los que quieren el máximo de adelanto y mandan al diablo el ambiente. Y bien, yo y la empresa para la que trabajo admitimos la necesidad de un compromiso, y lo exigimos de nosotros mismos y de los demás. Reconocemos que no existe una elección fácil y sencilla, y ésa es la razón por la que buscamos un término medio, es decir, que haya *algún* progreso, pero, por el amor de Dios, concédannos los medios, eléctricos, de obtenerlo.

Se volvió hacia Birdsong.

—Lo que ustedes conseguirán finalmente es hacer sufrir al pueblo. Sufrir carencias de energía desesperantes, paro laboral masivo, y todas las cosas grandes y pequeñas que no funcionan sin electricidad. Todo ello ocurrirá cuando se produzca la crisis, una crisis no falsa sino real, una crisis que recorrerá toda Norteamérica y, probablemente, muchos otros lugares del mundo —Nim le preguntó a la figura enmudecida de sorpresa que tenía delante—: ¿Y dónde estará usted entonces, Birdsong? Escondido, probablemente. Ocultándose del pueblo que habrá descubierto quién es usted realmente: un tramposo e impostor que lo ha engañado.

Ya mientras hablaba, Nim comprendió que había ido demasiado lejos, que había infringido las restricciones normales de los debates públicos, tanto como las que le había impuesto la «CGS». Quizás hasta le hubiera dado motivos a Birdsong para un juicio por calumnia. Pero algo le decía a Nim que lo que había dicho necesitaba ser dicho, que la paciencia y moderación tienen límites, y que alguien tenía que hablar claramente, sin miedo, aceptando las consecuencias. Siguió desahogándose:

—Usted declama sobre el cuarenta por ciento de ahorro, Birdsong. Eso no es ahorro; es privación. Significaría todo un nuevo modo de vida, y seguro que mucho peor. Y bien, hay quienes dicen que deberíamos tener un nivel de vida más bajo, que vivimos demasiado bien y deberíamos privarnos de algo. Bueno, quizá sea así, quizá no. Pero sea como sea, no son las compañías de energía como la «CGS» las que deben tomar la decisión a favor del cambio. Nuestra responsabilidad es mantener el nivel de vida que el pueblo, a través del gobierno que han elegido, nos dice que quiere. Por eso seguiremos protegiendo esos niveles, Birdsong, hasta que recibamos otra orden, un mandamiento oficial, no de mequetrefes orgullosos y autodesignados como usted.

Cuando Nim se detuvo para respirar, el comisionado preguntó fríamente:

—¿Ha terminado, señor Goldman?

Nim se volvió para mirar al estrado.

—No, señor presidente, no he terminado. Ya que estoy de pie, querría decir un par de cosas más.

—Señor presidente, si pudiera sugerir un descanso… —era Oscar O'Brien tratando de que le prestaran atención.

—Tengo la intención de terminar, Oscar —dijo Nim con firmeza. Vio que en la mesa de prensa todos escribían, y que el taquígrafo oficial tenía la cabeza gacha y los dedos volando sobre el papel.

—Por el momento no habrá descanso —dijo el comisionado, y O'Brien se sentó fastidiado, encogiéndose de hombros. Birdsong seguía de pie, silencioso, pero una media sonrisa reemplazó ahora su expresión de sorpresa. Quizá pensaba que la salida de Nim dañaba a la causa de la «CGS» y favorecía a la *lfpp*. Bueno, pensó Nim, fuera cierto o no, había ido demasiado lejos para asustarse ahora. Se dirigió al comisionado y al juez administrativo, que le miraban con curiosidad.

—Todo este teatro, señor presidente, y me refiero a este debate y otros similares, es una broma inútil, un modo de perder tiempo y dinero. Es inútil porque se necesitan años para hacer lo que debería hacerse en semanas, y a veces aún más, para nada. Es un modo de perder tiempo, porque aquellos de nosotros que somos verdaderos productores, no burócratas que se alimentan de papeles, podríamos dedicar las horas interminables que nos exigen que pasemos aquí a las compañías en las que trabajamos y a la sociedad en general, con más utilidad. Es espantosamente costoso porque los contribuyentes y los usuarios, a quienes Birdsong pretende que representa, aunque no sea así, se ven obligados a pagar millones por este falso sistema loco y contraproducente, que parece sacado de una ópera cómica. Y es una broma porque pretendemos que lo que hacemos aquí tiene razón y sentido, cuando todos los que estamos a este lado sabemos muy bien que no los tiene.

La cara del comisionado adquirió un tono rojo subido. Esta vez tomó el mazo con decisión y golpeó la mesa con él. Mirando enfurecido a Nim, manifestó:

—Eso es todo lo que voy a permitir sobre ese tema, pero cumplo con advertirle, señor Goldman: me propongo leer la versión, con todo cuidado, para considerar la acción a tomar —luego, a Birdsong con la misma frialdad—: ¿Ha terminado usted con el turno de preguntas a este testigo?

—¡Sí, señor! —Birdsong sonrió ampliamente—. Si me lo pregunta, le diré que acaba de meter la cabeza en el lazo.

El mazo cayó.

—No se lo he preguntado.

Oscar O'Brien estaba nuevamente de pie. Impaciente, el comisionado le hizo un gesto para que se sentara y declaró:

—Este debate queda aplazado.

Mientras la sala se vaciaba, se oyó el zumbido de conversaciones excitadas. Nim no participó. Había mirado a O'Brien, que metía papeles en un portafolios; pero el abogado movió la cabeza —en un gesto que combinaba incredulidad con tristeza— y un instante después salió solo.

Davey Birdsong se unió a un grupo de adictos que le felicitaron ruidosamente, y todos salieron riendo.

Laura Bo Carmichael, Roderick Pritchett y otros del «Club Sequoia» miraron a Nim con curiosidad, pero no hicieron ningún comentario mientras salían.

La mesa de prensa se vació rápidamente; solo quedó Nancy Molineaux, que parecía revisar sus notas y hacer algunas anotaciones más. Cuando Nim pasó, levantó la cabeza. Dijo suavemente:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué manera de crucificarse!

—Sí lo he hecho —le dijo él—, estoy seguro de que usted sabrá aprovecharlo a fondo.

Ella movió la cabeza y sonrió indolente.

—No tengo que aprovechar nada, hombre. Se ha liado usted solo. ¡Hombre, hombre! Espere a ver los periódicos de mañana.

Él no contestó y dejó a la señorita Molineaux, que seguía con sus notas, sin duda buscando las citas más duras para destruirle. Nim estaba seguro de que aquella perra trabajaría en su artículo como para presentarle lo peor posible, y hasta disfrutaría más, pensó, que con su informe sobre el helicóptero en Devil's Gate.

Una sensación de soledad se apoderó de él cuando abandonó la sala.

Afuera, le sorprendió ver que le esperaban varios reporteros de la televisión. Había olvidado la rapidez con que los medios de comunicación visuales pueden llegar en instantes para cubrir una noticia importante.

—Señor Goldman —gritó uno de los hombres de la televisión—, nos han contado que ha dicho algunas cosas ahí dentro. ¿Las repetiría para que salgan al aire esta noche?

Nim vaciló un segundo. No necesitaba hacerlo. Luego decidió que ya estaba metido en un problema tal que nada que se dijera o hiciese podría empeorar las cosas. ¿Por qué demonios no hablar entonces?

—De acuerdo —respondió—, la cosa fue así —y comenzó a hablar enérgica y acaloradamente una vez más, mientras las cámaras funcionaban.

14

—A partir de este momento —dijo J. Eric Humphrey con una voz cortante como acero—, deja de ser portavoz de la compañía *en todo*. No aparecerá en la televisión o radio. No concederá entrevistas a la prensa ni responderá a los periodistas, aunque le pregunten qué hora es. ¿Está claro?

—Sí —dijo Nim—, está claro.

Los dos estaban frente a frente, separados por el escritorio del presidente. La escena era inusualmente oficial, ya que Humphrey había preferido no utilizar la antesala, más informal, donde normalmente se reunía con Nim.

Era la tarde siguiente a la explosión de Nim en el debate de la Comisión de Energía de California.

—En cuanto a los debates públicos —continuó Humphrey—, naturalmente no volverá a presentarse a ninguno. Se harán otros arreglos.

—Si quiere mi renuncia, Eric, está a su disposición.

Nim había estado pensando en esa posibilidad durante todo el día. Su separación quizá facilitara las cosas para la «CGS», y era consciente de que le debía lealtad a la empresa que en el pasado le había tratado bien. Además, él mismo no estaba seguro de querer continuar trabajando bajo un estigma que se manifestaba en la restricción de sus funciones. Eso hería su orgullo, ¿y por qué no?

Nim estaba seguro de algo: no le costaría nada conseguir un puesto importante en otra empresa. Muchas empresas de servicios públicos estarían dispuestas a aprovechar la posibilidad de tener a alguien con su capacidad y experiencia, como ya sabía por los ofrecimientos que había tenido antes. Por otro lado, no quería irse de California, que Nim, como muchos otros, consideraba el lugar más agradable y excitante del mundo para vivir y trabajar. Alguien había dicho: «Si ocurre algo —bueno o malo—, ocurre primero en California.» Nim estaba enteramente de acuerdo.

También estaba el problema de Ruth y Leah y Benjy. ¿Le gustaría a Ruth trasladarse a Illinois, por ejemplo, tal como andaban las relaciones entre ellos? Probablemente no.

—Nadie ha hablado de renunciar —admitió Eric Humphrey irritable.

Nim resistió la tentación de sonreír. No era el momento. Pero sabía, sin ser egocéntrico, que para el presidente él era valioso por un sinnúmero de razones, enteramente aparte de las apariciones públicas. Su papel de planificador era una de ellas. En realidad, ser portavoz de la política de la «CGS» no figuraba entre las funciones originales de Nim; había sido agregado luego y aumentado con el correr del tiempo. En cierto modo, pensó Nim, le gustaba liberarse de ese aspecto público de sus funciones, para poder poner todo lo demás en su lugar y seguir adelante. «De todas maneras —se dijo—, no haré nada precipitado.»

—Es todo por ahora —dijo Humphrey fríamente, volviendo a los papeles que había estado examinando cuando llamó a Nim. Era evidente que necesitaría tiempo

para superar su disgusto personal.

Teresa van Buren esperaba en la oficina de Nim.

—Quiero que sepa —dijo la directora de relaciones públicas—, que esta mañana he pasado una hora con Eric peleando contra su decisión de no dejarle aparecer en público. En cierto momento se enfadó tanto conmigo como con usted.

—Gracias, Tess —Nim se dejó caer en una silla. Se sentía exhausto, tanto física como mentalmente.

—Lo que realmente enfureció a nuestro estimado presidente, e hizo imposible persuadirle, fue lo que hizo para la televisión después del debate. Eso verdaderamente aseguró una divulgación máxima —Van Buren rio—. Si quiere que le diga la verdad, no tengo nada en contra, aunque pudo tener más tacto, entonces y en el debate. Pero lo principal es que creo que al final se le hará justicia.

—Mientras tanto —dijo Nim—, estoy amordazado.

—Sí, y temo que afuera se sepa. ¿Le importa? —sin esperar contestación, Van Buren mostró un *California Examiner*—. ¿Ha visto los periódicos de la tarde?

—Una primera edición.

Durante el almuerzo había leído un artículo de primera página de Nancy Molineaux titulado:

DIATRIBA DE GOLDMAN DE LA «CGS»
Interrumpe debate sobre energía

El artículo comenzaba:

> Un violento ataque de Nimrod Goldman, un vicepresidente de la «Golden State», contra un testigo de la oposición y la propia Comisión de Energía de California, alteró ayer el debate público convocado para considerar el proyecto de una nueva planta en Tunipah.
>
> El comisionado Hugh G. Forbes, que presidía el debate, describió luego disgustado las observaciones de Goldman como «insultantes e inaceptables», y dijo que estudiaría la posibilidad de una acción legal.

La edición posterior del *Examiner*, que la jefa de relaciones públicas había traído, contenía un nuevo artículo con el título:

LA «CGS» CASTIGA A GOLDMAN
Y desautoriza su actitud.

> Nimrod Goldman, exfavorito de la «Golden State», ha caído en desgracia y su futuro en la gran empresa es incierto debido a su rabieta pública de ayer. Mientras tanto, los patrones de la «CGS» se han disociado del ataque vitriólico de Goldman contra…

Y cosas por el estilo.

Van Buren dijo, disculpándose:

—No había manera de evitar que se conociera la noticia de que ya no es el portavoz de la empresa. Si no hubiera salido de mi oficina, y de todos modos me limité a contestar preguntas, alguna otra persona lo hubiera dicho.

—Comprendo —asintió Nim tristemente.

—Por otra parte, no tome en serio eso de que el comisionado piensa en un juicio. He hablado con nuestro departamento legal y son solo palabras. No pueden hacer nada.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Pero Eric insistió en una declaración de repulsa. También está escribiendo una carta personal, disculpándose ante la comisión.

Nim suspiró. Seguía sin lamentar haber hablado; también había pensado en eso desde ayer. Pero era deprimente que los colegas le trataran como un paria. También parecía injusto que la mayoría de los periodistas —incluyendo el *Chronicle-West de* la mañana, y otros periódicos de California— se hubieran concentrado en los aspectos sensacionalistas de lo ocurrido ayer, ocultando u omitiendo los temas serios que Nim había puntualizado. Además, apenas si mencionaban las payasadas de Davey Birdsong, insultantes, provocadoras y sin ninguna intención crítica seria. A Nim le parecía que la prensa actuaba con hipocresía. Eso, por otra parte, no era ninguna novedad.

Van Buren echó otra mirada al *Examiner*.

—Nancy le sacó el mayor provecho posible, y le trata muy mal; se tira a la yugular por costumbre. Ustedes dos no parecen ser muy buenos amigos.

—Con gusto le arrancaría el corazón a esa perra. Si es que lo tiene —dijo Nim, resentido.

La directora de relaciones públicas frunció el entrecejo.

—Eso es un poco fuerte, Nim.

—Puede ser. Pero es lo que siento.

Nim pensó que lo que realmente le había afectado era la afirmación de Nancy Molineaux de que Nimrod Goldman había caído en desgracia. Le había dolido; y no precisamente, se confesó, porque no fuera cierta.

Tercera Parte

1

—Papaíto —dijo Leah a través de la mesa—, ¿ahora pasarás más noches en casa?

Hubo un momento de silencio; Nim notó que Benjy había dejado el cuchillo y el tenedor y le observaba con atención, como apoyando silenciosamente la pregunta de su hermana.

También Ruth, que estaba a punto de coger el molinillo de la pimienta, se detuvo y esperó la respuesta de Nim.

—Quizá —dijo él. La inusitada pregunta, y tener tres pares de ojos encima, le resultaba desconcertante—. Bueno, si es que no tengo mucho trabajo que me retenga en la oficina hasta tarde.

—¿Y los fines de semana también estarás más con nosotros, papá? —dijo Benjy con el rostro iluminado.

—Quizá.

—Me parece que te están haciendo llegar un mensaje —intervino Ruth.

Sonrió al decirlo, algo que hacía raramente desde su regreso a casa unos días atrás. Estaba más seria que antes, notaba Nim, a veces preocupada. Todavía no habían tenido una conversación > franca y definitiva; Ruth parecía eludirla, y Nim, deprimido aún por sus experiencias recientes, no se había sentido con ánimos para tomar la iniciativa.

Nim se había preguntado, antes de que volviera Ruth: ¿Cómo se tratan marido y mujer cuando ella vuelve después de haber estado fuera de casa dos semanas, casi seguramente con otro hombre? En el caso de ellos la respuesta parecía ser: exactamente como antes de que se fuera.

Ruth había vuelto, simplemente; había traído a los niños de la casa de los abuelos y luego había reanudado la vida doméstica como si nunca se hubiera ausentado. Siguieron compartiendo el dormitorio como siempre, aunque no así la cama; tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que no dejaba su cama para unirse a Ruth en la de ella. Pero, en otros aspectos, reanudaron su vida normal. Claro, recordó Nim, que en el pasado se habían dado situaciones similares, aunque al revés, cuando *él* volvía de sus excursiones extramatrimoniales, que entonces él creía que Ruth ignoraba. Ahora sospechaba que ella siempre había estado al corriente. Y una última razón para esa inercia era una vez más su ego herido, lesionado por otras cosas. Sencillamente, todavía no estaba preparado para más emociones.

Ahora todos estaban en casa, cenando en familia, por tercera vez en tres días, lo que ya era inusual.

—Como todos sabéis —dijo Nim—, ha habido algunos cambios en la oficina, pero todavía no sé cómo se van a desarrollar las cosas —notó algo en Benjy y se inclinó para mirarle de cerca—, ¿Qué te pasó en la cara?

Benjy vaciló; su manita cubrió un moretón en la mejilla izquierda y un corte debajo del labio inferior.

—¡Oh! Solo algo que pasó en la escuela, papá.

—¿Algo qué? ¿Te peleaste?

Benjy pareció incómodo.

—Sí, se peleó —dijo Leah—. Todd Thornton dijo que eres una mala persona, papaíto, porque no te preocupa el ambiente y quieres destruirlo. Por eso Benjy le pegó, pero Todd es más grande.

Nim le dijo severamente a Benjy:

—No importa lo que alguien diga sobre lo que sea; andar pegando a la gente está mal y es estúpido.

—Sí, papá —dijo el niño, abatido.

—Ya hablamos de eso —dijo Ruth—. Y Benjy lo sabe.

Más allá de su reacción verbal, Nim quedó sorprendido e impresionado. Hasta ese momento no se le había ocurrido que las críticas dirigidas contra él podrían alcanzar también a su familia. Dijo suavemente:

—Realmente lo siento, si lo que me ha ocurrido os ha hecho daño a alguno de vosotros.

—No importa —le aseguró Leah—. Mami nos explicó que lo que has hecho es honorable.

Benjy agregó ansiosamente:

—Y mami dijo que tenías más agallas que todos los otros juntos —Benjy demostró claramente, por la forma en que la dijo, que le encantaba la palabra «agallas».

Nim tenía los ojos fijos en Ruth.

—¿Tu madre os ha dicho eso?

—Es cierto, ¿no? —preguntó Benjy.

—Claro que es cierto —dijo Ruth; se había sonrojado levemente—. Pero tu padre no puede decir eso de sí mismo, ¿no os parece? Por eso os lo he dicho yo.

—Y entonces eso es lo que les decimos a los otros niños cuando hablan —agregó Leah.

Por un instante Nim sintió una oleada de emoción. La idea de Benjy peleando con sus puñitos para defender la reputación de su padre, y luego Ruth, superando las diferencias entre los dos para proteger su honor ante los niños, le emocionó hasta las lágrimas. Se salvó de un momento embarazoso gracias a las palabras de Ruth:

—Muy bien, ahora sigamos con la cena.

Más tarde, cuando Nim y Ruth todavía estaban sentados a la mesa tomando café y los chicos se habían ido a ver la televisión, él dijo:

—Quiero que sepas que te agradezco lo que les has dicho a Leah y Benjy.

Ruth hizo un gesto como quitándole importancia.

—Si no lo hubiera creído no se lo habría dicho. Que ya no seamos Romeo y Julieta, no significa que haya dejado de leer y pensar, objetivamente, sobre las cosas que te pasan fuera.

—Ofrecí mi dimisión —le dijo él—. Eric dice que no es necesario, pero quizá todavía lo haga —continuó hablando de las diversas posibilidades que estaba considerando, incluyendo la de irse a otra empresa de energía, quizás en el Medio Oeste. De ocurrir eso, Nim le preguntó si ella le seguiría allá con los chicos.

La respuesta fue rápida y terminante.

—No iría.

—¿Podrías decirme por qué?

—Creo que es obvio. Por qué habrían de desarraigarse tres miembros de nuestra familia, Leah, Benjy y yo, e ir a vivir en un lugar desconocido, solamente para tu comodidad, cuando tú y yo todavía no hemos hablado sobre nuestro futuro como pareja, si es que lo tenemos, cosa que dudo.

Así que ahí estaba, al descubierto; pensó que era la señal de que había llegado el momento de tener una conversación seria. Qué extraño, pensó, que ocurriera cuando por un momento habían parecido estar más cerca que desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué demonios ha pasado con nosotros? —dijo con tristeza.

Ruth respondió duramente:

—Tú deberías poder contestar mejor que nadie. Hay una cosa que querría saber, sin embargo: ¿exactamente cuántas mujeres ha habido en nuestros quince años de casados? —Volvió a notar la dureza nueva que había observado en Ruth; y ella continuó—: O quizás hayas perdido la cuenta, como me pasó a mí. Al principio, siempre me daba cuenta cuando había algo nuevo en marcha, ¿o debería decir *alguien* nuevo? Luego ya no fue tan fácil, y supuse que estabas superponiendo, que jugabas a dos manos o quizá más. ¿Tenía razón?

Le costaba mirar a Ruth a los ojos; le contestó:

—Alguna vez.

—Bueno, por lo menos en eso estaba en lo cierto. Así que lo adiviné. Pero no has contestado a la primera pregunta. ¿Cuántas mujeres en total?

—No lo sé, por Dios —dijo él, desconsolado.

—Si eso es cierto —señaló Ruth—, no es exactamente halagador para todas esas mujeres por las que debes haber sentido algo, por breve que haya sido. Quienes quiera que fueran merecían algo más que ni siquiera ser recordadas.

—Nunca fue algo serio. Con ninguna. Con ninguna de ellas —protestó él.

—Eso lo creo —las mejillas de Ruth estaban rojas de furia—. Si es por eso, nunca fue serio conmigo.

—¡Eso no es cierto!

—¿Cómo puedes decirlo después de lo que acabas de confesar? Habría comprendido si hubiera habido otra mujer; quizá dos. Cualquier esposa con sentido común sabe que eso puede suceder incluso en los mejores matrimonios. Pero no docenas de mujeres como ha ocurrido contigo.

—Ahora estás diciendo tonterías. Nunca fueron docenas —argumentó él.

—Una docena entonces. *Por lo menos*.

Nim se quedó callado.

—Quizás haya sido algo freudiano… —dijo Ruth, pensativa—, el que yo dijera «docenas». Porque en realidad a ti te gusta conquistar mujeres; cuantas más, mejor.

—Probablemente haya algo de cierto en eso —admitió él.

—Sé que es así —agregó tranquila—; pero a una mujer, a una esposa, no la hace sentirse mejor, o menos despreciada, maltratada o defraudada, el oírselo decir al hombre que ama, o que creyó amar.

—Si hace tanto tiempo que sientes eso —le preguntó él—, ¿por qué has esperado hasta ahora para decirlo? ¿Por qué nunca hablamos antes?

—Es una pregunta justa —Ruth se detuvo, sopesando su respuesta, y luego continuó—: Supongo que fue porque no dejaba de esperar que cambiaras; que te cansarías de querer fornicar con toda mujer atractiva que vieras; que lo superarías como una criatura que deja de querer caramelos. Pero me equivoqué; no cambiaste. Y, ya que estamos sincerándonos, sí, hubo otra razón. Fui cobarde. Tenía miedo a lo que significaría quedarme sola, a lo que podría hacerles a Leah y Benjy, y miedo, o quizá fue orgullo, de admitir que mi matrimonio, como tantos otros, no funcionaba —Ruth se calló; la voz se le quebró por primera vez—. Bueno, ya no tengo miedo, ni orgullo, ni nada. Solo quiero terminar.

—¿Lo dices en serio?

Dos lágrimas gemelas corrieron por las mejillas de Ruth.

—¿Qué otra cosa nos queda?

En Nim se encendió una chispa de protesta. ¿Era necesario que se quedara tan enteramente a la defensiva? ¿No es verdad que todo tiene dos caras, incluso aquello?

—¿Y qué hay de tu propio lío amoroso? —preguntó—. Si nos separamos, ¿tu amigo entra en cuanto yo salgo?

—¿Qué amigo?

—El que estás viendo. Con el que te fuiste.

Ruth se había secado los ojos. Le miró con expresión en parte divertida, en parte triste.

—¿Realmente lo crees? ¿Que me fui con un hombre?

—¿No es cierto acaso?

Ella movió la cabeza despacio.

—No.

—Pero yo pensé…

—Ya sé lo que pensaste. Y dejé que lo siguieras pensando, lo que probablemente no fue una buena idea. Decidí, por despecho supongo, que no te haría daño, y quizá se lograra algo bueno, si probabas un poco de lo que yo sentía.

—¿Y las otras veces, entonces? ¿Dónde estabas?

Ruth dijo con un resto de su enfado de antes:

—No hay otro hombre. ¿No puedes metértelo en la cabeza? Nunca lo hubo. Llegué a ti virgen; lo sabes, a menos que lo hayas olvidado o me confundas con una

de tus amigas. Y desde entonces no ha habido ningún otro.

Nim dio un respingo, porque recordaba, pero insistió:

—¿Entonces qué hacías…?

—Eso es asunto mío. Pero te vuelvo a decir que no se trata de un hombre.

Él la creyó. Enteramente.

—¡Por Dios! —dijo, y pensó que todo se desintegraba a un tiempo; casi todo lo que había hecho o dicho últimamente había resultado mal. De su matrimonio, no sabía si quería continuar o no. Quizá Ruth tenía razón, y separarse sería lo mejor para los dos. La idea de quedar libre era atractiva. Pero, por otra parte, echaría de menos muchas cosas: a los niños, el hogar, cierta sensación de estabilidad, incluso a Ruth, a pesar del distanciamiento entre ellos. Como no quería verse forzado a una decisión, y deseando que lo que estaba ocurriendo pudiera ser postergado, preguntó casi quejumbrosamente:

—Según lo que les he oído decir a los amigos que han seguido este camino —la voz de Ruth sonó fría de nuevo—, cada uno de nosotros recurre a un abogado y comienza a delimitar posiciones.

—¿Tenemos que hacerlo ya? —rogó él.

—Dame una sola razón, válida, para esperar más.

—Es una razón egoísta, lo admito. Pero acabo de pasar por momentos difíciles… —no pudo continuar, al darse cuenta de que lo que decía sonaba a autoconmiseración.

—Lo sé, y lamento que las dos cosas ocurrieran juntas. Pero nada va a cambiar entre nosotros después de tanto tiempo. Los dos lo sabemos, ¿no es así?

—Supongo que no —dijo él, desolado. No tenía sentido prometer enmendarse cuando no estaba seguro de poder hacerlo, y ni siquiera de querer hacerlo.

—Bien, entonces…

—Mira… ¿no esperarías un mes? ¿Quizá dos? Aunque sea porque tendremos que decírselo a Leah y Benjy, y así tendrán tiempo de hacerse a la idea —no estaba seguro de que su argumento tuviera sentido; probablemente no lo tenía. Tampoco parecía plausible que la demora lograra nada. Pero su instinto le decía que Ruth también tenía pocas ganas de dar el paso final, irrevocable, para terminar su matrimonio.

—Bueno… —ella vaciló y luego aceptó—. Está bien. Por lo que te acaba de pasar, esperaré un poco. Pero no digo dos meses, ni uno. Si decido que sea menos, así será.

—Gracias —tuvo una sensación de alivio por la pausa, por breve que fuera.

—¡Hola! —era Benjy en la puerta del comedor—. Acabo de traer una nueva cassette de casa de los Meredith. Es una obra de teatro. ¿Queréis verla?

Los Meredith eran los vecinos de al lado. Nim miró a Ruth.

—¿Por qué no?

En el cuarto de juegos del sótano, Ruth y Nim se sentaron juntos en un sofá, y

Leah se tiró sobre una alfombra, mientras Benjy insertaba hábilmente la cassette de video en la «Betamax» conectada con el televisor en color. Un grupo de vecinos de la zona tenía un acuerdo que se estaba extendiendo: una familia grababa un programa de televisión —generalmente los niños o la canguro se ocupaban de hacerlo— interrumpiendo la grabación cada vez que aparecía la tanda de anuncios. Resultaba una grabación de la mejor calidad que los adultos y otras familias veían luego, cuando les venía bien, ya que las cassettes circulaban entre una docena de familias más o menos.

Sabiendo que esta práctica se extendía y que cada vez más gente compartía el descubrimiento, Nim se preguntó cuánto tardaría eso en afectar los ingresos de las cadenas de televisión. Quizá ya lo sentían. En cierto modo, pensó Nim, las cadenas y canales de televisión estaban en las mismas aguas que ya habían navegado las empresas de energía como la «CGS». La gente de televisión había abusado de sus privilegios públicos al inundar las ondas aéreas con un vulgar exceso de anuncios y programas de baja calidad. Ahora, el sistema «Betamax» y otros similares ofrecían al público la posibilidad de vengarse eligiendo los programas y suprimiendo los anuncios. Quizá con el tiempo la gente de la televisión se daría cuenta de la necesidad de asumir su responsabilidad pública.

La obra, de una duración de dos horas, era *Mary White*, el relato trágico, emotivo, sobre la familia de una adolescente muy querida que ha muerto. Pocas veces como en ese momento Nim se había sentido unido a su familia; pero a la vez comprendía que le quedaba poco tiempo para continuar siendo parte de ese todo; se alegró de que las luces estuvieran bajas, y los otros tres no pudieran notar su tristeza y sus lágrimas.

2

En una colina oscura y solitaria, desde la que se dominaba la comunidad suburbana de Millfield, Georgos Winslow Archambault se arrastró hasta un cerco de cadenas que protegía una subplanta de la «CGS». La precaución probablemente no fuera necesaria, pensó, pues a esa hora la subplanta no tenía personal, y además era una noche sin luna y el camino principal más cercano, el que llevaba a esa colina escasamente habitada, pasaba a más de medio kilómetro de distancia. Pero últimamente, Pis y Saliva «Golden State» había contratado más cerdos para vigilar y había organizado patrullas nocturnas que variaban sus horas y rutas, obviamente para que no se conocieran sus movimientos. Por eso era sensato tener cautela, aunque arrastrarse por el suelo, llevando herramientas y explosivos, fuera difícil e incómodo.

Georgos se estremeció. La noche de octubre era fría y un fuerte viento se colaba entre los peñascos y piedras de la colina rocosa, haciéndole desear haberse puesto no uno, sino dos jerséis debajo del mono de dril azul. Mirando hacia atrás, por donde había venido, vio que su mujer, Yvette, se mantenía firme solo a unos pocos metros. Era importante que ella le siguiera de cerca porque tenía el cable y los detonadores, y él se había retrasado por culpa del tráfico al salir de la ciudad, distante treinta kilómetros. Ahora quería compensar el retraso, porque la operación de esa noche involucraba la destrucción de tres subplantas por parte de toda la fuerza de «Amigos de la Libertad». En otra trabajaban Félix y Ute; y en la tercera, Wayde lo hacía solo. El plan requería que las tres explosiones fueran simultáneas.

Cuando llegó a la cerca, Georgos separó del cinturón una pesada cortadora de alambre y comenzó a trabajar. Todo lo que necesitaba era un pequeño agujero a ras del suelo. Así, si pasaba una patrulla cuando los dos se hubieran ido y la explosión todavía no se hubiera producido, no vería el cerco cortado.

Mientras Georgos trabajaba, veía abajo las luces desparramadas y brillantes de Millfield. Pues bien, pronto estarían todas apagadas; lo mismo ocurriría con muchas otras, más al sur. Conocía Millfield y las otras ciudades cercanas. Eran comunidades burguesas, habitadas en su mayor parte por gente que viajaba todos los días a sus lugares de trabajo —¡más capitalistas y lacayos!— y estaba encantado de causarles molestias.

Casi había terminado de perforar la cerca. Dentro de unos minutos podrían deslizarse adentro. Miró la esfera luminosa de su reloj. ¡El tiempo justo! Una vez dentro habría que ir aprisa.

Habían elegido cuidadosamente los blancos de esa noche. En un tiempo, «Amigos de la Libertad» solía poner bombas en torres de transmisión, y echaban abajo dos o tres, al mismo tiempo, para dejar sin servicio un área extensa. Pero ya no, Georgos y otros habían descubierto que, cuando caían torres, las empresas conectaban con otras plantas, de modo que el servicio se reanudaba en seguida, a veces en pocos minutos. Además, reemplazaban de inmediato las torres caídas por postes provisionales, de

modo que incluso la misma fuente de energía podía operar de nuevo.

Pero las plantas grandes eran otra cosa. Se trataba de instalaciones críticas vulnerables, y se necesitaban semanas para repararlas o reemplazarlas.

Si todo iba bien, el daño que harían esa noche provocaría un apagón extenso, que llegaría mucho más allá de Millfield, y pasarían días, quizá mucho más, antes de que todo estuviera en marcha de nuevo. Mientras tanto, la desorganización sería tremenda; el costo enorme. Georgos se regodeaba al pensarlo. Quizá después de esto la gente tomaría en serio a los «Amigos de la Libertad».

Georgos pensó que su pequeño pero glorioso ejército había aprendido mucho desde sus primeros ataques contra el despreciable enemigo. Ahora estudiaban la disposición y métodos de trabajo de la «CGS» antes de cualquier operación, buscando las áreas vulnerables, las situaciones en las que ocasionarían la mayor destrucción. En este aspecto les había ayudado últimamente un ingeniero de la «CGS» despedido por robar, y que ahora odiaba a la compañía. Si bien no era miembro activo de «Amigos de la Libertad», el exempleado había sido comprado con parte de la nueva remesa de dinero que les había proporcionado Birdsong. Más fondos de la misma fuente habían sido destinados a la compra de más y mejores explosivos.

Un día, Birdsong había dejado escapar de dónde venía el dinero: del «Club Sequoia», que creía que estaba financiando a la *lfpp*. A Georgos le divertía enormemente que una firma rica e influyente estuviera pagando sin saberlo los recibos de la revolución. En cierto modo, era una lástima que los estúpidos del «Club Sequoia» nunca llegaran a saberlo.

¡Tac! Cortó el último trozo de alambre y la parte cortada de la cerca cayó. Georgos la empujó hacia dentro del recinto de la subplanta para que se viera menos, pasó tres paquetes de explosivo plástico por el agujero, y después se deslizó a través de él.

Yvette seguía cerca. La mano se le había curado —hasta cierto punto— desde que perdió dos dedos hacía dos meses, cuando una cápsula detonante explotó antes de tiempo. Los muñones de los dedos eran feos y no estaban bien cerrados, como lo hubiera hecho un médico. Pero Georgos había hecho lo posible para mantener limpias las heridas y se evitó la infección, en buena medida por pura suerte. También se evitaron las preguntas peligrosas que les hubieran hecho en un hospital o en el consultorio de un médico.

—¡Maldición! —se le enganchó el mono en la punta de un alambre. Georgos oyó el desgarrón en la tela y sintió un dolor agudo cuando el alambre atravesó los calzoncillos y le hirió el muslo. Por ser cauteloso había hecho el agujero demasiado pequeño. Echó la mano atrás, buscó el alambre y consiguió soltarlo; luego siguió atravesando la cerca sin más dificultad. Yvette, más menuda, pasó sin ningún trabajo.

No fue necesario hablar. Lo habían ensayado todo y sabían exactamente qué debían hacer. Con sumo cuidado, Georgos aseguró el explosivo plástico a los tres

grandes transformadores de la subplanta. Yvette le alcanzó los detonadores y le pasó el cable que los conectaba con los reguladores de tiempo.

A los diez minutos, las tres cargas estaban en su lugar. Yvette le pasó uno por uno los mecanismos de precisión, con pilas adheridas que él había montado cuidadosamente para sí mismo y para los otros equipos. Manejándolos delicadamente, asegurándose contra una explosión prematura, Georgos conectó los alambres de los detonadores. Nuevamente consultó el reloj. Trabajando ligero habían compensado en parte el tiempo perdido, aunque no del todo.

Las tres explosiones tendrían lugar más o menos al mismo tiempo, al cabo de once minutos. Apenas les daba tiempo de volver colina abajo hasta donde tenían escondido el coche, a un lado del camino, en un bosquecillo. Pero si se daban prisa, si corrían casi todo el tiempo, estarían a salvo camino de la ciudad antes de que se pudiera organizar una reacción ante la carencia total de energía. Le ordenó a Yvette:

—¡Date prisa! ¡Muévete! —esta vez ella le precedió a través de la cerca.

Mientras el propio Georgos se arrastraba hacia fuera, oyó el ruido de un coche que subía la colina, no muy lejos. Se detuvo a escuchar. No cabía duda que había tomado el camino pedregoso, propiedad de la «CGS», de acceso a la subplanta.

¡Una patrulla de seguridad! Tenía que ser eso. A esa hora de la noche nadie iba a ir por allí. Cuando Georgos terminó de pasar y se puso de pie, vio el reflejo de los faros en unos árboles situados más abajo. El camino describía una curva, y por eso todavía no se veía el coche.

Yvette también había visto y oído. Cuando comenzó a decir algo, él le hizo señas de que se callara y gruñó: «¡Aquí!» Comenzó a correr hacia el camino pedregoso; luego lo cruzó, hasta un macizo de matas que había en el otro lado. Se tiró entre las matas y se aplastó contra el suelo. Yvette, a su lado, hizo lo mismo. Sintió que ella temblaba. Recordó lo que a veces olvidaba: que en muchas cosas era poco más que una criatura; además, pese a la devoción que sentía por él, nunca había vuelto a ser la misma desde el episodio de la mano.

Cuando el coche tomó la última curva, antes de llegar a la subplanta, se vieron los faros. Se acercaba despacio. Probablemente el conductor tenía cuidado porque el camino de acceso no tenía señalización y era difícil ver los bordes. Cuando los faros estuvieron más cerca, toda la zona quedó brillantemente iluminada. Georgos se apretó contra el suelo, levantando apenas la cabeza. Calculó que tenían buenas posibilidades de permanecer ocultos. Lo que le preocupaba era la proximidad de la explosión. Miró el reloj. Faltaban ocho minutos.

El coche se detuvo a unos metros de Georgos e Yvette, y alguien salió por el lado del acompañante. Cuando la figura entró en la zona iluminada, Georgos vio un hombre con el uniforme de guardia de seguridad. Tenía en la mano una potente linterna, que dirigió al cerco que rodeaba la subplanta. Moviéndola de un lado a otro, comenzó a caminar, rodeando la cerca. Georgos distinguió la figura de otro hombre, el conductor, que se quedó en el coche.

El primer hombre había recorrido una parte de la cerca cuando se detuvo y dirigió la linterna hacia abajo. Había encontrado el agujero. Se aproximó para inspeccionarlo por dentro, paseó la luz por encima de los cables, aisladores y transformadores, se detuvo sobre una carga de explosivo plástico y luego siguió los cables hasta el regulador de tiempo.

El guardia giró sobre sus talones y gritó:

—¡Eh, Jake! ¡Da la alarma! Aquí hay algo raro.

Georgos actuó. Sabía que los segundos contaban y no había alternativa para lo que tenía que hacer.

Se puso en pie de un salto, al tiempo que lanzaba la mano al cinturón para sacar el cuchillo de caza que llevaba envainado. Era un cuchillo de hoja larga y afilada, destinado a una emergencia como aquélla, y salió fácilmente de su vaina. El salto había llevado a Georgos casi hasta el coche. Un paso más y abrió la puerta de un tirón. El sorprendido ocupante, un hombre mayor, de pelo gris, también con uniforme de guardia de seguridad, se dio la vuelta. Tenía un micrófono de radio en la mano, cerca de los labios.

Georgos se lanzó adelante. Con la mano izquierda arrancó del coche al guardián, lo hizo girar y, con un poderoso empujón hacia arriba, enterró el cuchillo en el pecho del hombre. La víctima abrió la boca. Inició un grito que casi en seguida se convirtió en un gorgoteo. Luego cayó hacia delante. De un fuerte tirón, Georgos rescató el cuchillo y lo devolvió a la vaina. Al caer el guardia, había visto un revólver en su pistolera. La abrió de un golpe y lo cogió. Georgos había aprendido a manejar revólveres en Cuba. Este era un «Smith & Wesson» del 38, y, a la luz de los faros, lo abrió y verificó las cámaras. Todas estaban cargadas. Lo cerró, lo amartilló, y soltó el seguro.

El primer guardia había oído algo y estaba volviendo al coche. Llamó:

—¡Jake! ¿Qué ha sido eso? ¿Estás bien? —tenía el revólver a punto, pero no llegó a utilizarlo.

Georgos ya se había deslizado como sombra silenciosa hasta la parte de atrás del coche, protegiéndose en la oscuridad, detrás de las luces. Ahora estaba de rodillas, apuntando cuidadosamente, la boca del 38 apoyada en el codo izquierdo para lograr estabilidad, el índice derecho comenzaba a apretar el gatillo. Las miras estaban alineadas sobre el lado izquierdo del guardia que se aproximaba. Georgos esperó hasta estar seguro de que daría en el blanco y disparó tres veces. El segundo y tercer tiros fueron probablemente innecesarios. El guardia se inclinó hacia atrás sin ningún ruido y se quedó inmóvil donde cayó.

Georgos sabía que no tenía tiempo ni de mirar el reloj. Agarró a Yvette, que se había levantado al oírlos tiros, y la empujó adelante cuando empezaron a correr. Corrieron juntos hacia abajo, en la oscuridad, a riesgo de no encontrar la carretera. Georgos tropezó dos veces y se recobró; una vez pisó una piedra suelta y sintió que se le torcía el tobillo, pero no hizo caso del dolor y siguió. A pesar de su prisa se

aseguró de que Yvette le siguiera de cerca. Oía su respiración, entrecortada por los sollozos.

Habían bajado un tercio del camino cuando les alcanzó el ruido de una explosión. Primero vibró el suelo y luego siguió la onda sonora: un estallido fuerte y retumbante. Segundos después se produjo otra explosión y luego una tercera, y el cielo se iluminó con un brillante relámpago amarillo y azul. El destello se repitió, y luego el reflejo de las llamas del aceite de los transformadores quemándose con fuerza iluminó el cielo. Al tomar una curva en el camino pedregoso, Georgos tuvo la impresión de que había algo distinto. Luego comprendió: había logrado su objetivo. Todas las luces de Millfield estaban apagadas.

Consciente de la urgente necesidad de desaparecer, ignorando si el guardia que estaba en el coche había conseguido comunicarse, Georgos siguió corriendo, señalando el rumbo.

Cuando estaban casi extenuados, les alivió encontrar el coche donde lo habían dejado, en el bosquecillo de árboles cerca del pie de la colina. Minutos después marchaban en dirección a la ciudad, con Millfield a oscuras atrás.

—¡Has matado a esos hombres! ¡Los has asesinado!

La voz de Yvette, sentada a su lado en el coche, era histérica y jadeante por el esfuerzo.

—He tenido que hacerlo.

Georgos habló secamente, sin volver la cabeza, los ojos puestos en la carretera a la que acababan de llegar. Conducía cautelosamente, sin exceder la velocidad permitida. Lo que menos deseaba era que le detuviera un policía de tráfico por alguna infracción. Georgos sabía que tenía la ropa manchada de la sangre del hombre que había acuchillado, y que también en el arma habría sangre que podrían identificar por el grupo sanguíneo. Además, había descubierto que él mismo sangraba abundantemente en el muslo derecho, allí donde el alambre había entrado más profundamente de lo que le pareció en un principio. Y sentía que se le hinchaba el tobillo torcido al pisar la piedra.

—¡No era necesario matarles! —gimió Yvette.

—¡Cállate la boca! O te mato a ti —gritó él brutalmente.

Recorría mentalmente todos los detalles de lo ocurrido para asegurarse de que no había dejado ningún rastro que los identificara a él o a Yvette. Llevaban guantes cuando estuvieron en la cerca y depositaron las cargas. Él se había quitado uno para conectar el regulador de tiempo, y luego, cuando descargó el revólver. Pero los llevaba puestos cuando atacó con el cuchillo, de modo que en la puerta del coche o la manija no habría huellas dactilares. ¿Y en el revólver? Sí, pero había tenido la presencia de ánimo necesario para llevárselo, y más tarde ya se desharía de él.

—¡El del coche era un viejo! Lo vi —gimoteó Yvette.

—¡Era un cerdo fascista inmundo!

Georgos gritó en parte para convencerse a sí mismo, porque el recuerdo del hombre de pelo gris le estaba carcomiendo. Había tratado de borrar de la memoria la boca abierta, sorprendida, y el grito ahogado cuando el cuchillo entró profundamente, pero no lo había logrado. A pesar de su entrenamiento de anarquista y de las bombas, Georgos no había matado a nadie directamente, y la experiencia le mareaba.

—¡Te pueden mandar a la cárcel por asesino!

—Lo mismo que a ti —respondió él, con un gruñido.

No tenía sentido explicarle que él ya podía ser procesado por asesinato: por las siete muertes que ocurrieron cuando la explosión de la planta La Mission y los sobres explosivos enviados a la «CGS». Pero podía aclararle lo de esta noche y lo iba a hacer.

—¡Entiende esto, estúpida puta! Estás tan metida en esto como yo. Estabas allí; tomaste parte en todo y mataste a esos cerdos igual que si hubieras sacado el cuchillo o disparado el revólver. De modo que lo que me ocurra a mí te ocurrirá a ti. ¡No lo olvides nunca!

Comprendió que ella lo había entendido porque sollozaba ahogándose al hablar, musitando algo incoherente acerca de que ojalá no se hubiera metido en aquello. Por un instante sintió compasión y una oleada de piedad. Luego, el control se impuso, y desechó el sentimiento por débil y antirrevolucionario.

Calculó que estaba a mitad de la ciudad y se dio cuenta entonces de algo que antes no había notado por lo preocupado que estaba. La zona que atravesaban, generalmente bien iluminada hasta mucho más allá de Millfield, también estaba a oscuras; hasta las luces de la calle estaban apagadas. Con repentina satisfacción, pensó que eso significaba que los otros defensores de la libertad habían logrado sus objetivos. ¡Habían ganado la batalla librada bajo su mando!

Georgos comenzó a silbar una tonada, redactando mentalmente el comunicado mediante el que transmitiría al mundo la nueva y gloriosa victoria de los «Amigos de la Libertad».

3

—El corte de corriente —dijo Karen Sloan desde su silla de ruedas— se produjo cuando Josie y yo volvíamos a casa en *Humperdinck*.

—*¿Humperdinck?* —Nim no entendió.

Karen le dirigió una de sus sonrisas cálidas y gloriosas.

—*Humperdinck* es mi hermosísima camioneta. La quiero tanto que no podía llamarla solamente «camioneta», y por eso le di un nombre.

Se encontraban en el cuarto de estar del apartamento de Karen, en un atardecer de la primera semana de noviembre. Después de varias postergaciones debidas a las exigencias de su trabajo, Nim había aceptado una invitación de Karen para cenar con ella. Josie, la ayudante y ama de llaves, preparaba la comida en la cocina.

El pequeño apartamento estaba suavemente iluminado, era cálido y confortable. En contraste, afuera, la mayor parte de California del Norte soportaba el tercer día de una tormenta del Pacífico, con fuertes vientos y lluvia torrencial. Mientras hablaban, la lluvia golpeaba contra las ventanas. Otros ruidos se fusionaban suavemente: el zumbido regular del mecanismo del aparato que hacía respirar a Karen y el silbido que lo acompañaba: adentro y afuera; en la cocina, pequeños ruidos de platos, el de la puerta de una alacena al abrirse y luego al cerrarse.

—En cuanto al corte de energía —prosiguió Karen—, volvíamos del cine, de uno donde tienen modificaciones para sillas de ruedas (ahora puedo hacer tantas cosas con *Humperdinck* que antes no podía), y mientras Josie conducía se apagaron las luces de las calles y las de los edificios.

—Casi ciento cincuenta kilómetros cuadrados —dijo Nim con un suspiro—. Se apagó todo. Todo.

—Bueno, en ese momento no lo sabíamos. Pero se veía que era extenso, así que Josie se dirigió directamente al hospital Redwood Grove, que es adonde voy siempre que tengo algún problema. Tienen un generador de emergencia. El personal me atendió y me quedé en el hospital tres días, hasta que volvió la corriente.

—En realidad —le dijo Nim—, ya sabía buena parte de todo eso. Cuando se produjeron las explosiones y el apagón, te llamé por teléfono tan pronto como pude. Yo había vuelto a la oficina; me habían llamado a casa. Cuando no obtuve contestación, conseguí que alguien me comunicara con el hospital que está anotado en tu hoja de datos. Nos dijeron que estabas allí, así que no me preocupé más, porque esa noche había muchas cosas que hacer.

—Fue una cosa espantosa, Nimrod. No solo el apagón, sino el asesinato de esos dos hombres.

—Sí; eran veteranos —dijo Nim—, jubilados que fueron contratados de nuevo porque nos hacían falta guardias de seguridad experimentados. Desgraciadamente, su experiencia era muy anterior, y después averiguamos que lo más serio a lo que se habían enfrentado en su época era algún intruso ocasional o un ladronzuelo. No

tenían nada que hacer ante un asesino.

—¿Todavía no han agarrado al que lo hizo?

Nim negó con la cabeza.

—Es alguien que nosotros, y la policía, buscamos desde hace tiempo. Lo peor es que todavía no tenemos la menor idea de quién es o desde dónde opera.

—Pero ¿no se trata de un grupo, «Amigos de la Libertad»?

—Sí. Pero la policía cree que es un grupo pequeño, probablemente una media docena de personas, y que una de ellas es el cerebro y el líder. Dicen que hasta ahora hay en todos los episodios similitudes que así lo indican: como la caligrafía de una persona. Quienquiera que sea, el hombre es un maníaco homicida.

Nim habló con pasión. El efecto de las últimas bombas en el sistema de la «CGS» había sido mucho peor que en los casos anteriores. Casas, negocios y fábricas habían quedado sin energía eléctrica en una zona inusualmente extensa, durante tres o cuatro días en muchos casos, una semana en otros. A Nim le había recordado la observación de Harry London varias semanas atrás: «Esos locos se están volviendo inteligentes.»

Y el servicio se había restablecido en ese lapso de tiempo gracias a un esfuerzo masivo y costoso que exigió recurrir a todos los transformadores auxiliares de la «CGS», a interconexiones hechas con otras empresas, y utilizando a todo el personal disponible para realizar las reparaciones. Aun así, la «CGS» fue criticada por no saber proteger sus instalaciones adecuadamente. «El público tiene derecho a preguntar —pontificaba el *California Examiner* en un editorial— si la compañía "Golden State" hace todo lo que puede para evitar una repetición de los hechos. A juzgar por las evidencias obtenidas, la respuesta es "no".» Pero el periódico no ofrecía ninguna sugerencia sobre cómo proteger la enorme y extensa red de la «CGS» en todas partes y las veinticuatro horas del día.

No menos deprimente resultaba la ausencia de pistas para una acción inmediata. Es cierto que la policía había logrado identificar la voz ostentosa de la cinta grabada que una emisora de radio recibió al día siguiente a las bombas, con la de las anteriores. También se encontraron algunos hilos de dril enganchados en un alambre cortado cerca del lugar del doble asesinato, que casi seguramente pertenecían a la ropa que llevaba el atacante. El mismo alambre mostraba sangre seca que había sido analizada y difería de la de los guardianes muertos. Pero, como le dijo un detective jefe a Nim en un momento de sinceridad: «Estas cosas son útiles cuando uno tiene a alguien o a algo con qué compararlas. Por ahora no estamos más cerca de lo que estábamos antes.»

—Nimrod —dijo Karen interrumpiendo sus pensamientos—. Han pasado casi dos semanas desde que nos vimos por última vez. Te he echado de menos, de veras.

—Lo siento. De verdad lo siento —dijo él, contrito.

Ahora que estaba allí, Nim se preguntó cómo había podido tardar tanto en ir. Karen estaba tan hermosa como la recordaba y, cuando se besaron momentos antes —un largo beso—, sintió sus labios tan deseables como antes. Fue como si la brecha

en el tiempo se hubiera cerrado en un instante.

Nim comprendió otra cosa: estando con Karen experimentaba una sensación de paz como con pocas personas. Era una sensación difícil de definir; quizá fuera que Karen, que había superado las limitaciones que le había impuesto la vida, transmitía una tranquilidad y sabiduría que sugerían que otros problemas también podrían ser resueltos.

—Ha sido una época difícil para ti —admitió ella—. Lo sé porque he leído lo que los periódicos decían de ti y he visto las noticias por la televisión.

—Los debates de Tunipah —Nim hizo una mueca—. Me dijeron que me comporté de modo vergonzoso.

—Tú no crees eso, como no lo creo yo —dijo Karen con dureza—. Lo que dijiste era sensato, pero la mayor parte de las informaciones no lo destacaron.

—Cuando quieras te encomendaré mis relaciones públicas.

Ella vaciló, y luego dijo:

—Cuando ocurrió, escribí un poema para ti. Te lo iba a mandar; pero pensé que quizás estuvieras cansado de oír hablar a la gente, dijeran lo que dijeran.

—No a toda la gente. Solamente a la mayoría de la gente —él preguntó—: ¿Lo guardaste… el poema?

—Sí —Karen hizo un gesto con la cabeza—. Está allí. En el segundo cajón de abajo.

Nim se levantó y fue hasta un escritorio debajo de los estantes de libros. En el cajón indicado vio una hoja del papel azul de Karen; la cogió y leyó las palabras escritas a máquina:

El dedo que se mueve, a veces retrocede.
No para volver a escribir, sino para releer;
Y lo que fuera desechado, despreciado, burlado,
Puede, después de una o dos lunas,
O años, quizá,
Ser saludado como sabiduría,
Dicho abiertamente en aquel momento,
Con coraje
Para afrentar la calumnia de los otros menos perceptivos,
Pero llenos de invectivas.

¡Querido Nimrod!
Recuerda:
El profeta es raramente alabado
Antes del ocaso
Del día en que proclamó por vez primera
Verdades desagradables.
Pero si, y cuando, tus verdades

Con el tiempo sean evidentes,
Y su autor reivindicado,
Sé en el momento de la cosecha, indulgente, gentil,
Abierta la mente, de objetivos amplios,
Diviértete con las rebeldías de la vida.
No para todos, sino para pocos,
Son los dones del sacerdote: vista a distancia, claridad, sagacidad
Conferidas por la ocupada naturaleza,
Al azar, como lotería al nacer.

En silencio, Nim leyó las palabras una segunda vez. Por fin dijo:

—Karen, nunca dejas de sorprenderme. Y cuando lo haces, no sé bien qué decir, salvo que estoy emocionado y agradecido.

En ese momento, Josie, baja y fuerte, los rasgos morenos satisfechos, entró con una bandeja cargada. Anunció:

—Dama y caballero, la cena está servida.

Era una comida sencilla, pero sabrosa. Una ensalada «Waldorf», seguida por un pollo al horno y luego helado de limón. Nim había traído vino: un «Cabernet Sauvignon Heitz Cellar» difícil de conseguir… ¡soberbio! Como la última vez, Nim le dio de comer a Karen, con la misma sensación de participación e intimidad que había sentido entonces.

Solo una o dos veces recordó, con algo de culpabilidad, la excusa que había dado para no estar en su casa esa noche: un compromiso nocturno de negocios de la «CGS». Pero le parecía que pasar la noche con Karen era distinto de las otras ocasiones en que había engañado y mentido a Ruth, o tratado de hacerlo. Quizás aún ahora, pensó, Ruth no le creía; pero si era así, no había dado ninguna señal cuando él salió por la mañana. Además, Nim recordó que tenía a su favor que durante las cuatro últimas semanas solo en una ocasión no había estado en casa para cenar en familia; y esa vez era cierto que había trabajado hasta tarde.

Nim y Karen hablaron con familiaridad, cómodos, durante la cena intensamente personal.

Josie retiró los platos y les trajo café y, por segunda vez, surgió el tema de la camioneta de Karen, *Humperdinck*. La camioneta especial que los padres de Karen le habían comprado a la «CGS», y que bajo la dirección de Ray Paulsen había sido adaptada para transportar la complicada silla motriz para cuadripléjicos.

—Algo que no te he explicado —le dijo Karen—, es que, en realidad, no soy la dueña de *Humperdinck*. No puedo pagarla. Tiene que registrarse a nombre de mi padre aunque la use yo.

El motivo era el seguro.

—Las primas de seguros para personas inválidas son astronómicas —dijo Karen —, aunque alguien como yo nunca vaya a conducir. Si la camioneta está a nombre de mi padre, la prima es más baja; por eso no soy la dueña oficial de *Humperdinck*.

Aparte del seguro, me preocupaba, y todavía me preocupa un poco, que papá haya pedido prestado el dinero para comprar a *Humperdinck*. El banco se negó, y entonces fue a una compañía de créditos y llegaron a un acuerdo, pero a un interés más alto. Sé que le va a costar pagar los plazos del crédito porque su negocio no anda bien, y él y mamá ya me ayudan con dinero cuando mi asignación no me alcanza. Pero insistieron en que no me preocupara y que dejara que ellos lo hicieran todo.

—Quizá pueda hacer algo —dijo Nim, pensativo—. Podría contribuir con un poco de dinero y ver si mi compañía querría donar…

—¡No! ¡Absolutamente, no! —le interrumpió Karen, terminante—. Nimrod, nuestra amistad es maravillosa y la aprecio. Pero no voy a aceptar tu dinero; jamás; y eso incluye lo que puedas pedir a otros. Si mi propia familia hace algo por mí, es diferente y lo resolvemos juntos, pero eso es todo. Además, ya nos has ayudado bastante con *Humperdinck* —suavizó la voz—. Soy una persona orgullosa e independiente. Espero que lo comprendas.

—Sí —dijo él—, te comprendo y te respeto.

—¡Bien! El respeto es importante. Ahora, querido Nimrod, te darás cuenta la diferencia que significa *Humperdinck* en mi vida si me permites enseñártela. ¿Te puedo pedir algo atrevido?

—Pídeme lo que quieras.

—¿Podríamos salir juntos, quizás ir a la sinfónica?

Él vaciló solo momentáneamente.

—¿Por qué no?

A Karen se le iluminó el rostro con una sonrisa y dijo entusiasmada:

—Tienes que decirme cuándo estarás libre y lo arreglaré. ¡Soy tan feliz! —luego, impulsivamente—: Bésame otra vez, Nimrod.

Cuando él se acercó, ella levantó la cara, buscando la boca con la suya. Él le puso una mano detrás de la cabeza, pasando los dedos suavemente entre el pelo rubio. Ella respondió uniendo aún más sus labios. Nim se sintió agitado, sexual y emocionalmente, y se le ocurrió: «Qué promesa la de los próximos minutos si Karen no fuera inválida.» Luego desechó el pensamiento e interrumpió el beso. Durante un instante le acarició el pelo de nuevo, y luego volvió a la silla.

—Si supiera hacerlo —dijo Karen—, ronronearía.

Nim oyó una tos discreta y volvió la cabeza; Josie estaba en la puerta. La auxiliar y ama de llaves había cambiado el uniforme blanco que llevaba mientras servía la cena por un vestido de lana marrón. Se preguntó cuánto tiempo haría que estaba allí.

—Oh, Josie —dijo Karen—, ¿ya te vas? —y le explicó a Nim—: Josie va a visitar a su familia esta noche.

—Sí, ya estoy lista. Pero ¿no tendría que acostarte antes de irme?

—Supongo que sí —Karen se calló y un leve rubor se mostró en sus mejillas—. O quizás al señor Goldman no le importaría…

—Si me dices qué debo hacer, lo haré con gusto.

—Entonces ya está arreglado —dijo Josie—. Así que me voy, y buenas noches.

Pocos minutos después oyeron el ruido de la puerta que se cerraba.

Cuando Karen habló, pareció haber nerviosismo en su voz.

—Josie no volverá hasta mañana por la mañana. Normalmente tengo una suplente, pero hoy no está bien, así que esta noche viene mi hermana mayor —miró el reloj de pared—. Cynthia llegará dentro de una hora y media. ¿Puedes quedarte hasta entonces?

—Claro.

—Si te viene mal, Jiminy, el encargado que conociste la primera vez, puede quedarse un rato.

—¡Al diablo con Jiminy! ¡Aquí estoy y aquí me quedo! —dijo Nim con firmeza.

—Me alegro —Karen sonrió—. Queda un poco devino. ¿Nos acabamos la botella?

—Buena idea —Nim fue a la cocina, encontró vasos y el «Cabernet», de nuevo con su corcho. Al volver repartió el vino que quedaba y sostuvo uno de los vasos mientras Karen bebía.

—Siento una sensación maravillosa —dijo ella—. El vino ayuda, pero no lo es todo.

Siguiendo un impulso él se inclinó, levantó la cara de Karen con la mano y la besó una vez más. Ella respondió con tanto ardor como tas otras veces, salvo que el beso fue más largo. Por fin, de mala gana, él se retiró, aunque las caras quedaron cerca.

—Nimrod —fue un susurro.

—Sí, Karen.

—Me parece que tengo que acostarme.

Él sintió que el pulso le latía más rápido.

—Dime qué debo hacer.

—Primero desenchufa la silla.

Nim pasó detrás de la silla y lo hizo. El cable se enroscó en una caja y la batería de la silla lo reemplazó.

Una repentina sonrisa de picardía cruzó la cara de Karen.

—¡Sígueme!

Utilizando el tubo de control por aire y con una rapidez y destreza que le sorprendió, Karen maniobró la silla por un pequeño corredor desde la sala de estar hasta un dormitorio. Había una cama, cuidadosamente abierta. A un lado, una luz pequeña iluminaba débilmente la habitación. Karen hizo girar la silla para que quedara de espaldas al pie de la cama.

—¡Ya está! —miró a Nim, expectante.

—Muy bien. ¿Y ahora?

—Me levantas de la silla y luego giras, como si jugaras al golf, y me dejas sobre la cama. Cuando lo hace Josie usamos ese aparato que funciona como una grúa. Pero

tú eres fuerte, Nimrod. Me puedes levantar en brazos.

Lo hizo, suavemente pero con seguridad, sintiendo la blandura cálida de su cuerpo, y luego siguió las instrucciones de Karen sobre el respirador. Conectó un pequeño respirador «Bantan» que ya estaba al lado de la cama; en seguida oyó que funcionaba y la esfera marcó quince libras de peso; el ritmo era de dieciocho respiraciones por minuto. Puso un tubo del respirador en la boca de Karen; en cuanto ella comenzó a respirar, la presión subió a treinta. Ahora podía dejar el cinturón neumático que llevaba debajo de la ropa.

—Luego —dijo Karen—, te pediré que me coloques el respirador de pecho. Pero todavía no.

Estaba horizontal en la cama, el pelo largo desparramado sobre la almohada. Botticcelli, pensó Nim, se hubiera sentido inspirado al verla.

—¿Qué hago ahora? —preguntó.

—Ahora… —dijo ella, y a la luz suave, pálida, vio que nuevamente el rubor cubría sus mejillas—. Ahora, Nimrod, me desnudas.

Karen tenía los ojos entrecerrados. A Nim le temblaban las manos y se preguntó si lo que pensaba sería cierto. No hacía mucho, recordó, se había dicho que enamorarse de Karen significaría amor sin sexo, en oposición al sexo sin amor que había experimentado tan a menudo antes. ¿Estaría equivocado? ¿Era concebible que con Karen hubiera amor y sexo? Pero si ocurría, ¿no sería despreciable que se aprovechara brutalmente de su impotencia? ¿Podía hacerlo? ¿Debía hacerlo con ella? Los problemas éticos parecían un enredo de pesadilla de preguntas sin respuesta, un laberinto moral.

Había desabrochado la blusa de Karen. Ahora le levantó los hombros y se la deslizó por los brazos. No llevaba sostén. Sus pequeños pechos eran soberbios, los pezones diminutos algo levantados.

—Tócame, Nimrod —fue una orden suave. En respuesta pasó las manos gentilmente sobre los pechos, acariciándolos; luego se arrodilló y los besó. Al momento sintió que los pezones se endurecían. Karen murmuró—: ¡Oh, qué maravilloso!

Instantes después, le dijo:

—La falda se abre por el lado izquierdo —siempre con suavidad, la soltó y se la quitó.

Cuando Karen quedó desnuda, las dudas y ansiedades todavía le acosaron. Pero movió las manos despacio y con experta sensualidad, como ya se había dado cuenta que ella quería. Con suaves murmullos ella hizo evidente su placer. Al cabo de un rato susurró:

—Quiero decirte algo.

Él le contestó en otro susurro:

—Te escucho.

—No soy virgen. Hubo un muchacho… Ocurrió cuando tenía quince años, antes

de… —se calló y él vio que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Karen, no sigas!

Ella movió la cabeza.

—Quiero decírtelo. Porque quiero que sepas que en todos esos años no ha habido ningún otro; ninguno entre él y tú.

Él esperó, convenciéndose de que había entendido, antes de preguntar:

—¿Me estás diciendo…?

—Te deseo, Nimrod. Lo quiero todo. ¡Ahora!

—¡Dios mío! —Nim comprendió que su deseo, siempre a punto para manifestarse, se hacía sentir con urgencia. Echó por la borda todas sus dudas mentales y comenzó a desnudarse.

Nim se había preguntado, como otros sin duda, qué sentiría un hombre normal al hacer el amor con una cuadripléjica. Alguien como Karen, ¿sería enteramente pasiva? ¿El hombre haría todo el esfuerzo, sin obtener respuesta? Y al final, ¿el placer le llegaría a uno, a ambos, o a ninguno?

Fue descubriendo las respuestas y todas resultaron inesperadas.

Karen fue exigente, sensible, excitante, satisfactoria.

Claro que, en un sentido, era pasiva. Salvo la cabeza, no podía mover el cuerpo. Sin embargo, Nim sentía el efecto del acto en su piel, vagina, pechos y, sobre todo, en sus gemidos y besos apasionados. No era en absoluto como se podría suponer, pensó caprichosamente, como hacer el amor a un maniquí. Tampoco era un placer breve. Se prolongaba, como si ninguno de los dos quisiera que terminara. Una y otra vez tuvo la impresión de un erotismo glorioso, de flotar y elevarse, de alegría y amor, hasta que por fin, inevitablemente, llegó el final: la llegada a una cumbre; el clímax de una sinfonía; el cénit de un sueño. *Y para ambos*. ¿Es que una cuadripléjica puede lograr un orgasmo? Decididamente, ¡sí!

Y luego… una vez más… el regreso a la ternura y al amor tierno.

Nim se quedó quieto, en consideración a una Karen feliz, extenuada. Se preguntó en qué estaría pensando y si, al final, estaba arrepentida.

Como si hubiera recibido las dos preguntas por telepatía, Karen se movió. Dijo, adormilada pero feliz:

—Nimrod, fuerte cazador del Señor —luego—: Este es el mejor día de mi vida.

4

—He tenido un día agotador y me tomaría una copa —dijo Cynthia—. Generalmente hay *whisky*. ¿Y usted, quiere algo?

—De acuerdo —dijo Nim. Hacía una hora que había hecho el amor con Karen, que ahora dormía. Él también sentía la necesidad de beber algo.

La hermana mayor de Karen había entrado hacía veinte minutos, con su llave. Nim ya estaba vestido.

Se había presentado como Cynthia Woolworth.

—Antes de que lo pregunte, mi marido no tiene nada que ver con los Woolworth millonarios. Solía pasar la mitad de mi vida contestando a eso; ahora es lo primero que digo. Con Sloan era más sencillo.

—Gracias —dijo él—. No lo volveré a mencionar.

Observó que Cynthia era distinta de Karen, y al mismo tiempo tenían algo en común. Karen era rubia y delgada; Cynthia era morena, regordeta, aunque no demasiado. También era evidente que Cynthia tenía una personalidad más fuerte y era más desenvuelta; aunque, pensó Nim, el temprano golpe que la vida le había asestado a Karen, sus distintos estilos de vida desde entonces, bien podían explicar las diferencias. Lo que tenían en común era una extraña belleza natural: la misma delicada simetría de rasgos, labios gruesos, grandes ojos azules, un cutis impecable, y aunque más destacadas en Cynthia, manos delgadas y elegantes. A Nim se le ocurrió que las dos chicas habían heredado sus encantos de Henrietta, la madre, en quien aún se descubrían rasgos de una belleza anterior. Nim recordó que Cynthia tenía tres años más que Karen, lo que significaba que tenía cuarenta y dos, si bien parecía más joven.

Cynthia encontró el *whisky*, luego hielo y soda, y preparó dos copas con eficiencia. La rapidez y economía de movimientos revelaban que estaba acostumbrada a desenvolverse sola. Lo había demostrado desde que llegó al apartamento, cuando se quitó el impermeable empapado y lo colgó en el cuarto de baño. Después de las presentaciones mutuas le indicó a Nim:

—Muy bien, siéntese y descanse. Tome, he traído el periódico de la noche. Yo me ocuparé de mi hermana.

Entró en el cuarto de Karen, cerrando la puerta, de modo que Nim oyó el murmullo de las voces pero nada más.

Cuando Cynthia salió al cuarto de hora, caminando sin hacer ruido, le comunicó que Karen dormía.

Ahora, sentada frente a Nim, Cynthia agitó el *whisky* y el hielo en su vaso, y le informó:

—Sé lo que ha ocurrido aquí esta noche. Karen me lo ha dicho.

Sorprendido por la franqueza, todo lo que se le ocurrió contestar fue:

—Comprendo.

Cynthia echó atrás la cabeza y rio. Le señaló con un dedo acusador.

—¡Tiene miedo! Se pregunta si seré la hermana mayor vengadora. O si pienso llamar a la policía y gritar: «¡Violación!»

—No estoy seguro de querer, o necesitar, conversar con usted… —empezó a decir él secamente.

—¡Vamos, vamos! —Cynthia había seguido riendo; pero ahora dejó de reírse repentinamente. Se puso seria—. Mira, Nimrod, lo siento si te he molestado; me doy cuenta de que lo he hecho. Deja entonces que te diga algo. Karen te considera un hombre bueno, dulce, gentil, cariñoso, y lo mejor que jamás ha conocido. Y si te interesa una opinión de afuera, yo pienso lo mismo.

Nim la miró fijamente. Al hacerlo se dio cuenta de que por segunda vez en la noche veía llorar a una mujer.

—¡Maldición! No era mi intención hacer esto —Cynthia se secó las lágrimas con un pañuelito—, pero supongo que estoy tan feliz y satisfecha como la propia Karen —miró a Nim con decidida aprobación—. Bueno, casi tanto.

La tensión que había sentido Nim momentos antes se aflojó. Sonriente, admitió:

—Solo puedo decir una cosa. ¡Increíble!

—Y hay más y te lo voy a decir —dijo Cynthia—. ¿Tomamos otra copa antes?

Sin esperar respuesta, recogió el vaso de Nim y lo volvió a llenar, e hizo lo mismo con el suyo. Después de volver a su asiento, bebió antes de continuar, eligiendo las palabras con cuidado.

—Por ti, tanto como por Karen, Nimrod, quiero que sepas algo. Lo que ha ocurrido entre tú y mi hermana esta noche ha sido maravilloso y hermoso. Quizá no sepas ni comprendas por qué, pero el hecho es que algunas personas tratan a los cuadripléjicos como si fueran leprosos. Yo misma lo he visto varias veces; Karen lo ve mucho más. Por eso, para mí eres el señor Buena Persona. Nunca pensaste en ella ni la trataste sino como una mujer… ¡Pero, por Dios…! Ya estoy llorando otra vez.

Era evidente que el pañuelito de Cynthia no bastaría. Nim le alcanzó el suyo y ella le miró agradecida.

—Son las pequeñas cosas que haces… Karen me ha dicho que…

—Tú sabes que todas mis visitas a Karen comenzaron accidentalmente —dijo él, humildemente.

—Así ocurre con la mayoría de las cosas.

—Y lo que ha pasado con nosotros esta noche… bueno, no lo planeé. Ni siquiera pensé… —Nim se detuvo—. Sencillamente, ocurrió.

—Lo sé —dijo Cynthia—. Y ya que estamos en eso, te voy a preguntar otra cosa. ¿Te sentiste, te sientes culpable?

Él asintió con la cabeza:

—Sí.

—¡No lo hagas! Una vez, cuando estaba tratando de aprender cómo ayudar a Karen, leí algo de un hombre que se llama Milton Diamond. Es profesor de medicina en Hawai y ha estudiado el sexo en los lisiados. Quizá no recuerde las palabras

exactas, pero el sentido era: «Los lisiados tienen bastantes problemas ya, para que se les impongan valores que agobian con el sentido de culpa… la satisfacción sexual privada importa más que la aprobación pública; en consecuencia, todo sentimiento de culpa es un error… y sexualmente cualquier cosa vale para los incapacitados.» —Cynthia agregó casi con rabia—: Así que no te sientas culpable tú tampoco. ¡Olvídalo!

—No sé —dijo Nim— si no he colmado mi capacidad de sorprenderme esta noche. De todos modos, me alegra que hablemos.

—A mí también. Forma parte del aprendizaje, y yo tuve que estudiar a Karen, lo mismo que tú —Cynthia siguió bebiendo su *whisky*, y luego dijo pensativa—: ¿Me creerás si te digo que cuando Karen tenía dieciocho años y yo veintiuno, la odiaba?

—Cuesta creerlo.

—Pero es verdad. La odiaba porque toda la atención de nuestros padres y amigos era para ella. Algunos días, en casa, era como si yo no existiera. Siempre era: «Karen esto, Karen aquello. ¿Qué podemos hacer por la pobre querida Karen?» Nunca «¿qué podemos hacer por la sana y normal Cynthia?». Era el día en que cumplía veintiún años. Yo quería una gran fiesta, pero mi madre dijo que no era «apropiado» para Karen. Entonces tuve solo una reunión familiar: mis padres y yo, porque Karen estaba en el hospital; un té asqueroso y un pastel barato. En cuanto a los regalos de cumpleaños, fueron solo simbólicos, porque supongo que adivinas adonde iba todo el dinero, hasta el último centavo. Me avergüenza decirlo, pero esa noche recé para que Karen muriera.

En el silencio que siguió, pese a las cortinas, Nim oyó la lluvia que el viento hacía chocar contra la ventana. Comprendía lo que Cynthia le había contado, y se sentía emocionado. Y, sin embargo, en un rincón de su mente pensó: ¡Gloriosa lluvia! Para quien tuviera que ver con la provisión de energía, lluvia, aguanieve o nieve significaban almacenamiento de energía hidroeléctrica para la estación seca que se acercaba. Apartó esos pensamientos y le dijo a Cynthia:

—¿Y cuándo cambiaste de sentimientos?

—Al cabo de años, y fue muy lento. Antes pasé por mi propio período de sentimiento de culpabilidad. Me sentía culpable porque no me faltaba nada y a Karen sí. Culpable, porque hacía cosas que ella no podía hacer: jugar al tenis, ir a fiestas, salir con muchachos —Cynthia suspiró—. No fui una buena hermana.

—Pero ahora sí.

—Tanto como puedo, después de ocuparme de mi marido, la casa y los niños. Cuando nació mi primer hijo, empecé a comprender y apreciar a mi hermana menor y nos hicimos íntimas. Ahora las dos somos buenas amigas, cariñosas, que comparten ideas y confidencias. No hay nada que yo no dejaría de hacer por Karen. Y no hay nada que ella no me confíe.

—Ya lo he comprobado —dijo Nim, secamente.

Siguieron hablando. Cynthia le contó más cosas de sí misma. Se había casado a

los veintidós años; en parte para irse de casa. Desde entonces su marido había recorrido una serie de trabajos; ahora era vendedor de zapatos. Nim dedujo que era una unión apenas soportable, si es que lo era, y que Cynthia y su marido seguían juntos porque no tenían otra alternativa, y por las tres criaturas. Antes de casarse, Cynthia había tomado lecciones de canto; ahora cantaba cuatro noches por semana en un *night-club* de segundo orden para complementar el magro sueldo del marido. Esta era una de las noches que no cantaba, y se quedaría con Karen mientras el marido se ocupaba del único hijo que todavía tenían en casa. Mientras hablaban, Cynthia bebió dos *whiskies* más; Nim no quiso beber. Al cabo de un rato, Cynthia comenzó a farfullar un poco.

Finalmente, Nim se levantó.

—Es tarde. Tengo que irme.

—Te traeré el impermeable —dijo Cynthia—. Lo necesitarás aunque sea para llegar al coche —y añadió—: O puedes quedarte, si quieres. Hay un diván que se convierte en cama.

—Gracias. Será mejor que no me quede.

Ella le ayudó a ponerse el impermeable, y en la puerta del apartamento le besó con fuerza en la boca.

—En parte es por Karen y en parte por mí.

Camino a su casa, trató de descartar la idea como codiciosa y desleal, pero no pudo: tantas mujeres atractivas y deseables en el mundo, y tantas disponibles y dispuestas a compartir placeres sexuales. La experiencia, el instinto, los propios e inequívocos gestos de ella se lo decían: Cynthia también estaba a su disposición.

5

Entre otras cosas, Nim era un entusiasta del vino. Tenía olfato y paladar finos; le gustaban especialmente las variedades de vinos del valle Napa, que eran los mejores de California, y que en sus buenos años estaban a la par de los de primera calidad de Francia. Así que estaba contento de ir al valle Napa con Eric Humphrey, aunque fuera fines de noviembre, y pese a que ignoraba por qué le había invitado el presidente.

Se celebraba el retorno al terruño de uno de los hijos más distinguidos de California; un retorno aplaudido, victorioso, sentimental. El del honorable Paul Sherman Yale.

Hasta dos semanas antes había sido un respetado juez adjunto del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Si alguna vez un individuo mereció la designación de «señor California», no cabía duda de que ése era Paul Sherman Yale. Todo lo que un californiano podía desear ser o tratar de ser quedaba ejemplificado en su distinguida carrera, que ahora se aproximaba a su fin.

Desde antes de los veinticinco años, cuando, adelantándose en dos años a la mayoría de sus contemporáneos, se graduó con honores en la Facultad de Derecho de Stanford, hasta que cumplió los ochenta, que acababa de celebrar, Paul Yale había ocupado una sucesión de funciones públicas cada vez más importantes. Siendo un joven abogado, logró reputación en todo el Estado como defensor de pobres y desvalidos. Buscó y consiguió un lugar en la Cámara de Representantes de California y, al cabo de dos períodos, llegó a ser el miembro más joven del Senado estatal. Su hoja de servicios legislativos fue notable en las dos cámaras. Fue autor de las primeras leyes de protección de las minorías y de proscripción de las fábricas donde se explotaba a los obreros. También patrocinó leyes de ayuda para los granjeros y pescadores de California.

Paul Sherman Yale dejó el Senado al ser elegido fiscal general del Estado, función desde la que declaró la guerra al crimen organizado y mandó a la cárcel a uno de sus cabecillas. El estadio lógico siguiente era el gobierno, que, de quererlo, pudo haber alcanzado. En cambio, aceptó la invitación del presidente Truman para llenar una vacante en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Las audiencias del Senado para la confirmación de su cargo fueron breves, con el resultado previsto, dado que entonces —y más adelante— ni una sombra de escándalo o corrupción manchó jamás su nombre. Otro apodo que se le daba a veces era «señor Integridad».

En los fallos del Tribunal Supremo, sus votos reflejaban su humanidad amplia, y sin embargo fueron elogiados por juristas como de «puro derecho». Hasta sus disidencias en algunas sentencias fueron ampliamente citadas y algunas provocaron cambios en la legislación. Pero el señor juez Yale no olvidó en ningún momento que él y su esposa Beth eran californianos, y en todas las oportunidades manifestó su afecto inalterable por su estado natal.

Cuando a su debido tiempo entendió que su obra había terminado, renunció sin ruido, y los Yale se fueron de Washington, de acuerdo con su carácter, sin ninguna alharaca; como Paul Yale dijo a *Newsweek*: «Estamos de vuelta, al oeste y a casa.» Rechazó la sugerencia de un banquete multitudinario de agradecimiento en Sacramento, pero aceptó un almuerzo más modesto de bienvenida, en su amada región natal, en el valle Napa, donde los Yale planeaban residir.

Entre los invitados sugeridos por los Yale estaba el presidente de la «Golden State». Humphrey solicitó, y obtuvo, otra invitación para su ayudante, Nim.

Camino del valle Napa, en la limusina del presidente, conducida por un chófer, Humphrey se mostró amable mientras él y Nim estudiaban planes y problemas, como era usual en esos viajes. Era obvio que el presidente había olvidado su disgusto con Nim. No se mencionó el motivo del viaje.

Pese a la proximidad del invierno y a que habían pasado varias > semanas desde la época de la cosecha, el valle estaba extraordinariamente hermoso. Era un día claro, fresco, de sol, después de varios días de lluvia. Retoños tempranos de mostaza, de un amarillo luminoso, brotaban ya entre las hileras de vides ahora desnudas, sin hijos, y que pronto serían podadas para prepararlas para la próxima estación. En las semanas venideras la mostaza crecería profusamente, y luego le pasarían el arado para que actuara como fertilizante y, según algunos, agregara un sabor picante especial al de las uvas y el vino.

—Fíjese en la separación entre las vides —dijo Humphrey, que había dejado el trabajo cuando entraron en la parte central del valle, donde los viñedos se extendían a lo lejos, hasta las frondosas colinas verdes, a cada lado del camino—. La separación es mucho mayor de lo que solía ser. Es para la cosecha mecánica; es así como los viñateros derrotan a los sindicatos. Los dirigentes gremiales hicieron perder el trabajo a sus miembros por su afán de crecer y su intransigencia; pronto habrá aquí un mínimo de trabajadores y la mayoría de las tareas se harán con máquinas, con mayor eficiencia.

Atravesaron el municipio de Yountville. Unos kilómetros más adelante, entre Oakville y Rutherford, entraron por un camino enmarcado por paredes curvas color adobe, en las bodegas «Robert Mondavi», un edificio de estilo colonial, donde se serviría el almuerzo.

El invitado de honor y su esposa habían llegado temprano y estaban en el elegante Salón Viñedo, recibiendo a los invitados a medida que llegaban. Humphrey, que se había encontrado con los Yale varias veces, les presentó a Nim.

Paul Sherman Yale era bajo, ágil y erguido, de pelo blanco raleado, ojos grises, penetrantes, que parecían atravesar todo lo que miraban, y una vivacidad para todo, que no se esperaba de sus ochenta años. Para sorpresa de Nim, dijo:

—Tenía ganas de conocerle, joven. Antes de que vuelva a la ciudad encontraremos algún rincón para charlar.

Beth Yale era una mujer cálida y gentil; se había casado con su marido hacía más

de cincuenta años, cuando él era un joven miembro de la Cámara de Representantes y ella su secretaria. Le dijo a Nim:

—Creo que le gustará trabajar con Paul. A la mayoría de la gente le gusta.

En cuanto pudo, Nim se llevó a Humphrey aparte. En voz baja le preguntó:

—Eric, ¿qué pasa? ¿De qué se trata?

—Hice una promesa —dijo Humphrey—. Si se lo digo, la rompería. Espere.

Mientras crecía el número de invitados que llegaban, y la fila de los que esperaban para estrechar la mano de los Yale se alargaba, se acentuaba la impresión de que se trataba de un acontecimiento. Parecía como si todo el valle Napa se hubiera hecho presente para rendirle homenaje. Nim reconoció la cara de algunos de los grandes nombres de la industria vinícola de California: Louis Martini, Joe Heitz, Jack Davies de Schramsberg, el anfitrión del día, Robert Mondavi, Peter Mondavi, De Krug, André Tchelistcheff, el hermano Timothy de los Hermanos Cristianos, Donn Chappellet y otros. El gobernador, que estaba ausente del Estado, había mandado al vicegobernador en su representación. Los medios de información habían concurrido en pleno, incluso los equipos de televisión.

El acontecimiento, anunciado como privado e informal, sería comentado y televisado para la mayoría de los californianos, esa noche y al día siguiente.

El almuerzo, con vinos del valle Napa, naturalmente, fue seguido por discursos preliminares, misericordiosamente breves. Se brindó por Paul y Beth Yale; siguió una ovación espontánea. El invitado de honor se levantó sonriente para responder. Habló media hora, cálida, simple y elocuentemente, como en una conversación cómoda e informal con amigos. No dijo nada que conmoviera al mundo, ninguna revelación resonante; sencillamente, las palabras de un muchacho del lugar que ha vuelto a casa por fin:

—No estoy del todo preparado para morirme —dijo—. ¿Quién lo está? Pero, cuando parta para la eternidad, quiero tomar el autobús aquí.

La sorpresa llegó al final.

—Hasta que llegue el autobús, me propongo seguir en actividad y, espero ser útil. Hay un trabajo que me dicen que puedo desempeñar y en el que puedo ser útil a California. Después de pensarlo bien y consultarlo con mi mujer, que, por otra parte, estaba inquieta ante la posibilidad de tenerme en casa todo el día… (*Risas*)… he aceptado ingresar en la compañía «Golden State». No como lector de contadores; desgraciadamente, mi vista ya no es tan buena… (*Más risas*)… sino como miembro del consejo de dirección y portavoz de la compañía. En atención a mis canas se me permite fijar mis horas de oficina, de modo que probablemente llegaré —los días que decida presentarme— a tiempo para almorzar a expensas de la compañía… (*Fuertes risas.*)… Mi nuevo jefe, el señor Eric Humphrey, está aquí hoy, probablemente para pedirme mi número de Seguridad Social y mi curriculum… (*Risas y aclamaciones.*)

Y siguió en ese tono. Luego, Humphrey informaría a Nim:

—El viejo insistió en que se mantuviera el secreto durante nuestras

conversaciones, y luego quiso anunciarlo él mismo a su manera. Por eso no se lo pude decir antes, aunque usted será el que trabajará con él para ayudarle a orientarse.

Cuando el juez Yale (retendría el título por el resto de sus días) concluyó su discurso, recibió un aplauso sostenido. Los periodistas se amontonaron alrededor de Eric Humphrey.

—Todavía faltan los detalles —les dijo Humphrey—; pero, esencialmente, su función será la que él explicó: portavoz de nuestra compañía, tanto ante el público como ante los comisionados y legisladores.

Humphrey pareció contento mientras contestaba las preguntas de los periodistas; y ya podía estarlo, pensó Nim. Atrapar a Paul Sherman Yale e introducirlo en la órbita de la «CGS» era un golpe fantástico. No solo Yale gozaba de inamovible confianza entre la gente, sino que en California todas las puertas oficiales, desde la del gobernador hacia abajo, estaban abiertas para él. Era obvio que iba a ser un cabildero del más alto calibre, aunque Nim estaba seguro de que la palabra «cabildero» nunca sería mencionada en su presencia.

Los equipos de televisión ya estaban preparando al nuevo portavoz de la «CGS» para una declaración. Sería una de muchas, pensó Nim; algunas serían muy parecidas a las que el propio Nim hubiera seguido haciendo si no le hubieran amordazado. Mientras le observaba, Nim sintió una punzada de envidia y pena.

6

—Además —Beth Yale le dijo a Nim con una franqueza que con el tiempo reconocería como algo muy suyo—, el dinero nos viene bien. Nadie se hace rico en el Tribunal; y la vida en Washington es tan cara que es muy poco lo que hemos conseguido ahorrar. El abuelo de Paul había creado un fondo fiduciario de familia, pero lo han administrado muy mal… ¿Haría el favor de poner otro tronco?

Estaban sentados frente a una chimenea de piedra, en una confortable casita a un kilómetro o dos del lugar donde habían almorzado. El dueño, que solo usaba la casa en verano, se la había prestado a los Yale hasta que tuvieran una propia.

Nim puso el tronco en el fuego y avivó la llama de otros dos ya parcialmente quemados.

Media hora antes, el juez Yale se había disculpado para «recargar la batería con una breve siesta». Explicó:

—Es un truco que aprendí hace muchos años, cuando descubrí que la atención me flaqueaba. Algunos de mis colegas lo hacen hasta en el estrado.

Antes de eso habían hablado durante más de dos horas sobre asuntos de la «Golden State».

La «charla en un rincón» con Nim, que le había propuesto Paul Yale antes del almuerzo, no pudo hacerse, porque mientras estuvo en las bodegas «Mondavi» no hubo forma de que pudiera escapar de sus admiradores. En consecuencia, le sugirió a Nim que volviera con ellos a la casa.

—Cuando hay que hacer algo, joven, me gusta empezar de inmediato. Eric me dice que usted es el más indicado para darme una visión general de la compañía, así que empiece ya.

Habían hecho precisamente eso. Mientras Nim describía la organización, planes y problemas de la «CGS», Paul Yale le interrumpía con preguntas agudas y pertinentes. Nim sintió que era un ejercicio mental estimulante, como jugar al ajedrez con un adversario diestro. Y la notable memoria de Yale le asombró. El viejo parecía no haber olvidado nada de sus días en California, y su conocimiento de la historia de la «CGS» superaba por momentos el de Nim.

Mientras su marido «recargaba la batería», Beth Yale sirvió té frente al fuego. Poco después reapareció Paul Yale y anunció:

—He oído que hablaban del fondo fiduciario de la familia.

Su mujer agregó agua a la tetera y le puso una taza delante.

—Siempre he dicho que tus oídos escuchan hasta el último rincón.

—Eso se lo debo a los años de tribunales: el esfuerzo para oír a los abogados que susurran. Le sorprendería saber cuántos lo hacen —Paul Yale se dirigió a Nim—. Ese fondo del que hablaba Beth fue creado porque mi abuelo esperaba que la función pública se convirtiera en una tradición en la familia. Opinaba que quienes siguen ese camino no deberían tener preocupaciones económicas. Hoy día, en general, no se

piensa así, pero yo estoy de acuerdo. He visto a mucha gente en Washington que tenía que arañar en cualquier parte para conseguir un poco más de dinero. Eso expone a tentaciones.

El juez bebió el té que su mujer había servido.

—El té de la tarde es una costumbre civilizada. Es algo que debemos a los ingleses; eso y nuestro gran cuerpo de leyes —dejó la taza—. De todos modos, como dijo Beth, el fondo fiduciario ha sido mal administrado. Mientras estaba en el Tribunal no pude hacer nada, pero ya he comenzado a reparar parte del daño —rio—. Claro que sin dejar de hacer mi trabajo para la «CGS».

—No es por nosotros —agregó Beth Yale—, pero tenemos nietos que ya muestran que van a dedicarse a la función pública. Más adelante puede ayudarles.

Nim tuvo la impresión de que el fondo fiduciario familiar era un tema doloroso para los Yale. Como confirmándolo, Paul Yale rezongó:

—El fondo posee unas bodegas, un campo de pastoreo, dos edificios de apartamentos en la ciudad y —¿no parece increíble?— todos son deficitarios, crean deudas, se comen el capital. La semana pasada le hablé fuerte al administrador; le advertí que había que eliminar gastos —se detuvo abruptamente—. Beth, estamos aburriendo a este joven con nuestros problemas de familia. Volvamos a «Luz y Fuerza de Dios».

Nim rio al oír el nombre que los veteranos del Estado le daban a la «CGS».

—Estoy preocupado, como seguramente lo está usted, con todo el sabotaje y las muertes que han estado ocurriendo —dijo Paul Yale—. El grupo que se atribuye la responsabilidad de esos actos, ¿cómo se llama?

—«Amigos de la Libertad».

—Ah, sí. Interesante ejercicio de la lógica: «Sea libre a mi manera, o le hago volar en pedacitos.» ¿Sabe si la policía está ya más cerca de la solución del caso?

—Aparentemente, no.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Beth Yale—. Eso es lo que cuesta entender.

—Algunos de los que estamos en la compañía hemos estado pensando y conversando sobre eso mismo —dijo Nim.

—¿Y qué piensan? —preguntó Paul Yale.

Nim vaciló. Había mencionado el tema siguiendo un impulso, y ahora, bajo la mirada penetrante del juez Yale, deseó no haberlo hecho. Sin embargo, había que contestar la pregunta.

Nim explicó la teoría de la policía de que «Amigos de la Libertad» era una agrupación pequeña que tenía un hombre que era el cerebro y líder del grupo.

—Suponiendo que sea así, pensamos que si pudiéramos conocer la mente del líder, aunque fuese parcialmente —le llamamos «X»—, tendríamos más probabilidades de atraparle. Hasta podríamos tener suerte, adivinando su próximo plan para estar preparados.

Lo que Nim no dijo fue que la idea se le había ocurrido a él después de las

últimas bombas, cuando asesinaron a los guardias de seguridad. Desde entonces él, Harry London, Teresa van Buren y Oscar O'Brien se habían encontrado tres veces en largas sesiones para intercambiar ideas y, si bien no había surgido nada positivo, los cuatro sentían que estaban más próximos a entender a los saboteadores desconocidos y a «X». Al principio, O'Brien, que aún abrigaba hostilidad hacia Nim, se había opuesto a participar, diciendo que era «perder el tiempo». Pero luego el asesor general cedió y se incorporó. Tenía erudición y con su mente aguda de abogado, su contribución al tema era sustancial.

—Ustedes suponen que «X» es un hombre —dijo Paul Yale—. ¿No han pensado que quizá sea una mujer?

—Sí, pero las probabilidades están a favor de que sea un hombre, sobre todo porque las cintas grabadas que se reciben después de las bombas son de una voz masculina, y es razonable presumir que corresponde a «X». También porque en la historia casi todos los líderes de revoluciones armadas han sido hombres; los psicólogos dicen que la mente femenina es demasiado lógica, y los pormenores de una revolución generalmente son descabellados. Juana de Arco fue una excepción.

—¿Qué otras teorías tienen? —dijo Paul Yale, sonriendo.

—Bueno, que aunque el líder no es una mujer, estamos convencidos de que en el así llamado «Amigos de la Libertad» hay una mujer, y que casi seguramente está muy cerca de «X».

—¿Por qué creen eso?

—Por varias razones. Primero: «X» es extremadamente vanidoso. Las cintas grabadas lo ponen claramente en evidencia; nuestro «grupo de análisis» las ha escuchado varias veces. En segundo lugar, es decididamente viril. Tratamos de descubrir algún indicio de homosexualidad, ya sea en la entonación o en las palabras. No encontramos ninguno. Por el contrario, el tono, la elección del vocabulario… bueno, la descripción que hicimos todos después de pasar las cintas muchas veces fue: «Un macho joven y robusto.»

Beth Yale escuchó con atención, y luego dijo:

—De modo que ese «X» suyo es un macho. ¿Y adónde les conduce eso?

—Creemos que a una mujer —contestó Nim—. Nuestro razonamiento fue que un hombre como «X» necesita una mujer junto a él; no podría existir sin ella. Además, debe ser su confidente, por la sencilla razón de que estará muy cerca de él; y, además, porque la vanidad de él lo exige. Tómelo así: «X» se considera una figura heroica, otra cosa que demuestran las cintas. En consecuencia, querrá que su mujer le vea también así. Otra razón para que ella deba estar enterada de lo que hace y, probablemente, también participe.

—Bien —dijo Paul Yale—, es verdad que teorías no les faltan —parecía divertido y escéptico—. Pero diría que han llevado la suposición, puras conjeturas sin fundamento, a sus límites extremos y más allá aún.

—Sí, supongo que es así —aceptó Nim. Se sentía avergonzado y tonto. Ante la

reacción de un juez del Tribunal Supremo, todo lo que acababa de relatar parecía poco convincente y hasta absurdo, particularmente ahí, sin los otros tres. Decidió no extenderse sobre las demás conclusiones del grupo, aunque para él eran muy claras.

La policía estaba convencida, por el *modus operandi* y un indicio en la última grabación, de que «X», el líder de los «Amigos de la Libertad», había asesinado personalmente a los dos guardias. En el cuarteto formado por Nim, London, Van Buren y O'Brien, después de discutirlo, se compartía esa opinión. Además, después de hablarlo largamente, creían que la mujer de «X» había estado en el lugar del crimen. Su razonamiento final: el plan había sido el más ambicioso de «X» hasta ahora y, consciente o inconscientemente, había querido que ella le viera en acción. Lo que la convertía no solo en testigo, sino también en cómplice del asesinato.

Y ese conocimiento, suposición más bien, ¿en qué medida los acercaba a la identificación de «X»?

Respuesta: no los acercaba. Pero revelaba una debilidad en potencia, un punto vulnerable en «X», del que había que sacar partido. Pero cómo hacerlo, si es que se decidía, era algo que aún no sabía.

Ahora, pensó Nim, todo parecía muy, muy lejano.

Decidió que la estimación hecha por Paul Yale era probablemente la ducha fría que todos necesitaban. Mañana vería si no era mejor disolver el «grupo pensante», y dejar la tarea de detective a quien correspondía: a la policía, al FBI y a los detectives, que trabajaban ya en el caso de los «Amigos de la Libertad».

La llegada del ama de llaves de los Yale interrumpió sus pensamientos.

—Ha llegado el coche que viene a buscar al señor Goldman —anunció.

—Gracias —dijo Nim. Se levantó para irse. Habían pedido otro coche de la compañía a la ciudad, porque Eric Humphrey, que tenía otro compromiso, había dejado el valle inmediatamente después del almuerzo.

—Ha sido un privilegio conocerlos —les dijo Nim a los Yale—. Y cuando me necesite, señor, estaré a su disposición.

—Estoy seguro de que será pronto —dijo Paul Yale—, y ha sido un placer conversar con usted —le brillaron los ojos—. Especialmente sobre cosas importantes.

Nim se hizo el propósito de que, en el futuro, al emitir opiniones ante alguien de la talla de Paul Sherman Yale, se limitaría a hechos concretos.

7

Su gran oportunidad le llegó a Harry London rápida e inesperadamente.

El jefe de Protección Patrimonial estaba en el pequeño cubículo de vidrio que era su oficina (el departamento aún no le había asignado una ubicación definitiva, y seguía trabajando en ese lugar improvisado) cuando oyó sonar el teléfono de su secretaria. Instantes después escuchó el timbre del intercomunicador.

Levantó el auricular perezosamente, porque así era como se sentía. Durante los dos últimos meses no había ocurrido nada de importancia en el asunto de los robos de energía. Todo era rutina.

A fines del verano un análisis de computadora había revelado el asombroso número de treinta mil casos posibles de robo de energía, y desde entonces, London, su delegado Art Romeo y el personal a su cargo, aumentado ahora a cinco investigadores, habían verificado los casos sospechosos uno por uno. Como Harry London ya sabía por su experiencia como detective en Los Ángeles, la tarea fue como casi todo el trabajo policial: laboriosa, repetida, agotadora, y de resultados muy inciertos.

Hasta ese momento un diez por ciento de las investigaciones habían proporcionado suficiente evidencia para que la «CGS» demandara a los usuarios por estafa y exigiera el pago de la deuda estimada. Otro diez por ciento reveló que las alteraciones en el nivel de consumo se debían a razones honestas, como un genuino ahorro por parte del usuario. El resto de los casos no permitía llegar a ninguna conclusión. De los casos que podían ser probados, solo un puñado eran lo bastante graves como para merecer un juicio.

A todos los involucrados en esta tarea les parecía lenta e interminable. Por eso Harry London, con la silla apoyada sobre dos patas y los pies sobre el escritorio, estaba tan fastidiado esa tarde de mediados de diciembre.

—¿Sí? —dijo cogiendo el teléfono.

Un susurro apenas audible preguntó:

—¿Es el señor London?

—Sí, soy yo.

—Aquí Ernie, el encargado del edificio «Zaco». El señor Romeo dijo que le llamara a él o a usted si aquellos tipos volvían. Están aquí.

Los pies de Harry London estuvieron en el suelo más rápido que volando. Se irguió de golpe en la silla.

—¿Los mismos que hicieron los puentes en los contadores?

—Ellos mismos. Han venido en un camión, igual que la vez pasada. Ahora están trabajando. Oiga, no puedo hablar más de un minuto por este teléfono.

—No tiene que hablar —dijo London—, escuche con atención. Apunte la matrícula del camión.

—Ya la tengo.

—¡Magnífico! Estaremos ahí lo más rápido posible. Mientras vamos para allá no haga nada que les haga sospechar algo, pero si se disponen a irse trate de entretenerles hablando —mientras tanto, London apretó el botón para llamar a la secretaria.

El que le había llamado, siempre susurrando, parecía dudar.

—Lo haré si puedo. Oiga, el señor Romeo dijo que me pagarían si…

—Tendrá lo suyo, amigo. Se lo prometo. Ahora, haga lo que le digo. Voy allá —London colgó de un golpe.

Suzy, la secretaria, una chino-americana joven e inteligente, ya estaba en la puerta. Él le dijo:

—Necesito ayuda de la policía local. Llame al teniente Wineski; ya sabe dónde puede encontrarle. Si no estuviera Wineski, pida a algún otro en la División de Investigaciones que se encuentre conmigo en el edificio «Zaco». Dígale que el caso del que le hablé a Wineski está a punto de resolverse. Luego trate de conseguir a Art Romeo. Dígale lo mismo y que salga corriendo hacia el «Zaco», aunque esté sentado en un water. ¿Entendido?

—Sí, señor London —dijo Suzy.

—¡Magnífico! —London salió rápidamente y corrió al ascensor que lo llevaría al aparcamiento del sótano.

Mientras bajaba calculó que, a toda marcha y con tráfico normal, estaría en el edificio «Zaco» en diez minutos más o menos.

El cálculo de Harry London no tomó en cuenta dos factores: primero, la gente que a esa hora salía de la ciudad hacia sus casas y, segundo, los que hacían compras de Navidad, que atascaban las calles del centro y reducían la velocidad hasta parecer que uno se arrastraba. Llegar al edificio «Zaco», que estaba en el otro extremo del distrito comercial de la ciudad, le llevó veinte frustrantes minutos.

Cuando se detuvo, reconoció un coche de la policía sin leyendas, que se le había adelantado solo unos segundos. Estaban saliendo dos hombres de civil. Uno era el teniente Wineski. London dio gracias a Dios por su buena suerte. Wineski era amigo suyo; su presencia ahorraría explicaciones y tiempo.

El teniente Wineski había visto a London y le esperaba con el otro oficial, un detective de nombre Brown, al que London conocía un poco.

—¿Qué pasa, Harry? —Wineski era joven, listo, ambicioso; cuidaba su físico y vestía bien, a diferencia de la mayoría de sus colegas. Además, le gustaban los casos inusuales, porque casi siempre le reportaban notoriedad. En el departamento de policía era voz corriente que Boris Wineski llegaría bastante arriba, quizás a lo más alto.

London contestó:

—Un dato de primera, Boris. Vamos —juntos, los tres cruzaron rápidamente el

patio anterior del edificio.

Dos décadas atrás, el edificio «Zaco» —veintitrés pisos de cemento armado— había sido moderno, y estaba de moda; el lugar donde una casa de cambio de lujo o una agencia de publicidad de primera hubiera alquilado varios pisos. Ahora, como otras estructuras por el estilo, mostraba señales de decadencia y algunos de los mejores inquilinos se habían mudado a edificios más nuevos de vidrio y aluminio. La mayor parte del edificio «Zaco» estaba todavía ocupada, pero con inquilinos de menor categoría con un evidente aire de decadencia. No podía haber error en asegurar que el edificio rendía menos que en su buena época.

Todo esto lo sabía Harry London por investigaciones anteriores.

El vestíbulo del edificio, de imitación de mármol con un grupo de ascensores frente a la entrada principal, comenzaba a llenarse de empleados que se iban. Esquivando a la gente que salía, London señaló el camino hacia una puerta metálica muy diminuta que en una visita subrepticia anterior había descubierto, y que daba a una escalera por la que se llegaba a tres sótanos.

Mientras caminaban, proporcionó a los dos detectives un breve resumen de la llamada telefónica que había recibido veinticinco minutos antes. Ahora, mientras bajaba rápidamente las escaleras de cemento con puertas contra incendio, se sorprendió rezando para que los hombres que buscaban no se hubieran ido ya.

Otra cosa que el jefe del departamento de Protección Patrimonial sabía era que los numerosos contadores, cajas y tableros de electricidad y gas estaban en el último sótano. Desde allí se distribuía la provisión general de energía para todo el edificio: calefacción, ascensores, aire acondicionado e iluminación.

Cerca del pie de la última escalera, un hombre delgado y demacrado, con traje de mecánico, el cabello rubio despeinado, y sin afeitar, parecía inspeccionar los cubos de basura. Levantó la vista y abandonó lo que estaba haciendo para adelantarse mientras Harry London y los detectives descendían ruidosamente.

—¿Señor London? —sin lugar a dudas era la misma voz del teléfono.

—Sí. ¿Usted es Ernie, el conserje?

El hombre asintió:

—La verdad es que se ha tomado su tiempo.

—Olvídese de eso ahora. ¿Los hombres están ahí todavía?

—Adentro —el conserje señaló una puerta metálica similar a las que había en las plantas superiores.

—¿Cuántos?

—Tres. Oiga, ¿y mi dinero?

—¡Por Dios! —dijo London con impaciencia—. Ya lo tendrá.

—¿Hay alguien más adentro? —interrumpió el teniente Wineski.

El conserje, con cara de enfado, sacudió la cabeza.

—Nadie más que yo.

—Está bien —Wineski se adelantó, tomando el mando. Les dijo al otro detective

y a London—: Procederemos con rapidez, Harry, tú entras el último. Cuando estemos dentro, te quedas junto a la puerta —luego le dijo al encargado—: Usted espere aquí —Wineski apoyó la mano sobre la puerta de metal y ordenó—: ¡Ahora!

La puerta se abrió y el trío irrumpió en la sala.

Adentro, tres hombres trabajaban contra una pared interior, a doce metros de distancia. Más tarde, Harry London diría deleitado: «Si les hubiéramos dado una lista de las pruebas que necesitábamos, no lo habrían hecho mejor.»

Un transformador de corriente eléctrica —instalado y sellado por la «CGS»— estaba abierto. Varias llaves del transformador, se descubrió luego, habían sido abiertas, atadas con cinta aislante, y luego cerradas. Resultado: los contadores de electricidad registraban solo un tercio. Unos pocos metros más allá un contador de gas mostraba una desviación antirreglamentaria semiexpuesta. Los elementos y herramientas necesarios para el trabajo estaban desparramados por el suelo —pinzas aislantes, llaves, sellos de plomo y una pinza selladora (ambas robadas a la «CGS»), y la cubierta del transformador con una llave (también robada) en la cerradura.

Wineski declaró en voz alta y clara:

—Somos oficiales de policía. ¡No se muevan! Dejen todo donde está.

Al oír el ruido de la puerta al abrirse, dos de los hombres que estaban trabajando se habían dado la vuelta. El tercero, echado en el suelo y trabajando en la desviación del contador, rodó de costado para ver qué ocurría y luego cambió de posición rápidamente y quedó agazapado. Los tres llevaban monos flamantes, con aspecto de uniforme y parches que tenían las iniciales CQEG, que una averiguación posterior descubriría que correspondía a «Contratistas Quayle de Electricidad y Gas».

De los dos hombres que estaban más cerca de la puerta de entrada, uno era grande, de barba, y con el físico de un luchador. Los brazos que las mangas arremangadas dejaban ver unos músculos fuertes. El otro era joven —parecía poco más que un niño—, de cara alargada y rasgos marcados, que instantáneamente demostraron miedo.

El hombre grande de barba se intimidó menos. Sin hacer caso a la orden de no moverse, cogió una pesada llave, la levantó y saltó hacia delante.

Harry London, que se había quedado atrás obedeciendo instrucciones, vio que Wineski metía la mano velozmente bajo la chaqueta; un instante después tenía un revólver en la mano. El detective dijo secamente:

—Soy un tirador de primera. Si da otro paso, le meto una bala en la pierna —como el gigante barbudo vacilaba, añadió—: Tire la llave, ¡ya!

Brown, el otro detective, también había sacado un revólver, y el atacante obedeció de mala gana.

—¡Usted, el que está al lado de la pared! —gritó Wineski; el tercer hombre, mayor que los otros dos, estaba ahora de pie y parecía tener ganas de salir corriendo —. ¡No haga nada! ¡Dese la vuelta contra la pared! Ustedes, hagan lo mismo.

Ceñudo, con odio en los ojos, el hombre barbudo retrocedió. El trabajador joven,

la cara blanca, temblando visiblemente, ya se había apresurado a obedecer.

Hubo una pausa, solo interrumpida por el cierre de tres pares de esposas.

—Está bien, Harry —llamó Wineski—. Ahora dinos de qué se trata.

—Es la prueba concreta que estábamos buscando —le aseguró el jefe de protección patrimonial—. La prueba de grandes robos de gas y electricidad.

—¿Está dispuesto a declararlo bajo juramento ante el juez?

—Claro que sí. Y otros también. Les daremos todos los testimonios de expertos que quieran.

—Perfectamente.

Wineski se dirigió a los tres hombres esposados:

—Manténganse de cara a la pared, pero escuchen bien. Están bajo arresto y debo informarles sobre cuáles son sus derechos. No están obligados a declarar. Sin embargo, si lo hacen…

Cuando terminó con el familiar ritual, Wineski hizo señas a Brown y London para que se le acercaran desde el otro lado de la puerta exterior. En voz baja les dijo:

—Quiero separar a estos pájaros. Por su aspecto me parece que el chico no va a aguantar; puede que hable. Brownie, consigue un teléfono. Llama otro coche patrulla.

—Bien —el segundo detective guardó el revólver y salió.

La puerta de la escalera estaba ahora abierta y momentos después se oyeron pasos que bajaban rápidos. Cuando London y Wineski se volvían hacia la entrada, apareció Art Romeo, y los dos se tranquilizaron.

Harry London le dijo a su delegado:

—Un éxito. Eche una mirada.

El hombrecito, que como de costumbre parecía un tipo sospechoso de los bajos fondos, observó la escena y emitió un suave silbido.

El teniente Wineski, que conocía a Romeo desde antes que trabajara para la «CGS», le dijo:

—Si eso que tiene ahí es un equipo fotográfico, será mejor que empiece a usarlo.

—En seguida, teniente —Romeo descolgó una caja de cuero negro del hombro y comenzó a montar una cámara con *flash*.

Mientras sacaba una docena de fotografías desde varios ángulos, de las herramientas desparramadas y de los trabajos ilegales inconclusos, llegaron los refuerzos policiales: dos oficiales uniformados, acompañados por el detective Brown.

Pocos minutos después se llevaban a los hombres detenidos: el joven, todavía asustado, primero y solo. Un oficial uniformado se quedó para vigilar la prueba, y Wineski salió detrás de los otros. Le dijo a Harry London con un guiño:

—Quiero interrogar al muchacho yo mismo. Le tendré informado de todo.

8

—Wineski acertó cien por cien —informó Harry London a Nim Goldman—. El muchacho, de paso, tiene dieciocho años y no hace mucho que terminó la escuela comercial, no resistió más y lo soltó todo. Luego Wineski y Brown utilizaron lo que él les dijo para arrancarles más información a los otros dos.

Habían pasado cuatro días desde la operación y las detenciones en el edificio «Zaco». En seguida, London había informado brevemente a Nim. Ahora, invitado por Nim a almorzar en el comedor de altos empleados en la «CGS», le proporcionaba más detalles.

—Sigue —le dijo Nim—, cuéntame más —habían hecho una pausa para comer un abundante guiso de cordero, un «plato del día» muy apreciado, especialidad del chef.

—Bueno, según Boris Wineski, cuando interrogaron al tipo corpulento, Kasner, no habló mucho. Ha recorrido bastante mundo, y en su ficha hay varios arrestos pero ninguna condena.

El más viejo, el que trabajaba en el contador de gas, soltó algunas cosas que no sabíamos, pero después también se negó a seguir hablando. Pero a esas alturas ya no importaba. La policía tenía toda la información que le interesaba… y el camión.

—Es cierto, el camión. ¿La policía lo confiscó?

—¡Y cómo no! —no era extraño que London estuviera contento; los últimos días se le había visto optimista—. Ese camión estaba cargado con más pruebas aún que las que había desparramadas en el sótano del edificio «Zaco». Contadores eléctricos, sellos, ganzúas, cables de puentes adecuados a los contadores, lo que se quisiera. Y, naturalmente, casi todo robado. Son cosas que no están en venta. Sospechamos que la gente de «Quayle» tiene un cómplice aquí, en la compañía, que los provee de todo. Estamos trabajando en ese sentido.

—Esa firma, «Quayle» —preguntó Nim—, ¿qué se sabe de ellos?

—Bastante. Primero, en el camión y en el edificio «Zaco» había suficientes cosas como para que Wineski pidiera una orden de allanamiento en las oficinas de «Quayle». La pidió y la consiguió en seguida. Resultado: la policía estuvo allí antes de que en «Quayle» se supiera que sus hombres habían sido detenidos.

—No dejes que se te enfríe el guiso —dijo Nim—; es muy bueno.

—Ya lo creo que lo es. A ver si arreglas las cosas para que pueda comer aquí más a menudo.

—Sigue obteniendo resultados como los de la semana pasada y estarás aquí arriba antes de lo que piensas.

El comedor, reservado para funcionarios de la compañía, de vicepresidentes para arriba, y sus invitados, era modesto de tamaño y decoración, para no crear una impresión de opulencia cuando venía gente de afuera. Pero la comida era excelente. En calidad superaba ampliamente a la que se servía en la cafetería general ubicada un

piso más abajo.

—Volviendo a «Quayle» —dijo London—: primero, tienen un negocio honesto de cierta importancia, con una flotilla de veinticinco camiones. También tienen un conjunto de subcontratistas, firmas más pequeñas a las que envían trabajo. Tal como se ve ahora la cosa —y de nuevo cito al teniente Wineski—, «Quayle» ha usado esa fachada para cubrir las actividades de robo de energía, a las que se han dedicado en grande. En su local tenían mucho más material como el que había en el camión que enviaron al «Zaco».

—Dime una cosa —dijo Nim—. Si una compañía como «Quayle» tiene trabajo limpio, ¿por qué demonios se mete en el robo de energía?

—Lo de siempre: dinero —dijo London, encogiéndose de hombros—. En parte, todo esto es pura conjetura, pero tal como se van reuniendo las piezas, parece que «Quayle», como muchos otros negocios hoy día, no obtenía mayores beneficios debido a los altos costos. Pero la actividad ilegal les producía grandes ganancias. ¿Por qué? Porque pueden pedir quizá cinco, seis, siete veces lo que pedirían por un trabajo del oficio. Y las firmas para las que lo hacen, como el edificio «Zaco», pagan encantadas porque esperan ahorrar mucho más en *sus* costos. Otra cosa que debes recordar, Nim, es que hasta hace poco todo fue muy fácil, una ganga: siempre se salían con la suya.

—Por lo que veo —dijo Nim—, todavía queda mucho por desenmarañar.

—Un ovillo enorme —admitió London—. Y pueden pasar meses antes de que se tenga una imagen bien clara. En estos momentos, sin embargo, hay dos cosas que ayudan. Primero: la Fiscalía General está seriamente interesada; han designado un fiscal especial para el caso, y Wineski trabaja con él. Segundo: la gente de «Quayle» llevaba un registro detallado de todos los trabajos que realizaba, y también los de los subcontratistas.

—¿Y la policía tiene esas anotaciones? —preguntó Nim.

—Exacto; a menos que ahora las tenga la Fiscalía General.

Aparecieron en el allanamiento.

Nim reflexionó mientras digería la información. Por fin, preguntó:

—¿Y qué ocurre con la compañía propietaria del edificio «Zaco» y la otra gente para quienes «Quayle» hizo los trabajos ilegales? ¿También serán procesados?

—¡Ya lo creo que sí! Los pagos a la compañía «Quayle» deben figurar en los registros de «Zaco» y de los otros, y eso ofrece otras posibilidades del asunto —la voz de London mostraba un entusiasmo creciente—. Te digo, Nim, que hemos descubierto una ratonera importante. Estoy seguro de que algunos nombres destacados se cubrirán de barro antes de que todo esto haya terminado.

—El presidente espera un informe detallado —dijo Nim—. E información sobre todo lo que siga.

—La tendrá, y tú también.

—¿Cómo andas de personal? ¿Puedes desenvolverte bien con el que tienes ahora?

—Todavía no estoy seguro, Nim. Quizá necesite refuerzos. En ese caso te lo haré saber la semana que viene.

—¿Qué hay de los tres hombres que detuvieron?

—Salieron bajo fianza. La policía protege al muchacho, lo esconde, porque tienen la intención de utilizarlo como testigo de la acusación. Entre paréntesis, una de las cosas que dijo fue que solo algunos hombres, los de más confianza, modifican instalaciones para robar energía. Si podemos llegar a saber cuáles son, eso facilitará la investigación.

—Una sola cosa me intriga —dijo Nim—. Si en el edificio «Zaco» las alteraciones ya habían sido hechas, ¿por qué volvió la cuadrilla de «Quayle»?

—Eso es lo divertido —contestó London—. Pero no para ellos. Por lo que sabía el muchacho y le contó a Wineski, alguien del edificio «Zaco» oyó comentar que Art Romeo y yo habíamos andado husmeando. Los preocupó. Entonces decidieron no robar tanto, y mandaron a los tres tipos esos para modificar lo que habían hecho antes. Si hubieran dejado las cosas tranquilas, nos hubiéramos pasado la vida esperando.

—Hablando de esperar —dijo Nim—, no hagas esperar al guiso. Sírvete un poco más.

Más tarde, mientras Nim estaba con Eric Humphrey en las oficinas del presidente, le relató la esencia del informe del jefe de Protección Patrimonial.

—Puede considerarlo como un regalito de Navidad —le dijo Nim.

Humphrey manifestó brevemente su aprobación, sonrió ante la alusión a la Navidad próxima, y se desinteresó del tema. Nim sabía que otros asuntos ocupaban su mente.

Uno era Tunipah. Otro era el agua. El tercero era el petróleo.

Los debates ante la Comisión de Energía de California sobre la licencia para Tunipah solicitada por la «CGS» proseguían aún más despacio de lo previsto, a un ritmo que Oscar O’Brien había descrito el día anterior de la siguiente manera: «En comparación, un caracol es supersónico.» Era obvio que pasarían meses antes de que concluyera la primera etapa de los debates, con la perspectiva de que las subsiguientes se prolongaran durante años. Sin contar con que los otros debates —ante la Comisión de Servicios Públicos, el Consejo para Calidad de las Aguas, y el Consejo de Recursos Aéreos— ni siquiera habían comenzado. Por eso O’Brien había corregido su estimación de que el trámite de las licencias llevaría de seis a siete años.

—Tal como van las cosas —había informado el día anterior—, pueden pasar ocho años, incluso diez, antes de que consigamos el permiso para empezar a construir. Suponiendo que alguna vez lo consigamos.

En cuanto a las otras plantas generadoras propuestas, incluyendo el depósito de Devil’s Gate y la geotérmica de Fincastle, el avance era igualmente lento y desalentador.

Y durante todo ese tiempo, como muy bien comprendían Eric Humphrey, Nim y

otros en la jerarquía de la «CGS», se acercaría el momento de arreglar cuentas; el día en que la demanda de energía eléctrica superaría ampliamente las posibilidades de producción de los servicios existentes. Ese día y más adelante, las centrales sin construir de Tunipah, Fincastle, Devil's Gate y las demás, serían reclamadas con desesperación, pero en vano.

El agua era el segundo motivo de preocupación para el presidente.

A pesar de dos tormentas de invierno con su correspondiente lluvia, hasta entonces las precipitaciones habían sido alarmantemente pequeñas en California. Las presas, agotadas por una sequía anterior, estaban muy por debajo de los niveles normales en la tercera semana de diciembre, y la nieve que generalmente caía en abundancia en la Sierra Nevada y otros lugares, había sido excepcionalmente escasa o inexistente.

En un año de grandes nevadas, el dinero se acumulaba en el banco para una gran empresa de energía como la «Golden State». Cuando la nieve se derretía en la primavera, ríos y arroyos caudalosos bajaban como cascadas llenando las presas que harían funcionar una vasta red de centrales de energía hidroeléctrica durante el verano.

A tenor de las apreciaciones que había recibido Eric Humphrey, el año próximo podría ocurrir que la energía eléctrica se redujera en un veinticinco por ciento por falta de corrientes de agua.

Y el petróleo.

Sobre la «Golden State», como sobre otros servicios públicos a lo largo de ambas costas, se cernía el gran interrogante del petróleo; la gran preocupación.

Precisamente esa mañana, el articulista comercial de una agencia de noticias resumía la situación en el *Chronicle-West* de esta manera:

> El peligro del petróleo se fue acercando sigilosamente, como un tigre entre la hierba, y nosotros no lo vimos, o quizá no quisimos verlo.
>
> Comenzó hace varios años con la caída del dólar; nuestro antes respetado «verde» ya no tan fuerte, ya no «tan bueno como el oro» desde que se le eliminó el patrón oro bajo la presidencia de Nixon.
>
> Entonces, cuando el dólar se hundió gracias a la ineptitud política de Washington, las naciones exportadoras de petróleo del Medio Oriente, África del Norte y Occidental, Indonesia y Venezuela, levantaron los precios en dólares en un esfuerzo por mantenerlos a nivel.
>
> No funcionó. El dólar siguió bajando como el sol poniente, valiendo cada vez menos en valores constantes, porque Estados Unidos ha pagado (y sigue pagando) mucho más por el petróleo importado que lo que gana con sus exportaciones. Y, al mismo tiempo que salían hacia Arabia Saudita, Irán y otras partes una cantidad mayor de dólares, el Tesoro de los Estados Unidos seguía emitiendo, depreciando aún más el dólar.
>
> Después de eso fuimos testigos de varios experimentos provisionales: pagar petróleo con una «canasta de monedas» fue uno de ellos, nombre pomposo éste para una mezcla de marcos alemanes, florines, francos franceses y suizos, libras esterlinas, yens y dólares. Pero también eso resultó ineficaz, porque el dólar y la libra, enfermos, tiraron la canasta hacia abajo.
>
> Por fin, las naciones exportadoras de petróleo exigieron el pago en la única moneda que en la larga historia de este mundo nunca ha dejado de mantener su valor: oro.
>
> Estados Unidos se negó. Aún se niega. Claro que uno comprende el punto de vista del Tesoro. A

Estados Unidos no le queda mucho oro porque ha despilfarrado cantidades enormes en intentos fútiles de «desmonetizar» el oro. En realidad, en Fort Knox y en los bancos del sistema de la reserva federal, hay solo lo suficiente para pagar la factura de petróleo de un año, dejando una pequeña reserva.

En cambio, el Tesoro de los Estados Unidos, que desde hace más de una década depende del papel moneda —sin ningún respaldo— para costear sus gastos, ofrece hacer trabajar más rápido a las máquinas para producir más papel.

Pero esta vez los países productores de petróleo se mostraron muy duros. En concreto, dijeron: «Si queremos papel moneda lo podemos imprimir nosotros, sin tener que regalar nuestro petróleo.» Y como el mítico lavandero chino que insistía: «No pagar, no lavar», ahora amenazan: «Sin oro no hay petróleo.»

De modo que estamos en un callejón sin salida.

Es cierto que el petróleo no ha dejado de fluir ¡por ahora! También es cierto que podría pasar un año o más antes de que se acabe.

Mientras tanto, continúan las conversaciones entre los gobiernos, así que quizá se llegue a un compromiso.

Esperemos a ver qué pasa.

La incertidumbre general acerca del petróleo era una nube ominosa que cubría a la «CGS», porque casi la mitad de la capacidad generadora de la compañía dependía del petróleo, en su mayor parte importado.

El gas natural, que antes se utilizaba para generar electricidad, ya empezaba a escasear.

De modo que la perspectiva de una carencia simultánea de petróleo, gas y agua, era algo de lo que Eric Humphrey, Nim y otros ejecutivos preferían no acordarse, porque les producía escalofríos.

—¿Cree usted que existe alguna posibilidad —le preguntó Eric Humphrey a Paul Sherman Yale— de que el gobernador cambie de opinión y respalde nuestros planes sobre Tunipah? Después de todo, ¿no es una crisis de petróleo y de gas en ciernes el argumento más sólido en favor de una central de carbón?

El juez Yale se había reunido con Humphrey y Nim poco después de que este último terminara su informe sobre robos de energía. El día anterior, el distinguido nuevo portavoz de la «CGS» había estado en Sacramento, en la legislatura del Estado.

—El gobernador acepta ese argumento —dijo Yale—, y vacila. Ayer le vi y le insté a hacer una declaración en favor de Tunipah. Diría que las probabilidades de que la haga son de sesenta a cuarenta.

—Me alegra saberlo —Humphrey se animó visiblemente, y Nim pensó que una vez más quedaba demostrado el acierto del presidente al incorporar a Paul Yale, que parecía poder entrar en el despacho del gobernador sin pedir audiencia y tenía fácil acceso a los legisladores más importantes.

—Les puedo decir, caballeros —dijo Yale—, que en Sacramento existe gran preocupación por el asunto del petróleo. La gente que vi ayer, incluso el gobernador, consideran inevitable el racionamiento de la gasolina muy pronto, se solucione o no la crisis actual.

—Personalmente —dijo Humphrey—, lo veo bien. La manera en que los americanos usan los coches, especialmente los grandes, despilfarrando combustible sin pensar en el mañana es escandalosa y repugnante. Los europeos nos consideran irresponsables, y con toda razón.

Nim dominó el impulso de recordar al presidente que él también tenía un coche grande. En cambio, le dijo a Yale:

—Espero que en Sacramento comprendan que utilizar petróleo para generar electricidad es mucho más económico que utilizarlo en un automóvil.

—Les aseguro que no pierdo oportunidad, pública o privada, de aclararlo —dijo el juez Yale, sonriendo.

Nim recordó que Yale así lo había hecho públicamente una semana atrás en el programa de televisión. Un encuentro con la prensa local. Teniendo en cuenta el poco tiempo pasado desde su nombramiento, el exjuez se mostró hábil conocedor de los asuntos de la «CGS». Mientras miraba el programa en su casa, Nim nuevamente lamentó no ser todavía el portavoz de la empresa; pero tuvo que admitir que Yale lo hacía magníficamente.

—Supongo —dijo Paul Yale— que la «Golden State» todavía mantiene las plantas nucleares en sus planes futuros.

—Oficialmente sí —contestó Nim—. Tenemos dos plantas nucleares en construcción; conseguimos la licencia justo antes de que los permisos para nucleares se convirtieran prácticamente en una imposibilidad. Además, hemos presentado una solicitud para que se nos concedan licencias para construir dos plantas nucleares más, pero con esa petición no pasa nada. De modo que extraoficialmente… —se encogió de hombros.

—La verdad es —agregó Eric Humphrey— que las probabilidades de que se autoricen más plantas nucleares en California son cada vez más remotas. Lo único seguro es que el debate continuará sin que se llegue a ninguna conclusión. Y no podemos esperar. —La mente de Eric Humphrey había vuelto al tema del petróleo—: A veces pienso que si fuera árabe me negaría a aceptar dólares de papel por mi petróleo y exigiría oro, o por lo menos una moneda respaldada por el patrón oro. Me pregunto si Estados Unidos cederá y usará parte de nuestro oro, aunque no duraría mucho.

—¿Tenemos realmente todo el oro que se dice? —preguntó Nim—. Parece haber dudas sobre eso.

Humphrey pareció sorprendido. No así el juez Yale; una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estoy suscrito a un boletín financiero, *The International Harry Schultz Letter* —dijo Nim—. A menudo trae cosas que resultan ciertas, pero que los periódicos no parecen tener interés en publicar. Schultz ha estado escribiendo sobre dos hombres: un abogado de Washington, el doctor Peter Beter, que fue consejero del «Export-Import Bank» de los Estados Unidos, y Edward Durell, un industrial americano. Los

dos hablan de «fraude» refiriéndose al oro de Fort Knox, y afirman que posiblemente haya mucho menos de lo que el mundo cree.

Paul Sherman Yale asintió.

—En Washington muchos han oído hablar de los dos, pero pocos lo confiesan. De paso, yo también estoy suscrito al boletín de Schultz.

—Lo que aducen Betery Durell —explicó Nim a Humphrey—, es que desde 1953 no se ha hecho un buen balance del oro de Fort Knox. También afirman que la mayor parte del oro que queda es impuro: proviene de la fundición de monedas —que contienen plata, cobre y antimonio— que Roosevelt retiró de la circulación cuando se declaró ilegal en los Estados Unidos la posesión de oro. Solo por eso el valor de ese oro se reduce en un veinte por ciento, si no más.

—Nunca lo había oído —dijo Humphrey—. Es interesante.

—Hay más —continuó Nim—. Se cree que durante la crisis del dólar de 1960 se usó una gran parte de oro de los Estados Unidos para sostener el dólar, con la intención de reponerlo más tarde. Nunca lo hicieron.

—En ese caso —preguntó Humphrey—, ¿por qué mantenerlo en secreto?

—Es fácil —interrumpió Paul Yale—. Si el resto del mundo sospechara que los Estados Unidos no tienen el oro que dicen tener, habría una nueva carrera de venta de dólares por pánico —y añadió, pensativo—: En Washington he oído rumores sobre el oro que falta. Dicen que a cada nuevo secretario del Tesoro le exigen que jure mantener el secreto y luego le ponen al corriente de los hechos. Una cosa está clara: el gobierno no permitirá un recuento testimoniado del oro de Fort Knox —se encogió de hombros—. No tengo modo de saber si lo que afirman Beter y Durell es cierto. Pero han ocurrido cosas más raras, especialmente en Washington.

Eric Humphrey suspiró.

—Hay días —le dijo a Yale— en los que desearía que mi consejero estuviera menos bien informado, que leyera menos, y que de vez en cuando refrenara su mente escrutadora. Como si no tuviera bastante con preocuparme por Tunipah, el carbón, el agua, el gas, el petróleo; ahora él me añade el oro.

9

En su despacho revestido de caoba en la sede del «Club Sequoia», en Cable Hill, la presidente Laura Bo Carmichael vaciló, sin decidirse a apoyar la pluma sobre el cheque que tenía delante. Era por veinticinco mil dólares.

El cheque era contra la cuenta especial de proyectos del Club. Estaba a nombre de «Luz y Fuerza para el Pueblo».

Sería la segunda cuenta de la suma de cincuenta mil dólares prometida cinco meses atrás a la organización de Davey Birdsong. Había hecho el primer pago inmediatamente después de llegarse a un acuerdo confidencial entre el «Club Sequoia» y la *lfpp*. Ahora venía el segundo pago.

En el cheque ya estaba la firma del gerente-secretario del «Club Sequoia», una línea más abajo de donde debía firmar la presidente. Laura Bo Carmichael podía hacer cobrable el cheque con un garabato (su firma era ilegible). Sin embargo, vacilaba.

Desde que decidieron aliarse con la *lfpp*, le invadieron dudas que aún persistían.

Las dudas aumentaron durante los debates sobre Tunipah, en los que la conducta de Davey Birdsong le había parecido abominable. Todo en el espíritu de Laura Bo se rebelaba contra esas tácticas baratas, mezquinas, su exhibición payasesca ante el auditorio; una cínica apelación a los niveles más bajos de la inteligencia.

Ahora se preguntaba nuevamente si se había equivocado al decidir la alianza con su voto, y así facilitarle el dinero. ¿Se habría rebajado y deshonrado el respetado «Club Sequoia» con una asociación de la que Laura Bo, como presidente, sería considerada responsable si la verdad llegaba a conocerse, como era muy posible que sucediera?

¿Después de todo, no hubiera debido acompañar a Priscilla Quinn, que no había vacilado en exponer su opinión sobre Birdsong? Laura Bo recordaba claramente y con inquietud las palabras de Priscilla: «Todo en mí está en contra de confiar en él… tengo principios, algo de lo que ese hombre desagradable parece carecer.» Y luego: «Creo que todos ustedes lamentarán este voto. Deseo que mi desacuerdo figure en el acta.»

Laura Bo Carmichael ya lamentaba su voto.

Dejó la pluma sin haber firmado el cheque y tomó un microteléfono intercomunicador. Cuando el gerente-secretario contestó, le preguntó:

—Roderick, ¿podría venir un momento, por favor? Se me ha ocurrido —le dijo minutos después—, que podríamos reconsiderar este segundo pago. Si el primero fue un error, al menos no lo agravemos.

Pritchett, tan pulido y acicalado como siempre, pareció sorprendido. Se quitó las gafas y repasó los cristales con el pañuelo, antigua táctica para ganar tiempo.

—¿Ha pensado, señora presidente —dijo volviendo aponerse las gafas—, que si retenemos esos fondos violaremos un pacto celebrado honorablemente, y cumplido

hasta ahora, por la otra parte?

—Pero ¿ha sido cumplido? ¿Qué hemos recibido por los primeros veinticinco mil? ¿Las payasadas de Birdsong durante los debates de Tunipah?

—Yo diría —Pritchett eligió las palabras cuidadosamente—, que Birdsong ha hecho algo más que payasadas. Sus tácticas, si bien groseras —por supuesto mucho más groseras de las que nosotros utilizaríamos—, han sido astutas. Por ahora ha conseguido que todos los medios informativos se ocupen de la oposición a Tunipah, mientras que los argumentos de la «Golden State» han recibido solo una atención mínima. También logró demoler a su testigo clave, Goldman, provocándole primero y luego haciéndose a un lado mientras Goldman se ganaba la hostilidad de todos, incluso la de su propia compañía.

—Lo sentí por él —dijo Laura Bo—. Conozco a Nim Goldman desde hace mucho tiempo y, si bien puede estar equivocado, es honesto y sincero. No merecía lo que le ocurrió.

—En estas contiendas —dijo Pritchett, con seriedad— se corre el riesgo de perjudicar a algunos de los involucrados y sus reputaciones. Lo importante, desde el punto de vista del «Club Sequoia», es ganar. En lo que se refiere a Tunipah, creo que ganaremos.

—Pero *yo* jamás he sido partidaria —respondió Laura Bo— de ganar *a toda costa*. Ya oí ese argumento hace muchos años. Hasta el día de mi muerte lamentaré no haberme opuesto.

El gerente-secretario tuvo ganas de suspirar, pero se contuvo. Y a había topado muchas veces con el sentimiento de culpabilidad por Hiroshima-Nagasaki en la señora Carmichael, y había aprendido a arreglárselas. Dando marcha atrás ágilmente, le aseguró:

—Ha sido una elección desafortunada de palabras. Debí haber dicho que el pacto con Birdsong ayudará a lograr nuestros objetivos, que, como ambos sabemos, son admirables.

—Pero ¿adónde va todo ese dinero?

—En parte a Birdsong, claro. Después de todo, dedica muchas horas: concurre a todos los debates, interroga testigos al tiempo que se mantiene él y mantiene a los opositores de Tunipah en las noticias. Además, tiene partidarios. Ha conseguido llenar siempre la sala; con eso solo da una impresión de oposición fuerte y espontánea a Tunipah.

—¿Sugiere que *no* es espontánea? ¿Que Birdsong paga a esa gente para que vaya?

—No a todos —Pritchett eligió sus palabras con cuidado; sabía cómo se estaban haciendo las cosas porque había hablado con Birdsong, pero no tenía ganas de dar detalles—. Digamos que algunas de esas personas incurren en gastos; tienen que faltar a su trabajo y otras cosas. Además, algunos de ellos, u otros que reclutó Birdsong, organizaron manifestaciones durante la asamblea anual de la «Golden

State». Recuerde que nos contó esos planes cuando nos reunimos.

Laura Bo Carmichael demostró disgusto.

—¡Manifestantes a sueldo! ¡Una interrupción pagada de la asamblea anual! Todo con nuestro dinero. No me gusta nada en absoluto.

—Permítame recordarle algo, señora Carmichael —le reconvino Pritchett—: entramos en este acuerdo con los ojos abiertos. Cuando nos reunimos el señor Irwing Saunders, la señora Quinn, usted y yo, sabíamos que los métodos del señor Birdsong eran… bueno, poco ortodoxos comparados con los nuestros. Hace unos días revisé mis notas de esa reunión de agosto, y en ellas se dice que aceptábamos que «era mejor ignorar ciertas cosas». Digamos de paso que ésas fueron las palabras mismas que usó el señor Saunders.

—Pero ¿en ese momento estaba Irwing al tanto de los métodos de Birdsong?

—Pienso —dijo Pritchett secamente— que como abogado experimentado tendría sobre eso una idea bastante aproximada.

Muy acertado. Como bien sabían amigos y enemigos, Irwing Saunders era un luchador violento en los tribunales y no se destacaba por sutilezas éticas. De todos ellos, quizás era el que mejor habría previsto cómo trabajaría Birdsong.

El gerente-secretario, aunque no se lo mencionó a Laura Bo, estaba preocupado además por otra cosa que se refería al abogado Saunders. Roderick Pritchett estaba a punto de retirarse. Saunders era el influyente presidente del comité de finanzas del «Club Sequoia», que decidiría cuál sería el monto de la pensión que recibiría Pritchett.

Las pensiones del club para el personal que se jubilaba no eran automáticas ni tenían un monto prefijado; se basaban en los años de servicio y la opinión que tenía el club de la actuación de cada individuo. Roderick Pritchett, sabedor de que había tenido críticos a lo largo de los años, deseaba especialmente impresionar bien a Saunders en estos últimos meses, y los debates de Tunipah y Davey Birdsong podían ser factores cruciales. Por lo tanto, le dijo a Laura Bo:

—El señor Saunders está encantado con la actuación de Birdsong a la hora de oponerse a Tunipah. Me llamó por teléfono para decírmelo y me recordó que Birdsong prometió mantener «un acoso continuo sobre la “Golden State” en un amplio frente.» La *lfpp* ha cumplido. Otro punto sobre el cual estuvo de acuerdo fue el de la no violencia; quizá recuerde que yo mismo lo planteé específicamente. Birdsong también cumplió su promesa en eso.

Laura Bo preguntó:

—¿Sabe algo de Priscilla Quinn?

—No —Roderick Pritchett sonrió—. Pero está claro que la señora Quinn se sentiría encantada, casi triunfante, si usted se echara atrás ahora y se negara a hacer el segundo pago. Supongo que andaría diciéndole a todo el mundo que ella estaba en lo

cierto y usted equivocada.

Fue una estocada hábil. Ambos lo sabían.

Si a estas alturas se revocara la decisión original, se recordaría que el voto de Laura Bo Carmichael había decidido la cuestión; por lo tanto, ella se encontraría en una situación molesta, sobre todo porque implicaría admitir que se habían gastado imprudentemente veinticinco mil dólares del dinero del club. Y la lengua cáustica de Priscilla Quinn lo aprovecharía al máximo.

Mujer *versus* mujer. Pese a todo su desprecio por la femineidad y su determinación de no permitir que el sexo influyera sobre sus decisiones, al final fue el orgullo femenino de Laura Bo el que la hizo decidirse.

Tomó la pluma, garabateó una firma en el cheque para la *lfpp* y se lo entregó a Roderick Pritchett sonriente.

Ese mismo día el cheque fue enviado a Birdsong por correo.

10

—¡Necesitamos más violencia! ¡Más, y más, y más! —enfadado, Davey Birdsong golpeó con el puño, levantando la voz hasta gritar—. ¡Una letrina de violencia para despertar a la gente! Y algunas muertes sangrientas y sucias; muchas. Es la única manera, la única manera absoluta de conseguir que ese maldito público idiota levante su culo satisfecho y empiece a actuar. Usted parece no darse cuenta.

Desde el otro lado de la rústica mesa de madera que los separaba, la cara delgada, ascética, de Georgos Winslow Archambault, se ruborizó ante la acusación final. Se inclinó hacia delante e insistió:

—Me doy cuenta. Pero lo que usted quiere necesita organización y tiempo. Hago lo que puedo, pero no podemos atacar todas las noches.

—¿Por qué demonios no? —el hombre corpulento, barbudo, miró enojado a Georgos—. ¡Por Dios! Todo lo que ha hecho hasta ahora es hacer explotar algunos petardos de porquería para luego tomarse unas malditas vacaciones holgazaneando por aquí.

La conversación, que había degenerado rápidamente en discusión, tenía lugar en el taller del sótano de la casa que tenían alquilada en el barrio Este: el refugio de «Amigos de la Libertad». Como de costumbre, el taller estaba atestado con las herramientas y quincalla de la destrucción: alambres, piezas de metal, productos químicos, mecanismos de precisión y explosivos. Hacía diez minutos que Birdsong había llegado, después de tomar las precauciones usuales para no ser seguido.

—Ya le he dicho que hay bastante dinero para lo que pueda necesitar —continuó el líder de la *lfpp*. La sombra de una sonrisa iluminó su cara—. Y acabo de recibir más.

—El dinero es importante —admitió Georgos—, pero los riesgos los corremos nosotros. No ustedes.

—¡Maldito sea! Se supone que corren riesgos. ¿No es un soldado de la revolución, acaso? Y yo también corro riesgos… de otra clase.

Georges se movió incómodo. Todo el diálogo le fastidiaba, lo mismo que la creciente autoridad de Birdsong, que había aumentado desde que la fuente de recursos propia de Georgos se había secado y comenzó a brotar la de Birdsong. Georgos odió más que nunca a su madre actriz, que, sin saberlo, había financiado a «Amigos de la Libertad» en un principio, y luego dejó de hacerlo al terminar con la asignación que le enviaba a través de los abogados de Atenas. Últimamente, había leído en un periódico que estaba gravemente enferma. Ojalá que fuera algo doloroso y definitivo.

—El último ataque contra el enemigo —afirmó Georgos tiesamente— fue el de mayor éxito. Provocamos un corte de energía en casi dos kilómetros cuadrados.

—Así es. ¿Y qué efecto tuvo? —despreciativamente, Birdsong se contestó la pregunta—, ¡Nulo! ¿Aceptaron algunas de nuestras exigencias? ¡No! Mató dos

cerdos inmundos de guardias de seguridad. ¿A quién le importa? ¡A nadie!

—Confieso que fue sorprendente y frustrante que ninguna de nuestras exigencias…

—¡No cederán! —le interrumpió Birdsong—. Mientras no haya muertos en las calles. Pilas de cuerpos pudriéndose empapados en sangre. Entonces sí que los muertos provocarán pánico entre los vivos. ¡Esa es la lección de todas las revoluciones! Es el único mensaje que puede entender un burgués dócil y estúpido.

—Eso ya lo sé —luego, sarcástico—: Quizás usted tenga alguna idea mejor para…

—¡Claro que la tengo! Ahora escúcheme.

Birdsong bajó la voz. Su enfado y su desprecio parecieron disiparse. Fue como, si al igual que un maestro, hubiera convencido a un alumno de la necesidad de aprender. Ahora seguiría la lección en un tono más tranquilo.

—Primero —dijo él—, establecemos algunos artículos de fe. Nos preguntamos: ¿Por qué hacemos lo que hacemos? Y la respuesta es: porque el sistema actual de nuestro país es pestilente, podrido, opresivo, está en bancarrota espiritual. Pero ese sistema no se puede mejorar; ya se ha intentado… sin éxito. De modo que hay que destruir todo lo que existe, todo el sistema que beneficia a los ricos y oprime a los pobres, para que nosotros, los verdaderos creyentes, los que amamos a nuestro prójimo, podamos construir uno nuevo, con decencia. El revolucionario es el *único* que ve todo esto con claridad. Y los «Amigos de la Libertad», junto con otros como nosotros, han amenazado su destrucción, pieza por pieza.

Mientras hablaba, Davey Birdsong mostró, como en otras ocasiones, su táctica de camaleón. Por momentos se convirtió en el profesor universitario, persuasivo, elocuente; en otros era un místico que hablaba a su propia alma tanto como a Georgos.

—¿Dónde comienza la destrucción, entonces? —prosiguió—. Idealmente, en todas partes. Pero, como hasta ahora somos pocos, elegimos un denominador común: la electricidad. Afecta a todo el pueblo. Lubrifica los engranajes del capitalismo. Llena aún más el bolsillo de los ricos, ya repleto. Permite pequeñas comodidades, paliativos, al proletariado, ilusionando a las masas con la creencia de que son libres. Es la herramienta del capitalismo, un hipnótico. Quien corte la electricidad, destruirá el eje de su sistema, y hundirá un puñal en el corazón del capitalismo.

Entusiasmado, Georgos interrumpió:

—Lenin dijo: «El comunismo es el gobierno del Soviet más la electrificación…»

—¡No me interrumpa! Sé exactamente lo que dijo Lenin, y fue en otro contexto.

Georgos se calmó. Aquel Birdsong era un individuo distinto de las diversas variantes que había visto antes. Además, parecía no haber muchas dudas sobre quién tenía la autoridad por el momento.

—Pero —prosiguió el hombre corpulento (se había levantado y caminaba de un lado a otro)— hemos visto que se necesita algo más que la desorganización de la

electricidad misma. Debemos atraer más atención hacia «Amigos de la Libertad» y nuestros objetivos, desorganizando, destruyendo a *la vente* de la electricidad.

—Ya hicimos algo de eso —señaló Georgos— cuando les volamos la planta de La Mission: y luego los sobres explosivos postales. Matamos a su ingeniero jefe, a su…

—¡Insignificancias! ¡Apuesta de un centavo! Yo quiero decir algo grande, no uno o dos muertos, sino cientos. Algo que elimine también a los espectadores para demostrar que en una revolución tampoco están seguros ni los que no toman parte. ¡Entonces sí prestarán atención a nuestros objetivos! Entonces tendrán miedo y luego pánico. Y autoridades y subordinados, *todos* correrán de aquí para allá y harán exactamente lo que nosotros queramos.

Los ojos de Birdsong miraban a lo lejos, hacia algo que estaba evidentemente mucho más allá del tétrico y desordenado sótano. Era como si tuviera un sueño, una visión, pensó Georgos, y la experiencia resultara embriagadora y contagiosa.

La perspectiva de más muertes excitó a Georgos. La noche de las bombas en Millfield, después de matar a los dos guardias de seguridad, se sintió mal un instante; después de todo, era la primera vez que mataba a un ser humano cara a cara. Pero la sensación pasó en seguida, reemplazada por otra de exaltación y, curiosamente, pensó, de excitación sexual. Esa noche había poseído a Ivette salvajemente, reviviendo el poderoso golpe hacia arriba con el que había hundido el cuchillo para matar al primer guardia. Y ahora, al recordarlo mientras escuchaba a Birdsong hablar de matanzas, Georgos sintió de nuevo la excitación sexual.

—Nuestra oportunidad se acerca —dijo Birdsong severamente.

Sacó una página de periódico doblada. Era del *California*

Examiner de dos días atrás y tenía una nota de un solo párrafo enmarcada con un círculo rojo.

CONVENCIÓN DE UN GRUPO DE ENERGÍA

> El mes próximo se debatirán las posibles carencias nacionales de energía en la convención de cuatro días que celebrará el Instituto Nacional de Electricidad, en el hotel «Christopher Columbus», de esta ciudad. Asistirán mil delegados de servicios públicos y de industrias fabricantes de artículos eléctricos.

—He estado buscando más detalles —dijo Birdsong—. Aquí están las fechas exactas de la convención y un programa preliminar —tiró las dos hojas escritas a máquina sobre la mesa del taller—. Más adelante será fácil conseguir el programa definitivo del encuentro. Así sabremos dónde está todo el mundo y cuándo.

Los ojos de Georgos brillaron interesados, olvidando todo su enfado de minutos antes. Se regocijó malignamente:

—Toda esa gente importante de las empresas de energía.

¡Criminales sociales! Podemos enviarles sobres explosivos a ciertos delegados. Si comienzo a trabajar ahora…

—¡No! En el mejor de los casos, matarían a media docena; probablemente ni eso,

porque después de la primera explosión quedarían alertados y tomarían precauciones.

—Sí, es cierto. ¿Entonces qué…? —admitió Georgos.

—Tengo una idea mejor. Mucho, mucho mejor; algo también de más envergadura —Birdsong se permitió una sonrisa tensa, .seria—. Durante el segundo día de la convención, cuando hayan llegado todos, usted y su gente colocarán dos series de bombas en el hotel «Christopher Columbus». La primera serie estará regulada con precisión para estallar durante la noche; digamos a las tres. Esos explosivos se concentrarán en la planta baja y el primer piso; su finalidad será bloquear o destruir todas las salidas del edificio, al igual que todas las escaleras y ascensores, de modo que nadie pueda escapar de los pisos superiores cuando comience la segunda serie.

Georgos asintió, comprendiendo, y escuchó con gran atención cuando Birdsong prosiguió:

—Minutos después de explotar las primeras bombas, otras, también reguladas con precisión, explotarán en los pisos superiores. Esas serán bombas incendiarias, tantas como puedan colocar y todas con gasolina, para incendiar el hotel y que el fuego dure.

En la cara de Georgos floreció una amplia sonrisa anticipatoria. Dijo sin aliento:

—¡Brillante! ¡Magnífico! Y podemos hacerlo.

—Si lo hacen bien —dijo Birdsong—, ni una persona que esté en los pisos superiores saldrá del edificio con vida. Y a las tres de la mañana, hasta los que se acuestan tarde estarán en casa. Ejecutaremos a todos: los delegados de la convención —el principal blanco del castigo—, sus mujeres e hijos, y todos los otros que estén en el hotel, por poner trabas a una justa revolución.

—Necesitaré más explosivos; una gran cantidad —la mente de Georgos trabajaba aprisa—. Sé cómo y dónde conseguirlos, pero saldrá caro.

—Ya le he dicho que tenemos mucho dinero. Para esta vez y muchas otras.

—Conseguir la gasolina no es problema. Pero los mecanismos de tiempo (estoy de acuerdo en que deben ser de precisión) tendrán que adquirirse fuera de la ciudad. En pequeñas cantidades y en lugares diversos. De esa manera no llamaremos la atención.

—Eso lo haré yo —dijo Birdsong—. Iré a Chicago; es bastante lejos. Deme una lista de lo que necesita.

Siempre concentrado, Georgos asintió.

—Necesito un plano del hotel; por lo menos de la planta baja y el primer piso, donde pondremos los primeros explosivos.

—¿Tiene que ser exacto?

—No. Bastará un esquema.

—Entonces lo haremos nosotros. Cualquiera puede entrar allí en cualquier momento.

—Hay que comprar algo más —dijo Georgos—: varias docenas de extintores de incendios; de los manuales, de los pintados de rojo que se pueden poner de pie sobre la base.

—¡Extintores de incendios! Por Dios, queremos provocar un incendio, no apagarlo.

Georgos sonrió astutamente, consciente de que ahora le tocaba a él mostrar superioridad.

—Los extintores estarán vacíos, con las cubiertas debilitadas, y llevarán las bombas adentro. He estado trabajando en eso. Uno puede colocar un extintor en cualquier parte, especialmente en un hotel, sin despertar sospechas, y a menudo sin que se le vea siquiera. Si lo ven, simplemente parecerá que la gerencia ha tomado mayores precauciones.

Con una amplia sonrisa, Birdsong se inclinó y palmeó a Georgos en los hombros.

—¡Diabólico! ¡Hermosamente diabólico!

—Más adelante decidiremos cómo entrar los extintores en el hotel —Georgos seguía pensando en alta voz—. No puede ser difícil. Podríamos alquilar un camión o comprarlo, y pintarle el nombre inventado de una compañía para no levantar sospechas. Imprimiríamos una autorización cualquiera (podríamos conseguir una orden de compra del hotel y copiarla), que nuestra gente llevaría por si alguien los para y les pregunta algo. Además, necesitamos uniformes; para mí y para los otros…

—El camión y los uniformes no son problema —dijo Birdsong—, y veremos qué se hace con eso de la orden de compra. —Meditó—. Tengo la impresión de que funcionará. Y cuando haya ocurrido, la gente, al comprobar nuestra fuerza, se desvivirá por obedecer nuestras órdenes.

—Para los explosivos —dijo Georgos— necesito diez mil dólares en efectivo en billetes pequeños en los próximos días, y después…

Con entusiasmo creciente, siguieron haciendo planes.

11

—Si hay alguna festividad judía desconocida de la que nadie ha oído hablar —le dijo Nim a Ruth en el «Fiat»—, puedes estar segura de que tus padres le pasarán el plumero y la usarán.

Su mujer se rio en el asiento de al lado. Antes, al llegar del trabajo y mientras se preparaban para salir, había notado que Ruth estaba de buen humor, contenta. Contrastaba con el mal humor, y a veces la franca depresión, evidentes en ella durante las últimas semanas.

Estaban a mediados de enero, y aunque habían pasado tres meses desde que hablaran sobre un posible divorcio, y desde la concesión de Ruth de esperar «un poco», ninguno de los dos había tocado el tema de nuevo directamente. Pero era evidente que pronto tendrían que hacerlo.

Básicamente, la relación entre ellos —una vaga tregua— permanecía inalterada. Sin embargo, Nim había sido deliberadamente más considerado, pasando más tiempo en casa y con los niños; y quizás el visible placer de Leah y Benjy por la frecuente compañía del padre había llevado a Ruth a retrasar un planteo definitivo. Por su parte, Nim seguía sin saber con seguridad si quería que su dilema se resolviera. Al mismo tiempo, los problemas de la «CGS» le tenían intensamente ocupado, dejándole pocas horas para asuntos personales.

—Nunca puedo recordar todas esas festividades judías —dijo Ruth—. ¿Cuál dijo papá que era ésta?

—*Rosh Hashana L'Elanoth,* o día del árbol judío. Lo busqué en la biblioteca de la oficina y quiere decir, literalmente, Año Nuevo de los Arboles.

—¿Año Nuevo de los árboles judíos? ¿O de cualquier árbol?

—Será mejor que se lo preguntes a tu padre —dijo él, riendo.

Estaban cruzando la ciudad rumbo al oeste, en medio de un tráfico que parecía no disminuir nunca.

Una semana antes, Aaron Neuberger había llamado por teléfono a la oficina de Nim para proponerle que fuera con Ruth a una reunión *Tu B'Shavat*, el nombre más común de esa fiesta. Nim aceptó en seguida, en parte porque su suegro se mostró inusualmente amistoso por teléfono, en parte porque Nim tenía algún leve sentimiento de culpa por su conducta con los Neuberger en el pasado, y ésta parecía la oportunidad de expiarla. Sin embargo, no se trataba de que su escepticismo en relación al casi fanático judaísmo de sus suegros hubiera cambiado.

Cuando llegaron a casa de los Neuberger, un apartamento de dos pisos en una zona acomodada del lado oeste de la ciudad, ya había varios coches aparcados fuera, y al acercarse oyeron voces en el piso superior. Nim sintió alivio de que hubiera otros invitados. La presencia de extraños quizás evitara la andanada de preguntas personales, incluso la inevitable sobre el *bar mitzvah* de Benjy.

Al llegar, Ruth tocó la *mezuzah* en la entrada y luego se besó la mano, como hacía

usualmente en atención a sus padres. Nim, que en el pasado se había burlado de la costumbre, por supersticiosa entre otras cosas, impulsivamente hizo lo mismo.

En el interior no quedó duda acerca del cálido recibimiento que les esperaba, particularmente a Nim.

Aaron Neuberger, de mejillas como manzanas, macizo y enteramente calvo, a veces contemplaba a Nim con apenas una velada sospecha. Pero esa noche la mirada fue amistosa tras sus gafas de gruesos cristales mientras estrechaba la mano de su yerno. Rachel, la madre de Ruth, una mujer voluminosa que desaprobaba las dietas para ella y los demás, abrazó a Nim y luego se echó hacia atrás para contemplarle.

—¿Es que mi hija no te alimenta en absoluto? No siento sino huesos. Pero esta noche les pondremos un poco de carne.

A Nim le divirtió y al mismo tiempo le emocionó. Pensó que casi seguramente a los Neuberger les había llegado la noticia de que el matrimonio de Ruth y él estaba en peligro y, en consecuencia, la pareja mayor había dejado de lado otros sentimientos en un intento de mantener la familia unida. Nim miró de soslayo a Ruth, que sonreía ante la calurosa recepción.

Llevaba un vestido de seda gris azulado, y aros de perlas del mismo tono. Como siempre, su peinado era elegante, y el cutis suave e inmaculado, aunque más pálido que de costumbre, pensó Nim.

Mientras se adelantaban para saludar a los que ya habían llegado, le susurró:

—Esta noche estás muy hermosa.

Ella le miró incisivamente y dijo en voz baja:

—¿Tienes idea del tiempo que hace que no me dices eso?

No hubo tiempo para más. Quedaron rodeados de rostros, fueron presentados, y estrecharon manos. Entre unos veinte invitados había muy pocos que Nim conociera. La mayoría ya estaba comiendo, los platos llenos de exquisiteces.

—¡Ven conmigo, Nimrod! —la madre de Ruth le cogió el brazo con un apretón de hierro y le condujo desde el salón al comedor, donde estaba instalado el *buffet*—. Luego podrás conocer al resto de nuestros amigos. De momento, come algo para llenar ese vacío que tienes dentro, antes de que te desmayes de hambre. —Cogió un plato y comenzó a llenarlo generosamente de comida, como si fuera la víspera del ayuno de *Yom Kippur*. Nim reconoció varios platos: *kishke* cocinado en *cholent, lokshen kugel*, repollo relleno y *pitcha*. Entre los postres había pastel de miel, *strudel* y *pirushkes* de manzana.

Nim se sirvió una copa de vino blanco «Carmel» israelí.

Cuando volvió al salón se aclaró el objeto de la reunión. El anfitrión explicó que el *Rosh Hashanah L'Elanoth* se celebra en Israel plantando árboles, y en Norteamérica comiendo una fruta que hasta entonces no se había comido en el año judío. Para demostrarlo, Aaron Neuberger y otros comían higos, que llenaban varias fuentes.

Algo más que los Neuberger aclararon fue que esperaban contribuciones de sus

invitados; el dinero recolectado se mandaría a Israel para plantar árboles. En una bandeja de plata ya se apilaban billetes de cincuenta y veinte dólares. Nim agregó veinte dólares y luego se sirvió higos.

—Si me perdona un juego de palabras pésimo —dijo una voz a sus espaldas—, supongo que todo esto demuestra que nos importa un higo.

Nim se volvió. Era un hombre mayor, bajo, de cara alegre, angelical, rodeada por una nube de cabellos blancos. Nim recordó que era un médico que a veces visitaba a los Neuberger. Hurgó en la memoria en busca del nombre y dio con él.

—Buenas noches, doctor Levin —dijo, levantando su copa—. *L'Chaim*.

—*L'Chaim.*… ¿cómo está, Nim? No se le ve a menudo en estos jolgorios judíos. Me sorprende su interés por la tierra santa.

—No soy religioso, doctor.

—Tampoco yo, Nim. Nunca lo he sido. Me encuentro mejor en un sanatorio que en una sinagoga —el médico terminó el higo que comía y eligió otro—. Pero me gustan las formalidades y ceremonias; toda la historia antigua de nuestro pueblo. No es la religión, sabe, lo que mantiene unido al pueblo judío. Es un sentido de comunidad que data de cinco mil años atrás. Es mucho, mucho tiempo. ¿Alguna vez ha pensado en eso, Nim?

—Ya que me lo pregunta, sí. Y mucho.

El viejo le miró escrutador.

—A veces le preocupa, ¿no es cierto? ¿Se pregunta hasta qué punto es judío? ¿O si lo puede ser sin observar todo el laberíntico ritual como lo hace el viejo Aaron?

Nim sonrió ante la alusión a su suegro que, a través de la habitación, había arrinconado a un invitado recién llegado y le describía el *Tu B'Shavat* seriamente:

—… tiene sus raíces en el Talmud.

—Algo de eso —dijo Nim.

—En ese caso le daré un consejo, hijo: no deje que le preocupe un rábano. Haga como yo: disfrute con ser judío, sienta orgullo por todos los logros de nuestro pueblo, pero en lo demás, elija con cuidado. Observe los Grandes Días Sagrados si quiere —en cuanto a mí, hago fiesta y salgo a pasear— pero si no lo hace, también me parece bien.

Nim descubrió que el pequeño y alegre doctor le gustaba cada vez más y le dijo:

—Mi abuelo era rabino, un viejo simpático que recuerdo bien. El que se apartó de la religión fue mi padre.

—¿Y usted se pregunta a veces si no debería volver?

—Vagamente. No demasiado en serio.

—De todas maneras, ¡olvídelo! Para una persona que ha llegado a su altura de la vida, o a la mía, es intelectualmente imposible convertirse en un judío practicante. Empiece a asistir a la sinagoga y lo descubrirá en cinco minutos. Lo que siente, Nim, es nostalgia, afecto por las cosas del pasado. No hay nada de malo en eso, pero es todo.

—Supongo que es así —dijo Nim pensativamente.

—Permita que le diga algo más. La gente como usted y yo se ocupa del judaísmo como podría preocuparse por viejos amigos: algún sentimiento de culpa transitorio por no visitarles más, sumado a un vínculo emocional. Es lo que sentí cuando fui a Israel con un grupo.

—¿Un grupo religioso?

—En absoluto. En su mayoría hombres de negocios, algún que otro médico, un par de abogados —el doctor Levin rio—. Casi ninguno llevó un *yarmulke*. Yo tampoco. Tuve que pedir uno prestado cuando visité el Muro de Jerusalén. De todos modos, fue una experiencia profundamente emotiva, algo que jamás olvidaré. Tuve la sensación de pertenecer a algo, y de orgullo. ¡Entonces me sentí judío! Siempre me sentiré así.

—¿Tiene hijos, doctor? —preguntó Nim.

El otro negó con la cabeza.

—No tuvimos. Mi querida esposa ya ha muerto, bendita sea su memoria… ambos lo lamentábamos. Una de las pocas cosas que realmente lamento.

—Nosotros tenemos dos hijos —dijo Nim—. Mujer y varón.

—Sí, lo sé. ¿Y es por ellos que se ha puesto a pensar en la religión?

—Parece conocer las preguntas tan bien como las respuestas —dijo Nim, sonriendo.

—Supongo que las he oído antes. Y además hace tiempo que ando por ahí. No se preocupe por sus hijos, Nim. Enséñeles los instintos humanos decentes (estoy seguro de que ya lo ha hecho). En cuanto a lo demás, ellos mismos encontrarán su camino.

La pregunta se hacía inevitable. Nim vaciló pero la hizo:

—¿Cree que un *bar mitzvah* ayudaría a mi hijo a encontrar su camino?

—No le haría ningún daño, ¿verdad? No le expondría usted a ninguna enfermedad social enviándole a una escuela hebrea. Además, un *bar mitzvah* siempre trae asociada una hermosa fiesta. Se reúnen viejos amigos, se come y bebe más de lo debido, pero a todo el mundo le gusta.

—Eso tiene más sentido que todo lo que he oído sobre el tema —dijo Nim.

El doctor Levin asintió seriamente.

—Algo más: su hijo tiene que elegir; es su derecho, su herencia. Estudiar para su *bar mitzvah* se lo proporciona. Es como abrirle una puerta; que él decida si quiere entrar o no. Más adelante seguirá el camino de Aaron, o el suyo y mío, o quizás uno intermedio. Cualquiera que sea el que elija, no debemos preocuparnos.

—Se lo agradezco —dijo Nim—. Me ha aclarado las ideas.

—Me alegro. No me debe nada.

Mientras hablaban, había aumentado el número de invitados y crecido en volumen el murmullo de la conversación. El angelical compañero de Nim miró a su alrededor, saludando y sonriendo; era obvio que conocía a casi todo el mundo. Su mirada se detuvo en Ruth Goldman, que hablaba con otra mujer; Nim la reconoció

como una pianista que a menudo ofrecía conciertos en beneficio de causas israelíes.

—Su mujer está muy hermosa esta noche —observó el doctor Levin.

—Sí; se lo dije cuando entrábamos.

El médico asintió.

—Oculta su problema y su ansiedad muy bien —se detuvo y agregó—: Mi ansiedad también.

Nim le miró extrañado.

—¿Está hablando de Ruth?

—Claro —Levin suspiró—. A veces querría no tener que atender pacientes a los que quiero tanto como a su mujer. La conozco desde que era una criatura, Nim. Espero que usted se dé cuenta de que se está haciendo todo lo posible. Todo.

—Doctor —dijo Nim; tuvo una impresión repentina de alarma, un frío en el estómago—, doctor, no tengo la menor idea de qué está diciendo.

—¿No? —le tocó al viejo sorprenderse; una expresión de confusión culpable le cruzó la cara—, ¿Ruth no se lo ha dicho?

—¿Dicho qué?

—Amigo mío —el doctor Levin apoyó una mano sobre la espalda de Nim—, acabo de cometer un error. El paciente, cualquier paciente, tiene derecho a que se mantenga reserva, a no quedar a merced de un médico parlanchín. Pero usted es su marido. Supuse…

—Por Dios, ¿de qué estamos hablando? ¿Cuál es el misterio? —protestó Nim.

—Lo siento. No puedo decírselo —el doctor Levin sacudió la cabeza—. Tendrá que preguntárselo a Ruth. Cuando lo haga, dígale que lamento mi indiscreción. Pero dígale también que creo que usted debe saberlo.

Aún turbado, y para no verse expuesto a otra pregunta, el médico se alejó.

Para Nim las dos horas que siguieron fueron de agonía. Observó los rituales de sociedad, saludó a invitados con los que aún no había hablado, participó en conversaciones, y contestó preguntas que le hicieron personas que conocían su posición en la «CGS». Pero no podía dejar de pensar en Ruth. ¿Qué demonios había querido decir Levin? «Oculta su problema y su ansiedad muy bien.» «Se está haciendo todo lo posible. Todo.»

Dos veces se deslizó entre grupos de gente que conversaban para estar al lado de Ruth, pero fue imposible una conversación privada.

—Quiero hablar contigo —alcanzó a decir una vez, pero eso fue todo. Nim comprendió que tendría que esperar a que estuvieran camino de casa.

Por fin la reunión comenzó a decaer, a ralear el grupo de invitados. La bandeja de plata estaba cubierta de dinero para más árboles en Israel. Aaron y Rachel Neuberger estaban en la entrada despidiendo a la gente que se iba.

—Vamos —le dijo Nim a Ruth. Ella recogió su chal de un dormitorio y se unieron a los que salían.

Fueron casi los últimos en irse. Por ello los cuatro tuvieron un momento de

intimidad que no había sido posible antes.

Cuando Ruth besó a sus padres, su madre rogó:

—¿No podríais quedaros un momentito más?

—Es tarde, madre, los dos estamos cansados —dijo Ruth, moviendo la cabeza. Y añadió—: Nim ha estado trabajando mucho.

—Si trabaja tanto —dijo la madre—, ¡aliméntale mejor!

—Con lo de esta noche tengo para toda la semana —dijo Nim, sonriendo, y le tendió la mano al suegro—. Antes de irme quiero decirles algo que les gustará. He decidido inscribir a Benjy en la escuela hebrea para que pueda tener su *bar mitzvah*.

Durante unos segundos quedaron en silencio. Luego, Aaron Neuberger levantó las manos a la altura de la cabeza, con las palmas hacia afuera, como en oración.

—¡Alabado sea el Señor del Universo! ¡Debemos vivir y estar preparados ese día glorioso! —detrás de las gafas de gruesos cristales, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Hablaremos de los detalles… —comenzó Nim, pero no pudo terminar porque los padres de Ruth, los dos al mismo tiempo, le abrazaron con fuerza.

Ruth no dijo nada. Pero pocos minutos después, cuando estaban en el coche y Nim arrancaba, ella se volvió hacia él.

—Lo que has hecho ha sido hermoso, aunque vaya contra tus creencias. ¿Por qué?

—A veces no estoy seguro de mis creencias —dijo encogiéndose de hombros—. Además, tu amigo el doctor Levin me ayudó a aclarar las ideas.

—Sí —dijo Ruth tranquilamente—, te vi hablar con él. Largo rato.

Nim apretó las manos sobre el volante.

—¿No hay algo que quieras decirme?

—¿Como qué?

Su frustración contenida se desbordó.

—Como por qué has estado visitando al doctor Levin, qué es lo que te tiene angustiada y por qué no me lo has dicho. Ah, sí, el doctor me dijo que sentía haber sido indiscreto, pero que yo debería saberlo: lo que sea.

—Sí —dijo Ruth—, supongo que es hora de que lo sepas —su voz sonó apagada, desaparecida la alegría anterior—. ¿No te molesta esperar a que lleguemos a casa? Entonces te lo diré.

Hicieron el resto del camino en silencio.

—Me parece que tomaría un *whisky* con soda —dijo Ruth—, ¿Quieres traérmelo?

Estaban en la pequeña y confortable sala de estar de la casa, con las luces bajas. Era casi la una. Leah y Benjy, que se habían acostado varias horas antes, dormían en el piso superior.

—Seguro —dijo Nim. Era inusual que Ruth, que pocas veces bebía nada más fuerte que vino, pidiera *whisky*. Fue hasta un aparador que servía de bar, preparó un

whisky con soda y se sirvió un coñac. Luego, se sentó frente a su mujer; ella se bebió de un golpe un tercio del vaso y, con una mueca, lo dejó sobre la mesa.

—Muy bien —dijo él—, ¡Habla!

Ruth respiró hondo y comenzó:

—¿Recuerdas aquel lunar que me quitaron hace seis años?

—Sí, lo recuerdo —curiosamente, Nim lo había recordado hacía muy poco, la noche en que estaba solo en casa, con Ruth de viaje, y tomó la decisión de ir a Denver. Había notado el lunar en el retrato al óleo que Ruth tenía en el salón, el retrato en que llevaba un vestido escotado. Nim lo miró. Allí estaba el lunar, tal como lo recordaba antes de que lo extirparan: pequeño y oscuro, sobre el hombro izquierdo. Preguntó:

—¿Qué pasa con eso?

—Era un melanoma.

—¿Un qué?

—Un melanoma es un lunar que puede tener células cancerosas. Por eso el doctor Mittelman, ¿recuerdas que era el que me atendía entonces?, me aconsejó extirparlo. Y acepté. Otro médico, cirujano, lo hizo. No fue nada importante, y luego los dos dijeron que el lunar salió limpio, y que no había señales de que algo se hubiera extendido.

—Sí, recuerdo que Mittelman dijo eso —Nim se había preocupado un poco entonces, pero el médico le tranquilizó, insistiendo en que se trataba solo de una precaución extrema. Tal como acababa de decir Ruth, todo eso había ocurrido seis años atrás; Nim había olvidado los pormenores hasta aquel mismo momento.

—Los dos médicos se equivocaron —dijo Ruth; la voz bajó hasta un susurro—. Eran células cancerosas, cáncer. Y se habían extendido. Ahora… se han extendido aún más… por todo el cuerpo.

Apenas consiguió pronunciar las últimas palabras. Luego, como si un embalse contenido mucho tiempo desbordara, perdió totalmente el control. Exhaló el aire como un lamento y el cuerpo se sacudió con violentos sollozos.

Durante unos momentos Nim siguió sentado, desvalido, atontado, sin poder comprender, y menos aún creer, lo que acababa de oír. Luego, la realidad penetró en él. Como un remolino de emociones entremezclados —horror, culpa, angustia, compasión, amor— se acercó a Ruth y la cogió entre sus brazos.

Trató de consolarla, abrazándola con fuerza, apoyando su cara contra la de ella.

—Mi querida, mi amor, ¿por qué no me lo dijiste nunca? En nombre de Dios, ¿por qué?

La voz de ella se oyó débil, ahogada por las lágrimas.

—No estábamos unidos… enamorados como antes, como solía ser… No quería solo compasión… tú tenías otros intereses… otras mujeres.

Una oleada de vergüenza y desprecio de sí mismo le invadió. Instintivamente, dejó a Ruth y cayó de rodillas, le cogió las manos e imploró:

—Es tarde para pedir perdón, pero te lo pido. He sido un maldito estúpido, ciego, egoísta…

Ruth sacudió la cabeza; como era típico en ella, recobró buena parte de su control.

—¡No es necesario que digas esas cosas!

—Lo digo porque es verdad. Antes no lo comprendía. Pero ahora sí.

—Ya te he dicho que no quiero… solo compasión.

—¡Mírame! —insistió él; y cuando ella levantó la cabeza, él dijo suavemente—: Te quiero.

—¿Estás seguro de que no lo dices solo…?

—He dicho que te quiero y eso es lo que quiero decir. Supongo que siempre te he querido, pero me confundí y me volví estúpido. Se necesitaba algo así para que lo comprendiera… —se calló y suplicó otra vez—: ¿Es demasiado tarde?

—No —Ruth sonrió apenas—. Nunca he dejado de amarte, aunque has sido un sinvergüenza.

—Lo admito.

—Bueno —dijo ella—, quizá le debamos algo al doctor Levin.

—Escucha, queridísima —buscó las palabras que le dieran seguridad—. Lucharemos juntos contra esto. Haremos todo lo que sea posible para la medicina. Y no se hablará más de divorcio.

Ella dijo alto y fuerte:

—Nunca quise ni lo uno ni lo otro. ¡Oh, querido Nim, abrázame! ¡Bésame!

Él lo hizo. Luego, como si nunca hubiera existido, el vacío que les separaba desapareció.

—¿Estás demasiado cansada para contármelo todo? ¿Esta noche? ¿Ahora? —preguntó él.

Ruth movió la cabeza.

—Quiero contártelo.

Durante otra hora habló, mientras Nim escuchaba y hacía preguntas de cuando en cuando.

Supo que unos ocho meses antes Ruth había notado una pequeña protuberancia en el costado izquierdo del cuello. El doctor Mittelman había dejado de ejercer el año anterior. Fue a ver al doctor Levin.

El médico lo encontró sospechoso y ordenó una serie de análisis, que incluyeron radiografías de tórax y examen de hígado y huesos. Estos sucesivos exámenes eran las causas de las desapariciones de Ruth que Nim había notado. Los resultados mostraron que las células del melanoma, latentes durante seis años, se habían extendido repentinamente por todo el cuerpo de Ruth.

—Cuando me enteré —dijo ella—, no supe qué hacer ni qué pensar.

—Pese a que no todo andaba bien entre nosotros —dijo Nim—, deberías habérmelo dicho.

—Parecías tener tantas preocupaciones. Fue cuando murió Walter en la explosión de La Mission. Sea como sea, decidí guardármelo para mí. Luego, me ocupé de la cuestión del seguro y todo lo demás.

—¿Tus padres lo saben?

—No.

Cuando tuvo los resultados de los estudios, explicó Ruth, comenzó a ir al hospital una vez por semana para quimioterapia y tratamientos de inmunoterapia. Eso también explicaba sus ausencias.

Ocasionalmente, sentía náuseas y perdió peso, debido a los tratamientos, pero se las había arreglado para ocultar ambos síntomas. Las repetidas ausencias de Nim la ayudaron.

Nim apoyó la cabeza entre las manos, sintiéndose más avergonzado aún. Había pensado que Ruth se estaba viendo con otro hombre, y en cambio…

Más adelante, continuó Ruth, el doctor Levin le informó sobre un tratamiento nuevo que estaban realizando en el Instituto Sloan-Kettering, de Nueva York. Opinó que ella debía ir. Ruth fue por un período de dos semanas, y otra serie de exámenes y análisis.

Esa fue la ausencia prolongada que Nim había visto con indiferencia o como un inconveniente para él.

Se quedó sin palabras.

—Lo hecho, hecho está —le dijo Ruth—. No había forma de que lo supieras.

Nim hizo la pregunta que temía hacer:

—¿Qué dicen del futuro? ¿Qué pronostican?

—Primero, que no hay cura; segundo, que es demasiado tarde para la cirugía —la voz de Ruth era firme; había recuperado casi toda su serenidad habitual—. Pero me pueden quedar muchos años, aunque no sabremos cuántos hasta que se cumplan. Además, todavía no conozco las conclusiones del Instituto Sloan-Kettering sobre si estaré mejor con el tratamiento o no. Los médicos de allí están trabajando en un método que emplea microondas para elevar la temperatura del tumor y luego aplican radiación que puede (o no) destruir el tejido del tumor —sonrió débilmente—. Como imaginarás, he averiguado todo lo que he podido sobre el tema.

—Me gustaría hablar con el doctor Levin mañana —dijo Nim, y luego se corrigió —. Es decir, hoy, más tarde. ¿Te molesta?

—¿Molestarme? —Ruth suspiró—. No, no me molesta. Es tan maravilloso tener a alguien en quien apoyarse. ¡Oh, Nim, te he necesitado tanto!

Él la abrazó de nuevo. Muy poco después apagó las luces y la acompañó arriba.

Por primera vez en muchos meses, Nim y Ruth compartieron una cama y, temprano, por la mañana, al rayar el alba, hicieron el amor.

12

Brilló la hoja del cuchillo. Brotó sangre. A Nim la castración le causó náuseas.

Al lado de él el señor juez Yale rio:

—Agradezca que le tocó ser hombre y no novillo.

Los dos estaban en una estrecha pasarela sobre un corral de un campo para engorde de ganado ubicado en la mejor zona agrícola de California: el valle de San Joaquín. Era una de las propiedades del fondo familiar Yale.

—Pensar en cualquier ser del sexo masculino privado de su virilidad me deprime —dijo Nim.

Había volado hasta allí por la mañana temprano con el propósito de informar a Paul Yale sobre la energía eléctrica en relación con la agricultura. Los granjeros de California eran usuarios de electricidad; la agricultura y las industrias conexas consumían una décima parte de lo que producía la «CGS». Sin electricidad, la agricultura, indispensable para el bienestar del Estado, languidecería.

Ese mismo día, el exjuez del Tribunal Supremo aparecería como portavoz de la «CGS» en un debate público regional sobre los proyectos de la empresa en relación con Tunipah. Era uno de la serie de la Comisión de Energía (algunos la llamaban el «espectáculo teatral ambulante») al que estaban invitados los líderes y ciudadanos del lugar para hablar sobre las necesidades energéticas en sus áreas. Los granjeros del valle de San Joaquín, que veían su medio de vida amenazado por los cortes de energía, ya se contaban entre los más decididos defensores de Tunipah.

Inevitablemente, también habría oposición.

Mientras observaban lo que se desarrollaba debajo de ellos, Yale le dijo a Nim:

—Sé lo que quiere decir con eso de privar de la virilidad, aun a los animales. En cierto modo es una lástima; por otra parte es necesario. Cuando uno es granjero ni siquiera piensa en esas cosas.

—¿Le gusta serlo?

—¿Ser granjero a ratos? No estoy seguro —el anciano frunció el ceño—. Lo más que he hecho ha sido examinar los balances para descubrir por qué este y otros negocios del fondo familiar no producen ganancias.

—Lo que se está haciendo ahora —dijo Nim— parece eficiente.

—Eficiente, pero terriblemente caro.

Estaban observando el proceso de «registro», en el que los terneros, nacidos en un prado de pastoreo y criados allí durante seis meses, eran traídos a aquel campo para su engorde.

Cinco vaqueros, hombres de mediana edad, con ropa de dril, realizaban la operación.

Comenzaban metiendo una media docena de terneros en un corral circular. Una vez adentro, los empujaban con aguijones eléctricos para que entraran en un estrecho corredor de cemento, descubierto, con paredes más altas que sus cabezas. Allí les

rociaban generosamente con una solución desinfectante que mataba gusanos e insectos.

El pasillo conducía, con una inevitabilidad espantosa, pensó Nim, a una prensa hidráulica. Era una jaula de metal. A medida que los terneros entraban, la jaula se contraía, de modo que el animal quedaba fuertemente sujeto con la cabeza en alto y el cuerpo levantado del suelo. Asustado, el animal bramaba con fuerza, y con motivo, como lo demostrarían los minutos siguientes.

El primer acto era la inyección en cada oreja de una jeringa de aceite para motores. Mataba las garrapatas. En seguida le metían una hipodérmica enorme en la boca abierta y mugiente y le inyectaban una solución contra los gusanos. Luego, les cortaban las puntas agudas de ambos cuernos con una tijera que dejaba a la vista la parte interior, blanda y ensangrentada. Simultáneamente, surgía un fuerte olor a pelo y carne quemados producidos por un hierro de marcar candente, aplicado al costado del animal.

Entonces, tocando una palanca, la prensa de reses giraba noventa grados a un costado. En lo que había sido el fondo, quedaba expuesta una escotilla que un vaquero abría. El hombre insertaba un aerosol con desinfectante y pulverizaba los genitales del animal; luego, dejaba la lata y tomaba un cuchillo. Metiendo la mano, hendía el escroto, buscaba con los dedos, luego sacaba y cortaba los testículos, que echaba en un recipiente que tenía al lado. Otra aplicación del desinfectante en aerosol en la herida sangrante y abierta, y la operación había terminado.

El ternero, privado de todo deseo, salvo de comer, engordaría ahora satisfactoriamente.

La prensa hidráulica se abría. Todavía bramando, el animal salía corriendo para meterse en el otro corral.

Todo el proceso había llevado menos de cuatro minutos.

—Es más rápido y sencillo de lo que solía ser —le dijo Yale a Nim—. En tiempos de mi abuelo y aún más recientemente, había que enlazar los terneros y atarlos antes de poder hacer todas estas cosas. Hoy día nuestros vaqueros muy raramente montan a caballo; algunos ni siquiera saben hacerlo.

—¿Y este método es más barato? —preguntó Nim.

—Debería serlo, pero no lo es. La inflación nos hunde: la mano de obra, el material, el alimento, la electricidad, especialmente la electricidad. Toda esta operación la necesita. Usamos energía eléctrica para el molino que mezcla el alimento para cuarenta mil cabezas. ¿Y sabía que en los corrales las luces están encendidas toda la noche?

—Por lo que sé —dijo Nim—, es para que los animales puedan ver para comer.

—Exacto. Duermen menos, comen más y engordan más rápido. Pero nuestros recibos de electricidad son astronómicos.

Nim canturreó: «Esa canción la he oído antes», *y Yale rio*.

—¿Parezco un usuario quejoso, verdad? Y bien, hoy lo soy. Le he dicho a Ian

Norris, el administrador del fondo, que reduzca gastos, que economice, que estudie en qué se malgasta, que ahorre. Hay que hacerlo.

Nim había visto a Norris brevemente, antes. Era un hombre hosco, seco, entre cincuenta y sesenta años, que tenía una oficina en la ciudad y administraba otras propiedades además del fondo de la familia Yale. A Nim le pareció que Norris añoraba la época en que Paul Sherman Yale vivía en Washington y no tenía nada que ver con los asuntos del fondo de familia.

—Lo que me gustaría hacer —dijo Yale—, es vender esta propiedad y algunas otras de las que dejó mi abuelo. Pero justo ahora es un mal momento.

Mientras hablaban, Nim siguió mirando la procesión que desfilaba por debajo de ellos. Había algo que le intrigaba.

—El último ternero —dijo—. Y el anterior. No los han castrado. ¿Por qué?

Un vaquero que estaba cerca y oyó la pregunta de Nim se volvió. Tenía la cara morena de un mejicano y sonreía ampliamente. Lo mismo hacía el juez Yale.

—Muchacho —dijo el viejo. Se inclinó para acercarse y le habló en secreto—. Hay algo que debo decirle. Esos dos últimos eran chicas.

Almorzaron en Fresno, en el Salón Windsor del hotel «Hilton». Durante la comida Nim continuó con el tema. Resultaba una tarea fácil. En cuanto aparecía un dato o estadística, el juez Yale parecía tenerlo ya memorizado. Rara vez pedía que se le repitiera algo, y sus preguntas dirigidas al fondo de la cuestión mostraban agilidad mental, además de dominio del panorama general. Nim deseó tener esa lucidez mental cuando llegara a los ochenta.

Hablaron sobre todo del agua. El noventa por ciento de la energía eléctrica que utilizaban los granjeros en el fértil valle de San Joaquín, informó Nim, era para bombear agua de los pozos para riego. Por eso los cortes de corriente podían resultar desastrosos.

—Recuerdo este valle cuando era casi un desierto —evocó Paul Yale—. Era en la década de los veinte. Hubo un tiempo en que nadie creía posible hacer crecer algo aquí. Los indios lo llamaban valle Vacío.

—No habían oído hablar de electrificación rural.

—Sí, hizo milagros. ¿Cómo es esa línea en *Isaías?*—. «El desierto se alegrará y florecerá como la rosa.» —Yale sonrió—. Quizá pueda deslizaría en mi testimonio. Una o dos citas de la Biblia añaden un toque de distinción, ¿no?

Antes de que Nim pudiera contestar, el *maître* se acercó a la mesa.

—Señor Yale, hay una llamada telefónica para usted. Puede hablar desde la recepción si lo desea.

El anciano se retrasó varios minutos. Nim le veía en el otro extremo del salón escribiendo en una libreta mientras escuchaba atentamente lo que le decían por teléfono. Cuando volvió a la mesa, sonreía complacido y tenía la libreta abierta.

—Buenas noticias de Sacramento, Nim. Excelentes noticias, creo. Un delegado del gobierno asistirá al debate de esta tarde; leerá una declaración en la que el gobernador apoya decididamente el proyecto de Tunipah. Ya sale un comunicado de prensa confirmándolo —Yale miró las notas—. Habla de «una convicción personal», de que el proyecto Tunipah es esencial para el desarrollo y prosperidad de California.

—Bueno —dijo Nim—, realmente lo ha conseguido. ¡Enhorabuena!

—Confieso que estoy contento —Yale se metió la libreta en el bolsillo y miró el reloj—. ¿Qué le parece si hacemos un poco de ejercicio y caminamos hasta el lugar del debate?

—Lo acompañaré, pero sin entrar —Nim sonrió—. Quizá recuerde que… en la Comisión de Energía todavía soy *persona non grata*.

Se dirigieron al edificio donde se celebraba el debate, a unos diez minutos de allí.

Era un día luminoso y agradable, y Paul Yale, siempre dispuesto a caminar, como a tantas otras cosas, arrancó con paso vivo. Después de todo lo que habían hablado antes y durante el almuerzo, ambos iban en silencio.

Los pensamientos de Nim volvieron a Ruth, como sucedía a menudo últimamente. Desde la noche angustiosa en que se enteró de que la vida de Ruth estaba en peligro a causa de las células cancerosas que habían invadido su cuerpo, había pasado una semana y media. Aparte de su conversación con el doctor Levin, Nim guardó total reserva. No parecía tener objeto convertir a Ruth —como había visto ocurrir en otras familias— en un tema de conversación y conjeturas.

La actitud del doctor Levin no había sido derrotista ni tranquilizadora.

—Su esposa puede tener por delante muchos años de vida normal —le había dicho—. Pero también puede ocurrir que su salud se deteriore repentina y rápidamente. De todas maneras, el tratamiento, sea quimioterapia o inmunoterapia, inclinará la balanza a su favor.

En cuanto a una posible terapia adicional, Ruth haría pronto otro viaje a Nueva York; se decidiría entonces si el método del Instituto Sloan-Kettering, nuevo y en parte experimental, ofrecía posibilidades de ayudarla. Para Nim, como para Ruth, la espera era como vivir sobre una piedra suelta al borde de un precipicio, preguntándose si cedería o se mantendría.

—El único consejo que puedo darle —había agregado el doctor Levin—, es lo que ya le he dicho a su mujer; vivir el momento y sacarle todo el jugo posible. No permita que deje para más tarde lo que quiere y puede hacer. Si lo pensamos bien, es un buen consejo para todos. Recuerde que usted y yo podemos morir ahora o mañana de un paro cardíaco o en un accidente, mientras su esposa nos sobrevive durante años —el médico suspiró—. Lo siento, Nim; quizás esto suene a pura charla. Comprendo que quiere algo definido. Es lo que todos quisiéramos. Pero el consejo que le doy es el mejor que puedo darle.

Nim había seguido el consejo del doctor, dedicando el mayor tiempo posible a Ruth. Hoy, por ejemplo, podría haberse quedado a pasar la noche en Fresno; había

algunos proyectos locales sobre los cuales le habría sido útil informarse. En cambio, había tomado medidas para coger un vuelo de la tarde, y llegaría a su casa para cenar.

El juez Yale le arrancó de sus pensamientos y le devolvió al presente al decir:

—Parece haber una cantidad extraordinaria de gente para la hora que es.

Nim había estado absorto; ahora miró a su alrededor.

—Tiene razón. Hay mucha gente.

Las calles que alcanzaban a ver estaban ocupadas por un gran número de peatones, que aparentemente se dirigían todos en la misma dirección: hacia el edificio estatal. Algunos se apresuraban como si estuvieran ansiosos por adelantarse a los demás. También los coches llegaban a raudales y se estaba formando un embotellamiento. Entre los ocupantes de los coches y los que iban a pie parecían predominar las mujeres y los adolescentes.

—Quizás haya corrido la voz de que usted estaría hoy aquí —dijo Nim.

—Aunque así fuera —dijo el anciano, riendo—, no tengo el carisma necesario para atraer a semejante multitud.

Llegaron al césped de delante del edificio estatal. Estaba lleno de gente.

—Si uno quiere saber algo, lo mejor es preguntar —dijo Yale. Tocó el brazo de un hombre de mediana edad vestido con ropa de trabajo—. Disculpe. Querríamos saber por qué hay tanta gente aquí.

El otro le miró incrédulo.

—¿No lo sabe?

—Por eso le pregunto —dijo Yale, sonriendo.

—Es Cameron Clarke. Va a venir aquí.

—¿El actor de cine?

—¿Conoce otro? Va a participar en un debate del gobierno. Está en la radio todas las mañanas. También en la tele, dice mi mujer.

—¿Qué debate del gobierno? —preguntó Nim.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿A quién le importa? Lo que queremos es verle, eso es todo —Paul Yale y Nim se miraron mientras pensaban lo mismo.

—No tardaremos en saberlo —dijo Yale.

Comenzaron a abrirse paso para acercarse al edificio estatal, funcional, poco interesante, con una escalinata al frente. Al mismo tiempo, de la dirección opuesta llegaba una limusina negra con escolta de motocicletas. Se oyó un grito repetido:

—¡Ahí está! —la multitud se agitó, adelantándose.

Aparecieron más policías. Abrieron paso a la limusina para que llegara a la acera, cerca de los escalones. Cuando el coche se detuvo, un chófer de uniforme saltó y abrió la puerta posterior. Salió un hombre joven, bajo, delgado. Tenía una mata de pelo rubio y llevaba un traje ligero color tostado. La multitud le aclamó.

—¡Cameron! ¡Aquí, Cameron! —alguien comenzó a gritar y otros se sumaron.

Como los reyes, Cameron saludó con el brazo.

Se trataba del actor más taquillera de Hollywood en aquel momento. Su cara

hermosa, juvenil y amable era familiar para cincuenta millones de adoradores desde Cleveland hasta Calcuta, desde Seattle hasta Sierra Leona, desde Brooklyn hasta Bagdad. Incluso los venerables jueces del Tribunal Supremo de los Estados Unidos habían oído hablar de Cameron Clarke, como acababa de demostrar Paul Sherman Yale. La sola presencia de Clarke era suficiente para provocar casi una avalancha de aduladores. La policía de Fresno, sin duda conocedora del hecho, hacía lo que podía para controlar la multitud.

Los fotógrafos de la prensa, que habían comenzado a actuar en cuanto se detuvo la limusina, seguían como si tuvieran película fotográfica infinita. Un equipo de televisión que había estado esperando se acercó al actor.

Tuvo lugar una entrevista.

Entrevistador (*con gran respeto*).: Señor Clarke, ¿cuál es el motivo de su presencia?

Cameron Clarke: He venido como un ciudadano del montón para protestar contra ese plan mal concebido, sórdido y totalmente innecesario, que profanaría la magnífica e intacta zona de California que se conoce como Tunipah.

E.: Son palabras fuertes, señor. ¿Nos querría explicar por qué piensa así?

C.C.: Cómo no. El proyecto de Tunipah está mal concebido porque atenta contra el medio ambiente. Es sórdido porque su objeto es proporcionar ganancias a la compañía «Golden State», que no las necesita. Es innecesario porque hay otra fuente de energía a mano; además, un buen plan de ahorro de energía reduciría las necesidades energéticas en una cantidad mayor de la que produciría Tunipah.

Nim y Yale escuchaban.

—Está recitando —masculló Nim, enojado—. Me pregunto qué idiota ignorante se lo escribió.

E.: ¿Cuál es esa fuente de energía, señor Clarke?

C.C.: La energía solar.

E.: ¿Cree usted que la energía solar ya puede ser utilizada?

C. C.: Por supuesto. De todos modos, no hay prisa, ni siquiera para la solar. Todo lo que se oye acerca de un probable déficit de energía eléctrica es una mera táctica para asustar: propaganda manejada por las empresas.

—¡Bravo, Cameron! —gritó un espectador—. ¡Así se habla! ¡Duro con ellos!

El actor miró, agitó una mano en señal de reconocimiento, y sonrió.

—Me parece que ya he oído bastante —le dijo Nim a Yale—. Si me perdona, señor Yale, me vuelvo al norte y le dejo con su debate. Parece que va a ser todo un espectáculo.

—Ya sé quién va a ser la estrella. No yo, evidentemente —dijo Yale tristemente —. Muy bien, Nim, márchese. Gracias por toda su ayuda.

Mientras Nim se abría paso a codazos por entre la multitud, Yale hizo señas a un policía y se identificó. Instantes después, sin ser visto, fue escoltado hasta el interior.

Cameron Clarke seguía con la entrevista para la televisión.

—En realidad —dijo O’Brien al día siguiente—, cuando se habla a solas con Cameron Clarke uno descubre que es un tipo bastante decente. He hablado con él. Además, conozco un par de amigos suyos. Su matrimonio es sólido y tiene tres hijos a los que quiere con locura. Lo malo es que siempre que abre la boca en público, reciben lo que él dice como si viniera del Olimpo.

El asesor general, que había estado en el debate de Fresno, estaba informando a J. Eric Humphrey, Teresa van Buren y Nim.

—Tal como salieron las cosas —dijo O’Brien—, la razón principal de la oposición de Clarke es que tiene cerca una propiedad; un refugio que él y su familia utilizan durante el verano. Tienen caballos, recorren los senderos, pescan, a veces acampan durante la noche. Teme que nuestro proyecto Tunipah arruine todo eso, y probablemente tenga razón.

—¿No se hizo hincapié en que el bienestar de millones de californianos vale más que los privilegios de vacaciones de un individuo? —preguntó Eric Humphrey.

—Claro que sí —dijo O’Brien—. Dios sabe que lo intenté en los turnos de preguntas. Pero ¿creen que a alguien le importó? ¡No! Cameron Clarke se opuso a Tunipah; había hablado el dios de la pantalla de plata. Eso es lo que importó.

El abogado se calló para hacer memoria; luego agregó:

—Cuando Clarke recitó su monólogo sobre la expoliación de la naturaleza, que debo admitir, por Dios que estuvo bien, recordaba a Marco Antonio hablando sobre el cuerpo de César; entre la gente que se agolpaba hubo muchos que lloraban; lo que les digo: ¡lloraban!

—Sigo pensando que alguien le escribió lo que dijo —insistió Nim—. Por lo que sé, no sabe tanto sobre nada.

—Eso es un punto puramente académico —dijo O’Brien encogiéndose de hombros. Y agregó—: Les diré algo más. Cuando Clarke terminó de hablar y se aprestaba a retirarse, el comisionado que presidía le pidió un autógrafo. Dijo que lo quería para su sobrina. ¡Maldito mentiroso! Era para él.

—Desde cualquier punto de vista —dictaminó Teresa van Buren—, Cameron Clarke ha perjudicado muchísimo a nuestra causa.

Nadie mencionó lo que no era necesario decir: que los comentarios de la televisión, radio y revistas sobre el breve espectáculo del actor habían eclipsado todas las otras noticias sobre Tunipah. En el *Chronicle-West* y el *California Examiner*, la declaración del gobernador de California en apoyo del proyecto mereció un breve párrafo al final del artículo dominado por Clarke. En la televisión no se le mencionó en absoluto. En cuanto a la presentación de Paul Sherman Yale, fue totalmente ignorada.

13

El instinto le dijo a Nancy que estaba sobre una buena pista. Posiblemente una noticia importante, aunque por ahora desdibujada. Había otros problemas. Uno, que en realidad no sabía qué estaba buscando. Otro, que la necesidad práctica de ocuparse de su trabajo de todos los días para el *California Examiner* limitaban el tiempo disponible para dedicarse a su nebulosa investigación. Resultaba aún más difícil debido a que hasta entonces no había hablado de eso con nadie, ni siquiera con el redactor jefe de noticias locales que siempre estaba desesperadamente ansioso por ver resultados, y era incapaz de comprender que la sutileza y la paciencia a veces son herramientas importantes para un buen periodista. Nancy poseía las dos.

Las estaba utilizando desde aquella asamblea anual de accionistas de la «Golden State», cuando Nim le sugirió, enfadado: «¿Por qué no le investiga a él?»

«Él» era Davey Birdsong.

Por supuesto que para Goldman fue un desahogo, y no esperaba que ella tomara en serio la sugerencia. Pero, después de pensarlo, eso es lo que Nancy hizo.

Ya antes había sentido curiosidad por Birdsong. Nancy desconfiaba de la gente que siempre está al lado de la justicia y de los oprimidos, o quiere que uno piense que lo está, como era el caso de Davey Birdsong. La experiencia de Nancy con benefactores progresistas populistas era que generalmente se ocupaban de sí mismos; los otros venían muy atrás y solo recibían las migajas. Lo había visto tanto en comunidades negras como entre blancos.

El señor Milo Molineaux, el padre de Nancy, no era un benefactor progresista. Era un contratista de obras que toda su vida había perseguido un objetivo franco y determinado: convertirse de muchacho pobre, hijo de padres negros de la Luisiana rural, en un hombre rico. Lo había logrado, honradamente, y hoy día el señor Molineaux era realmente muy rico.

Sin embargo, tal como había observado Nancy, su padre había hecho más por gente de su propia raza —al proporcionarles trabajo estable, sueldos justos y tratarlos con dignidad— que miles de activistas y otros de esa laya que nunca habían tenido que vivir pendientes de una hoja salarial.

Despreciaba a algunos progresistas, incluyendo a los blancos que actuaban como si trataran de expiar personalmente trescientos años de esclavitud negra. Aquellos idiotas actuaban como si un negro no pudiera hacer nada malo… jamás. Nancy se divertía portándose grosera y aviesamente con ellos; la toleraban sonrientes, permitiendo que se saliera con la suya, solamente porque era negra. Mientras tanto, en Nancy crecía su desprecio hacia ellos.

A Nim Goldman no le despreciaba. En realidad —aunque el primer sorprendido hubiera sido Nim— había llegado a gustarle, y le admiraba.

Goldman la hubiera destrozado, y Nancy lo sabía. La odiaba abiertamente, sin tratar de ocultarlo. La odiaba como periodista y como mujer. Nancy estaba

enteramente segura de que el color de su piel no tenía nada que ver con el odio de Goldman, que hubiera sido igualmente intenso fuera ella blanca, amarilla o piel roja. En lo que respectaba a su odio por Nancy Molineaux, Goldman era daltónico. Como debía ser. Por eso Nancy le respetaba.

De una manera perversa, lo reconocía, sentía cierto placer en excitar la ira de Goldman. ¡Era tan malditamente refrescante! De todas maneras, ya era suficiente. Dos veces le había puesto en la picota cruelmente, pero no era justo seguir haciéndolo. Además, el hijo de perra tenía agallas y era honesto, más de lo que se podía decir de la mayoría de los sentenciosos de pacotilla que estaban en el debate en el que Goldman había hablado claramente antes de que le amordazaran.

En cuanto al debate, Nancy escribió el artículo que sintió que tenía que escribir, porque, por encima de todo, se enorgullecía de ser una periodista cabal. Eso significa ser implacable, hacer a un lado emociones y sentimientos personales. Pero nada había impedido que lamentara lo ocurrido a Goldman y que interiormente le deseara buena suerte.

Si algún día llegaba a tener una relación más amigable con él, cosa harto improbable, le diría todo esto.

Mientras tanto, pensó Nancy Molineaux, había cierta lógica y era justo que, al abandonar a Goldman como blanco de sus ataques, hubiera enfocado la atención sobre Davey Birdsong.

Era evidente que no le admiraba; estaba segura ya, en esta primera etapa de sus investigaciones, de que era un farsante y probablemente un estafador.

Inmediatamente después de la asamblea de accionistas de la «CGS», había comenzado a investigar sigilosamente sobre la *lfpp* de Birdsong. Le había llevado varios meses porque trabajaba a ratos perdidos y a veces pasaba largos períodos sin tener un momento para dedicarle al asunto. Pero aunque lentos, los resultados eran interesantes.

Nancy averiguó que Birdsong había fundado la *lfpp* cuatro años antes, en un momento en que la inflación, sumada al aumento de precio del petróleo, había elevado mucho las tarifas de electricidad y gas. Los aumentos de las tarifas golpearon duramente a las familias de bajos y medianos ingresos. Birdsong se proclamó defensor del pueblo.

Su extravagancia le ganó inmediatamente la atención de los medios de información, y él se aprovechó de eso para reclutar miles de simpatizantes para la *lfpp*. Para lograrlo, empleó un pequeño ejército de estudiantes universitarios para solicitar adhesiones, y Nancy había conseguido localizar a varios exestudiantes que trabajaron para él. Todos, sin excepción, lamentaban la experiencia.

—Creímos hacer algo noble, ayudar a los desamparados —le dijo uno de los exestudiantes, arquitecto ahora, a Nancy—. Pero descubrimos que lo que hacíamos en realidad era ayudar a Davey Birdsong.

El informante continuó:

—Cuando salíamos a conseguir gente nos daban unas peticiones que Birdsong había hecho imprimir. Iban dirigidas al gobernador, al Senado, a la Cámara de Representantes, a la Comisión de Servicios Públicos… lo que se le ocurra. Instaba a conceder «tarifas reducidas para los usuarios de pocos recursos»; íbamos de puerta en puerta pidiendo a la gente que la firmara. ¡Demonios! ¿Quién no firmaría eso? Casi todos lo hacían.

Otro de esos exestudiantes, una joven que también participaba en el diálogo, continuó el relato.

—Tan pronto obteníamos una firma, no antes, debíamos explicar al firmante que organizar esas peticiones cuesta dinero. ¿Estaría dispuesto a ayudar a la campaña donando tres dólares? Con lo que también satisfacían la cuota anual de socio de la *lfpp*. A estas alturas, las personas a las que les estábamos hablando empezaban a sentir que nos debían algo por nuestro trabajo, un método psicológico inteligente; Birdsong sabe mucho de eso, y fueron muy pocos, incluso entre las familias pobres, los que no pagaron los tres dólares.

—Supongo que no había en ello nada básicamente deshonesto —dijo el joven arquitecto—, a menos que lo sea reunir mucho más dinero del necesario para llevar adelante a la *lfpp*. Pero lo que fue una estafa es lo que hizo Birdsong con los estudiantes que trabajaban para él.

—Birdsong nos prometió como remuneración —dijo la joven— un dólar de cada tres que consiguiéramos. Pero insistió en que primero debíamos entregarle todo el dinero —según él para asentarlo en los libros— y que se nos pagaría más adelante. Por supuesto que fue más adelante, *mucho más adelante*. Y además sacamos solo una cuarta parte de lo que nos había prometido: veinticinco centavos en vez de un dólar de cada tres. Claro, se lo discutimos. Pero todo lo que dijo es que habíamos entendido mal.

—¿No tenían nada escrito? —preguntó Nancy.

—Nada. Confiamos en él. Después de todo, estaba con los pobres y contra el capitalismo; por lo menos eso es lo que creíamos.

—Además —agregó el arquitecto—, tal como comprendimos luego, Birdsong se cuidaba de hablar con cada uno de nosotros por separado. De esa manera… no había testigos. Si hubo un malentendido, fue el mismo para todos.

—No hubo tal malentendido —dijo la joven informante—. Birdsong es un estafador.

Nancy pidió a esos dos exestudiantes y a otros un cálculo de cuánto dinero se había reunido. En sus declaraciones públicas, Birdsong había dicho que la *lfpp* tenía veinticinco mil miembros. Pero la mayoría de los que Nancy entrevistó creían que el verdadero número era bastante más alto: probablemente treinta y cinco mil. De ser así, deducida la cantidad pagada a los solicitantes, lo recibido el primer año por la *lfpp* probablemente se acercaba a los cien mil dólares, en su mayor parte en efectivo.

—No es broma —dijo el arquitecto cuando se enteró del cálculo de Nancy—.

Birdsong tiene un trabajo lucrativo —añadió con tristeza—: Probablemente yo haya elegido mal.

Otra cosa que Nancy descubrió fue que la *lfpp* seguía recolectando dinero.

Davey Birdsong empleaba aún estudiantes universitarios —siempre hay una nueva generación que necesita trabajar unas horas— con el objeto de conseguir nuevos socios para la *lfpp*, y cuyas aportaciones se sumaban a las cuotas de los actuales. Aparentemente, Birdsong ya no estafaba a los estudiantes; probablemente había comprendido que no podía salirse con la suya por tiempo indefinido. Pero lo cierto es que el dinero entraba a raudales en la *lfpp*.

¿Qué hacía Birdsong con el dinero? No parecía haber una respuesta fácil. Es cierto que llevaba una activa oposición verbal contra la «Golden State» en varios frentes —a veces con éxito—, y también que muchos de los que pertenecían a la *lfpp* pensaban que su dinero estaba bien empleado. Pero Nancy tenía sus dudas.

Con la ayuda de un contable había hecho cuentas; aun suponiendo gastos muy elevados y una remuneración para Birdsong, no había manera de gastar más de la mitad de lo que entraba. ¿Qué ocurría con el resto? Lo más probable era que Birdsong, que controlaba totalmente la *lfpp*, lo retirara para sí.

Pero Nancy no podía probarlo. Por ahora.

El contable que la asesoraba dijo que, en última instancia, la Dirección de Impuestos podía exigir una rendición de cuentas a la *lfpp y* a Birdsong. Pero le señaló que la Dirección tenía una notoria escasez de personal. En consecuencia, muchas de las llamadas entidades de beneficio público quedaban sin controlador fiscal, y seguían adelante con sus tretas.

—¿Quiere usted que informe confidencialmente a la Dirección de Impuestos? —le preguntó el contable.

Su contestación fue un «no» enfático, pues no estaba aún preparada para ese tipo de informe.

Nancy contaba con los servicios del contable porque su padre era un cliente importante de su bufete de abogados. Lo mismo ocurría con un abogado a quien Milo Molineaux Inc. consultaba a menudo; así que Nancy le llevó a los exestudiantes universitarios y les hizo firmar declaraciones juradas. Colaboraron con mucho gusto.

Iba elaborando su informe muy cuidadosamente.

Nancy Molineaux conocía los otros ingresos de Birdsong provenientes de su actividad universitaria y sus escritos. En eso no había nada malo, ni siquiera inusual, pero estimuló su curiosidad por averiguar qué hacía Birdsong con todo ese dinero.

Además, circulaba un vago rumor —algo que ella oyó en una fiesta— acerca de que Birdsong y la *lfpp* habían solicitado ayuda financiera al «Club Sequoia». Nancy lo consideró improbable, y aun de ser cierto, estaba segura de que el rico y prestigioso «Club Sequoia» no entraría nunca en tratos con gente como Davey Birdsong. De todos modos, su costumbre era cubrir todos los ángulos, así que hizo algunos sondeos. Hasta ahora sin resultados.

Lo que más la intrigó fue lo que vio un día de enero cuando, conduciendo su «Mercedes» 450 SL, dio por casualidad con Birdsong caminando por una calle del centro. Sin detenerse a pensar por qué, decidió seguirle. Rápidamente, metió el coche en un aparcamiento que felizmente estaba allí mismo y le siguió a pie a una distancia discreta. Lo que pasó después le pareció sacado de una novela de espionaje.

Aunque Nancy estaba segura de que Birdsong no la había visto, él se comportó como si temiera que le siguieran y estuviera decidido a quitarse de encima a su perseguidor. Primero entró en el vestíbulo lleno de gente de un hotel. Después de echar una mirada a su alrededor, se metió en el lavabo de hombres y pocos minutos más tarde salió con gafas de sol y un sombrero blando de fieltro. El cambio no engañó a Nancy. Sin embargo, tenía otro aspecto, y comprendió que si hubiera estado vestido así desde el principio, no le habría reconocido. Salió del hotel por una puerta lateral. Nancy permitió que se le adelantara bastante y luego le siguió. Casi lo pierde un poco más adelante, porque subió a un autobús que cerró rápidamente las puertas y arrancó.

No tenía tiempo de volver al coche, pero por suerte se acercaba un taxi. Nancy le hizo señas. Mostró un billete de veinte dólares y le dijo al conductor, un joven negro:

—Siga a ese autobús sin que se note. Pero cada vez que se detenga, quiero ver quién baja.

El conductor respondió en seguida:

—¡De acuerdo, señora! Quédese tranquila. Yo me encargo del asunto.

Era inteligente y hábil. Se adelantó dos veces al autobús, y cada vez se metió por la derecha, para que el autobús, que iba por el lado de afuera, le adelantara. Mientras los dos vehículos iban juntos, Nancy mantuvo la cabeza hacia delante, pero cada vez que el autobús se detenía para que subieran o bajaran pasajeros, el taxi estaba ubicado de modo que ella viera claramente. Durante un tiempo que pareció largo, Birdsong no apareció y Nancy se preguntó si después de todo no se le habría escapado. Luego, a seis kilómetros del punto en que había subido, bajó del autobús.

Vio que miraba a su alrededor.

—Ahí está: el de la barba —le dijo al conductor.

—¡Ya lo veo! —el taxista aceleró sin mirar en dirección a Birdsong y se acercó a la acera—. No se dé la vuelta, señora. Le veo por el espejo. Está cruzando la calle —al cabo de un minuto o dos, exclamó—: Que me maten si no está subiendo a otro autobús.

También siguieron al segundo autobús. Iba en dirección opuesta al primero y volvió sobre parte de la ruta anterior. Esta vez, Birdsong bajó a las pocas manzanas, mirando nuevamente a su alrededor. Muy cerca había varios taxis aparcados. Birdsong cogió el primero y, cuando arrancó, Nancy vio su cara espiando por el cristal de atrás.

Tomó otra decisión e indicó:

—Que se vaya. Lléveme de nuevo al centro.

Nancy pensó que era mejor no abusar de la suerte. Esperaba que Birdsong no hubiera descubierto que el taxi le seguía, pero si ella insistía ahora, indudablemente se daría cuenta. La solución del misterio de adonde iba y por qué, debería llegar de otra manera.

—¡Caramba, señora!, no es fácil entenderla —se quejó el taxista cuando cambiaron de rumbo—. Primero quiere seguir al tipo, y nos va bien. Y entonces abandona —siguió protestando—. Ni siquiera me dejó acercarme lo suficiente para ver el número del otro taxi.

Como el hombre había hecho todo lo posible, le explicó que no quería acercarse tanto por temor a que la reconociera. La escuchó y asintió:

—¡Entiendo!

Pocos minutos después, el joven conductor volvió la cabeza.

—¿Todavía quiere saber adónde va el barbitas?

—Sí —dijo Nancy. Cuanto más pensaba en las complicadas precauciones que tomaba Birdsong, más convencida estaba de que algo importante ocurría. Algo que ella debía saber.

El conductor preguntó:

—¿Sabe por dónde anda el tipo habitualmente?

—¿Su domicilio? No. Pero no sería difícil averiguarlo.

—Podríamos hacer un trato —dijo el conductor—. Conmigo y dos compañeros. Están sin trabajo y tienen coches con radio. Yo también tengo una. Los tres podríamos hacer turnos para seguir al barbitas, cambiando repentinamente para que no viera siempre el mismo coche. Usaríamos las radios. De esa manera, cuando uno le deja entra el otro.

—Pero para hacer eso tendrían que vigilarle todo el día —señaló Nancy.

—Se puede hacer. Como le he dicho, mis amigos están sin trabajo.

El plan tenía posibilidades. Preguntó:

—¿Cuánto costaría?

—Habría que calcularlo, señora. Pero seguramente no tanto como usted piensa.

—Cuando haya hecho sus cálculos, llámeme —dijo Nancy. Garabateó el número telefónico de su apartamento en el reverso de una tarjeta comercial.

Llamó esa misma noche, tarde. Para entonces, ella había buscado la dirección de Birdsong en la guía telefónica.

—Doscientos cincuenta por semana —dijo el taxista—. Para mí y los otros dos.

Ella vaciló. ¿Era tan importante como para tomarse todo ese trabajo y gastar tanto? Nuevamente su instinto le dijo que sí.

En ese caso, ¿debería pedir el dinero al *Examiner*? Nancy no estaba segura. Si lo hacía, tendría que revelar todo lo que había descubierto hasta entonces, y estaba segura de que el periódico querría publicar inmediatamente el material sobre Davey Birdsong y su *lfpp*. En opinión de Nancy, sería prematuro; estaba convencida de que había más, y que valía la pena esperar.

Además, la administración del periódico era tacaña y se resistía a gastar dinero a menos que fuera necesario. Decidió seguir adelante por su cuenta. Por ahora pagaría ella, con la esperanza de que se lo devolvieran más adelante. Si no lo hacían, el desastre no sería demasiado grande, pero tendría que apartarse de una norma que se había autoimpuesto.

En muchos sentidos, Nancy Molineaux era rica. Varios años atrás, su padre había establecido un fondo fiduciario que le aseguraba una holgada renta estable. Pero —era una cuestión de orgullo— ella mantenía separadas esas rentas privadas y sus ganancias profesionales.

Por una vez acallaría su orgullo.

El taxista, que se llamaba Vickery, dijo que quería algo como adelanto; era razonable, y Nancy le dijo que pasara a recogerlo.

Después, no tuvo noticias durante seis días. Al sexto, el joven taxista le trajo un informe. Para su sorpresa, era detallado y estaba escrito cuidadosamente. Describía todos los movimientos de Birdsong; eran de rutina e inocuos. En ningún momento había demostrado darse cuenta de que le seguían. Más importante aún; no hizo ninguna tentativa para quitarse de encima algún perseguidor.

—Sirve para demostrar que una semana no basta —dijo Vickery—. ¿Quiere intentarlo otra?

Nancy pensó: «¡Y por qué no, qué demonios!»

Al cabo de otros siete días, Vickery volvió. Traía un informe igualmente detallado, con resultados igualmente negativos. Desilusionada, le dijo:

—Está bien, eso es todo. Olvídelo.

El joven la miró sin ocultar su desilusión.

—¿Va a abandonar ahora? ¡Mire lo que lleva invertido! —cuando notó que vacilaba, le insistió—: ¡Vaya hasta el fin! Pruebe una semana más.

—Merecería ser uno de esos vendedores de porquería —dijo Nancy—, en vez de andar con un taxi.

Lo pensó. Tenía pruebas de que Birdsong era un impostor. ¿Seguía pensando que era un criminal? ¿Descubrir adónde iba de manera tan misteriosa la ayudaría a escribir su artículo? Finalmente, ¿debería dar por perdido lo gastado, o, como decía el jovencito sabelotodo, seguir hasta el final?

Otra vez su instinto. Le respondió «sí» a las tres preguntas.

—Está bien, genio —le dijo a Vickery—. Una semana más. Y se acabó.

El cuarto día descubrieron el filón de oro.

Vickery llamó por teléfono y luego fue a su apartamento por la noche.

—Supuse que querría saberlo en seguida. Esta tarde el barbitas ha intentado sacarse a alguien de encima, como hizo aquel día con usted y conmigo —y añadió, satisfecho—: Se la hemos jugado al hijo de puta.

—Por lo que me ha contado —dijo Nancy—, espero que sea cierto.

El joven sonrió al presentar el informe escrito acostumbrado. Decía que Davey

Birdsong había conducido su propio coche desde el garaje del edificio donde vivía y lo había aparcado en el otro extremo de la ciudad. Antes de salir del coche se había puesto gafas de sol y sombrero. Luego había cogido un taxi para volver a atravesar la ciudad en sentido contrario; después, dos viajes en autobús en direcciones distintas, y finalmente había continuado a pie, dando un rodeo, hasta una casa pequeña en el lado este de la ciudad.

Entró en la casa. Figuraba la dirección.

—El barbitas se quedó dentro dos horas —dijo Vickery.

Después de eso —se leía en el informe—, Birdsong cogió un taxi hasta un lugar a unas manzanas de donde había aparcado el coche. Caminó hasta él y se dirigió a su casa.

Vickery preguntó esperanzado:

—¿Quiere que sigamos vigilando al barbitas? Esos amigos míos siguen sin trabajo.

—Teniéndole a usted —le dijo Nancy—, no deberían preocuparse —y sacudió la cabeza—. Ya no.

Dos días después, Nancy estaba sentada en su coche observando la casa que Davey Birdsong visitaba tan en secreto. Hacía casi dos horas que estaba allí. Era cerca del mediodía.

Ayer, el día después del informe final de Vickery, lo había pasado terminando un artículo para una sección del *Examiner*, aunque todavía no lo había entregado en la redacción. Lo haría mañana. Mientras tanto, disponía de todo su tiempo.

La casa que vigilaba era el número 117 de la calle Crocker. Era una entre doce casas iguales construidas en los años veinte y restauradas una década atrás por un constructor especulador que creía que el barrio estaba destinado a revivir, y mejoraría. El constructor se equivocó. La calle Crocker no cambió: una calle cualquiera, común, donde vivía gente que no tenía medios para hacerlo en un lugar mejor. Y las casas restauradas estaban volviendo a su condición anterior, como lo mostraban la mampostería que saltaba, los cristales rotos y la pintura descascarada.

Para Nancy, la número 117 no era mejor que el resto. Hábilmente, había aparcado su «Mercedes» a una manzana, en un lugar desde donde veía la casa claramente, pero le parecía que a ella no podían observarla. La presencia de otros autos aparcados ayudaba. Había traído prismáticos, pero no los usaba por temor a despertar la curiosidad de algún transeúnte.

Hasta ahora no se había notado mayor actividad en la calle, y ninguna en absoluto en el número 117.

Nancy no tenía idea de lo que podía descubrir, si es que descubría algo, ni tampoco tenía un plan. Mientras transcurría la mañana pensó que llegaría a ver a algún ocupante de la casa: infructuosa espera. Se preguntó si no habría esperado bastante. Quizá debiera irse y volver otro día.

Un vehículo pasó al lado de su coche, como había ocurrido con otros durante las

dos horas anteriores. Sin prestarle mayor atención vio que era una camioneta «Volkswagen» desvencijada, pintada de marrón y con una ventanilla lateral rota y burdamente reparada con cartón y cinta adhesiva.

Repentinamente, Nancy prestó atención. El «Volkswagen» había enfilado hacia la otra acera de la calle y se detenía frente al número 117.

Salió un hombre. Nancy se arriesgó a usar los prismáticos. Vio que era delgado, de pelo bien corto y con un bigote tupido, le pareció de unos treinta años. En contraste con su vehículo, iba bien vestido, con un traje azul oscuro, y llevaba corbata. Fue hacia la parte posterior del vehículo y abrió la puerta. Los prismáticos eran poderosos (los usaba para observar los barcos desde su apartamento) y pudo ver las manos del hombre. Se veían muy manchadas.

El hombre metió la mano dentro del cajón y sacó un cilindro color rojo. Parecía pesado. Dejó el objeto sobre la acera, metió las manos otra vez y sacó otro; luego los llevó hasta la casa. Mientras lo hacía, Nancy comprobó que eran extintores de incendios.

El hombre hizo dos viajes más entre el «Volkswagen» y la casa, transportando cada vez dos extintores más. Seis en total. Después del último par permaneció en la casa unos cinco minutos y luego volvió a salir y se alejó en la camioneta.

Nancy dudó entre seguirle o no, y decidió no hacerlo. Luego se quedó pensando: «¿Por qué una casa tan pequeña necesita tanta protección contra el fuego?» De pronto, exclamó: «¡Mierda!» No se le había ocurrido apuntar el número del «Volkswagen», cosa que pudo hacer fácilmente. Ahora era demasiado tarde. Se increpó por ser tan mal detective, y pensó que lo que debió hacer era seguir a la camioneta.

¿Hora de irse, de todos modos? Le pareció que sí. Llevó la mano al arranque, pero se detuvo. En el 117 pasaba algo más. Una vez más cogió los prismáticos.

De la casa había salido una mujer; era joven, de cuerpo pequeño, e iba vestida descuidadamente, con tejanos descoloridos y un sacón. Miró a su alrededor brevemente y luego comenzó a caminar con paso ágil, en dirección opuesta al «Mercedes».

Esta vez Nancy no vaciló. Puso el motor en marcha y salió del aparcamiento. Siguiendo a la mujer con la mirada, condujo despacio, cautelosamente, acercándose de vez en cuando a la acera para no adelantarse a su presa.

La mujer no miró hacia atrás. Cuando dobló la esquina, Nancy esperó todo lo que le pareció prudente antes de hacer lo mismo. Lo hizo a tiempo para ver que la mujer entraba en un pequeño supermercado. Había un aparcamiento y Nancy entró en él. Cerró el coche y la siguió adentro.

El supermercado estaba medianamente activo, con unas veinte personas comprando. Nancy vio a la mujer que seguía en el otro extremo de un pasillo poniendo latas en un carrito. Nancy también cogió un carrito, dejó caer en él algunos artículos que tomó al azar de los estantes que tenía cerca, y luego se dirigió

disimuladamente hacia donde estaba la otra mujer.

Le pareció más joven que cuando la había visto de lejos, poco más que una muchacha. Pálida, con el pelo rubio despeinado y sin maquillaje. En la mano derecha tenía algo que parecía un guante improvisado. Obviamente, cubría alguna deformidad o lesión, porque usaba solo la mano izquierda. Cogió una botella de aceite y leyó la etiqueta.

Nancy Molineaux se le adelantó con el carrito y luego se volvió abruptamente, como si hubiera olvidado algo. Su mirada se cruzó con la de la otra mujer. Nancy sonrió y dijo animadamente:

—¡Hola! ¿No nos conocemos? —y añadió—: Creo que tenemos un conocido en común: Davey Birdsong.

La reacción fue inmediata y extraña. La joven palideció hasta tomar un color ceniza, tembló visiblemente, y se le cayó la botella de aceite, que se rompió contra el suelo.

Hubo un silencio de varios segundos durante los que no ocurrió nada salvo que el charco de aceite se extendió rápidamente a través del pasillo. Luego, el encargado llegó apresurado, cloqueando como una gallina preocupada:

—¡Dios mío! ¡Qué barbaridad! ¿Qué ha pasado aquí?

—Yo tengo la culpa —dijo Nancy rápido—. Lo siento, y pagaré lo que he roto.

—Con eso no paga la limpieza, ¿eh? —objetó el encargado.

—No —le dijo Nancy—, pero piense en el ejercicio que va a hacer. —Cogió del brazo a la otra mujer, que se había quedado paralizada como en *shock*.

—Vámonos de aquí —dijo Nancy. Sin resistirse y abandonando el carrito, la chica se fue con ella.

En el aparcamiento Nancy la condujo hacia el «Mercedes». Pero cuando abrió la puerta del coche pareció recobrarse.

—¡No puedo! ¡No puedo! Tengo que volver a casa —su voz sonó aguda y nerviosa; y volvió el temblor que la había abandonado al salir del supermercado. Miró a Nancy alocadamente—. ¿Quién es usted?

—Una amiga. Mire, ahí cerca hay un bar; lo he visto al venir. ¿Por qué no nos vamos a tomar una copa? Me parece que le hará bien.

—¡Le digo que no puedo!

—Sí que puede, y lo hará —dijo Nancy—. Porque si no lo hace, esta misma tarde llamaré a su amigo Davey Birdsong y le diré…

No tenía idea de cómo hubiera terminado la frase, pero tuvo un efecto electrizante. La chica se metió en el coche sin más protestas. Nancy cerró la portezuela y rodeó el coche para ponerse al volante.

En unos pocos minutos llegaron al bar y encontraron lugar para aparcar. Dejaron el coche y entraron. El interior estaba oscuro y olía a humedad.

—¡Dios! —dijo Nancy—. Necesitamos un perro para ciegos. —Tanteó hasta llegar a una mesa lejos de la otra gente que ya estaba bebiendo. La chica la siguió.

Cuando se sentaron, Nancy dijo:

—Tengo que llamarla de alguna manera. ¿Cómo?

—Yvette.

Apareció un camarero e Yvette pidió una cerveza; Nancy un daiquiri. Se quedaron calladas hasta que sirvieron las bebidas.

Esta vez la chica habló primero.

—Todavía no me ha dicho quién es.

No parecía haber motivos para no decirlo.

—Me llamo Nancy Molineaux. Soy periodista.

Yvette había mostrado sorpresa dos veces ya, pero esta vez la reacción fue aún mayor. Abrió la boca, el vaso se le escapó de las manos y si Nancy no lo hubiera cogido habría seguido el camino del aceite.

—Tómelo con calma —le pidió Nancy—. Los periodistas se comen a la gente solo cuando tienen hambre. Yo no tengo.

La chica farfulló como si le costara decir algo:

—¿Qué quiere de mí?

—Una información.

Yvette se humedeció los labios.

—¿Sobre qué?

—Sobre, por ejemplo, quién vive en la casa de la que usted ha salido. ¿Qué está ocurriendo allí? ¿Por qué va Davey Birdsong? Eso para empezar.

—No es asunto suyo.

Los ojos de Nancy se iban acostumbrando a la oscuridad, y pudo ver que, pese a la repulsa, la otra mujer seguía asustada. Probó un disparo al aire.

—Bien, supongo que debí haber ido a la policía primero y…

—¡No! —Yvette casi se levantó, pero se dejó caer de nuevo. De pronto apoyó la cara en las manos y empezó a sollozar.

Nancy tendió la mano por encima de la mesa.

—Sé que tiene algún problema. Si me lo permite, la ayudaré.

—Nadie puede ayudarme —dijo entre sollozos. Un momento después, con un evidente esfuerzo de voluntad, se puso de pie—. Me voy —aun en su gran congoja, mantenía cierta dignidad.

—Escuche —dijo Nancy—. Haremos un trato. Si promete verme de nuevo, no diré ni haré nada mientras tanto.

La chica vaciló.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días. Aquí mismo.

—Tres días no —otra vez la mezcla de duda y miedo—. Quizás una semana.

Había que conformarse.

—Está bien. Dentro de una semana, el próximo viernes; la misma hora, el mismo lugar.

Con un gesto de asentimiento, Yvette se fue.

De regreso, Nancy no estaba segura si había manejado bien o mal la situación. ¿Y de qué demonios se trataba? ¿Qué tenían que hacer Davey Birdsong e Yvette en todo aquello? La alusión de Nancy a la policía había sido una observación de paso, impulsiva. Sin embargo, la reacción casi histérica de la chica mostraba que había algo ilegal. Si era así, ¿ilegal en qué sentido? Todo era muy frustrante, con demasiadas preguntas y escasas respuestas. Era como tratar de organizar un rompecabezas sin la menor idea del molde.

14

Al día siguiente, Nancy Molineaux pudo colocar otra pieza del rompecabezas. Tenía que ver con el vago rumor que le había llegado, y al que no daba crédito, de que Birdsong y la *lfpp* buscaban la ayuda financiera del «Club Sequoia».

Pese a su escepticismo había hecho sondeos. Uno dio resultado.

Una empleada encargada de enviar la correspondencia del «Club Sequoia», una mujer negra, de edad, llamada Grace, le había pedido una vez a Nancy Molineaux que la ayudara a conseguir un alojamiento subvencionado por la municipalidad. A Nancy solo le había costado una llamada telefónica, y con la influencia del *California Examiner* pudo ponerla entre los primeros en la lista oficial de aspirantes. Pero Grace había quedado agradecida, e insistía en que si alguna vez podía devolverle el favor, lo haría.

Unas semanas atrás, Nancy la llamó a su casa y le habló de ese rumor sobre el «Club Sequoia». Le preguntó si quería intentar averiguar si había algo de verdad en eso, y en caso afirmativo, si la petición de la *lfpp* había tenido éxito.

Unos días después recibió un informe: por lo que sabía Grace, el rumor era falso. Sin embargo, agregaba: una cosa así podía mantenerse en secreto, sin que lo supieran más de dos o tres de los que estaban más arriba, como Prissy Pritchy (así llamaba el personal del «Club Sequoia» a Roderick Pritchett).

Ese día, Grace dedicó la hora del almuerzo a ir al *Examiner*, donde se dirigió a la sala de redacción. Dio la casualidad de que Nancy estaba allí. Entraron en un cubículo de vidrio aislado donde podían hablar tranquilamente. Grace, una mujer gruesa, desbordaba de un vestido ceñido estampado con flores de colores luminosos, y llevaba sombrero. Tenía una bolsa de red en las manos y buscó algo adentro.

—He descubierto algo, señorita Molineaux. No sé si tiene que ver con lo que usted quería, pero aquí está.

Lo que mostró era una copia de un memorándum del «Club Sequoia».

Grace explicó que habían entrado a su oficina tres sobres para despachar con la indicación «Privado y Confidencial». Eso era raro. Lo inusual era que uno de los sobres había llegado sin cerrar, probablemente por descuido de una secretaria. Grace lo apartó, y más tarde, cuando no la veían, leyó el contenido. Nancy sonrió pensando en toda la correspondencia que se leía de esa manera.

Grace lo había fotocopiado en una de las «Xerox» del Club. Nancy leyó el memorándum confidencial con toda atención.

> De: Director ejecutivo A: Miembros del Comité Ejecutivo Especial Para su conocimiento, la segunda donación a la organización de B acordada en nuestra reunión del 22 de agosto ha sido pagada con el fondo para eventuales.

Las iniciales eran R. P.

—¿A quién iba dirigido el sobre? —preguntó Nancy.

—Al señor Saunders. Es miembro de la comisión y…

—Sí, lo sé —Irwing Saunders, el conocido abogado-hombre de mundo, era un dirigente importante del «Club Sequoia»—. ¿Y los otros dos sobres?

—Uno a la señora Carmichael, nuestra presidente. El otro a la señora Quinn.

Tenía que ser Priscilla Quinn. Nancy apenas la conocía. Una *snob* de la alta sociedad.

—¿Es lo que buscaba? —preguntó Nancy, ansiosa.

—No estoy segura —Nancy volvió a leer el memorándum. Estaba claro que «B» podía ser Birdsong, pero también podía ser otras cosas. Por ejemplo, el intendente, cuyo apellido comenzaba con «B», estaba al frente de una organización llamada «Salvemos los Edificios Antiguos» que el «Club Sequoia» sostenía activamente. Pero en ese caso, ¿por qué había de ser «privado y confidencial» el memorándum? Quizá porque el «Club Sequoia» nunca hablaba de su dinero.

—Haga lo que haga —dijo Grace—, ¿no dirá de quién tuvo la información?

—Ni siquiera la conozco a usted —le aseguró Nancy—. Y jamás ha estado aquí.

La mujer sonrió y asintió.

—Necesito el trabajo. Aunque el sueldo no sea alto —se puso de pie—. Bueno, tengo que volver.

—Gracias —dijo Nancy—. Le agradezco lo que ha hecho. No deje de avisarme si necesita algo.

Un favor por otro, lo sabía bien, formaba parte del comercio periodístico.

De regreso a su escritorio, preguntándose siempre si el memorándum se refería a Birdsong y la *lfpp* o no, se encontró con el redactor jefe.

—¿Quién era la vieja esa, Nancy?

—Una amiga.

—¿Estás empollando un artículo?

—Quizá.

—Cuéntamelo.

Ella sacudió la cabeza.

—Todavía no.

El otro la miró irónicamente.

Era un veterano del periodismo, de cabellos grises, bueno en su trabajo, pero, como muchos otros, había llegado al tope de los ascensos.

—Se supone que formas parte del equipo, Nancy, y yo soy el entrenador. Sé que prefieres trabajar sola, y te das el gusto porque obtienes resultados. Pero no hay que exagerar.

Ella se encogió de hombros.

—En ese caso, échame.

Él no lo haría, naturalmente, y ambos lo sabían. Dejándole frustrado como hacía con tantos otros hombres, volvió al escritorio y comenzó a llamar por teléfono.

Primero llamó a Irwing Saunders.

Una secretaria le anunció que no estaba, pero cuando Nancy mencionó al *Examiner*, se puso al teléfono encantado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Molineaux?

—Querría conversar sobre la donación hecha por el «Club Sequoia» a la organización *lfpp* del señor Birdsong.

Hubo un silencio de un segundo.

—¿Qué donación?

—Tenemos entendido que…

Saunders rio fuerte.

—¡Pamplinas! Nancy…, ¿puedo llamarla así?

—Seguro.

—Nancy, eso ya-lo-sé-pero-querría-la-confirmación es el truco periodístico más viejo que se conoce. Está hablando con un viejo ladino que no muerde el anzuelo.

Ella se rio con él.

—Siempre he oído decir que es inteligente, señor Saunders.

—Y es cierto, joven.

—Pero ¿qué hay de una relación entre el «Club Sequoia» y la *lfpp*? —insistió ella.

—Es muy difícil que yo sepa algo sobre un tema semejante, Nancy.

«Un tanto para mí», pensó ella. No había dicho: *No sé.* Solo: *Es muy difícil que sepa*. Más adelante, si fuera necesario, podría aducir que no había mentido. Probablemente tuviera un magnetófono funcionando a su lado.

—Mi información —dijo ella—, es que un comité del «Club Sequoia» decidió…

—Háble me de ese supuesto comité, Nancy. ¿Quién lo formaba? Deme nombres…

Ella pensó rápidamente. Si mencionaba los otros nombres que conocía (Carmichael, Quinn), les llamaría por teléfono inmediatamente para prevenirles. Nancy quería llegar primero. Mintió:

—No tengo nombres.

—En otras palabras, no tiene un cuerno —repentinamente sonó menos amistoso —. Soy un abogado ocupado, señorita Molineaux, con muchos casos entre manos. Los clientes me pagan mi tiempo y usted me lo hace gastar.

—En ese caso no gastaré más.

Sin contestar, él cortó.

Ya mientras hablaba, Nancy buscaba «Quinn» en la guía telefónica. Lo encontró: Quinn, Dempster W. R. Se podía confiar en que el marido de Priscilla tuviera un nombre más que la mayoría de la gente. Nancy marcó el número y a la segunda llamada una voz masculina le informó:

—Residencia del señor Dempster Quinn.

—La señora Quinn, por favor.

—Lo siento. La señora está almorzando y no se la puede molestar.

—Moléstela —dijo Nancy— diciéndole que el *California Examiner* tiene la

intención de mencionar su nombre. ¿Querría ella ayudarnos para que los datos sean correctos?

—Un momento, por favor.

Pasaron no solo instantes, sino varios minutos. Por fin una serena voz femenina preguntó:

—¿Sí?

Nancy se identificó.

—¿Qué desea?

—Señora Quinn, cuando el comité ejecutivo del «Club Sequoia», del que usted forma parte, se reunió en agosto y decidió colaborar con «Luz y Fuerza para el Pueblo» de Davey Birdsong, que se…

Priscilla Quinn dijo secamente:

—Se supone que esa reunión del comité y todo lo decidido son cosas confidenciales.

¡Bingo! A diferencia del abogado Saunders, Quinn no era una vieja ladina. Nancy tenía ahora la confirmación que buscaba, confirmación que nunca hubiera obtenido con preguntas directas.

—Bueno —dijo Nancy—, la voz parece haber corrido. Quizá Birdsong haya hablado.

Oyó algo que sonó como un soplido.

—No me extraña. Nunca hubiera confiado en ese hombre en lo más mínimo.

—En ese caso me permitirá que le pregunte por qué aceptó colaborar con…

—No acepté. Fui la que votó en contra de la idea. Los otros me derrotaron —en la voz de Priscilla Quinn se deslizó un toque de alarma—. ¿Piensa usted publicar algo de esto?

—Naturalmente.

—¡Válgame Dios! No quiero que cite esta conversación.

—Señora Quinn —señaló Nancy—, cuando usted cogió el teléfono yo me identifiqué y usted no dijo nada acerca de mantener en reserva nuestra conversación.

—En ese caso lo hago ahora.

—Es demasiado tarde.

La otra mujer dijo indignada:

—Llamaré por teléfono a su director.

—Que no hará nada —le replicó Nancy—, salvo decirme que siga adelante y escriba el artículo —hizo una pausa para pensar—. Pero puedo hacer un trato.

—¿Qué trato?

—Tendré que utilizar su nombre como miembro del comité ejecutivo del «Club Sequoia». Eso no puedo evitarlo. Pero no diré que he hablado con usted, siempre que me diga cuánto dinero le pagó el «Club Sequoia» a la *lfpp*.

—Pero eso es chantaje.

—Llámelo un negocio: un intercambio leal.

Hubo un silencio breve.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Puede. Vamos; corra el riesgo.

Otra pausa. Luego, muy despacio:

—Cincuenta mil dólares.

Los labios de Nancy se apretaron en un silbido silencioso.

Cuando cortó, algo le dijo que le había arruinado el almuerzo a la señora de Dempster W. R. Quinn.

Una o dos horas después, y terminadas otras tareas de rutina, Nancy, sentada a su escritorio, pensaba, calculaba. ¿Cuánto sabía en definitiva?

Primer hecho: Davey Birdsong había estafado a estudiantes y recogido mucho más dinero del necesario para administrar la *lfpp*.

Segundo hecho: El «Club Sequoia» respaldaba a Birdsong con dinero; con una gran cantidad. Eso, por sí mismo, era una noticia sensacional que haría enarcar muchas cejas, y casi con certeza dañaría la reputación del club como institución prestigiosa de alto nivel.

Tercer hecho: Birdsong estaba involucrado en algo que no deseaba que se descubriera, de ahí las complejas precauciones que tomaba para ir a esa casa en el barrio este. *Primera pregunta*: ¿Qué hacía allí? ¿Tenía relación con las grandes cantidades de dinero que había acumulado? ¿Qué ocurría en la casa? Nancy todavía no tenía la menor idea.

Cuarto hecho: La chica de la casa, Yvette, estaba muerta de miedo por alguna razón. *Segunda pregunta*: ¿Cuál? La misma respuesta que para la primera pregunta.

Quinto hecho: La firma inmobiliaria «Redwood» era propietaria del número 117 de la calle Crocker. Nancy lo había descubierto hoy en la oficina del asesor de impuestos. Luego, haciéndose pasar por una investigadora de una oficina de créditos, había llamado por teléfono a «Redwood» y había averiguado que la propiedad la tenía alquilada desde el año anterior un tal señor G. Archambault, de quien no se sabía nada salvo que pagaba regularmente. *Tercera pregunta*: ¿Quién y qué era Archambault? Vuelta a la primera pregunta.

Conclusión: El rompecabezas estaba incompleto, el artículo todavía no podía salir.

Nancy pensó: «Tendré que tener paciencia y esperar hasta el encuentro con Yvette dentro de seis días.» Ahora lamentaba haber aceptado el retraso, pero había prometido y tendría que cumplir.

Nancy se preguntó si correría algún peligro al volver, ahora que Yvette sabía en qué estaba interesada. No lo creía. De todas maneras, el temor a las consecuencias nunca la preocupaba.

Y sin embargo… Nancy tenía la incómoda sensación de que debería compartir lo que sabía con alguien más, comentar lo que ya tenía, lograr otra opinión sobre lo que correspondía hacer ahora. Lógicamente, debería hacerlo con el redactor jefe. Además,

ya lo hubiera hecho si el hijo de perra no le hubiera salido con eso de que él era el entrenador del equipo… ¡Ahora parecería que le quería dar el gusto! ¡Que reviente el señor Charlie!

Nancy decidió que por ahora seguiría desenredando el ovillo ella sola.

Fue una decisión que más tarde lamentaría amargamente.

15

En su oficina, Nim leía la correspondencia de la mañana. Su secretaria, Victoria Davis, ya había abierto y clasificado casi todas las cartas y memorándums, poniéndolos en dos carpetas, una verde y la otra roja, esta última para asuntos urgentes o importantes. Hoy la carpeta roja desbordaba. Además, había algunas cartas marcadas «personal». Entre ellas, Nim reconoció un sobre de un familiar color azul escrito a máquina. Era el papel de Karen Sloan.

Últimamente la conciencia le había hecho pensar en Karen… de dos maneras. Por una parte, la quería realmente mucho y, aunque habían hablado por teléfono, se sentía culpable por no haberla visitado desde la noche en que hicieron el amor. Y, por otra parte, estaba Ruth. ¿Cómo encajaba su amor por Karen con la reconciliación y la nueva armonía con Ruth? La verdad era que no encajaba. Y, sin embargo, no podía hacer a un lado a Karen, de repente, como un pañuelo de papel usado. Si se hubiera tratado de otra mujer, hubiera sido posible, y lo habría hecho inmediatamente. Pero Karen era diferente.

Había pensado contarle a Ruth lo de Karen, pero decidió que no se ganaría nada. Además, Ruth ya tenía bastantes problemas como para cargarla con otro; por otra parte, él era quien debía tomar la decisión sobre Karen.

Le daba vergüenza admitirlo incluso para sí, pero por ahora había archivado mentalmente a Karen; por eso tardaba en abrir su carta.

Sin embargo, el recuerdo de Ruth le hizo recordar otra cosa.

—Vicki —llamó a través de la puerta abierta—, ¿hizo aquella reserva de hotel?

—Ayer —entró señalando la carpeta verde—. Le escribí una nota; está allí. El «Columbus» tenía una cancelación, de manera que dispone de una *suite* de dos dormitorios. Me prometieron que será en un piso alto y con buena vista.

—¡Bien! ¿Cómo anda la última revisión de mi discurso?

—Si deja de hacerme preguntas que ya he contestado —le dijo Vicki—, lo tendré listo esta tarde.

—¡Fuera de aquí! —gritó él, sonriente.

Al cabo de una semana Nim tenía que hablar en la convención anual del Instituto Nacional de Electricidad. El discurso, que ya había pasado por varios borradores, versaba sobre futuras exigencias de energía y se titulaba *Apagón*.

La gran convención nacional del Instituto, importante para la industria de los servicios públicos y sus proveedores, se celebraba allí este año, en el hotel «Christopher Columbus». Duraría cuatro días. Como había varios actos sociales programados, a Nim se le ocurrió que para su familia sería un cambio interesante trasladarse con él al hotel mientras durara la convención. Se lo había sugerido a Ruth, Leah y Benjy, que respondieron entusiasmados.

La idea de conseguir una habitación en un piso alto con buena vista fue de Nim. Pensó que a los niños les gustaría.

Había prometido hablar en la convención casi un año antes, mucho antes de dejar de ser portavoz de la compañía. Cuando días antes mencionó el compromiso a Eric Humphrey, el presidente le dijo: «Adelante, pero no entre en polémicas.» En realidad, el discurso de Nim sería extremadamente técnico, dirigido especialmente a planificadores de otras compañías. Todavía no había decidido si lo sazonaría o no con una pizca de polémica, pese a la advertencia del presidente.

Cuando Vicki cerró la puerta de la oficina, Nim cogió su carpeta roja y decidió abrir la carta de Karen.

Estaba seguro de que el sobre contenía versos, esos versos que Karen escribía tan laboriosamente con el palito que sostenía en su boca. Y, como le ocurría siempre, se conmovió al pensar en ella trabajando tanto y con tanta paciencia para él.

Tenía razón.

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
(como dicen los militares):

Solo para tus ojos, querido Nimrod,
Ojos tan queridos y buenos.
Otros no deben aterrizar en este comunicado
Nada militar,
Muy privado, íntimo, amante.

Mi deleite sensual se prolonga:
Mezcla lujuriosa, turbulenta, embriagadora,
A la vez.
Tan dulcemente suave, vigorosamente camal.

Mente, carne
Terminaciones nerviosas, labios, manos.
Hormigueando de placer
Recuerdan, ¡oh, exquisito amante!
La plena satisfacción de tu amor.
¡Éxtasis tal!
¡De hoy en adelante Voto por el hedonismo!

Eres en verdad un noble caballero,
De bruñida armadura,
Cuya reluciente espada (Particularmente esa espada)
Trae felicidad dorada.
Me conmueve.
Y tú,
Para siempre.

«¡Karen —pensó al terminar—, te deseo! ¡Oh, cómo te deseo!» Sus mejores intenciones parecieron desvanecerse. Volvería a ver a Karen, sin importarle nada de

nada. Y pronto.

Pero primero, se dijo, tenía que cumplir con un programa de trabajo intenso que incluía el discurso para la convención. Se dedicó nuevamente a la correspondencia oficial.

Instantes después sonó el teléfono. Cuando Nim contestó con impaciencia, Vicki le informó:

—El señor London está en la línea y desearía hablar con usted. Consciente de la carpeta roja repleta, Nim le dijo:

—Pregunte si es importante.

—Ya lo he hecho. Dice que sí.

—Póngame con él, entonces —un *click* y la voz del jefe de protección patrimonial dijo:

—¿Nim?

—Harry, tengo una semana muy ocupada. ¿Es algo que pueda esperar?

—No lo creo. Ha surgido algo delicado, algo que creo debes saber.

—Está bien, adelante.

—Por teléfono, no. Tengo que verte.

Nim suspiró. A veces Harry London se comportaba como si todo lo de su departamento tuviera prioridad sobre el resto de la «CGS».

—Muy bien, sube ahora.

Nim volvió a su trabajo hasta que llegó London, al cabo de cinco minutos.

Apartando la silla del escritorio, Nim dijo:

—Te escucho, Harry. Pero sé breve.

—Lo intentaré —el jefe de Protección Patrimonial, bajo, rudo, se instaló en una silla de enfrente. En cuanto a vestimenta y actitud, seguía pareciendo un exsoldado de la Marina, elegante y vivo, pero a Nim le pareció que tenía la cara más arrugada que unos meses atrás.

—Recordarás —comenzó London— que poco después de pescar a esos tipos de «Quayle» robando energía en el edificio «Zaco», te dije que habíamos descubierto un nido de ratas. Predije que saldrían a luz muchas cosas y que algunos nombres importantes podían estar involucrados.

Nim asintió.

—A ver qué te parece este nombre importante: señor juez Paul Sherman Yale.

—¡Estarás bromeando! —dijo Nim, irguiéndose de pronto.

—Ojalá lo estuviera —dijo London con tristeza—. Desgraciadamente no es así.

Toda la impaciencia de Nim se evaporó. Dijo:

—Dime lo que sabes. Todo.

—El día que almorzamos juntos —dijo Harry London—, también te dije que mi departamento verificaría los archivos de contratistas de «Quayle», de acuerdo con el fiscal del distrito, para comprobar qué había hecho «Quayle» durante el último año. Luego iríamos más a fondo para saber si había algo ilegal.

—Lo recuerdo.

—Lo hicimos. Mi gente ha trabajado como el demonio y hemos encontrado un buen farol. Tendrás los detalles en el informe que estoy preparando. Lo esencial es que el fiscal tiene muchos más casos con tipos de mucho dinero involucrados.

—Vamos al juez Yale —dijo Nim—. ¿Cómo encaja en esto?

—A eso voy.

Entre las órdenes de trabajo de la compañía «Quayle», le informó el jefe de protección patrimonial, había un número inusitado con las iniciales de la misma persona: un tal Ian Norris.

Aunque el nombre le resultaba familiar, Nim no lo ubicaba.

—Norris —dijo London— es un abogado que trabaja como una especie de asesor financiero. Tiene una oficina en la ciudad que, por una gran casualidad, está en el edificio «Zaco», y administra fideicomisos y propiedades. Uno es el fondo de la familia Yale.

—Estoy enterado de la existencia del fondo Yale —ahora Nim recordó a Norris. Se habían visto brevemente en el campo de engorde de ganado cerca de Fresno.

—Tenemos pruebas sólidas —continuó London— de que Norris está metido en el robo de energía hasta el cuello. Controla muchas propiedades: edificios de oficina e industriales, apartamentos, comercios. Aparentemente, hace tiempo Norris descubrió que atendería mejor a sus clientes ahorrándoles dinero, con ganancias para él, si disminuía las facturas de electricidad y gas haciendo trampas. Supuso que podría salirse con la suya, por lo menos eso es lo que parece, así que se dedicó a robar energía en gran escala, utilizando a Contratistas de Electricidad y Gas «Quayle».

—Pero eso no significa necesariamente —señaló Nim— que la gente que él representa tuviera la menor idea de lo que estaba pasando —tuvo una sensación de alivio. Aunque el fondo de la familia Yale estuviera involucrado, tenía la seguridad de que Paul Sherman Yale jamás tomaría parte, personalmente, en nada deshonesto.

—Lo que dices es muy cierto —dijo London—, y aun si alguno de los clientes de Norris lo supiera, dudo que pudiéramos probarlo. Pero el fiscal está preparando el caso contra Norris y es inevitable que se mencione el nombre de Yale. Por eso pensé que debías saberlo. No vamos a quedar en buen lugar, Nim, ni él ni nosotros.

Harry tenía razón, pensó Nim. Los nombres de Yale y «Golden State» estaban ahora íntimamente relacionados, y siempre habría quienes creerían, a pesar de toda la evidencia en contra, que existía alguna complicidad. No importa que no tuviera sentido. Eso no detendría a los chismosos, y habría un desconcierto general.

—No he terminado —dijo Harry London—, y quizás esto sea lo más importante.

Nim escuchó, preguntándose qué vendría ahora.

—Buena parte del trabajo ilegal que los «Quayle» hicieron para Norris, o más bien para la gente que Norris representa, comenzó hace casi un año. Pero todo lo que corresponde al fondo de la familia Yale, que incluye conexiones ilegales en dos edificios de apartamentos en esta ciudad, una bodega en el valle Napa y un campo

para engorde de ganado cerca de Tresno, ha sido hecho en los tres últimos meses. Y, por si no te has dado cuenta, eso coincide con el momento en que el juez Yale dejó el Tribunal Supremo y se vinculó a la «Golden State».

—Dame un minuto, Harry —dijo Nim. Estaba como bajo un *shock* y completamente aturdido—. Déjame pensarlo.

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo London—. Yo también lo he pensado mucho.

Nim no podía creerlo. Simplemente no podía creer que Paul Sherman Yale participara en un robo de energía, aunque fuera de lejos, como simple espectador. Y sin embargo… Nim recordó inquieto la conversación en el campo. ¿Qué había dicho Paul Yale? «La inflación nos hunde… especialmente la electricidad. Toda esta operación la necesita. Usamos energía eléctrica para el molino… para cuarenta mil cabezas… en los corrales las luces están encendidas toda la noche… Pero nuestras facturas de electricidad son astronómicas… a Ian Norris, el administrador del fondo que reduzca gastos, que economice… ¡Hay que hacerlo!»

Aun antes de eso, aquel día en el valle Napa, cuando Nim conoció a los Yale, Beth Yale delató su amargura y la de su marido porque el fondo de la familia estaba mal administrado y perdía dinero.

Nim se dirigió a Harry London.

—Una pregunta más. ¿Sabes si alguno en tu departamento, en la policía o la oficina del fiscal, ha hablado con el señor Yale de esto?

—Nadie. Estoy seguro.

Nim hizo una pausa, evaluando una vez más todo lo que había oído.

—Harry, esto es demasiado grande para mí. Se lo voy a pasar al presidente.

El jefe de Protección Patrimonial asintió.

—Pensé que tendrías que hacerlo.

A las once de la mañana siguiente, se reunieron en la oficina del presidente, J. Eric Humphrey, Nim, Harry London y Paul Sherman Yale.

El juez Yale, que acababa de llegar en coche desde el valle Napa, estaba particularmente jovial. Con su cara arrugada radiante, les dijo a los demás:

—Volver a California me hace sentir más joven y más feliz. Debí haberlo hecho hace años —al darse cuenta de que nadie sonreía, se volvió hacia Humphrey—. Eric, ¿pasa algo malo?

Nim comprendió que Humphrey, si bien aparentemente tan compuesto y sereno como siempre, se sentía muy incómodo. Sabía que el presidente encaraba esta reunión con recelo.

—Sinceramente, no estoy seguro —respondió Humphrey—. Pero he recibido cierta información, que creo que usted debe conocer. Nim, haga el favor de explicar el panorama general al señor Yale.

En pocas frases, Nim explicó la gran frecuencia con que se realizaban robos de energía, y la función que desempeñaba en la compañía Harry London, a quien el juez

Yale no conocía aún.

Mientras Nim hablaba, el viejo iba frunciendo el entrecejo cada vez más. Parecía intrigado, y durante una pausa preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con lo que yo hago en la compañía?

—Desgraciadamente —dijo Humphrey—, lo que está en discusión no tiene que ver con su tarea. Parecería haber…, bueno, cierto aspecto personal.

Yale movió la cabeza en un gesto de perplejidad.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Alguien podría explicármelo?

—Harry —indicó Nim—, sigue tú.

—Señor —dijo London dirigiéndose a Yale—, creo que usted conoce a un tal Ian Norris.

¿Fue imaginación, se preguntó Nim, o una expresión de alarma cruzó fugazmente la cara del juez Yale? Probablemente no. Nim se advirtió: «No empieces a ver fantasmas.»

—Claro que conozco a Norris —admitió Yale—. Tenemos relaciones de negocios. Pero lo que me extraña es su conexión con él.

—Mi conexión, señor, viene de que Norris es un ladrón. Tenemos pruebas contundentes —Harry London siguió describiendo lo que había revelado ayer a Nim sobre los robos de energía realizados por Norris y el fondo de la familia Yale.

Esta vez la reacción de Paul Sherman Yale no dejó lugar a dudas. Sucesivamente, incredulidad, *shock*, furia.

Cuando London terminó su exposición, Eric Humphrey añadió:

—Espero que comprenda, Paul, por qué decidí que este asunto, aunque doloroso, tenía que serle presentado.

Yale asintió, la cara sonrojada, reflejando aún el conflicto de emociones.

—Sí, eso lo comprendo. Pero en cuanto al resto… —le habló severamente a Harry London—. Es una acusación seria. ¿Está seguro de los hechos?

—Sí, señor. Absolutamente seguro —London aguantó la mirada del viejo sin pestañear—. El fiscal también está seguro. Cree tener evidencia suficiente para hacer una acusación.

Eric Humphrey interrumpió:

—Debería explicarte, Paul, que el historial del señor London en nuestra empresa es excepcional. Ha robustecido nuestro programa de protección patrimonial y ha demostrado ser un ejecutivo responsable. No tiene la costumbre de hacer acusaciones en el aire.

—Y menos de este calibre —añadió Nim.

—Es realmente seria —el juez Yale había recuperado su serenidad y hablaba en tono mesurado, como si, pensó Nim, ocupara nuevamente el estrado más alto de la justicia—. Por el momento, acepto lo que ustedes dicen, caballeros, aunque más adelante insistiré en examinar las pruebas.

—Por supuesto —dijo Eric Humphrey.

—Mientras tanto —continuó Yale—, supongo que está claro que hasta este momento no estaba al tanto de nada de lo que ustedes me han referido.

—Está de más decirlo —aseguró Humphrey—. Ninguno de nosotros tenía la menor duda sobre eso. Nuestra mayor preocupación era la molestia que le causaría.

—Y a la «Golden State» —agregó Nim.

Yale le dirigió una mirada rápida y aguda.

—Sí, hay que considerar eso —se permitió una leve sonrisa—. Bien, les agradezco la confianza que me demuestran.

—Cuenta con ella —dijo Humphrey.

Nim se preguntó fugazmente si el presidente no estaba exagerando un poco. Pero apartó la idea. Paul Yale parecía querer seguir hablando.

—Aparte de este desgraciado incidente, encuentro que el concepto de robo de energía es interesante. Sinceramente, no tenía idea de que existiera tal cosa. Nunca había oído hablar de eso. Tampoco sabía que en este negocio hay gente como el señor London —le dijo al jefe de protección patrimonial—: En alguna otra ocasión me gustaría saber algo más sobre su trabajo.

—Encantado de proporcionarle los detalles cuando quiera, señor.

Siguieron hablando, desaparecida ya la tensión de los primeros momentos. Quedó concertado que luego Harry London revelaría al juez Yale con todo detalle las pruebas relacionadas con Ian Norris y las propiedades del fondo de la familia Yale. Este anunció su decisión de asesorarse legalmente para proteger sus intereses frente a Norris. Explicó:

—La designación de administradores para el fondo ha sido siempre un problema. Mi abuelo tomó medidas poco elásticas y que no se han adaptado a los tiempos. Se necesitará una orden judicial para destituir a Norris. En estas circunstancias, la voy a pedir.

Nim contribuyó poco a la conversación. Algo le molestaba en algún rincón de su mente. No estaba seguro de qué era.

A los dos días, Harry London volvió a ver a Nim.

—Tengo noticias que te gustarán sobre el caso Norris.

Nim levantó la vista del último borrador de su discurso para la convención del Instituto.

—¿Cómo qué?

—Ian Norris ha declarado. Jura que tu amigo Paul Sherman Yale no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Así que se confirma lo que dijo el viejo.

Nim preguntó con curiosidad:

—¿Por qué habría de hacer esa declaración Norris?

—Tratos entre gente importante. No estoy seguro de si la balanza de la justicia está bien equilibrada, pero la cosa es así: el abogado de Norris habló con el fiscal.

Primero se acordó que le pagaran a la «CGS» lo que le deben, o más bien lo que calculamos que se debe, que es un montón de dinero. Después, Norris declarará que no contestará la acusación de robo del artículo 591.

—¿Qué es eso?

—Una disposición del Código Penal de California. Se refiere al robo a empresas de servicios públicos como la nuestra y compañías de teléfonos, y lo sanciona con multa y pena de prisión de hasta cinco años. De todos modos, el fiscal pedirá el máximo de la pena de multa, pero no exigirá la de prisión. Súmalo todo y resulta que el nombre del fondo de la familia Yale no aparecerá en el expediente.

Harry London se calló.

—Para sacarte información —se quejó Nim— hay que usar sacacorchos. Háblame del resto del acuerdo que no se revelará.

—Algunas partes no las conozco y probablemente no las conoceré jamás. Una cosa que se hace evidente es que nuestro señor Yale tiene amigos poderosos. Al fiscal le han presionado para que llegara a un arreglo, y mantener así a salvo el nombre de Yale —London se encogió de hombros—. Supongo que para nuestra querida «CGS» es mejor.

—Sí —estuvo de acuerdo Nim—, es mejor.

Cuando London se fue, Nim se quedó en silencio, pensando.

Era cierto: para la compañía hubiera sido mala publicidad que uno de sus directores y portavoz oficial se viera involucrado en un caso de robo de energía, aunque fuera inocentemente. Nim pensó que debía sentir alivio. Sin embargo, algo seguía importunándole desde hacía dos días, un zumbido en el subconsciente, la convicción de que él sabía algo importante pero que no podía recordar.

Había otra cosa. Esta vez no en el subconsciente.

¿Por qué había puesto tanto énfasis el juez Yale (como ocurrió en la conversación con Eric Humphrey, Harry London y Nim) en que nunca había oído hablar de robos de energía? Claro que era muy posible que así fuera. Es cierto que los periódicos, y ocasionalmente la televisión, los habían mencionado, pero no es de esperar que todo el mundo sepa todo lo que sale en las noticias, ni siquiera un juez del Tribunal Supremo. De todos modos, a Nim la insistencia le había parecido desusada.

Volvió a su primer pensamiento. La duda que le importunaba.

¿Qué demonios era lo que sabía? Quizá si no se esforzara tanto, le vendría a la memoria naturalmente.

Siguió trabajando en el discurso que pronunciaría para la convención del Instituto Nacional de Electricidad al cabo de cuatro días.

16

¡Se acerca un día de gloria!

«Amigos de la Libertad», el valiente ejército en lucha con los viles capitalistas que tienen encadenada a América, dará un golpe que la historia ha de aclamar.

Todos los preparativos están a punto para empezar la cuenta atrás.

Georgos Winslow Archambault, que escribía en su diario, vaciló. Luego, con la punta del lápiz (cada vez le resultaba más incómodo; estaba tan corto que pronto tendría que descartarlo pese al precepto de Gandhi), tachó las últimas palabras. Esas palabras tenían sugerencias capitalistas, y las reemplazó:

han sido brillantemente realizados por el alto comando de los «Amigos de la Libertad».

Mejor, ¡mucho mejor! Continuó escribiendo:

Los enemigos del pueblo reunidos bajo la infame bandera fascista del Instituto Nacional de Electricidad, comienzan su asamblea dentro de diez días.

Les espera una gran sorpresa… y un castigo merecido.

Georgos sonrió al dejar la puntita de lápiz para tomarse un descanso en su tarea que, como de costumbre, le cansaba mentalmente. De pie, observó el taller del sótano, ahora atiborrado de elementos y equipos nuevos. Estiró su cuerpo delgado y flexible. Luego se tiró al suelo en un espacio que mantenía deliberadamente despejado, y rápidamente hizo cuarenta flexiones. Le complació comprobar que realizaba el ejercicio con toda facilidad, y que al finalizar su respiración era normal. Tres días después se alegraría de su buen estado físico.

En un minuto volvería a su diario, no debía descuidarlo, porque se estaba haciendo historia y algún día ocuparía un lugar de honor en los archivos de los documentos de la revolución.

Pensó que todo lo necesario para la inminente operación —planes, provisiones, la logística para introducir bombas incendiarias y explosivas en el hotel «Columbus»— se iba organizando a la perfección. La primera serie de bombas (con carga explosiva de gran poder) detonaría a las tres de la madrugada durante la segunda noche de la convención; las bombas incendiarias, de cinco a diez minutos después. Ambas series de bombas, disfrazadas como extintores de incendios, quedarían colocadas el día anterior, aproximadamente dieciséis horas antes de detonar.

Gracias al eficiente liderazgo de Georgos, todo se desarrollaba como… buscó una metáfora… como esos excelentes mecanismos de precisión, que Davey Birdsong le había traído de Chicago.

Georgos había cambiado su primera impresión de Birdsong. Ahora sentía admiración y amor por el hombre corpulento y barbudo. No solo porque la idea original de Birdsong era sencillamente genial, sino porque al ayudar a llevarla a cabo, corría riesgos continuamente. Además del viaje para hacer las compras en Chicago, Birdsong había ayudado a adquirir extintores en la ciudad, unos pocos cada vez y en

diferentes comercios. En el taller del sótano había ahora casi tres docenas, cantidad ampliamente suficiente para el proyecto de «Amigos de la Libertad». Georgos los había traído a la casa muy cautelosamente, y por lo general cuando ya había oscurecido. Había corrido un riesgo calculado al entrar seis de día porque le urgía tener espacio en la camioneta «Volkswagen» para ir a buscar otros, pero antes de bajarlos había escrutado la calle cuidadosamente, y luego había andado rápido; al terminar comprobó que nadie le había visto.

Además de traer los treinta extintores, Georgos ya había hecho las adaptaciones necesarias en la mitad. Primero vaciar el extintor, luego había que trabajar en el interior de la carcasa para debilitar la chapa. En los que iban a ser bombas incendiarias insertó botellas plásticas llenas de gasolina, cargas explosivas con detonadores y mecanismos de precisión. En las que serían las bombas de alto poder explosivo que bloquearían las salidas del hotel, en lugar de gasolina introdujo cuatro libras de dinamita.

Pronto, cuando terminara de escribir su diario, seguiría con los extintores que faltaban. Tendría que trabajar duro las próximas cuarenta y ocho horas, y con gran cuidado, porque la cantidad de explosivos acumulada en el taller bastaría para volar toda la manzana si algo salía mal. Pero Georgos confiaba en su habilidad y en terminar a tiempo. Su cara delgada y ascética se iluminó en alegre meditación, al recordar las palabras de Birdsong la primera vez que hablaron de bloquear las salidas del hotel y luego provocar violentos incendios en los pisos superiores: «Si lo hace bien, ni una persona que esté en esos pisos superiores saldrá con vida.»

Otro laurel para Birdsong: había traído todo el dinero que Georgos le había pedido, a pesar de que el costo de todo fue mayor de lo calculado.

Además, estaba el plan para distraer la atención de la gente urdido por Birdsong. Permitiría que Georgos, ayudado por los otros dos defensores de la libertad, introdujera las bombas en el hotel sin ser advertido.

Como ya había hecho varias veces, Georgos repasó todos los detalles mentalmente.

Con un poco más del dinero de Birdsong, Georgos había comprado una camioneta «Dodge» usada, pero en buenas condiciones, y por feliz coincidencia pintada de rojo. La había comprado en efectivo y con documentos de identidad falsos, para que luego no se descubriera quién era su dueño.

Ahora la camioneta estaba oculta, bajo llave, en un garaje particular contiguo a un escondite de los «Amigos de la Libertad», un apartamento recientemente alquilado en el barrio norte de la ciudad que solo Georgos conocía. El apartamento serviría de refugio si la casa de la calle Crocker se volvía poco segura por alguna razón.

La camioneta roja ya tenía la inscripción adecuada en ambos lados: SERVICIO DE PROTECCION DE INCENDIOS, INC. Un golpe maestro (otra idea de Georgos) fue la elección de una camioneta abierta; el contenido del vehículo —extintores de incendios, claramente inocuos— estaría a la vista de todos.

El vehículo de Georgos, su vieja camioneta «Volkswagen», estaba en un aparcamiento particular no lejos de la casa de la calle Crocker, y no se usaría en el atentado contra el Instituto Nacional de Electricidad.

El plan de Birdsong para desviar la atención de la gente se desarrollaría así: él, con unos cien partidarios de la *lfpp*, organizaría una manifestación en el hotel contra la «CGS» al mismo tiempo que los extintores llegaban a la entrada de servicio. Los manifestantes mantendrían ocupados a los hombres de la policía y de las fuerzas de seguridad que hubiera por ahí, y el «Dodge» rojo pasaría desapercibido.

Por otra parte, Birdsong, tal como había prometido, consiguió los planos de la planta baja y el primer piso del hotel «Columbus». Después de estudiarlos, Georgos había ido tres veces al hotel para verificar detalles y elegir la ubicación exacta de las bombas de gran poder explosivo que estallarían primero.

Otra cosa que descubrió Georgos fue que en el hotel la gran actividad entre bastidores, por momentos frenética, permitía que durante el día cualquiera pudiera atravesar las zonas de servicio sin ser molestado, siempre que se moviera con aire decidido y como si estuviera cumpliendo una tarea determinada. Para comprobarlo, en su tercera visita al «Christopher Columbus», Georgos se puso uno de los monos grises con la leyenda bordada, «Servicio de Protección contra Incendios Inc.», que él y otros defensores de la libertad llevarían dentro de tres días.

Sin angustias ni problemas. Hasta había recibido saludos amistosos de miembros del personal del hotel, que no encontraron nada extraño en su presencia; por su parte, Georgos ensayó el papel que representaría cuando llegara el momento de colocar las bombas. Él y los otros se convertirían entonces en lacayos obsequiosos, porque a los capitalistas les gusta que sus siervos se arrastren. Convertidos en camaleones, los defensores de la libertad sonreirían dulcemente, pronunciarían sandeces —«Disculpe», «Sí, señor», «No, señora», «Por favor»—, una repugnante humillación ante inferiores, pero lo exigía la causa de la revolución.

¡Los resultados demostrarían que valía la pena hacerlo!

Para mayor protección, en caso de que a algún defensor de la libertad le preguntaran qué hacía allí, Birdsong tenía algunas órdenes de trabajo impresas con el membrete de «Servicio de Protección contra Incendios, Inc.» Ahora las había llenado. Indicaban que un número suplementario de extintores debía ser entregado en el hotel y dejado en los lugares que ocuparían para que luego los instalaran. En papel del hotel, Birdsong también había escrito a máquina una autorización para que el personal de «Protección contra Incendios Inc.» pudiera entrar para realizar su tarea. Había conseguido el papel del «Christopher Columbus» en los escritorios del primer piso, donde estaba a disposición de los inquilinos.

Estos elementos reemplazaron los de la idea original de Georgos: órdenes de compra del hotel, porque habían resultado demasiado difíciles de conseguir. Ninguno de los documentos soportaría un examen minucioso, comprendían Georgos y Birdsong, pero podían salvar la situación en un caso de apuro.

En la medida de lo que él sabía, Georgos había pensado en todo.

Por el momento, solo una cosa le preocupaba vagamente: su mujer, Yvette. Desde aquella noche en que ejecutó a los dos cerdos de seguridad en la colina sobre Millfield e Yvette protestó, no volvió a confiar en ella plenamente. Después de Millfield consideró por un momento la posibilidad de eliminarla. No sería difícil, como le había señalado una vez Birdsong, pero Georgos decidió posponer la acción. La mujer era útil. Cocinaba bien; también le resultaba conveniente para desahogar su excitación sexual, más frecuente ahora ante la posibilidad, cada vez más próxima, de matar más enemigos del pueblo.

Como protección, Georgos le había ocultado a Yvette el plan de las bombas en el hotel «Christopher Columbus», aunque ella debía haberse dado cuenta de que algo importante se preparaba. Quizás esa exclusión fuera la causa del silencio y el mal humor de Yvette en las últimas semanas. ¡Allá ella! Por el momento tenía asuntos más importantes; pero casi seguramente tendría que deshacerse de Yvette pronto, aunque le trajera algún inconveniente.

¡Sorprendente! El solo pensar en matar a su mujer le provocaba una erección.

Con excitación creciente, Georgos volvió a su diario.

Cuarta Parte

1

En una *suite* del piso veinticinco del hotel «Christopher Columbus», Leah levantó la vista del cuaderno en que escribía.

—Papaíto —dijo—, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Claro que sí —contestó Nim.

—¿Todo anda bien entre tú y mamaíta, ahora?

Nim necesitó uno o dos segundos para comprender el significado de la pregunta de su hija. Luego contestó serenamente:

—Sí, anda bien.

—¿Y no os vais a…? —Leah vaciló—. ¿No os vais a separar, entonces?

—Si te has estado preocupando por eso —le dijo él—, ya puedes olvidarlo. Espero que eso no ocurra jamás.

—¡Papá! —Leah corrió hacia él con los brazos abiertos. Le abrazó muy fuerte—. Oh, papá, estoy tan contenta —sintió la suave cara joven contra la suya y la humedad de sus lágrimas.

La abrazó y le acarició el pelo.

Los dos estaban solos, porque Ruth y Benjy habían bajado al vestíbulo hacía unos minutos para probar los helados del hotel, que eran famosos. Leah había elegido quedarse con Nim, diciendo que tenía que terminar una tarea escolar. ¿O sería, se preguntó él ahora, porque vio la oportunidad de hacerle esa pregunta?

¿Es que algún padre, reflexionó Nim, sabe alguna vez lo que pasa por las mentes de sus hijos? ¿O cuánto sufren por el egoísmo de los padres cuando les hacen poco caso? Recordó cómo Leah había evitado cuidadosamente hablar de la ausencia de Ruth cuando ella y Benjy estaban con los Neuberger y él los llamó por teléfono. ¡Qué agonía habría sufrido entonces Leah, una criatura sensible y despierta de catorce años! El recuerdo le avergonzó.

También le hizo pensar en cuándo debían hablar a los niños de la salud de Ruth. Pronto, probablemente. Es cierto que les provocaría ansiedad, como había ocurrido y seguía ocurriendo con él. Pero era mejor que Leah y Benjy lo supieran a que lo descubrieran en medio de una crisis, como podía ocurrir. Nim decidió que hablaría con Ruth sobre ese punto en los próximos días.

Como si Leah sospechara algo de lo que pensaba, dijo:

—Está bien, papá, está bien —luego, con la versatilidad propia de los jóvenes, se soltó y volvió a lo que estaba haciendo.

Fue hasta la ventana del salón y observó la vista panorámica de tarjeta postal: la parte antigua de la ciudad, el puerto activo lleno de barcos y los dos puentes mundialmente famosos, todo dorado por el sol poniente.

—Mira —dijo por encima del hombro— qué escena tan fantástica.

Leah levantó la vista sonriente.

—Sí. La verdad es que sí.

Lina cosa era indudable: había sido una gran idea traer a la familia a la convención del Instituto Nacional de Electricidad, ya en su primer día. Cuando se registraron en el hotel esa mañana, los dos niños estaban excitados. Leah y Benjy, que tenían permiso para no asistir a clase durante cuatro días, debían realizar tareas escolares, entre ellas un ensayo sobre la propia convención; Benjy, al pensar en el suyo, expresó el deseo de escuchar el discurso de su padre el día siguiente. La presencia de un niño en una sesión de trabajo del Instituto era inusual, pero Nim consiguió arreglarlo. Para las familias había otras actividades —un crucero por el puerto, visitas a museos, proyección de filmes en privado—, en las que participarían Ruth y los niños.

Después de un rato, Ruth y Benjy volvieron a subir a la *suite,* riendo alegremente: dijeron que habían tenido que probar dos helados cada uno antes de asignar a la heladería la categoría de cinco estrellas.

Segundo día de la convención.

Amaneció luminoso y sin nubes; el sol entraba en la *suite* donde Nim, Ruth y los niños gozaban del lujo de desayunar en sus habitaciones.

Después del desayuno y por última vez, Nim releyó su discurso. Estaba programado para las diez de la mañana. Pocos minutos después de las nueve dejó a los suyos y bajó al vestíbulo.

Tenía una razón para adelantarse. Desde una ventana de la *suite* había visto que en la calle tenía lugar una manifestación, y sentía curiosidad por saber quiénes estaban en ella y por qué.

Cuando Nim salió por la puerta principal del hotel, comprobó que eran los mismos de siempre: «Luz y Fuerza para el Pueblo».

Unas cien personas de distintas edades desfilaban cantando consignas: «¿Es que no se cansarán jamás —se preguntó—, y no verán sino desde su estrecho punto de vista?»

Agitaban los consabidos carteles.

«CGS»
Estafa
Usuarios

El Pueblo
No los Ricos
Dueño de «CGS»

lfpp Urge
El Pueblo al Mando De los Servicios del Pueblo

Propiedad del Pueblo

¿Qué influencia, pensó Nim, esperaba tener la *lfpp* sobre el Instituto Nacional de Electricidad? Les hubiera podido decir que no tendrían ninguna. Pero estaba claro que lo que querían era llamar la atención en esa ciudad y, como de costumbre, lo lograban. Ahí estaban las ubicuas cámaras de televisión. Y también Davey Birdsong, visiblemente contento, y al mando de todo.

Parecía que los manifestantes intentaban impedir la llegada de vehículos al hotel. Un cordón de seguidores de la *lfpp* cogidos del brazo bloqueaba la entrada del frente y no permitía acercarse a varios coches y taxis que esperaban. Otro contingente había formado un cordón frente a la entrada de servicio contigua. Había dos camiones detenidos. Nim vio que uno era un camión repartidor de leche, y el otro una camioneta abierta con una carga de extintores de incendios. Los conductores de ambos vehículos se habían bajado y protestaban por el retraso.

Aparecieron algunos policías. Se movieron entre los manifestantes haciéndoles advertencias. Siguió una breve disputa entre policía y manifestantes, a la que se unió Birdsong. Luego, el hombre corpulento y barbudo se encogió de hombros y retiró a sus partidarios de las dos entradas, mientras la policía, para acelerar la cosas, escoltaba a los dos camiones hasta la entrada, y luego a los coches y taxis.

—¿Puede haber peores irresponsables? —quien hablaba era otro delegado a la convención, de pie al lado de Nim, identificable por la tarjeta de «INE» en la solapa —. Ese grupo de idiotas quería estorbar la protección contra incendios y la provisión de leche. ¿Por qué, en nombre de Dios?

—No tiene mayor sentido —asintió Nim.

Quizá tampoco lo tenía para los manifestantes, porque ya se dispersaban.

Nim volvió al interior del hotel y cogió el ascensor hasta el primer piso, el lugar de la convención.

Como toda convención, ese ritual tribal único, la asamblea del «INE» reunía a varios centenares de hombres de negocios, ingenieros y científicos que se proponían hablar de problemas comunes, intercambiar información y relacionarse socialmente. Se esperaba que después cada delegado realizaría mejor su trabajo. Es difícil determinar el valor económico de esos encuentros, aunque lo tienen.

En una antesala, fuera del salón principal de la convención, se estaban reuniendo los delegados para una tertulia informal que todos los días precedía a la sesión de trabajo. Nim se unió a los primeros que habían llegado, funcionarios de otras empresas de energía, a algunos de los cuales conocía y a otros no.

Buena parte de la conversación versó sobre petróleo. Un noticiario de la noche anterior había revelado que las naciones de la OPEP se mantenían firmes en la exigencia de que los próximos pagos de petróleo se hicieran en oro, no en papel moneda, cuyo valor, particularmente el del dólar, disminuía casi diariamente. Las

negociaciones entre los Estados Unidos y la OPEP estaban detenidas y la perspectiva de un nuevo embargo de petróleo se volvía inquietantemente probable. Si se producía, el impacto sobre las empresas productoras de energía eléctrica podía ser desastroso.

Al cabo de unos minutos de charla, Nim sintió que le apretaban el brazo. Al volverse vio a Thurston Jones, su amigo de Denver. Se dieron un cálido apretón de manos.

—¿Qué novedades hay de Tunipah? —preguntó Thurston.

—La construcción de las pirámides fue más rápida —dijo Nim, sonriente.

—Y los faraones no necesitaban permisos, ¿no es así?

—¡Cierto! ¿Cómo está Úrsula?

—Muy bien —Thurston sonrió—. Estamos esperando un niño.

—Maravilloso. ¡Felicitaciones! ¿Cuándo es el gran día? —Nim hablaba para llenar el tiempo mientras organizaba sus desconcertadas ideas. Recordaba claramente el fin de semana en Denver y la llegada de Úrsula a su cama. Úrsula, que le confió que ella y su marido querían tener hijos pero no podían, afirmación confirmada luego por Thurston. «Ambos nos hicimos análisis…»

—El médico dice que a fines de junio.

¡Dios! Nim no necesitó una calculadora para saber que el hijo era suyo. Cayó en un remolino de emociones, como en una mezcladora, ¿y qué demonios se esperaba que dijera?

Su amigo le proporcionó la respuesta al pasarle el brazo por la espalda.

—Hay una sola cosa que Úrsula y yo querríamos. Cuando llegue el momento, queremos que seas el padrino.

Nim iba a decir sí, cómo no, pero descubrió que no podía pronunciar palabra. Entonces apretó la mano de Thurston nuevamente, con fuerza, e hizo un gesto de aceptación. El hijo de los Jones, prometió Nim en silencio, tendría el padrino más concienzudo que jamás hubiera existido.

Concertaron un encuentro para antes de que la convención terminara.

Nim siguió moviéndose, hablando con más gente: de la «Con Edison» de Nueva York, para Nim una de las empresas mejor administradas de Norteamérica, a pesar de su obligada función de recaudadora de impuestos y los insultos que le dirigían los políticos oportunistas; «Luz y Energía» de Florida, «Commonwealth Edison» de Chicago, «Luz y Fuerza» de Houston, «Edison» de California del Sur, «Servicios Públicos» de Arizona, y otros.

También había un contingente de una docena de delegados de la «Golden State», la empresa anfitriona, que se mezclaban activamente con la gente de afuera. Entre el grupo de la «CGS» estaba Ray Paulsen; él y Nim se saludaron con su usual falta de cordialidad. J. Eric Humphrey aún no había aparecido por la convención, pero lo haría más tarde.

Al terminar su conversación, Nim observó una cara familiar que se acercaba entre

la multitud creciente y cada vez más ruidosa. Era la periodista del *California Examiner*, Nancy Molineaux. Ante su sorpresa se dirigió directamente a él.

—¡Hola! —su actitud fue amistosa y estaba sonriente, pero Nim tenía agrios recuerdos demasiado frescos para responder de la misma manera. Pero tuvo que aceptar que la mujer era muy atractiva; los pómulos altos y el gesto altanero ayudaban. Sabía vestirse bien, y con vestidos caros.

—Buenos días —contestó fríamente.

—Acabo de recoger su discurso en la sala de prensa —dijo la señorita Molineaux; tenía un comunicado de prensa y el texto completo en las manos—. Bastante aburrido. ¿Tiene intención de añadir algo que no esté aquí?

—Aun si la tuviera, maldito sea si la iba a ayudar diciéndoselo por adelantado.

La contestación pareció gustarle, y se rio.

—Papaíto —interrumpió una voz—, vamos ya para allá.

Era Benjy, que se había abierto paso entre los delegados camino de una pequeña galería del salón de la convención, donde se sentarían algunos visitantes. Nim alcanzó a ver a Ruth y Leah al lado de una escalera. Las dos saludaban con la mano, y él respondió de la misma manera.

—Está bien —le dijo a Benjy—, es mejor que vayáis a vuestro sitio.

Nancy Molineaux había escuchado, aparentemente divertida. Le preguntó:

—¿Ha traído a su familia a la convención?

—Sí —contestó él secamente, y agregó—: Mi mujer y los niños están conmigo en el hotel. Por si usted piensa usar esto de alguna manera, le advierto que pago sus gastos de mi sueldo.

—Vaya, vaya —se burló ella—, qué terrible reputación tengo.

—Me cuido de usted como me cuidaría de una cobra —dijo Nim.

Ese Goldman, pensó Nancy mientras se alejaba, era de los que no aguantan tonterías.

Cubrir la convención era una tarea que no esperaba ni deseaba. Pero cuando el redactor jefe descubrió el nombre de Goldman en el programa, decidió mandar a Nancy esperando que ella diera con algún punto vulnerable, y así continuara con lo que él consideraba una *vendetta* que se convertía en noticia. Bueno, el viejo entrenador estaba equivocado. Informaría sobre el discurso de Goldman honestamente y hasta lo destacaría si el material lo merecía. (No era ése el caso de la versión impresa, por eso había hecho la pregunta.) Solo eso; después Nancy quería irse de ahí lo más pronto posible. Era el día en que se había citado con Yvette en el bar donde habían conversado brevemente una semana antes. Nancy podía llegar puntual (había dejado el coche en el aparcamiento del sótano del hotel), pero no podía perder tiempo. Esperaba que la chica apareciera y contestara algunas preguntas que la intrigaban.

Mientras tanto, ahí estaba Goldman. Nancy entró en el salón y se sentó en la mesa

de la prensa.

Mientras hablaba a la convención, Nim se encontró pensando que la Molineaux tenía razón, un discurso como aquél, tan cargado de material técnico, era aburrido desde el punto de vista de un periodista. Pero cuando describía los problemas de carga y capacidad, presentes y futuros, de la «Golden State» la intensa atención absorta del auditorio demostró que muchos de los que escuchaban compartían los problemas, frustraciones y temores que Nim presentaba bajo el título: *Apagón*. Ellos también tenían la responsabilidad de proveer de energía a sus comunidades, sin fallarles. Ellos también sabían que el tiempo se agotaba y les esperaba una grave carencia de energía dentro de pocos años. Sin embargo, casi diariamente, veían cuestionada su sinceridad, desatendidas sus advertencias, burladas sus siniestras estadísticas.

Cerca del final del discurso que había preparado, Nim sacó del bolsillo una página con notas que había escrito el día anterior. Las usaría para terminar.

—La mayoría de los que estamos aquí, probablemente todos —dijo—, compartimos dos creencias importantes. Una se refiere al medio ambiente. El medio ambiente en que vivimos debería ser más limpio. En consecuencia, aquellos que trabajan con responsabilidad para lograr ese objetivo merecen nuestro apoyo. La segunda se refiere al proceso democrático. Creo en la democracia, siempre lo he dicho, aunque últimamente con ciertas reservas. Esto me lleva de nuevo al medio ambiente.

»Algunos entre los que se llaman a sí mismos ecologistas han dejado de ser aliados razonables de una causa razonable y se han convertido en fanáticos. Son una minoría. Pero gracias a un fanatismo ruidoso, rígido, intransigente, y a menudo falto de información, están consiguiendo imponer su voluntad sobre la mayoría.

»A1 hacerlo, esa gente prostituye el proceso democrático, lo usa despiadadamente, como jamás debió ser usado, para frustrar todo salvo sus estrechos propósitos. Lo que no pueden derrotar con la razón y argumentos, lo obstruyen con retrasos y tretas. Esa gente ni siquiera pretende aceptar el gobierno de la mayoría, porque está convencida de que sabe más que la mayoría. Además, aceptan tan solo aquellos aspectos de la democracia que pueden ser subvertidos para su propio beneficio.

Las últimas palabras provocaron un estallido de aplausos. Nim levantó una mano pidiendo silencio y siguió:

—Esta especie de ecologista se opone *a todo*. No hay nada, absolutamente nada, que la industria de la energía pueda proponer que no despierte su ira, su condena, su ferviente y santurrona oposición. Pero los ecologistas fanáticos no están solos. Tienen aliados.

Nim hizo una pausa, porque repentinamente repensó lo que había en sus notas; comprendió que lo que seguía ahora le crearía problemas, como cinco meses atrás,

después del debate de la Comisión de Energía sobre Tunipah. También iba en contra de la advertencia de J. Eric Humphrey: «No se meta en controversias.» Bueno, de una manera u otra, lo peor que le podía ocurrir era que lo colgaran. Se aventuró.

—Los aliados de que hablo —declaró— son los designados en número creciente en las comisiones de reglamentos solo por razones políticas.

Nim sintió un interés arrobado e inmediato en el público.

—Hubo un tiempo, en este estado y otros, en que los comités y comisiones que regulaban nuestra industria eran pocos y se podía confiar en sus opiniones, razonablemente justas e imparciales. Pero ya no es así. No solo han proliferado hasta el punto de que sus funciones se superponen, y rivalizan descaradamente entre ellas para establecer bases de poder, sino que también, la mayoría de los miembros de esos cuerpos reciben sus designaciones abiertamente como recompensas políticas. Muy pocas veces, o ninguna, llegan a ellas por mérito o experiencia. Como resultado, esos comisionados y miembros de comités tienen poca o ninguna información sobre el tema —algunos, en realidad, hasta exhiben prejuicios contra la industria— y todos tienen ambiciones políticas que gobiernan todas sus acciones y decisiones.

»Es precisamente por eso que nuestros críticos y opositores extremistas encuentran en ellas sus aliados. Porque hoy día los puntos de vista militantes así llamados populistas, las posiciones anti-empresas de energía, son noticia y atraen atención. No ocurre así con las decisiones tranquilas, equilibradas, bien pensadas, y los comisionados y miembros de comités de los que estoy hablando han aprendido muy bien la lección.

»En otras palabras: se abusa de las funciones públicas de responsabilidad y se las vuelve contra el interés público.

»No puedo sugerir un remedio fácil para esos dos formidables problemas, y sospecho que ustedes tampoco lo tienen. Lo mejor es hacer saber al público, cuantas veces sea posible, que sus intereses razonables son minados por una minoría, una alianza insidiosa de fanáticos y políticos venales.

Nim decidió dejarlo ahí.

Mientras se preguntaba cuál sería en definitiva la reacción de Eric Humphrey y otra gente de la «CGS» a sus observaciones, descubrió asombrado que estaba recibiendo una entusiasta ovación del público de pie.

«¡Felicidades!», «Hay que tener agallas para decirlo, pero todo es tan cierto…», «Espero que lo que ha dicho tenga buena publicidad…», «Me gustaría una copia para hacerla circular…», «La industria necesita gente que hable sin ambages como usted…», «Si se cansa de trabajar para la “Golden State”, no deje de avisarnos.»

Los delegados se agolpaban a su alrededor. Inesperada e increíblemente, Nim descubrió que se había convertido en un héroe. El presidente de una poderosa empresa del Medio Oeste le aseguró:

—Espero que su compañía aprecie lo que vale. Me propongo decirle a Eric Humphrey lo bien que ha estado.

Entre más apretones de manos y felicitaciones, repentinamente cansado, Nim se escabulló afuera.

Solo una cosa aguó el momento: la cara ceñuda y hostil de Ray Paulsen. Pero el vicepresidente ejecutivo no dijo nada, y se limitó a salir del salón solo.

Nim había llegado a la salida del primer piso cuando oyó que una voz tranquila decía a sus espaldas:

—He venido especialmente para oírle. Valía la pena.

Nim se volvió. Con sorpresa vio que se trataba de Wally Talbot. Tenía parte de la cabeza vendada y caminaba ayudado con bastones, pero consiguió sonreír, contento.

—¡Wally! —dijo Nim—. ¡Qué gusto verte! No sabía que hubieras salido del hospital.

—Salí hace un par de semanas, aunque no definitivamente. Todavía tengo bastantes reparaciones por delante. ¿Podemos hablar?

—Claro. Vamos a buscar un lugar tranquilo —iba a buscar a Ruth y los niños, pero pensó que los encontraría luego en las habitaciones.

Descendieron a la planta baja en el ascensor. Había dos sillas vacías en un rincón cerca de la escalera, y Nim y Wally se dirigieron allí; Wally manejaba los bastones con cierta torpeza, pero era obvio que prefería arreglarse solo.

—¡Cuidado, por favor! —un hombre con elegante mono gris azulado pasó aprisa maniobrando un cargador de dos ruedas en el que llevaba tres extintores de incendios de color rojo—. Es solamente un momento, señores. Es para dejarlos en su lugar. —El hombre joven movió una de las sillas a las que se dirigían, colocó un extintor detrás y luego colocó de nuevo las sillas en su lugar. Sonrió a Nim—. Es todo, señor. Perdone la molestia.

—No es nada —Nim recordó haber visto al hombre más temprano esa mañana, conduciendo una de las camionetas que la policía escoltó durante la manifestación de la *lfpp*.

A Nim le pareció que disimular un extintor detrás de una silla era poco práctico. Pero no era asunto suyo, y se suponía que el hombre sabía lo que hacía. En su mono se leía: «Servicio de Protección contra Incendios, Inc.»

Nim y Wally se sentaron.

—¿Has visto las manos del tipo? —preguntó Wally.

—Sí, tenía las manos muy manchadas, probablemente por manipulación descuidada de sustancias químicas.

—Podría arreglarlo con un injerto de piel —Wally sonrió de nuevo, esta vez con pesar—. Me estoy convirtiendo en un experto en este asunto.

—Dejemos a los demás —dijo Nim—. Cuéntame cosas de ti.

—Bueno, tal como te he dicho, va a llevar bastante tiempo hacerme los injertos de piel. Se hace poco a poco.

Nim asintió comprensivo.

—Sí, lo sé.

—Pero tengo buenas noticias. Pensé que te gustaría compartirlas. Voy a tener un palito nuevo.

—¿Vas a qué?

—Sí, eso. ¿Recuerdas que el viejo se quemó?

—Claro que lo recuerdo —Nim jamás olvidaría las palabras del médico el día después del accidente de Wally: «… la electricidad pasó por la superficie superior del cuerpo y salió… por el pene… Quedó destruido. Quemado. Enteramente…».

—Pues tengo sensaciones sexuales ahí —dijo Wally—, y puede usarse como base. Por eso la semana pasada me mandaron a Houston, al Centro Médico de Texas. Allí hacen cosas maravillosas, particularmente para casos como el mío. Hay un médico, el doctor Brantley Scott, que es un genio; me va a hacer un pene nuevo y asegura que funcionará…

—Wally —dijo Nim—, me alegra por ti, pero ¿cómo demonios pueden hacerlo?

—En parte con injerto de piel, en parte con algo que se llama prótesis del pene. Es un bombeador pequeño, algunos tubitos y un depósito, todos conectados entre sí e insertados en el cuerpo quirúrgicamente. Lo hacen con silicona, lo mismo que usan para los marcapasos. En realidad, es un sustituto para lo que nos dio la naturaleza.

Nim preguntó con curiosidad:

—¿Funciona realmente?

—¡Vaya si funciona! —el entusiasmo de Wally desbordaba—. Lo he visto. Además, sé de cientos de personas que lo llevan con todo éxito. Y, Nim, te diré algo más.

—¿Qué?

—Que la prótesis del pene no es solo para gente como yo, que ha sufrido una lesión. También sirve para otros, hombres mayores, normales, pero que han agotado sus energías y ya no pueden hacerlo con una mujer. Los hace nacer de nuevo ¿Y tú, Nim? ¿Necesitas ayuda?

—De ésa no. Todavía no, ¡gracias a Dios!

—Pero puedes necesitarla algún día. ¡Piensa un poco! Ningún problema sexual, jamás. Te puedes ir a la tumba con una erección.

—¿Y de qué me serviría? —sonrió Nim.

—¡Hola, aquí está Mary! —exclamó Wally—. Viene a buscarme. Todavía no puedo conducir el coche.

Nim vio a Mary, la mujer de Talbot, al otro lado del vestíbulo. Con cierta preocupación vio que con ella estaba Ardythe Talbot. No la había visto ni sabía nada de ella desde su encuentro en el hospital, cuando histéricamente le echó la culpa de los problemas de Wally, al «pecado» de ambos. Nim se preguntó si su fervor religioso habría disminuido.

Las dos mujeres mostraban señales de la tensión pasada. Después de todo, solo

habían transcurrido siete meses desde la trágica muerte de Walter Talbot en las explosiones de la planta de La Mission, y el accidente de Wally hijo ocurrió apenas unas semanas después. Mary, que Nim recordaba delgada de siempre, había aumentado de peso visiblemente. Y su aspecto juvenil había cambiado: parecía mayor. Nim deseó que lo que Wally acababa de decirle saliera bien. Les haría bien a los dos.

Ardythe parecía estar algo mejor que la última vez que la había visto, pero no mucho. En contraste con su figura inmediatamente antes de la muerte de Walter —hermosa, elegante, atlética—, ahora era tan solo una mujer mayor. Pero le sonrió a Nim y le saludó amistosamente, lo que le tranquilizó.

Charlaron. Nim les manifestó su alegría al ver a Wally en pie. Mary dijo que al entrar alguien le había hablado del discurso de Nim, y le felicitó. Ardythe le comunicó que había encontrado más archivos de Walter y quería que la «CGS» los tuviera. Nim se ofreció para ir a buscarlos.

—No es necesario —dijo Ardythe, interrumpiéndole—. Te los puedo mandar. No hay tantos como la vez pasada. —Se calló—. Nim, ¿qué pasa?

Él la estaba mirando fijamente, con la boca abierta.

«La vez pasada…» ¡Los archivos de Walter!

—Nim —repitió Ardythe—, ¿pasa algo? —Mary y Wally también le miraban extrañados.

—No —consiguió decir—. No, es que acabo de recordar algo.

Ahora sabía. Sabía cuál era la información que le faltaba y le *había estado preocupando, sin que pudiera recordarla, desde aquel día en el despacho de Eric Humphrey con el presidente, Harry London, y el juez Yale*. Estaba en los archivos de Walter Talbot, los archivos que Ardythe le había dado en varias cajas de cartón, poco después de la muerte de Walter. En aquel momento, Nim los había hojeado superficialmente; ahora estaban depositados en la «CGS».

—Creo que deberíamos irnos —dijo Wally—. Ha sido un placer verte, Nim.

—Lo mismo digo —respondió Nim—, y Wally, ¡buena suerte en todo!

Cuando los tres se fueron, Nim se quedó inmóvil, pensando. Ahora sabía lo que estaba en los archivos. También sabía lo que tenía que hacer. Pero primero tenía que comprobarlo, verificar su recuerdo.

Dentro de tres días. En cuanto terminara la convención.

2

¡Prisa, prisa, prisa! Siempre era así, pensó Nancy Molineaux mientras conducía su «Mercedes» a la velocidad máxima, arriesgándose entre el tráfico, con un ojo alerta en el espejito retrovisor para detectar a algún policía de tráfico.

Las presiones diarias no parecían ceder ni por un minuto.

Rápidamente había pasado por teléfono su informe sobre Goldman, que aparecería en la edición de la tarde; y ahora, ya con diez minutos de retraso, se dirigía al encuentro con Yvette. Nancy esperaba que la chica tuviera la sensatez de aguardar.

Esa tarde Nancy tenía que atar algunos cabos sueltos en otros trabajos, para lo cual tendría que regresar a la redacción del *Examiner*. Ah, sí; también tenía que arreglárselas para ir al banco, porque necesitaba dinero. Tenía una cita con el dentista a las cuatro. Además, esa noche había prometido ir a dos reuniones, una «de paso», temprano, y otra que con toda seguridad se prolongaría hasta bien entrada la medianoche.

Pero a ella le gustaba vivir de prisa, en el trabajo y en la diversión, aunque algunos días, como éste, se juntaban demasiadas cosas.

Mientras conducía, Nancy sonrió recordando su artículo sobre el discurso de Goldman. Probablemente le sorprendería, porque era directo, sin prejuicios, tal como ella se había propuesto hacerlo.

> Varios centenares de líderes de la industria de la energía eléctrica en América ovacionaron hoy de pie a Nimrod Goldman, vicepresidente de la «Golden State», quien declaró que los cuerpos reguladores, dominados por la política, abusan de la confianza del público y «compiten desvergonzadamente entre ellos para establecer bases de poder».
>
> Hablaba ante la convención del Instituto Nacional de Electricidad que se celebra en esta ciudad.
>
> Antes, Goldman criticó a algunos ecologistas que, dijo, se oponen a todo. «No hay nada, absolutamente nada, que nosotros, la industria energética, podamos proponer…»

También había citado algunas de sus afirmaciones sobre la carencia de energía eléctrica que según él era inminente, de manera que si esta vez Goldman tenía quejas sería por lo que él mismo había dicho, y no por el informe.

¡Dios! ¿Cómo hacían algunos de esos monstruos de reacción lenta para conseguir un permiso de conducir? Estaba ante un semáforo que se había puesto verde, pero el tipo que tenía delante no se movía. ¿Estaba dormido? Hizo sonar la bocina con impaciencia. ¡Mierda! La luz del semáforo pasó a amarillo y luego a rojo cuando llegó Nancy. Pero la calle transversal parecía vacía, así que corrió el riesgo y cruzó en rojo.

A los pocos minutos divisó el bar de mala muerte donde había estado la semana anterior. ¿Cuánto se había retrasado? Cuando llegó a la altura del bar, Nancy miró su reloj «Piaget». Dieciocho minutos. No había lugar para aparcar. Encontró uno dos manzanas más adelante, y después de cerrar el «Mercedes» se apresuró a volver.

El bar estaba oscuro y húmedo como antes. Cuando Nancy se detuvo, para

adaptarse a la oscuridad, tuvo la impresión que en siete días nada había cambiado, ni siquiera los clientes.

Vio que Yvette la esperaba. Estaba sentada sola, con una cerveza, en la misma mesa de un rincón que había ocupado la vez anterior. Al acercarse Nancy, levantó la vista pero no dio señales de interés o reconocimiento.

—¡Hola! —la saludó Nancy—. Siento haber llegado tarde.

Yvette se encogió de hombros levemente, pero no dijo nada.

Nancy hizo una seña a un camarero.

—Otra cerveza —esperó a que la trajera, mientras observaba disimuladamente a la chica que seguía sin decir nada. Parecía estar aún peor que la semana pasada: la piel con rojeces, el pelo enmarañado. Las mismas ropas, sucias y como si hubiera dormido un mes con ellas puestas. En la mano derecha llevaba el mismo guante improvisado del primer encuentro, que parecía cubrir una deformidad.

Nancy bebió un trago de cerveza, que resultó buena, y luego decidió ir directa al grano.

—Dijo que hoy me diría qué está pasando en la casa de la calle Crocker y qué hace allí Davey Birdsong.

—No, no fue así —Yvette la miró—. Usted esperaba que se lo dijera.

—Está bien. Sigo esperando. ¿Por qué no empieza diciéndome por qué está asustada?

—Ya no estoy asustada —la chica lo afirmó con voz apagada, sin inflexión, y con cara inexpresiva.

Nancy pensó que no estaba llegando a nada y que el haber venido quizá resultara solo una pérdida de tiempo. Lo intentó nuevamente; le preguntó:

—¿Qué ocurrió entre la semana pasada y ésta que explique el cambio?

Yvette no contestó. En cambio, pareció considerar, sopesar algo mentalmente. Mientras, como instintivamente y sin darse cuenta, se frotó la mano derecha con la izquierda. Primero con el guante; luego, se lo quitó.

Impresionada y horrorizada, Nancy se quedó mirando lo que quedó a la vista.

Lo que había sido una mano era una horrible confusión roja y blanca de cardenales y cicatrices. Faltaban dos dedos y quedaban muñones irregulares de los que sobresalían colgajos de carne. Los otros dedos estaban más o menos completos, pero les faltaban porciones irregulares. Un dedo estaba grotescamente torcido y dejaba a la vista un trozo de hueso seco y amarillo.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó en la mano? —dijo Nancy, asqueada.

Yvette miró, y comprendiendo lo que había hecho, la cubrió presurosa.

—¿Qué pasó? —insistió Nancy.

—Fue… tuve un accidente.

—Pero ¿quién se la dejó así? ¿Fue a un médico?

—No fui a un médico —dijo Yvette. Contuvo las lágrimas—. No me dejaron.

—¿Quiénes no la dejaron? —Nancy sintió que se enfurecía—. ¿Birdsong?

La chica asintió.

—Y Georgos.

—¿Quién demonios es Georgos? ¿Y por qué no quisieron llevarla a un médico? —Nancy tomó la mano sana de Yvette—. ¡Criatura, déjeme ayudarla! Puedo hacerlo. Y todavía podemos hacer algo por esa mano. Estamos a tiempo.

La chica movió la cabeza. La emoción se había agotado y su expresión era la de antes: los ojos vacíos, apagados, resignados.

—Por lo menos dígame —rogó Nancy—, dígame de qué se trata.

Yvette dejó escapar aire en lo que pudo, o no, ser un suspiro. Luego, bruscamente se inclinó y levantó del suelo una cartera marrón muy gastada. La abrió y sacó dos cassettes con cintas grabadas que dejó sobre la mesa y empujó hacia Nancy.

—Ahí está todo —dijo Yvette. Luego, con un solo movimiento terminó la cerveza y se levantó.

—¡Epa! —protestó Nancy—. ¡No se vaya todavía! Acabamos de empezar. Oiga, ¿por qué no me dice que hay en esas cintas, para que podamos hablar sobre ello?

—Ahí está todo —repitió la chica.

—Sí, pero… —Nancy se encontró hablando sola. Un instante después se abrió la puerta, entró brevemente la luz del sol y luego Yvette ya no estaba.

Le pareció que no ganaría nada con seguirla.

Con curiosidad, Nancy dio vuelta a las cassettes en la mano y reconoció la marca, un artículo barato que se compraba en paquetes de un dólar más o menos cada uno. Ninguna de las dos tenía etiqueta; solo había escrito 1,2, 3, 4, con lápiz en los lados. Bueno, los pasaría esa noche en su casa y ojalá hubiera en ellas algo que valiese la pena. Pero se sentía frustrada y desilusionada por no haber obtenido de Yvette ninguna información concreta mientras estaba con ella.

Nancy terminó la cerveza y pagó; luego, se fue. A la media hora estaba en la sala de redacción del *Examiner* sumergida en su otro trabajo.

3

Cuando Yvette le dijo a Nancy Molineaux: «Ya no tengo miedo» decía la verdad. El día anterior había tomado una decisión que la liberaba de toda preocupación por las cosas inmediatas, de toda duda, ansiedad y dolor, y borraba el agobiante temor con el que había vivido durante meses, de que la arrestaran y encarcelaran por vida.

La decisión de ayer era que en cuanto hubiera entregado las cintas a esa negra con tantas vinculaciones que trabajaba para un periódico, y que sabría qué hacer con ellas, se mataría. Cuando salió de la casa de la calle Crocker esta mañana (por última vez) llevaba con qué hacerlo.

Y ya había entregado las cintas que ella misma había grabado con cuidado y paciencia, y que incriminaban a Georgos y Davey Birdsong porque revelaban lo que habían hecho y planeaban hacer, y descubrían el escenario de destrucción y crimen para esa noche, o mejor dicho para las tres de la madrugada siguiente, en el hotel «Christopher Columbus». Georgos no había pensado que ella lo supiera, pero lo había sabido desde el principio.

Al alejarse del bar, ahora que estaba hecho, Yvette se sintió en paz. Paz, por fin. Hacía mucho tiempo que no la tenía. Por supuesto que no la había tenido con Georgos, aunque al principio la excitación de ser la mujer de Georgos, de escuchar su conversación educada y compartir las cosas importantes que hacía, había hecho que todo lo demás pareciera no tener importancia. Fue solo más tarde, mucho más tarde, cuando ya era demasiado tarde para salvarse, cuando empezó a preguntarse si Georgos no estaría enfermo, si toda su inteligencia y sabiduría no se habrían de alguna manera… ¿cuál era la palabra?… pervertido.

Ahora creía realmente que era así, que Georgos estaba enfermo, quizás hasta loco.

Y sin embargo, recordó Yvette, aún quería a Georgos; aun ahora que había hecho lo que tuvo que hacer. Y le sucediera lo que le sucediera, deseaba que no lo lastimaran demasiado, que no lo hicieran sufrir mucho, aunque sabía que las dos cosas podían ocurrir después que la negra escuchara las cintas e informara a quien ella decidiera —posiblemente a la policía— sobre lo que había en ellas.

En cuanto a Birdsong, a Yvette no le importaba un comino. No le gustaba y nunca le había gustado. Era miserable y duro; jamás tenía las gentilezas de Georgos, aunque Georgos era revolucionario y no tenía por qué ser gentil. A Birdsong podían matarle antes de que terminara el día o podían meterle en la cárcel para siempre, y a ella no le importaría; en realidad, deseaba que ocurriera una de las dos cosas. Yvette culpaba a Birdsong por muchas de las escenas que habían tenido lugar entre ella y Georgos. Lo del hotel «Christopher Columbus» había sido idea de Birdsong; eso también estaba en las cintas.

De pronto comprendió que nunca sabría qué le ocurriría a Birdsong o a Georgos, porque estaría muerta.

¡Dios mío; tenía solo veintidós años! Apenas empezaba a vivir y no quería morir.

Pero tampoco quería pasar el resto de su vida en la cárcel. Hasta la muerte era mejor que eso.

Yvette siguió caminando. Sabía adónde iba, y que necesitaría cerca de media hora. Era otra cosa que había decidido el día anterior.

Hacía menos de cuatro meses, una semana después de la noche en la colina sobre Millfield, cuando Georgos mató a dos guardias, que comprendió en qué se había metido. Asesinatos. Era culpable, tanto como Georgos.

Al principio no creyó a Georgos cuando se lo dijo. Pensó que solo trataba de asustarla cuando de regreso hacia la ciudad desde Millfield le había advertido: «Estás tan metida en esto como yo. Estabas allí, eres parte de todo, y mataste a esos cerdos como si hubieras usado el cuchillo o el revólver. Lo que me ocurra a mí te ocurrirá a ti.»

Pero pocos días después leyó en un periódico sobre el juicio en California a tres hombres acusados de asesinato en primer grado. El trío había entrado en un edificio y el líder mató a un sereno. Aunque los otros dos no estaban armados y no participaron activamente en el asesinato, los tres fueron declarados culpables y recibieron la misma pena: cadena perpetua sin posibilidad de perdón. Entonces Yvette comprendió que Georgos le había dicho la verdad y, desde ese momento, su desesperación creció. Creció a partir de la certeza de que no podía retroceder, no podía escapar a lo que había llegado a ser. Eso había sido lo más duro de aceptar, aun sabiendo que no tenía alternativa.

Algunas noches, despierta al lado de Georgos, en la oscuridad de aquella siniestra casa de la calle Crocker, había fantaseado que podía retroceder, volver a la granja de Kansas donde había nacido y vivido de pequeña. Comparado con esto, aquellos días parecían brillantes y despreocupados.

Maldita sea si no era cierto.

La granja eran unos veinte acres rocosos, de los que el padre de Yvette, un hombre agriado, protestón, pendenciero, apenas sacaba bastante para alimentar a una familia de seis, sin que le alcanzara para pagar la hipoteca. Jamás fue un hogar cálido y cariñoso. Peleas violentas entre los padres eran la norma de todos los días, algo que los hijos aprendieron a imitar. La madre de Yvette, una quejica crónica, a menudo le gritaba a Yvette, la menor, pues no había sido deseada y ella hubiera preferido un aborto.

Yvette siguió el ejemplo de dos hermanos mayores y de una hermana, y dejó el hogar para siempre en cuanto pudo; jamás volvió. No tenía idea de dónde estaba su familia ahora, y si sus padres habían muerto, y sentía que no le importaba. Sin embargo, se preguntaba si sus padres, hermanos o hermanas oirían hablar de su muerte o leerían algo, y si les importaría.

Claro, pensó Yvette, que sería fácil echarle la culpa a esos primeros años de todo lo que le había ocurrido después, pero no sería ni cierto ni justo. Cuando llegó al oeste, solo tenía el mínimo legal de escolaridad, pero consiguió un trabajo como

vendedora en la sección infantil de una gran tienda, y le gustaba. Disfrutaba ayudando a elegir ropa para criaturas, y por ese entonces le pareció que le gustaría tener hijos algún día, a quienes no trataría como la habían tratado a ella en su casa.

Lo que ocurrió y la puso en el camino que finalmente recorrió con Georgos, fue que una chica con la que trabajaba la llevó a unas reuniones políticas de izquierdas. Una cosa condujo a otra; más adelante conoció a Georgos y… ¡Oh, Dios, de qué servía volver sobre todo aquello!

Yvette se daba cuenta de que en muchas cosas no era inteligente. Siempre le había sido difícil comprender las cosas, y en la pequeña escuela rural a la que concurrió hasta que tuvo dieciséis años, las maestras le decían que era una estúpida. Razón por la cual, probablemente, cuando Georgos la persuadió de abandonar su trabajo y entrar en la clandestinidad con él para organizar «Amigos de la Libertad», Yvette no tuvo la menor idea de lo que estaba haciendo. En ese momento le sonó a diversión y aventura, y no, como resultó ser, lo peor de su vida.

La comprensión de que ella —al igual que Georgos, Wayde, Ute y Félix— se habían convertido en criminales perseguidos por la ley le llegó a Yvette gradualmente. Cuando se convenció del todo quedó aterrorizada. ¿Qué le harían si la arrestaban? Yvette pensó en Patty Hearst, y lo que la habían hecho sufrir, y eso que después de todo era una víctima. Por Dios. ¿Cuánto peor no sería para Yvette, que no lo era?

Yvette recordaba que Georgos y los otros tres revolucionarios habían reído y reído cuando el juicio de Patty Hearst; se reían de cómo se afanaban los círculos gobernantes en un esfuerzo virtuoso por crucificar a uno de ellos mismos, solo para demostrar que podían hacerlo. Claro que, como dijo Georgos después, si la Hearst (en este caso particular) hubiera sido pobre, o negra como Ángela Davis, hubiera recibido compasión y un tratamiento más justo. La desgracia de Hearst era que su padre tenía dinero. ¡Qué chiste! Yvette todavía recordaba al pequeño grupo mirando la televisión y dispersándose cada vez que se informaba sobre el juicio.

Pero ahora el miedo por haber cometido crímenes planeaba sobre Yvette, un miedo que crecía como un cáncer, hasta que al fin llenó todas sus horas de vigilia.

Últimamente, comprendió que Georgos ya no confiaba en ella.

Lo pescó mirándola de manera extraña. No hablaba tanto como antes. Se volvió reservado en cuanto al nuevo trabajo que estaba preparando. Yvette sentía que pasara lo que pasara, sus días como mujer de Georgos estaban contados.

Fue entonces cuando, sin saber realmente por qué, Yvette empezó a espiarle y a grabar las cintas. No fue difícil. Había un magnetofón en la casa y Georgos le había enseñado a usarlo. Utilizó un micrófono escondido y manejó el grabador en otra habitación; así grabó conversaciones entre Georgos y Birdsong. Al escuchar la cinta luego, se enteró de la existencia de extintores con bombas para el hotel «Christopher Columbus».

Las conversaciones Georgos-Birdsong estaban en las cassettes que le dio a la

negra. También había un largo y divagador relato de todo desde el principio, hecho por la propia Yvette.

¿Por qué lo había hecho?

Aún ahora no estaba segura. No fue la conciencia; no tenía sentido engañarse en cuanto a eso. Tampoco por la gente del hotel; Yvette estaba demasiado alejada, demasiado agotada para que le importaran. Quizá para salvar a Georgos, para salvar su alma (si es que la tenía; si alguno de ellos la tenía) de la cosa terrible que se proponía hacer.

La mente de Yvette se estaba cansando. Siempre le ocurría cuando pensaba demasiado.

¡Seguía sin querer morir!

Pero sabía que no tenía otra salida.

Yvette miró a su alrededor. Había seguido caminando, sin darse cuenta de dónde estaba, y ahora comprendió que había ido más aprisa y más allá de lo que pensaba. Su meta, que ya veía, estaba a poca distancia.

Era una pequeña colina cubierta de hierba, que se conservaba como paseo público. El nombre, no oficial, era Colina Solitaria, apropiado porque muy poca gente iba por allí; por eso la había elegido Yvette. Los doscientos metros finales, más allá de las últimas calles y casas, seguían un sendero empinado y estrecho, y ella lo subió despacio. La cima, que ella temía alcanzar, llegó demasiado pronto.

Más temprano, el día había sido luminoso; ahora estaba nublado y un viento frío y fuerte cortaba en la pequeña cima expuesta. Yvette se estremeció. En la distancia, más allá de la ciudad, vio el océano, gris y desolado.

Se sentó en la hierba y abrió la cartera por segunda vez. La primera había sacado las cassettes en el bar.

De la cartera, que pesaba bastante, sacó un dispositivo que había cogido días atrás del taller de Georgos y había ocultado hasta esta mañana. Era un cohete «Bangalore», simple pero letal, un cartucho de dinamita dentro de un trozo de tubería. La tubería estaba sellada en los dos extremos, pero en uno de ellos habían dejado un agujerito para permitir la entrada de un detonador. Yvette misma había insertado la cápsula con cuidado, otra cosa que Georgos le había enseñado, después de agregar al detonador una mecha corta, que ahora salía por el extremo del tubo. Era una mecha de cinco segundos. Suficiente.

Yvette metió la mano en la cartera otra vez; encontró un encendedor pequeño. Mientras lo sostenía torpemente, le temblaron las manos.

Era difícil hacer funcionar el encendedor con el viento. Puso la bomba en el suelo y cubrió el encendedor con la mano. Chisporroteó y luego hizo llama.

Cogió nuevamente la bomba, con dificultad porque temblaba aún más, y logró acercar el extremo de la mecha al encendedor. La mecha se encendió en seguida. Con un solo movimiento rápido, Yvette dejó caer el encendedor y apretó la bomba contra el pecho. Cerró los ojos y esperó que no fuera…

4

El segundo día de la convención del Instituto Nacional de Electricidad terminaba.

Todos los actos oficiales del día habían concluido. Los salones de reuniones del hotel «Christopher Columbus» estaban desiertos. La mayoría de los delegados y sus esposas, algunos con toda la familia, estaban en sus habitaciones o *suites*. Algunos espíritus resistentes estaban todavía de fiesta. Muchos otros ya dormían. Varios de los delegados más jóvenes y un puñado de gente madura juerguista andaban repartidos por la ciudad: en bares, restaurantes, discotecas y espectáculos de *strip-tease*. Pero aun éstos comenzaban a volver al «Christopher Columbus», y cuando cerraran los locales nocturnos, a las dos, volvería el resto.

—Buenas noches, señores —Nim besó a Leah y Benjy, y luego apagó las luces en el segundo dormitorio de la *suite*, en el que dormían los niños.

Casi dormida, Leah murmuró algo inaudible. Benjy, más animado aunque ya había pasado la medianoche, dijo:

—Papaíto, vivir en un hotel es muy divertido.

—Al cabo de un tiempo se vuelve algo caro —dijo Nim—. Sobre todo cuando un tipo llamado Benjamin Goldman insiste en firmar vales por el servicio en la habitación.

—Me gusta hacerlo —rio Benjy.

Esa mañana Nim le había permitido a Ben firmar el vale, y lo mismo por la noche, cuando Ben y Leah comieron un bistec en la *suite* mientras Nim y Ruth asistían a una reunión y cena del «INE». Después, toda la familia salió del hotel para ver una película, de la que acababan de volver hacía poco.

—Duerme ahora —dijo Nim—, o la mano que firma no te servirá mañana.

En el salón, Ruth, que había escuchado la conversación por la puerta abierta del dormitorio, sonrió cuando Nim volvió.

—Quizá ya te lo he dicho —dijo—, pero supongo que sabes que los niños te adoran.

—¿No me adora todo el mundo, acaso?

—Bueno… —Ruth lo pensó—. Ya que lo mencionas, podría haber una o dos excepciones. Como Ray Paulsen.

—¡Dios mío! —Nim rio con fuerza—. Hubieras debido ver la cara de Ray cuando volvió a la convención con Eric Humphrey, pensando que el presidente me iba a destrozar por lo que he dicho por la mañana; y en cambio Eric ha hecho todo lo contrario.

—¿Qué ha dicho?

—Algo así como que había recibido tantas felicitaciones por mi discurso que, ¿cómo iba a estar en minoría y objetarlo? De modo que me felicitaba.

—Si Eric cedió de esa manera, ¿no crees que podría haber un cambio de táctica, hacia una mayor franqueza, como querías tú?

Nim negó con la cabeza.

—No estoy seguro. La facción que no quiere perturbaciones, encabezada por Ray, sigue siendo fuerte. Además, en nuestra empresa muy poca gente comprende que una crisis energética es casi inevitable —se desperezó bostezando—. ¡Pero basta de preocupaciones por esta noche!

—Ya es la mañana —le corrigió Ruth—. Casi la una. De todos modos ayer fue un buen día para ti y me alegra que hayas tenido buena prensa —indicó una edición de la tarde del *California Examiner* que tenía al lado.

—Eso sí que ha sido una sorpresa —Nim había leído horas antes el artículo del *Examiner* sobre su discurso—. No entiendo a esa Molineaux. Estaba seguro de que me clavaría el cuchillo de nuevo, revolviéndolo en la herida.

—¿No sabes que las mujeres son inconstantes? —dijo Ruth, y luego agregó con picardía—: Creía que tus investigaciones te lo habían demostrado.

—Quizá lo he olvidado. No sé si has notado que últimamente he limitado mis investigaciones —se inclinó hacia delante y la besó suavemente en el cuello; luego se sentó enfrente—. ¿Cómo te encuentras?

—Normal casi todo el tiempo. Pero me canso fácilmente en comparación con la energía que solía tener.

—Hay algo que quiero preguntarte —Nim describió su conversación con Leah y su convicción de que a los niños debería informárseles sobre la salud de Ruth, para que, de producirse un empeoramiento repentino, estuvieran preparados—. Espero que no ocurra, tanto como tú, pero es algo que debemos considerar.

—He estado pensando lo mismo —le dijo ella—. Déjamelo a mí. En los próximos días elegiré el momento para decírselo.

Debió haberlo imaginado. Ruth, con su buen juicio, su habilidad para afrontar situaciones, siempre haría lo mejor para la familia.

—Gracias.

Siguieron hablando, tranquila y fácilmente, gozando con su mutua compañía. Hasta que Nim cogió la mano de Ruth.

—Estás cansada y yo también. Vamos a la cama.

Entraron al dormitorio de la mano, y al apagar la luz él miró la hora: la una y media.

Se quedaron dormidos casi en seguida, abrazados.

A medio kilómetro del hotel, Georgos Winslow Archambault estaba sentado solo en la camioneta roja del «Servicio de Protección contra Incendios, Inc.» Apenas podía esperar que llegaran las tres y comenzaran las explosiones. La excitación de Georgos hervía como una caldera, incitándole sexualmente de tal modo que hacía unos

minutos había tenido que masturbarse.

Era casi increíble lo fácil que había sido todo. Desde el momento en que la policía abrió paso al camión de «Amigos de la Libertad» para que pudiera llegar a la entrada de servicio del hotel (¡y qué chiste formidable había sido ése!), dentro del mismo les habían detenido solo dos veces. A Ute le interrogó brevemente un guardia de civil, a Georgos un auxiliar de la gerencia que encontró en un ascensor de servicio. Los dos incidentes hicieron pasar un momento de nerviosismo a Ute y a Georgos, pero las órdenes de trabajo que mostraron fueron vistas y devueltas inmediatamente sin más preguntas. En ningún caso fue necesario presentar la carta en papel del hotel.

La actitud general —previsible— pareció ser: ¿Quién iba a querer impedir que se colocara un extintor de incendios en el lugar que le correspondía? Los pocos que podían interesarse tenían que suponer que otra persona había dado la orden o aprobado esa precaución suplementaria.

Ahora solo quedaba la espera: la parte más difícil. Deliberadamente, había aparcado a cierta distancia del hotel, para evitar que le vieran, y también para desaparecer rápidamente cuando fuera necesario. Justo antes de que empezara el espectáculo, se acercaría a pie para verlo mejor.

En cuanto el hotel estuviera envuelto en llamas, con la gente atrapada dentro, Georgos se proponía llamar a una emisora de radio para que difundieran el comunicado que ya tenía redactado. Contenía sus nuevas exigencias: las anteriores y algunas más. Estaba claro que sus órdenes serían obedecidas de inmediato cuando la estructura del poder fascista comprendiera por fin la fuerza y la habilidad de los «Amigos de la Libertad». Mentalmente, Georgos veía a las autoridades humillándose ante él…

Solo le preocupaba algo insignificante. La repentina desaparición de Yvette; estaba inquieto, consciente de que en lo referente a su mujer era culpable de debilidad. Debió haberla eliminado semanas atrás. Cuando volviera, como estaba seguro de que ocurriría, lo haría en seguida. Pero le alegraba haber ocultado a Yvette sus planes para esta última y valiente batalla.

¡Qué día para que la historia recordara!

Por vigésima vez desde que llegara allí, Georgos miró el reloj: las dos menos veinte. Faltaba una hora y veinte minutos.

Por precaución, aunque en realidad no lo creía necesario, Davey Birdsong se preparaba una coartada.

Estaba fuera de la ciudad, a unos treinta kilómetros del hotel «Christopher Columbus», y se proponía mantener esa distancia hasta que finalizara la operación.

Horas antes había pronunciado una conferencia (pagada) de una hora, a un grupo de estudio de adultos sobre «el ideal socialista». El debate posterior consumió unos noventa minutos. Ahora estaba con una docena de gente tediosa, aburrida, que se

había trasladado a la casa de uno de ellos para seguir charlando de política internacional, de la que tenían solo nociones superficiales. Mientras hablaban, bebían mucha cerveza y café, y era evidente, pensó Birdsong, que podían muy bien seguir hasta la madrugada. Perfecto, ¡que siguieran! El mismo participaba un poco de vez en cuando, asegurándose que todos se dieran cuenta que se había quedado.

También Davey Birdsong tenía un declaración escrita a máquina que entregaría a la prensa. Tenía una copia en el bolsillo; comenzaba:

> *La popular organización de consumidores, «Luz y Fuerza Para el Pueblo», reafirma su posición ante toda violencia.*
>
> *Deploramos la violencia en toda ocasión, y en particular el ataque con bombas que tuvo lugar anoche en el hotel «Christopher Columbus», declara Davey Birdsong, líder de la* lfpp.
>
> *La* lfpp *continuará sus esfuerzos pacíficos en busca de…*

Birdsong sonrió al recordar, y verificó la hora subrepticiamente: las dos menos cuarto.

Nancy Molineaux todavía estaba en la reunión de la noche; había resultado buena, pero deseaba irse. Estaba cansada, había sido uno de esos días atestados de cosas, en el que apenas si había tenido un minuto para sí misma. Además, le dolía la mandíbula. El maldito dentista le había trabajado una caries como si estuviera perforando para hacer un sótano, y cuando se lo dijo solo se rio.

A pesar del dolor, Nancy estaba segura de que esa noche dormiría bien, y ansiaba meterse entre sus sábanas «Porthault» de seda.

Después de despedirse de los dueños de la casa, que vivían en un apartamento con terraza no lejos del centro de la ciudad, bajó en el ascensor hasta donde el portero la esperaba con su coche. Después de darle una propina, Nancy miró la hora: las dos menos diez. Su apartamento quedaba a menos de diez minutos. Con suerte estaría en casa a eso de las dos.

De repente recordó que esa noche se había propuesto escuchar las cintas que le había dado Yvette. Bueno, hacía mucho tiempo que trabajaba en ese artículo, y un día más no significaría nada. Si se levantaba temprano, las escucharía antes de ir al *Examiner*.

5

Nancy Molineaux gozaba con los lujos de la vida, y su apartamento exclusivo y moderno en un rascacielos lo demostraba.

La alfombra beige de «Stark» en el salón hacía juego con las cortinas largas de hilo de las ventanas. Tenía una mesa «Pace», de cristal ahumado, cromo y caoba blanqueada, ubicada frente a un sofá de mullidos almohadones de gamuza «Clarence House». El cuadro de Calder era original. También lo era un óleo sobre tela de Roy Lichtenstein en el dormitorio de Nancy.

Las puertas-ventanas corredizas del comedor daban a un patio exterior con su propio jardincito y una vista del puerto.

Si Nancy se hubiera visto obligada, viviría en otra parte y se arreglaría con su sueldo; pero hacía tiempo que había llegado a convencerse de que podía aceptar el dinero que le pasaba su padre. Allí estaba, honestamente ganado: ¿qué había de malo en usarlo? Nada.

Pero se cuidaba de no hacer ostentación de esos lujos ante sus colegas, por lo que nunca los llevaba allí.

Mientras andaba por el apartamento, preparándose para acostarse, Nancy encontró las cintas que había recordado y las dejó cerca del aparato *stereo* para pasarlas por la mañana.

Al entrar al apartamento pocos minutos antes, había encendido la radio de frecuencia modulada, que mantenía sintonizada en una emisora que pasaba música casi las veinticuatro horas del día. Sin hacer mayor caso, notó que habían interrumpido la música para pasar noticias.

«… en Washington aumenta la inquietud ante una inminente crisis petrolífera… el secretario de Estado llegó a Arabia Saudita para reanudar las negociaciones… el Senado aprobó ayer tarde el nuevo tope para la deuda nacional… el Kremlin vuelve a denunciar espionaje por parte de periodistas occidentales… localmente, otras acusaciones por corrupción en la municipalidad… tarifas de autobús y de otros medios de transportes de pasajeros seguramente subirán después de los convenios de sueldos… la policía solicita ayuda para la identificación del cuerpo de una mujer joven, aparentemente suicidada, encontrado esta tarde en Colina Solitaria… fragmentos de bomba en la escena… aunque el cuerpo estaba muy mutilado, a una de las manos le faltaban dos dedos además de otras deformaciones debidas, según parece, a una lesión anterior…»

Nancy dejó caer el cepillo de dientes.

¿Había oído lo que creía haber oído?

Pensó en hablar a la emisora de radio para pedir que le repitieran la última noticia, pero comprendió que no era necesario. Aunque escuchaba a medias, había oído bastante para saber que tenía que ser Yvette. ¡Por Dios!, pensó Nancy, la había dejado marchar sin seguirla.

¿Hubiera podido ayudarla? ¿Y qué había dicho Yvette? *«Ya no tengo miedo.»* Ahora sabía por qué.

Y todavía no había escuchado las cintas.

Repentinamente, Nancy se puso en actividad, desaparecido su cansancio anterior.

Se echó un quimono encima, encendió las luces del salón e insertó la primera cassette. Hubo una pausa antes de que comenzara la grabación; Nancy la aprovechó para instalarse en una silla con una libreta sobre la falda y la pluma preparada. Luego, la insegura voz de Yvette se oyó por el aparato de alta fidelidad de Nancy.

A las primeras palabras Nancy se irguió, prestando toda su atención.

«Se trata de los "Amigos de la Libertad", todas las bombas y los asesinatos. Están los "Amigos de la Libertad" en la calle Crocker, número 117. El líder es Georgos Archambault, tiene un segundo nombre de pila, Winslow, le gusta usarlo. Soy la mujer de Georgos, yo también he estado en eso. También está Davey Birdsong, él trae el dinero para comprar explosivos y otras cosas.»

Nancy estaba boquiabierta. Sintió que la recorrían escalofríos. La pluma volaba.

En la cinta había algo más de Yvette, y luego una conversación entre dos voces de hombre; uno, presumiblemente, el Georgos de quien había hablado Yvette, y el otro, sin lugar a dudas, Davey Birdsong.

El primer lado de la cinta terminó. La platina de Nancy tenía un cambiador automático. El segundo lado comenzó en seguida.

Siguió más de Yvette. Describía la noche en la colina sobre Millfield. La explosión en la subplanta. El asesinato de los dos guardias.

La excitación de Nancy fue en aumento. Apenas podía creer lo que oía: la noticia más sensacional de su carrera y, por el momento, exclusivamente suya. Siguió escuchando y tomando notas.

De nuevo Georgos y Birdsong. Discutían algo… hacían arreglos… el hotel «Christopher Columbus»… bombas camufladas de extintores de incendios… una camioneta roja; «Servicio de Protección contra Incendios»… segunda noche de la convención del Instituto Eléctrico Nacional… las tres…

Nancy sintió una picazón en la piel. Hizo un rápido cálculo mental, miró el reloj y se lanzó sobre el teléfono.

Su artículo ya no tenía prioridad.

La mano le tembló al marcar el 911, número de emergencia de la policía.

6

El teniente de guardia en el centro de operaciones del departamento de policía se dio cuenta de que debía tomar una decisión rápida.

Un momento antes, el telefonista de la policía que recibió la llamada de Nancy Molineaux al 911, le había hecho un gesto al teniente mientras tomaba nota de la información para que escuchara. Lo hizo. Después de escuchar brevemente la interrogó; Nancy se identificó y dijo que era periodista del *California Examiner*. Explicó lo de las cintas: cómo habían llegado a su poder, cómo le habían revelado la información que les pasaba con toda urgencia.

—He oído hablar de usted, señorita Molineaux —dijo el teniente—. ¿Llama desde el periódico?

—No. Desde mi apartamento.

—La dirección, por favor.

Se la dio.

—¿Figura en la guía telefónica?

—Sí. Como «Molineaux, N».

—Corte, por favor —dijo el teniente—. La llamaremos inmediatamente.

El telefonista de la policía —uno entre veinte que se ocupan de las llamadas de emergencia— ya había encontrado el número en una guía telefónica de la ciudad. Lo escribió en un trozo de papel que le pasó al teniente; éste lo marcó y esperó.

Nancy contestó a la primera llamada.

—Señorita Molineaux, ¿ha llamado usted a emergencias de la policía?

—Sí.

—Gracias. Teníamos que verificar la llamada. ¿Dónde estará luego, por si la necesitamos?

—En el hotel «Christopher Columbus» —dijo Nancy—. ¿Dónde demonios voy a estar? —cortó.

El teniente pensó un instante. Había comprobado que la llamada era auténtica, no de un maníaco. Pero ¿sería una información lo suficientemente seria como para justificar la evacuación, en medio de la noche, del hotel más grande de la ciudad, con la consiguiente alarma?

Normalmente, en el caso de un aviso de bombas (la policía recibía cientos por año), el procedimiento era enviar una patrulla formada por un sargento y dos o tres agentes, para investigar. Si sospechaban algo o encontraban razonable el aviso, llamaban por teléfono al centro de operaciones y se ponían en marcha los procedimientos para emergencias. (La comunicación de radio nunca se usaba en esa etapa por dos razones. Si existía una bomba, una señal de radio podía hacerla estallar. Y como las radios de la policía podían ser interceptadas por mucha gente, la policía trataba de retrasar la llegada de la prensa y del público, que estorbarían en el lugar.)

Pero si la denuncia recibida era verdadera y el peligro real, no había tiempo para

aplicar los métodos regulares.

Durante el día, si las fuerzas de los departamentos de policía y bomberos trabajaban a un tiempo, un hotel como el «Christopher Columbus» podía ser evacuado en media hora. De noche, en cambio, llevaría más tiempo: una hora si lo hacían rápido y con suerte. Una evacuación nocturna presenta siempre problemas especiales; había gente de sueño pesado, borrachos, incrédulos, parejas que no deseaban ser descubiertas, que obligaban a buscar habitación por habitación y a usar ganzúas.

Pero no tenían una hora. El teniente de guardia miró el gran reloj digital que tenía encima de él: las dos y veintiún minutos. La periodista había dicho que una bomba, o varias, podían estallar a las tres. ¿Cierto? ¿Falso? ¡Qué diablos!, ojalá pudiera comunicarse con un superior para que él decidiera; pero tampoco había tiempo para eso.

El teniente tomó la única determinación posible y ordenó:

—Comiencen el procedimiento de evacuación en caso de bombas en el hotel «Christopher Columbus».

Inmediatamente comenzaron a funcionar una media docena de teléfonos del centro de operaciones. Primero se hicieron llamadas de alarma a la policía del distrito central y a las unidades contra incendios; las autobombas y los coches de policía se pondrían en marcha en seguida. Luego, llamaron directamente al comando nocturno del departamento de policía y al subjefe de bomberos, que dirigirían en acción conjunta la evacuación del hotel. Simultáneamente, se alertó a la unidad táctica policial, que incluía las patrullas de explosivos; seguirían de cerca a las otras fuerzas. Después, una llamada a un cuerpo cercano del ejército, cuya unidad de explosivos suministraría expertos en desactivación de bombas. Se pidió a los departamentos de policía de ciudades próximas que ayudaran enviando sus patrullas antiexplosivos. Se solicitaron ambulancias, en la seguridad que se las necesitaría. Siguieron citaciones a funcionarios policiales, de bomberos y municipales, la mayoría de los cuales fueron despertados en sus casas.

El teniente de guardia hablaba por teléfono con el administrador nocturno del «Christopher Columbus».

—Hemos recibido una denuncia, que consideramos auténtica, de que han colocado bombas en su hotel. Recomendamos la evacuación inmediata, unidades de policía y de bomberos se dirigen hacia allá.

El uso de la palabra «recomendamos» era deliberado. Técnicamente el teniente no tenía autoridad para ordenar la evacuación; esa decisión la debía tomar la administración del hotel. Afortunadamente, el administrador nocturno no era ni puntilloso ni tonto.

—Haré funcionar las alarmas —dijo—, y el personal hará lo que usted diga.

Como una máquina de guerra puesta en marcha, los efectos de la operación se difundieron rápidamente: cada componente, en un impulso acelerado, utilizó técnicas

especializadas para convertirse en parte del esfuerzo total. La acción ya se había alejado del centro de operaciones, que ahora canalizaría las informaciones. Mientras tanto, subsistían dos incógnitas vitales. ¿Explotarían las bombas a las tres? De ocurrir eso, ¿se alcanzaría a evacuar el hotel en los treinta y seis minutos que restaban? Era un tiempo demasiado escaso.

El suspense tendría corta duración. Pronto se conocería la respuesta a esas preguntas.

Nancy Molineaux se dijo que, habiendo cumplido su deber con la humanidad, ahora podía volver al periodismo.

Estaba todavía en su apartamento preparándose para salir. Mientras se echaba encima alguna ropa a toda prisa, Nancy llamó por teléfono al jefe de redacción de la noche del *Examiner* y le hizo una rápida reseña de lo que tenía. Cuando éste le hizo unas preguntas rápidas, sintió que se estaba entusiasmando ante la perspectiva de la exclusividad de una noticia sensacional.

—Voy al hotel —le dijo Nancy—. Luego iré allá para escribir —sin preguntarlo sabía que enviarían a todos los fotógrafos que pudieran conseguir.

—Otra cosa —le dijo al jefe de redacción—. Tengo dos cassettes de cintas. Tuve que decírselo a la policía, que seguramente las querrá como prueba, de modo que las secuestrarán. Antes de eso tendríamos que sacar copias.

Acordaron que un mensajero se encontraría con Nancy en el hotel y recogería las cintas. De allí las llevaría rápidamente a la residencia del redactor de espectáculos del periódico, un fanático de la alta fidelidad, que tenía su propio laboratorio de grabación.

Sabían que estaba en su casa y le avisarían que iban con las cintas.

Las copias y un aparato portátil para pasarlas estarían esperando a Nancy en la sala de redacción.

Nancy ya había llegado corriendo a la puerta del apartamento cuando recordó algo.

Volvió apresuradamente al teléfono y marcó el número del hotel «Christopher Columbus», que sabía de memoria. Cuando el telefonista contestó, le indicó:

—Póngame con la habitación de Nimrod Goldman.

En el sueño de Nim, el sistema eléctrico de la «CGS» estaba en una crisis gravísima. Las plantas generadoras habían fallado una tras otra, hasta que solo quedaba una: La Mission N.° 5, «Gran Lil». Luego, tal como había ocurrido el verano anterior, el día que murió Walter Talbot, el panel de La Mission N.° 5 en Control de Energía comenzó a emitir señales de advertencia; luces intermitentes y una campanilla aguda. Las luces disminuyeron, pero la campanilla insistía, invadiendo la conciencia de Nim hasta que se despertó y se encontró con que sonaba el teléfono que tenía al lado de la cama. Medio dormido, levantó el auricular.

—¡Goldman! ¿Es usted, Goldman?

Parcialmente despierto todavía, contestó:

—Sí.

—Soy Nancy Molineaux. ¡Escuche!

—¿Quién?

—¡Nancy Molineaux, idiota!

En medio de su sueño, empezó a sentir furia.

—Molineaux, ¿no sabe que estamos en medio de la noche…?

—¡Cállese la boca y escuche! Goldman, contrólese y despierte. Usted y su familia están en peligro. Confíe en mí…

Apoyándose en un codo, Nim dijo:

—No confiaría en usted… —luego recordó lo que había escrito el día anterior y se calló.

—¡Goldman, saque a su familia del hotel! ¡Ahora mismo! ¡No se detenga ante nada! Han puesto bombas.

Ahora estaba enteramente despierto.

—¿Es una broma? Porque si lo es…

—No es una broma —la voz de Nancy rogaba—. ¡Por Dios, créame! Esos degenerados de los «Amigos de la Libertad» han colocado bombas camufladas como extintores de incendios. Saque a su mujer y sus hijos…

El nombre «Amigos de la Libertad» le convenció. Entonces recordó el hotel atestado de asistentes a la convención.

—¿Y la otra gente?

—La alarma ya ha sonado. ¡Muévase!

—¡Bien!

—Nos veremos frente al hotel —dijo Nancy, pero Nim no la oyó. Había colgado y sacudía enérgicamente a Ruth.

A los pocos minutos Nim sacaba a toda prisa de la *suite* a los niños llorando, aturdidos de sueño y todavía en pijama. Ruth le seguía. Nim se dirigió a la escalera de emergencia, bien enterado de que había que mantenerse lejos de los ascensores en esos casos, por si acaso fallaban, con el peligro de quedar atrapados. Cuando empezaron el largo descenso de veintiséis pisos, oyó las sirenas en la calle, débiles primero, luego cada vez más fuertes.

Ya habían bajado tres pisos cuando en todo el hotel se oyeron las campanillas de alarma sonando estridentes.

Esa noche hubo actos de valor y heroísmo. Algunos pasaron desapercibidos, otros fueron notorios.

La evacuación del hotel se hizo rápidamente y en su mayor parte con serenidad. La policía y los bomberos llegaron rápidamente a todos los pisos, golpearon puertas,

gritaron, desoyeron preguntas y dieron órdenes, urgieron a la gente para que bajara por las escaleras, advirtiéndoles que no usaran los ascensores. Otras personas de las fuerzas de emergencia, ayudadas por personal del hotel, utilizaron ganzúas para entrar en habitaciones en las que nadie respondía. Y en medio de todo eso continuaba sonando la alarma contra incendios.

Algunos huéspedes protestaron y discutieron, y un puñado se mostró belicoso, pero cuando se les amenazó con detenerles, se unieron a los que huían hacia el exterior. Muy pocos de los huéspedes, quizá ninguno, sabían exactamente qué ocurría; aceptaron la inminencia de un peligro y se apresuraron, llevando un mínimo de ropa, y abandonaron sus pertenencias en las habitaciones. Un hombre obedeció las órdenes medio dormido y llegó hasta la escalera de su piso sin darse cuenta de que estaba desnudo. Un bombero sonriente le permitió volver a ponerse pantalones y camisa.

La evacuación ya estaba en marcha cuando llegó la patrulla de explosivos de la policía en tres camionetas, haciendo chillar las sirenas. Los hombres entraron a montones en el hotel y, trabajando rápida pero cuidadosamente, verificaron todos los extintores a la vista. Los que les parecieron sospechosos los enlazaron con sogas, hecho lo cual los hombres se alejaban todo lo posible dejando soga, cuando se aseguraban de que no había gente cerca tiraban de la soga; el extintor se sacudía y tumbaba; ese movimiento era suficiente para hacer estallar cualquier bomba de contacto. Pero no hubo explosión, y después de haber examinado el extintor, uno lo cogía y lo llevaba fuera. Eso representaba el mayor riesgo, pero se aceptó como inevitable dadas las circunstancias.

Los extintores con explosivos eran llevados con toda premura en una flotilla de camionetas desde la calle frente al hotel hasta el puerto, donde desde un muelle en desuso se los arrojaba en la bahía.

Inmediatamente después de iniciadas las tareas de la patrulla de explosivos de la policía, se les unió una unidad de artillería del ejército, integrada por una media docena de oficiales y tropa, todos expertos en explosivos, que ayudaron a acelerar la operación de desactivación de las bombas.

A los veinte minutos de sonar la alarma, la gente a cargo de la evacuación vio que iba bien y más rápido de lo esperado. Las posibilidades de sacar la mayoría de los huéspedes antes de las tres eran ciertas.

Todas las calles que llevaban al «Christopher Columbus» estaban llenas de vehículos: equipos contra incendios, coches y camiones de policía, ambulancias, todos con sus luces de alerta centelleando. Acababa de llegar un camión enorme del Servicio Municipal de Emergencia para instalar un puesto de mando en el lugar. Entre los recién llegados estaban dos camiones pesados de la «CGS»; un equipo se mantenía preparado para intervenir en problemas de energía, el otro desconectaba el gas en la tubería general de la calle.

Representantes de la prensa, televisión y radio iban llegando en gran número,

haciendo preguntas ansiosas a quien quisiera contestar. Dos emisoras de radio locales transmitían en vivo desde el lugar. La noticia ya era internacional: «AP» y «UPI» habían despachado boletines a toda la nación y al exterior.

Entre la gente de prensa, Nancy Molineaux era centro de atención en un grupo compuesto por varios detectives de la policía, un agente especial del FBI y un joven ayudante del fiscal.

El fiscal había sido avisado por el centro de operaciones de la policía. Nancy contestaba a todas las preguntas que podía, pero se mantenía evasiva respecto a las dos cassettes que ya le habían recogido, de acuerdo con lo convenido con el jefe de redacción. Bajo una severa, casi amenazadora admonición del fiscal, prometió entregárselas antes de dos horas. Un detective, después de conversaciones con sus superiores y el fiscal, dejó el grupo para telefonear dos órdenes: allanar la casa de la calle Crocker número 117, y arrestar a Georgos Archambault y a Davey Birdsong.

Mientras tanto, la policía y los bomberos aceleraron la evacuación del hotel.

Inevitablemente, hubo víctimas mientras se vaciaba el hotel. Una mujer mayor tropezó en la escalera de emergencia de cemento y cayó mal, fracturándose la cadera y la muñeca. El equipo de una ambulancia la evacuó, quejándose, en una camilla. Un funcionario de una empresa de energía de Nueva Inglaterra sufrió un ataque al corazón al bajar veinte pisos, y murió camino del hospital. Otra mujer cayó y sufrió una conmoción. Varias otras personas sufrieron heridas, magulladuras y contusiones menores como resultado de la precipitación y el congestionamiento en las escaleras.

No pareció haber pánico. Personas que no se conocían se ayudaron mutuamente. Casi no se observaron groserías o descortesías. Algunos más valientes bromeaban para ayudar a los demás a sobreponerse al temor.

Una vez fuera del hotel, los evacuados eran conducidos a una calle lateral, a dos manzanas de allí, donde habían formado una barrera con coches de la policía. Afortunadamente, se trataba de una noche suave y nadie parecía sufrir por el poco abrigo. Al cabo de un tiempo apareció un camión de la Cruz Roja, y trabajadores voluntarios sirvieron café e hicieron lo posible para controlar a la gente mientras esperaba.

Nim Goldman y su familia estuvieron entre los primeros grupos en llegar al área aislada por el cordón policial. Leah y Benjy ya estaban completamente despiertos y excitados por lo que ocurría. Cuando se aseguró de que Ruth y los chicos estaban bien, y a pesar de las protestas de Ruth, Nim volvió al hotel. Más tarde comprendería que había sido extremadamente arriesgado, pero en el momento le impulsó la embriagadora excitación general y el recuerdo de dos cosas. La referencia hecha de paso por Nancy Molineaux, cuando le llamó por teléfono hablando de «bombas camufladas como extintores de incendios», y el recuerdo del joven que el día anterior había dejado un extintor en el vestíbulo, detrás de un silla, mientras Nim y Wally Talbot le observaban. Nim quiso asegurarse, cuando todavía quedaba tanta gente en el hotel, si ese extintor en particular había sido encontrado.

Eran cerca de las tres.

A pesar del río de huéspedes agitados que salían de la entrada principal del hotel, Nim consiguió abrirse paso para entrar. Una vez dentro del vestíbulo, trató de atraer la atención de un bombero que pasaba, pero el hombre le hizo a un lado con un «ahora no, compañero», y corrió escaleras arriba hacia el primer piso.

No parecía haber ninguna otra persona con autoridad y desocupada; Nim se encaminó hacia el lugar donde había visto colocar el extintor.

—¡Señor Goldman! ¡Señor Goldman! —el grito le llegó de la derecha, y vio que se le acercaba rápidamente un hombre bajo, de civil, con una insignia de metal pinchada en el bolsillo delantero. Nim reconoció a Art Romeo, el pequeño delegado de apariencia sospechosa, empleado de Harry London en el departamento de Protección Patrimonial. El distintivo de agente de seguridad de la «CGS» parecía conferirle autoridad en la emergencia.

Mucho después, Nim llegaría a saber que cuando sonó la alarma, Art Romeo estaba de visita en el hotel, jugando al *poker* con camaradas de otras empresas. Prestamente se colocó la insignia de su cargo y ayudó a la evacuación.

—¡Señor Goldman, debe salir!

—¡Olvídelo! Necesito ayuda —Nim explicó apresuradamente lo del extintor que sospechaba era una bomba.

—¿Dónde está, señor?

—Por aquí —Nim fue hasta donde había estado sentado el día anterior y apartó la silla. El extintor estaba donde lo había dejado el joven de mono.

La voz de Art Romeo adquirió autoridad:

—¡Aléjese! ¡Salga! ¡Fuera!

—No, tiene que ser…

Lo que ocurrió después fue tan rápido, que luego a Nim le costó recordar el orden de los hechos.

Oyó que Romeo gritaba:

—¡Oficiales! ¡Aquí! —de repente, dos policías musculosos estaban al lado de Nim, y Romeo les decía—: Este hombre se niega a irse. ¡Llévenlo fuera!

Sin discutir la orden, los policías agarraron a Nim y le arrastraron hacia la entrada principal. Cuando le echaron fuera consiguió mirar hacia atrás. Vio el pequeño cuerpo de Art Romeo que levantaba el extintor y les seguía llevándolo abrazado.

Ignorando las protestas de Nim, los policías continuaron empujándole hacia el área de evacuación, a dos manzanas de distancia. Cuando faltaban unas yardas le soltaron. Uno dijo:

—Si vuelve, señor, le detenemos, le llevamos a la ciudad y le denunciamos. Es por su propio bien.

En ese mismo momento se oyó el terrible estruendo de una explosión, seguido de una cacofonía de cristales rotos.

En los días siguientes, por referencias de testigos e informes oficiales, le fue

posible conectar los diversos hechos.

Con la información suministrada al centro de operaciones de la policía por Nancy Molineaux, obtenida en las cintas grabadas y sus notas, la patrulla de explosivos sabía que tenían que buscar bombas de alto poder en la planta baja y el primer piso del hotel. Localizaron todas las bombas o creyeron hacerlo, y con ayuda del ejército las sacaron fuera.

Un portavoz de la patrulla de explosivos dijo al día siguiente:

—En esas circunstancias nosotros y los muchachos del ejército corrimos riesgos que generalmente no corremos. Apostamos a que tendríamos tiempo de hacer lo que hicimos, y la apuesta salió bien. Si nos hubiéramos equivocado en el cálculo, ¡solo Dios sabe lo que hubiese sucedido!

Sin embargo, la patrulla se equivocó al creer que habían localizado todas las bombas. La que no vieron fue la que Nim recordó.

Cuando Art Romeo cogió la bomba valientemente y tambaleándose bajo su peso la sacó del hotel para llevarla al lugar donde los camiones las recogían para alejarlas, todos los miembros de la patrulla estaban en los pisos altos del hotel, trabajando febrilmente para eliminar las bombas incendiarias.

Así que cuando Art dejó la bomba en el suelo, no había nadie cerca. Explotó segundos después. Romeo voló hecho pedazos. Casi todas las ventanas de las manzanas adyacentes se rompieron, lo mismo que los cristales de los vehículos próximos. Pero milagrosamente, increíblemente, nadie más resultó herido.

Cuando se extinguió el estruendo de la explosión, las mujeres gritaban y los hombres maldecían.

La explosión también marcó un punto crítico. Nadie cuestionó ya la necesidad del éxodo de emergencia. La conversación entre los huéspedes desalojados fue marcadamente más tranquila. Algunos abandonaron la idea de volver al «Christopher Columbus» y comenzaron a retirarse pausadamente, tomando medidas para pasar el resto de la noche.

Pero dentro del hotel, aunque no quedaban huéspedes, la actividad no había terminado.

De las casi veinticuatro bombas que Georgos Archambault y sus compañeros habían colocado en los pisos superiores, ocho no fueron localizadas y sacadas a tiempo; estallaron poco después de las tres. Se produjeron incendios violentos. Se tardó más de una hora en dominarlos; los pisos donde estaban las bombas quedaron hechos un revoltijo empapado y quemado. Todos los que participaron en la emergencia quedaron convencidos de que sin el aviso previo y la evacuación, el número de muertos hubiera sido enorme.

Así y todo, murieron dos policías y tres bomberos. Otros dos bomberos sufrieron lesiones graves. Todos estaban cerca de las bombas incendiarias cuando explotaron.

Cuando el alba sucedió a la oscuridad, seguían limpiando.

A la mayoría de los huéspedes del «Christopher Columbus» se les proporcionó

alojamiento temporal en otros lugares. Luego, los que pudieran, volverían para buscar sus pertenencias antes de iniciar un triste viaje de regreso.

Por acuerdo unánime, que nadie se preocupó siquiera en comentar, la convención del «INE» no continuó.

Nim llevó a Ruth, Leah y Benjy a casa en taxi. Había querido agradecer su llamada a Nancy Molineaux, pero viendo que por alguna razón ella seguía siendo centro de atención, decidió hacerlo luego.

Cuando Nim y su familia se iban, los furgones del depósito de cadáveres se sumaban a los otros vehículos que ya estaban en el lugar.

Poco después de la explosión que mató a Art Romeo, Georgos Archambault sollozaba mientras corría hacia donde tenía aparcada su camioneta de «Servicio de Protección contra Incendios».

¡Todo había salido mal! ¡Todo!

Georgos no podía comprenderlo.

Unos treinta y cinco minutos antes, justo después de las dos y veinticinco, le había intrigado oír sirenas que se acercaban a la zona donde estaba esperando en la camioneta. Instantes después pasaron autobombas y coches de la policía a toda velocidad, evidentemente rumbo al «Christopher Columbus». Con el correr de los minutos, aumentó la actividad y siguieron más vehículos. Ahora Georgos estaba terriblemente alarmado.

Cuando faltaban veinte minutos para las tres no pudo aguantar más. Salió de la camioneta, la cerró y caminó hacia el hotel; se acercó lo más que pudo, hasta que le detuvo una barrera de coches de la policía.

Se había acercado lo suficiente como para ver, para su gran consternación, que la gente salía del hotel en pijama, instada por la policía y los bomberos a andar más ligero.

¡Se suponía que esa gente permanecería en el hotel hasta que explotaran las bombas y el hotel se incendiara! Entonces sería demasiado tarde para que salieran.

Georgos quería agitar los brazos y gritar: «¡Vuelvan! ¡Vuelvan!» Desesperado, comprendió que no obtendría resultado alguno y además llamaría la atención.

Luego, mientras estaba observando, vio que algunas personas que no tenían derecho a meterse con ellos, sacaban los extintores de incendios que él había ubicado con tanto cuidado, y los alejaban en camiones a toda prisa, desbaratando lo que Georgos había planeado tan concienzudamente. Pensó que si por lo menos hubiera colocado las bombas como trampas, con apenas un poco más de trabajo, no las hubieran podido mover. Pero había confiado demasiado en que nada saldría mal. Y no había sido así; los «Amigos de la Libertad» se quedaban sin su gloriosa victoria.

Fue entonces cuando Georgos se echó a llorar.

No se consoló ni siquiera cuando oyó explotar la bomba en la calle; y se alejó.

¿Cómo había ocurrido? ¿Por qué había fallado? ¿De qué manera tortuosa le había descubierto el enemigo? Miró a los bomberos y a la policía —esclavos ciegos e ignorantes del capitalismo— con amargura y furia.

Entonces Georgos comprendió que quizá ya conocían su identidad y que estaba en peligro, y echó a correr.

Encontró la camioneta donde y tal como la había dejado. Nadie pareció fijarse en él cuando la abrió y se alejó, aunque en casi todos los edificios se encendían luces y los curiosos se acercaban apresuradamente al hotel, atraídos por el ruido y la actividad.

Instintivamente, Georgos se dirigió a la calle Crocker, pero luego se preguntó: ¿Era prudente?

La pregunta tuvo rápida respuesta. Al entrar en Crocker por la esquina más alejada del 117, vio que más adelante la calle estaba bloqueada por coches de la policía. Momentos después escuchó disparos, una ráfaga, una pausa, una segunda ráfaga, como si contestaran los disparos. Georgos comprendió que Wayde, Ute y Félix, que habían preferido quedarse en la casa esa noche, estaban atrapados; deseó desesperadamente estar con ellos, y si fuera necesario morir noblemente. Pero ahora no tenía forma de entrar o salir luchando.

Tan rápido como pudo, esperando no llamar la atención, hizo girar la camioneta y volvió por donde había venido. Solo le quedaba un lugar donde ir: el apartamento de North Castle; el refugio para una crisis como aquélla.

Mientras conducía, la mente de Georgos trabajaba con rapidez. Si se conocía su identidad, la policía estaría buscándole. Quizás estaban ya organizando una redada. Así que debía correr a ocultarse. Otra cosa: era muy posible que los cerdos estuvieran al tanto de la camioneta «Servicio de Protección contra Incendios», y la estarían buscando; por lo tanto, había que abandonarla. Pero no antes de haber llegado más cerca del escondite en North Castle. Corrió el riesgo y aceleró.

Había un riesgo que no debía correr, razonó. No podía dejar la camioneta demasiado cerca del apartamento, pues delataría su presencia. Se acercaba a North Castle. ¿Hasta dónde se atrevería a acercarse? Decidió que a menos de un kilómetro.

Cuando calculó estar a esa distancia, se acercó a la acera, paró el motor y salió sin preocuparse de cerrar la camioneta ni de quitar la llave del motor. Siguió razonando: la policía probablemente supondría que había tenido un coche aparcado esperándole y que había cambiado de vehículo, o que había cogido un autobús nocturno o un taxi; cualquiera de esas conjeturas mantendría ignorado su paradero.

Lo que Georgos no vio fue que un borracho, que se estaba recobrando de la botella de vino barato que se había bebido, estaba apoyado contra una puerta frente al lugar en que detuvo la camioneta. El borracho estaba lo suficientemente lúcido como para observar la llegada de la camioneta y la partida a pie de Georgos.

Georgos caminó a paso vivo. Las calles estaban silenciosas, casi desiertas, y se daba cuenta de que llamaría la atención. Pero nadie se le acercó ni pareció tomarle en

cuenta, y al cuarto de hora abría la puerta del apartamento. Entró en él con gran alivio.

Más o menos al mismo tiempo, un coche patrulla descubrió la camioneta roja sobre la que acababan de pasar una alerta. El patrullero que transmitió el informe por radio observó que el radiador todavía estaba caliente.

Poco después, el mismo oficial vio al borracho en la puerta de enfrente, y obtuvo de él el informe de que el conductor de la camioneta había partido a pie y en qué dirección. El coche de la policía partió a toda velocidad, pero no pudo localizar a Georgos.

Sin embargo, el coche patrulla volvió y, vil ingratitud, se llevaron detenido al informante, acusándole de ebriedad en lugar público.

Davey Birdsong fue arrestado poco después de las cinco y media frente al edificio de apartamentos donde vivía.

Acababa de llegar en coche de la conferencia y la reunión con el grupo de estudio, que lo había tenido fuera de la ciudad toda la noche.

Birdsong quedó sorprendido. Protestó acaloradamente ante los dos detectives de civil que le detuvieron; uno de ellos le informó prestamente que tenía el derecho de mantener silencio. A pesar de la advertencia, Birdsong declaró:

—Escuchen, muchachos, no sé de qué se trata, pero he estado fuera de la ciudad desde ayer. Salí de mi apartamento anoche a las seis y desde entonces no he vuelto. Tengo muchos testigos de que es así.

El detective que le había hecho la advertencia anotó su manifestación e, irónicamente, la coartada le perdió.

Cuando registraron a Birdsong en el departamento de policía, encontraron la declaración a la prensa deplorando «las bombas de anoche en el “Christopher Columbus”» en un bolsillo de la chaqueta. Más adelante, se probó que la declaración estaba escrita en la máquina que tenía Birdsong en su apartamento… —ese apartamento al que él pretendía no haber entrado desde las seis del día anterior, casi nueve horas antes que el asunto de las bombas se hiciera público—. Como si eso no bastara, aparecieron en el apartamento dos borradores anteriores, rotos, escritos por Birdsong.

Las otras pruebas también resultaron igualmente condenatorias. Las grabaciones de las conversaciones entre Georgos Archambault y Davey Birdsong coincidían con una de la voz de Birdsong hecha después de su detención. El joven chófer negro, Vickery, al que Nancy Molineaux había empleado, hizo una declaración confirmando el viaje tortuoso de Birdsong hasta la casa de la calle Crocker número 117. La compra por Birdsong de extintores de incendios que fueron convertidos en bombas también quedó confirmada.

Fue acusado de asesinato en primer grado, asociación ilegal, y muchos otros

cargos. La fianza se fijó en un millón de dólares, suma que Birdsong no pudo reunir y nadie pareció inclinado a pagar. En consecuencia, permanecería privado de libertad durante todo el proceso.

De los restantes «Amigos de la Libertad», Wayde, el joven intelectual marxista, y Félix, del barrio pobre de Detroit, murieron en el tiroteo con la policía en la calle Crocker. Ute, el indio amargado, se mató con su revólver cuando la policía irrumpió en la casa.

Las pruebas de las actividades revolucionarias en el número 117 fueron recogidas intactas, incluso el diario de Georgos Winslow Archambault.

7

En la sala de redacción del *California Examiner* y en el bar del club de prensa ya se decía que Nancy Molineaux era «una fija» para un Pulitzer.

Lo tenía todo.

Como le dijo el jefe de redacción al director: «Esa elegantita se nos vino con todo el paquete entero de la historia más sensacional, casi como si fuese la del segundo advenimiento de Cristo.»

Cuando salió del hotel «Christopher Columbus» y fue al periódico, Nancy escribió el artículo de un tirón, empleando hasta el último minuto, para la primera edición del *Examiner*: las seis y media. Durante el resto de la mañana y primeras horas de la tarde, puso al día y amplió el material anterior para las tres ediciones siguientes. A medida que llegaban informes sobre nuevos episodios, se los pasaban a ella.

Si había alguna duda acerca de «Amigos de la Libertad», Georgos Archambault, Davey Birdsong, la *lfpp*, el dinero del «Club Sequoia», las bombas en el hotel, la vida y la muerte de Yvette, el santo y seña era: «Pregúntenle a Nancy.»

Logró el sueño de todo periodista: casi toda la primera página con un titular a toda plana.

El periódico registró los derechos de autor de los artículos, de modo que cualquier canal de televisión, emisora de radio o periódico que los utilizara se vería obligado a citar el *Examiner* como fuente.

Como Nancy era también protagonista en la historia (por su descubrimiento de la casa de la calle Crocker, los encuentros con Yvette, y su posesión del único ejemplar de las cintas), logró el *status* de la celebridad.

El día que se publicó el artículo fue entrevistada para la televisión en su escritorio de la sala de redacción. Esa noche apareció en la red nacional de noticias de «NBC», «ABC» y «CBS».

Pero el *Examiner* obligó a los equipos de televisión a esperar, irritados, hasta que Nancy terminó su artículo y estuvo preparada.

Newsweek y *Time*, que siguieron a los de la televisión, recibieron el mismo tratamiento.

En el *Chronicle-West*, el periódico rival de la mañana, la envidia era notoria, se deslomaban para ponerse a la par. Pese a todo, el jefe de redacción del *Chronicle-West* fue lo bastante noble como para mandarle a Nancy media docena de rosas el día siguiente (le pareció que una docena hubiera sido excesivo) con una nota de felicitación, que le fueron entregadas en su mesa de trabajo del *Examiner*.

El efecto de la nota se propaló no en ondas, sino en olas.

Para muchos que leyeron a Nancy Molineaux, la revelación más sorprendente fue que el «Club Sequoia», aunque indirectamente, había financiado el ataque al «Christopher Columbus».

Durante todo el día miembros del club, indignados, llamaron o escribieron para renunciar.

—Jamás —tronó un senador de California en una entrevista con el *Washington Post*— volveré a confiar en esa despreciable organización, ni haré caso a nada que proponga —la declaración encontró eco en otras partes.

Era opinión unánime que el «Club Sequoia», deshonrado en su nombre y perdida su influencia, nunca volvería a ser el mismo.

Laura Bo Carmichael renunció de inmediato como presidente del club. Después de hacerlo, se recluyó, negándose a hablar por teléfono con la prensa o quienquiera que fuese. Lina secretaria privada leía a quienes llamaban una breve declaración que terminaba: «La señora Carmichael considera finalizada su vida pública.»

La única figura del «Club Sequoia» que emergió con honor fue la señora Priscilla Quinn, que, informó Nancy con exactitud, había sido la única opinión en contra de pagar cincuenta mil dólares a la *lfpp* de Davey Birdsong.

Nancy dejó en claro, con gran satisfacción, que Irwing Saunders, el famoso abogado, era uno de los que habían votado a favor.

Si el «Club Sequoia» intentaba rehabilitarse, se predecía que Priscilla Quinn sería la nueva presidente, y que el club pondría el acento en las obras sociales antes que en asuntos ecológicos.

Después de las revelaciones de Nancy sobre Georgos Archambault y posteriores informes acerca de su desaparición, un pequeño ejército de detectives de la policía y agentes especiales del FBI se desplegaron en abanico por el distrito de North Castle en busca del líder de «Amigos de la Libertad». No tuvieron éxito.

Un registro a fondo de la casa de la calle Crocker número 117 proporcionó gran número de pruebas que incriminaron aún más a Georgos y Davey Birdsong. Entre las ropas dejadas por Georgos había un mono de mecánico. Las pruebas de laboratorio demostraron que, donde la prenda estaba desgarrada, faltaba una porción que correspondía a un pequeño trozo de ese material encontrado en la subplanta de Millfield, enganchado en un alambre cortado, la noche en que asesinaron a los dos guardias. En la casa había también registros voluminosos, incluyendo el diario de Georgos; todos fueron entregados al fiscal del distrito. Se dio a la prensa la noticia de la existencia del diario, pero no el texto.

Una vez que los periódicos revelaron la participación de Davey Birdsong en todo el asunto, fue separado de los demás detenidos para su propia seguridad.

Pero antes de que todo eso ocurriera, Nancy Molineaux pasó por una crisis personal. Ocurrió poco antes de mediodía el día que se publicó su artículo principal.

Había estado trabajando bajo la presión del plazo perentorio desde antes de la madrugada, y como no había dormido la noche anterior y se mantenía a base de café y jugo de naranja, comenzaba a sentir un visible cansancio.

A partir de las siete y media, cuando el jefe de redactores comenzó su tarea a tiempo para la primera edición, el viejo «Soy el entrenador» se había detenido varias

veces al lado del escritorio de Nancy con serenas palabras de aliento. Aparte de eso no había mayor necesidad de hablar. Nancy exponía los hechos con inteligencia: los que ella conocía directamente y los que le traían. También tenía la reputación de escribir «en limpio»; requería poca o ninguna revisión.

De vez en cuando, dejaba de escribir y levantaba la vista, para ver que el jefe de redactores la miraba. Aunque su expresión era inescrutable, le pareció que los dos pensaban lo mismo: algo que había dejado a un lado terminantemente durante buena parte de las últimas horas.

Lo último que Nancy había visto antes de irse del «Christopher Columbus» fueron los cuerpos cubiertos de los policías y bomberos muertos que sacaban del hotel en camillas para llevarlos a los furgones del depósito de cadáveres. Delante del hotel también había dos hombres que metían trozos de algo en una bolsa de plástico; necesitó un minuto para comprender que recogían los restos del sexto hombre muerto, el que una bomba había hecho volar en pedazos.

Fue entonces cuando Nancy se enfrentó con la triste y desnuda verdad que hasta entonces había eludido: que durante toda una semana había estado en posesión de información que, si la hubiera compartido, podía haber evitado las seis muertes y muchas otras cosas.

El mismo pensamiento la asaltaba cada vez que pescaba al jefe mirándola. Eso, y sus palabras de una semana antes: «Se supone que formas parte del equipo, Nancy, y yo soy el entrenador. Sé que prefieres trabajar sola, y te das el gusto porque obtienes resultados. Pero no hay que exagerar.»

Entonces había hecho caso omiso del consejo con un «¡váyase al demonio, señor Charlie!». Ahora deseaba desesperadamente no haberlo hecho.

A las doce menos cinco, con dos horas y veinte minutos por delante todavía hasta el cierre de la edición final, Nancy no podía olvidar los seis cadáveres y estaba a punto de estallar.

—Tómate un descanso y ven conmigo —dijo una voz serena. Cuando miró, ahí estaba el viejo entrenador.

Ella vaciló, y él agregó:

—Es una orden.

Con docilidad inusual, Nancy se levantó y le siguió fuera de la sala de redacción.

A poca distancia, por el pasillo, había una habitación pequeña que habitualmente estaba cerrada con llave y a veces se usaba para reuniones de la gerencia. El jefe de redacción usó una llave para abrirla y sostuvo la puerta para que Nancy entrara.

Los muebles eran confortables aunque sencillos: una mesa y sillas tapizadas, un par de armarios de nogal haciendo juego, cortinas marrón claro.

Con otra llave abrió uno de los armarios. Le indicó a Nancy que se sentara.

—Se puede elegir entre coñac y *whisky*. No las mejores marcas, no le hacemos competencia al «Ritz». Sugiero el coñac.

Nancy asintió con la cabeza, repentinamente incapaz de encontrar palabras.

Su superior sirvió coñac californiano en dos vasos y se sentó frente a ella. Cuando hubieron comenzado a beber, dijo:

—Te he estado observando.

—Sí, lo sé.

—Y los dos hemos estado pensando lo mismo, ¿no?

Nuevamente asintió sin hablar.

—Nancy —dijo el jefe—, tal como lo veo yo, cuando termine el día habrás seguido uno de dos caminos. O te frenas y la consecuencia será una depresión nerviosa que te mandará al diván dos veces por semana, *ad infinitum*, o te controlas y lo pasado, pasado. El primer camino arruinará tu vida sin beneficio para nadie, excepto el psiquiatra. Para el segundo tienes coraje e inteligencia, y sabes usarlos. Pero tendrá que ser una decisión positiva; no es cuestión de dejar correr las cosas.

Aliviada por fin al poder expresarlo, dijo:

—Soy responsable de lo ocurrido anoche. Si hubiera dicho a alguien lo que sabía, hubieran avisado a la policía y habrían investigado la casa de la calle Crocker.

—La primera afirmación es falsa —le dijo él—, la segunda, cierta. No te voy a decir que no vas a vivir con lo de anoche durante el resto de tu vida. Creo que lo recordarás siempre. Pero no eres la primera que por formarse un juicio erróneo haya perjudicado a otros; tampoco serás la última. Además, para tu * defensa: no sabías qué iba a ocurrir; de haberlo sabido hubieras actuado de otro modo. Entonces, Nancy, mi consejo es éste: afróntalo, acepta lo que hiciste y lo que no hiciste, y recuérdalo como experiencia y educación. Pero olvida todo lo demás.

Como ella se quedó callada, él continuó:

—Ahora te diré algo más: hace muchos años que estoy en este negocio; a veces pienso que demasiados. Pero en mi opinión, Nancy, eres el mejor periodista con el que jamás haya trabajado.

Fue entonces cuando Nancy Molineaux hizo algo que había ocurrido solo raramente en su vida, y que nunca había permitido que nadie viera. Apoyó la cabeza en los brazos, abandonó toda resistencia y lloró.

El viejo entrenador fue hasta la ventana y volvió decorosamente la espalda. Mirando la calle, dijo:

—He cerrado con llave cuando entramos, Nancy. Sigue cerrada y así seguirá hasta que estés bien, así que tómate tu tiempo. Y, ah, sí, otra cosa, prometo que nadie más que yo sabrá lo que ha ocurrido hoy aquí.

En media hora, Nancy estaba de nuevo en su escritorio, la cara lavada y el maquillaje reparado, escribiendo de nuevo y totalmente controlada.

Nim Goldman llamó por teléfono a Nancy Molineaux la mañana siguiente, después de haber intentado sin éxito dar con ella el día anterior.

—Quería agradecerle —le dijo— la llamada que me hizo al hotel.

—Quizá se lo debía.

—Sea o no cierto eso, sigo agradecido —agregó con cierto embarazo—. Ha escrito un artículo muy bueno. Felicidades.

Nancy le preguntó con curiosidad:

—¿Qué pensó de todo? Las cosas que están ahí escritas, quiero decir.

—Por Birdsong —contestó Nim—, no lo lamento en absoluto, y espero que tenga el castigo que merece. También espero que esa farsa de la *lfpp* jamás resurja.

—¿Y del «Club Sequoia»? ¿Tiene la misma opinión?

—No —dijo Nim—, no es lo mismo.

—¿Por qué?

—El «Club Sequoia» fue algo que todos necesitábamos, parte de nuestro sistema social de control y equilibrio. Claro que tuve discusiones con la gente del «Sequoia»; también las tuvieron otros, y creo que el club se extralimitó al oponerse ciegamente a cuanto se proponía. Pero el «Club Sequoia» constituía una expresión de la conciencia de la comunidad; nos hacía pensar en el medio ambiente y ocuparnos de él, y a veces impidió que los nuestros cometieran excesos —Nim hizo una pausa y luego continuó —: Sé que el «Club Sequoia» está en la mala hora y lo siento realmente por Laura Bo Carmichael, que, pese a nuestros desacuerdos, es una amiga. Pero espero que el «Club Sequoia» no desaparezca. Sería una pérdida para todos que eso ocurriera.

—Bueno —dijo Nancy—, a veces el día trae muchas sorpresas —mientras Nim hablaba había tomado notas—. ¿Puedo utilizar sus palabras?

Él vaciló solo un instante y dijo:

—¿Por qué no?

Así lo hizo ella en la siguiente edición del *Examiner*.

8

Harry estaba sentado cavilando mientras miraba los papeles que Nim le había mostrado. Finalmente dijo con tristeza:

—¿Sabes cómo me siento frente a todo esto?

—Lo supongo —dijo Nim.

Como si no hubiera oído, el jefe de Protección Patrimonial continuó:

—La última semana fue la peor en mucho tiempo. Art Romeo era un buen tipo. Sé que no le conocías bien, Nim, pero era leal, honesto y un amigo. Cuando supe lo que había pasado me sentí mal. Suponía que después de Corea y la marina, no volvería a oír hablar de gente conocida volada en pedazos.

—Harry —dijo Nim—, yo también siento terriblemente lo de Art Romeo. Jamás olvidaré lo que hizo esa noche.

London no tomó en cuenta la interrupción.

—Déjame terminar.

Nim se quedó callado, esperando.

Era la mañana del miércoles, en la primera semana de marzo, seis días después del trauma del hotel «Christopher Columbus». Los dos estaban en la oficina de Nim, con la puerta cerrada para mayor intimidad.

—Bueno —dijo London—, y ahora me muestras esto, y a decir verdad, preferiría que no lo hubieras hecho. Porque tal como lo veo yo, ¿en qué podemos creer ya?

—En mucho —contestó Nim—. Hay mucho en qué ocuparnos * y mucho en qué creer. Claro que ya no en la integridad del juez Yale.

—Toma, aquí están —Harry London le devolvió los papeles.

Se trataba de un puñado de cartas: ocho, algunas con copias de documentos adjuntos; todas del archivo de Walter Talbot, que hasta su muerte en julio había sido jefe de ingenieros en la «CGS».

Las tres cajas de cartón de las que había sacado las cartas estaban abiertas ahí mismo, y el contenido desparramado por la oficina.

La tragedia de la semana anterior y sus secuelas habían retrasado la búsqueda de las cartas que Nim recordó súbitamente durante la convención del «INE». Hoy, Nim se había hecho subir los archivos de un depósito subterráneo. Le había llevado más de una hora encontrar los papeles que buscaba, aquellos que recordaba haber visto de pasada siete meses atrás, cuando estando en casa de Ardythe ella le dio las cajas para que las pusiera a salvo.

Pero los encontró. La memoria no le había fallado.

Y ahora era inevitable usar las cartas como *corpus delicti* en un careo.

Exactamente dos semanas antes, cuando J. Eric Humphrey, Nim, Harry London y el juez Paul Sherman Yale se reunieron para hablar del hurto de energía, el exjuez del Tribunal Supremo había declarado sin lugar a dudas: «… encuentro que el concepto de robo de energía es interesante. Sinceramente, no tenía idea de que existiera

semejante cosa. Nunca había oído hablar de eso. Tampoco sabía que en este negocio hubiera gente como el señor London».

La correspondencia encontrada por Nim demostraba que las cuatro afirmaciones eran engañosas y falsas.

Como se decía de Watergate, tenían «el revólver humeante».

—Está claro —dijo London abruptamente— que nunca sabremos con seguridad si el viejo dio su aprobación a la substracción de energía por el fondo Yale, y ni siquiera si estaba enterado y les dejó hacer. Todo lo que podemos probar es que es un mentiroso.

—Y que estaba terriblemente preocupado —dijo Nim—. De no ser así no hubiera caído en la trampa.

Los hechos eran simples.

Walter Talbot había sido un pionero en atraer la atención hacia las pérdidas financieras que sufrían las empresas a raíz de los robos. Sobre el tema había escrito artículos, pronunciado discursos y concedido entrevistas a los medios de información, y había sido perito en un juicio criminal del Estado de Nueva York, que había llegado hasta los tribunales superiores a través de sucesivas apelaciones. El caso había suscitado gran interés. También correspondencia.

Parte de la correspondencia era dirigida a un miembro del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. El juez Paul Sherman Yale.

El intercambio de cartas probaba que Walter Talbot y Paul Yale se conocían bien desde tiempo atrás, en California.

La primera carta tenía un membrete distinguido.

Tribunal Supremo de los Estados Unidos

Washington, D.C. 20543

Comenzaba: *«Mi querido Walter.»*

El remitente expresaba su interés como jurista en un nuevo campo de aplicación obligatoria de la ley, el del hurto de electricidad y gas. Pedía detalles sobre los tipos de infracciones resultantes y los métodos utilizados para combatirlas. También pedía que se le informara sobre lo que se sabía sobre juicios y sus resultados en diversos lugares del país. En la carta se preguntaba por la salud de Ardythe y estaba firmada «*Paul*».

Con sentido del decoro, Walter Talbot había respondido más formalmente: *«Mi querido juez Yale.»*

Era una carta de cuatro páginas. La acompañaba la fotocopia de uno de los artículos publicados por Walter.

Varias semanas después, Paul Yale volvió a escribir. Acusaba recibo de la carta y hacía algunas preguntas que revelaban una lectura atenta del material recibido.

La correspondencia continuaba en cinco cartas más, espaciadas a lo largo de ocho meses. En una de ellas, Walter Talbot describía la función del departamento de Protección Patrimonial en una empresa de energía típica, y las tareas de quien lo

dirigía, como era el caso, por ejemplo, de Harry London.

No era de extrañar que en las cartas se encontraran indicios de la mente de Paul Sherman Yale, aguda e inquisitiva, con un intenso interés en todo.

Y toda esa correspondencia se había desarrollado solo dos años antes del retiro del juez Yale del estrado.

¿Era posible que Yale se hubiera olvidado? Nim ya se había hecho esa pregunta, y la respuesta era un «no» enfático. El hombre había dado demasiadas pruebas de su notable memoria, tanto en lo grande como en el detalle, como para que eso fuera posible. Harry London planteó el punto clave que Nim había estado debatiendo consigo mismo:

—¿Por qué lo habrá hecho el viejo? ¿Porqué nos mintió de esa manera?

—Probablemente —dijo Nim pensativo—, porque sabía que Walter había muerto, y porque consideró remota la posibilidad de que uno de nosotros tres, el presidente, tú o yo, conociera esa correspondencia. En realidad, debe haberle parecido obvio que no la conocíamos. Además, las probabilidades de que esas cartas llegaran a aparecer era de una entre un millón.

London asintió y dijo:

—Supongo que el otro problema es cuántas veces habrá hecho lo mismo el honorable Paul sin que lo descubrieran.

—Creo que nunca lo sabremos.

El jefe de Protección Patrimonial señaló las cartas.

—Naturalmente, se las enseñarás al presidente.

—Sí, esta tarde. Da la casualidad que sé que el señor Yale viene luego.

—Lo que trae a colación otra cosa —la voz de Harry London sonaba amargada —. ¿Habrá que seguir haciendo lo imposible como hasta ahora para que el precioso nombre de Yale no se vea mezclado en los procedimientos judiciales que se avecinan? ¿O en vista de esta nueva información, corresponde que el Señor Integridad corra sus riesgos como cualquier otro?

—No lo sé —suspiró Nim—. Sencillamente no lo sé. Y, de todas maneras, no seré yo quien lo decida.

La confrontación decisiva contra el juez Yale tuvo lugar poco después de las seis en las oficinas del presidente.

Cuando llegó Nim, convocado por la secretaria de J. Eric Humphrey, era obvio que ya existía tensión. La mejor descripción de la expresión del presidente, pensó Nim, era la de «viejo bostoniano herido». Humphrey tenía la mirada fría, y los labios apretados. Paul Yale, si bien ignorante de lo que se preparaba, evidentemente compartía la opinión de que se trataba de algo desagradable, y había reemplazado su jovialidad habitual por una expresión de enojo. Ambos estaban sentados frente a una mesa en el sector destinado a reuniones, y ninguno hablaba cuando Nim entró.

Nim se sentó en la silla a la izquierda de Eric Humphrey, frente al juez Yale. Sobre la mesa puso el archivo con la correspondencia Talbot-Yale.

Eric Humphrey y Nim habían acordado antes el orden en que iban a proceder. También decidieron que esta vez no era necesario incluir a Harry London.

—Paul —comenzó Humphrey—, en la ocasión en que nos reunimos los tres, conversamos sobre ciertos problemas de robo de energía. En parte involucraban al fondo de la familia Yale. Estoy seguro de que lo recuerda.

—Sí, claro —asintió el juez.

—En esa ocasión usted hizo ciertas afirmaciones. Todas en el sentido de que hasta ese momento usted no tenía idea de que el robo de energía era un hecho.

—¡Basta de esto! —el juez Yale se sonrojó, enfadado—. No me gustan ni su tono ni su actitud, Eric. Tampoco he venido a que se me interrogue sobre lo que quizá pueda o no haber dicho…

La voz de Humphrey interrumpió agriamente la protesta.

—No hay ningún «quizá» en todo esto. Lo que nos dijo fue preciso y claro. Además, lo repitió varias veces. Así lo recuerdo yo, y también Nim.

A Nim le resultó evidente que Paul Yale estaba pensando con gran rapidez. El viejo dijo severamente:

—Haya dicho lo que haya dicho, eso no significa…

—Nim —ordenó el presidente—, enséñale al señor Yale el contenido de nuestro archivo.

Nim abrió la carpeta y deslizó el pequeño montón de cartas y documentos adjuntos sobre la mesa. La carta de fecha más antigua, en papel del Tribunal Supremo, estaba arriba.

Paul Yale la cogió, le echó una mirada y la dejó caer prestamente. No se ocupó de las otras. Su cara, roja ya, se sonrojó aún más.

Más tarde, mientras repasaba la escena mentalmente, Nim conjeturó que si bien Yale temía alguna revelación desfavorable, la posibilidad de una confrontación con su propia correspondencia de años atrás no se le había ocurrido. Lo que explicaría el aturdimiento total y abyecto del viejo.

Se mojó los labios con la lengua. Parecía incapaz de encontrar las palabras que buscaba. Luego dijo, molesto, a la defensiva:

—A veces, especialmente en Washington… con tantas cosas que ocurren, tantos papeles, la correspondencia interminable… uno olvida… —la afirmación se apagó. Fue obvio que le sonó tan falsa y poco convincente a él como a los otros dos.

—Borren eso —dijo abruptamente, y se levantó. Echando atrás la silla, se alejó de la mesa y, sin mirar a Nim o a Humphrey, pidió—: Por favor, un momento para ordenar mis ideas.

El viejo recorrió brevemente la alfombra del presidente. Luego * se volvió, aunque siguió de pie.

—Es evidente, señores, como solo las pruebas documentales lo pueden demostrar,

que he sido culpable de impostura y, merecidamente, no cabe duda, me han pescado —la voz de Paul Yale era más baja que de costumbre; su expresión reflejó dolor cuando siguió—: No agravaré mi error con explicaciones o excusas, ya sea describiendo mi extrema ansiedad en nuestra conversación o recordando mi deseo urgente y natural de proteger mi buen nombre.

«De todos modos —pensó Nim—, ha conseguido hacer ambas cosas mientras decía que no lo haría.»

—Sin embargo —continuó Yale—, les juro que ni participé en el robo de energía cometido por el fondo de la familia Yale, ni estaba enterado de él antes de nuestra conversación anterior.

Eric Humphrey, según recordaba Nim antes, se había apresurado a aceptar la palabra de Yale, permaneció callado. Probablemente, el presidente pensaba, como Nim, que cualquiera capaz de mentir una vez para proteger su reputación, mentiría otra vez por la misma razón.

Inevitablemente, Nim recordó la pregunta de Harry London: «¿Cuántas veces habrá hecho lo mismo el honorable Paul sin que lo descubrieran?»

Mientras el silencio se alargaba, se acentuó el dolor que reflejaba la mirada del viejo.

—Nim —dijo Eric Humphrey secamente—. No creo que sea necesario que permanezcas aquí.

Aliviado, Nim recogió los papeles de la mesa y los devolvió a la carpeta mientras los otros dos miraban. Cogió la carpeta y, sin decir nada más, se retiró.

No lo sabía entonces, pero sería la última vez que vería al juez Yale.

Nim nunca supo qué otras cosas se revelaron en la oficina del presidente ese día. No lo preguntó, y Eric Humphrey no ofreció la información. Pero el resultado final quedó claro a la mañana siguiente.

A las once, Humphrey hizo llamar a Nim y a Teresa van Buren. Sentado ante su escritorio y con una carta en la mano, les informó:

—He recibido la dimisión del juez Paul Sherman Yale como portavoz y director de la empresa. Se ha aceptado la dimisión lamentándola. Agregó que deseaba que se hiciera el anuncio inmediatamente.

—Deberíamos dar alguna razón, Eric —dijo Van Buren.

—Razones de salud —Humphrey señaló la carta que tenía en la mano—. Los médicos del señor Yale le indican que a su edad las tareas que realiza en la «CGS» le resultan demasiado arduas. Le aconsejan no seguir con ellas.

—No hay problema —dijo la directora de Relaciones Públicas—. Estará en los cables esta tarde. Pero tengo otra pregunta.

—¿Sí?

—Eso deja a la compañía sin portavoz. ¿Quién lo reemplaza?

El presidente sonrió por primera vez.

—Estoy demasiado ocupado para buscar otro, Tess, así que supongo que no tengo otra alternativa. Hay que ensillar a Nim de nuevo.

—¡Aleluya! —dijo Van Buren—. Ya saben lo que pienso. No hubieran debido quitársela.

Fuera de la oficina del presidente, Teresa van Buren bajó la voz:

—Nim, dígame la verdad acerca de esto de Yale. ¿Qué salió mal? De todos modos, tarde o temprano lo descubriré.

Nim sacudió la cabeza.

—Ya ha oído al presidente, Tess. Razones de salud.

—¡Mala persona! —le gritó ella—. En castigo quizá no le ponga en la televisión hasta la semana que viene.

Harry London leyó al día siguiente la información publicada sobre la dimisión de Paul Yale, y fue a ver a Nim.

—Si tuviera agallas —afirmó—, dimitiría asqueado por esa ficción de las razones de salud y la aceptación con grandes lamentaciones. Nos convierte a todos en unos mentirosos, tal como es él.

Nim, que no había dormido bien, dijo irritado:

—Y bien, adelante, ¡dimite!

—No puedo.

—Entonces deja de hacerte el santo, Harry. Tú mismo dijiste que no hay manera de probar que el juez Yale tuvo algo que ver con el robo de energía.

—Pero está involucrado. Cuanto más pienso en ello, más lo creo —dijo London, malhumorado.

—No olvides —le señaló Nim— que Ian Norris, que administraba el fondo de la familia Yale, juró que no sabía nada.

—Sí, y todo el asunto huele a arreglo. A Norris le compensarán de algún modo, más adelante: quizá manteniéndolo como fideicomisario del fondo. Además, Norris no ganaba nada con involucrar al gran hombre.

—Pensemos lo que pensemos —dijo Nim—, esto está bien terminado. Así que vuelve a tu trabajo y atrapa más ladrones de energía.

—Ya lo he hecho. Hay un montón de casos nuevos, a la par de los que surgen de la investigación «Quayle». Pero, Nim, te diré una cosa para el futuro.

—Adelante —suspiró Nim.

—Hemos tomado parte en un encubrimiento, tú y yo; un encubrimiento para proteger al muy importante nombre de Yale. Eso sirve para demostrar que todavía hay reglas y leyes especiales para los que tienen influencia y poder.

—Mira, Harry…

—¡No, escucha hasta el final! Ahora mismo, Nim, doy aviso de que si en algún

caso en el futuro tengo pruebas terminantes, con quien sea, nadie me va a impedir exponerlo públicamente y hacer lo que hay que hacer.

—Está bien, está bien —dijo Nim—. Si hay pruebas terminantes lucharé a tu lado. Y ahora que lo hemos resuelto, por favor, déjame trabajar.

Cuando se quedó solo, Nim lamentó haber desahogado su malhumor con Harry London. La mayor parte de lo que había dicho London, acerca de que la aceptación de la renuncia era una mentira y parte de un encubrimiento, ya se le había ocurrido a él y le había preocupado la noche pasada, en la que durmió solo a ratos. ¿Había matices en la mentira? Nim no lo creía así. Tal como lo veía él, una mentira es una mentira. Punto. En cuyo caso, ¿no era la «CGS» (en la persona de Eric Humphrey, que autorizaba una mentira pública, y de Nim, que la encubría con su silencio) tan culpable como Paul Sherman Yale?

Solo podía haber una respuesta: Sí.

Seguía pensando en eso cuando su secretaria, Vicki Davis, hizo sonar el timbre y le dijo:

—El presidente quiere verle en seguida.

Nim se dio cuenta inmediatamente de que J. Eric Humphrey estaba extrañamente alterado.

Cuando Nim entró, el presidente caminaba inquieto por la oficina, cosa que raramente hacía. Siguió de pie mientras hablaba y Nim escuchaba.

—Hay algo que quiero decirle, Nim, y en seguida le explicaré por qué —dijo el presidente—. Últimamente he sentido vergüenza y fastidio ante ciertos hechos ocurridos en la empresa. No me gusta sentirme avergonzado de la organización que me paga un salario y que yo encabezo.

Humphrey hizo una pausa y Nim permaneció callado, preguntándose qué vendría después.

—Una de las cosas que me avergonzaba —continuó el presidente—, se solucionó en las últimas veinticuatro horas. Pero hay otro problema, mayor aún, que persiste: los violentos ataques contra la vida y la propiedad de esta compañía.

—El FBI y la policía… —comenzó Nim.

—No han logrado nada —estalló Humphrey—. ¡Absolutamente nada!

—Han metido a Birdsong en la cárcel —señaló Nim.

—Sí; ¿y por qué? Gracias a una periodista inteligente y decidida, más hábil que un ejército de profesionales de la justicia. Recuerde también que fue la información proporcionada por la misma joven la que condujo a la acción contra esos sinvergüenzas de la casa de la calle Crocker, y a su muerte: su justo merecido.

Solo J. Eric Humphrey, pensó Nim, hablaría de «sinvergüenzas» y de «justo merecido». De todos modos, Nim casi nunca había visto a Humphrey tan abiertamente emotivo. Sospechó que lo que decía ahora lo había llevado encerrado

adentro durante mucho tiempo.

—Piense en esto —siguió Humphrey—. Desde hace más de un año estamos sufriendo la indignidad de que una banda de terroristas, gentuza de poca monta, nos coloque bombas en nuestras plantas y hasta en nuestras oficinas. Peor aún, nos ha costado la vida de nueve buenas personas de los nuestros, sin incluir al señor Romeo, que murió en el hotel «Christopher Columbus». ¡Y ésta es otra cosa! Estoy profundamente avergonzado de que siendo nosotros los anfitriones en la convención del «INE», haya podido ocurrir ese episodio terrible.

—No creo, Eric —dijo Nim—, ni creo que nadie lo crea, que la «CGS» tenga la culpa de lo que ocurrió en el «Columbus».

—Yo los culpo y me culpo a mí mismo, por no haber insistido más en que las fuerzas de seguridad hicieran algo. Aún ahora, ese hombre vil, el dirigente Archambault, anda suelto —la voz de Humphrey había subido de tono—. Ha pasado toda una semana. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo encuentran las fuerzas de seguridad?

—Tengo entendido —dijo Nim— que siguen buscándole y creen que está en algún lugar en el área de North Castle.

—¡Donde sin duda conspira para matar o mutilar a más de los nuestros, y perjudicar a nuestra compañía! Nim, quiero que encuentren a ese maleante. Si es necesario, que lo encontremos nosotros, la «CGS».

Nim estaba a punto de decir que una empresa de energía no está equipada para realizar trabajos de policía, pero lo pensó mejor. Preguntó entonces:

—Eric, ¿qué plan tiene?

—Pienso que somos una empresa que emplea mucha gente de gran calidad, de buena capacidad mental. A juzgar por los resultados, las fuerzas de seguridad carecen de ambas. En consecuencia, Nim, mis instrucciones son éstas: ponga su inteligencia y la de otros al servicio de este problema. Llame a quien necesite para ayudarle; tiene mi autorización. Pero quiero resultados. Por la gente que ha muerto, por sus familiares y por todos nosotros que nos enorgullecemos de la «CGS», quiero que encuentren a ese despreciable Archambault y lo pongan en manos de la justicia.

El presidente se detuvo, la cara enrojecida, y dijo brevemente:

—Eso es todo.

Fue una verdadera coincidencia, pensó Nim después de su conversación con Eric Humphrey, que él también hubiera estado pensando en la capacidad mental.

Cuatro meses atrás, en gran medida debido al escepticismo del juez Yale, Nim había abandonado el enfoque de «los grupos de pensamiento» para estudiar el problema de los atentados terroristas cometidos por los así llamados «Amigos de la Libertad».

A raíz de la crítica de Paul Yale de que habían «llevado la suposición —puras conjeturas sin fundamento— al límite, y aún más allá», Nim no había vuelto a

convocar a Oscar O’Brien, Teresa van Buren y Harry London, a más «reuniones para pensar». Y sin embargo, repasando lo que ahora se sabía, las ideas y conjeturas del cuarteto habían andado curiosamente cerca de la verdad.

En justicia, razonó Nim, no podía culparse a sí mismo. Si hubiera insistido en lugar de dejarse dominar por Yale, quizás hubieran anticipado y hasta evitado algunos de los hechos trágicos ocurridos más tarde.

Ahora, armado con las instrucciones de Eric, quizá se pudiera hacer algo.

Originalmente, cuando conversaba sobre el entonces desconocido líder de los «Amigos de la Libertad», el «grupo de pensamiento» le puso la etiqueta de «X». Ahora se conocía la identidad de «X», y se creía que el hombre, Georgos Archambault, peligroso y continua amenaza para la «CGS» y otros, se escondía en algún lugar de la ciudad. ¿Sería posible que el pensamiento intensivo y la discusión indagatoria llegaran a descubrir el escondite?

Hoy era viernes. Nim decidió que, en algún momento del fin de semana, haciendo uso de la autorización del presidente si fuera necesario, convocaría nuevamente a los «pensadores».

9

—De acuerdo con lo que ocurrió —dijo Nim consultando sus notas—, estuvimos bastante acertados. Permitan que les recuerde hasta qué punto.

Hizo una pausa para beber el *whisky* con soda que Oscar O'Brien le había servido hacía unos minutos, antes de comenzar la reunión.

Era el domingo por la tarde. Invitado por el consejo general, el «grupo de pensamiento» se había reunido en su casa, donde estaban instalados en un cómodo invernadero. Los otros tres se habían mostrado dispuestos a colaborar cuando Nim les habló, y más aún cuando les comunicó los deseos de J. Eric Humphrey.

La casa de O'Brien, situada sobre un acantilado y con playa abajo, ofrecía una vista magnífica de la zona del puerto, donde había multitud de veleros; los tripulantes de fin de semana giraban, corrían, evitaban choques milagrosamente, entre un revoloteo de gorras blancas levantadas por una fuerte brisa del oeste.

Como en todas las otras reuniones del grupo, funcionaba un magnetófono.

—Sobre la base de la información que teníamos entonces —continuó Nim—, información que en el mejor de los casos era esquemática, construimos la hipótesis de que el líder y cerebro de «Amigos de la Libertad» era un hombre, «X», muy varonil y vanidoso, y con una mujer confidente que trabajaba muy unida a él. También creíamos que «X» había asesinado a los dos guardias en Millfield y que la mujer estaba presente en el momento del crimen. Además, llegamos a la conclusión de que la mujer podía ser el eslabón débil y llegar a provocar la ruina de «X».

—Había olvidado algunas de esas cosas —interrumpió Teresa van Buren—. ¡Por Dios, cómo dimos en el blanco!

La directora de Relaciones Públicas, que parecía recién llegada de un descansado fin de semana doméstico, llevaba una ajada túnica verde que cubría su amplia figura. Como siempre, estaba despeinada, probablemente porque se pasaba los dedos por el pelo siempre que pensaba. Tenía los pies desnudos, y el par de gastadas sandalias que se había quitado estaba al lado de la silla.

—Sí —reconoció Nim—, lo sé. Y les confesaré que tengo la culpa de que no continuáramos con las reuniones. Supongo que perdí la confianza, y me equivoqué —decidió no decir nada sobre cómo había influido el juez Yale, quien después de todo se había limitado a dar una opinión. Nim prosiguió—: Ahora que conocemos la identidad de «X» y bastantes otras cosas sobre él, quizá podamos usar el mismo método para ayudar a encontrarle.

Calló, consciente de que tres pares de ojos le miraban con atención; luego agregó:

—Quizá no. Pero el presidente piensa que debemos intentarlo.

Oscar O'Brien gruñó y se quitó de los gruesos labios el cigarro que estaba fumando. El aire ya estaba espeso de humo, circunstancia que desagradaba a Nim, pero estaba en casa de O'Brien y no era razonable protestar.

—Estoy dispuesto a probar —dijo el abogado—. ¿Por dónde empezamos? —

llevaba unos pantalones grises viejos, gastados, amplios, abolsados por debajo del vientre prominente, un pullover amplio y zapatillas sin calcetines.

—He preparado un memorándum —dijo Nim. Abrió el portafolios y sacó copias, que entregó a cada uno. El memorándum contenía toda la información publicada después de la convención del «INE» sobre «Amigos de la Libertad» y Georgos Archambault. La mayor parte provenía de las notas de Nancy Molineaux.

Nim esperó a que los demás acabaran de leer y preguntó:

—¿Hay algo más que alguno sepa y que no esté aquí?

—Yo podría tener una o dos cosas —adelantó Harry London.

El jefe de Protección Patrimonial se había mostrado frío al encontrarse con Nim, recordando probablemente las palabras ásperas que habían intercambiado hacía dos días. Pero su tono fue normal cuando dijo:

—Tengo amigos en las fuerzas de seguridad. Como Nim sabe, a veces me dicen cosas.

A diferencia de los otros, incluyendo a Nim, que también se había vestido informalmente, London estaba impecable, con pantalones beige con la raya bien marcada, y camisa almidonada. Los calcetines entonaban con el conjunto. Los zapatos de cuero relucían.

—Los periódicos mencionaron que Archambault llevaba un diario —dijo London —, y fue encontrado entre los otros papeles. Eso está ahí —tocó el memorándum de Nim con una uña—. Lo que no está y no se ha revelado, porque el fiscal espera usarlo como evidencia en el juicio de Archambault, es lo que dice el diario.

Van Buren preguntó:

—¿Usted ha visto el diario?

—No. Pero me enseñaron una fotocopia.

Como de costumbre, pensó Nim, Harry London hablaba con su característico ritmo pedante. O’Brien preguntó con impaciencia:

—Está bien, ¿qué dice el maldito diario?

—No lo recuerdo.

La desilusión fue evidente, tanto como el interés que renació cuando London agregó:

—Por lo menos no todo —hizo una pausa y luego continuó—: Pero hay dos cosas que uno deduce al leer lo que el tipo escribió. Primera, que es tan vanidoso y consentido como lo supusimos, quizás aún más. También, y eso salta a la vista en cuanto se lee toda la porquería que ha metido ahí, que tiene lo que podría llamarse la compulsión de escribir.

—Eso les pasa a miles de personas —dijo Van Buren—. ¿Eso es todo?

—Sí.

London pareció desinflado y Nim dijo inmediatamente:

—Tess, no menosprecie una información así. Todos los detalles ayudan.

—Dime una cosa, Harry —dijo Oscar O’Brien—. ¿Recuerdas algo de la

caligrafía de ese diario?

—¿Qué, por ejemplo?

—Bueno, ¿es característica?

El jefe de Protección Patrimonial lo pensó.

—Diría que sí.

—Voy a esto —dijo el consejero general—: si tomara una muestra de la escritura del diario y luego apareciera otra en otro lugar, ¿sería fácil compararlas y saber si pertenecen a la misma persona?

—Entiendo —dijo London—. No cabe duda. Muy fácil.

—Ajá —O'Brien se acariciaba el mentón, embarcándose en una reflexión. Les indicó a los demás—: Sigan. Solo tengo una media idea que todavía no está madura.

—Está bien —dijo Nim—, sigamos hablando de North Castle, el barrio donde encontraron abandonada la camioneta.

—Con el radiador aún caliente —les recordó Van Buren—. Y le vieron irse a pie, lo que hace pensar que no fue muy lejos.

—Quizá no —dijo Harry London—, pero toda esa zona de North Castle es una conejera. La policía la registró y no encontraron nada. Si alguien quiere desaparecer en esta ciudad, no puede elegir mejor lugar.

—Y por lo que he leído u oído —agregó Nim—, es razonable pensar que Archambault tenía preparado un segundo escondite para escabullirse, y que ahora está ahí. Sabemos que no le falta dinero, de modo que puede haberlo preparado todo con tiempo.

—Bajo otro nombre, naturalmente —dijo Van Buren—. Como cuando compró la camioneta.

—No creo que la compañía telefónica lo tenga registrado en información —sonrió Nim.

—En lo que respecta al registro de la camioneta —dijo London—. Se ha verificado y es un callejón sin salida.

—Harry —inquirió O'Brien—, ¿ha calculado alguien la extensión del área que aparentemente se tragó a Archambault? En otras palabras: si se trazara un círculo en el plano y se dijera «el hombre probablemente se oculta aquí», ¿qué tamaño tendría ese círculo?

—Creo que la policía lo ha calculado —dijo London—. Pero naturalmente es solo una conjetura.

—Dígalo —insistió Nim.

—Bueno, piensan más o menos lo siguiente: cuando Archambault abandonó la camioneta tenía más prisa que un ciervo. De manera que si suponemos que se dirigía a su escondite, no iba a dejar la camioneta demasiado cerca, ni tampoco muy lejos. Digamos que la dejaría a dos kilómetros como mucho. De modo que si tomamos la camioneta como centro, tenemos un círculo con un radio de dos kilómetros.

—Si recuerdo bien mi geometría de la escuela secundaria —reflexionó O'Brien

—, el área de un círculo es *pi* por el cuadrado del radio. —Fue hasta un pequeño escritorio y cogió una pequeña calculadora. Al cabo de un momento anunció—: Es un poco más de diez kilómetros cuadrados.

—Quiere decir que hay que hablar de aproximadamente doce mil casas y comercios pequeños —dijo Nim—, y probablemente de treinta mil personas viviendo dentro de ese círculo.

—Ya sé que es mucho espacio —dijo O'Brien—, y que buscar a Archambault allí sería como buscar la aguja proverbial. Pero quizá podríamos hacerle salir del escondite; ahí les dejo la idea para que jueguen con ella.

Nim, London y Van Buren escuchaban con interés. Como todos ellos sabían, las ideas del abogado eran las que habían llevado a la mayoría de las conclusiones en las reuniones anteriores.

O'Brien continuó:

—Harry dice que Archambault siente la compulsión de escribir cosas. Eso, unido a las otras informaciones que tenemos sobre ese hombre, lo muestra como un exhibicionista con la necesidad de expresarse constantemente, aunque sea sobre cosas pequeñas. Piensa entonces lo siguiente: si pudiéramos hacer circular un cuestionario público en esa área —me refiero a esos con una serie de preguntas en los que la gente tiene que escribir las respuestas—, quizá nuestro hombre no pueda resistirse a contestar él también.

Hubo un silencio intrigado y luego Van Buren preguntó:

—¿Sobre qué versarían las preguntas?

—Sobre energía eléctrica, claro; algo que despierte el interés de Archambault, si es posible haciéndole enfadar. Por ejemplo: ¿Cómo califica al servicio que la «CGS» ofrece al usuario? ¿Está de acuerdo en que un buen servicio requerirá un aumento de tarifas pronto? ¿Está de acuerdo en que una empresa de servicios públicos siga siendo privada? Cosas así. Claro que esas preguntas son solo una propuesta. Las que pongan habrá que estudiarlas cuidadosamente.

Nim dijo, pensativo:

—Supongo que tu idea, Oscar, es que cuando los cuestionarios vuelvan, se buscaría una caligrafía igual a la de la muestra del diario.

—Exacto.

—¿Y si Archambault usa una máquina de escribir?

—No se podría identificar —dijo el abogado—. Este plan no es infalible. Si andan detrás de eso no le van a encontrar.

—Si consigue un cuestionario con la misma caligrafía —objetó Teresa van Buren —, no veo qué ganará con eso. ¿Cómo sabrá de dónde viene? Aun si Archambault es tan tonto como para contestar, puede estar seguro de que no daría su domicilio.

O'Brien se encogió de hombros.

—Ya admití que se trataba de un media idea, Tess.

—Un minuto —dijo London—. Hay una manera de seguirle la pista a una cosa

así. Tinta invisible.

—Explíquese —dijo Nim.

—La tinta invisible no es solo un truco para niños; se usa más a menudo de lo que ustedes creen —dijo el jefe de Protección Patrimonial—. La cosa funciona así: cada cuestionario tendría un número, pero invisible. Se imprime con un polvo luminiscente disuelto en glicol; el papel absorbe el líquido, de modo que a la vista no quedan rastros. Pero cuando se encuentra el cuestionario buscado, se lo pone bajo un analizador con luz negra y el número se ve claramente. Se saca del analizador y el número desaparece.

—¡Que me maten! —exclamó Van Buren.

—Se hace a menudo —dijo London—. Un ejemplo es el de los billetes de lotería; para probar que el billete es genuino y no una falsificación. Además, la mitad de los llamados cuestionarios anónimos que andan por ahí se hacen así. Jamás confíen en un papel que diga que uno no puede ser identificado.

—Esto se está poniendo interesante —dijo O'Brien.

—Pero la gran dificultad —advirtió Nim— está en cómo distribuir ampliamente los cuestionarios y al mismo tiempo saber dónde ha ido cada uno. No veo cómo hacerlo.

Van Buren se irguió en su silla.

—Yo sí. Tenemos la respuesta bajo las narices. Nuestro propio departamento de facturación.

Los otros se quedaron mirándola.

—Véanlo así —dijo la directora de Relaciones Públicas—: cada casa, cada edificio en esa área de diez kilómetros cuadrados es cliente de la «CGS», y toda esa información está almacenada en nuestras computadoras de facturación.

—Ya entiendo —dijo Nim, pensando en voz alta—. Programaría la computadora para que imprimiera las direcciones de esa zona y nada más.

—Mejor aún —ofreció O'Brien; parecía entusiasmado—. La computadora podría producir los cuestionarios listos para enviarlos por correo. La parte que lleva el nombre y domicilio del cliente podría ser separada para que devolvieran solamente la parte sin datos de identidad.

—*Aparentemente* no identificable —le recordó Harry London—. Y mientras se hace la impresión normal, se agregaría el número en tinta invisible. No lo olviden.

O'Brien se palmeó el muslo con entusiasmo.

—¡Por Júpiter, tenemos algo!

—Es una buena idea —dijo Nim—, que vale la pena intentar. Pero seamos realistas en cuanto a dos cosas. Primero, incluso si el cuestionario llega a manos de Archambault, puede que sea cauto y lo tire, de manera que es una empresa aventurada.

—Estoy de acuerdo —asintió O'Brien.

—La otra cosa —continuó Nim—, es que Archambault, bajo el nombre que use

en ese escondite, puede no estar en nuestro sistema de facturación directa. Quizás ha alquilado una habitación. En ese caso, otra persona recibe las facturas de electricidad y gas… y el cuestionario.

—Es una posibilidad —concedió Van Buren—, aunque no lo creo probable. Véalo desde el punto de vista de Archambault. Para que un escondite sea efectivo, debe ser independiente y privado. Una habitación alquilada no lo sería. De modo que lo probable es que tenga una casa o un apartamento, como antes. Y eso significa contador aparte con factura aparte. De modo que recibiría el cuestionario.

O'Brien asintió otra vez.

—Es razonable.

Siguieron hablando durante una hora, clarificando la idea, y cada vez más interesados y entusiasmados.

10

Nim pensó que el Centro de Cálculo de la «CGS» se parecía mucho a un decorado para *La Guerra de las Galaxias*.

Todo en los tres pisos de oficinas que ocupaba el centro era futurista, aséptico y funcional. Los adornos que se veían en otros departamentos (muebles decorativos, alfombras, cuadros, cortinados) estaban prohibidos allí. No había ventanas: la luz era artificial. Hasta el aire era especial, con la humedad controlada y la temperatura estabilizada. Todos los que trabajaban en el Centro de Cálculo estaban sometidos a vigilancia por circuito cerrado de televisión y nadie sabía cuándo le observaba el «Hermano Mayor».

El movimiento de entrada y salida de personas estaba rápidamente controlado. Guardias de seguridad que operaban desde cubículos de cristal a prueba de balas y hablaban por micrófonos, escudriñaban las llegadas y salidas. Tenían órdenes de no dar nada por sentado. Ni siquiera una cara conocida y amiga que veían todos los días podía entrar sin mostrar la credencial.

Toda persona que se moviera dentro del área de seguridad (siempre de uno en uno; nunca acompañado) era encerrada en una «cámara de aire», en realidad una pequeña prisión también de vidrio a prueba de balas. Cuando entraba, una puerta pesada se cerraba ruidosamente detrás, por sistemas electrónicos. Otra puerta, igualmente formidable, se abría cuando el guardia quedaba convencido de que todo estaba bien. Si despertaba sospechas, como ocurría a veces, las dos puertas permanecían cerradas hasta que llegaban refuerzos o una prueba de identidad.

No había excepciones. Ni J. Eric Humphrey, el presidente de la compañía, entraba sin la insignia de visitante temporal y sin pasar por un escrutinio cuidadoso.

La razón de esas ultraprecauciones era simple. El centro encerraba un tesoro inapreciable: un registro procesado por computadora, de ocho millones y medio de clientes de la «CGS», con las lecturas de sus contadores, facturas y pagos —todos desde años atrás—, más el detalle de accionistas, empleados, equipos de la compañía, inventarios, información técnica y una multitud de otros datos.

Una granada de mano colocada estratégicamente en el Centro de Cálculo causaría más estragos en el sistema de la gigantesca empresa de energía que una carretilla cargada de poderosos explosivos lanzada contra líneas de alto voltaje o una planta.

La información del centro se almacenaba en cientos de paquetes de discos magnéticos. En cada paquete había veinte discos, y cada disco (del doble del tamaño de un LP normal) contenía los registros de cien mil clientes.

El valor de las computadoras era de unos treinta millones de dólares. El de la información archivada era incalculable.

Nim había ido al Centro de Cálculo con Oscar O’Brien, con el propósito de observar el envío de lo que oficialmente era una correspondencia de «encuesta de usuarios», pero que en realidad era el cebo en la trampa con la que se esperaba

atrapar al líder de «Amigos de la Libertad», Georgos Archambault.

Era jueves, cuatro días después de la sesión del «grupo de pensamiento» en la casa del asesor general.

Desde entonces habían dedicado muchas horas de trabajo a la preparación del cuestionario. Nim y O'Brien habían decidido que se harían ocho preguntas. Las primeras eran sencillas. Por ejemplo:

- ¿La «Golden State» provee un servicio satisfactorio? Por favor, conteste sí o no.
- ¿Cómo cree usted que podría mejorar el servicio de la «Golden State»?
- ¿Tiene dificultad para comprender los detalles en las facturas de la «Golden State»? Si la tiene, por favor, explique su problema.

Finalmente:

- La «Golden State» se disculpa ante sus usuarios por los inconvenientes derivados de los cobardes ataques a las instalaciones de la compañía por pseudoterroristas de pacotilla que actúan irresponsablemente. Si a usted se le ocurre la manera de poner fin a esos ataques, por favor, díganos lo que piensa.

Como observó Oscar O'Brien:

—Si eso no hace enloquecer de rabia a Archambault y le tienta a responder, nada lo hará.

Cuando las autoridades de las fuerzas de seguridad —la policía, el FBI y la Fiscalía del Distrito— conocieron el plan de la «Golden State», le dieron su aprobación. La Fiscalía ofreció su cooperación para examinar los miles de cuestionarios cuando comenzaran a llegar.

Sharlett Underhill, vicepresidente ejecutiva de finanzas, que tenía a su cargo el Centro de Cálculo, se reunió con Nim y O'Brien después de que éstos pasaron el control de seguridad. La señora Underhill, elegantemente vestida con un traje de chaqueta azul, les dijo:

—Ya nos estamos ocupando de la encuesta de usuarios. Los doce mil ejemplares se despacharán en el correo esta noche.

—Once mil novecientos noventa y nueve de esos papeles de porquería —dijo O'Brien—, no nos importan un pito. Solo nos interesa que vuelva uno.

—Costaría mucho menos dinero —dijo agriamente la jefe de finanzas— si supieran cuál es.

—Si lo supiéramos, querida Sharlett, no estaríamos aquí.

El trío se internó más en el reino de las computadoras, más allá de las hileras de gabinetes de cristal y metal zumbante, y se detuvieron al lado de una impresora láser 3800 IBM que escupía cuestionarios listos para enviar en sobres con ventanilla transparente.

En la parte superior de la página única decía:

Luz y Fuerza «Golden State»
ENCUESTA DE USUARIOS

Apreciaríamos su respuesta confidencial
a algunas preguntas importantes.

Nuestro objetivo es servirle mejor

Seguía el nombre y la dirección, y luego una perforación que cruzaba toda la página. Debajo de la perforación se leía:

PARA PRESERVAR SU ANONIMATO
ARRANQUE Y DESECHE
LA PORCION SUPERIOR DE ESTE FORMULARIO.

NO SE REQUIERE FIRMA
NI OTRA IDENTIFICACIÓN.

¡GRACIAS!

Cada cuestionario iría con un sobre para la respuesta, con franqueo pagado.

—¿Dónde está la tinta invisible? —preguntó Nim.

—No se ve, calabaza. Es invisible —rio O'Brien.

Sharlett Underhill se acercó más a la impresora y levantó una tapa. Se inclinó y señaló una botella que contenía un líquido claro; la botella estaba invertida, y de ella salía un tubo de plástico hacia abajo.

—Es un montaje especial para este trabajo. El tubo alimenta un aparato numerador conectado con la computadora. La parte inferior de la página queda estampada con el número invisible. Al mismo tiempo la computadora registra cada número en relación con el domicilio correspondiente.

La señora Underhill cerró la tapa. De la parte posterior de la máquina sacó uno de los cuestionarios terminados y lo llevó a un escritorio de metal que había cerca. Allí encendió una lámpara portátil sostenida por un pequeño soporte.

—Esta es una «luz negra» —cuando colocó el papel debajo, surgió el número 3702.

—Muy ingenioso —dijo O'Brien—. Está bien; así que ahora tenemos un número. ¿Y qué?

—Cuando me den el número que quieran identificar —le informó la señora Underhill—, se le dará a la computadora junto con un código secreto, que conocen solo dos personas, uno de nuestros programadores veteranos de más confianza, y yo. La computadora nos dirá inmediatamente la dirección a la que fue enviado este cuestionario.

—Claro que estamos apostando a que tendremos un número para darle —señaló Nim.

Sharlett Underhill miró a los dos hombres con ojos de acero.

—Lo tengan o no, quiero que los dos entiendan dos cosas. Yo no estuve de acuerdo con que se hiciera esto, porque no me gusta que se usen el equipo y los archivos de mi departamento para lo que es en el fondo una estratagema engañosa. Me quejé ante el presidente, pero parece que está muy de acuerdo con lo que se está haciendo, y no tuve éxito.

—Sí, lo sabemos —dijo O'Brien—. ¡Pero, por Dios, Sharlett, es un caso de excepción!

La señora Underhill siguió sin sonreír.

—Por favor, escuchen hasta el final. Cuando me hayan dado el número que esperan encontrar, y aceptaré solamente uno, se pedirá a la computadora la información que buscan, utilizando el código secreto que he mencionado. Pero hecho eso, se darán instrucciones a la computadora de olvidar todos los otros números y los domicilios correspondientes. Quiero que quede bien entendido.

—Está entendido —dijo el abogado—. Y es muy justo.

—Cambiando de tema, Sharlett —dijo Nim—. ¿A su gente le dio trabajo delimitar y aislar el área de diez kilómetros cuadrados que especificamos?

—Ninguno en absoluto. Nuestro método de programación hace posible dividir y subdividir a nuestros usuarios en muchas categorías, y a cualquier área geográfica —la vicepresidente ejecutiva se relajó a medida que se entusiasmaba con un tema que evidentemente le interesaba—. Bien usada, una computadora moderna es una herramienta sensitiva y flexible. Además, es enteramente fiable —vaciló—. Bueno, casi enteramente.

Con las últimas palabras, la señora Underhill echó una mirada a otra impresora IBM, flanqueada por una mesa a la que estaban sentados dos hombres. Parecían estar verificando registros de la computadora, uno por uno, a mano.

O'Brien sintió curiosidad.

—¿Qué ocurre ahí?

Por primera vez desde que entraron, Sharlett Underhill sonrió.

—Es nuestro equipo VIP anti errores. Muchas empresas de servicios públicos lo tienen.

—Trabajo aquí, pero nunca había oído hablar de eso —dijo, moviendo la cabeza.

Fueron hasta donde estaban trabajando.

—Son facturas —dijo la señora Underhill— sobre las últimas lecturas de contadores que deben salir mañana. La computadora separa las de varios centenares de personas que figuran en una lista especial: el intendente, supervisores, concejales en las diversas ciudades que servimos, funcionarios importantes del gobierno, legisladores, directores y articulistas de periódicos, locutores de radio, jueces, abogados famosos y otros por el estilo. Luego se analiza cada factura para asegurar

que no haya irregularidades. Si se encuentra algo, se manda a otro departamento y se verifica nuevamente antes de enviarla. De esa manera evitamos quejas y molestias por errores de la computadora o de la persona que la programó.

Observaron cómo se desarrollaba la inspección, y cómo de vez en cuando sacaban una factura y la ponían al lado, mientras Sharlett Underhill recordaba:

—Una vez, una computadora imprimió la factura mensual para un concejal. La computadora dio un traspié y agregó una serie de ceros. La factura debió ser de cuarenta y cinco dólares. En cambio, le llegó una de cuatro millones y medio de dólares.

Todos rieron. Nim preguntó:

—¿Qué ocurrió?

—Ahí está el asunto. Si hubiera traído la cuenta o hubiera hablado por teléfono, todos se hubieran reído, y una vez destruida la cuenta probablemente le hubiéramos abierto un crédito por la molestia. En cambio, convocó una conferencia de prensa. Mostró la factura para probar la incompetencia de la «CGS» y dijo que era un argumento más para mostrar que la compañía debería pasar a la municipalidad.

—Parece increíble —dijo O’Brien, sacudiendo la cabeza.

—Le aseguro que ocurrió —dijo la señora Underhill—. Los políticos son los peores a la hora de hinchar un simple error, aunque ellos cometan más que nosotros. Pero hay otros. De todos modos, fue entonces cuando iniciamos la actuación de nuestro equipo VIP anti errores. En «Con Edison» de Nueva York me habían hablado de eso. Ellos tienen uno. Ahora, siempre que tropezamos con alguien importante o pomposo, o ambas, agregamos el nombre. Hasta tenemos alguna gente de nuestra compañía en la lista.

—A veces puedo ser pomposo —admitió O’Brien—. Es una de mis debilidades —señaló las facturas—. ¿Estoy entre ésas?

—Oscar —le dijo Sharlett Underhill mientras les acompañaba fuera—, eso es algo que nunca sabrá.

11

Ruth Goldman estaba en Nueva York.

Había ido para comenzar el tratamiento en el Instituto Sloan-Kettering, y se quedaría dos semanas. Más adelante tendría que volver varias veces.

El doctor Levin había tomado la decisión después de estudiar los resultados de los análisis hechos en la visita anterior de Ruth y de conversar por teléfono con los médicos de Nueva York. Les dijo a Nim y Ruth:

—No puedo hacer promesas; nadie puede hacerlas y no hay nada definitivo. Pero me atrevería a decir que yo, y la gente de Sloan-Kettering, somos cautamente optimistas —fue todo lo que pudieron sacarle.

Nim había llevado a Ruth al aeropuerto temprano por la mañana para un vuelo directo de «American Airlines». Se habían despedido emocionados.

—Te amo —le dijo a Ruth cuando iba a embarcar—. Te echaré de menos, y me quedaré haciendo lo que equivalga a rezar.

Entonces ella se rio y lo besó una vez más.

—Qué extraño —había dicho—, pero pese a todo, nunca he sido más feliz.

En Nueva York Ruth viviría en casa de unos amigos e iría al Instituto varios días por semana como paciente externa.

Leah y Benjy habían vuelto a quedarse en casa de los abuelos. Esta vez, como las relaciones entre Nim y los Neuberger eran ahora cordiales, Nim había prometido ir a cenar de vez en cuando, para ver a los niños.

También, cumpliendo una promesa anterior, Nim había tomado medidas para llevar a Karen Sloan al concierto.

Días antes había recibido una de las notas de Karen:

Los días llegan, los días se van.
En algunos estás en las noticias
Con Begin, Sadat, Schmidt, Brezhnev, Carter,
Giscard d'Estaing y el obispo Muzorewa.
Pero entre ellos un cierto Nimrod Goldman
Merece mi *primera plana.*
Hace bien leer sobre ti Pero mejor aún
Verte, escucharte, tus caricias, y compartir
Amor persona a persona.

Había suspirado al leerlo, porque deseaba verdaderamente ver a Karen; luego había pensado con sentimientos de culpa que todas las complicaciones de su vida personal se las debía a sí mismo. Desde la noche memorable en que él y Karen habían hecho el amor, había ido a verla dos veces, de día, pero las visitas fueron breves y apresuradas, de paso, mientras Nim iba de un lugar a otro. Sabía que Karen ansiaba retenerle un tiempo más largo, con más intimidad.

La ausencia de Ruth pareció una oportunidad para estar con Karen de una manera más satisfactoria: ir al concierto en vez de pasar la noche en casa de ella, fue como un compromiso con su conciencia.

Cuando llegó al apartamento de Karen, la encontró preparada, con un vestido rojo oscuro que le sentaba muy bien y un collar de perlas. El largo pelo rubio, cepillado y reluciente, le caía sobre los hombros. La boca amplia y los suaves ojos azules sonrieron en un saludo cálido. Las uñas de sus largos dedos, apoyados sobre una mesita, estaban manicuradas y brillaban.

Cuando se besaron, dejando que su proximidad se mantuviera, Nim sintió que su deseo, que había permanecido latente, revivía, sin duda alguna. Sintió alivio porque iban a salir de la casa.

Uno o dos minutos después, cuando Josie había entrado y estaba ocupada en desconectar la silla de ruedas de un enchufe para que fuera más móvil, Karen dijo:

—Nimrod, has vivido en tensión. Se nota.

—Han ocurrido algunas cosas —admitió él—. Algunas las has leído. Pero hoy no existe nada más que tú, yo y la música.

—Y yo —dijo Josie poniéndose delante de la silla. El ama de llaves y ayudante le sonrió a Nim, que era a todas luces uno de sus favoritos—. Pero todo lo que voy a hacer es llevarles. Si baja con Karen dentro de unos minutos, señor Goldman, yo me adelanto y traigo a *Humperdinck*.

—¡Ah, *Humperdinck*! —rio Nim, y le preguntó a Karen—: ¿Cómo está esa camioneta tuya con personalidad?

—Siempre maravillosa, pero —se le nubló la mirada— el que me preocupa es mi padre.

—¿Por qué?

—Dejémoslo ahora —dijo ella moviendo la cabeza—. Quizá te lo cuente más tarde.

Como siempre, Nim se maravilló de la destreza con que Karen, usando solo el tubo por el que aspiraba y soplaba, sacó la silla del apartamento y la llevó por el pasillo hacia el ascensor.

En el camino, él preguntó:

—¿Cuánto te dura la batería?

—Esta noche la tengo cargada —sonrió ella—. Así que usando la batería para la silla y el respirador, probablemente cuatro horas. Luego tendré que enchufarla de nuevo en la querida y vieja «CGS».

Le fascinaba lo tenue que era el hilo del que pendía la vida de Karen, y que la electricidad la mantuviera viva.

—Hablando de la «CGS» —dijo ella—, ¿cómo andan tus problemas?

—Siempre tenemos un surtido nuevo. Brotan como mala hierba.

—En serio. Quiero saberlo.

—Bueno, por de pronto el petróleo se convierte en nuestra preocupación principal —le dijo—. ¿Has oído que las últimas conversaciones entre la OPEP y los Estados Unidos se han interrumpido hoy?

—Lo dijeron por la radio antes de que llegaras. Los países exportadores de petróleo dicen que ya no aceptarán papel moneda. Quieren oro.

—Amenazaron con eso varias veces —Nim recordaba la conversación con Eric Humphrey y el juez Yale poco antes de Navidad. Entonces la situación del petróleo era inquietante; ahora, en marzo, era sumamente crítica. Agregó—: Esta vez parece que lo dicen en serio.

—Si el petróleo importado no llega, ¿cuál es la situación? —preguntó Karen.

—Mucho peor de lo que cree la mayoría de la gente. Más de la mitad del petróleo que se consume en América es importado, y el ochenta y cinco por ciento viene de países de la OPEP —continuó—; sin embargo, aun ahora se piensa en la escasez de petróleo principalmente en términos de coches y gasolina, no de electricidad.

Nim pensó de nuevo en lo que había estado pensando cuando iba hacia allí esa noche: la conferencia más dramática hasta ahora con los países exportadores de petróleo de la OPEP, con consecuencias mucho más desoladoras que las del embargo árabe de 1973, había tenido lugar bruscamente en las últimas cuarenta y ocho horas. Era una posibilidad conocida por todos, pero que comparativamente muy pocos habían tomado en serio. Los eternos optimistas, incluso algunos que ocupaban cargos importantes, confiaban en poder evitar un ajuste de cuentas final en el que de una manera u otra, el Niágara de petróleo importado continuaría fluyendo. Nim no compartía esa esperanza.

Había tenido una idea con respecto a Karen, pero cuando iba a hablar llegaron al ascensor y se abrieron las puertas.

Los únicos ocupantes eran dos criaturas, un varón y una niña, alegres y de caras frescas, probablemente de nueve y diez años.

—¡Hola, Karen! —dijeron ambos cuando entró la silla de ruedas, seguida por Nim.

—Hola, Philip y Wendy —dijo Karen—. ¿Salís?

El chico contestó:

—No, solo vamos abajo a jugar —miró a Nim—. ¿Quién es?

—Mi amigo. El señor Goldman —a Nim le dijo—: Son dos vecinos amigos míos.

Mientras bajaba el ascensor se saludaron.

—Karen —dijo el niño—, ¿puedo tocarte la mano?

—Claro.

Él lo hizo pasando suavemente las yemas de los dedos; luego, preguntó:

—¿Lo sientes?

—Sí, Philip —dijo ella—. Tienes las manos suaves —él pareció interesado y complacido.

La niña, que no quería quedarse atrás, preguntó:

—¿Karen, quieres que te mueva las piernas?

—Bueno… está bien.

Cuidadosamente, como quien sabe hacerlo, la chica levantó la pierna derecha de Karen y la cruzó sobre la izquierda.

—Gracias, Wendy.

En el vestíbulo de abajo, los niños se despidieron y salieron corriendo.

—Ha sido hermoso —dijo Nim.

—Sí —Karen sonrió cálidamente—. Los niños son tan espontáneos. No tienen miedo ni se sienten confundidos como los adultos. Cuando vine a vivir aquí, los niños del edificio me preguntaban cosas como: «¿Qué te pasa?» o «¿No puedes caminar?», y cuando los padres les oían les decían: «¡Chitón!» Me llevó tiempo, pero logré hacerles comprender a todos que las preguntas no me molestan, en realidad me agradan. Pero todavía hay adultos que no se sienten cómodos. Cuando me ven miran hacia otro lado.

Josie esperaba con la camioneta delante de la puerta. Era una «Ford», pintada de un agradable verde claro que en el lado de la acera mostraba abierta una ancha puerta corrediza, Karen maniobró la silla de ruedas para que quedara frente a la puerta, a pocos pies de distancia.

—Si observas —le dijo a Nim—, verás lo que hizo tu señor Paulsen para ayudarme a subir a *Humperdinck*.

Mientras Karen hablaba, Josie bajó dos rieles de acero del interior de la camioneta, los enganchó por un extremo a dos encajes en la base de la entrada, y bajó los otros extremos hasta el suelo. Entre la camioneta y el suelo quedó así instalada una rampa doble que coincidía con las ruedas de la silla de Karen.

Luego, Josie entró en la camioneta y tomó un gancho atado al extremo de un cable de acero; el cable estaba conectado a un montacargas en el otro extremo. Llevó el gancho hasta la silla, lo pasó por un aro de acero y volvió al montacargas; allí hizo girar una llave y la mantuvo en esa posición.

—¡Ahí vamos! —dijo Karen. Mientras lo decía, la silla subió suavemente por la rampa. Una vez adentro, Josie la hizo girar y las ruedas encajaron exactamente en dos entradas del suelo, donde quedaron aseguradas con dos pernos.

Sonriendo, Josie le dijo a Nim:

—Vaya delante, señor Goldman. Con el conductor.

Cuando dejaron la casa y se metieron en el tráfico, Nim se volvió en el asiento de delante para hablar con Karen. Retornó a lo que estaba a punto de decir cuando llegaron al ascensor.

—Si llegamos a tener una escasez seria de petróleo, es casi seguro que haya cortes de corriente alternados. ¿Sabes de qué se trata?

—Creo que sí —asintió Karen—. Quiere decir que cortarán la energía eléctrica en lugares distintos unas horas cada vez.

—Sí, probablemente tres horas diarias para empezar, y luego durante períodos más largos si la situación empeora. Si eso ocurre, me aseguraré de que lo sepas con anterioridad para que tengas tiempo de ir a un hospital con generador propio.

—«Redwood Grove» —dijo Karen—. Allí fuimos con Josie la noche que esos «Amigos de la Libertad» volaron las subplantas y se cortó la energía.

—Mañana —le dijo Nim— averiguaré en qué condiciones tienen el generador en «Redwood Grove». A veces esos aparatos para emergencias no valen nada porque no los mantienen bien. Cuando hubo los grandes apagones en Nueva York, algunos ni siquiera empezaron a funcionar.

—No tengo por qué preocuparme —dijo Karen—, si tú me cuidas así.

Josie conducía con cuidado y Nim pudo descansar durante el viaje al Palacio de las Artes, donde actuaba la orquesta sinfónica de la ciudad. En la entrada principal del Palacio, mientras Josie sacaba la silla de Karen, les llegó ayuda en la persona de un asistente uniformado, que rápidamente condujo a Karen y Nim por una puerta lateral hasta un ascensor que los llevó hasta los palcos. Había asientos vacíos adelante, en el palco, y una rampa movible le facilitó la llegada a Karen. Era evidente que en el Palacio de las Artes estaban habituados a recibir gente en sillas de ruedas.

Cuando estuvieron instalados, Karen miró a su alrededor y dijo:

—Esto es un tratamiento especial, Nimrod, ¿cómo lo conseguiste?

—La querida «CGS», como tú la llamas, tiene cierta influencia.

A petición de Nim, Teresa van Buren había conseguido los asientos en el palco y las otras comodidades para Karen. Cuando ofreció pagar, Tess le dijo:

—¡Olvídalo! Todavía quedan algunos privilegios para los ejecutivos. Disfrútalos mientras duren.

Nim le sostuvo un programa a Karen para que lo leyera, pero al cabo de un momento ella movió la cabeza.

—Me gusta escuchar, y siempre pienso que la crítica musical y los comentarios de los programas los escriben personas que lo único que quieren es lucirse.

—Estoy de acuerdo —rio él.

Cuando se fueron apagando las luces y el director subió al podio entre aplausos, Karen dijo bajito:

—Nimrod, las cosas han cambiado entre nosotros, ¿no es cierto?

A él le sorprendió su intuición pero no tuvo tiempo de contestar antes de que comenzara la música.

El programa era puro Brahms. *Variaciones sobre un tema de Haydn*, primero. Inmediatamente después el *Concertó para piano N.° 2 en si bemol mayor*: el soberbio solista era Eugene Istomin. El *Concerto para piano* estaba entre los favoritos de Nim y, a juzgar por su atención arrobada, también de Karen. Durante el tercer movimiento, con su emotiva, obsesionante melodía de violoncelo, él apoyó una mano sobre la de Karen. Cuando ella le miró, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Finalmente, la música terminó en medio de un fuerte aplauso, al que se unió Nim.

—¡Por favor!, por los dos —le instó Karen; las luces se encendieron para el descanso.

Mientras otros salían para pasearse, Nim y Karen permanecieron donde estaban. Ambos quedaron unos momentos en silencio, y luego, ella dijo:

—Si quieres puedes contestar ahora mi pregunta.

Él no necesitó preguntar cuál y suspirando dijo:

—Supongo que nada permanece siempre igual.

—Sería una tontería esperarlo —admitió Karen—, y quiero que sepas que nunca lo esperé. A veces es bonito soñar, desear lo imposible y querer que todo lo bueno dure, pero si hay algo que he aprendido, es a ser realista. Sé sincero conmigo, Nimrod. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha cambiado entre la última vez y hoy?

Entonces se lo dijo: Le habló de Ruth, de la invasión maligna que amenazaba su vida, y cómo, debido a eso, ella y Nim habían vuelto a encontrar el camino perdido durante un tiempo.

Karen escuchó en silencio. Luego, dijo:

—Desde el momento en que te vi esta noche, supe que había algo diferente, algo importante y personal. Ahora que sé qué es, en cierto modo me alegro por ti; pero, al mismo tiempo, siento tristeza, especialmente por tu mujer.

—A lo mejor tenemos suerte —dijo él.

—Así lo espero. Alguna gente la tiene.

La orquesta empezaba a entrar para la segunda parte del concierto. La gente volvía a sus asientos. Karen dijo tranquilamente:

—Ya no debemos seguir siendo amantes. No sería justo ni correcto. Pero espero que sigamos siendo amigos, y que a veces nos veamos.

Él volvió a tocarle la mano y consiguió decir, antes de que comenzara la música:

—Amigos, siempre.

En el camino de regreso estuvieron más silenciosos y Josie también pareció percibir el cambio y habló poco. Les había esperado afuera con *Humperdinck*, después de visitar a unos amigos mientras Nim y Karen estaban en el Palacio de las Artes.

Después de un rato, volviéndose para mirar a Karen, Nim dijo:

—Me habías empezado a contar que tu padre te preocupaba.

No me explicaste por qué. No quisiste hablar de eso. ¿Quieres decírmelo ahora?

—No me molesta —dijo Karen—. Salvo que no hay mucho que contar. Sé que papá tiene algún problema; creo que económico.

Ha dejado caer algunas insinuaciones, pero no me dice exactamente de qué se trata. Pero, por supuesto, significa que no podré disfrutar mucho tiempo de *Humperdinck*.

—¿Por qué? —se sorprendió Nim.

—Los plazos mensuales son excesivos para mis padres. Creo que te dije que el

banco de papá no le prestaba el dinero, así que fue a una financiera, y la tasa de interés es más alta. Supongo que entre eso y ciertas cosas del negocio, se le hizo pesado pagar.

—Mira —dijo Nim—, me gustaría ayudar.

—¡No! Ya te he dicho que jamás te pediría dinero, Nimrod, y es cierto. Tienes tu propia familia que atender. Además, por mucho que quiera a *Humperdinck*, antes me arreglaba sin camioneta y volveré a hacerlo. Es papá el que me preocupa.

—Verdaderamente —le dijo Nim—, desearía poder hacer algo.

—Sigue siendo mi amigo, Nimrod. Es todo lo que pido.

Se dieron las buenas noches, con un beso cariñoso, sin pasión, delante del edificio de apartamentos de Karen, porque ella se lo pidió, dijo que estaba cansada. Él no subió y se dirigió triste, a su coche, aparcado a una manzana de allí.

12

La crisis del petróleo estalló repentinamente en la última semana de marzo y eclipsó todo lo demás, dominando las noticias nacionales e internacionales.

—Es como una guerra inminente —observó alguien en una reunión del comité administrativo de la «CGS»—. Uno insiste en pensar que no va a ocurrir, y todo parece irreal hasta que empiezan a sonar los tiros.

La decisión unánime de la OPEP no tuvo nada de irreal. Las naciones que la formaban —los países árabes, Irán, Venezuela, Indonesia y Nigeria— habían decidido unos días antes que cuando los petroleros en alta mar y en puertos de los Estados Unidos hubieran depositado su carga, no se enviaría más petróleo hasta que quedara resuelta la cuestión del pago.

Las naciones de la OPEP aseguraban tener amplias reservas de dólares, con las que aguantarían el embargo, y señalaban que esas reservas eran mucho mayores que la reserva de petróleo de los Estados Unidos.

—Desgraciadamente, es demasiado cierto —estalló un secretario de Estado cansado de viajar ante los periodistas de Washington, en un arranque poco diplomático e imprudente.

En la «Golden State», como en otras empresas de todo el país, se tomaron decisiones urgentes sobre un plan de acción. En el ambiente de la «CGS» el problema no era ya «si» habría apagones temporales, sino «cuándo» y en qué medida.

Los dos años de sequía en California y las escasas nevadas durante el invierno en Sierra Nevada agravaban el problema, porque las reservas hidroeléctricas eran notablemente menores que las usuales.

Nim, cuyo papel como vicepresidente en planificación lo ubicaba en el centro de la cuestión, se vio envuelto en una agitada serie de reuniones para revisar planes de emergencia y determinar prioridades.

Mientras tanto, ya se habían decretado algunas prioridades nacionales y estatales.

El presidente ordenó el inmediato racionamiento de la gasolina. En pocos días pondría en marcha un sistema de cupones ya previsto. Además, se prohibía la venta de gasolina desde el viernes por la noche hasta el lunes por la mañana.

También Washington expidió un decreto suspendiendo todos los acontecimientos deportivos de magnitud y otras atracciones que reunieran grandes multitudes, y cerrando los parques nacionales. El objetivo era reducirlos transportes no necesarios, sobre todo en coche. Se decía que posiblemente más adelante se cerrarían los teatros y los cines.

Se ordenó a todas las empresas de servicios públicos que utilizaban petróleo que comenzaran a disminuir la provisión de energía durante el día, reduciendo el voltaje en un cinco por ciento.

Se indicaba a las empresas de servicios públicos que producían electricidad con carbón, principalmente en el centro de los Estados Unidos, que enviaran toda la

energía de que pudieran disponer a las costas este y oeste, que serían las zonas más perjudicadas por el embargo de petróleo, y donde se temía que se produjera el paro laboral masivo debido a la falta de energía en fábricas y comercios. El esquema recibió el nombre de «Carbón por Cable». Sin embargo, sería de efecto limitado, porque el centro de los Estados Unidos necesitaba la mayor parte de la electricidad para uso local, y además porque había pocas líneas de transmisión de larga distancia.

En muchas zonas se ordenaba cerrar las escuelas para abrirlas de nuevo en verano, cuando disminuyen las necesidades de calefacción e iluminación.

Se programaban restricciones para vuelos, que se anunciarían en breve.

Se advertía que, probablemente, se tomarían medidas más drásticas, incluso fines de semana de tres o cuatro días, si la situación energética no mejoraba.

Todas las medidas oficiales eran acompañadas por la petición de ahorrar energía voluntariamente en todos los aspectos.

En la «Golden State», en todas las conversaciones pesaba el hecho de que la reserva de petróleo de la empresa cubría solamente treinta días de funcionamiento normal.

Puesto que con la llegada de los petroleros en camino entraría más petróleo, se decidió que los «cortes de energía rotativos» se retrasarían hasta la segunda semana de mayo. Al principio se efectuarían cortes de tres horas diarias; después, quizá se necesitarían medidas más severas.

Pero era evidente que incluso los primeros cortes de energía desorganizarían y perjudicarían la economía pública. Nim conocía la gravedad de la situación; lo mismo ocurría con otra gente directamente involucrada. Pero a Nim le parecía que el público en general todavía no había captado, o quizá no quería reconocer, toda la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

Sin perjuicio de sus tareas de planificación, y debido a sus renovadas funciones de portavoz de la compañía, se le reclamaba para explicar la situación actual y las perspectivas futuras.

Las dos responsabilidades representaban un esfuerzo agotador, y le dijo a Teresa van Buren:

—Está bien, me ocuparé de las ocasiones importantes, pero tendrá que usar a su gente para cosas menores —ella dijo que así lo haría.

Al día siguiente la directora de Relaciones Públicas apareció en la oficina de Nim.

—Hay un programa de televisión al mediodía que se llama «Hora de almuerzo».

—Quizá no me crea, Tess —dijo él—, pero nunca lo veo.

—Vaya, vaya, qué gracioso. Bueno, no se apresure a despreciar la televisión del mediodía. La ven millones de amas de casas, y mañana el programa quiere que le expliquen la crisis energética.

—Supongo que debo explicarla yo.

—Naturalmente —dijo Van Buren—. ¿Quién mejor?

—De acuerdo, pero haga algo por mí —dijo Nim, sonriendo—. Todos los canales

de televisión se caracterizan por perder el tiempo. Le piden a uno que vaya temprano y le tienen horas esperando. Usted sabe lo ocupado que estoy, así que, por una vez, trate de arreglar una entrada y salida rápida.

—Yo misma le acompañaré —dijo Van Buren—. Y lo arreglaré. Lo prometo.

Tal como fueron las cosas, la promesa no se cumplió.

«Hora de almuerzo» era un espectáculo de una hora que salía al aire al mediodía. La directora de Relaciones Públicas y Nim llegaron a los estudios de televisión a las doce menos diez. En el vestíbulo les recibió una joven auxiliar del programa; como mucha gente que trabaja en televisión, su aspecto físico y su ropa eran los de una chica que acaba de terminar la escuela secundaria. Llevaba el distintivo usual de su tarea, la tablilla con sujetapapeles, y las gafas sobre el pelo.

—Sí, señor Goldman. Usted será el último a la una menos diez.

—¡Oiga, un momento! —protestó Van Buren—. Me aseguraron que el señor Goldman estaría al comienzo del espectáculo. Es uno de nuestros ejecutivos más importantes y su tiempo es valioso, especialmente ahora.

—Lo sé —sonrió dulcemente la joven—. Pero el productor cambió de opinión. El tema del señor Goldman es algo pesado. Podría deprimir a nuestra audiencia.

—Deberían deprimirse.

—Si se deprimen y cambian de canal, se terminaría el programa —dijo la joven con firmeza—. Quizá le gustaría ver el estudio mientras espera. Así puede ver todo el espectáculo.

Van Buren miró a Nim, levantando las manos con gesto de impotencia.

Resignado, consciente de todo lo que hubiera podido hacer en esa hora perdida, le dijo:

—Está bien.

La auxiliar del programa, que había hecho lo mismo muchas veces, dijo:

—Acompáñenme, por favor.

El decorado del estudio, colorido y brillantemente iluminado, quería ser un salón. El mueble central era un sofá de un anaranjado brillante, ocupado por dos entrevistadores profesionales, Jerry y Jean, jóvenes, animados, encantadores: Gente Guapa. Tres cámaras de televisión acechaban delante, en semicírculo. Los invitados se reunirían con los entrevistadores bajo las luces brillantes, uno por uno.

Los primeros diez minutos del programa estuvieron dedicados a un oso bailarín de un circo en gira, los segundos a una abuela de sesenta años que había venido desde Chicago en patines. «Gasté cinco pares —se jactó—, y hubiera llegado antes si la policía me hubiera dejado utilizar las carreteras principales.»

Inmediatamente antes de Nim salía el «médico de la casa» de «Hora de almuerzo».

—Está todos los días y tiene mucha audiencia —les confió la asistente en un susurro—. La gente sintoniza el programa por él especialmente, y por eso, cuando usted le siga, le escucharán.

El médico, de un poco más de cincuenta años, de cabello gris y distinguido, era un actor avezado que conocía todos los trucos del manual de televisión, incluso, cómo sonreír para ganarse a la gente, cuándo actuar como médico paternal y en qué momento utilizar un diseño esquemático del estómago.

—Hoy mi tema es —informó a su audiencia invisible— el estreñimiento.

Nim miró y escuchó fascinado.

—… Mucha gente se preocupa sin necesidad. Lo que no debe hacerse es tomar laxantes. Todos los años se venden por millones de dólares; es un desperdicio. Muchos perjudican la salud… Casi todos los estreñimientos son «imaginarios». El movimiento diario de los intestinos puede ser un fetiche innecesario. Dejen que el ciclo natural se cumpla. Para algunos es normal que no ocurra en cinco o seis días. Tengan paciencia, y esperen… Un verdadero problema: algunos no prestan atención inmediatamente a la llamada de la naturaleza. Están ocupados y lo postergan. Eso está mal. Los intestinos se desaniman, se cansan de hacer llamadas… Coman alimentos que dejen residuos, beban mucha agua para mantener la humedad.

Van Buren se inclinó.

—¡Dios mío, Nim! Lo siento.

—No lo sientas —la tranquilizó él en voz baja—. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Lo único que espero es no ser un aguafiestas.

El doctor desapareció y pasaron un anuncio. La asistente del programa tomó a Nim del brazo.

—Su turno, señor Goldman —lo acompañó al centro del decorado, donde le sentaron.

Mientras seguía la tanda de anuncios, Nim y los entrevistadores se dieron la mano. Jerry le advirtió seriamente:

—Se está haciendo tarde. No tenemos mucho tiempo, así que contestaciones breves —cogió una hoja con anotaciones que le acercó un tramoyista y, como si le hubieran tocado un botón, sonrió y miró a la cámara—. Nuestro último invitado del día sabe mucho de electricidad y petróleo. Es…

Después de la introducción, Jean le preguntó animadamente a Nim:

—¿Es cierto que vamos a tener cortes de energía, o se trata solamente de otra alarma, de algo que en realidad no va a ocurrir?

—No es una alarma, y va a ocurrir. («Si quieren contestaciones breves —pensó Nim—, las tendrán.»)

Jerry consultaba la hoja que le habían dado.

—En cuanto a la supuesta escasez de petróleo.

—No es supuesta.

La sonrisa del entrevistador se hizo más amplia.

—Esa la pasaremos por alto —volvió a las notas—. De todos modos, ¿no tuvimos un hartazgo de petróleo últimamente en California, de petróleo que venía de Alaska por oleoducto?

—Ha habido algún exceso temporal —aceptó Nim—. Pero ahora que el resto del país necesita petróleo desesperadamente, todo exceso desaparece rápidamente.

—Parece egoísta —dijo Jean—, pero ¿no es posible retener ese petróleo en California?

—No —Nim sacudió la cabeza—. El gobierno federal lo controla y ya existe un programa de distribución. Todos los estados, todas las ciudades del país, presionan a Washington exigiendo una parte. Cuando el petróleo nacional se reparta, no quedará para nadie.

—Tengo entendido —dijo Jerry, refiriéndose nuevamente a sus notas—, que la «Golden State» tiene reserva para treinta días. No suena tan mal.

—Esa cifra es real en cierto sentido —admitió Nim—, pero engaña en otro. Por supuesto, es imposible usar el petróleo hasta agotar la reserva. Además, el petróleo no siempre está donde más se lo necesita; a una planta generadora puede faltarle y otra tener reserva para varios días; y los medios para transportar grandes cantidades de petróleo son limitados. Por ambas razones, veinticinco días es una cifra más realista.

—Bueno —dijo Jerry—, esperemos que todo haya vuelto a la normalidad antes de que pasen esos días.

—No hay ni la menor posibilidad de que así sea —dijo Nim—. Aunque se llegara a un arreglo con las naciones de la OPEP, se necesitarán…

—Disculpe —dijo Jean—, pero tenemos poco tiempo y tengo otra pregunta, señor Goldman. ¿Su compañía no pudo prever lo que ha ocurrido con el petróleo y hacer otros planes?

El descaro, la injusticia, la increíble ingenuidad de la pregunta, asombraron a Nim. Luego, sintió rabia. Dominándola, contestó:

—La compañía «Golden State» ha estado intentando hacer precisamente eso durante los últimos diez años. Pero todo lo que nuestra compañía propuso —plantas nucleares, geotérmicas, depósitos, plantas de carbón— encontró oposición, fue retrasado o frustrado por…

—Lo siento de veras —interrumpió Jean—, pero nuestro tiempo ha terminado. Gracias por acompañarnos, señor Goldman —se dirigió a un objetivo—. Entre los invitados interesantes que tendrá «Hora de almuerzo» mañana estará un *swami* hindú y…

Mientras salían del edificio del canal de televisión, Teresa van Buren le dijo, desanimada, a Nim:

—Aun ahora nadie nos cree, ¿no?

—Lo creerán demasiado tarde —dijo Nim—. Cuando empiecen a tocar interruptores y no pase nada.

Las incongruencias persistieron durante la preparación de los severos cortes de energía y bajo la impresión de crisis que invadía la «CGS».

Una fue la continuación de los debates de la Comisión de Energía sobre Tunipah, sin cambios, al mismo ritmo lento y enervante del principio.

—Un habitante de Marte, usando su sentido común —observó Oscar O'Brien durante el almuerzo con Nim y Eric Humphrey—, supondría, en vista de la actual emergencia energética, que los procedimientos para otorgar permisos para proyectos como Tunipah, Fincastle y Devil's Gate, se acelerarían. Pues bien, el marciano señor Sentido Común estaría totalmente equivocado.

El consejero general comió un bocado, lleno de malhumor, y luego continuó:

—Cuando uno está ahí dentro, en los debates, escuchando a los testigos y los mismos remanidos argumentos sobre procedimientos, parecería que nadie está enterado de lo que ocurre afuera, en el mundo real, o no le importa. Ah, de paso, hay un grupo nuevo que se nos opone en lo de Tunipah. Se llama CODEI, que si no me equivoco es la sigla de la Cruzada Contra el Desarrollo Energético Innecesario. Y en comparación con las acusaciones que hace CODEI a la «Golden State», Davey Birdsong era un amigo y un aliado.

—La oposición es un monstruo con cabeza de hidra —reflexionó Eric Humphrey; luego, añadió—: El apoyo del gobernador al proyecto de Tunipah no parece haber sido muy feliz.

—Es porque la burocracia es más fuerte que los gobernadores, presidentes o cualquiera de nosotros —dijo O'Brien—. Hoy día luchar contra la burocracia es como debatirse en un mar de barro cuando uno está hundido hasta los hombros. Haré una predicción: cuando los apagones lleguen al edificio de la Comisión de Energía, los debates sobre Tunipah continuarán a la luz de velas, sin que nada cambie.

En cuanto a la geotérmica de Fincastle y la propuesta del depósito de Devil's Gate, el consejero general informó que las oficinas responsables todavía no habían fijado fecha para comenzar los debates públicos.

La desilusión de Oscar O'Brien, y de Nim, se extendió a la falsa encuesta a consumidores del distrito de North Castle.

Habían pasado casi tres semanas desde la distribución del cuestionario tan cuidadosamente planeado, y ya parecía que el intento de hacer caer en la trampa al líder terrorista, Georgos Archambault, hubiera abortado; una pérdida de tiempo y dinero.

Pocos días después del envío postal llovieron cientos de respuestas, y muchas más siguieron llegando durante las semanas siguientes. En la sede de la «CGS» destinaron una gran habitación del sótano para revisarlas, y se destacó allí a ocho empleados. Seis vinieron de diversos departamentos de la compañía, y los otros dos de la oficina del fiscal del distrito. Entre ellos examinaron detalladamente todos los cuestionarios.

La oficina del fiscal también envió ampliaciones fotográficas de muestras del diario de Georgos Archambault, y los empleados las tenían delante cuando trabajaban. Para prevenir errores, tres personas examinaban cada cuestionario por separado. El resultado era terminante. No había llegado nada comparable a las

muestras.

Ahora, el personal se había reducido a dos; el resto había vuelto a sus tareas habituales. Todavía llegaban algunas respuestas y eran examinadas por el mismo procedimiento. Pero a estas alturas no parecía posible que se llegara a saber algo de Georgos Archambault.

Para Nim, de cualquier manera, el plan había perdido importancia ante el crítico problema de escasez de petróleo, que ocupaba todos sus días y noches.

Durante una sesión nocturna de trabajo sobre el petróleo (una reunión en la oficina de Nim con el director de suministro de combustible, el jefe de pronósticos de carga y otros dos jefes de departamento de la compañía), recibió una llamada telefónica que no tenía nada que ver con el tema en discusión, pero que le preocupó mucho. Victoria Davis, la secretaria de Nim, que también se había quedado trabajando hasta tarde, le llamaba desde otra oficina.

Fastidiado por la interrupción, Nim cogió el teléfono y contestó secamente:

—¿Sí?

—La señorita Karen Sloan llama por la línea uno —le informó Vicki—. No le hubiera molestado, pero insistió en que era importante.

—Dígale… —Nim estaba a punto de decir que la llamaría más tarde, o a la mañana siguiente, pero cambió de opinión—. Está bien, hablaré.

Con un «disculpen» a los otros, apretó un botón encendido.

—Hola, Karen.

—Nimrod —dijo Karen sin preámbulos; la voz parecía forzada—, mi padre tiene un problema muy grave. Llamo para saber si puedes ayudar.

—¿Qué problema? —Nim recordó que la noche que él y Karen fueron al concierto, ella había dicho algo muy parecido, pero sin especificar nada.

—Conseguí que mamá me lo dijera. Papá no quería —Karen se calló; él comprendió que hacía un esfuerzo por calmarse. Luego, continuó—: Sabes que mi padre tiene un pequeño negocio de fontanería.

—Sí —Nim recordó que Luther Sloan había hablado de su negocio el día en que se conocieron en el apartamento de Karen. Fue el día en que los padres confiaron luego a Nim la carga de culpa que llevaban por su hija cuadripléjica.

—Bien —dijo Karen—, a papá lo ha interrogado varias veces gente de tu compañía, Nimrod, y ahora también, detectives de la policía.

—¿Interrogado sobre qué?

Nuevamente, Karen vaciló antes de contestar.

—Según mamá, papá ha hecho mucho trabajo para una compañía que se llama «Quayle». Trabajó en cañerías de gas, algo que ver con cañerías que van a los contadores.

—Repíteme el nombre de la compañía —le dijo Nim.

—«Quayle». ¿Te dice algo?

—Sí, me dice algo —dijo Nim despacio, mientras pensaba; parecía casi con

seguridad que Luther Sloan estaba metido en el robo de gas. Aunque Karen no lo sabía, la frase «que van a los contadores» le delataba. Eso y la referencia a «Quayle», los ladrones de energía en gran escala puestos ya en evidencia y aún bajo investigación en el departamento de Harry London. ¿Qué había informado recientemente Harry? «Hay un puñado de casos nuevos, a la par de otros que surgen de la investigación “Quayle”.» A Nim le pareció que Luther Sloan podía estar entre los otros.

La inesperada noticia, con todo lo que implicaba, le deprimió. Suponiendo que su conjetura fuera correcta, ¿por qué lo habría hecho el padre de Karen? Probablemente por la razón de siempre, pensó Nim: Dinero. Luego, se le ocurrió que también podía adivinar adonde había ido a parar el dinero.

—Karen —dijo—, si es lo que pienso, es serio para tu padre y no creo que pueda hacer nada.

Tenía conciencia de la presencia de sus subordinados, que mientras él hablaba le esperaban tratando de fingir que no escuchaban.

—De todos modos, esta noche no puedo hacer nada —dijo Nim por teléfono—. Pero por la mañana veré qué puedo hacer y te llamaré.

Karen estaba apesadumbrada.

—¡Oh, lo siento, Nimrod! No debí haberte molestado.

—No —le aseguró él—. Puedes llamarme en cualquier momento. Y mañana veré si puedo hacer algo.

Cuando volvió a la conversación sobre la crisis del petróleo, Nim trató de concentrarse en lo que se decía, pero varias veces se distrajo. Se preguntaba si la vida que había golpeado tanto a Karen estaría a punto de causarle un nuevo pesar.

13

Una y otra vez, en sueños o despierto, un recuerdo acosaba a Georgos Winslow Archambault.

El recuerdo de un día de verano en Minnesota, poco después de cumplir diez años. Durante las vacaciones escolares había vivido con una familia de granjeros —olvidaba exactamente por qué o cómo—, y un hijo menor de esa familia y Georgos habían ido a cazar ratas en un viejo almacén. Mataron a varias con crueldad, utilizando rastrillos de afiladas púas para ensartarlas, y luego arrinconaron a una rata grande. Georgos recordaba los ojos del animalito, dos cuentas brillantes, cuando se le iban acercando. Desesperada, la rata saltó e hincó los dientes en la mano del otro muchacho, que soltó un grito. Pero la rata sobrevivió solo unos segundos, porque Georgos la tiró al suelo con el rastrillo y le clavó los pinchos en el cuerpo.

Por alguna razón, Georgos siempre recordó el gesto de desafío de la rata ante su fin inevitable.

Ahora, en su escondite de North Castle, se comparó con la rata.

Hacía ya casi ocho semanas que Georgos vivía escondido. Mirando hacia atrás, todo ese tiempo le sorprendía. No había esperado sobrevivir tanto, especialmente después de la publicidad sobre él y los «Amigos de la Libertad» que había seguido a las bombas en el hotel «Christopher Columbus». La descripción de Georgos había circulado ampliamente, y los periódicos y la televisión habían mostrado fotografías suyas encontradas en la casa de la calle Crocker. Sabía, por las noticias, que en el distrito de North Castle y otras partes se había organizado una cacería en gran escala, de la que él era la presa. Desde que se había escondido, Georgos temía diariamente que lo descubrieran, que cercaran el escondite y lo invadieran.

No había ocurrido.

Al principio, con el pasar de las horas y los días, la sensación dominante en Georgos fue la de alivio. Luego, cuando los días se hicieron semanas, comenzó a pensar si no sería posible reorganizar a «Amigos de la Libertad». ¿Podría reclutar más adictos para reemplazar a los muertos, Wayde, Ute y Félix? ¿Podría conseguir dinero, establecer una conexión exterior, que se convirtiera en otro Birdsong? Y con ellos, ¿podría reiniciar la guerra contra el odiado enemigo?

Había acariciado la idea con añoranza e ilusión durante varios días. Después, enfrentando la dura realidad, la abandonó con pena.

No era posible, no había manera de resucitar a los «Amigos de la Libertad», y tampoco de que Georgos sobreviviera. Este regalo de siete semanas constituía un respiro breve, un aplazamiento de lo inevitable; eso era todo.

Georgos sabía que estaba al final del camino.

Lo perseguían todas las fuerzas de seguridad y seguirían persiguiéndole mientras viviera. Su nombre y su cara eran conocidos; había descripciones de sus manos manchadas por productos químicos; era solo una cuestión de tiempo que alguien, en

alguna parte, le reconociera. Carecía de recursos y ayuda; no tenía adonde ir y, lo que era peor, ya casi no le quedaba nada del dinero que había llevado al escondite. En consecuencia, era inevitable que le capturaran, a menos que Georgos eligiera anticiparse y terminar con su vida, desafiándoles a su manera.

Esa era exactamente su intención.

Como la rata que recordaba desde su infancia, haría un último gesto de lucha y, de ser necesario, moriría como había vivido, dañando el sistema que odiaba: haría volar el núcleo esencial de una planta de la «CGS». Había una manera de hacerlo con el máximo de éxito; su plan iba tomando forma.

Se basaba en un atentado que había pensado cometer, ayudado por otros luchadores de la libertad, antes de que Davey Birdsong viniera con su idea de las bombas en la convención del «INE». Ahora Georgos había vuelto al plan original, aunque tendría que llevarlo a la práctica él solo.

Avanzó parte del camino hacia su objetivo cuando corrió un serio riesgo el mismo día que se escondió.

Lo primero que advirtió Georgos ese día, al repasar su situación, fue la necesidad de transporte. Necesitaba ruedas. Había abandonado la camioneta roja —«Servicio de Protección contra Incendios»— porque ya no podía usarla sin que la reconocieran, pero era esencial encontrar un sustituto.

Comprar un vehículo resultaba totalmente impensable. Era demasiado arriesgado y, por otra parte, no le alcanzaba el dinero, porque la mayor parte de las reservas en efectivo de «Amigos de la Libertad» había quedado en la casa de la calle Crocker. De modo que Georgos pensó que la única posibilidad era recuperar su camioneta «Volkswagen»: podía haber sido descubierta por los cerdos y estar bajo vigilancia o no.

Guardaba la camioneta en un garaje particular, no lejos de la calle Crocker. Sabiendo el riesgo que corría y apostando a llegar antes que la policía, Georgos fue hasta el garaje esa misma mañana, caminando lo más posible por las calles laterales.

Llegó sin incidentes, pagó al dueño lo que debía y se llevó la camioneta. Nadie le preguntó nada ni le detuvieron en su camino de regreso a North Castle. A media mañana, el «Volkswagen» estaba a salvo dentro del garaje cerrado, al lado del apartamento.

Envalentonado por el éxito, Georgos se aventuró a salir nuevamente al oscurecer para comprar provisiones y la última edición del *California Examiner*. Por el periódico se enteró de que una periodista llamada Nancy Molineaux había proporcionado una descripción de su «Volkswagen» y de que la policía lo buscaba. El periódico del día siguiente traía más información sobre el tema y revelaba que la policía había visitado el garaje a la media hora de dejarlo Georgos.

Al saber que circulaba una descripción de la camioneta, Georgos se abstuvo de usarla. Ahora la utilizaría solo una vez: para lo que podría ser su última misión.

Recuperar el «Volkswagen» había sido importante por otras razones.

Una era un compartimento secreto en el piso de la camioneta. Allí, convenientemente envueltas en espuma de goma para evitar vibraciones, había una docena de bombas cilíndricas de tiempo.

En la camioneta había también una balsa de goma inflable, bien plegada en un paquete, y un equipo de buceo, que Georgos había comprado en una casa de artículos deportivos, aproximadamente un mes antes de su ocultamiento. Todos esos artículos eran esenciales para el arriesgado golpe que ahora planeaba.

En los días siguientes a la recuperación de la camioneta, Georgos salió del apartamento en algunas ocasiones, pero solo cuando había oscurecido, y cuando compraba comida procuraba no volver al mismo comercio. También llevaba guantes para cubrir sus manos y, en un intento de cambiar algo su aspecto, se había afeitado el bigote.

La información periodística sobre los «Amigos de la Libertad» y el ataque al hotel le resultaban importantes no solo porque le gustaba verse mencionado, sino porque proporcionaban pistas sobre lo que estaban haciendo la policía y el FBI. La camioneta de «Servicio de Protección contra Incendios» encontrada en North Castle fue mencionada varias veces, pero también se conjeturaba que Georgos podía haber salido de la ciudad y estar ya en el este. Un periódico decía que había sido visto en Cincinnati. ¡Bien! Cualquier cosa que distrajera la atención de su escondite real era bienvenida y ayudaba.

Al leer el *Examiner* aquel primer día, le había sorprendido descubrir cuánto sabía sobre sus actividades aquella periodista, Nancy Molineaux. Pero, cuando siguió leyendo, Georgos comprendió que era Yvette la que de alguna manera se había enterado de sus planes y le había traicionado. Sin esa traición, la batalla del hotel «Christopher Columbus» (como ahora la llamaba) hubiera sido una espléndida victoria para los «Amigos de la Libertad», en vez de la humillante derrota en que se había convertido.

Georgos debió haber odiado a Yvette por eso. Por alguna razón, sin embargo, no pudo hacerlo, ni entonces ni más adelante. En cambio, con una debilidad que le avergonzó, la compadeció, lo mismo que la manera en que murió (según decía el periódico) en la Colina Solitaria.

Increíblemente echaba de menos a Yvette, más de lo que hubiera imaginado nunca.

Quizá, pensó Georgos, como le quedaba cada vez menos tiempo, se estaba poniendo sensible y tonto. Si era eso, le tranquilizaba que ninguno de sus camaradas revolucionarios llegara a saberlo.

Otra cosa que habían hecho los periódicos era calar hondo en la historia personal de Georgos. Un periodista emprendedor que localizó el certificado de nacimiento de Georgos en la ciudad de Nueva York, averiguó que era hijo ilegítimo de una exdiva del cine griego y de un playboy americano de nombre Winslow, nieto de un pionero de la industria automovilística.

Todo se iba reuniendo pieza a pieza.

La diva del cine no había querido confesar que tenía un hijo, temerosa de que se destruyera su imagen juvenil. Al playboy no le había importado nada, salvo evitar ataduras y responsabilidades.

De ese modo Georgos fue mantenido oculto; durante su niñez, estuvo a cargo de una serie de padres adoptivos, a ninguno de los cuales quiso. El nombre de Archambault era de una rama de la familia de su madre.

Cuando llegó a los nueve años, Georgos había visto una sola vez a su padre, y a su madre tres. Después no volvió a verles. De pequeño estaba tenazmente decidido a conocer a sus padres, pero ellos estaban igualmente decididos —por razones diferentes, egoístas— a no conocerle.

La madre de Georgos parecía haber tenido más conciencia que el padre. Por lo menos le enviaba fuertes sumas de dinero a través de unos abogados de Atenas, dinero que le permitió estudiar en Yale y obtener el doctorado, y más adelante, financiar a los «Amigos de la Libertad».

La exactriz de cine, ahora lejos de tener el aspecto de una diosa, se declaró asombrada cuando los periodistas le informaron sobre el destino que había tenido su dinero. Pero, paradójicamente, pareció disfrutar con la publicidad que le proporcionaba Georgos, quizá porque vivía en la oscuridad en un apartamento sucio, fuera de Atenas, y bebía abundantemente. También había estado enferma, aunque no quería hablar de eso.

Cuando le describieron las actividades de Georgos en detalle, respondió:

—Eso no es un hijo, es un animal maligno.

Sin embargo, cuando un periodista le preguntó si no creía que por descuidar a Georgos se había hecho responsable de lo que él era ahora, la exactriz le escupió en la cara.

En Manhattan, el envejecido hombre de mundo que era el padre de Georgos, eludió a la prensa durante varios días. Luego, cuando un periodista le encontró en un bar de la calle Cincuenta y Nueve, al principio negó toda relación con la estrella de cine griega, incluso la de ser padre de su hijo. Finalmente, cuando le mostraron las pruebas documentales de su paternidad, se encogió de hombros y declaró:

—El consejo que le doy a la policía es que cuando le vean, disparen… a matar.

Cuando Georgos leyó los comentarios hechos por sus padres, no le sorprendieron, pero acrecentaron su odio contra casi todo.

Y ahora, en la última semana final de abril, Georgos decidió que había llegado el momento de actuar. Pensó que no podía permanecer mucho más tiempo escondido sin que lo descubrieran; solo dos noches atrás, mientras compraba comida en un pequeño supermercado, vio que otro cliente le miraba con más que simple curiosidad. Georgos se había marchado inmediatamente. Además, el impacto inicial de toda la publicidad, y los efectos de la circulación de su fotografía, ya debían haberse moderado un poco.

El plan de Georgos consistía en volar las enormes bombas de refrigeración por

agua de La Mission, la misma planta donde, casi un año atrás, disfrazado de funcionario del «Ejército de Salvación», había colocado la bomba que dañó el generador que los periódicos llamaban «Gran Lil». Había aprendido sobre esas bombas cuando estudió libros de texto sobre la producción de energía para determinar dónde sería más vulnerable la «CGS». También visitó la Escuela de Ingeniería de la Universidad de California, en Berkeley, donde había diseños técnicos de La Mission para conocimiento de los interesados.

Georgos, realista una vez más, sabía que ahora no existía la menor posibilidad de entrar en el edificio principal de La Mission como había logrado hacerlo antes. La planta estaba demasiado vigilada.

Pero con ciertos recursos y algo de suerte llegaría al compartimento de las bombas de refrigeración. Las once grandes y poderosas bombas eran esenciales para el funcionamiento de cinco unidades generadoras, incluyendo a «Gran Lil». Al destruirlas, dejaría fuera de servicio toda la planta generadora durante meses.

Era como cortar un cabo salvavidas.

El mejor acceso era por el río Coyote. La Mission había sido construida directamente junto a la orilla para que la planta pudiera extraer agua para refrigerarse, y luego devolverla al río; así que para llegar hasta él necesitaba el chinchorro de goma.

Luego, utilizaría el equipo de buceo, deporte en el que era experto, porque durante su educación revolucionaria en Cuba se había entrenado en demoliciones bajo el agua.

Georgos había estudiado los mapas y sabía que podía llegar hasta medio kilómetro de La Mission y botar el chinchorro en un lugar solitario. Desde allí, la corriente le ayudaría a bajar por el río. Volver a la camioneta y escapar sería lo más problemático, pero ese punto lo pasó por alto deliberadamente.

Entraría en la sala de bombas por el agua, a través de una parrilla metálica y dos tabiques de tela metálica en los que abriría agujeros; tenía las herramientas para hacerlo. Las bombas cilíndricas «Tovex» las llevaría atadas a la cintura. Una vez dentro, las colocaría en estuches magnéticos sobre las bombas de agua; sencillo y rápido. ¡Era un plan hermoso!, tal como le había parecido desde el principio.

El único problema pendiente era cuándo. Era viernes. Sopesándolo todo, Georgos se decidió por el próximo martes. Saldría de North Castle en cuanto oscureciera, conduciría el «Volkswagen» los sesenta kilómetros hasta La Mission y al llegar botaría el chinchorro inmediatamente.

Una vez tomada la decisión, quedó inquieto. El apartamento, pequeño, tétrico, escasamente amueblado, le hacía sentir claustrofobia, especialmente durante el día, aunque Georgos sabía que sería idiota arriesgarse a salir. En realidad, tenía la intención de quedarse en el apartamento hasta la noche del domingo, cuando sería esencial comprar comida.

Echaba de menos el ejercicio mental de escribir su diario. Pocos días atrás pensó

en la posibilidad de empezar uno nuevo ahora que había perdido el original, capturado por el enemigo. Pero por alguna razón no pudo reunir ni la energía ni el entusiasmo necesarios para empezar a escribir.

Una vez más, como ya había hecho tantas veces, recorrió las tres pequeñas habitaciones del apartamento; un cuarto de estar, un dormitorio y una cocina comedor.

Sobre el mármol de la cocina le llamó la atención un sobre. Contenía una así llamada «encuesta a los usuarios», que había llegado al apartamento por correo una semana atrás, precisamente de Pis y Saliva «Golden State». Iba dirigida a un tal Owen Grainger, lo que no le sorprendió porque fue el nombre que dio al alquilar el apartamento, pagando tres meses por adelantado para evitar preguntas sobre solvencia.

(Georgos siempre pagaba el alquiler y otros recibos puntualmente, enviando el dinero en efectivo por correo. El pago rápido de los recibos era algo de cajón en la técnica terrorista cuando se deseaba pasar desapercibido. Los recibos pendientes atraen la atención y las preguntas inoportunas.)

Uno de los puntos de aquella mierda de encuesta le había enfurecido tanto cuando la leyó, que tiró una taza que tenía en la mano contra la pared más próxima y la hizo añicos. Decía:

> «Luz y Fuerza Golden State» se disculpa, ante sus usuarios, por los inconvenientes derivados de los cobardes ataques a las instalaciones de la compañía por pseudoterroristas de pacotilla que actúan irresponsablemente. Si a usted se le ocurre la manera de poner fin a esos ataques, por favor, díganos lo que piensa.

Allí mismo, Georgos se había sentado a escribir una respuesta fuerte y mordaz, comenzaba:

> *Los terroristas que usted insolentemente describe como de pacotilla, cobardes e ignorantes, no son nada de eso. Son héroes importantes, sabios y dedicados. Ustedes son los ignorantes y a la vez explotadores del pueblo. ¡La justicia les alcanzará! Sepan que habrá sangre y muerte, no meros «inconvenientes» cuando la gloriosa revolución…*

Pronto le había faltado espacio y necesitó otra hoja de papel para completar una respuesta verdaderamente espléndida.

¡Qué lástima que no la había enviado! Había estado a punto de hacerlo durante una de sus excursiones nocturnas, cuando sintió la voz de la prudencia: «¡No lo hagas!» Podría ser una trampa. Así que había dejado el cuestionario contestado donde estaba, sobre el mármol de la cocina.

El sobre todavía estaba abierto, y Georgos sacó la carta. Una vez más vio que lo que había escrito era magistral. ¿Por qué no mandarlo? Después de todo, era anónimo; ya había arrancado y tirado la parte del cuestionario que llevaba el nombre de Owen Grainger y la dirección del apartamento. Incluso eso (Georgos lo vio en seguida) lo había impreso la computadora, con ese sello impersonal de toda correspondencia preparada de ese modo.

Alguien debía leer lo que había escrito. Quienquiera que fuese, recibiría una sorpresa, y eso era bueno. Al mismo tiempo, no dejaría de admirar, aunque de mala gana, la inteligencia del autor.

Georgos tomó otra decisión y cerró el sobre. Lo echaría en un buzón cuando saliera el domingo por la noche.

Volvió a sus paseos y, sin quererlo, volvió a pensar en aquel día tan lejano y en la rata acorralada.

14

Casi en el mismo momento en que Georgos Archambault tomaba la decisión de volar La Mission por segunda vez, Harry London enfrentaba a Nim Goldman.

—¡No! —dijo London—. ¡Maldita sea, no! Ni por ti, Nim, ni por nadie.

—Todo lo que te pido es que tengas en cuenta ciertas circunstancias especiales —dijo Nim pacientemente—. Da la casualidad de que conozco a los Sloan.

Los dos estaban en la oficina de Nim. Harry London, de pie, se inclinó sobre el escritorio que les separaba.

—Quizá tú conozcas a la familia, pero yo conozco el caso. Está todo aquí. ¡Lee! —el jefe de Protección Patrimonial, con la cara enrojecida, dejó caer de golpe el grueso expediente.

—Cálmate, Harry —dijo Nim—. No necesito leer el expediente. Creo en tu palabra de que es un caso de estafa.

Hacía poco que, recordando su promesa de la noche anterior a Karen, Nim había llamado a Harry London por teléfono para averiguar si sabía algo de un caso de robo de electricidad que involucraba a Luther Sloan.

—Vaya sí sé algo —había sido la respuesta.

Cuando Nim reveló su interés personal, London dijo que subía al momento. Ahora insistía:

—Tienes mucha razón; es un caso de estafa. Tu amigo Sloan ha estado alterando contadores, muchos, desde hace más de un año.

—No es amigo mío. La hija es mi amiga —dijo Nim, irritado.

—Una de tus numerosas amiguitas, supongo.

—¡Basta ya, Harry! —Nim también se estaba enfadando—. Karen Sloan es cuadripléjica —le describió a la familia Sloan, cómo los padres ayudaban económicamente a Karen, y cómo Luther Sloan se había endeudado para comprar una camioneta especial para Karen—. Hay algo de lo que estoy seguro. Cualquiera que sea el uso que el padre de Karen dio al dinero, no lo gastó para sí.

—¿Y eso hace aceptable el robo? Claro que no, y tú lo sabes —dijo London, con tono de desprecio.

—Sí, lo sé. Pero seguramente, si existen circunstancias atenuantes, podríamos ser menos duros.

—¿En qué piensas, exactamente?

Nim no hizo caso del tono cáustico.

—Bueno, quizá pudiéramos insistir en que pagara. Que Luther Sloan pague lo que ha robado, dándole tiempo para hacerlo sin denunciarle.

—¿Así que ésa es tu sugerencia? —dijo Harry London con frialdad.

—Así es.

—Nim —dijo London—, nunca pensé que llegaría el día en que tendría que oírte decir lo que acabas de decir.

—¡Por Dios, Harry! ¿Quién sabe qué va a decir o hacer en ciertas situaciones?

—Yo. Y sé lo que te digo ahora: el caso Sloan seguirá su curso; y eso significa que se hará una acusación criminal en los próximos días. A menos, claro, que decidas echarme y hacerlo a tu manera.

—Harry, deja de decir tonterías —dijo Nim, cansado.

Hubo un silencio y, luego, London dijo:

—Nim, estás pensando en Yale, ¿no?

—Sí.

—Estás pensando que Yale no fue castigado por el robo de energía, o por lo menos por haberlo permitido, y, ¿por qué entonces no puede quedar impune Luther Sloan? Estás pensando que hay una ley para la gente importante y otra para el hombre común: el padre de tu amiga. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, es más o menos lo que pensaba —asintió Nim.

—Bueno, tienes razón. Es así y lo he visto otras veces y en otros lugares. Los privilegiados, los poderosos, los que tienen dinero, pueden torcer la ley o conseguir un trato mejor. No siempre, pero lo bastante a menudo como para que la justicia sea desigual. Pero el sistema funciona así y, si bien no me gusta, no es creación mía. Pero también te diré esto: si yo hubiera tenido contra el juez Yale las pruebas irrefutables que tengo contra Luther Sloan, nunca me hubiera echado atrás como lo hice.

—¿Entonces, hay pruebas irrefutables?

—Me parecía que nunca lo ibas a preguntar —dijo London, esbozando una torcida sonrisa.

—Está bien, cuéntame.

—En la organización «Quayle», Luther Sloan era el hombre del gas. Le encargaban la mayor parte de los trabajos, probablemente porque era terriblemente experto. He visto algunos de los que hizo, que fueron muchos; tenemos los detalles en los registros de «Quayle», y las pruebas de su culpabilidad. Algo más; hace un momento has hablado de que Sloan pagara. Bueno, hasta donde podemos calcular, lo de Sloan le ha costado a la «CGS», por servicios no pagados, unos doscientos treinta mil dólares. Y por lo que me dices, posiblemente Sloan no tenga tanto dinero.

Nim levantó las manos.

—Está bien, Harry. Tú ganas.

London movió la cabeza despacio.

—No, no gano. Nadie gana. Ni yo, ni tú, ni la «CGS», ni menos aún Luther Sloan. Sencillamente, cumplo con mi deber tal como se supone que debo hacerlo.

—Y honestamente —dijo Nim—. Quizá más honestamente que nosotros.

Nim sentía lo que acababa de ocurrir entre él y Harry London. Se preguntó si alguna vez volverían a ser amigos como antes. Se inclinaba a dudarlo.

—Nos veremos, supongo —dijo London. Cogió el expediente que había traído y se fue.

Nim pensó que tendría que llamar a Karen para darle la mala noticia. Temía

hacerlo. De todos modos, antes de que pudiera tomar el teléfono se abrió la puerta de la oficina y entró Ray Paulsen.

El vicepresidente ejecutivo de suministro de energía preguntó abruptamente:

—¿Dónde está el presidente?

—Tenía una cita con el dentista —dijo Nim—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Paulsen no tomó en cuenta la pregunta de Nim.

—¿Cuándo vuelve?

—Diría que dentro de una hora —dijo Nim, mirando el reloj.

Paulsen parecía cansado y demacrado, los hombros más encogidos que de costumbre, el pelo y las cejas salientes más grises que un mes atrás. No era para sorprenderse. Todos habían sentido la tensión; Ray Paulsen, debido a sus grandes responsabilidades, tanto como cualquiera.

—Ray —dijo Nim—, permíteme que te diga que tienes muy mal aspecto. ¿Por qué no descansas unos minutos? Siéntate, descansa, te haré traer un café.

Paulsen le miró como si estuviera enfadado y pareció a punto de contestar una grosería. Luego, cambió de expresión abruptamente. Se dejó caer pesadamente en un cómodo sillón de cuero y dijo:

—Hazlo.

Nim llamó a Vicki por el intercomunicador y pidió café para los dos. Luego, dejó el escritorio y se sentó cerca de Paulsen.

—Será mejor que sepas lo que he venido a decirle al presidente —gruñó Paulsen —. Hemos perdido a «Gran Lil».

Nim perdió la calma.

—¿Que hemos perdido qué?

—Ya me has oído la primera vez —estalló Paulsen.

—¡Hemos perdido a «Gran Lil»! —repitió Nim—. ¿Durante cuánto tiempo?

—Por lo menos cuatro meses. Más seguro seis.

Llamaron a la puerta y entró Vicki con dos tazas de café.

Mientras las ponía sobre la mesa, Nim se levantó y comenzó a caminar inquieto. Ahora comprendía la aflicción de Paulsen y la compartía; «Gran Lil», La Mission N.° 5, la planta más grande del sistema, suministraba un millón y cuarto de kilovatios, el seis por ciento de la producción de la «CGS». En todo momento, la puesta fuera de servicio de «Gran Lil» crearía problemas serios, como quedó demostrado cuando la bomba de julio del año pasado. En las circunstancias actuales, era una calamidad.

—¡La gente! —explotó Paulsen—. ¡Estúpidos hijos de perra! Uno cree haber pensado en todo, haber explicado todo con claridad, y un payaso incompetente echa todo por tierra —tomó una taza de café y bebió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nim.

—Tuvimos a «Gran Lil» fuera de servicio durante una semana para mantenimiento —dijo Paulsen—; eso lo sabías.

—Sí. Volvía a entrar en funcionamiento hoy.

—Así debía ser. Si no fuera por el maldito operador —Paulsen se golpeó una palma con el puño—. Le despellejaría vivo.

Enfadado, triste, entró en los lamentables detalles.

Cuando se pone a funcionar un generador a vapor enorme, alimentado a petróleo, como «Gran Lil», el procedimiento es complejo y preciso. Un operador, que trabaja desde una sala de control con una multitud de instrumentos que lo guían, está entrenado para seguir las instrucciones cuidadosamente, paso a paso. Se le proporciona una lista de verificaciones y se prohíbe todo apresuramiento indebido. Normalmente, todo el procedimiento requiere varias horas.

En el caso de «Gran Lil», como en el de cualquier otro generador similar, se hace funcionar primero la caldera que proporciona el vapor. A varias alturas en la caldera, hay, formando círculos, grupos de quemadores que esparcen combustible atomizado. El operador los enciende desde su puesto en la sala de control, nivel por nivel, comenzando desde abajo. Por razones de seguridad, antes de encender un nivel más alto, el inmediato inferior debe estar ardiendo.

Ese día el operador no verificó los instrumentos y pensó que el nivel inferior estaba encendido. No lo estaba. Al encenderse los sucesivos niveles de quemadores, el primero inferior continuó echando petróleo sin quemar, que acumuló en el fondo de la caldera. Por fin, el petróleo y el vapor acumulado explotaron.

—Creía que había un sistema de seguridad… —empezó Nim.

—¡Demonios! Claro que lo hay —parecía que Paulsen estaba a punto de llorar—. Está ahí para evitar que ocurra exactamente lo que ocurrió. Pero ¿querrás creerlo? El imbécil del operador lo anuló manualmente. Dice que quiso hacer entrar la unidad en funcionamiento más pronto.

—¡Por Dios! —Nim comprendía la furia y frustración de Paulsen. Preguntó—: ¿Qué daños causó la explosión?

—Bastante, la estructura interna de la caldera, buena parte de los conductos y el tubo, más de la mitad de las cañerías de la pantalla de agua.

Nim silbó bajito. Lo sentía por Paulsen, pero sabía que era inútil decirle nada. También comprendía que un cálculo de cuatro meses para las reparaciones era optimista.

—Esto lo cambia todo, Ray —dijo Nim—, especialmente en cuanto a los cortes rotativos.

—¡Como si no lo supiera!

Nim repasaba problemas y logística mentalmente. Aunque «Gran Lil» quemaba petróleo y podía ser víctima del embargo de la OPEP, era, con mucho, el generador a petróleo más económico que tenía la empresa. Ahora, la producción de «Gran Lil» quedaría a cargo de otras unidades que quemarían más combustible. Así, repentinamente, las reservas totales de petróleo de la «CGS» representaban bastante menos energía eléctrica que antes.

Entonces, aún más que antes, todas las existencias de petróleo deberían ser

utilizadas con cautela, racionadas estrictamente.

—Los cortes deberían comenzar en los próximos días —dijo Nim.

—Estoy de acuerdo —asintió Paulsen, y se levantó para irse.

—Ray —dijo Nim—, te avisaré en cuanto llegue el presidente.

—Mi consejo —dijo Nim en una reunión convocada apresuradamente el viernes por la tarde—, es que comencemos los cortes el lunes.

—¡Es demasiado pronto! —Teresa van Buren protestó—. Ya hemos anunciado que no comenzarían hasta la semana que viene o la próxima. Ahora dice que los adelantará diez días. Debemos informar a los usuarios con más anticipación.

—¡Al demonio con los informes! —estalló Paulsen—. Se trata de una crisis.

Con una mezcla de humor y amargura, Nim pensó que, por una vez, él y Paulsen estaban de acuerdo, alineados contra los demás.

Eran cinco, sentados alrededor de la mesa de reuniones en las oficinas del presidente: J. Eric Humphrey, Paulsen, Van Buren, Nim y Oscar O'Brien. Habían llamado al consejero general para considerar las implicaciones legales de los apagones.

Antes de esta reunión, Nim había realizado otras con los jefes de departamentos para conocer las últimas cifras sobre las existencias de petróleo en la «CGS». Mostraban que las reservas disminuían más rápidamente de lo previsto, probablemente debido al calor inusual de esos días y la gran utilización de los acondicionadores de aire.

Nim también había llamado por teléfono a un abogado cabildero de Washington, que representaba a la «CGS» en el Congreso. Su informe fue: ningún progreso, y sin esperanzas de que lo hubiera, en las estancadas negociaciones entre los Estados Unidos y la OPEP. El abogado agregó: «Por aquí se habla de una nueva moneda, un dólar externo con respaldo oro, para satisfacer a la OPEP. Pero son solo palabras, no basta para solucionar el problema del petróleo.»

Nim había comunicado esa información de Washington al presidente y a los demás.

—Estoy de acuerdo con Tess —dijo Oscar O'Brien— en que deberíamos avisar con mayor anticipación sobre los cortes.

Eric Humphrey preguntó:

—¿Qué les parece si lo postergamos hasta el próximo miércoles y comenzamos los cortes entonces? Son cinco días en los que la gente podría prepararse.

Después de discutirlo un poco más, aceptaron como fecha el miércoles.

—Convocaré una conferencia de prensa inmediatamente —dijo Van Buren. Se dirigió a Nim—. ¿Puede estar disponible dentro de una hora?

—Sí —asintió él.

Durante el resto del día se mantuvo el mismo ritmo frenético.

En medio del ajetreo de las decisiones y conferencias, Nim postergó su prometida llamada a Karen, y solo el viernes, al finalizar la tarde, tuvo tiempo para telefonearle.

Josie contestó primero y luego Karen se puso al aparato. Él sabía que tendría la cinta especial, con auricular, micrófono y un microcomputador pegado a la cabeza, lo que le permitía hablar por teléfono sin ayuda, si así lo deseaba. Por un acuerdo con la compañía de teléfonos, Karen podía llamar a la operadora directamente, y ella le marcaba el número que quería.

—Karen —le dijo Nim—, te llamo por lo de tu padre. He hecho algunas averiguaciones para ver si podía hacer algo, pero lamento decirte que no hay nada que yo pueda hacer. Lo que está ocurriendo ha avanzado demasiado —y añadió, con la esperanza de que no sonara mal—: Lo siento.

—Yo también —dijo Karen, y él captó su aflicción—. Pero te agradezco que lo intentaras, Nimrod.

—El único consejo que puedo darte —le dijo él—, es que tu padre se consiga un buen abogado.

Hubo un silencio y luego ella preguntó:

—¿Es realmente tan serio?

No le pareció que tuviera sentido mentir.

—Sí, temo que sí —Nim decidió no mencionar la afirmación de Harry London de que en los próximos días se haría la denuncia criminal, ni el cálculo de London sobre la pérdida de doscientos treinta mil dólares sufrida por la «CGS». Las dos cosas se conocerían muy pronto.

—Lo extraño —dijo Karen—, es que siempre consideré a mi papá como la persona más honesta que conozco.

—Bueno —aceptó Nim—, no es que pretenda disculpar a tu padre. Pero supongo que a veces ciertas presiones cambian a la gente. De todos modos, estoy seguro que en el juicio tendrán en cuenta por qué lo hizo.

—Pero no tenía por qué hacerlo, eso es lo trágico. Claro que he disfrutado con las cosas que mis padres hicieron posibles con dinero, incluyendo a *Humperdinck*. Pero me hubiera arreglado sin ellas.

Nim no se sintió capaz de explicarle a Karen que era obvio que su padre había encontrado en ello una manera de expiar parte de su sentimiento de culpa. Era algo que un psicólogo o el tribunal, o quizás ambos, tendrían que resolver y juzgar. En cambio, Nim preguntó:

—¿Sigues teniendo a *Humperdinck*?

—Sí; pese a lo que está ocurriendo, todavía no me han quitado a *Humperdinck*.

—Me alegro —le dijo él—, porque la semana que viene necesitarás la camioneta —y le explicó la nueva programación de apagones rotativos que comenzarían a partir del miércoles—. En tu zona cortarán la energía el miércoles a las tres, y el apagón

durará por lo menos tres horas. Así que, para estar segura, deberías ir al hospital «Redwood» durante la mañana.

—Josie me llevará —dijo Karen.

—Si hay algún cambio —le dijo Nim—, te avisaré. También hablaremos de los apagones que seguirán. Ah, de paso, me ocupé del generador de emergencia del «Redwood Grove». Funciona bien y el depósito de combustible está lleno.

—Es realmente maravilloso —dijo Karen, con un destello de su animación habitual— que la cuiden a una tanto.

15

—Realmente —observó Ruth Goldman, hojeando la edición dominical del *Chronicle-West*—, creo que la gente comienza a afrontar la realidad de la crisis eléctrica.

—Si hubieran escuchado a papaíto —dijo Benjy—, lo hubieran hecho antes.

Los otros tres, Ruth, Nim y Leah, rieron.

—Gracias —dijo Nim—, aprecio tu lealtad.

—Lo que significa especialmente que has sido reivindicado —añadió Leah.

—¡Vaya! —dijo Ruth—, tu curso de vocabulario está rindiendo frutos.

Leah se ruborizó de placer.

Era el domingo por la mañana y la familia se había reunido en el dormitorio de Nim y Ruth. Ruth todavía estaba en la cama y acababa de tomar el desayuno que Nim le había llevado en una bandeja. Nim se había levantado temprano para preparar huevos pochés sobre picadillo de *comed beef*, plato favorito de la familia.

Hacía dos días que Ruth había venido desde Nueva York después de su segunda visita para el tratamiento en el Instituto Sloan-Kettering. A la vuelta parecía pálida, y todavía lo estaba, y ojerosa. Confesó haber sentido algún dolor como efecto secundario, como había ocurrido en la primera ocasión, y era evidente que estaba cansada.

Todavía era demasiado pronto para saber cuál sería el efecto del tratamiento; volvería a Nueva York dentro de tres semanas. Sin embargo, Ruth les informó con optimismo que los médicos con los que había conversado tenían «muchas esperanzas».

Nim le habló de los cortes rotativos inminentes, y de que su propia casa se vería afectada a partir del miércoles.

Típicamente, Ruth había dicho:

—No hay problema. Planearemos todo con tiempo, y nos arreglaremos.

Durante un tiempo, la madre de Ruth, Rachel, vendría varias veces por semana para ayudar en los trabajos de la casa y permitir descansar a Ruth.

—Escuchad esto —Ruth había llegado a la página de editoriales del *Chronicle-West* y empezó a leer en voz alta:

LUCHA POR LA ENERGÍA ELÉCTRICA

> Este periódico, que trata de ser honesto y directo en sus opiniones, admite que debe revisar algunas de las que sostuvo en el pasado.
>
> Como muchos otros, nos opusimos al incremento de la energía eléctrica producida en plantas nucleares. Preocupados por la contaminación, nos alineamos con quienes se oponen a las plantas eléctricas a carbón. Hemos apoyado a grupos que defendían la conservación de la vida salvaje y se oponían a la construcción de más presas para proyectos hidroeléctricos, porque dañarían el mundo animal, especialmente los peces. Manifestamos dudas acerca de los permisos para más plantas eléctricas geotérmicas, en el temor de que dañaran la economía de las zonas turísticas ya establecidas.

No pedimos disculpas por ninguna de esas actitudes. Representaban y representan nuestras convicciones en ciertas materias.

Pero, como posición general, para ser justos nos vemos obligados a estar de acuerdo con las compañías de energía eléctrica de California, que argumentan que se les han atado las manos y a la vez se les exige lo que está más allá de sus posibilidades.

En vez de llegar a un acuerdo a través de concesiones mutuas, como debe hacerse en una sociedad civilizada, hemos dicho «no» a casi todo.

Recordémoslo cuando se apaguen las luces el próximo miércoles.

Quizá merecemos lo que nos pasa. Tanto si es así como si no, ha llegado el momento de replantear seriamente algunas opiniones que sostenemos desde hace tiempo, nuestras y de otros.

—¡Toma! —declaró Ruth dejando el periódico—. ¿Qué pensáis de todo esto?

—Creo que deberían haber mencionado a papaíto —dijo Benjy.

Ruth le alborotó el cabello cariñosamente.

—Está bien escrito —dijo Nim—. Desgraciadamente, eso es todo. Y, además, llega con cinco años de retraso.

—No me importa —dijo Ruth—. Supongo que debería importarme, pero no. Lo único que me importa por ahora es estar en casa y quereros a todos.

Por la tarde, pese a ser domingo, Nim fue a la «CGS» y a su oficina. Había allí mucha actividad y muchas cosas que resolver. En cierto modo, con los cortes programados que comenzarían dentro de tres días, la empresa entraba en territorio nuevo e inexplorado. Como dijo el jefe de suministro cuando Nim fue al Control Central de Energía:

—Pensamos que todo saldrá bien y, en la medida de lo posible, nos hemos asegurado de que así sea. Pero siempre está el factor «i», lo inesperado, señor Goldman. Lo he visto estropear las cosas demasiadas veces para creer que no puede aparecer en cualquier parte y en cualquier momento.

—Ya nos han pasado unas cuantas cosas inesperadas —señaló Nim.

—Siempre hay lugar para una más, señor; a veces para dos —dijo el jefe de suministro jovialmente—. Por lo menos así lo veo Yo…

Camino de su casa, Nim se preguntó cómo sería la próxima semana y qué ocurriría con el factor «i» del jefe de suministro.

Una o dos horas después que Nim volviera a su casa, Georgos Archambault se aventuró a salir de su apartamento en North Castle. Ahora que el día de la acción, el martes, estaba tan cerca, Georgos se sentía más nervioso e inquieto que nunca desde que vivía escondido. Presentía alguien que le vigilaba o le seguía a la vuelta de cada esquina y en cada sombra. Pero resultó ser solo su imaginación. Consiguió comida sin dificultad en una tienda y compró lo suficiente para que le alcanzara hasta su partida para La Mission la noche del martes.

También compró los periódicos del domingo y echó al correo el sobre con la estúpida encuesta de Pis y Saliva «Golden State». Georgos vaciló brevemente ante el

buzón, dudando si después de todo debía enviarlo. Pero al verificar que ya habían retirado la correspondencia del domingo y que no volverían hasta el lunes a media mañana, dejó caer el sobre dentro.

16

El lunes fue un día relativamente más tranquilo. Las primeras horas del martes no lo fueron.

La naturaleza, como si conspirara para molestar a la «CGS» en un mal momento, montó su propia ofensiva contra las instalaciones geotérmicas de la empresa en las montañas de Sevilla Country.

En la profundidad de la tierra —por debajo de «Viejo Bandido», el pozo que una vez estallara incontrolado y que jamás pudo ser cegado totalmente— un hundimiento de roca y subsuelo liberó más vapor geotérmico a gran presión. El vapor se lanzó a la superficie con la fuerza de veinte locomotoras. Luego, en una exhibición espectacular que rivalizó con el Infierno de Dante, barro caliente, piedras y rocas fueron lanzados al aire con fuerza apocalíptica.

Obedeciendo a otro fenómeno natural —todo lo que asciende, desciende—, las toneladas de detritos salpicaron una gran parte de las instalaciones.

Por pura suerte, el estallido tuvo lugar a las dos de la madrugada, cuando había solo un puñado de gente trabajando, y todos bajo techo. En consecuencia, no hubo víctimas ni heridos, algo que habría ocurrido fatalmente si el estallido hubiera tenido lugar de día.

Sin embargo, el área de conmutadores y transformadores del yacimiento geotérmico tuvo menos suerte. Estaba totalmente cubierto por una gruesa capa de barro húmedo, lo mismo que las líneas de transmisión. Como el barro es buen conductor, produjo un terrible cortocircuito que cortó instantáneamente el flujo de energía de todos los generadores geotérmicos al sistema de transmisión de la «CGS».

El daño no fue grande ni duradero. Podía repararse con un trabajo de limpieza total que llevaría dos días. En cuanto a «Viejo Bandido», una vez cumplida la travesura, volvió a su humear de modo esporádico e inocuo, como una olla puesta al fuego.

Pero durante cuarenta y ocho horas, hasta que terminaran con la limpieza, la «CGS» se vería privada de los setecientos mil kilovatios que producía su fuente geotérmica, usualmente segura, y tendría que encontrar una cantidad equivalente de energía por otra parte. La única manera de hacerlo era poner en funcionamiento más generadores a petróleo, con lo que reduciría aún más la preciosa reserva de este combustible.

Y otro signo de interrogación colgaba sobre las operaciones del martes.

Debido a la época del año, de los más de doscientos generadores de la compañía, un número inusualmente grande estaba fuera de servicio y en mantenimiento; se los preparaba para el período de carga máxima del verano. Con la abrupta avería de «Gran Lil» cuatro días atrás, y ahora de todos los yacimientos geotérmicos, la capacidad productora total de la «CGS», aun sin considerar la escasez de petróleo, se vería presionada al máximo durante los dos días próximos.

Nim se enteró del accidente de la geotérmica y de la posible escasez de energía al llegar a la «CGS» la mañana del martes.

Su primer pensamiento fue: «Qué extraño que el factor “i” —lo inesperado— del jefe de suministro haya interferido exactamente tal como él dijo que podría ocurrir.» Y concluyó que hasta que la geotérmica funcionara de nuevo, la «CGS» no podría soportar y absorber otro episodio provocado por el factor «i».

Eso le decidió a telefonear a Karen Sloan antes de comenzar a trabajar.

—Karen —dijo Nim cuando ella atendió—, lo tienes todo arreglado para ir al hospital Redwood Grove mañana, ¿verdad?

—Sí —contestó ella—, estaré mucho antes del corte de la tarde.

—Preferiría que fueras hoy —le dijo—, ¿podrías?

—Sí, claro. Nimrod. Pero ¿por qué?

—Tenemos algunos problemas que no esperábamos, y es posible que haya un corte de energía no programado. Quizá no ocurra, en realidad probablemente no, pero estaría más tranquilo si estuvieras en el hospital, cerca del generador de urgencia.

—¿Quieres decir que debería ir ahora?

—Bueno, lo más pronto que puedas. Es solo una precaución exagerada.

—Está bien —dijo Karen—. Josie está aquí, así que nos prepararemos. Y, Nimrod…

—¿Sí?

—Pareces cansado.

—Lo estoy —confesó él—. Supongo que todos lo están aquí.

No lo estamos pasando muy bien últimamente.

—Cuídate —le dijo ella—. Y, querido Nimrod… ¡Dios te bendiga!

Al cortar recordó otra cosa y marcó el número de su casa. Contestó Ruth. Le contó lo del «Viejo Bandido» y el cortocircuito, y las dudas sobre la capacidad productiva de la «CGS» en la emergencia.

Ella dijo comprensiva:

—Las cosas parecen ocurrir todas de golpe.

—Supongo que así es la vida. De todos modos, con todo esto y los cortes rotativos que empiezan mañana, será mejor que no vaya a casa esta noche. Dormiré en un catre en la oficina.

—Comprendo —dijo Ruth—, pero no dejes de tomarte un descanso, y recuerda que los niños y yo te necesitamos mucho tiempo.

Prometió ambas cosas.

El personal especial reunido para procesar la encuesta de usuarios en North Castle había sido enteramente dispersado dos semanas atrás. La habitación del sótano a la

que habían llegado a torrentes los cuestionarios devueltos, tenía ahora otro destino.

Esporádicamente, llegaban algunos cuestionarios con sus respuestas. Uno o dos por día, o ninguno.

La oficina de correspondencia los enviaba a Elsie Young, una mujer mayor, secretaria de Relaciones Públicas, que había formado parte de aquel personal especial, pero que había vuelto a sus tareas habituales. Dejaban los cuestionarios en sus sobres característicos con franqueo pagado sobre su escritorio, y cuando ella tenía tiempo y ganas, los abría y los recorría, comparándolos siempre con una muestra de la caligrafía del diario de Georgos Archambault.

La señorita Young esperaba que esas malditas cartas dejaran de llegar pronto. Las encontraba aburridas, una pérdida de tiempo y un estorbo para trabajos más interesantes.

El martes, a media mañana, Elsie Young observó que un mensajero había dejado caer uno de los sobres de la encuesta en la bandeja de «entradas», junto con un buen montón de correspondencia interior de la oficina. Decidió ocuparse de ésta primero.

Segundos después de cortar su conversación con Nim tocando el conmutador con la frente, Karen recordó algo que había olvidado decirle.

Ella y Josie habían planeado ir de compras esa mañana. Pensó: ¿hacer las compras y luego ir al «Redwood Grove», o dejar las compras e ir al hospital ya?

Karen estuvo a punto de llamar a Nim y pedirle consejo; luego recordó su voz tensa y las presiones bajo las que trabajaba. Lo decidiría sola.

¿Qué había dicho de un posible corte antes de los programados a partir de mañana? «Quizá no ocurra, en realidad probablemente no…» Y luego: «Es solo una precaución exagerada.»

Bueno…, ¡era obvio! Lo sensato era ir de compras primero, algo que le gustaba tanto a Karen como a Josie. Volverían en un momento y saldrían luego para «Redwood Grove». Llegarían por la tarde temprano, quizás antes.

—Josie querida —dijo Karen en dirección a la cocina—. Acaba de llamar Nimrod; si vienes te contaré nuestros nuevos planes.

Georgos Archambault tenía un cierto instinto animal para el peligro. En otras ocasiones le había sido útil y había aprendido a confiar en él. El martes, cerca de mediodía, mientras recorría nerviosamente el limitado apartamento de North Castle, le advirtió que el peligro estaba cerca.

Un problema crucial: ¿Debía obedecer a su instinto y, confiando en la suerte, salir inmediatamente para llegar a las bombas refrigerantes de La Mission que se proponía destruir? ¿O desobedecer a su instinto y esperar la oscuridad para salir, como había planeado en un principio?

Otra cuestión igualmente importante: su instinto en esta ocasión ¿era genuino o producto de un nerviosismo extremo?

Georgos se sentía indeciso mientras debatía los pros y los contras. Se proponía hacer el último tramo bajo el agua para llegar a la planta de La Mission. Por lo tanto, si podía llegar sano y salvo al río, y a distancia razonable de la planta, se sumergiría, y de ahí en adelante las posibilidades de que le vieran eran mínimas, aun a la luz del día. En realidad, la luz del día filtrándose en el agua le ayudaría a localizar el lugar por donde entrar, más fácilmente que si hubiera una oscuridad total.

Pero, ¿podría botar el chinchorro y meterse adentro con el equipo puesto para sumergirse sin que le vieran? Aunque el lugar que había elegido para echarse al agua, a medio kilómetro de La Mission, usualmente estaba desierto, cabía la posibilidad de que alguien le viera, especialmente de día. Georgos pensó que podía correr ese riesgo.

El riesgo verdaderamente grande era viajar durante el día en el «Volkswagen» por North Castle y luego hasta La Mission, otros sesenta kilómetros. La policía y las patrullas de carretera tenían una descripción de la camioneta, y sin duda conocían el número de matrícula. Si le descubrían, no tendría manera de escapar. Pero también hacía ya ocho semanas que se había hecho circular la descripción, y los cerdos quizá la hubieran olvidado, o no estuvieran atentos. Otra cosa en su favor: había muchos «Volkswagen» desvencijados por ahí, y uno más no llamaría la atención.

De todas maneras, Georgos juzgó que iniciar ahora los primeros movimientos constituiría de por sí un alto riesgo.

Continuó caminando y pensando, y en un momento cambió de opinión súbitamente. Confiaría en su instinto en cuanto al peligro. ¡La decisión era partir en seguida!

Georgos salió del apartamento y fue al garaje contiguo. Allí comenzó a hacer lo que había planeado para esa noche: verificar el equipo cuidadosamente antes de partir.

Sin embargo se dio prisa; la sensación de peligro subsistía.

17

—Hay una llamada telefónica para usted, señora Van Buren —le avisó una camarera—, y me han dicho que es importante.

—Todos creen que su llamada es importante —rezongó la directora de Relaciones Públicas—, y la mayoría de las veces se equivocan de medio a medio.

Pero se levantó de la mesa, en el comedor de funcionarios de la «CGS», donde almorzaba con J. Eric Humphrey y Nim Goldman, y salió para hablar por teléfono.

Un minuto o dos después estaba de regreso con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Ha llegado una respuesta a la encuesta de usuarios y coincide con la caligrafía de Archambault. Una estúpida de mi departamento la retuvo toda la mañana. Le dije que la veríamos allí.

—Que venga Sharlett —dijo Eric Humphrey, levantándose de la mesa—. Que deje el almuerzo —la vicepresidente ejecutiva de finanzas estaba en una mesa cerca de ellos.

Mientras Van Buren cumplía la indicación, Nim llamó por teléfono a Harry London. El jefe de Propiedad Patrimonial estaba en su oficina, y cuando se enteró de lo que ocurría, dijo que él también iba al centro de cálculo.

Nim sabía que Oscar O'Brien, el otro miembro del «grupo de pensamiento», no estaba en la ciudad.

Se unió a los demás —el presidente, Sharlett Underhill y Van Buren— en el ascensor frente al comedor.

Pasaron por las formalidades de seguridad de rutina para entrar al Centro de Cálculo. Luego, los cuatro y Harry London se reunieron alrededor de una mesa mientras Teresa van Buren abría el sobre y una muestra de la caligrafía fotografiada que una contrita Elsie Young le acababa de entregar.

Eric Humphrey expresó lo que era obvio para todos.

—No cabe duda de que se trata de la misma caligrafía. Absolutamente ninguna duda.

Aunque la hubiera, pensó Nim, lo escrito delataba al autor.

> *«Los terroristas que ustedes insolentemente describe como de pacotilla, cobardes e ignorantes, no son nada de eso. Son héroes importantes, sabios y dedicados. Ustedes son los ignorantes y a la vez explotadores del pueblo. ¡La justicia les alcanzará! Sepan que habrá sangre y muerte…»*

—¿Por qué demonios —le dijo Harry London a nadie en particular— tardó tanto?

Sharlett Underhill tendió una mano.

—Deme eso.

Van Buren le alcanzó el cuestionario y la jefe de finanzas lo llevó a la lámpara portátil de «luz negra». La señora Underhill encendió la luz y colocó el cuestionario bajo la lámpara. En la parte superior de la hoja apareció el número «9386».

Con los otros, se dirigió al tablero terminal de una computadora, con una pantalla de rayos catódicos encima, y se sentó.

Primero la señora Underhill dio su código personal: 44SHAUND. (Eran su edad y las primeras sílabas de sus nombres.)

La pantalla indicó instantáneamente: LISTO. PREGUNTE.

Escribió el nombre del proyecto, ENCUESTA NORTH CASTLE, seguido del código secreto (que solo ella y otra persona conocían), que liberaría toda la información esperada. En la pantalla aparecieron las palabras ENCUESTA NORTH CASTLE; no así el código secreto; precaución de la computadora para evitar que los demás que observaban lo memorizaran.

Inmediatamente la computadora indicó:

NUMERO DE CUESTIONARIO.

Sharlett Underhill escribió:

9386.

La pantalla respondió:

OWEN GRAINGER

Calle Wexham, n.° 12, apartamento E

Siguió el nombre de la ciudad y el número de código postal.

—Lo tengo —dijo Harry London. Ya corría a un teléfono.

Al cabo de un poco más de una hora, Harry London se unió a Eric Humphrey y Nim, que estaban en el despacho del primero.

—Archambault se ha fugado —dijo London—. Si esta mujer hubiera abierto el sobre cuando llegó esta mañana…

Humphrey dijo secamente:

—Las recriminaciones no solucionan nada. ¿Qué ha encontrado la policía en esa dirección?

—Una pista fresca, señor. Según un vecino, un hombre al que ya había visto algunas veces se fue en un «Volkswagen» media hora antes de que llegara la policía. La policía ha radiado un comunicado de alerta sobre la camioneta, y vigilan el edificio por si vuelve. Pero —London se encogió de hombros—, no es la primera vez que ese Archambault se les escapa de las manos.

—Debe estar desesperado —dijo Nim.

Eric Humphrey asintió.

—Estaba pensando lo mismo —reflexionó unos instantes y luego le dijo a Nim —: Quiero que inmediatamente se dé una orden de alarma a todos nuestros gerentes de planta y personal de seguridad. Denles un informe sobre lo sucedido y repitan la descripción de Archambault; consigan también la descripción del vehículo. Den instrucciones a nuestra gente de aumentar la vigilancia e informar sobre cualquier cosa sospechosa o inusual. Ya hemos sido blanco de ese hombre. Quizá decida atacar de nuevo.

—Me ocuparé de eso en seguida —dijo Nim mientras pensaba: «¿No hay límites

a lo que puede ocurrir en un día?»

Georgos silbó una tonadilla, sintiendo que era su día de suerte.

Hacía una hora y cuarto que conducía y estaba casi en el lugar, cerca de La Mission, donde había planeado echar el chinchorro al agua. Su «Volkswagen», al parecer, no había llamado la atención, en parte quizá porque había conducido con cuidado, respetando las normas del tráfico y de velocidad. También había evitado las carreteras donde habría podido encontrar un coche patrulla de tráfico.

Iba por un camino de grava, con su primer objetivo a menos de un kilómetro y medio de distancia.

Pocos minutos después alcanzó a ver el río Coyote a través de la espesa maleza y los árboles que lo bordeaban en esa zona. En el lugar que había elegido, el río era ancho; pronto lo vio mucho mejor. Se detuvo donde terminaba el camino de grava a unos veinte metros de la orilla.

Para alivio de Georgos, no había vehículos ni gente a la vista.

Comenzó a descargar el chinchorro y los pertrechos, y los llevó hasta el río en una media docena de viajes, cada vez más entusiasmado y contento.

En el primer viaje sacó el chinchorro de su envoltorio y lo infló con el inflador que venía en el paquete. No tuvo problemas. Luego lo empujó al agua, lo amarró a un árbol y cargó los pertrechos. Había una botella de aire comprimido con regulador y provisión de aire para una hora, una máscara, aletas, un tubo para nadar cerca de la superficie, una linterna sumergible, un cinturón de red, un globo inflado con un cartucho de anhídrido carbónico para proporcionarle flotabilidad pese a la carga que transportaba, una cortadora de metales hidráulica y una cortadora de alambre.

Por último, Georgos cargó las bombas cilíndricas «Tovex». Había traído ocho, cada una de cinco libras de peso, y las transportaría atadas al cinturón de red. Comprendió que ocho bombas era todo lo que podía llevar; si intentaba llevar más se exponía a un fracaso. Alcanzaría para destruir ocho de las once bombas de agua; con eso, la mayoría, si no todos, los generadores de La Mission quedarían fuera de servicio.

Georgos había lamentado en cierto modo leer en los periódicos del domingo que el quinto generador de La Mission, el que llamaban «Gran Lil», se había dañado y que la reparación llevaría varios meses. Bueno, quizá después de lo de hoy serían varios meses más.

Cuando todo estuvo cargado en el bote, Georgos, que ya se había quitado la ropa para ponerse el equipo de buceo, desató el cabo de amarre y subió a bordo. En seguida el bote se alejó de la orilla y comenzó a moverse suavemente río abajo. Traía un pequeño remo, que utilizó.

El día era cálido y soleado; en otras circunstancias, una excursión por el río hubiera sido un placer. Pero ahora no tenía tiempo para disfrutar.

Manteniéndose bastante cerca de la orilla, vigilaba la posible presencia de otra gente. Hasta ahora no había visto a nadie. Había otros botes distantes, bastante lejos río abajo, demasiado lejos para que alguien le viera.

En menos de diez minutos divisó al frente la planta La Mission, con sus altas chimeneas y el gran edificio funcional que alojaba las calderas y los generadores de turbina. En otros cinco minutos decidió que estaba suficientemente cerca y se dirigió a la costa. Encontró una pequeña caleta de poca profundidad. Al llegar, saltó del bote y, arrastrándolo, ató de nuevo el cabo a un árbol.

Se colocó la botella, la máscara, el tubo, el cinturón y las aletas, y se aseguró el resto de la carga. Cuando todo estuvo en su lugar, echó una última mirada a su alrededor, y vadeó hasta el medio del río. A los pocos minutos se sumergió en el agua profunda y comenzó a nadar, tres metros por debajo de la superficie. Ya había ubicado su objetivo: el compartimento de bombas de la planta, una alargada estructura de cemento que se internaba en el río.

Georgos sabía que el compartimento de las bombas tenía dos niveles. Uno, sobre el agua y accesible desde otras partes de la planta, donde estaban los motores eléctricos que hacían funcionar las bombas. El otro, en su mayor parte bajo el agua, alojaba las bombas. Intentaría entrar en este segundo nivel.

Mientras avanzaba, salió a la superficie dos veces rápidamente para comprobar su posición, sumergiéndose luego para ocultarse. Pronto se vio detenido en su avance por una pared de hormigón; había llegado a la sala de bombas. Tanteando el camino, buscó la reja metálica a través de la que debería abrirse paso. Casi en seguida se sintió guiado por la succión del agua.

La reja servía para evitar que el agua arrastrara objetos grandes que dañarían las bombas. Detrás de las rejas había un tamiz de tela metálica con la forma de un gran cilindro horizontal. El cilindro retenía los residuos menores, y de vez en cuando lo hacían girar para limpiarlo.

Georgos comenzó a trabajar en la reja con la cortadora hidráulica de metales, una herramienta sólida de unos cuarenta y cinco centímetros de longitud y muy apreciada por los buscadores de tesoros submarinos. Pronto completó un gran círculo y pudo arrancar las barras de metal. La parte cortada cayó en el lecho del río. No tenía dificultades para ver. La luz del día llegaba abundante desde arriba.

Llegó así al cilindro de tela metálica. Georgos sabía que tendría que cortarlo desde fuera, entrar en él y volver a cortar en el otro lado para llegar al compartimento de las bombas. La distancia entre los dos orificios —el diámetro del cilindro— sería de unos tres metros y medio.

Empezó a cortar con la cortadora de alambre —más pequeña que la hidráulica—, que llevaba colgada de la muñeca. En pocos minutos había abierto otro agujero. Georgos quitó el círculo de malla cortado y se introdujo cuidadosamente por el agujero, asegurándose de que nada en su equipo se enganchaba. Nadó hacia adelante y comenzó a cortar la malla del otro lado. Pronto, también ésta cedió y pudo entrar.

Ahora estaba en el compartimento de bombas. A la luz que se filtraba por las aberturas en el suelo de la sala de bombas, distinguió la mole de la primera, que tenía directamente al frente.

Georgos no temía la succión de las bombas. Por sus estudios en libros de texto, sabía que solo le afectaría si descendía profundamente, cosa que no se proponía hacer.

Iluminándose con la linterna, buscó un lugar para colocar el primer explosivo.

En cuanto lo encontró —una superficie plana en la carcasa—, sintió un movimiento atrás y se volvió. Había bastante luz, y pudo ver que el cilindro de malla que había encontrado inmóvil, ahora giraba y giraba rítmicamente.

El superintendente de la planta La Mission era Bob Ostrander, un joven y brillante ingeniero. Era ayudante de Danieli cuando éste, Walter Talbot y dos más murieron el pasado julio al estallar la bomba colocada por «Amigos de la Libertad» que dañó a «Gran Lil».

Bob Ostrander, ambicioso y tenaz, había deseado la promoción, aunque no como ocurrió. Danieli había sido un buen amigo y trabajaban bien juntos. Sus esposas también eran amigas, y sus hijos estaban juntos constantemente. Desde la muerte de Danieli, Ostrander sentía una profunda furia contra los terroristas en general, y especialmente contra los mal llamados «Amigos de la Libertad».

En consecuencia, cuando la tarde del martes, temprano, llegó un teletipo advirtiendo que Georgos Archambault, el líder de «Amigos de la Libertad» y principal sospechoso del atentado del año pasado contra «Gran Lil», podría atentar nuevamente contra la empresa, Bob Ostrander puso a todo el personal, incluido él mismo, en estado de alerta.

Siguiendo sus instrucciones, se recorrió toda la planta para detectar posibles intrusos. Cuando no encontraron ninguno, se dirigió la atención al área perimetral de la planta. Organizó un par de patrullas de dos hombres con la orden de recorrer continuamente la cerca e informar por *walkie-talkie* sobre cualquier movimiento inusual, o indicio de que se hubiera forzado la entrada. A los guardias de la entrada principal se les advirtió que nadie que no fuera empleado de la compañía podía ser admitido sin el permiso del superintendente.

Bob Ostrander también telefoneó al *sheriff*, y supo así que también él había recibido información acerca de Georgos Archambault, y de una camioneta «Volkswagen» en la que éste posiblemente se trasladaba.

A instancias de Ostrander, el *sheriff* destinó dos coches patrulla a recorrer los caminos en la zona de la planta de La Mission para detectar cualquier indicio de la presencia de un «Volkswagen» como el descrito.

Menos de treinta minutos después de la llamada de Bob Ostrander, a las dos y treinta y cinco minutos, el *sheriff* informó que una camioneta «Volkswagen», identificada positivamente como la de Archambault, había quedado abandonada a orillas del río Coyote, a medio kilómetro de la planta, río arriba. No lejos de ella

había un inflador y un envoltorio que aparentemente había contenido un bote de goma inflable. Los oficiales del *sheriff* buscaban activamente a Archambault. Uno de ellos recorrería muy pronto el río con un bote a motor.

Ostrander inmediatamente sacó a varios miembros del personal de sus tareas y los mandó a patrullar el sector del río correspondiente a la planta con instrucciones de dar la alarma en cuanto vieran un bote.

El superintendente se quedó en su escritorio, que se había convertido en un centro de comunicaciones.

Unos diez minutos más tarde volvió a llamar el *sheriff*. Le acababan de informar por radio que se había encontrado un chinchorro de goma, sin nadie dentro, en un caleta que ambos conocían, cerca de la planta.

—Parece como si el tipo hubiera desembarcado e intentara entrar por la cerca —dijo el *sheriff*—. Todos los hombres que tengo están allí buscando, y ahora voy yo mismo. ¡No se preocupen! Lo tenemos cercado.

Cuando cortó, Bob Ostrander tenía menos confianza que el *sheriff*. Recordaba que, en otras ocasiones, el líder de «Amigos de la Libertad» había demostrado ser engañoso y hábil. No le parecía sensato que atravesara la cerca, especialmente a la luz del día. Repentinamente, al darse cuenta, Ostrander dijo en voz alta:

—¡Equipo de buceo! Por eso necesitó el bote. El hijo de perra viene por debajo del agua. ¡El compartimento de bombas!

Salió corriendo de la oficina.

Un capataz de guardia estaba vigilando la orilla del río que correspondía a la planta. Ostrander llegó apresuradamente y preguntó:

—¿Ha visto algo?

—Absolutamente nada.

—Venga conmigo —se dirigieron al compartimento de bombas. En el camino, Ostrander le explicó su sospecha de un atentado por debajo del agua.

En el extremo anterior del compartimento de bombas, donde entraba en el río, había un camino descubierto. El superintendente tomó la delantera. A mitad del camino había una escotilla metálica de observación directamente sobre el cilindro de tela. No parecía haber nada fuera de lo ordinario.

Ostrander le dijo al capataz:

—Entre y haga girar el cilindro despacio —había un mecanismo eléctrico para hacerlo que se accionaba tanto desde el compartimento de bombas como desde el centro de control.

Momentos después, el cilindro comenzó a rotar. Casi en seguida, Ostrander vio el gran agujero. Se quedó observando mientras el cilindro giraba. Cuando vio el segundo agujero, sus temores quedaron confirmados. Corrió al compartimento de bombas gritando:

—¡Está dentro! ¡No pare el cilindro!

Por lo menos, pensó, le cortaría la salida a Archambault.

Su mente de ingeniero le mantuvo sereno. No se movió; aunque consciente de la necesidad de una decisión rápida, se tomó el tiempo necesario para pensar deliberada y cuidadosamente, sopesando todas las posibilidades.

En algún lugar debajo de donde estaba de pie, Archambault nadaba, sin duda con una o más bombas. ¿Contra qué dirigiría su atentado? Había dos planes posibles. Uno, las bombas; otro, los condensadores, más al interior de la planta.

La voladura de las bombas produciría un gran daño; dejaría fuera de servicio a todos los generadores de La Mission durante meses. Pero una bomba en los condensadores sería mucho, mucho peor. Reconstruirlos podía llevar un año.

Bob Ostrander sabía de explosivos. Los había estudiado en la escuela de ingeniería y después de graduarse. Una bomba de cinco libras de dinamita, con el tamaño de un pan, podía pasar a través de las bombas y entrar en los condensadores. Quizás Archambault ya había puesto una o estaba a punto de hacerlo. Todo lo que tenía que hacer era ajustar el mecanismo de tiempo y dejarla caer: se abriría paso a través de las bombas hasta los condensadores.

Había que proteger a los condensadores. Para hacerlo tenía que parar toda la planta. Ya.

En el compartimento de bombas había un teléfono de pared. Bob Ostrander fue hacia él y marcó el 11, el centro de control.

El tono de llamada y un ruidito.

—Operador jefe.

—Soy Ostrander. Quiero que paren todas las unidades y que el agua deje de circular.

La reacción fue instantánea; el operador protestó:

—Saltarán los discos protectores, deberíamos advertir al Control de Energía.

—¡Maldita sea! ¡No discuta! —Ostrander agarró el teléfono con fuerza y gritó, sabiendo que en cualquier momento una explosión podía deshacer el compartimento de bombas o los condensadores—. Sé lo que hago. ¡Párelo todo! *¡Párelo ya!*

Georgos ignoraba lo que ocurría arriba. Solo sabía que mientras el cilindro de malla de alambre siguiera girando, no podría escapar. No era que realmente hubiera creído que iba a escapar; desde un principio supo que las posibilidades de sobrevivir a su misión eran escasas. Pero no quería morir allí dentro. De aquella manera atrapado, no.

Pensó, con pánico creciente: quizás el cilindro de tela metálica se detenga. Entonces cortaría otros dos agujeros. Se volvió rápidamente para inspeccionarlo.

En ese momento al dar la vuelta, la cortadora de alambre que le colgaba de la muñeca se soltó. El nudo se había deshecho.

La cortadora era amarilla, para encontrarla fácilmente. Vio cómo caía…

Instintivamente Georgos giró, dio una fuerte patada y se zambulló, detrás de la

mancha amarilla. Llevaba el brazo extendido. Estaba a punto de alcanzarla.

Entonces sintió un golpe de agua y comprendió que había ido demasiado abajo y que la bomba lo absorbería. Trató de volver. ¡Demasiado tarde! El agua le atrapó y le retuvo.

Dejó escapar la boquilla y el tubo de aire y trató de girar. Los pulmones se le llenaron de agua. Luego las palas impelentes de la bomba, de dos metros de ancho, le atraparon y le hicieron pedazos.

También la botella de oxígeno quedó hecha pedazos, y los explosivos, sin detonantes e inocuos, entraron por las bombas.

Segundos después, todas las bombas disminuyeron la marcha y se detuvieron.

En el Centro de Control, el operador jefe, después de tocar cuatro botones rojos sucesivamente en cuatro consolas distintas, se felicitaba de no ser el responsable. Había que esperar que el joven Ostrander tuviera una buena razón para dejar fuera de servicio sin previo aviso a La Mission 1,2,3 y 4, que producían tres millones doscientos mil kilovatios. Sin hablar de que todos los protectores de las turbinas habían saltado; se necesitarían ocho horas para repararlos.

Mientras registraba la hora —las tres y dos minutos—, comenzó a sonar la línea telefónica directa desde la sala de Control General. Cuando el operador jefe respondió, una voz enojada preguntó:

—¿Qué demonios pasa? Han provocado un apagón.

Bob Ostrander no dudaba de que su decisión de parar todos los generadores había sido acertada. No preveía que tendría algún problema para justificarla.

Salvar los protectores de las turbinas —un mecanismo de seguridad de todos modos—, era poco en comparación con haber salvado los condensadores.

Inmediatamente después de dar la orden de pararlo todo, Ostrander y el capataz salieron del compartimento de bombas para inspeccionar los condensadores. Casi en seguida vieron una serie de objetos de metal: las bombas cilíndricas. Como no sabían si eran peligrosas o inocuas, entre los dos las recogieron y corriendo las echaron al río.

Luego, nuevamente con los condensadores y después de un nuevo examen, Ostrander tuvo tiempo de pensar que hasta ese momento no había ocurrido nada en el compartimento de bombas. Era presumible que Archambault siguiera aún allí en situación de provocar algún daño, aunque era posible que el cilindro giratorio le hubiera empujado en otra dirección. Ostrander decidió volver al compartimento de bombas; una vez allí, pensarían qué correspondía hacer.

Cuando estaba a punto de salir, vio algunos restos que parecían haber llegado por las bombas y se habían acumulado en el condensador. Miró uno de los pedazos e iba

a cogerlo cuando se detuvo. Bob Ostrander tragó saliva y sintió náuseas. Era una mano humana, extrañamente manchada.

18

¡Dios mío! Cómo pasaba el tiempo. Karen se sorprendió de que ya fueran más de las dos.

Le parecía que acababa de prometerle a Nimrod que iría al hospital «Redwood Grove»; sin embargo, habían pasado varias horas. Claro que las compras les habían llevado más tiempo del que suponían —¿no es así siempre?—, pero se había comprado un bonito vestido a precio de liquidación, un par de zapatos, varios artículos de papelería que necesitaba y un collar de cuentas de cristal que le gustó. El collar, que afortunadamente no era caro, sería perfecto para su hermana; se lo daría a Cynthia el día de su cumpleaños, que era pronto. Josie tenía una lista de productos de farmacia que necesitaba y eso les llevó aún más tiempo. Pero todo había salido bien y a Karen le encantó andar de compras, que hicieron en una gran galería llena de color, a solo dos manzanas de su apartamento. Otra ventaja de la galería era que Karen podía ir allí directamente en su silla de ruedas, conduciéndola ella misma, cosa que prefería.

Una cosa que no tuvieron que hacer fue comprar comida, porque Karen se quedaría en «Redwood Grove» durante los cortes de energía eléctrica. Parecía que serían frecuentes hasta que se solucionara el conflicto del petróleo con la OPEP, cosa que había que rogar que ocurriera pronto.

No había querido detenerse a pensar sobre todo el tiempo que tendría que pasar en el hospital, pero estaba segura de que echaría mucho de menos su apartamento. El hospital le daba tranquilidad, especialmente ahora, con su segura provisión de energía. De todos modos, no dejaba de ser un establecimiento bastante espantoso en cuanto a la comida, ¡uf!

La comida del hospital era otra de las razones por las que se había retrasado.

Josie sugirió, y Karen estuvo de acuerdo, que sería más agradable almorzar en el apartamento antes de salir; de todos modos, cuando llegaran a «Redwood Grove» ya habrían servido el almuerzo. Cuando volvieron de las compras, Josie preparó la comida para las dos mientras Karen seguía escribiendo un poema que pensaba mandarle a Nimrod.

Y a habían terminado de almorzar y Josie preparaba una maleta con las cosas que Karen necesitaría en el hospital.

Con un repentino impulso afectivo, Karen dijo:

—¡Josie, eres un encanto de persona! Haces tanto; no te quejas nunca; y me das tanto más de lo que yo jamás podré darte.

—Me das bastante con estar junto a ti —dijo Josie, sin levantar los ojos, mientras seguía haciendo la maleta. Karen sabía que las demostraciones de afecto molestaban a su casera y auxiliar, pero no se detuvo.

—Josie, deja todo eso y ven. Quiero darte un beso.

Josie se acercó con una sonrisa tímida.

—Abrázame —le dijo Karen. Cuando lo hizo, Karen la besó y le dijo—: Querida Josie, te quiero mucho.

—Y yo te quiero a ti —dijo Josie; luego se soltó y volvió a las maletas.

Cuando terminó, anunció:

—Ya estamos listas. Bajo y traigo a *Humperdinck*. ¿Estarás bien si te dejo?

—Claro. Mientras estés fuera haré una llamada telefónica.

Josie le puso la cinta del teléfono. Uno o dos minutos después, Karen oyó que se cerraba la puerta del apartamento.

Karen tocó el microconmutador del teléfono con la frente.

Oyó un ruido de llamada por el auricular y luego una voz.

—Operadora. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo servicio manual, operadora. ¿Me marca el número, por favor? —Karen dio el número de su teléfono y luego al que llamaba: la casa de sus padres.

—Un momento —hubo una serie de ruiditos y luego el tono de llamada.

Karen esperó que contestaran la llamada, como generalmente ocurría, al segundo o tercer timbrazo, pero se sorprendió al oír que continuaba sonando. Karen había hablado con su madre esa mañana temprano, y sabía que Henrietta Sloan no se sentía bien y no pensaba ir a trabajar, ni salir de casa.

Karen pensó que probablemente la operadora había marcado mal el número.

Cortó, moviendo la cabeza contra el microconmutador, y lo intentó otra vez. Nuevamente la llamada. Nuevamente sin contestación.

Karen intentó otro número: el de Cynthia. También una llamada continua sin contestación.

Extrañamente, Karen sintió una vaga intranquilidad. Rara vez se quedaba sola en el apartamento, y en las pocas ocasiones en que eso ocurría, le gustaba estar en contacto con alguien por teléfono.

Cuando le dijo a Josie que podía bajar, lo hizo sin pensar. Ahora deseaba no haberlo hecho.

En ese preciso momento, se apagaron varias luces en el apartamento, se detuvo el acondicionador de aire en la ventana y Karen sintió una pequeña alteración en el ritmo cuando su respirador cambió de la energía del edificio a la batería.

Sobresaltada, recordó algo que tanto ella como Josie habían pasado por alto. La batería de la silla de ruedas, que había utilizado mucho durante su salida de compras, debió haber sido cambiada en cuanto volvieron. En cambio, Josie había conectado la silla a la instalación eléctrica del edificio, y había puesto la batería de la silla en «carga». Pero se necesitarían por lo menos seis horas de carga para compensar lo que había gastado por la mañana, y apenas había pasado una y ahora, con el corte de electricidad, la carga se había detenido.

A la derecha de la silla de Karen había una batería cargada, lista para instalar antes de salir para el hospital. Karen la veía. Pero no tenía modo de tocarla.

Esperó que la corriente volviera en pocos minutos. Y deseó más que nunca que

Josie volviera rápido.

Karen decidió hablar con Nimrod. Parecía que el corte no programado que le había mencionado como «posible» y «una precaución extrema» se había producido realmente.

Pero cuando oprimió el microconmutador del teléfono oyó una grabación: «Todos los circuitos están ocupados. Por favor, corte y llame más tarde.»

Lo intentó otra vez. «Es un aviso grabado…»

Una vez más. El mismo resultado.

Porque lo había leído, Karen sabía que siempre que había un apagón extenso las líneas telefónicas se atascaban porque las quería utilizar más gente que la que el sistema podía admitir. Además, muchos llamaban a la operadora para preguntar qué ocurría, impidiendo así que se pudiera conseguir una.

Comenzó a sentirse realmente alarmada. ¿Dónde estaba Josie? ¿Por qué tardaba tanto? ¿Y por qué no venía el encargado, Jiminy, para ver si estaba bien, como hacía siempre que ocurría algo extraordinario?

Aunque Karen no tenía cómo saberlo, una combinación de hechos había contribuido a ponerla en esa situación de peligro.

A las once menos cuarto, cuando Karen y Josie se preparaban para salir de compras, Luther Sloan fue arrestado; le acusaban de un total de dieciséis cargos, todos delitos previstos en el capítulo 6930 del Código Penal de California, que se refiere específicamente al robo de gas.

Desde ese momento, Henrietta Sloan, asustada, desesperada y sin experiencia alguna en esas cuestiones, trató de conseguir la libertad bajo fianza de su marido. Poco antes de mediodía llamó a su hija Cynthia pidiéndole ayuda. Cynthia le encargó a una vecina que se ocupara de su hijo cuando volviera de la escuela, y se fue a ver a su madre. El marido de Cynthia estaba trabajando y no volvería hasta la noche.

Mientras Karen trataba de telefonear a su madre y su hermana, las dos iban y venían entre la oficina de fianzas y la prisión donde estaba detenido Luther Sloan.

Cuando se produjo el corte de energía, estaban en la sala de visitas de la prisión, pero ellas no se dieron cuenta. La prisión tenía su propio generador auxiliar, y si bien las luces oscilaron brevemente, se encendieron de nuevo en seguida en cuanto el generador se puso en marcha automáticamente.

Minutos antes, Henrietta Sloan y Cynthia habían hablado de telefonear a Karen, pero decidieron no hacerlo para no angustiarla.

Ninguna de las dos, ni Luther Sloan, se enterarían del corte de energía hasta dos horas más tarde cuando la fianza quedó finalmente aceptada y los tres salieron de la cárcel.

Pocos minutos antes de que se apagaran las luces en el apartamento de Karen y de que el respirador de su silla de ruedas cambiara a batería, Bob Ostrander le había gritado al operador jefe de la planta La Mission: «¡Párelo todo! ¡Párelo ya!»

Cuando el operador lo hizo, el sistema de transmisión de la «CGS», sin aviso previo, quedó sin tres millones doscientos mil kilovatios de energía, en momentos en que la empresa operaba con una reserva mínima, en una tarde calurosa de mayo, con una carga exagerada para la estación debido al gran uso de acondicionadores de aire.

Resultado: una computadora de control, al comprobar que había ahora insuficiente energía en la línea para responder a la demanda, cortó instantáneamente los interruptores de circuitos de alto voltaje, sumiendo en un apagón a una amplia zona del sistema de la «CGS».

El edificio de apartamentos de Karen estaba en uno de los barrios afectados.

Josie y el encargado Jiminy quedaron atrapados en el ascensor de la casa y gritaban desesperados tratando de llamar la atención.

Cuando Josie dejó a Karen, caminó rápidamente hacia una estación de servicio cercana, en la que había dejado a *Humperdinck* esa noche. El arrendatario conocía a Karen y permitía que aparcaran la camioneta sin cobrarles. Josie no necesitó más de diez minutos para sacar a *Humperdinck* y parar delante de la puerta de la casa de apartamentos, donde se podía cargar la silla de Karen con comodidad.

El viejo y enjuto encargado estaba retocando la pintura fuera cuando Josie volvió. Le preguntó:

—¿Cómo está nuestra Karen?

—Bien —le contestó Josie, y le contó que se iban al hospital «Redwood Grove» por el corte del día siguiente. El encargado dejó la pintura y el pincel y dijo que subiría a ver si podía ayudar en algo.

En el ascensor, Jiminy apretó el botón del sexto piso y comenzaron a subir. Estaban entre el tercero y el cuarto cuando el ascensor se detuvo y se apagó la luz. En una repisa había una lámpara de emergencia a pilas, y Jiminy la encendió. En esa luz pálida oprimió todos los botones sin ningún resultado.

En seguida los dos comenzaron a gritar pidiendo ayuda.

Ya hacía veinte minutos que gritaban sin respuesta.

En el techo del ascensor había una pequeña escotilla, pero tanto Josie como Jiminy eran bajos, y aun subiéndose uno a los hombros del otro —cosa que intentaron por turno— apenas pudieron moverla. Aun de lograrlo, hubiera sido difícil escapar del hueco del ascensor.

Hacía rato que Josie se había acordado de la batería casi descargada de Karen, y sus gritos se hicieron más desesperados; le caían las lágrimas por las mejillas y su voz enronquecía.

Aunque no lo sabían, Josie y Jiminy permanecerían en el ascensor casi tres horas, hasta que volvió la energía eléctrica.

La compañía de teléfonos informó luego que, si bien los generadores de emergencia funcionaron, durante la primera hora del apagón, la demanda de servicios no tuvo precedentes. Miles de llamadas quedaron sin completar, y muchos que intentaron hablar con la operadora para obtener información no lo consiguieron.

Nim Goldman, presionado en varios frentes por la repentina falta de energía, pensó brevemente en Karen y le alivió recordar que esa mañana había aceptado ir al hospital «Redwood Grove». Decidió que luego, cuando las cosas se hubieran calmado algo, la llamaría allí.

Karen estaba ya llena de miedo y sudaba.

A esas alturas comprendía que a Josie le debía haber ocurrido algo serio que le impedía volver.

Había intentado telefonear varias veces. Pero todo lo que conseguía era la voz grabada. Pensó en maniobrar la silla y hacerla golpear contra la puerta del apartamento con la esperanza de que alguien pasara y la oyera, pero mover la silla agotaría la poca energía que quedaba en la batería. Karen sabía, por experiencia y por cálculos, que la batería no duraría mucho, ni siquiera para hacer funcionar el respirador.

En realidad, en la batería no quedaba sino un cuarto de hora de vida. Al regreso de la salida de compras, había en ella menos carga de la que Karen suponía.

Karen, cuyas creencias religiosas nunca habían sido fuertes, comenzó a rezar. Le pidió a Dios, a Jesucristo, que le mandaran a Josie, a Jiminy, a sus padres, a Nimrod, a Cynthia, a cualquiera… *¡cualquiera!*

«¡Dios! ¡Todo lo que hay que hacer es conectar la otra batería. La que está allí! ¡Dios! ¡Cualquiera puede hacerlo! Yo les diré cómo. ¡Por favor, Dios! ¡Por favor…!»

Seguía razonando cuando sintió que el ritmo de la respiración comenzaba a disminuir y su respiración se hacía más lenta e insuficiente.

Desesperada, intentó nuevamente hablar por teléfono.

—Es un aviso grabado. Todos los circuitos están ocupados.

Por favor, corte y…

Una alarma aguda conectada al respirador y puesta en funcionamiento por una pequeña célula de níquel de cadmio, avisaba que el respirador estaba a punto de detenerse. Karen, con la conciencia ya disminuida, lo escuchó vagamente, como desde muy lejos.

Cuando comenzó a ahogarse, ansiosa de aire que no podía respirar sin ayuda, su piel enrojeció, luego se volvió azul, cianótica. Los ojos parecieron salírsele de las órbitas. La boca se movió incontrolada. Al dejar de entrar aire, se ahogó; un dolor intenso le oprimió el pecho.

Misericordiosamente, la batería murió pronto y con ella Karen.

Justo antes de su muerte, la cabeza cayó de costado y al oprimir el microconmutador una voz respondió:

—Operadora. ¿Qué puedo hacer por usted?

19

En cierto modo, para Nim, lo que había ocurrido en la planta La Mission para provocar el apagón era como el reestreno de una vieja película, como le explicó al grupo de gente de prensa, incluidos los equipos de televisión y radio, que se habían reunido.

Reflexionó: ¿Habían pasado realmente solo diez meses desde que murieran Walter Talbot y los otros, y «Gran Lil» sufrió los daños que causaron el apagón del verano pasado? Habían pasado tantas cosas desde entonces, que la distancia en el tiempo parecía mucho mayor.

Hoy, Nim notaba una diferencia. Era la actitud de la gente de los medios de comunicación, en comparación con la de diez meses atrás.

Hoy parecía haber una nueva conciencia de los problemas con que se enfrentaba la «CGS» y una simpatía antes ausente.

—Señor Goldman —preguntó el periodista del *Oakland Tribune*—, si les dan luz verde para construir las plantas que necesitan, ¿cuánto tiempo les llevará ponerse al día?

—Diez años —contestó Nim—. Con un programa de emergencia, quizás ocho. Pero necesitamos muchos permisos y licencias antes de siquiera empezar. Por ahora, no hay signos de ellos.

Se había incorporado a una rueda de prensa en la galería de observación del Centro de Control de Energía, a petición de Teresa van Buren, poco después del paro de todos los generadores que quedaban, y del consecuente apagón. La primera sospecha que tuvo Nim de que algo andaba mal fue porque las luces de su oficina se apagaron y encendieron varias veces. Eso ocurrió porque ciertos circuitos especiales protegían las oficinas de la empresa e instalaciones vitales como el Centro de Control, de la pérdida de energía.

Adivinando que algo andaba mal, Nim fue en seguida al Centro de Control de Energía, donde Ray Paulsen, que había llegado unos minutos antes, le informó de lo que ocurría.

—Ostrander actuó acertadamente y le voy a apoyar —dijo Paulsen—. Si yo hubiera estado allí, habría hecho lo mismo.

—Está bien, Ray —aceptó Nim—. Cuando hable con la prensa adoptaré esa posición.

—Otra cosa que puedes decirles —dijo Paulsen—, es que tendremos energía dentro de tres horas o menos. Y mañana, La Mission 1, 2, 3, y 4 estarán de nuevo funcionando, y también todas las unidades geotérmicas.

—Gracias, lo haré.

Era evidente, pensó Nim, que bajo la presión de los hechos parecía haberse evaporado el antagonismo entre ellos. Quizá fuera porque los dos estaban demasiado ocupados.

En la conferencia de prensa, Nancy Molineaux preguntó:

—¿Esto producirá algún cambio en el programa de cortes?

—No —respondió Nim—. Tendrán que comenzar mañana, tal como está planeado, y continuarán en los días siguientes.

El representante del *Sacramento Bee* inquirió:

—¿Podrían restringirlos a tres horas solamente?

—Es improbable —dijo Nim—. A medida que disminuye nuestra provisión de petróleo, tendrán que ser más largos, probablemente de seis horas por día.

Alguien silbó bajito.

Un periodista de televisión preguntó:

—¿Se enteró de que ha habido algunos disturbios: manifestaciones contra los «antis»?

—Sí. Y en mi opinión, eso no ayuda a nadie, ni siquiera a nosotros.

Las manifestaciones habían tenido lugar la noche anterior. Nim lo había leído esa mañana. Habían tirado piedras contra las ventanas del «Club Sequoia» y la sede de la «Liga Antinuclear». Los manifestantes, que se describían como «el pueblo de Tío Sam», se habían enfrentado contra la policía, y varios habían sido arrestados. Luego fueron liberados sin acusación.

Corría la voz de que habría más manifestaciones y disturbios, presumiblemente en todo el país, por el aumento del paro laboral debido a los cortes de energía.

A todo esto, los antiguos críticos y opositores de la «CGS» se mantenían en un extraño silencio.

Finalmente, alguien en la rueda de prensa preguntó:

—¿Qué le aconseja a la gente, señor Goldman?

Nim sonrió débilmente:

—Que apaguen todo lo que no les sea indispensable para sobrevivir.

Nim volvió a la oficina unas dos horas más tarde, después de las seis.

Le dijo a Vicki, que se había quedado a trabajar fuera de horario (se estaba volviendo una costumbre):

—Llame al hospital «Redwood Grove» y pida por la señorita Sloan.

Lo llamó a los pocos minutos.

—El hospital dice que no tiene ninguna señorita Sloan registrada.

Sorprendido, le preguntó:

—¿Está segura?

—Les pedí que se aseguraran y lo verificaron dos veces.

—Entonces pruebe con el número de su casa —sabía que Vicki lo tenía, aunque le parecía increíble que Karen no hubiera ido al hospital.

Esta vez, Vicki no llamó; abrió la puerta de la oficina y entró. Estaba seria.

—Señor Goldman —dijo—, creo que sería mejor que hablara usted.

Extrañado, tomó el teléfono.

—¿Karen?

Una voz ahogada dijo:

—Nimrod, soy Cynthia. Karen ha muerto.

—¿No puede ir más aprisa? —le dijo Nim al chófer.

—Hago lo que puedo, señor Goldman —en la voz del hombre había un tono de reproche—. Hay mucho tráfico y más gente que de costumbre en las calles.

Nim había pedido que un coche de la compañía con chófer le esperara en la puerta principal para no perder tiempo en buscar su «Fiat». Llegó corriendo y dio la dirección del apartamento de Karen. Iban para allá.

La mente de Nim era un torbellino. Cynthia no le había dado detalles; solo el dato escueto de que el corte de energía había sido la causa de la muerte de Karen. Nim ya se culpaba de no haber insistido, de no haber comprobado antes si Karen estaba en el «Redwood Grove». Aunque sabía que era demasiado tarde, ardía de impaciencia por llegar.

Para salirse de sus pensamientos, miraba las calles en el anochecer, y pensó en lo que el chófer acababa de decirle. Era cierto que había más gente de lo usual en las calles. Nim recordó haber leído que en Nueva York, durante los apagones, la gente salía a la calle a raudales y, cuando se les preguntaba por qué, pocos podían contestar. Quizás instintivamente buscaban compartir la adversidad con los vecinos.

Claro que otros se habían lanzado a las calles de Nueva York para delinquir, quemar y cometer delitos. Quizá, con el tiempo, todo eso ocurriera aquí.

Tanto si lo hacían como si no, pensó Nim, había una cosa importante: el modo de vida estaba cambiando visiblemente, y cambiaría aún más.

Las luces de la ciudad ya estaban encendidas o a punto de encenderse. Pronto, las pocas zonas que aún carecían de energía la volverían a tener.

Hasta mañana.

Y el día siguiente.

Y, después, ¿quién sabía cuánto duraría esa desviación de la vida normal, y hasta qué punto sería drástica?

—Ya hemos llegado, señor Goldman —anunció el chófer. Estaban delante de la casa de Karen.

—Haga el favor de esperar —dijo Nim.

—No puedes entrar —dijo Cynthia—. Todavía no. Es demasiado espantoso.

Había salido al pasillo cuando Nim llegó al apartamento, cerrando la puerta. Mientras la puerta estuvo brevemente abierta, Nim oyó a alguien de dentro con un ataque de histeria (le pareció que era Henrietta Sloan) y lamentos que le parecieron de Josie. Cynthia tenía los ojos enrojecidos.

Le contó todo lo que sabía de la serie de percances que provocaron la horrible

muerte de Karen en la soledad. Nim comenzó a decir lo que ya había pensado, en cuanto a su parte de culpa, pero Cynthia le detuvo.

—¡No! Aparte de lo que cualquiera de nosotros pueda haber hecho o no, nadie hizo tanto por Karen, desde hace mucho tiempo, como tú. Ella no querría que te sintieras culpable. Hasta dejó algo para ti. ¡Espera!

Cynthia entró y volvió con una hoja de papel azul.

—Estaba en la máquina de escribir de Karen. Estas cosas siempre le llevaban mucho tiempo, y probablemente lo estaba escribiendo antes… antes… —se le ahogó la voz; movió la cabeza, incapaz de terminar.

—Gracias —Nim dobló la hoja y la metió en un bolsillo interior—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Cynthia negó con la cabeza.

—Por ahora no —luego, cuando ya se iba, preguntó—: Nimrod, ¿te veré alguna vez?

Él se detuvo. Era una invitación clara y obvia, tal como la que le había hecho la última vez.

—Dios mío, Cynthia —dijo Nim—. No lo sé.

La maldición, pensó, era que deseaba a Cynthia, que era cálida, hermosa y con deseos de amar. La deseaba, a pesar de su reconciliación con Ruth, a pesar de amar entrañablemente a Ruth.

—Si me necesitas, Nimrod —dijo Cynthia—, sabes dónde estoy.

Él asintió, al tiempo que se alejaba.

En el coche, de regreso a la «CGS», Nim sacó y desplegó la hoja de papel de Karen, ya familiar, que Cynthia le había dado. La sostuvo bajo una luz y leyó:

¿Es tan extraño, queridísimo Nimrod,
Que se extingan las luces?
Falla la luz de una vela;
Los fuegos encendidos por hombres
Se agotan y mueren.
Sin embargo la luz, como la vida, perdura
El rayo más nimio, la antorcha flameante
Tienen

¿Qué tienen?, se preguntó. ¿Cuál sería el último pensamiento, dulce y cálido, de Karen, pensamiento que nunca conocería?

20

Habían llevado una cama turca a la oficina de Nim. Ya estaba allí cuando volvió, preparada con sábanas, una manta y una almohada, tal como la había pedido.

Vicki se había ido a su casa.

Todavía tenía la mente llena de Karen. A pesar de las palabras de Cynthia, persistía la sensación de culpa. Culpa, no solo suya, sino también de la «CGS» de la que formaba parte, y que le había fallado a ella. Para la vida moderna, la electricidad se había convertido en un salvavidas —literalmente en el caso de gente como Karen — y no debía faltar fuera por lo que fuera. La seguridad del servicio era, después de todo, el primer deber, una tarea casi sagrada, de cualquier servicio público como la «CGS». Y, sin embargo, el salvavidas fallaría —trágicamente, tristemente, en cierto sentido innecesariamente— una y otra vez a partir de mañana. Nim estaba seguro de que mientras hubiera cortes rotativos, habría otras pérdidas y sufrimientos, muchos imprevistos.

¿Dejaría alguna vez de sentirse culpable de lo ocurrido a Karen?, se preguntó. Quizá con el tiempo, pero no ahora.

Nim deseó tener alguien con quien hablar en ese momento, en quien confiar. Pero a Ruth no le había hablado de Karen, y ahora no podía hacerlo.

Se sentó frente al escritorio y apoyó la cara en las manos. Al cabo de un rato, comprendió que debía hacer algo que le distrajera la mente. Por lo menos durante una o dos horas.

Los sucesos del día —trauma sobre trauma— le habían impedido trabajar en los papeles acumulados en el escritorio. Si no repasaba algunos esa noche, mañana tendría el doble. Como distracción o por cualquier otra razón, se sentó a trabajar.

Llevaba concentrado ya diez minutos cuando oyó sonar el teléfono en la recepción. Lo contestó desde su extensión.

—Apostaría —dijo la voz de Teresa van Buren— que pensaba que por hoy había terminado con la tarea de portavoz de la compañía.

—A decir verdad, Tess, la idea no se me había ocurrido.

La directora de Relaciones Públicas rio.

—La prensa nunca duerme; tanto peor. Aquí tengo dos personas que querrían verle. Una es de «AP», que tiene algunas preguntas suplementarias para un artículo nacional sobre nuestros cortes rotativos. La otra es Nancy Molineaux, que no quiere decir qué demonios quiere, pero que quiere algo. ¿Qué le parece?

—Está bien, que pasen —suspiró Nim.

Había momentos, y aquél era uno, en que lamentaba la deserción y ausencia del juez Yale.

—No me quedo —dijo la directora de Relaciones Públicas unos minutos después. Presentó al periodista de «AP», un hombre maduro de ojos húmedos y tos de fumador. Nancy Molineaux prefirió esperar en la recepción hasta que el otro

terminara.

Las preguntas del hombre de la agencia fueron profesionales y concienzudas, y escribió las respuestas de Nim en una taquigrafía personal, en el papel de la agencia. Cuando terminaron, se levantó para irse y preguntó:

—¿Le mando a la chica?

—Sí, por favor.

Nim oyó que la puerta exterior se cerraba, y entró Nancy.

—¡Hola! —dijo ella.

Como siempre, estaba elegante pero sencillamente vestida. Esa noche, con un vestido de seda color coral, complemento perfecto para su tez negra impecable. Su hermosa cara de pómulos altos parecía haber perdido algo, aunque no todo, de su altanería. Nim pensó que quizás era porque desde su encuentro en el hotel «Christopher Columbus» y los terribles hechos que se sucedieron, se había mostrado más amistosa.

Se sentó frente a él y cruzó las largas y bien formadas piernas. Nim las miró brevemente y luego desvió la vista.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He traído esto —se levantó y dejó una tira larga de papel sobre el escritorio. Vio que era una copia de un teletipo.

—Es una noticia que se acaba de conocer —dijo Nancy—; estará en los periódicos de mañana. Nos gustaría desarrollarla con algunos comentarios —los suyos, por supuesto—, por la tarde.

Haciendo girar el sillón para tener mejor luz, Nim dijo:

—Deje que lo lea.

—Le sería difícil comentarlo sin leerlo —dijo ella indolentemente—. Tómese el tiempo que necesite.

Él leyó la noticia rápidamente; luego volvió al comienzo y la estudió con atención.

> Washington, D. C., tres de mayo. En un gesto dramático para solucionar la presente crisis de petróleo, los Estados Unidos emitirán una nueva moneda que se conocerá como dólar nuevo. Tendrá respaldo oro y equivaldrá a diez dólares actuales.
>
> El presidente anunciará el nuevo dolaren la Casa Blanca en una conferencia de prensa mañana por la tarde.
>
> Pedirá a las naciones de la OPEP que acepten el nuevo dólar en pago de su petróleo con ajustes de precio a negociar.
>
> La reacción inicial de la OPEP ha sido cautamente favorable, sin embargo, el portavoz de la OPEP, el jeque Ahmed Musaed, afirmó que se solicitará una comprobación independiente sobre las reservas de oro de los Estados Unidos antes de concluir cualquier pacto basado en el nuevo dólar.
>
> «No nos atreveríamos a sugerir que los Estados Unidos han mentido acerca de sus reservas de oro —dijo el jeque Musaed a los periodistas esta noche en París—, pero ha habido rumores persistentes, que no pueden descartarse enteramente. En consecuencia, deseamos asegurarnos de que el respaldo oro del nuevo dólar es real y no ilusorio.»
>
> Se espera que el presidente informe a los americanos que pueden adquirir dólares entregando los viejos en la proporción de diez por uno; al principio, la conversión será voluntaria, pero de acuerdo

con la legislación proyectada, será obligatoria dentro de cinco años. A partir de entonces, el viejo dólar será eliminado, conservando valor únicamente como pieza para coleccionistas.

Es indudable que durante la conferencia de prensa se preguntará al presidente…

Nim pensó que el hecho que el cabildero de la «CGS» en Washington había mencionado la semana anterior como posible se había convertido en realidad.

Se dio cuenta de que Nancy Molineaux esperaba.

—No soy ningún genio de las finanzas —dijo Nim—, pero no creo que sea necesario serlo para saber que lo que está ocurriendo allí —golpeó la hoja de teletipo con un dedo— era inevitable desde hace tiempo, desde que comenzó la inflación y también desde que pasamos a depender del petróleo importado. Lamentablemente, muchas personas decentes, de la clase media, que trabajaron duramente y acumularon ahorros, son las que se verán más perjudicadas cuando formen fila para cambiar sus dólares, diez por uno. Por otra parte, lo único que se conseguirá es darnos algo de tiempo. Tiempo hasta que dejemos de comprar petróleo que no podemos pagar, hasta que dejemos de gastar dinero que no tenemos y comencemos a desarrollar nuestras propias fuentes de energía aún sin explorar.

—Gracias —dijo Nancy—; eso me viene muy bien —guardó la libreta en la que estaba escribiendo—. De paso, en el periódico parecen pensar que usted es el Señor Oráculo. Ah, sí, y hablando de eso, le gustará saber que en la edición del domingo vamos a reproducir lo que usted dijo en aquel debate de septiembre, cuando se enfadó y salió mal parado. De pronto, tiene más sentido del que pareció tener entonces —se le ocurrió una idea—. ¿Quiere decirme, para dejar constancia, cómo se siente en cuanto a todo aquello?

Siguiendo un impulso, Nim abrió un cajón de su escritorio, sacó una carpeta. De ella extrajo una hoja de papel azul y leyó en voz alta:

Sé en el momento de la cosecha, indulgente, gentil
Abierta la mente a objetivos amplios
Diviértete con las rebeldías de la vida

—No está mal —dijo Nancy—. ¿Quién lo escribió?

—Alguien —descubrió que le costaba hablar—. Alguien que murió hoy.

Se hizo un silencio y luego ella preguntó:

—¿Puedo leerlo todo?

—¿Por qué no? —le alcanzó el papel.

Cuando Nancy terminó, levantó la vista.

—¿Una mujer?

Él asintió.

—¿Por eso tenía esa cara cuando entré aquí esta noche… como si lo hubieran barrido del suelo de un establo?

Nim sonrió brevemente.

—Si ése era mi aspecto, supongo que sí.

Nancy dejó la hoja de papel sobre la carpeta.

—¿Quiere contarme algo? Reservadamente, si lo prefiere.

—Sí —dijo él—, será reservado. Se llamaba Karen Sloan. Era cuadripléjica desde los quince años —se calló.

—Siga —dijo Nancy—, le escucho.

—Creo que era la persona más hermosa, desde todo punto de vista, que jamás conocí.

Una pausa y luego:

—¿Cómo la conoció?

—Casualmente. Ocurrió justo después del apagón de julio.

Hacía apenas una hora, Nim había deseado tener a alguien con quien hablar, en quien confiar. Ahora lo volcó todo sobre Nancy. Ella le escuchó, intercalando alguna pregunta, pero en general se quedó en silencio. Cuando describió la muerte de Karen, ella se levantó y caminó por la habitación, diciendo muy bajo:

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—Ahora comprenderá que no es sorprendente que pareciera barrido de un establo.

Nancy había vuelto al escritorio. Señaló los papeles desparramados.

—Y, entonces, ¿por qué se ocupa de toda esa porquería?

—Tenía que trabajar. Todavía tengo que hacerlo.

—¡Mierda! Échelo al cesto de los papeles y vaya a su casa.

Él movió la cabeza y miró la cama.

—Hoy duermo aquí. Todavía tenemos problemas, y mañana, ¿recuerda?, comienzan los cortes rotativos.

—Entonces venga a casa conmigo.

Él debió demostrar sorpresa, porque ella agregó bajito:

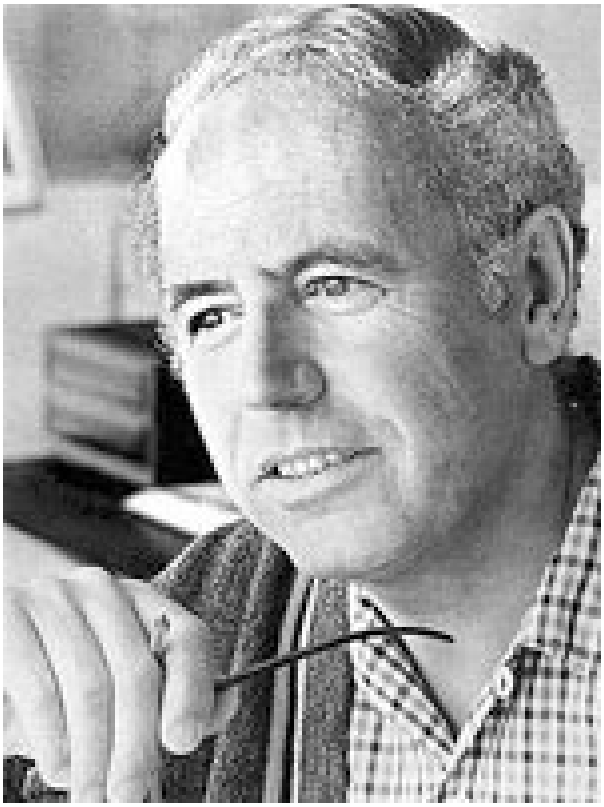
—Mi apartamento está a cinco manzanas de aquí. Puede dejar el número de teléfono, y si le necesitan estará de vuelta en seguida. Si no le llaman, le daré el desayuno antes de que se vaya.

Estaban frente a frente. Nim tuvo conciencia del perfume almizcleño del cuerpo de Nancy, delgado, sinuoso, deseable. Ansió conocerla mejor. Mucho mejor. Y supo que —como le había ocurrido tan a menudo en su vida, y esta noche por segunda vez — una mujer le estaba seduciendo.

—Es un ofrecimiento que no se repite —dijo ella secamente—. Así que decídase. ¿Sí o no?

Él vaciló un átomo de segundo. Luego dijo:

—Sí, vamos.



ARTHUR HAILEY, Nació en Luton (UK) en 1920, y empezó su carrera como escritor mientras servía como piloto de la RAF en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la guerra, se estableció en Canadá y adquirió la nacionalidad canadiense, aunque también vivió durante alguna temporada en Estados Unidos. A partir de 1969 fijó su residencia en las Bahamas. Escribió 11 novelas: *Runway Zero-Eight* (1958); *The Final Diagnosis* (*Diagnóstico final* 1959); *In High Places* (*Altas esferas* 1960); *Hotel* (1965); *Airport* (*Aeropuerto*, 1968); *Wheels* (*Ruedas*, 1971); *The Moneychangers* (*Traficantes de dinero*, 1975); *Overload* (*El apagón*, 1979); *Strong Medicine*, (*Medicina Peligrosa*, 1984); *The Evening News* (*Últimas Noticias*, 1990) y *Detective* (1997). Todas ellas tuvieron un inmenso éxito y se vendieron más de 150 millones de copias a lo largo de todo el mundo. La mayoría de ellas tuvieron versión cinematográfica o televisiva.

Hailey era un escritor meticuloso, que empleaba tanto tiempo en documentarse y compilar la información como en escribir sus novelas. Falleció en 2004.